El sueño de la Montaña del Oro

Zhang Ling

Veinticuatro horas son las que Amy Smith, socióloga canadiense, piensa permanecer en China, adonde ha tenido que viajar para resolver un asunto legal relacionado con la casa de sus antepasados. Sin embargo, en cuanto empieza a escuchar lo que el encargado del papeleo tiene que decir sobre sus ancestros, se da cuenta de que esa historia, la historia trágica y extraordinaria de su familia, la va a retener allí durante mucho más tiempo.

En el principio de esa historia está Fong Dak-fat,
que a sus dieciséis años no tiene más que un sueño: abandonar la miserable vida que lleva como campesino en el sur de China y emigrar a la Montaña del Oro. Pero cuando llega a Vancouver no hay rastro de la mítica montaña y allí, como en todas partes, el dinero se gana con sacrificios y privaciones. Así que Fat empieza a trabajar en la construcción de la vía de ferrocarril del Pacífico, como tantos otros compatriotas suyos en la década de 1880, en un intento de asegurar el futuro de la familia que dejó en China, y sin saber si su viaje tiene fecha de regreso.

A lo largo de más de cien años, a través de matrimonios condenados a quererse desde la distancia y de hijos resignados a no conocer nunca a sus padres, de desencuentros y de sacrificios, Zhang Ling traza la historia de cuatro generaciones de hombres y mujeres que, con indecible dificultad y coraje, dan vida a una saga extraordinaria en la que el sueño de una vida mejor está hecho de opio, sudor y lágrimas.

Zhang Ling

El sueño de la Montaña del Oro

ePub r1.0
Titivillus 26.04.2023

Título original: 金山
Zhang Ling, 2009
Traducción: Javier Altayó
Colección: Áncora & Delfín, n.º 1228

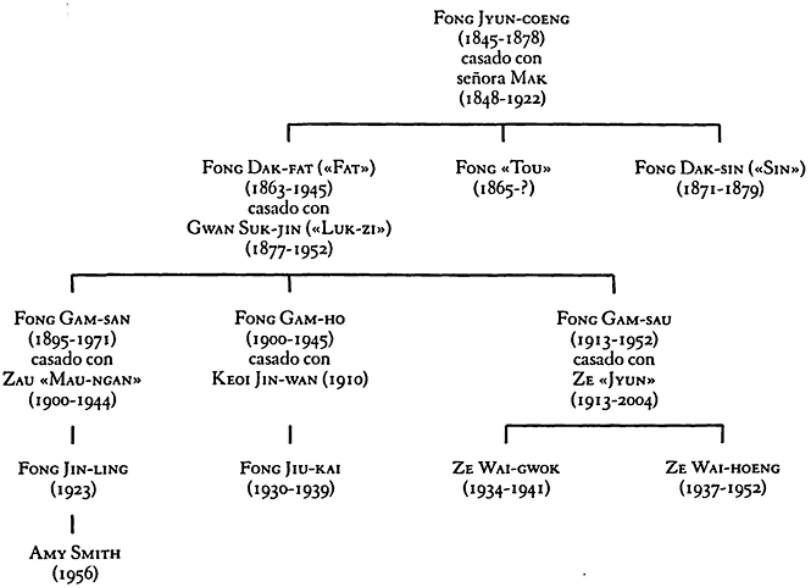
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Este libro está dedicado al Único, que con su luz perpetua alumbra mi camino en aquellos momentos en que la oscuridad parece reinar y atraparme; a un hombre cuyos brazos son un refugio para mi alma inquieta y a una madre y un padre que me enseñaron, por medios que quizá no llegué a comprender en mi juventud, a esforzarme, a buscar el éxito y a saber ser paciente.

Una urraca, al pasar, feliz año me auguró. Ya se fue mi papá, a hacer fortuna partió. Ríos de plata verá en la Montaña del Oro. Al volver comprará una casa y un pozo.

Canción infantil cantonesa

Árbol genealógico de la familia Fong



Prólogo

Provincia de Cantón, China
Año 2004

Los integrantes de la comitiva de recepción se llevaron una sorpresa mayúscula cuando Amy, de cabello y ojos castaños, se abrió camino a través del gentío y se detuvo delante del cartelito que decía «Señora Fong
Jin-ling».
Se miraron perplejos, como preguntándose: «¿Qué hace aquí una extranjera?».

Se trataba de dos hombres, uno joven y uno mayor. El joven,
Siu-Ng,
era el chófer. El mayor, que se llamaba Au-joeng
Wan-on,
ostentaba el cargo de director de la Oficina de Asuntos de Chinos de Ultramar. A
Siu-Ng,
que apenas era un muchacho, le costaba trabajo ocultar su sorpresa y, aturullado, preguntó: «¿E… es usted…?». Ni siquiera fue consciente de que había hablado en inglés. Amy, haciendo caso omiso del pésimo acento del muchacho, asintió con la cabeza y dijo: «Sí, soy yo». A pesar de lo breve de sus palabras, quedó manifiesto que hablaba un chino más que decente. Aquello alivió a
Siu-Ng

y al señor Au-joeng, quienes la escoltaron, uno a cada lado, hasta el aparcamiento del aeropuerto.

Aunque apenas estaban en mayo, el calor ya era bochornoso. Amy, acostumbrada a las temperaturas suaves de Vancouver, pensó que el sol de Cantón resultaba asfixiante. Sus rayos se le antojaban como agujas encendidas que le perforaban la piel. Se metió apresuradamente en el Audi negro y cogió varios pañuelos con los que se enjugó la frente mientras esperaba notar el aire acondicionado.

—¿Queda muy lejos? —preguntó Amy al señor Au-joeng.

—No mucho. En coche llegaremos en unas dos horas.

—¿Están preparados los documentos? Si los firmo al llegar, ¿podré estar de vuelta en Cantón hoy mismo?

—¿No quiere quedarse a pasar la noche? Así podrá catalogar los muebles mañana.

—No, no será necesario; contrataré a alguien para que lo embale todo y me lo envíe por barco.

Sus palabras parecieron desconcertar al señor Au-joeng, que hizo amago de hablar, pero se demoró unos instantes antes de decir:

—La casa lleva décadas vacía. Los muebles y la decoración datan de la época en la que se construyó, algunos son auténticas reliquias históricas; es necesario que sea usted en persona la que realice el inventario. A excepción de aquellos objetos de carácter estrictamente privado, contamos con que el resto permanezca en la casa. Por supuesto, puede fotografiarlos para tener un recuerdo; el contrato lo estipula claramente.

Amy suspiró resignada y comentó que entonces no tenía más remedio que quedarse a pasar la noche. Preguntó si habían reservado habitación. Desde el asiento del conductor,

Siu-Ng

le respondió que sí, que hacía tiempo que habían hecho una reserva en el mejor hotel del condado y que, aunque por supuesto no podía compararse con los de la ciudad de Cantón, era muy limpio y disponía de aguas termales y conexión a Internet. Después de aquello Amy no dijo nada más. De vez en cuando se abanicaba con un libro.

Como el interior del vehículo había quedado en silencio, el señor Au-joeng trató de entablar conversación:

—Nuestro superior, el señor Wong, esperaba su visita la primavera pasada; planeaba obsequiarla personalmente con un banquete en su honor. Después recibió la noticia de su enfermedad, su viaje se fue demorando… Esperó mucho tiempo, y ahora que por fin está usted aquí él se encuentra en Rusia en misión oficial. Le agradecería que lo esperase. Es usted la última descendiente de Fong
Dak-fat,
no imagina lo que ha costado encontrarla.

Amy apenas pudo contener una carcajada.

—La Fong Jin-ling que su superior espera no soy yo, es mi madre. Como sigue enferma, me envía a mí.

Dicho esto, sacó una tarjeta de visita del billetero y se la ofreció al señor Au-joeng, que la entendió a pesar de estar escrita en inglés:

> Amy Smith
> Profesora
> Facultad de Sociología
> Universidad de Columbia Británica

El señor Au-joeng golpeó varias veces la tarjeta contra la palma de su mano. «Comprendo, ya comprendo…». Amy le preguntó si le parecía tan mayor como para tener la edad de su madre, a lo que el señor Au-joeng respondió con una risita que no, y que de hecho le había extrañado que Fong
Jin-ling
no quisiera ir a la tumba de su abuela para presentar sus respetos.

Aquel comentario sorprendió a Amy. Le vino a la memoria el bulto que su madre se había empeñado en entregarle antes de partir.

Hacía algo más de un año que Fong
Jin-ling
había recibido una carta con remitente de Hoiping. Era una misiva oficial con el sello escarlata del gobierno local en la que se mencionaba la casa.

> La residencia de la familia Fong es una de las casas fortaleza más antiguas de la zona. Se ha solicitado su reconocimiento como patrimonio de la humanidad y debe restaurarse en vistas a convertirla en atracción turística abierta al público.

> Por ello solicitamos a los descendientes de la familia Fong que vengan a firmar un acuerdo de fideicomiso de administración en favor del gobierno regional.

Bla, bla, bla.

De pequeña, los padres de Jin-ling la habían llevado al pueblo. Vivieron dos años en aquella casa pero, al ser una niña de tan corta edad, el recuerdo que tenía de todo aquello era muy tenue, máxime habiendo transcurrido ya casi ochenta años de aquello. No le quedaba familia en el pueblo y la palabra «fideicomiso» le sonaba a expropiación, así que Jin-ling arrugó la carta, hizo con ella una bola y la tiró a la papelera. Nunca mencionó a nadie aquel asunto.

No tuvo en cuenta la perseverancia que iba a demostrarle quien le escribía desde Hoiping. Volvió a dirigirle más cartas e incluso la llamó por teléfono varias veces desde el otro lado del océano. Jin-ling ignoraba cómo había averiguado su número.

—¿No le da pena que un monumento de casi cien años acabe pudriéndose de esta manera? Si lo deja en manos del gobierno, lo restaurarán para que recupere su aspecto original y las nuevas generaciones podrán disfrutar de él. A usted no le supondrá esfuerzo ni gasto alguno, y seguirá siendo de su propiedad. ¿Acaso no sale así ganando todo el mundo?

Aquellas palabras, repetidas una y otra vez hasta la saciedad, empezaron a hacer mella en Jin-ling. Sin embargo, cuando estaba a punto de ceder, cayó gravemente enferma. Llevaba ya más de un año postrada en cama.

Su salud podía compararse con un árbol, uno frondoso, lleno de exuberantes hojas verdes, que no había conocido plaga alguna en setenta y nueve años, pero que, llegado a esa edad, un violento huracán le hubiera quebrado el tronco, justo por la mitad.

Enfermó el día de su setenta y nueve cumpleaños. Había invitado a sus compañeras de *mahjong* a comer en un restaurante italiano y, de regreso a casa, jugaron unas partidas. Era el mismo juego de mesa que de joven, cuando veía a su madre jugándolo con sus amigas, consideraba un fastidio y al que más tarde, con los años,

acabó aficionándose. Aquel día su hija no estaba en casa, por lo que se sintió menos constreñida y bebió y fumó a sus anchas. Acabó totalmente ebria, pero no empezó a encontrarse mal hasta la hora de irse a dormir. Se acostó y ya no se levantó de la cama. Sufrió un derrame cerebral.

Dejó de hablar con lucidez. La única lengua que había hablado siempre, tanto en casa como en el trabajo, era un perfecto inglés; estudió en un colegio público y solo había salido con hombres occidentales. Sin embargo, ahora era como si una traviesa mano diminuta se le hubiera metido en la cabeza y le hubiera desbaratado el inglés en el cerebro. El día que despertó en el hospital y oyó a la gente hablarle adoptó un gesto aturdido y los miró con cara inocente. Cuando abrió la boca únicamente era capaz de balbucir sonidos ininteligibles y nadie lograba entenderla. Pensaron que tenía afectada la región del cerebro que controla el lenguaje hasta que, días después, Amy reconoció el tosco cantonés que había oído hablar a su abuelo en casa cuando era pequeña.

También le cambió el temperamento. Después de recibir el alta del hospital ingresó en una casa de convalecencia y más tarde en una residencia de ancianos. Allá donde iba a parar organizaba grandes escándalos. Al final, Amy tuvo que realizar grandes esfuerzos e innumerables gestiones para que la admitieran en un asilo para personas de origen chino donde pudieran entenderla. Parecía que la situación había mejorado.

Un día, Amy estaba dando clase cuando recibió una llamada urgente de la residencia comunicándole que su madre había sufrido un percance. Hubo de suspender la clase y acudir a toda prisa. Se la encontró atada con correas a una silla y con la cara cubierta de mocos y lágrimas. La enfermera le explicó que aquella mañana su madre se había levantado gritando: «¡No queda tiempo! ¡No queda tiempo!» y que, al preguntarle qué era aquello para lo que no quedaba tiempo, había murmurado una explicación ininteligible para la enfermera. La anciana, frustrada porque no la entendían, había cogido el bastón y la había sacudido en la cara.

—Por la seguridad de los demás pacientes y también del personal, me temo que no podemos hacernos cargo de este tipo de pacientes —anunció la gobernanta a Amy.

Ver a su madre tratando de zafarse de la silla y echando espuma

por la boca le recordó a un pez intentando escapar de la red antes de morir. Aquella visión fue insoportable para Amy, que se hincó de rodillas en el suelo, implorando ruidosamente a lágrima viva: «Dios mío, Dios mío, ¿qué quieres de mí?, ¿qué más puedo hacer?».

Jin-ling, que nunca había visto llorar así a su hija, quedó tan impresionada que enmudeció en el acto. Tragó saliva y, extendiendo una mano, dijo:

—Ve tú.

En el puño tenía una carta arrugada con sello rojo y matasellos de China.

Amy hubo de leer la carta varias veces de principio a fin para comprender lo que su madre quería decir.

—Está bien —suspiró—, iré. Pero tienes que prometerme que no volverás a pelearte con las enfermeras.

La anciana se echó a reír a carcajadas, con la boca tan abierta que enseñaba casi todos los dientes, amarillos por el tabaco.

—Escúchame. Por muchos escándalos que organices no voy a llevarte conmigo, a donde te llevaré es a un manicomio. Si yo no puedo controlarte, alguien habrá que pueda —le espetó Amy.

—¿No pueden ponerla en una habitación individual? —preguntó con arrojo a la gobernanta, dirigiéndole su mejor sonrisa—. Apártenla de los demás internos, asígnenle una enfermera particular. Tan solo le pido que cuiden de ella un mes más, solamente un mes, nada más. Yo correré con todos los gastos. Cuando vuelva de China evaluamos de nuevo la situación, ¿de acuerdo?

Aquel día, Amy abandonó la residencia de ancianos refunfuñando y no reparó en la espléndida primavera que Vancouver le ofrecía. La lluvia había hecho crecer varios centímetros la hierba a sus pies; las rosas que poblaban los muros blancos se abrían en estallidos carmesí, y en las ramas de los árboles los pájaros trinaban a pleno pulmón. El diminuto cuerpo de su madre, Fong

Jin-ling,

se encogía cada vez más en su silla de ruedas y parecía una nuez que el viento ha tirado al suelo.

El trayecto fue más largo de lo que el señor Au-joeng había dicho. Pasaron por una infinidad de zonas en construcción y carreteras en

obras, por lo que, cuando se aproximaron al pueblo, caía ya el atardecer. El violento traqueteo del viaje hizo que Amy temiese por cada uno de sus huesos.

En la carretera de acceso al pueblo vieron una multitud de estridentes anuncios que ofertaban todo tipo de servicios a chinos residentes en el extranjero; la mayoría era de depósitos bancarios.

—¿Así captan a muchos clientes? —preguntó Amy.

—Con tanto cliente potencial, ¿cómo no van a captarlos? —respondió el señor Au-joeng—. En esta zona no hay nadie que no tenga algún pariente en el extranjero. Hemos pasado de los mensajeros marítimos y los caballos de reparto a las transferencias electrónicas; cambia el medio, pero el principio es el mismo.

Amy frunció el ceño.

—¿Mensajeros marítimos? ¿Caballos repartidores? ¿De qué demonios me está usted hablando?

—Los mensajeros marítimos eran las personas que, a cambio de una comisión, transportaban el dinero de los emigrantes hasta China. Luego, los llamados «caballos de reparto» se encargaban personalmente de hacerlo llegar a cada familia. Veo que comienza a despertarse su interés por los asuntos locales —dijo el señor Au-joeng, guiñándole un ojo.

—Mi interés por los fenómenos sociales es universal, con independencia de dónde se produzcan —replicó Amy.

La casa fortaleza de la familia Fong estaba apartada de la carretera y no se podía acceder a ella en coche, así que tuvieron que aparcar y continuar a pie.

El camino era estrecho y bordeaba lo que parecía ser una fábrica abandonada. Por el aspecto agreste de los bananos, la zona daba la impresión de llevar mucho tiempo descuidada. Las hojas se acumulaban en el suelo y la pulpa de los bananos caídos había formado una gruesa capa de color amarillento.

A pesar de que el sol seguía brillando, había muchos mosquitos; se pegaban a la ropa de Amy y empezaron a picarle. El señor Au-joeng le dio un ungüento que llevaba para las picaduras y acto seguido empezó a amonestar al líder del cuadro local del partido, que había salido a recibirlos.

—¿Acaso no le avisé de que veníamos? ¿Qué le costaba adecentar esto un poco? Usted no piensa más que en ganar dinero…

El dirigente aguantó la reprimenda con una sonrisa de oreja a oreja, sin rechistar. Luego, se volvió para mirar a un grupo de mujeres que se estaba formando y les espetó:

—¿Qué estáis mirando? ¿No os da vergüenza fisgonear de esa manera?

En lugar de amedrentarse, las mujeres se desternillaron y continuaron siguiéndolos a cierta distancia.

—Haciendo ya tanto tiempo de la apertura de China al exterior, ¿cómo es que ni su abuelo ni su madre tuvieron ocasión de volver al pueblo, aunque solo fuera de visita? —preguntó a Amy el señor Au-joeng.

—Mi madre me contó que mi abuelo murió justo cuando China y Canadá comenzaban a establecer relaciones diplomáticas. En vida, algunos amigos suyos habían querido informarse sobre las condiciones para solicitar un visado de vuelta. Mi abuelo le dijo a mi madre que no pudieron.

—¿Por qué? —inquirió el señor Au-joeng.

Amy se detuvo para mirarlo a la cara.

—Esperaba que usted pudiera responderme a esa pregunta —dijo.

El señor Au-joeng se quedó sin palabras por un momento. Después de una breve pausa, dijo:

—Aquellos fueron tiempos turbulentos. No solamente por las personas, sino también por los elementos. Un año, el río que pasa por este pueblo se desbordó; no se recuerda catástrofe parecida en cien años.

—¿No tiene una explicación mejor? Olvida que soy socióloga —replicó Amy fríamente.

—Sí que la tengo. Pero ahora no es el momento de dársela. Y permítame decirle que mi campo de investigación es la historia de los emigrantes chinos, así que tenemos bastante en común.

—Señorita Smith, el señor director es profesor universitario como usted —intervino
Siu-Ng,
el chófer—. Como su especialidad son las casas fortaleza de Hoiping, nuestra oficina requirió sus servicios para gestionar su restauración.

Aquello sorprendió a Amy, pero no dejó que se notara.

—En ese caso, sabrá decirme cómo es posible que un lugar de tanto valor histórico se vea sumido en este estado desolador.

El señor Au-joeng sonrió y le dijo:

—¿Prefiere usted escuchar la versión oficial que consta en los libros de texto o la que dan las fuentes orales?

Amy también sonrió.

—Las dos. Quiero escuchar las dos.

—Los libros de texto le dirán que esta zona sufre de una gran contaminación industrial que dificulta el establecimiento de cultivos y que por eso está abandonada.

—¿Y la segunda versión?

—La segunda versión dice que, después de que la zona fuera testigo de ciertos acontecimientos históricos, comenzaron a producirse algunos fenómenos de corte paranormal, y hasta el día de hoy nadie se ha atrevido a edificar en ella.

—¿Está usted diciéndome que aquí hay fantasmas?

El señor Au-joeng negó con la cabeza:

—No, no; yo no estoy diciendo nada. Usted, eso sí, puede sacar sus propias conclusiones a partir de las fuentes orales.

Amy se echó a reír y pensó que, después de todo, aquel hombre de mediana edad sería una compañía menos tediosa de lo que se había temido.

Continuaron por el camino hasta que llegaron al pie de la casa. Ya la habían divisado desde la lejanía, pues no había nada que obstruyera su visión, pero solo al estar cerca de ella se percibía su antigüedad. Se trataba de un edificio de cemento de cinco plantas con la fachada orientada al sur. Las cuatro puntas del tejado estaban rematadas con el típico volado oriental. Tenía muchísimas ventanas, pero eran estrechas y la fuerza del viento las había erosionado de tal forma que daban la sensación de haber sido agujereadas por metralla. Tenía puertas y ventanas protegidas con rejas corroídas por capas y capas de herrumbre. Debajo de los aleros había columnas romanas que, al igual que los marcos de las ventanas, estaban cubiertas de decoraciones talladas que habían quedado desdibujadas.

El señor Au-joeng cogió una piedra, la colocó delante de la fachada y se subió a ella. Sacó un periódico de su maletín y usó varias hojas para restregar el musgo y los excrementos de pájaro

que había encima de la puerta hasta que por fin se vieron los caracteres que había inscritos: «Residencia
Dak-Jin».
Los caracteres se habían tallado en el estilo caligráfico de trazo fino conocido como «hilo de oro» y, en su parte más profunda, aún se percibían restos de un rosa apagado que en su día debía de haber sido rojo escarlata.

Se dirigieron hacia la puerta. Era de hierro y tenía una reja de metal con tres cerrojos: uno arriba, uno abajo y otro en el centro. El señor Au-joeng explicó que se conocían respectivamente como el cerrojo del cielo, el cerrojo de la tierra y el cerrojo del centro, y que solo este último estaba cerrado, porque era el único que se abría por fuera; el resto cedería con un simple empujón. El cerrojo tenía el tamaño de una mano, pero la herrumbre había hecho aumentar su volumen. El señor Au-joeng le pidió la llave al dirigente del pueblo, que respondió: «Después de tantos años, quién sabe dónde andará. Ya que está aquí la dueña, que sea ella la que fuerce la puerta».
Siu-Ng
fue a coger una piedra puntiaguda del camino y se la entregó a Amy. El cerrojo era, en efecto, viejísimo: se partió con tan solo un par de golpes. La puerta, que aún resistía, vibró un par de veces mientras se entreabría. De pronto del interior salió aleteando un pájaro negro que casi arañó la frente de Amy, quien cayó arrodillada al suelo apretándose el corazón con las manos.

Al ver aquello, al líder del cuadro local del partido le demudó la cara.

—¿E… es que… no ha presentado sus respetos antes de venir? —preguntó al señor Au-joeng en voz muy baja.

—Pero, hombre, ¿de qué tiene miedo? Con el tiempo que sus ancestros llevan esperándola, lo único que harán al verla es alegrarse. Ya habrá tiempo de rezar mañana… Ahora no es momento de altares.

—Yo mejor me… me quedo aquí fumando —repuso el hombre, que permaneció en la puerta sin querer entrar.

Tras cruzar el umbral, Amy distinguió claramente un crujido bajo sus pies. Era el cristal roto de las ventanas. La luz del atardecer inundó toda la habitación sumiéndola en un baño de polvo dorado. Amy se detuvo y poco a poco examinó el contenido de la estancia.

En realidad, solo había un caldero resquebrajado en una esquina.

—En este piso están la cocina y las habitaciones del servicio. Los aposentos de la familia Fong se encuentran arriba —dijo el señor Au-joeng.

Fueron juntos en busca de la escalera.

La mayoría de los peldaños estaban hundidos; la escalera parecía una salchicha reventada con la carne desparramada por todos lados. Amy y el señor Au-joeng ascendieron lentamente, tanteando, con cuidado de no pisar en falso. Cuando por fin llegaron al piso superior, apoyada en la pared del fondo vieron una mesa de madera con el barniz desconchado. Encima tenía dos objetos esféricos que Amy, al acercarse, reconoció como dos incensarios de cobre. Estaban cubiertos de una capa de óxido verde tan espesa que casi doblaban su volumen original; parecían dos mujeres que habían perdido la figura. La pared tenía un espacio hueco que albergaba una estatuilla de Kun Yam, la diosa de la misericordia. Le faltaban la cabeza y los hombros, pero aún conservaba una mano, que adoptaba el gesto budista de la piedad. A ambos lados tenía grabados versos en vertical, pero los caracteres, desdibujados por el tiempo, apenas eran legibles:

> La… de… velas desprende… dad.
> El humo de… erá… hogar.

Debajo de la estatuilla había una placa de madera con inscripciones casi totalmente desvanecidas. Más de la mitad estaba podrida por el agua de las goteras, y tan solo se distinguían algunas líneas:

> Antepasados vigésimo… del linaje:
> Su… padre, Fong Dik-coi
> Su difunta madre… Jung…

—En este lugar su familia rendía culto a los espíritus de sus ancestros —explicó el señor Au-joeng.

Había varios listones de madera desperdigados por el suelo, como si alguien hubiera astillado los muebles. Amy le dio la vuelta a un par con el pie para examinarlos, pero lo único que consiguió fue levantar una gran polvareda que la hizo toser. El señor Au-joeng le enseñó una especie de bastón. Parecía una flauta, pero era algo

más grueso y largo, llevaba una cadenilla sujeta y tenía una protuberancia redonda y hueca hacia el centro. Amy sopló el polvo que lo cubría y descubrió una complicada cenefa de color amarillo oscuro: una planta trepadora enroscada. Golpeó aquel objeto con los nudillos y oyó un sonido seco: no era de bambú.

—Es una pipa de opio, está hecha de marfil. Su valor es incalculable —dijo el señor Au-joeng.

1
El sueño

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Del decimoprimer año del reinado de Tongzhi al quinto año del reinado de Guangxu
(1872-1879)

En Cantón, dentro del condado de Hoiping, existe un pequeño pueblo situado en los alrededores del municipio de Woon que se llama Zimin. Lo insólito de su nombre, que en cantonés significa literalmente «esforzaos», podría hacerlo parecer de reciente fundación, pero en realidad tiene varios siglos de historia. Cuentan que en tiempos del emperador Qianlong [1] dos hermanos llegaron a este lugar procedentes de Vietnam trayendo consigo a sus respectivas familias. Roturaron la tierra baldía, sembraron, empezaron a criar ganado y en poco más de una década habían establecido un hogar en el que echar raíces. Antes de morir, la última voluntad del mayor de los hermanos fue que la familia se afanara en las faenas del campo y prosperara en la vida, lo cual acabó inspirando el nombre del pueblo.

Durante el reinado del emperador Tongzhi [2] la población superaba los cien habitantes. En el pueblo vivían dos clanes: uno grande, el de los Fong, y uno pequeño, el de los Keoi. Los Fong eran

descendientes directos de los fundadores, originarios de Vietnam, mientras que los Keoi habían emigrado desde la provincia de Fujian. Todos trabajaban el campo para ganarse la vida. Los Fong cultivaban en arrozales colindantes que abarcaban una gran extensión de terreno alrededor de cuyo perímetro los Keoi, llegados más tarde, habían parcelado campos más pequeños. Con el tiempo, las familias vieron cómo las hijas de los unos se casaban con los hijos de los otros y viceversa, pasando así de ser vecinos a ser parientes. A medida que se estrechaban los vínculos familiares fueron desdibujándose los límites entre las tierras y, poco a poco, las diferencias entre unos y otros desaparecieron. Sin embargo, se trataba de algo temporal y, con el advenimiento de ciertos sucesos, las diferencias volverían a hacerse tan claras como marcadas a cuchillo. Pero aquello ocurrió mucho más tarde.

A la entrada de Zimin había un pequeño río y hacia el final se levantaba una modesta ladera. El terreno de en medio era llano y, tras años de labranza, extremadamente fértil. En años de bonanza climática, la cosecha alimentaba a todo el mundo. Sin embargo, en tiempos de sequía o de inundaciones, no era infrecuente tener que vender a los propios hijos como sirvientes para poder sobrevivir.

Además de sembrar arroz, las gentes de Zimin tenían otras ocupaciones, como la de criar ganado, cultivar verduras, bordar o tejer. Algunos lo hacían para consumo propio, pero la mayoría vendía en el mercado lo que producía. Había varias familias que criaban cerdos o vacas, pero el único matarife de toda la aldea era Fong Jyun-coeng, el padre de Fong
Dak-fat.

Fong Jyun-coeng pertenecía a la tercera generación de su familia que se dedicaba a la matanza. En cuanto Fong
Dak-fat
fue destetado y pudo tenerse en pie, empezó a entretenerse mirando con el culo al aire cómo su padre sacrificaba cerdos. Lo miraba cuando les introducía el cuchillo limpio y lo sacaba ensangrentado, sin el menor atisbo de miedo. Fong Jyun-coeng solía fanfarronear ante los vecinos: «Yo mato los cerdos de diez o veinte *li*[3] a la redonda, pero mi Fat matará los de mil o diez mil». Se equivocaba solo a medias: en efecto, su hijo Fong
Dak-fat

llegaría a ver más mundo que él, pero no se ganaría la vida matando cerdos. Antes de que pudiera cederle su turno al cuchillo, Fong Jyun-coeng habría muerto.

La familia de Fong Jyun-coeng empobrecía más y más a cada generación. Su padre había sido propietario de varios campos, pero él apenas podía alquilar terrenos de siembra. Con la cosecha, después de pagar el alquiler, no le quedaba más arroz con el que alimentar a su familia que el equivalente a medio cuenco por cabeza. Terminaba de llenarlo con el dinero que ganaba sacrificando animales. Si era para otros Fong, solo obtenía las vísceras, pero si era para los Keoi, con los que no guardaba ningún parentesco, podía llegar a cobrar un par de monedas a lo sumo. Por ese motivo, los cuencos de arroz de su casa no siempre conseguían llenarse. Dependía del tiempo, del ganado y también del almanaque tradicional chino: durante los meses con más días designados por los astros como especialmente propicios abundaban las bodas y, en consecuencia, la demanda de matanzas crecía.

A principios del décimo año del reinado del emperador Tongzhi, el pueblo llevaba dos años sumido en una gran sequía. El río había quedado reducido a un barrizal. En cuanto el sol comenzaba a ponerse, los mosquitos formaban una nube negra que flotaba permanentemente por encima de la ribera. No había rastro de peces. La tierra se agrietaba en espera de la lluvia como la boca de un niño que ansía la leche de la madre, pero la lluvia seguía sin llegar. Durante aquellos dos años apenas había habido cosecha, y las ocasiones en las que la gente requería los servicios del matarife también escaseaban, de modo que la vida de Fong Jyun-coeng se había ido hundiendo cada vez más en la miseria.

Su suerte daría un vuelco un día de mercado del año siguiente.

Aquel día, Fong Jyun-coeng se levantó temprano para sacrificar un cerdo que criaba desde hacía más de un año. Su intención había sido engordarlo hasta final de año para salar la carne, pero había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la olla de su casa había visto el fuego y ya no podía esperar más. Tampoco el cerdo podía esperar más: había adelgazado tanto que estaba en los huesos. Después de matarlo se quedó con la cabeza, la cola, la lengua y las vísceras, y cortó cuerpo y piernas en varios trozos que reservó para vender en el mercado. Quería comprar pastelillos de raíz de loto

porque su segundo hijo varón, Fong
Dak-sin,
cumpliría años al cabo de dos días. Aunque no pudiera celebrar un convite, la mínima consideración era repartir dulces entre familiares y vecinos.

Cuando llegó la hora de irse, su mujer, la señora Mak, envolvió la carne en hojas de loto para resguardarla de las moscas del camino. Después quemó una barrita de incienso delante de su altar y rezó para que el día no fuera caluroso: por muy fresca que sea la carne, no aguanta un día de bochorno sin estropearse. Cuando Fong Jyun-coeng se disponía a salir, la oyó decir:

—La madre de Hung-mou va a invitar a todo el pueblo por su sesenta cumpleaños y a mí las polillas me tienen roída la falda por todas partes.

Fong Jyun-coeng entendió que su mujer estaba pidiéndole que comprara tela con el dinero de la carne. Sintió cómo la rabia crecía en su interior hasta nublarle la mente, se bajó la pértiga de bambú de los hombros y se abalanzó sobre ella:

—Ella tiene familia en la Montaña del Oro. ¿Y tú?, ¿qué tienes tú? Te pasas el día: «Fulano tiene, fulano come…».

El alarido de la señora Mak, que cayó al suelo como un saco, resonó en toda la casa. Fong
Dak-fat
se acercó, cogió del suelo la pértiga y se la tendió con firmeza a su padre, que seguía con la cara enfurecida pero respiraba más calmado. Aunque acababa de cumplir nueve años, Fat, que era como todos llamaban al hijo mayor de Fong Jyun-coeng, aún no había dado el estirón y tenía un cuerpecillo flacucho y desgarbado. Hablaba muy poco, pero fijaba la mirada en la gente de una manera muy penetrante, lo cual inquietaba a su padre.

A Fong Jyun-coeng le gruñeron las tripas como gruñe un perro hambriento. Volvió a colocarse la pértiga sobre los hombros y se fue descalzo por el camino de tierra que conducía al mercado. Al pasar junto al río vio un charco entre las piedras y bajó. Metió las manos en él y se echó agua en la cara. Observó cómo los ojos y la nariz bailaban en el reflejo ondulante del agua: ora en la cara, ora fuera de ella. Hizo amago de sonreír, pero no lo consiguió porque los labios le pesaban demasiado; no pudo moverlos. Con la frente

chorreando, sintió que su ánimo se apaciguaba. Sabía que la razón por la que había pegado a su mujer no era un vestido. Era
Hung-mou.

Hung-mou era un primo lejano suyo. Nadie en el pueblo recordaba su verdadero nombre. Al tener los ojos grandes y redondos y la nariz puntiaguda como un occidental, todo el mundo lo llamaba por ese mote,
Hung-mou,
«el pelirrojo». De pequeños habían ido juntos a pescar al río y a coger lochas en los arrozales. También habían robado calabazas. Aunque
Hung-mou
contaba nueve años más que él, era muy poco avispado y le faltaba iniciativa; siempre hacía lo que Fong Jyun-coeng le decía. Nueve años atrás se casó con una Keoi y, como su mujer tenía un primo en la Montaña del Oro, también acabó marchándose.

En el pueblo corrían muchas historias sobre
Hung-mou.
Había quien decía que vivía en lo más profundo de las montañas buscando oro, que filtraba el agua con una especie de bandeja y que secaba las pepitas al sol. También contaban que en los últimos años la Montaña del Oro había sido asolada por una epidemia y que
Hung-mou
se dedicaba a cargar con los cadáveres de los extranjeros con la boca tapada, a moneda de plata el fiambre. Otros decían que trabajaba repartiendo gachas en una leprosería y que ganaba tres monedas de cobre por cada plato. Cuando la gente le preguntaba por aquellas historias a la madre de
Hung-mou,
ella ni confirmaba ni desmentía; invariablemente se echaba a reír. Nadie sabía a ciencia cierta qué hacía
Hung-mou
en la Montaña del Oro, pero de lo que no les cabía duda era de que había hecho fortuna, pues todos los meses enviaba dinero a su familia. Cada vez que su madre lo recibía hablaba con unos aires que la mayoría de la gente soportaba, pero que a Fong Jyun-coeng lo ponían enfermo. Y es que Fong Jyun-coeng conocía a
Hung-mou

mejor que nadie: sabía que cuando habían robado calabazas no atinaba ni a distinguir las verdes de las maduras y que no era capaz ni de limpiarse bien el culo después de cagar.

Pero Hung-mou se había hecho rico y él no; él seguía partiéndose la espalda todos los días por medio cuenco de arroz.

Ese día, Fong Jyun-coeng, con la pértiga sobre los hombros y el ceño fruncido, enfiló el camino del mercado. Poco imaginaba que al tomar aquella bifurcación su vida también daría un quiebro. Aquella tarde supondría un indudable y decisivo punto y aparte en su menesterosa vida de matarife y, junto con él, su familia también pasaría de los lodos de la escasez a la gloria de la opulencia.

Cuando por fin llegó a la ciudad con su paso atropellado, la encontró prácticamente vacía. En días de mercado como aquel, lo habitual era ver aglomerarse al gentío. Preguntó en varios puestos y se enteró de que la noche anterior se habían producido una serie de robos. Habían entrado en varias casas con la fuerza de un tifón y arramblado con todo, incluso habían asesinado a dos personas. Aquella mañana habían acudido varias patrullas a investigar y todos estaban recluidos en su casa, temerosos de salir.

Ya que había hecho el esfuerzo de llegar hasta allí no podía irse con las manos vacías, así que descargó los canastos de la pértiga y los expuso a un lado del camino para probar suerte. A mediodía, solo había vendido un pie de cerdo y una pieza de lomo. Vio elevarse el sol por encima de su cabeza mientras el agudo chasquido de las cigarras se le clavaba en los oídos. En los canastos, la carne empezaba a cambiar de color. Con rabia, se golpeó en el pecho y dio una patada, maldiciendo su suerte. De haberlo sabido habría adobado el cerdo para su familia. Habrían podido comer durante varios meses.

Así estaba, maldiciendo desesperado, cuando de pronto aparecieron dos hombres de tez morena vestidos con chaquetas cortas que se acercaron a él mirando nerviosos a todos lados y le endosaron un hatillo en las manos.

—Buen hombre —le susurró uno de ellos—, hágame el favor de guardarme esto. No se me vaya a ninguna parte, que en un par de horas volveré a buscarlo y el favor le arrendará ganancia…

Fong Jyun-coeng, que tenía buen ojo, se fijó en que iban armados hasta los dientes. Tembloroso, no abrió la boca. Los

hombres se escabulleron por un callejón y entonces olió un tufo caliente procedente de sus piernas: se había orinado en los pantalones.

Se quedó allí plantado agarrando aquel bulto pesado entre los brazos hasta que el sol empezó a ponerse y se levantó la brisa vespertina. No quedaba nadie salvo él y no había ni rastro de aquel par de hombres brunos. Miró alrededor para asegurarse de que estaba solo y deshizo una punta del hatillo para echar un vistazo. Al hacerlo, casi se desmaya.

Estaba atiborrado de lingotes de oro.

Lo metió a toda prisa en uno de los canastos y lo cubrió con la carne, se inclinó la punta del sombrero para que este le cubriera ojos y nariz, y se marchó por una callejuela.

Cuando llegó a casa era casi medianoche. Sus tres hijos se habían acostado ya, solamente quedaba despierta su mujer, que lo esperaba secándose los pies sentada delante de la lámpara que había encima del brasero. En época de sequía se los lavaba cada pocas semanas. Constituía un trabajo muy pesado; desvendarlos le ocupaba varias horas. La mayoría de las mujeres de Zimin trabajaban en el campo igual que los hombres y por eso no se los vendaban. Sin embargo, a la señora Mak, venida de fuera, se los habían vendado a los cinco años. Mientras esperaba a que se secaran, bordaba. Estaba decorando un sombrero negro de mujer que quería vender el siguiente día de mercado, con bordados diminutos de adelfas de color rosa. Para ahorrar aceite, había reducido la llama del candil al tamaño de un grano de arroz y fruncía el ceño tratando de ver la aguja que tenía en la mano. Cuando oyó ladrar a los perros dejó la costura y fue a abrir la puerta.

Fong Jyun-coeng entró en la casa con la cara empapada de sudor. Vio las vendas de los pies de su mujer enroscadas sobre un taburete como una serpiente y casi simultáneamente percibió el fétido olor a sudor rancio que inundaba la habitación, por lo que se llevó las manos a la nariz y estornudó con estrépito. Dejó la pértiga, se sentó en el suelo y, pensativo, permaneció con la mirada fija, mudo a pesar de las miradas que su mujer le dirigía de vez en cuando.

Al ver la carne rebosando en los cestos, la señora Mak

comprendió que no había sido un buen día. Su marido debía de estar disgustado y quería confortarlo, pero no se atrevía a decir nada, así que fue a buscar un trapo para que se secara el sudor.

—Mañana mandaré a mi hermano a Cantón para que te compre un vestido —dijo mansamente Fong Jyun-coeng, moviendo los ojos de aquí para allá.

De la noche a la mañana, Fong Jyun-coeng pasó de la miseria más absoluta a ser el patriarca más importante de todas las familias de la zona. Sin embargo, en cuestión de poco más de un lustro volvería a verse sin blanca.

Usó aquel dinero caído del cielo para comprar campos de cultivo y hacerse construir una casa de tres unidades. Como despreciaba al albañil del pueblo, gastó un buen dinero en contratar a uno venido especialmente de Fujian. Las paredes eran de ladrillo rojo, el techo estaba cubierto de tejas vidriadas de verde y el suelo era de piedra gris. Cada una de las tres unidades en las que se dividía la casa tenía exactamente la misma estructura: un patio central, una sala principal, una sala adyacente, una estancia al este y otra al oeste. La sala principal se destinaba a las visitas, donde se les serviría el té, mientras que la sala adyacente servía de estudio. A pesar de que Fong Jyun-coeng apenas reconocía un puñado de caracteres chinos, quería que sus hijos aprendieran a leer y escribir. La estructura de la vivienda respondía a una clara intención: en aquellas segunda y tercera unidades vivirían sus hijos cuando se casaran, de ahí que estuvieran comunicadas por sendas puertas, que podían cerrarse en caso de que las cuñadas no se llevaran bien. Desgraciadamente, tan detallada planificación resultaría inútil a la luz de los hechos venideros.

Nadie en Zimin había visto una casa así. Ni siquiera las de las familias con parientes en la Montaña del Oro podían hacerle sombra. El pueblo entero se congregó para ver cómo Fong Jyun-coeng y sus tres hijos lanzaban petardos en la puerta, como era costumbre, el día de la inauguración. La madre de

Hung-mou

también estaba entre el gentío, observando de pie a lo lejos y sin decir nada.

Arrendaban los campos, así que otros se los cuidaban. En ocasiones, Fong Jyun-coeng mataba un cerdo, pero no a cambio de

las vísceras ni de dinero, sino por costumbre. Si pasaba varios días sin salir de casa, de noche el tintineo de los cuchillos colgados en la pared no le dejaba pegar ojo. Era oírlos y desvelarse. Al día siguiente preguntaba puerta por puerta si alguien precisaba de su ayuda. La gente del pueblo, viéndolo tan miserablemente aburrido, empezó a encargarle que matara pollos y patos también, a lo que él accedía con sumo gusto.

En casa de los Fong vivían ahora media docena de empleados que se encargaban tanto de las tareas del campo como de las del hogar, de modo que la señora Mak no debía preocuparse de nada. Sin embargo, ella, acostumbrada al trabajo duro desde hacía tiempo, no sabía estar ociosa, de modo que empezó a enseñar a su hija, Tou, a hacer labores para cuando la casaran. Su hijo menor,
Dak-sin,
apenas había empezado a caminar y no tenía edad de estudiar; se pasaba el día jugando con los perros y persiguiendo a las gallinas. El mayor,
Dak-fat,
no tenía que trabajar en el campo, así que lo pusieron a estudiar.

En Zimin vivía un hombre apellidado Ding que se había mudado al pueblo a raíz de su matrimonio con una Keoi. Era un hombre de letras y se ganaba la vida con ello: caligrafiaba los pareados de los papeles rojos que flanqueaban las puertas de las casas por el Año Nuevo chino, redactaba los textos fúnebres que se colgaban en los funerales y también impartía clase a unos cuantos niños. Fong Jyun-coeng despreciaba el porte humilde del señor Ding, así que indagó en los alrededores en busca de alguien digno de enseñar a su Fat. Finalmente encontró en el mismo pueblo a un tal Au-joeng Ming. El señor Au-joeng era relativamente joven y, aunque se había presentado en dos ocasiones a los exámenes imperiales provinciales sin éxito, era muy ducho en literatura. Además, había sido alumno de un misionero protestante en Cantón y podía decirse que sabía tanto de China como de Occidente. Tenía un aula en la que solo enseñaba a los contados alumnos que habían demostrado tener aptitudes de su agrado, desdeñando al resto, según él condenados a una vida de ignorancia. También había impuesto una matrícula prohibitiva como medida disuasoria para aquellos que no apreciaran suficientemente sus enseñanzas. Aquello acabó de

convencer a Fong Jyun-coeng, que de inmediato mandó a Fat para que el maestro lo evaluara. En cuanto el señor Au-joeng tuvo delante al muchacho, le dirigió una sola palabra, «trágico», y no se dignó decir nada más. Desde entonces, lloviera o tronara, Fat recorría a diario varios *li* a pie para asistir a las clases del señor Au-joeng.

La familia Fong comenzaba de aquella manera a prosperar como una desgarbada hoguera de troncos mal apilados que, por un afortunado golpe de viento llegado de improviso, empieza a prender con fuerza. Desgraciadamente, las llamas de aquel fuego se extinguirían en apenas unos pocos años.

Todo porque Fong Jyun-coeng se volvió adicto al opio.

Lo fumaba en pipa en ingentes cantidades y de la manera más refinada. La sala principal de la casa se había convertido en su fumadero particular. Había un biombo de cuatro cuerpos con flores, pájaros, insectos y peces bordados en la mejor seda de Hangzhou. Tenía también un diván con almohadones, una mesita y varias cajas, todo de madera de peral rojo y con tallas de motivos florales. La pipa, del marfil de la mejor calidad, procedía de Birmania, y el opio, de la Compañía de las Indias Orientales, era de la mejor calidad.

La señora Mak había aprendido a servir a su marido con la mayor diligencia, y en el instante en que advertía en él signos de querer fumar ya le ponía la pipa encendida en las manos. Sabía la altura a la que prefería los almohadones, la mejor disposición del diván y cuáles eran los refrigerios con los que le gustaba acompañar el opio. En cuanto Fong Jyun-coeng se tumbaba, en la mesita de al lado lo esperaban, dispuestos como los pétalos de la flor del ciruelo, cinco platos. Normalmente eran cecina de ternera, bollos rellenos de cerdo asado, pastel de frijoles verdes, galletas de sésamo y pastelillos de loto, acompañados de un vaso de leche. Mantenía impolutos los utensilios que su marido usaba para fumar y los guardaba bien ordenados en sus correspondientes cajas, a la espera del momento de ser usados.

Aunque a la señora Mak no le agradaba ver esfumarse el dinero de aquella manera, evaluaba la situación desde su propio punto de vista. Fong Jyun-coeng era un hombre impetuoso que no podía permanecer en casa y siempre que salía bebía y se enzarzaba en

peleas. Comparado con los altercados que podía llegar a causar fuera, tenerlo en casa pegado a la pipa era muchísimo mejor. Además, si ella no lo complacía, él podía comprarse una mujer que lo hiciera. Así ocurría en las familias con dinero.

Lo cierto era que, con el ansia de opio saciada, Fong Jyun-coeng era un hombre de inmejorable carácter. Aún no había cumplido la treintena y su risa conservaba cierta candidez. Hablaba en voz queda y suave, y en ocasiones mostraba un agudo sentido del humor. Le pedía a su mujer que se probara delante de él los vestidos, los zapatos y las joyas que le compraba en Cantón y que se diera la vuelta para deleitarse admirándola, a veces en el fumadero, en presencia de los criados, a veces en la habitación, a puerta cerrada. En esas ocasiones no solamente la admiraba con los ojos, sino que sumaba las manos. Ella coqueteaba y jugaba a esquivarlo con el mismo rubor en las mejillas que el que había lucido en sus años de juventud.

Como papel de lija, el opio había limado las aristas del otrora agrio carácter de Fong Jyun-coeng y, a sus ojos, había hecho lo propio con la dureza del mundo. Por ese motivo el mundo y él se miraban con creciente placidez. Aquel velo a través del cual observaba la realidad le hacía ignorar hechos como que, en la lejana capital, la emperatriz viuda Cixi defendía lo que quedaba del Gran Imperio Qing en una Ciudad Prohibida asediada por pistolas y cañones, y que dentro de su propia casa sus trabajadores, como ratas hambrientas, lo despojaban a escondidas de todas y cada una de sus riquezas.

Cuando su hijo Fat volvía de estudiar, si él había terminado de fumar lo sentaba a su lado, le partía una galleta de sésamo o un pastelillo y le preguntaba si había practicado la caligrafía y le pedía que le contara qué había aprendido aquel día con el señor Au-joeng. A pesar de no haber ido a clase un solo día de su vida, le gustaba que sus hijos se formaran. Desde el principio supo que el mayor tenía madera de estudiante. Quién sabía si algún día llegaría a ser mandarín en la corte imperial. ¿Sería verdad aquello que decían de que la gloria estaba predestinada? Se estrujaba la mente tratando de recordar si alguna de las óperas cantonesas que había visto incluía la historia de algún hijo de matarife que hubiera pasado los exámenes del funcionariado imperial con notas tales que le

permitían subir al Pabellón de la Armonía Suprema para ver en audiencia al Hijo del Cielo. Pero no recordaba ninguna.

Una de esas tardes en las que padre e hijo charlaban, Fat observaba los utensilios para fumar esparcidos por el diván sin decir nada, pero con la preocupación claramente escrita en la frente. Fong Jyun-coeng estaba acostumbrado a ver aquel gesto en su hijo; desde que nació parecía un adulto. Partió un trozo de cecina, lo mojó en la leche y se lo puso en la boca a su hijo, susurrándole dulcemente: «Hijo, ¿a que te cuida bien tu padre?». Fat terminó de tragar la cecina y replicó: «Padre, el señor Au-joeng dice que los extranjeros nos dan a fumar opio para hacer mella en nuestro espíritu; que, vencido el pueblo, vencido el país». Fong Jyun-coeng se quedó perplejo. Después de meditar unos instantes, acarició la cabeza de su hijo y le dijo: «¿Cuántos años le quedan a tu viejo padre? El futuro de la familia está en tus manos de todos modos; tarde o temprano tendré que dejarte el apellido en herencia. Con que tú no fumes, ya no hay problema».

Fat dio un suspiro y agregó: «El señor Au-joeng dice que si fuera el emperador quien gobernara de verdad, idearía la manera de acabar con los poderes extranjeros volviendo contra ellos sus propios métodos»[4]. Fong Jyun-coeng se apresuró a taparle la boca a su hijo: «¿El señor Au-joeng no teme que le corten la cabeza por decir esas cosas? ¡A la plebe como nosotros no nos incumben los asuntos de Estado!».

Las esperanzas que Fong Jyun-coeng tenía puestas en su hijo se verían truncadas antes de poder hacerse realidad. Seis años después de recibir aquel dinero inesperado inhaló una cantidad fatal de opio y murió en su diván. A la luz de los acontecimientos que lo sucederían, su fallecimiento puede considerarse afortunado, ya que, de no haber muerto entonces, muy probablemente aquella calada habría sido de todos modos la última que diera. Habían vendido casi todas las tierras y los objetos de valor de la vivienda dormían en la casa de empeño hacía ya muchas noches. De la casa solamente quedaban los ladrillos, las tejas y la puerta, tras la cual aguardaba una larga cola de acreedores.

Fue en esas circunstancias en las que Fong Dak-fat, durante el transcurso de una noche, se convirtió en cabeza de

familia a la edad de quince años.

Seis meses después de la muerte de Fong Jyun-coeng,

Hung-mou

regresó de la Montaña del Oro.

Fat se enteró de la noticia mientras trabajaba en el campo.

Para entonces la familia Fong había vendido más de la mitad de su finca y solo conservaba la parte frontal de la primera unidad. Arrendaban unos pocos *mu*[5] de las tierras que habían sido suyas antes de verse obligados a venderlas, y Fat los trabajaba. La señora Mak tenía los pies vendados y no podía ayudar en las tareas del campo, pero contribuía tejiendo un brocado que nadie en el pueblo podía igualar. Le añadía cuentas, bordaba encima flores doradas y plateadas y elaboraba con él delantales, zapatos, sombreros y bolsas que vendía los días de mercado por unas cuantas monedas. También confeccionaba alguna tela especial o hacía bordados a los vecinos con motivo de bodas, entierros, nacimientos y demás eventos importantes. En esas ocasiones no cobraba dinero, sino que los jóvenes de la familia en cuestión se comprometían a echar una mano en épocas de siembra o de cosecha.

El invierno siguiente a la muerte de Fong Jyun-coeng, su segundo hijo varón, Fong

Dak-sin,

empezó a sufrir ataques epilépticos. Un día estaba comiendo cuando de pronto comenzó a tener convulsiones, se cayó del taburete y se mordió la lengua con tan mala suerte que se arrancó un buen trozo. Cuando volvió en sí se había quedado medio ausente, alelado, y ya no volvió a ser el mismo. Más tarde, y sin previo aviso, tendría muchos más ataques en los campos, en la mesa, en la cama, en el baño. La señora Mak, cuya vista se desgastaba cada día más por culpa de la costura y quizá también a causa de la preocupación que sentía por la enfermedad de su hijo, tuvo un brote de blefaritis. Se le hincharon los párpados hasta tal punto que parecía que estuvieran del revés, y apenas se le veían los ojos, cubiertos de legañas. Tenían el aspecto de dos bolas de masa blanca con el montoncito de carne roja picada presionado encima para hacer panecillos al vapor. No tuvo más remedio que dejar la costura. El mundo de la familia Fong se había venido abajo y su peso había recaído por completo en los hombros de Fat.

Para poder costear el tratamiento de
Dak-sin,
la señora Mak vendió a su hija a una familia que vivía a veinte *li*.

La venta era en firme, pues había impreso su huella dactilar en un escrito con los ancianos del clan por testigos:

> Por el presente acuerdo, la señora Mak, de los Fong, se compromete a entregar a su hija Tou a la familia de Chan
> A-yim
> de la aldea oeste para que sea su sirvienta y recibe como compensación quince monedas de plata. Desde el momento de su entrega la muchacha no deberá ponerse en contacto de modo alguno con la familia Fong y, pase lo que pase a partir de entonces, cada uno seguirá su propio destino y no podrá desdecirse. Como la palabra no tiene valor, aquí queda escrito a modo de certificación,
>
> A día 5 de la decimoprimera luna
> del cuarto año de reinado de Guangxu **[6]**

La familia que compró a Tou tenía un pequeño negocio de teñido de ropa. El hombre de la casa, de cincuenta y ocho años, tenía mujer y dos concubinas, pero ninguna le había dado un hijo varón. A pesar de contar con algo de dinero, no podía costearse una tercera concubina, así que resolvió buscar una muchacha de familia humilde para que le hiciera a medias de sirvienta y a medias de concubina. Todos aquellos años que la señora Mak había pasado enseñando a su hija a coser y bordar caerían en saco roto: Tou iba a acabar de criada.

Tou contaba apenas trece años el día que salió de casa para no regresar jamás. Lo hizo sin ser consciente de ello, pues su madre, temiendo que no accediera, la engañó diciéndole que iban a comprar al mercado. En realidad había acordado verse allí con una tía de los Chan para proceder a la entrega. Antes de salir de casa, la señora Mak le dio dos huevos en conserva envueltos en su pañuelo. Hacía mucho tiempo que Tou no comía un huevo y le preguntó a su madre si también había para sus hermanos, a lo que esta replicó que no, que eran solo para ella. Tou descascarilló uno y lo engulló sin darse tiempo para degustar la yema. Se le atascó en la garganta y tuvo que tragar saliva; tardó tanto en deglutirlo que en la frente

se le dibujó una vena tan gruesa como una lombriz de tierra. Cuando volvió a tener espacio en la boca quiso comerse el segundo huevo, pero después de pelarlo volvió a envolverlo en el pañuelo: «Mejor se lo dejo a Sin, que es pequeño», refiriéndose a
Dak-sin,
su hermano menor. Entonces su madre se sacó una moneda de plata del busto y le dijo que la guardara bien y no se la enseñara a nadie. Tou se la guardó en un puño y cuando estaba húmeda de sudor reparó en lo extraño de la situación. Preguntó: «¿Para qué tanto dinero, madre? ¿Qué tengo que comprar en el mercado?». La señora Mak contestó: «Lo que tú quieras, hija». Tou estuvo pensando unos instantes y luego añadió: «Madre, puedo ir a la botica de los misioneros a comprarle una botella de colirio y, con lo que sobre, comprar cuatro pastelillos de nueces: uno para Fat, otro para mí y dos para Sin». Tou era la segunda de los tres hermanos, se llevaba dos años con Fat y seis con Sin, a quien prácticamente había criado, por lo que lo consideraba más un hijo que un hermano. De espaldas a ella, la señora Mak murmuró: «Tú come, mi niña, cómetelo todo y no dejes para nadie». Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Una vez en el mercado, la señora Mak vio aproximarse a lo lejos a la tía de la familia Chan. Con la excusa de tener que usar las letrinas, le dijo a Tou que siguiera andando, que enseguida la alcanzaba. Cuando comprobó que su hija caminaba en dirección a la mujer, se dio la vuelta y huyó. A los pocos pasos se escondió tras una esquina y, con cuidado, se asomó para ver cómo aquella mujer se llevaba a su hija a rastras. Sintió que le arrancaban un pedazo de corazón.

Recorrió el camino de vuelta a casa desorientada, aturdida, sintiendo que los pies no tocaban el suelo. Llegó al anochecer. En lugar de encender el fuego para preparar la cena, se quedó mirando la cocina con expresión trastornada. Cuando Fat volvió a casa, preguntó dónde estaba Tou, extrañado de no haberla visto en todo el día. Tuvo que preguntar varias veces más para que su madre, al final, murmurara: «Me he cortado un trozo de carne y se lo he echado a los perros». Al oír esas palabras Fat supo que no volvería a ver a su hermana en esta vida. Tiró el tazón de agua que estaba bebiendo, salió corriendo de la casa y se hincó de rodillas en la calle, llorando desconsoladamente. Años después, la gente de Zimin

aún seguiría recordando claramente el sonido de aquel amargo llanto suyo. No era un llanto a gritos, estridente, sino un sollozo quedo como el gimoteo lastimero de un perro. A pesar de que en esos años el pueblo había visto y oído incontables llantos y el corazón de la gente se había endurecido, aquella noche todo el mundo se compadeció de Fat y en los alrededores apenas quedó un ojo seco.

Al día siguiente, Fat fue a despedirse del señor Au-joeng. Lo encontró sentado con las piernas entrecruzadas delante de su escritorio, practicando la caligrafía como de costumbre. Cuando el profesor supo de la noticia tiró el pincel con tanta fuerza que salpicó el escritorio. «Al que enferma para morir, ningún remedio puede servir», sentenció, y Fat supo que no se refería a sí mismo.

Acto seguido, el señor Au-joeng se levantó y fue a buscar varios libros de poesía para regalárselos: «Dejas de ser mi alumno, pero aun así debes seguir instruyéndote». Fat negó con la cabeza y dijo: «¿No tiene usted un libro que enseñe a sembrar o a criar animales?». El señor Au-joeng no replicó.

Aquel día, de vuelta de casa del señor Au-joeng, Fat se fue a la cama directamente sin cenar. En mitad de la noche, a la señora Mak la despertó un ruido parecido al de un ratón mordisqueando la paja. Se echó algo de ropa sobre los hombros y se incorporó para averiguar qué era. Vio a Fat, iluminado por la minúscula llama del candil, rasgando unos papeles. La señora Mak no sabía leer ni escribir, pero reconoció los cuadernos que Fat había usado en la clase del señor Au-joeng y se había resistido a tirar, acumulando año tras año una gruesa capa de polvo. Quiso quitárselos de las manos, pero ya era inútil: estaban hechos trizas, esparcidos por toda la habitación. La señora Mak comprendió en lo más hondo de su corazón que, finalmente, su hijo había aceptado su destino.

Desde entonces Fat se había dedicado en cuerpo y alma a las tareas del campo.

Fat estaba sembrando con un vecino que había ido a corresponder un favor de su madre. Los campos de las demás familias estaban ya sembrados, mientras que el de Fat llevaba unos días de demora justamente por haber tenido que esperar la ayuda. El agua primaveral era tan fría que sus pies se entumecieron en cuanto se hundieron en el fango. No se le daba bien trabajar en el

campo, pues en los años de prosperidad de su familia no había tenido que hacerlo. Ahora que había vuelto, el campo lo rechazaba y se ensañaba con él al reconocer su falta de pericia. A Fat le parecía tener alambres uniéndole las piernas y la cintura pues, en cuanto doblaba el cuerpo, se quedaba rígido sin poder erguirse y, cuando lo conseguía, aquellos alambres se le clavaban en la carne causándole punzadas tremendas. El vecino trabajaba con soltura delante de él y plantaba en filas rectas, tanto verticales como horizontales. Las pocas que él había plantado estaban torcidas, daba pena verlas. Pensó en los ojos infectados de su madre y en la enfermedad de su hermano, y sintió como si un nido de hormigas le carcomiera el corazón. Se irguió y miró al cielo. El sol pesaba sobre él como una manta vieja cubriéndolo de pies a cabeza. Aún faltaba mucho para el ocaso.

Se preguntaba hasta cuándo iba a seguir así.

A sus quince años soportaba penosamente aquella madurez impuesta. Hundido en las aguas del arrozal, su jadeo creaba ondas circulares a su alrededor.

—¡Ya ha llegado, ya está aquí el tío de la Montaña del Oro!

Vio aparecer un grupo de niños que se acercaban a todo correr.

Los seguía una decena de porteadores que entraban en el pueblo baúles de madera de alcanforero, la mitad de altos que un hombre y con las esquinas reforzadas con relucientes remaches. De dos en dos, los hombres sujetaban pértigas de las que colgaba un baúl que crujía cada vez que bajaba y daba contra el suelo.

—Hung-mou ha vuelto para casarse —dijo el vecino.

Eran las segundas nupcias de
Hung-mou,
y también en esta ocasión iba a tomar esposa y no una mera concubina.

Se había casado por primera vez hacía más de diez años y, cuando su mujer llevaba tres meses encinta, se había marchado a la Montaña del Oro. Ni la madre ni la criatura habían sobrevivido al parto.

La mujer con la que iba a casarse, apellidada Gwan, apenas tenía catorce años y era muy hermosa. Hung-mou había pasado tanto tiempo en la Montaña del Oro que sus gustos diferían mucho de los de los demás hombres de Zimin. No le gustaba, por ejemplo, que las

mujeres se vendaran los pies, y las prefería altas y entradas en carnes. También quería que supieran leer. Su madre fue con todos aquellos requisitos a la casamentera, que al oírla enumerarlos había puesto cara de circunstancias. En el pueblo había muchachas que no tenían los pies vendados, pero en el sur de China las mujeres suelen ser de baja estatura, así que sería difícil encontrar una mujerona alta como un caballo, especialmente una que supiera leer. Por fortuna, consiguió dar con la familia Gwan.

El padre era un hombre de letras que tan solo había superado la primera fase de los exámenes imperiales y se ganaba la vida de maestro en casa de una familia rica; de ahí que, aun siendo de extracción pobre, sus hijos supieran leer y escribir. La hija mayor de los Gwan cumplía con todos los requisitos de

Hung-mou

y, además, sus ocho caracteres natales[7] mostraban una gran afinidad con los de él, así que

Hung-mou,

loco de contento, decidió invitar al pueblo entero al banquete.

El día de la boda Fat tenía que entresacar el arroz y, cuando hubo terminado, el cielo empezaba a oscurecer. Fue a quitarse el barro de los pies en el río. Sentado en el margen, vio a lo lejos una tenue luz roja sobre el pueblo que hacía que el cielo pareciera estar en llamas. Sabía que eran los farolillos rojos del banquete. Se bajó las perneras de los pantalones, se sacudió el barro y, sin ganas de volver a casa, se dirigió hacia el convite.

El festejo tenía lugar al aire libre. Contó exactamente treinta mesas, a cada una de las cuales correspondía, además de todo tipo de aves y mariscos, la mitad de un reluciente cochinillo asado. Se sentaba a una mesa en la que todos eran jóvenes y estaban hambrientos como lobos, así que el cochinillo desapareció en cuestión de segundos. Fue rápido y pudo salvar un trozo para su hermano, Sin, que como no quería acabárselo de golpe se lo comía a pequeños bocados y lamía la grasa que le resbalaba por las muñecas. Al verlo comer con aquella ansia descontrolada quiso reprenderlo, pero se mordió la lengua porque sabía que, al igual que el resto de su familia, desde la muerte de su padre no había probado la carne.

El licor de arroz con el que brindaban lo había destilado la

madre de
Hung-mou
especialmente para la ocasión unos meses antes de la vuelta de su hijo. Era tan fuerte que el olor que emanaba de la tinaja al abrirla bastaba para emborrachar. Hung-mou se tambaleaba de mesa en mesa dedicando brindis vestido con el tradicional traje de seda, que era de color azul zafiro y tenía caracteres auspiciosos bordados en oro. Llevaba un pañuelo rojo atado a la espalda en un gran lazo y, en la cabeza, un casquete de seda con una brillante pieza de jade incrustada en la parte frontal con un dragón y un fénix tallados. Aquella noche los mofletes le brillaban encendidos y el sudor se le acumulaba en los ojos. La lengua parecía no caberle en la boca, y el rostro se le arrugaba en todas las direcciones de tanto reír.

Cuando llegó a la mesa de Fat, este, que era el mayor del grupo, los conminó a que se levantaran en señal de respeto. Desde una mesa vecina alguien bromeó: «¡Anda! ¿Para qué tantos miramientos? Hoy es la boda de
Hung-mou,
hasta los perros pueden tomarle el pelo en este día» [8].
Hung-mou
le acarició el pelo a Sin y, serio, dijo: «Ese padre tuyo… Ah, ese padre tuyo, un hombre tan sensato… Quién iba a decirlo». Sacó dos cajitas del interior de la túnica y se las entregó a Fat y a Sin.

Fat abrió la suya y se la acercó; dentro había una especie de semillas negras, redondas y brillantes. Se puso una en la boca y al morderla oyó un crujido que lo asustó, pues pensó que se había partido un diente, pero se debía a que aquella cosa tenía una almendra dentro. El sabor era el más dulce que había probado en su vida.

En el futuro, cuando Fat fuera a la Montaña del Oro, en repetidas ocasiones volvería a ver la sustancia de la que estaban hechas aquellas extrañas bolas negras e incluso aprendería cuál era su nombre: chocolate.

Aquella noche, en el banquete de bodas de
Hung-mou,
Fat se emborrachó. Nadie lo obligó, fue él quien bebió demasiado. Era la primera vez que probaba el alcohol. Desde la punta de la lengua, el licor se introducía por su garganta como una soga

ardiente hasta llegar al estómago. Una vez allí no permanecía mucho tiempo, sino que subía lentamente a la cabeza, donde, tras haber ido adquiriendo fuerza conforme trepaba desde el estómago, estallaba como una bola de fuego. Sintió que el cuerpo se le encogía como el de una medusa y se escapaba por el agujero abierto por aquella bola de fuego, flotando en el aire aún lejos del cielo, pero sin tocar el suelo. Desde esa lejanía, como en un sueño, vio la hilera de mesas del convite y el pueblo, desdibujados por el alcohol.

Entonces sintió como si aquellas bolas negras que Hung-mou le había regalado estuvieran peleándose con el licor de arroz y fueran a destrozarle las tripas. Deprisa, se abrió paso entre la gente y corrió a trompicones hasta un claro junto al camino, donde se arremangó la chaqueta, se bajó los pantalones y apenas estuvo acuclillado soltó un chorro de diarrea cuya pestilencia casi lo ahoga. Se limpió con una hoja de banano y le echó tierra por encima. Los efectos del alcohol se habían disipado y ya no se sentía flotar, sino que volvía a pisar tierra firme.

Podía oír cómo, a sus espaldas, la algazara de la boda continuaba en la lejanía. A su alrededor el viento de la noche mecía la espesura. Las ranas del estanque croaban tan alto que lo agobiaron, así que cogió una piedra y la lanzó con fuerza. El croar cesó de inmediato, y surgieron varios pájaros que huyeron aleteando despavoridos. Las nubes se habían dispersado y solo quedaba un espléndido cielo añil cubierto por un camino de estrellas que resplandecían en toda su inmensidad.

¿Era a la Montaña del Oro adonde conducían aquellas estrellas? ¿De qué clase de lugar se trataba, que había logrado hacer de Hung-mou un hombre respetable? Aquellos baúles suyos tan pesados, ¿estaban realmente colmados de oro?

Se sentó junto al camino y poco a poco se quedó dormido.

Más tarde lo despertó algo que lo azuzaba. Pensó que sería un perro hambriento atraído por el olor de la diarrea, pero al volverse vio a una niña pequeña de no más de dos años que lo miraba sonriente y con los ojos muy abiertos. Llevaba un vestido rojo de seda y un sombrero a juego con peonías bordadas. Al ver aquel rostro redondo tan lleno de curiosidad a Fat se le erizó el vello, pues

recordaba las historias de fantasmas que se contaban en el pueblo. Se puso en pie mientras sentía cómo un sudor frío le recorría la espalda y echó un vistazo detrás de la niña. Cuando vio la sombra a sus pies respiró aliviado, pues sabía que los fantasmas carecen de ella, y le preguntó: «¿De qué casa eres?».

La niña no respondió. Se metió las manos en la boca y de las comisuras empezó a escurrírsele la baba. Fat sacó una bolita negra de la cajita que
Hung-mou
acababa de regalarle y se la puso en la boca a la niña, que no podía morder bien porque aún no le habían salido todos los dientes, de modo que estuvo jugueteando con ella dentro de la boca hasta que la baba le cambió de color. Cuando terminó de chupar y extendió la mano para pedir más, Fat advirtió algo extraño. Al fijarse, vio que el pulgar de aquella niña tenía una protuberancia. Un sexto dedo.

Entonces Fat oyó una voz y reconoció al ama Huang, una sirvienta de la casa de
Hung-mou,
que se acercaba presurosa en dirección a ellos con un farol en la mano. Cuando dio alcance a la niña suspiró y, llevándose una mano al pecho, exclamó: «¡Luk-zi! [9]
Luk-zi,
mi niña, vas a acabar conmigo. No puedo descuidarme ni un momento. ¿Con qué cara me presentaría ante el amo
Hung-mou
si te pierdo antes de que termine siquiera el convite?». Fat le preguntó al ama Huang por qué no había visto antes a esa niña si era pariente de
Hung-mou,
y esta le contestó que antes de aquel día no lo era. Le explicó que se trataba de la hermana menor de la novia y que, al haber nacido con un sexto dedo en la mano, sus padres habían pensado que sería difícil casarla y habían decidido incluirla en la dote de su hermana. Fat se rio y dijo que el tío
Hung-mou
tenía posibles, que no le vendría de alimentar un dedo más o menos.

La sirvienta se llevó del brazo a

Luk-zi,
quien durante todo el camino de vuelta, cada dos o tres pasos, se volvía para mirar a Fat con sus brillantes ojos negros.

Fat se preguntó qué clase de persona llegaría a ser aquella niña de mayor.

En aquella ocasión,
Hung-mou
se quedó en el pueblo algo más de un año. Esperó a que su mujer diera a luz un hijo sano y entonces se marchó de nuevo.

Cuando llegó el momento de partir no lo hizo solo. Se llevó a un acompañante, que no era otro que Fong
Dak-fat,
el hijo de Fong Jyun-coeng.

Fat había querido ir a la Montaña del Oro desde el momento en el que vio a los porteadores de
Hung-mou
entrando en el pueblo cargados con todos aquellos baúles pesados, pero se había tratado de un deseo vago. Sin embargo, albergó la idea tanto tiempo en su corazón, que había ido creciendo y echando raíces hasta que un día no pudo resistir más y fue a ver al señor Au-joeng para hablar de ella.

La primera pregunta que le hizo el señor Au-joeng fue qué sabía de la vida en la Montaña del Oro, a lo que Fat se encogió de hombros alegando que al tío
Hung-mou
no le gustaba dar detalles al respecto. Después de pensar un poco, añadió que, a pesar de no saber cómo era la vida en la Montaña del Oro, había visto el porte elegante de
Hung-mou
a su vuelta, y que la que sí conocía era la vida en el pueblo, que era un camino hacia la nada. El señor Au-joeng dio una palmada en el escritorio y dijo que esas eran las palabras que había estado esperando oír. Si la vida en el pueblo no tenía futuro, al menos la Montaña del Oro le ofrecía la oportunidad de forjarse su propio camino. Al oír las palabras del señor Au-joeng, aquella vaga idea de Fat finalmente tomó forma y cobró sentido. Había madurado la firme decisión de marcharse.

Le faltaba el dinero para el pasaje, así que tuvo que empeñar la

parte de la casa que quedaba a nombre de la familia por cien monedas de plata. Las envolvió en un pañuelo y se fue con ellas a casa de
Hung-mou,
que al verlas dio un largo suspiro de resignación y anunció: «Si no te llevo conmigo, tu madre me echará en cara la deuda que tengo con tu padre de velar por ti. Está bien, mozalbete, si me prometes que le echarás coraje, puedes venir».

El día de su marcha Fat se despertó muy temprano. Hacía tiempo que tenía preparado el equipaje, que consistía en un hatillo con tres pares de zapatos de tela y cinco pares de calcetines gruesos, varias mudas y algunas latas de pescaditos en conserva para acompañar el arroz durante el viaje. Los zapatos y los calcetines los había tejido penosamente su madre, que apenas veía ya la punta de la aguja, a lo largo de varias noches. Hung-mou le había dicho que no se molestara en hacer zapatos, que Fat no podría pasar con ellos el frío invierno de la Montaña del Oro y que al llegar tendría que comprarse unas botas de piel. Sin embargo, la señora Mak no lo creyó y confeccionó los zapatos de todos modos, pero con una anchura tal que cupieran el pie y varios calcetines. Era imposible que en algún lugar del mundo hiciera tanto frío como para traspasar tres capas de calcetines.

Despierto mucho antes del alba, Fat empujó suavemente con el pie un par de veces a su hermano, que dormía profundamente, acurrucado a su lado como un conejillo. Desde que empezó a tener los ataques, tenía sueño en todo momento y se pasaba la vida durmiendo, ya fuera de noche o de día. Fat lo sacudió de nuevo, esta vez algo más fuerte, y Sin emitió un quejido, se volvió y siguió durmiendo. Decidió dejarlo dormir. Lo tapó con la colcha de flores y se sentó en la cama, listo para levantarse. En aquel momento no sabía que aquella era la última vez que vería a su hermano: antes de que su barco atracara en la Montaña del Oro, Sin habría muerto. Sucedió un día cuando, dando de comer a los cerdos, tuvo un ataque y se cayó por una zanja. Con el tiempo Fat se arrepentiría amargamente de no haberlo despertado en aquella ocasión.

Cogió el hatillo del cabezal y, a tientas, trató de bajar de la cama, pero dio con algo blando. Aquel bulto se movía e incluso le pareció escucharlo lloriquear. Gracias a la débil luz de los fogones a

escasos metros pudo adivinar la figura de su madre, que se limpiaba las lágrimas de los ojos. Estaba calentándole unos pasteles de frijoles verdes para el camino.

—Fat, prende el candil —dijo su madre, restregándose la nariz.

—Pero si pronto amanecerá… Además, veo bien —contestó Fat, sin moverse.

En realidad, no se atrevía a mirar a su madre a la cara. No entendía cómo de aquellos ojos, reducidos a un par de minúsculos agujeros, podían brotar tantas lágrimas. A menudo había sentido que con ellas, a modo de tentáculos, su madre lo aprisionaba en su amargura. Pero también sabía que, a partir de aquel día, si conseguía cruzar el umbral de la puerta y bajar los cinco escalones del tranco de su casa, su madre no podría volver a dominarlo con su llanto.

—Fat, el candil —repitió su madre, esta vez en un tono notablemente más severo.

Fat lo encendió. De pie, justo delante de la puerta, su madre extendió el brazo y le apuntó con el dedo índice muy cerca de la cara.

—Arrodíllate delante de tu padre.

Fat se arrodilló ante la imagen de Fong Jyun-coeng y a través del fino algodón de sus pantalones sintió la fría dureza de las baldosas. Bajo la fantasmagórica luz amarilla del candil, su padre aparecía cansado, débil, casi adormilado, como sin fuerzas para abrir los ojos. Ya no podía cuidar de él.

Notó que empezaban a brotarle las lágrimas sin que pudiera hacer nada por evitarlo, así que arrugó las mangas de la chaqueta formando una bola y la mordió con fuerza hasta que por fin recobró la compostura.

—Padre, el tío se queda a cargo de la siembra. Por favor, protéjalo —dijo—. Me marcho a la Montaña del Oro. Pobre o rico, vivo o muerto, volveré. El incienso de su tumba nunca dejará de prender.

Su madre se arrodilló a su lado y Fat sintió su respiración entrecortada en la cara. Los pies de la señora Mak, puntiagudos como brotes de bambú, temblaban debajo del faldón.

—Esposo, cuida de nuestro Fat allá, al otro lado del mundo. Por lo que más quieras, guárdalo de engancharse al opio incluso aunque

sea a costa de su vida. De caer en esa tentación, ya no sería digno de llevar el apellido Fong y no podría pensar siquiera en volver a cruzar el umbral de esta casa.

Fat partió cuando empezaba a esclarecer. Las gallinas de los vecinos, que habían pasado la noche en sus jaulas, ya andaban sueltas buscando bichos tempraneros que llevarse al buche. Había dos gallos que agitaban frenéticamente alas y garras, enfrascados en un tira y afloja por un gusano verde. Fat les echó un puñado de tierra y se separaron dejando un rastro de plumas a su paso. En la lejanía podía oírse el sonido de la vieja noria, en marcha ya para los madrugadores que quisieran regar antes de la salida del sol.

Fat arrancó un manojo de hierba verde aún húmedo por el rocío. El rocío, decía siempre su madre, eran las lágrimas del cielo. Frotó el manojo entre las palmas de las manos y se hurgó la nariz con él. Después estornudó con fuerza. Podía respirar hondo, sentía limpio cada tendón, cada vena y cada músculo de su cuerpo. Al vaciarse la nariz también se había liberado de la podredumbre acumulada durante dieciséis años.

Cuando llegó a casa de
Hung-mou
lo encontró en la puerta reunido con toda su familia y el porteador que había contratado. El equipaje de
Hung-mou,
que había visto más mundo que Fat, era mucho más voluminoso que el suyo. A cada uno de los extremos de la pértiga el porteador cargaba una caja de resplandeciente mimbre. La madre de
Hung-mou
se hacía sombra en los ojos con la mano mientras miraba el sol, como si calculara la hora. Su mujer, aún tocada con un pañuelo en la cabeza porque acababa de terminar la convalecencia del parto[10], cargaba con su hijo y tomaba de la mano a su hermana,
Luk-zi,
mientras hablaba en voz baja con él. Al ver llegar a Fat, se calló y movió la manita de su hijo a modo de despedida, susurrándole: «Dile adiós a papá, que se nos va a la Montaña del Oro». Terminó la frase con la voz entrecortada por la emoción. El bebé miró fijamente a
Hung-mou

unos instantes y rompió a llorar con tal fuerza que se le marcó una arteria azul en la frente. La madre empezó a mecerlo, pero no se calmó hasta que le metió un dedo en la boca para que lo chupara. Entonces azuzó a

Luk-zi

con la pierna, diciéndole: «¿Qué ensayamos ayer?».

Luk-zi,

que había crecido mucho durante el último año, seguía siendo muy delgada; tenía el cuello y los brazos finos como cuerdas y parecía que se la fuera a llevar el viento. Su hermana tuvo que insistir varias veces más, y entonces exclamó a gritos:

—¡Adiós, señores! ¡Que tengan buen viaje y les vaya bien en la Montaña del Oro! ¡Envíen mucho dinero y vuelvan con muchos regalos!

Todo el mundo se rio.

—¿«Señor»? ¡Fat será mayor que tú, pero por orden de generación [11] es tu sobrino!

Luk-zi, avergonzada, se volvió y se metió en la casa.

De este modo, los tres hombres se marcharon.

El porteador iba a paso más ligero por la inercia del peso de los bultos que cargaba en la pértiga y

Hung-mou

y Fat lo seguían a distancia. El sol ya estaba alto y el rocío se había secado; solo quedaba el fino polvo del camino. Las flores de loto del estanque estaban abiertas y la noria se había detenido. Aún no habían empezado a cantar las cigarras, de modo que lo único que se oía en los alrededores eran sus pasos.

—Tío Hung-mou, ¿la Montaña del Oro es toda de oro de verdad? —preguntó Fat.

2
Los peligros

Provincia de Columbia Británica, Canadá

Del quinto al séptimo año del reinado del emperador Guangxu
(1879-1881)

Ayer tarde los muelles de la ciudad de Victoria fueron testigos de una gran concentración de ciudadanos, atraídos por el deseo de presenciar una estampa singular: hacia las dos y cuarto de la tarde, el buque Madrid hizo su entrada en el puerto trayendo consigo a trescientos setenta y ocho hijos del Celeste Imperio. Procedente de Hong Kong, el navío ha pasado algo más de un mes en cuarentena en la isla de Honolulú como prevención ante la posibilidad de casos de viruela.

Nos encontramos ante la mayor ola de inmigración china de la historia. A pesar de las repetidas propuestas por parte de la Asamblea Legislativa de implantar un impuesto de capitación a los trabajadores chinos y de limitar los puestos de trabajo que estos pueden desempeñar, la incesante afluencia de trabajadores de raza amarilla es cada vez mayor.

La llegada de estos trabajadores, a los que se suele tildar de «mulas de carga» por las penosas labores que realizan, completa así un interminable viaje de varios meses dentro del llamado «infierno flotante» de las bodegas del barco, en el

> que han tenido que soportar la inmundicia del ambiente cerrado sumada al azote de las olas y el viento. Presentaban un aspecto anémico, desaseado y andrajoso. En el grupo no había ni mujeres ni niños pero, curiosamente, a pesar de tratarse de un grupo homogéneo de varones, todos lucían largas trenzas. Algunos las llevaban a la espalda y otros se las enrollaban en la cabeza. Todos portaban a los hombros cañas de bambú de cuyos extremos colgaban sendas cestas que contenían la totalidad de sus equipajes. Sus rostros tenían una expresión ausente y caminaban a trompicones, sin el porte de una persona civilizada. Su apariencia desentonaba fuertemente con el entorno. Algunos niños del público empezaron a tirarles piedras, pero fueron controlados con celeridad por las fuerzas del orden.
>
> *Victoria Times Colonist*, 5 de julio de 1879

Lo único que Fong Dak-fat alcanzó a ver en el momento de poner el pie en cubierta fue un blanco cegador. El sol brillaba como nunca lo había visto hacerlo y su luz se le clavaba en las retinas con la fuerza de un cuchillo recién afilado. Aunque cerrara los ojos, podía sentirla sobre los párpados. Había tenido que empeñar la casa para pagar el viaje y debía gastar lo imprescindible, así que el pasaje que Hung-mou y él habían comprado era de bodega, donde no había diferencia entre la noche y el día. Después de tanto tiempo encerrado no reconocía el sol, y este se desquitaba por ello.

Intuyó que debía de ser verano, pues al marcharse del pueblo el sol era mucho más benigno y no tenía aquella vehemencia. Como no llevaba consigo ningún almanaque, la única manera de dar cuenta del paso del tiempo transcurrido hasta que zarparon de Hong Kong, sumado a la gran cantidad de días que habían pasado flotando en el mar, eran las marcas que había hecho en su pértiga con las uñas cada noche antes de dormir. Mientras el barco se aproximaba a tierra las contó con atención: noventa y siete en total. Aquello significaba que había pasado fuera de casa cien, ciento uno o ciento dos días. En cuanto el barco se hizo a la mar empezó a marearse y a vomitar, y se pasaba el día en el suelo sin poder mover un músculo. Después recobró la compostura, pero le sobrevinieron escalofríos y estuvo varios días inconsciente. Todo el mundo decía

que no sobreviviría. Incluso
Hung-mou
lo creyó y le cambió la ropa para que pudiera irse al otro mundo con una muda nueva: las reglas del barco estipulaban que quienes perecieran durante el viaje debían ser arrojados al mar. Sin embargo, sobrevivió. Al despertar preguntó a la gente de su alrededor cuánto tiempo había pasado inconsciente y algunos le dijeron tres días, otros cuatro, otros cinco, así que solo podía calcular el tiempo que llevaba fuera de casa de una manera aproximada.

Quiso cambiarse de ropa antes de bajar del barco. Eligió precisamente la que
Hung-mou
le había puesto cuando creyó que iba a morir. Su madre se la había encargado a la costurera del pueblo. Estaba hecha a mano con la tradicional tela de color añil y llevaba las mangas y las rodillas reforzadas con cinco o seis parches, cosidos uno encima del otro, a fin de que le durara hasta la vuelta. Pesaban tanto que hacía ruido al caminar: era como si llevara una armadura. Cuando se puso la ropa reparó en que le quedaba ancha y empezó a despotricar de la costurera por no saber ahorrar tela;
Hung-mou
se acercó a él, le dio unas palmadas en el hombro y le dijo:

—Mozalbete, has vuelto con vida de las puertas del infierno, ahora no le andes echando la culpa a nadie.

Entendió que lo que ocurría era que había adelgazado.

El barco llevaba ya un tiempo atracado, pero aún no podían bajar. Se corrió la voz de que esperaban a alguien. Finalmente aparecieron tres hombres ataviados con batas blancas, guantes y mascarillas. Aunque llevaban media cara cubierta y no se les veía ni la nariz ni la boca, sí se distinguían los ojos redondos, de un gris azulado profundo y hundidos en las cuencas como las piedras en el fondo de un arroyo. Fat había visto a misioneros protestantes con ese mismo aspecto, así que no sintió mucha curiosidad.

Los tres hombres dividieron a la gente de cubierta en dos grandes filas y les hicieron ponerse uno enfrente del otro con las palmas de las manos hacia arriba, como gallos de pelea. Hung-mou miró de reojo a Fat, que entendió el mensaje: preguntara quien

preguntara, él tenía dieciocho años. Nadie le preguntó. De los tres hombres, uno de muy baja estatura fue directo hacia él, puso su maletín en el suelo, lo abrió y sacó un artefacto metálico resplandeciente. Antes de que Fat pudiera deducir qué era aquella cosa, el hombre ya le había introducido en la oreja algo metálico, duro y frío que revolvió con la fuerza de quien remueve la mierda con un palo, y luego se lo sacó. A Fat le hizo cosquillas y se rio. Entonces el hombre le levantó los párpados al máximo y se acercó para examinarle los ojos. Ver tan de cerca las azules y nítidas pupilas de aquel hombre hizo pensar a Fat en las llamas del mismo color tras las que se ocultan los espíritus malignos chinos y tuvo un poco de miedo. Cuando el hombre apartó las manos se olvidó de colocarle bien los párpados y Fat tuvo que parpadear con fuerza varias veces hasta conseguir cerrarlos. Al hacerlo sintió una especie de arenilla punzante y se le humedecieron los ojos.

A continuación el hombre le abrió la boca, cogió una pieza plana de madera y le presionó la lengua con ella. Fat sintió un sudor frío y que la garganta se le estrechaba de golpe. Emitió un sonido gutural y soltó una bocanada de vómito; toda la boca se le llenó de un sabor agrio.

El hombre cogió un trozo de algodón y se limpió la mancha de la manga. Entonces le subió la parte de arriba de la ropa y le golpeteó el estómago. Fat siempre había tenido muchas cosquillas. Ya de pequeño, cuando se peleaba con su hermano Sin, si este no lo ganaba por la fuerza solo tenía que soplarle en el estómago para conseguir reducirlo. Por supuesto, aquella situación era diferente y Fat no se atrevía a reír, pero aun así no pudo evitar encogerse como un ovillo hasta que tuvo la cabeza canosa de aquel hombre bajito justo en el pecho. Vio que le faltaba pelo y que en el centro de la coronilla rosa tenía una peca negra. Parecía el pezón de una mujer. Se aguantó la risa hasta que su cuerpo no pudo más y empezó a temblar.

Entonces el hombre lo puso contra la pared de espaldas a él y empezó a aflojarle los pantalones. Fat no hizo nada para resistirse y los pantalones cayeron sobre el suelo como una flor marchita, dejando al descubierto sus dos zancas larguiruchas. El hombre le separó las nalgas con ambas manos y miró entre ellas unos instantes. Entonces hizo ademán de subirle un poco los pantalones

pero, antes de que Fat tuviera tiempo de recuperarlos, volvió a ponerlo de cara a él, le echó mano a la entrepierna y le agarró el miembro girándolo para examinarlo. Las manos del hombre estaban húmedas y Fat sintió que aquel bulto se le hinchaba por momentos como se hincha la barriga de un sapo; al final acabó poniéndose tan duro como el acero. Era la primera vez en su vida que lo veía así de grande y, al sentir todas las miradas del barco centradas en aquel palo tieso suyo, tuvo ganas de llorar.

De pronto, todo terminó. En lugar de decirle a Fat que podía subirse los pantalones, el hombre le hizo una señal al más alto de los tres, que aguardaba al otro lado de la cubierta con una cosa alargada en las manos que parecía una especie de serpiente. Se acercó con ella a Fat, que antes de tener tiempo de esquivarla sintió que se le helaba el corazón: aquella serpiente escupía un interminable chorro de agua fría que lo golpeaba en el pecho. El agua que salía del vientre de aquella cosa era diferente de la que había visto en cualquier río, en cualquier estanque, en cualquier pozo. Estaba tan sorprendido que ni siquiera llegó a sentir miedo. Oyó que
Hung-mou
le gritaba:

—Es desinfectante; te mata todos los bichos del cuerpo.

Entonces la serpiente dejó de escupir agua y Fat, chorreando, pudo terminar de vestirse. Pensó que más tarde le preguntaría a
Hung-mou
qué quería decir aquello de «desinfectante».

Los tripulantes abandonaron el barco en masa. Cuando la multitud inundó el muelle, cada uno se marchó guiado por quien había ido a buscarlo. También el gentío que se había reunido fue dispersándose y al final solo quedaron algunos niños que, a distancia, voceaban: «Chino, chino, cochino de China». Fat no entendía su lengua, pero por el tono adivinaba que no eran palabras amables. Se arrimó al máximo a
Hung-mou,
bajó la cabeza y, cargando la pértiga a los hombros, siguió su camino a tropezones y sin desviar la mirada. Después de tantos meses en alta mar seguía sintiendo el vaivén de las olas y era como si todavía flotara; le costaba pisar en firme.

El sol empezaba a ponerse y el horizonte estaba salpicado de nubes del color de la sangre. Se levantó un viento vespertino muy frío y Fat se agachó para ajustarse el pantalón. Pensó que aquello era realmente la Montaña del Oro, pues el viento de su pueblo no era así. El viento de su pueblo se arremolinaba suavemente y acariciaba al pasar. En cambio, el viento de la Montaña del Oro cortaba como si tuviera aristas y, si te descuidabas, podía arrancarte la piel.

En aquel momento se oyó un tintineo y Fat levantó la cabeza. Vio que provenía de un carruaje. Lo arrastraba un caballo de porte formidable con la crin negra y brillante cuyas recias pezuñas resonaban al trote. La montura era granate con bordados de oro y el cochero era un viejo enfundado en un traje negro que llevaba en la cabeza un sombrero cilíndrico del mismo color. Dentro del carruaje viajaban dos señoritas jóvenes, una de rosa y la otra de azul. Sus vestidos eran ceñidos hasta la cintura y luego se abombaban como un paraguas. Llevaban largas plumas clavadas en los sombreros. Fat no pudo evitar seguirlas con la mirada al paso del coche. Pensó que esas plumas eran como las de la cola de un faisán. En el pueblo, cuando alguien mataba uno no se molestaba en recogerlas del suelo a excepción del señor Au-joeng, que las colocaba en su bote de pinceles a modo de decoración. Quién hubiera podido adivinar que en la Montaña del Oro las mujeres se las ponían en la cabeza. La verdad era que no les quedaban nada mal.

De repente volvió en sí y reparó en que

Hung-mou

estaba parado a lo lejos esperándolo, así que avivó el paso hasta alcanzarlo. Hung-mou lo miró y le dijo: «Qué, ¿son guapas las blancas?». Fat aún seguía humillado por lo que había pasado con aquel hombre en el barco y no dijo nada. Hung-mou se echó a reír y continuó: «Tú mira, tú mira. Hártate de ver todas las cosas nuevas de la ciudad. En dos o tres de días tendremos que irnos a la montaña a trabajar y ya no verás un carajo».

Siguiendo el ejemplo de

Hung-mou,

Fat continuaría refiriéndose a aquel lugar de manera genérica como «la ciudad» hasta que, mucho tiempo después, se enterara de que tenía nombre, uno bastante difícil de pronunciar para él: Victoria.

Decían que era el nombre de la reina de Inglaterra.

Aquel día Fat, Hung-mou y una decena de paisanos de los alrededores del pueblo fueron a una casa de acogida regentada por un hombre de Hoiping. Lugares como aquel eran un punto de reunión para los chinos recién llegados a la Montaña del Oro en el que podían descansar e intercambiar información con sus compatriotas. Hung-mou fue para indagar cómo andaba la oferta de trabajo en la ciudad y en la montaña. Era él quien se encargaba de buscar maneras de ganar dinero, Fat solo tenía que seguirlo. Si el cielo se derrumbaba, allí estaba

Hung-mou

para aguantarlo. Lo único que debía hacer Fat en la casa de acogida era muy sencillo: procurarse agua, un plato caliente y alguien que le afeitara la barba. Después de una travesía de tres meses, aquel muchacho imberbe que había subido al barco había bajado de él convertido en un hombre.

Había pasado encerrado el equivalente a una estación completa. Tres meses de su vida en los que podría haberse hecho mayor de manera más gradual.

Muy pronto, el tiempo empezó a refrescar. La ciudad se abría al mar, así que fue un cambio progresivo: al principio solo hacía frío por la mañana y por la noche, y la temperatura de las horas diurnas era agradable. Después, las horas de frío fueron expandiéndose gradualmente hasta engullirse entre sí y hacía frío todo el día.

Los pantalones que Fat se había llevado del pueblo no le servían de mucho. En cuanto salía a la calle el viento los azotaba como si fueran de papel; tenía que palparse la tela para confirmar que los llevaba puestos. Hung-mou buscó una túnica raída y la rompió en retales, que cosió en forma de tubo. Le dio los tubos a Fat para que se los pusiera debajo de los pantalones, protegiéndose desde la punta del pie hasta la rodilla. Se embutía en ellos por la mañana al levantarse y no se los quitaba hasta la noche, antes de dormir. Olían a rancio, como los pies vendados de su madre, aunque de manera algo más suave.

A pesar de lo difícil que resultaba la vida los días de invierno, Fat aguardaba deseoso que hiciera aún más frío. En verano había ido con

Hung-mou

y una veintena de paisanos a limpiar un solar. Talaron todos los árboles que había y quemaron los hierbajos a fin de dejarlo preparado para que edificaran en él. El dueño del terreno les dijo que les regalaba la montaña de leña si le hacían el favor de llevársela, así que decidieron quemarla para hacer carbón, que metieron en sacos y vendían de puerta en puerta. Los días de calor no vendían nada, pero esperaban obtener un buen dinero cuando llegara el frío. Una vez pagados el alquiler y la comida, el resto del dinero que ganó con la limpieza del solar lo envió al pueblo. Su madre lo aguardaba para recuperar la casa. El término del plazo de empeño era de un año, así que tenía que mandar todo el dinero que pudiera antes de que llegara ese fatídico día. Comprar tierras vendría después; de momento no quería planteárselo. Lo que le importaba entonces era que su madre tuviera un techo bajo el que cobijarse.

De día salía a vender carbón y de noche iba a dormir a un colmado de la calle Cormorant que tenía por nombre Ceon Seng. El dueño, Gwan
Ceon-seng,
era, como todos los que vivían en aquella calle, de origen chino, concretamente de la ciudad de Chikham, en Hoiping. Su establecimiento se dividía en dos partes: la delantera era el colmado y la trastienda consistía en una habitación con dos camas, que hacía las veces de posada en la que acomodaba hasta doce huéspedes. Las camas medían metro y medio de ancho. Acostadas de lado y con las piernas encogidas cabían seis personas en cada una. Cuando alguien dormía demasiado a gusto se le podía salir una pierna de la cama, y cuando dos personas se estiraban al mismo tiempo, el follón estaba asegurado. Un día Fat se despertó en el suelo: alguien lo había empujado.

Fat y Hung-mou llevaban medio año viviendo en el establecimiento de Gwan
Ceon-seng.
Pagaban diez dólares al mes a cambio de cobijo y sustento. A Fat, que solo ganaba veinte dólares mensuales, le pareció muy caro y decidió preguntar por ahí. Fue entonces cuando se enteró de que aquella era la pensión más barata de todo el barrio chino. Tuvo que resignarse.

Una noche, Fat había terminado de vender carbón algo más tarde de lo habitual y entró en la posada renqueando. Las suelas de los zapatos de tela que había llevado del pueblo se le habían agujereado, así que les había añadido dos suelas de hule y se había vendado los pies para protegérselos, pero le dolían sobremanera. Todo el mundo había cenado ya y solo quedaba su ración de gachas con un pescadito en salmuera y dos garras de pollo. Se quitó los zapatos, se sentó en el borde del camastro y se tomó las gachas mecánicamente. Entonces empezó a quitarse las vendas, pero le costaba. Por culpa del roce le habían salido costras en los pies, que se habían pegado al vendaje. Tiró de la venda y se arrancó la piel. El pie se le cubrió de sangre.

El posadero, al que todos llamaban Seng, le llevó una palangana para que se lavara los pies. Fat cerró los ojos mientras los metía en el agua, frunciendo el ceño en un gesto de dolor.

—Estos pies tuyos no aguantarán todo el invierno —le dijo Seng—. Tienes que ir a donde los indios y darles un saco de carbón para que te hagan un par de botas. Las hacen ligeras como una pluma y no sé con qué pelo las forran, pero son tan cálidas que parece que tengan un brasero dentro y no se rompen en cien años.

Fat, que había calculado mentalmente el dinero que suponía un saco de carbón, no dijo nada.

En la cama había gente mondándose los dientes, otros se quitaban las durezas de los pies y aun otros fumaban. Hung-mou estaba estirado en un rincón con un destartalado *huqin*[12] entre las manos con la mirada fija en el techo. A comienzos de verano había ido al norte a informarse de la situación de los buscadores de oro. Le contaron que la gente había escrutado las montañas de arriba abajo y ya no quedaba ni el polvo de oro que antes desechaban. Sin alternativas, tuvo que volver a la ciudad a medio camino. Fue entonces cuando dio con el *huqin* tirado en el suelo y decidió quedárselo. Lo guardaba como quien guarda un tesoro y de vez en cuando lo sacaba para calmar la nostalgia tocando canciones cantonesas.

Se reían de él. Alguien le dijo:

«Hung-mou,
me han dicho que te volviste de Caribou porque encontraste un pepitón grande como un puño, te lo guardaste en los pantalones y

por la noche te escapaste con él. ¿Es eso verdad?».

Hung-mou

replicó: «Me cago en tu madre, teniendo yo un cacho de oro, ¿iba a quedarme yo aquí en este cuchitril?». Entonces otro le dijo: «¿Y de dónde salió el dinero para tu boda? ¡Dicen que sirvieron cien pollos, y eso para empezar!».

Hung-mou

contestó: «Pues salió de más de diez años ahorrando. ¿No merecía la ocasión darme el gusto de sacrificar cuatro pajarracos?». Seguían sin creerlo, así que se le echaron encima, gritando: «¡Bajadle los pantalones a ver si lo lleva o no!».

Hung-mou

se defendió dando codazos a diestro y siniestro hasta que consiguió zafarse y ponerse en pie.

—Escríbeme una carta, anda —le dijo a Fat asiéndose los pantalones—, como mi mujer no reciba pronto noticias mías se me va a escapar con alguno.

Entonces, mientras uno corría a subir la llama del candil, otro fue a buscar la tinta, otro colocó el papel y otro más fue a lavar el pincel y se lo puso en la mano a Fat. De todos los hombres que llenaban aquella habitación Fat era el único que había ido a la escuela, así que era el que se encargaba de escribirles las cartas. Fat mojó la punta del pincel en la piedra-tintero y esperó a que

Hung-mou

empezara a dictarle. Este estuvo rascándose la cabeza un buen rato hasta que finalmente dijo: «¿Cómo están mi madre y Lung?». Todos lo abuchearon, diciendo: «Venga, hombre, ¿cómo no vas a preguntar primero por tu mujer? Preguntar primero por tu madre y por tu hijo es muy falso; ¡es a ella a la que echas de menos!».

Hung-mou

no les hizo caso e instó a Fat a que escribiera.

—Le di un cheque de veinte dólares al noveno tío de los Gwan de la aldea al norte del pueblo para que te lo llevara. ¿Lo has recibido?

Antes de que Fat tuviera tiempo de mover el pincel,

Hung-mou

soltó: «¡A la mierda! Claro que lo recibiste, pero eres tan vaga que no me has escrito una línea, ¿tanto te cuesta?». Fat le preguntó si

quería que lo escribiera así, a lo que este respondió: «¡Pues claro! Tú ponlo así. Escribe, escribe». Sonriendo, Fat le dijo que prefería esperar a que terminara, por si después quería cambiar algo.

Tras pensar un poco más,

Hung-mou

prosiguió:

—Sigo viviendo donde Seng. Estoy sano. La próxima vez que te envíe dinero adminístralo bien, que en la Montaña del Oro las mulas de carga como yo sobran. Somos muchos chinos para muy poco trabajo, en invierno nieva y no hay nada que hacer. Cuida de mi madre y de mi hijo Lung. Tu hermana,

Luk-zi,

que no sea floja, que se ponga a trabajar.

Al oír eso Fat se rio.

—Pero ¿qué edad tiene

Luk-zi?

¿Qué trabajo puede hacer una niña de tres años?

—¡Bah! —espetó Hung-mou—. ¿Y qué? Con tres años yo ya iba a coger lochas con mi padre. Pon: «Antes de que yo me fuera, Tung

Sap-ngan

nos pidió prestados tres sacos de arroz. Ve hasta su casa y reclámaselos. El muy desgraciado está enfermo y no tiene nada a su nombre, como esperemos más se habrá ido al otro barrio y ya podemos despedirnos del arroz. Aquí tienen una medicina muy buena para el dolor de espalda de mi madre; la próxima vez que alguien vaya para allí le pediré que os la lleve y se la preparas».

Fat le preguntó a Hung-mou si había terminado y él respondió que sí. Entonces Fat, con una caligrafía impecable, escribió:

> Mi querida esposa:
>
> Espero que al recibir estas líneas tanto tú como el resto de la familia os encontréis bien de salud. Os echo mucho de menos. Imagino que por estas fechas ya habrás recibido el cheque de veinte dólares que le mandé hacerte llegar al noveno tío de los Gwan de la aldea al norte del pueblo. Yo, por mi parte, te informo de que sigo alojado en el mismo lugar de siempre y que me encuentro en buen estado de salud y de ánimo. No te preocupes por mí. Aquí en la Montaña del Oro ha empezado a hacer mucho frío y no es fácil ganarse la

vida. Sé que sabrás administrar bien el próximo dinero que te envíe y que intentarás ahorrar una parte. Cuida de nuestro hijo Lung, de mi madre y de

Luk-zi.

No hace falta que vayas a casa de Tung

Sap-ngan

a reclamarle los tres sacos de arroz que nos debe. He encontrado un remedio para la espalda de mi madre. Buscaré a alguien que me haga el favor de hacéroslo llegar.

Desde este remoto lugar te desea un buen invierno tu marido,

Hung-mou
Ciudad de la Montaña del Oro,
a 19 del primer mes del año del dragón de metal **[13]**

Cuando Fat hubo terminado la carta la dobló, dejó caer el pincel y dio un bostezo descomunal. Justo entonces Seng, el posadero, le llevó una taza de té y le dijo: «Despabílate, Fat, anda. Ya que estás con el pincel, aprovecha la tinta que queda para escribirme una carta a mí también, que llevo dos meses sin responder a mi madre». Fat, que se había echado en la cama vestido, le respondió que mejor otro día, que estaba agotado. Hung-mou empezó a recoger la tinta y los papeles, gruñendo: «Me cago en tu madre, qué creído te lo tienes por saber escribir cuatro líneas de nada». Cuando terminó la frase, Fat ya estaba roncando. Todos los hombres del cuarto suspiraron resignados. Reconocieron que al pobre le había llegado la hora de dormir, pues se había levantado a las cinco de la mañana y no había vuelto hasta entonces, encima con los zapatos destrozados y sin haber ganado siquiera el dinero para unas botas nuevas.

Apagaron el candil y se tumbaron en los camastros, dispuestos a dormir. Mientras esperaban a que les llegara el sueño, empezaron a contarse chismes. Alguien dijo que varios días atrás una mujer blanca había entrado en el fumadero de opio de enfrente del casino. Iba vestida de negro de los pies a la cabeza y era muy hermosa. De la sorpresa que se había llevado el dueño al verla, no había sabido qué decir ni cómo darle la bienvenida, pero no fue necesario: la mujer se sentó en la esterilla con toda naturalidad y, sin que nadie la asistiera, tomó la pipa con una mano, con la otra disolvió el opio, lo puso en la cazoleta, la enroscó en la pipa y se tumbó a fumar.

Cuando hubo terminado se levantó, pagó y se marchó. Al día siguiente regresó e hizo lo mismo. También al otro. Siempre a la misma hora, siempre el mismo proceso. Un periodista la había seguido y había escrito un destacado sobre ella en el periódico de los blancos. Entonces alguien interrumpió la historia diciendo: «Oye, entérate de a qué hora suele estar y vamos a verla, que una blanca fumando opio tiene que ser cosa curiosa». Luego otro contó que había oído por boca de Chou, el dueño de la casa de acogida de Victoria, que un par de días atrás se había celebrado por fin el juicio del joven Chung y que lo habían declarado culpable, sentenciándolo a pagar una multa de treinta dólares canadienses y a cumplir un mes de prisión. Ir a prisión comportaba tener que cortarse la trenza, algo a lo que el muchacho se había resistido con todas sus fuerzas agarrándose a una columna del juzgado, asestando patadas y cabezazos a diestro y siniestro, con tan mala suerte que acabó rompiéndose un diente. Aquel joven era cantonés como ellos, concretamente de Sanwui, y se ganaba la vida vendiendo tabaco y pipas a las puertas de una casa de té de la calle del casino. Un día había tirado un petardo que asustó al caballo de un blanco y lo hizo caerse al suelo, por eso lo habían llevado a los tribunales.

Alguien preguntó: «¿Pensáis que su majestad el emperador está al tanto de la suerte que corremos aquí, en la Montaña del Oro?». «¿Y qué cambiaría que lo estuviera? La ley del Gran Imperio Qing no manda sobre la de aquí —respondieron—. Además, aunque el emperador se enterara y mandara un enviado, primero a caballo y luego en barco, ¿cuánto crees que tardaría en llegar? Cuando llegara a la Montaña del Oro, el pobre desgraciado al que tuvieran que cortarle la trenza ya la habría perdido hacía tiempo». Entonces Hung-mou intervino: «Chou también nos contó que Li Hongzhang [14] intentó mediar y envió una cosa que se llama telegrama que en unas cuantas horas ya estuvo aquí». Entonces se pusieron a discutir qué sería aquello de un telegrama y si tendría alas o pies; se preguntaban cómo era posible que fuera más rápido que un pájaro. Hung-mou les gritó: «¡Ignorantes, que sois unos ignorantes! ¡Un telegrama vuela diez veces más rápido que cualquier otro pájaro!». En medio de la oscuridad, oyeron a Fat intentar contener la risa, así que le preguntaron: «Pero, Fat, ¿tú no estabas dormido? ¿De qué te

ríes?», pero él permaneció callado.

Hung-mou dejó escapar un hondo suspiro y dijo que ojalá su mujer pudiera ir volando hasta allí en un telegrama de aquellos. De todo el grupo, él era el que se había casado más recientemente. Se rieron y alguien le preguntó: «Tú lo que estás pensando es en… eso, ¿no? En el pueblo, ¿cuántas veces lo hacíais?».

Hung-mou

se limitó a sonreír socarronamente pero, cuando lo increparon de nuevo, admitió: «Bueno, es que no las contaba… Cuando tenía ganas de hacerlo, pues lo hacía. Después de tantos años a pan y agua, ¿cómo no iba a cobrarme los atrasos?». Todos rieron, excitados. Le preguntaron qué notaba más al tocar a su mujer, si carne o si hueso, y él les contestó que ni lo uno ni lo otro, sino la humedad de su entrepierna, con lo que todos prorrumpieron en grandes carcajadas. Entonces Lam, el que dormía al lado de Fat, gritó: «¡Fat, hombre, ten cuidado, que me la estás clavando!», y volvieron a desternillarse.

Hung-mou dio unas palmadas en el catre y dijo: «¡Venga, ya vale! ¡A dormir, a dormir! Si mañana amanece nevado como parece, tenemos que levantarnos pronto y hartarnos de vender carbón». Todos fueron guardando silencio. Pasados unos instantes, oyeron que

Hung-mou

se daba la vuelta. «Tenemos que poner un poco cada uno para juntar un saco de carbón —dijo—, así se lo cambiamos a los indios por unas botas para Fat. Es lo suyo. Cuando el calígrafo del pueblo te escribe los pareados de Año Nuevo, tú a cambio le regalas una cesta de huevos o una torta de sésamo, ¿o no?».

Nadie dijo nada, lo cual era señal de conformidad.

Fat estaba tumbado con los ojos muy abiertos escrutando la oscuridad. Después de un rato empezó a distinguir algunas formas familiares. Había, por ejemplo, un halo amarillo que provenía del agujero que habían hecho los ratones en la pared. También veía un destello blanquecino a través de una brecha en la lona que cubría la ventana que dejaba adivinar la luz de una gran luna llena. Se preguntaba cómo sería el frío nocturno bajo aquella luna. Era su primer invierno en la Montaña del Oro y no sabía cuánto tiempo más iba a durar el frío. Solo sabía que el río se había helado y que

el acceso a la montaña había quedado obstruido; no se podía pescar ni plantar, y tampoco transportar nada. Aquella montaña enorme de sacos de carbón había ido disminuyendo a un ritmo tal que, si continuaba haciendo tanto frío, en menos de un mes se terminaría. Ignoraba qué alternativa tendrían entonces.

Se lo había preguntado a

Hung-mou,

quien le había respondido que no se preocupara y que lo dejara todo en sus manos, que él siempre acababa encontrando una salida. Pero Fat tenía la certeza de que en esa ocasión ni siquiera

Hung-mou

sabía qué hacer: aquella mañana lo había visto guardarse en la suela del zapato quince dólares que en un primer momento había previsto enviar a su familia. Aquel dinero constituía su último recurso.

Un último recurso del que Fat carecía. Sentía sobre sí el peso de la mirada de su madre, que con sus ojos enfermos lo apremiaba con la ferocidad de un tigre que quisiera morderlo sin darle otra opción que huir con los ojos cerrados, corriendo desesperado con todas sus fuerzas tratando de burlar su destino.

En los últimos años, el barrio chino de la Montaña del Oro se había expandido considerablemente. Todo el tramo de la calle Cormorant que iba desde la calle Douglas, al este, hasta la calle Store, al oeste, estaba repleto de locales y viviendas de inmigrantes chinos. También la calle Fisgard, paralela al norte, se hallaba salpicada de establecimientos. Hablar de «calles» era una concesión a falta de otro término más apropiado, pues en realidad se trataba de carreteras de cemento sin aceras ni desagües; de hecho, lo de «carreteras» también resultaba una exageración, porque solían ser muy estrechas. En los casos más extremos, si un tendero se sentaba fuera con el género expuesto y coincidía que salía el vecino de enfrente, este podía coger un cigarrillo simplemente alargando el brazo. Sin necesidad de levantar la voz lo más mínimo, podían comentar las últimas novedades acontecidas en el barrio sin moverse cada uno de su lado de la calle.

La parte de la ciudad sobre la que se emplazaba el barrio chino era un terreno bajo y cóncavo, la base curva del que formaba la ciudad de Victoria. Cuando llovía, toda el agua de la ciudad

confluía en él. Por clara que cayera, al correr por los lodazales enseguida adquiría un feo color. A ambos lados de las carreteras de cemento se apiñaban improvisadas viviendas construidas con listones de madera clavados los unos sobre los otros. La mayoría era de techumbre baja, pero también había el ocasional edificio de dos pisos. Tanto los altos como los bajos ofrecían el mismo aspecto destartalado, y en todos ellos las tablas superpuestas que los formaban dejaban rendijas por las que se filtraba el agua de lluvia enlodada, que bañaba de negro los bajos de las paredes y las patas de los muebles. La gente no tenía más remedio que quitarse los zapatos y andar descalza con los pantalones arremangados. Con tan solo unos pasos, los pies también se manchaban. Cuando la tormenta amainaba, el agua se dispersaba y quedaba una capa de fango que no era solo fango, sino que solía contener restos de alimentos como hojas de verduras, raspas de pescado y cáscaras de huevo entremezclados con zapatos viejos sin suela y hasta alguna que otra rata muerta. Aquel mejunje se pegaba a los zapatos de la gente y pasaba de una casa a otra, de una calle a otra, enturbiando así el color y el olor del barrio.

Sin embargo, no todo en aquel lugar se encontraba en estado ruinoso. En la calle Fisgard, por ejemplo, se erigía un edificio de planta baja con gruesas paredes de ladrillo y un sólido techo de tejas que resplandecían a la luz del sol. Había también, en la calle Store, un edificio de formas rectas y tan plano como una cajetilla de tabaco de la marca Pirate, cuyas puertas permanecían cerradas todos los días del año como si guardaran un secreto. Nadie colocaba ningún puesto delante, ni había gente ociosa apoyada en su fachada fumando o tomando el sol. Tampoco había ningún cartel que lo identificara.

Por desgracia, ninguno de aquellos dos grandes edificios del barrio chino estaba habitado. Al menos, no por los vivos.

El edificio de planta baja de la calle Fisgard era el hogar de un inmortal llamado Tam Kung. Tam Kung era el santo patrón de Si Jap, la zona del sur de Cantón de donde provenía el barrio entero, así que su templo era un lugar de culto común. Las fiestas de Tam Kung se celebraban cada año durante el octavo día del cuarto mes lunar, y estaban tan concurridas y animadas como en un día de mercado. Se reunían frente al templo y quemaban incienso,

disponían ofrendas, organizaban danzas del dragón y del león, cantaban ópera china y vendían comida. Acudían incluso blancos, atraídos por el jolgorio. Si ponían el pie en el barrio chino no era por devoción a Tam Kung, sino por el deseo de ver lo que ocurría. No conocían la causa de tanta animación, y tampoco se molestaban en conocerla.

El edificio de la calle Store era una suerte de depósito de cadáveres que, en lugar de ataúdes, almacenaba una montaña de cajones de madera, apilados unos encima de los otros, cada uno con un esqueleto en su interior. Aquellos esqueletos, provenientes de todos los rincones de la Montaña del Oro, habían pertenecido a personas que llevaban como mínimo siete años muertas y habían sido enviados a la ciudad de Victoria para aguardar el momento de ser recogidos por el *ferry* de Hong Kong. Cada cajón tenía minuciosamente registrados el nombre, la procedencia, las fechas de nacimiento y defunción y también un número. Sumidas en la negra oscuridad de los cajones, aquellas almas numeradas dormían un sueño silencioso anhelando el momento de volver a respirar los aires de su tierra natal. A diferencia del templo de Tam Kung, el depósito era un secreto tácito compartido por todo el barrio, que lo guardaba con la fuerza con la que una ostra protege la perla de su interior. De no haber sido por un gran incendio acontecido varios años atrás durante el cual el viento se encargó de sacar a la luz aquel secreto, nadie hubiera podido adivinar el singular cargamento que allí se almacenaba.

Un día, todos los negocios del barrio chino cerraron por unas horas. No se trataba del Año Nuevo chino y tampoco se celebraban las fiestas de Tam Kung. Lo que ocurría era que había llegado el *ferry* de Hong Kong. Por fin aquellos centenares de almas, tanto tiempo confinadas en sus cajones, emprenderían el regreso a la patria. El barrio en pleno quería ir a desearles un buen viaje de regreso.

La solemnidad con la que los habitantes del barrio chino los despedían se debía al pesar que sentían en sus corazones; un pesar causado por diversos y complicados motivos. Uno era el sentimiento de culpa. Cada uno de aquellos cajones numerados guardaba en su interior lo que en su día había sido una persona de carne y hueso que, tras llegar a tierra firme y poner el pie en aquel muelle, lo

había abandonado con la intención de forjarse su propio camino. El barrio chino les había fallado al desampararlos y permitir que acabaran en aquellos cajones. El pesar que la gente del barrio sentía en sus corazones también se debía a que veían en ellos el aciago presagio de su propio destino: aquellas personas de carne y hueso habían traído consigo muchas vivencias y se llevaban de vuelta muchas otras. Sin embargo, cada clavo final que cerraba para siempre aquellos cajones truncaba su historia en dos mitades. La que se quedaba en este mundo corría de boca en boca hasta resultar irreconocible; la que se sellaba dentro del cajón permanecería muda por toda la eternidad. Los que aquel día acudían a despedirlos penaban por todas aquellas historias mudas, pero también porque temían el momento en que las suyas se verían truncadas.

Ese día también Fat libraba. Por aquella época hacía de mozo de los recados en la lavandería San Yuen Sai, enfrente del colmado Ceon Seng en cuya trastienda vivía. Todos los días iba al muelle a recoger la ropa de los marineros de los barcos que habían atracado, la metía en un saco y se la llevaba a la lavandería en la pértiga. Al día siguiente la devolvía lavada y planchada. En ocasiones tenía que hacer varios viajes. Ni él ni los otros tres mozos de la lavandería hablaban bien inglés, pero él era el único que conocía los números y por eso se entendía con los marineros. Siempre llevaba los sacos llenos a rebosar, sólidos y pesados como el acero, que le doblaban la pértiga en un arco. Se pasaba el día arrastrándose agachado, la viva imagen de una mantis religiosa cargando con una roca plana. La lavandería abría los siete días de la semana, festivos incluidos, y sus hombros hacía tiempo que le venían pidiendo un descanso.

A Fat aquellos cajones no le eran desconocidos. De hecho, incluso había visto cómo se fabricaba uno. Seng, el dueño del colmado Ceon Seng, tenía un primo que había muerto hacía varios años y que estaba enterrado en una tumba de las afueras de la ciudad. Un día les pidió a

Hung-mou

y a Fat que lo acompañaran a exhumar los huesos. Había que hacerlo a los siete años del entierro, porque ese es el tiempo que tarda en descomponerse un cadáver. Se taparon boca y nariz con un trapo humedecido en licor de arroz y desenterraron los huesos, que tenían un color parecido al del marfil amarilleado por la acción del

aire. Cuando los limpiaron con licor de arroz, recuperaron su blanco original. Seng y
Hung-mou
los apilaron en el suelo y le pidieron a Fat que fuera metiéndolos de uno en uno en el cajón, primero los grandes y luego los pequeños. Encima colocaron una larga trenza de cabellos apelmazados como una hebra de seda seca. Los huesos estaban limpios de tendones, como si nunca hubieran estado en contacto con la carne y la sangre del cuerpo de una persona.

Al hacer el recuento, Fat reparó en que una de las tibias del primo de Seng era algo irregular y tenía una marca negra. Al principio pensó que se trataba de una mancha que no habían limpiado bien e intentó rascarla con la uña, pero no lo consiguió. Seng le dijo que ese hueso era de la pierna que le habían roto y que había pasado tres meses postrado por ello. Cuando Fat preguntó quién se la había roto,
Hung-mou
lo increpó con la mirada, pero Fat no lo vio y siguió preguntando hasta que Seng se enfadó y le espetó: «Ya tienes conocimiento para no ir preguntando tanto». Entonces se bebió el licor que quedaba en dos lagos sorbos y lanzó lejos la botella, que rodó ladera abajo hasta estrellarse contra una roca y romperse en mil pedazos. El eco resonó por toda la montaña. Fat dejó de hablar, cerró el cajón con los clavos, lo selló con pintura dorada y escribió encima el nombre, la procedencia y el año de nacimiento y defunción que le dictó Seng. Al terminar, reparó en que el primo de Seng solo tenía veintidós años en el momento de su muerte.

Hung-mou le preguntó a Fat si tenía miedo, a lo que este replicó que no. «Esto ya no son más que huesos. Tú tranquilo, que no les queda un carajo de nada, ni los perros los quieren roer». Seng suspiró hondo y anunció:
«Hung-mou,
mis huesos los recogerás tú». Seng era el mayor de los tres. Aquel año cumpliría cuarenta y tres. Hung-mou le contestó que no estaba claro quién de los dos tendría que recoger los huesos del otro. Luego, zarandeando a Fat, le dijo: «Muchacho, a ti te tocará encargarte de los míos. Yo te traje y tú me llevarás de vuelta. Me lo debes».

Fat emitió un sonido de asentimiento y la cosa quedó por prometida. La respuesta había salido de sus labios sin haberla meditado previamente. En aquel momento no supo ponderar la trascendencia de una promesa así. Aún era demasiado joven y su periplo en la Montaña del Oro no había hecho más que empezar. Asuntos como el de la muerte no calaban en su corazón, sino que, como una piedra plana que cae sobre la superficie del agua, permanecían a flote durante un mero instante y acto seguido desaparecían. Él tenía la mente ocupada en ganar dinero. Habría deseado tener tres pares de ojos y oídos para terminar de absorber todos los detalles del oficio y poder abrir cuanto antes su propia lavandería. Contrataría a seis empleados para que se turnaran día y noche y así abrir las veinticuatro horas. Iba a colgar un farol en la fachada y sobre la puerta colocaría un cartel de grandes letras rojas. Tenía pensado incluso el nombre, Lavandería Chuk Huen, «Susurros del Bambú», en alusión a unos versos de Wang Wei: «Susurra el bambú al retornar las lavanderas, las flores de loto se hunden al paso de los botes». Se los había enseñado su maestro, el señor Au-joeng. Era una referencia que, no ya a los occidentales, sino también a la mayoría de sus compatriotas, les costaría identificar. Sin embargo, le bastaba con reconocerla él.

Aquel día, todas las casas y comercios del barrio chino habían dispuesto mesas con ofrendas de frutas e incienso. En medio de la calle habían colocado un largo altar con todo tipo de frutas, dulces y pasteles, numerosas aves y hasta un resplandeciente cochinillo asado. A cada uno de sus extremos se levantaban unos pebeteros de bronce para quemar dinero de los espíritus[15]. Desde muy lejos podía verse el humo que cubría la calle. Justo a la hora del mediodía, establecida como propicia por el almanaque tradicional, el maestro de ceremonias indicó al grupo de músicos que comenzara a tocar. Lo integraban diez hombres vestidos de blanco de pies a cabeza con sendos *huqin* envueltos en tela del mismo color. De aquellos diez instrumentos brotó un estremecedor lamento que, penetrante y triste, consiguió reavivar el dolor albergado en lo más hondo del corazón de los asistentes. Antes de que la pieza finalizara, el cielo se ensombreció y de pronto vino una inusual ráfaga de viento que esparció las cenizas de los pebeteros y las hizo elevarse en forma de espiral, formando una larga columna

terminada en punta.

Al ver aquello la gente se quedó lívida de pánico, pero el oficiante, que dada su edad había visto más que ellos, se arrodilló con parsimonia ante los pebeteros y exclamó: «¡Paisanos de mi tierra, fallecidos en suelo extraño! Tras un sinfín de penas e infortunios, hoy es el día en el que debéis emprender el regreso a la tierra que os vio nacer para reuniros con descendientes y antepasados. ¡Os ruego mováis estas nubes y detengáis este viento para que así, por cada alma que regrese, cien más puedan descansar en paz!». Acto seguido, indicó al público que también se arrodillara en señal de respeto. Cuando lo hicieron, el viento se detuvo y la columna de ceniza se dispersó.

Delante del almacén aguardaban ocho caballos percherones, también de blanco, amarrados a cuatro grandes coches. A la voz de ¡arre!, empezaron a avanzar en dirección a los muelles arrastrando consigo aquel centenar de pesados cajones de madera. Cuando el sonido de sus cascos se hubo perdido en la lejanía y de ellos solo quedaba una lejana nube de polvo, algunos de los presentes se enjugaron las lágrimas con la manga.

—Lo que pasó es que fue donde los indios a cambiarles té por unas botas, intentó pagarles menos y lo molieron a palos —le dijo Hung-mou
a Fat en el camino de vuelta a casa.

—¿A quién? —preguntó Fat.

—Al primo de Seng.

Provincia de Columbia Británica, Canadá

Del séptimo al decimotercer año del reinado del emperador Guangxu (1881-1887)

> Esta tarde unos quinientos trabajadores oriundos del Celeste Imperio partieron en sendos buques procedentes de Victoria y New Westminster con destino a Port Moody. Forman parte del contingente de trabajadores de la línea de ferrocarril del Pacífico, cuya construcción va a dar comienzo al fin, tras diez años de disputas con el gobierno federal. A fin

de recortar gastos, el arquitecto principal, Andrew Onderdonk, ha encargado a una empresa la contratación de más de cinco mil trabajadores chinos provenientes de Cantón y California, y en los próximos meses llegarán de forma paulatina varios miles de trabajadores más. Estas cifras no incluyen a los chinos que ya están en Port Moody. El trazado del ferrocarril atraviesa la región del valle Fraser, una zona extremadamente escarpada con montañas de roca de granito maciza que solo puede excavarse con pico. Está previsto que a lo largo de las diecisiete millas que separan Yale de Lytton se construyan trece túneles, uno de los cuales tendrá cuatro carriles de milla y media. La peligrosa tarea que estos culis van a emprender supone todo un reto que medirá las fuerzas del hombre contra las de la montaña.

La categoría mejor remunerada entre estos trabajadores es la de barrenero, a la que corresponde un sueldo diario de cuatro dólares canadienses. A continuación le sigue la de herrero, con tres dólares y medio. Los carpinteros cobran tres dólares y los albañiles entre dos dólares y medio y tres. Los leñadores reciben alrededor de dos dólares y, finalmente, los peones cobran un dólar con setenta y cinco centavos. Son pocos los hombres altos y fornidos que se cuentan entre sus filas, integradas en su mayoría por individuos de constitución débil y baja estatura, en ocasiones incluso con apariencia de meros muchachos, a pesar de que sus documentos identificativos afirmen que superan los dieciocho años de edad. A su llegada serán distribuidos en grupos de treinta personas, cada uno de ellos con un supervisor puesto al mando por la compañía del ferrocarril, junto con un cocinero y un ayudante.

Las responsabilidades del ayudante son llevar un registro de las horas trabajadas y facilitar la comunicación entre los trabajadores y el supervisor. A excepción de este ayudante, ningún otro trabajador entiende el inglés, y existía inquietud por parte de la autoridad competente porque no fueran capaces de comprender correctamente las instrucciones de trabajo. Consultada por este periódico con respecto a si las largas trenzas que portan estos trabajadores constituyen un riesgo para la seguridad de las obras, la Compañía de Ferrocarriles Canadienses realizó la siguiente declaración: «Los chinos consideran la trenza un don sagrado recibido de manos de sus progenitores y del mismo emperador, teniéndola en igual estima que su propia vida. En base a la

> protección de los derechos humanos fundamentales recogida en la constitución del Imperio británico, nadie puede obligarlos a cortársela por ridícula que pueda resultarnos». Es por ello que se embarcan en este viaje a lo desconocido portándola a las espaldas junto con sus consabidos sacos de arroz.
>
> *The British Columbian*,
> New Westminster, 7 de abril de 1881

Pernoctaban en rudimentarias tiendas de campaña sostenidas por una estructura de siete largos postes de madera cubiertos por dos fragmentos de lona. Los postes eran simples ramas de cedro o de abeto que habían cortado y podado. Apuntalaban tres a cada lado y luego coronaban la estructura con otro poste horizontal, algo más grueso, del que luego colgaban las lonas, toscamente cosidas con hilo de pescar y agujas de hueso: todo lo habían aprendido de los pieles rojas.

Cuando oscurecía encendían hogueras a ambos lados de las tiendas y las dejaban arder durante toda la noche. Cada vez que alguien salía a hacer sus necesidades aprovechaba para echar más leña. De esta manera, llegada la madrugada, cuando se levantaba el cocinero, no tenía que encender un fuego nuevo, sino que añadía un par de troncos más y ya podía empezar a calentar agua. Para cuando se abrían los primeros ojos dentro de las tiendas, el desayuno ya estaba listo. El fuego les servía para calentarse, alumbrarse, cocinar y también para perder el miedo, porque, mucho antes de la llegada del hombre, aquellas montañas eran territorio de las bestias.

Las tiendas eran sencillas por necesidad: el campamento cambiaba de ubicación cada pocas semanas, al ritmo marcado por la construcción del ferrocarril y, cuando esta se aceleraba, ellos hacían lo propio. En ocasiones habían tenido incluso que adelantarse. Cada vez que había que levantar el campamento bastaba con enrollar lonas y sacos de dormir, amarrar los sacos de arroz y los bidones de agua a los caballos de la caravana y listo. No era necesario transportar los postes, porque si algo había en la montaña eran árboles, y podían cortar ramas nuevas en cada nuevo destino. Siempre que se trasladaban, Fat cosía una cruz en una

esquina de la lona de su tienda. Ya llevaba seis.

Lo despertó el *huqin* de
Hung-mou.
Sus chirridos parecían estar serrándole los sesos. Se apartó de encima las piernas de Lam, se arrastró hacia el exterior de la tienda, cogió una piedra del suelo y la lanzó con fuerza. El *huqin* paró en seco y se oyó a
Hung-mou
decir: «¡Oye, que estaba tocando una marcha nupcial! ¡Ahora sí que no te casarás nunca!».

La noche anterior había llovido y el agua había calado en la tienda. Fat tenía los bajos de los pantalones empapados. Cuando estaba terminando de escurrirlos, el sol empezó a despuntar. La luz se fue filtrando en finos rayos a través de la espesura de los árboles, que con su sombra cubrían el suelo húmedo del bosque. Durante la noche había brotado una multitud de hongos blancos de todos los tamaños: los había pequeños como un botón y del tamaño de un platillo. Sobre uno de ellos descansaba una pequeña ardilla moteada con aspecto de recién nacida que no abultaba más que medio puño, de pelo ralo y negros ojos brillantes. Fat le acercó una rama y la ardilla, que aún no conocía el miedo, empezó a olisquearla. Entonces se bajó los pantalones y, con el largo chorro que había acumulado durante la noche, roció los hongos y también la ardilla, que enderezó la cola del susto y huyó despavorida. Fat se echó a reír a carcajadas.

Canelo también se había despertado. Salió de detrás de un árbol y estiró el cuerpo para desperezarse. Entonces levantó la pata y roció el tronco, al que luego echó un poco de tierra escarbando con las patas traseras. Después empezó a arañarlo, llenando el bosque de un olor acre.

Canelo era un perro sin dueño que los había seguido desde que bajaron del barco en Port Moody. Habían intentado librarse de él en varias ocasiones, pero sin éxito. Al final alguien dijo que su compañía en las montañas los ayudaría a envalentonarse y a partir de entonces pasó a formar parte del grupo.

Una vez vaciada la vejiga, se acercó a Fat meneando la cola, se le subió a la pierna clavándole las pezuñas y empezó a lamerlo hasta dejarle las manos empapadas de baba caliente. Era un perro

lobo de gran estatura y cuando se incorporaba sobre las patas traseras le llegaba a Fat por los hombros. Este tuvo que rechazarlo varias veces para quitárselo de encima. A continuación fue a preguntarle al cocinero qué había de desayuno. El cocinero contestó que patatas estofadas, gachas de arroz y pescaditos en salmuera. Fat se quejó: «Siempre lo mismo. En todas las comidas patatas; los meados ya me huelen a patata. ¿No podríamos comer algo diferente?». «Al menos te llenan el estómago; tenemos suerte de que haya patatas —respondió el cocinero—, como se bloquee el paso a la montaña no nos quedará un carajo para comer». «Pues cuando no haya un carajo para comer, tampoco habrá patatas», replicó Fat, a lo que el cocinero puso mala cara y dijo: «El convoy de avituallamiento solo trae patatas. Aun matándome, no probarías otra cosa».

Cuando terminaron de desayunar el ayudante les trasladó las órdenes del supervisor: pasarían el día picando piedra. Tenían que llenar cestos con los cascotes de las montañas que habían volado los dos días previos, cargarlos hasta el borde del cañón y lanzar los cascotes al abismo. Se repartieron en tres grupos de diez hombres. El primero picaría las piedras, el segundo las transportaría en los cestos y el tercero las arrojaría al vacío. Hung-mou y Fa estaban en el grupo de los picapedreros y Lam en el de los transportadores.

—Procura pisar en firme —advirtió
Hung-mou
a Lam cuando este se disponía a emprender la marcha—, como te caigas por el acantilado, no te salva ni un águila.

—Tranquilo, que sé moverme —le contestó Lam—, no seas pájaro de mal agüero.

Los picapedreros tenían que reducir el tamaño de los pedruscos hasta que cupieran en los cestos en los que serían transportados. Algunos podían romperse de un mazazo, pero otros eran demasiado grandes y había que quebrarlos primero con un pico y después romper cada pieza. En esas ocasiones Fat y
Hung-mou
colaboraban, el primero sujetando la escarpia y el segundo golpeando con el martillo. En muy poco tiempo las sacudidas acabaron abriéndole a Fat profundas heridas entre el índice y el pulgar de cada mano. Tuvo que romper a jirones el forro interior de

su chaqueta para vendárselas. La sangre empapaba los vendajes hasta convertirlos en duros bultos compactos, así que de vuelta al campamento debía remojarlos en agua y secarlos al fuego para poder usarlos al día siguiente. Las heridas empezaban a cicatrizar durante la noche, pero al día siguiente volvían a abrirse. Poco a poco se le agrandaron y dejaron de cicatrizar. Sucias por el polvo de la roca, parecían cloacas.

Cuando Hung-mou lo vio, le dijo a Fat que les comprara a los pieles rojas unos guantes forrados de pelo por dentro. Al enterarse de que costaban tres dólares el par, se negó en redondo. Hung-mou dio un suspiro: «Me cago en su madre, están por las nubes. Qué avariciosos se han vuelto los hijos de puta de los indios. Eso son dos días de trabajo sin comer ni beber ni poder costearse una mujer por un par de guantes».

Fat no dijo nada, pero de pronto lo asaltó un pensamiento. No sabía nada del oficio de herrero ni de albañil. El único trabajo que había hecho en su vida, allí en el pueblo, era el de agricultor, y no se le daba precisamente bien. De picapedrero, deslomándose a diario picando y transportando piedra, solo ganaba un dólar con setenta y cinco centavos diarios. Desde el momento en que había dado comienzo la construcción del ferrocarril, el coste de la vida se había disparado y se gastaba la totalidad del sueldo en costearse las necesidades más básicas. A ese ritmo, ¿cuándo podría comprar campos y propiedades? Tal vez su madre no llegara a verlo.

Cinco días después surgió la ocasión que tanto ansiaba.

El campamento se había trasladado a un nuevo emplazamiento, pero el ayudante llevaba dos días enteros sin anotar nada en el libro de registro. Tras varios intentos fallidos, estaban a la espera de conseguir detonar la roca para abrir un túnel y poder proseguir con el trabajo.

El explosivo que usaban era la nitroglicerina, aunque nadie empleaba aquel nombre tan rimbombante, sino que la llamaban agua amarilla. De aspecto claro, parecida al zumo de limón, dentro de la botella parecía inofensiva, incluso bonita, no se le adivinaba aquella fuerza con la que allanaba montañas. En realidad tenía tan mal genio que había que tratarla con extremo cuidado: si una sola gota de aquella agua daba contra el suelo de roca y se trataba de un día caluroso, en un instante todo acababa echando humo. Sin

embargo, en aquella época, anterior a la invención de explosivos seguros, era la única opción de la que disponían.

La parte de la montaña en la que había que abrir el hueco del túnel daba a un acantilado y solo se accedía a ella ascendiendo por un estrecho sendero pedregoso. El primero en subir había sido un trabajador elegido a dedo por el supervisor. De varios cientos de trabajadores era el que tenía más experiencia con explosivos. Sin embargo, justo cuando llegaba al final del pedregal, puso el pie sobre un pedrusco que se desprendió, dio un traspié y cayó al abismo. Hubo un gran estruendo, pero no lo causaron los explosivos, sino la lluvia de rocas que cayeron rodando con él. Hombre y botella, como una hoja que cae al río, flotaron sobre la superficie del agua un instante antes de hundirse en sus profundidades.

El segundo trabajador había subido con facilidad el sendero, pero cerca del emplazamiento del túnel se torció el pie con una roca suelta. Vieron cómo su chaqueta añil daba un par de bruscas sacudidas como un águila batiendo sus alas rotas y luego la montaña entera se puso a temblar. En cuanto la polvareda se hubo disipado, al verse los unos a los otros desgañitándose con las bocas abiertas en muecas exageradas pero sin oír nada, comprendieron que la explosión los había dejado sordos.

El supervisor dio un enérgico puntapié y todos entendieron, sin necesidad de traducción, que estaba soltando mil maldiciones. Pero nadie habló; nadie quería ofrecerse voluntario para subir aquella pendiente y perder la vida.

No lo hubo aquel día.

Ni al siguiente.

Al tercer día, se encontraron un huevo extra en el desayuno. Después, a la hora de reunirse, vieron al supervisor fumando con cara de pocos amigos. Estaba sentado en una roca, que los hombres rodearon. Antes de terminar un cigarrillo lo tiraba y encendía otro; había un montón de colillas a su alrededor. Notaron que, a pesar de ser joven, estaba perdiendo pelo en la coronilla. Tenía bajo su mando a todo un campamento, pero también tenía gente por encima de él. Solo podía dar órdenes a sus trabajadores, no a sus superiores. Cada día había que avanzar una determinada cantidad de metros; el progreso en los dos días anteriores había sido nulo y

ese tercer día había que recuperar el trabajo atrasado. De lo contrario, al día siguiente se vería con la responsabilidad de realizar el trabajo de cuatro días. Poco a poco, sus hombres se dieron cuenta de que su situación no tenía nada de envidiable.

El supervisor tiró el cigarrillo al suelo, se levantó y señaló con el dedo al ayudante: «Venga, díselo».

Los hombres abrieron paso al ayudante, que caminó hasta el centro del corrillo y, con la mirada clavada en la punta de los zapatos, tartamudeó: «D… dice que al que consiga poner los explosivos en el agujero de manera que exploten bien lo… lo ayudarán a tramitar la visita de su esposa a la Montaña del Oro y le pagarán el pasaje».

Se hizo un silencio tan profundo que podía oírse el viento meciendo los árboles y el aleteo de las polillas revoloteando debajo de las hojas. Fat tuvo el impulso de levantar el dedo, que vibró levemente pero, antes de que él mismo fuera consciente de ello,

Hung-mou

se había percatado y lo cogió de la muñeca con la fuerza de las pinzas de un cangrejo. Los huesos de Fat crujieron. «Yo tengo mujer y tú no», le susurró

Hung-mou

a la oreja.

—Oye, dile *gwailou* **[16]** ese que como no cumpla su palabra me voy a cagar en su madre —dijo

Hung-mou

al ayudante.

Este trasladó al supervisor las palabras de

Hung-mou,

aunque no en su totalidad. Como papel de lija, su lengua limaba con destreza las asperezas de las palabras de todos. Poco a poco, el gesto preocupado del supervisor fue mudando en sonrisa.

Hung-mou cogió la botella de agua amarilla y el tubo de pólvora y se fue hacia el sendero. Lam lo siguió unos pocos pasos para aconsejarle: «Pisa con cuidado», ante lo cual

Hung-mou

se dio la vuelta y le dijo sonriendo que no se preocupara, que cuando viniera su mujer les prepararía unas gachas con huevos en conserva para chuparse los dedos. Fat también quería decirle algo

pero no lo logró, porque las palabras se le atragantaron. Solo pudo permanecer observando cómo se alejaba.

El aspecto de Hung-mou al enfilar el sendero era bastante raro, como el de un antílope cojo con una pierna más corta que la otra. La corta la arrastraba pegada al cuerpo, mientras que con la larga daba largas zancadas que trazaban círculos en el suelo. Fat comprendió que estaba tanteando la firmeza del terreno. Avanzaba con extrema lentitud, pero sobre seguro, y finalmente llegó al otro extremo del sendero, donde se hallaba el boquete. Vieron a lo lejos el borrón de su chaqueta añil meterse dentro y desaparecer.

Fat empezó a contar para sí.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Ya debía de haber puesto la botella de nitroglicerina en el suelo.

Seis, siete, ocho, nueve, diez. Ahora ya habría introducido el tubo en la botella.

Once, doce, trece, catorce, quince. Hung-mou tendría que haber colocado ya el tubo dentro del boquete.

Fat llegó hasta cincuenta, pero seguía sin haber rastro de Hung-mou.

Los hombres comenzaron a inquietarse y alguien sugirió: «¡Enviad al perro al agujero a ver qué pasa!», pero antes de que terminara de decirlo se escuchó un ruido sordo que sonó como un pedo ahogado y un bulto salió volando del boquete: la pólvora había explotado mal.

Cuando la nube de polvo se hubo disipado, Fat y Lam corrieron sendero arriba y trajeron a Hung-mou a cuestas. Se le había quemado la mitad de la cara y tenía algo extraño: le faltaba una oreja. En su lugar había ahora un agujero del tamaño de una moneda de cobre con los bordes desdibujados del que manaba sangre a borbotones. Para taponar el agujero, Fat se quitó la chaqueta, que se empapó de sangre. El cuerpo de Hung-mou pesaba como un saco de arena.

—¡Rápido, que el supervisor coja el caballo y vaya a buscar un médico! —gritó Fat al ayudante.

El supervisor era el único que tenía caballo. El resto se desplazaba a pie.

El ayudante fue a hablar con el supervisor. Lo que le dijo fue breve, no más que una frase, pero el otro dio una larga perorata. Los hombres empezaron a impacientarse: «A qué mierda espera, ¡es un asunto de vida o muerte!». El ayudante se acercó y, temeroso, musitó: «Dice que no hay médicos en cien millas a la redonda. Además, se acordó con el contratista que en caso de lesión o enfermedad cada uno encararía la situación por su cuenta sin que la empresa fuera responsable. El contrato estipula claramente que…».

Tuvo que tragarse el resto, porque vio que Fat se levantaba y se iba directo hacia él empuñando un hacha. Era el hacha con la que cortaban las ramas para construir las tiendas. Tenía unas cuantas muescas, pero seguía cortando como el primer día.

—Bajando la montaña hay un poblado de pieles rojas, ellos tienen un curandero —dijo Fat, encogiendo la figura del ayudante con la mirada. No era la primera vez que este veía un brillo como el que había en los ojos de Fat. A principios de una primavera varios años atrás, había topado con un oso pardo que había despertado después de todo un invierno sin comer: sus ojos tenían ese brillo.

El ayudante fue a transmitirle al supervisor las palabras de Fat. El supervisor miró a Fat de reojo y luego volvió a enfrascarse en otro sermón incomprensible. Esta vez el ayudante no lo tradujo. Era consciente de que aquella hábil lengua suya con la que limaba las asperezas de lo que decía la gente no era capaz de suavizar palabras afiladas como cuchillos. Se hallaba atrapado entre dos agudos filos, uno a cada lado, mortales por igual. Puestos a morir, prefería hacerlo a manos de los suyos. Se dirigió a Fat: «Haced lo que queráis. Me trae sin cuidado».

Fat apartó al ayudante y fue hacia el supervisor. Levantó el hacha poco a poco hasta plantarla justo enfrente de la nariz del hombre. Aún tenía el olor a resina de los árboles que Fat había talado aquella mañana. El supervisor retrocedió para intentar escapar, pero era demasiado tarde, porque los trabajadores habían empezado a rodearlos y se acercaban cada vez más. A medida que estrechaban el cerco, el hombre se sentía más atrapado. Sus sienes empezaron a latir. Los ojos querían salírsele de las órbitas.

—Médico, ahora, tú —masculló Fat en su pésimo inglés.

El supervisor tardó unos instantes en reconocer la lengua en la que le hablaba como la suya.

—¡Fat, no malgastes saliva con él y pégale un hachazo! —le gritaron desde la multitud—. Nuestras vidas valen poco. ¡Dos y medio de los nuestros por uno de los suyos, es justo!

De pronto el supervisor se agachó y se sacó algo de la bota que apuntó contra Fat. Era romo y bastante pesado, no se trataba de un arma blanca. Fat adivinó enseguida que era una pistola. Nadie imaginaba que pudiera tener una. El hacha de Fat cayó al suelo. El ambiente se había vuelto tan tenso y frágil como un fino cristal del que cada uno tuviera una esquina cogida y no se atreviera a hacer un movimiento en falso por temor a que se hiciera añicos.

El supervisor murmuró algo que no entendieron y, empuñando la pistola, obligó a Fat a caminar delante de él con lentitud. El cerco de hombres se abrió a su paso y volvió a cerrarse. Respiraban profundamente, pero nadie hablaba. Hasta que los dos hombres estuvieron lejos no encontraron al cariacontecido ayudante detrás de unos arbustos. Tenía la bragueta mojada y una de las perneras del pantalón le goteaba.

—D… dice que va a ir con Fat a buscar a un médico —explicó, con labios temblorosos.

Media hora más tarde, llegó a caballo el curandero del poblado indio con hierbas para detener la hemorragia y bajar la inflamación.

Fat cogió de la manga al ayudante: «Tú, dile que la traiga para acá».

—¿El qué?

—El agua amarilla.

—¿Q… quieres subir? —preguntó el ayudante, sorprendido.

—Pero no quiero un pasaje. Quiero un cheque.

El ayudante fue a comunicárselo al supervisor. Esta vez empleó un buen rato en explicarse y en cambio el supervisor fue breve. Tanto, que usó una sola palabra. Todo el mundo pudo entenderla sin necesidad de traducción.

—Ok.

Fat se ciñó el botellín de agua amarilla a la cintura, se enrolló el tubo de hojalata al hombro y se dispuso a subir la ladera. Al abrirse paso entre los hombres oyó suspiros, pero nadie le ofreció palabras de ánimo.

—Morir por morir, que se muera uno que no tiene mujer ni hijos.

Subió la ladera imitando la manera de caminar de Hung-mou, con una pierna dando pasos largos y la otra tiesa tanteando el terreno con pasos cortos. La diferencia radicaba en que, al ser más joven, sus pasos eran más rápidos y ligeros.

Después de las repetidas lesiones sufridas por la pared del acantilado aquel día, la roca expuesta presentaba la misma palidez turbadora del pecho desnudo de una mujer. La sombra de Fat era como una negra polilla revoloteando entre las grietas de las rocas. Cuando llegó a la boca del agujero, antes de meterse en él se dio la vuelta y agitó el brazo, quizá a modo de saludo, quizá a modo de despedida.

Poco después, sacó la cabeza del agujero. Comenzó a bajar la montaña apresuradamente, sin rastro del cuidado con el que la había subido, pues ahora no había tiempo de tantear el terreno. Pero la pólvora del tubo de hojalata fue más rápida que él; antes de que hubiera dado siquiera unos pasos, el acantilado se le desmoronó encima.

—Hecho —murmuró el supervisor, sin sonar tan satisfecho como hubiera sido de esperar: tres vidas y media por un túnel. Aun empleando su calculadora manera de pensar habitual, no estaba seguro de que aquellas cuentas tuvieran sentido.

Además, aquel muchacho chino, aunque desgarbado y tímido, le había caído bien.

Aquella madrugada, los frenéticos ladridos de Canelo despertaron a todo el campamento. El cocinero se levantó a hacer sus necesidades, le gritó y de paso le arrojó una galleta de arroz que había sobrado para que se callara. Sin embargo, en lugar de entretenerse con ella, Canelo le mordió los bajos del pantalón, estirando sin querer soltarlo. El cocinero cogió una rama y lo amenazó con ella, pero el perro siguió aullando sombríamente. Cuando el cocinero lo siguió, descubrió un bulto negro tendido en el suelo a pocos pasos de las tiendas.

Se acercó a darle una patada y la cosa gruñó. Se trataba de una persona.

Al iluminarla con la lámpara de queroseno pudo ver un bulto de carne tiznada. La carne se movió, revelando dos hileras de encías sonrosadas: era Fat.

—M… mi ch… cheque… —balbuceó.

Cuando la construcción del ferrocarril llegó a la ciudad de Emory, aquello que más temía el cocinero se hizo realidad.

Aquel invierno el río Fraser, que raramente se congelaba, se vio cubierto por una gruesa capa de hielo. La vía fluvial que usaba el convoy de avituallamiento quedó cortada y los sacos de arroz del campamento perdieron volumen con rapidez. La construcción del ferrocarril se detuvo y cientos de trabajadores quedaron atrapados en el campamento.

En aquellos días el cocinero empleaba mucho tiempo en hacer la comida. Primero cubría con agua unas cuantas cucharadas de arroz y las cocía hasta obtener unas gachas. Entonces colocaba la olla fuera de la tienda para que el arroz se congelara hasta quedar duro como el acero. A continuación añadía tres o cuatro veces el volumen de agua, lo hervía todo de nuevo y volvía a congelarlo. Tras repetir el proceso dos o tres veces, aquellas pocas cucharadas de arroz llenaban una olla grande y todo el mundo podía tomar un tazón. Sin embargo, aquel arroz no permanecía en el estómago mucho tiempo. Al comerlo uno quedaba lleno, casi a punto de explotar, pero en cuanto daba unos pasos se tiraba un pedo y volvía a tener la misma hambre terrible de antes.

Hacía tiempo que se habían terminado las patatas. Los dos primeros días pudieron acompañar el arroz con pescaditos en salmuera, delgados como dedos, pero después el cocinero solo pudo echarle media cucharadita de sal. Al cuarto día la sal se terminó y lo único que les quedó fueron unos cuantos granos de arroz cocidos en agua. Al final, el cocinero les sirvió el agua de enjuagar el caldero, les dijo que a partir de entonces cada uno debía buscarse la vida por su cuenta y tiró el cucharón.

El campamento entero sabía que aquella era la última comida y sin embargo nadie dijo nada. Cuando se pasa hambre incluso suspirar supone un esfuerzo. Su fuerza ya no se calculaba por kilos; ahora la unidad con que la medían era el dinero. Estaban tratando de ahorrarlo por todos los medios posibles mientras esperaban la llegada del convoy. Había partido de una pequeña ciudad desde la que se tardaban como mínimo tres días en llegar al campamento. Eso en verano. Con la nieve y el hielo del invierno podía necesitar cuatro días, tal vez cinco, tal vez toda la eternidad.

Fat aún no había tenido la oportunidad de enviarle a su madre el billete de cien dólares y lo llevaba escondido en un bolsillo interior de su chaqueta. Cuando se lo dieron tuvo miedo de que alguien se lo robara por la noche si dormía demasiado profundamente, así que se quitaba la chaqueta, la doblaba en un cuadrado y la usaba como almohada. De tanto plegarlo, el billete había perdido su lustre original y tenía los bordes enmohecidos. Cada noche, con la cabeza recostada sobre él, soñaba cómo aquel pequeño pedazo de papel se convertía en varios *mu* de campo junto al agua, resguardados del viento y preñados de grumosa tierra negra, de aquella que es siempre fértil sin importar lo que uno siembre.

De manera gradual, su sueño fue cambiando y ya no volvió a ver tierras, ahora soñaba con banquetes fastuosos, una mesa tras otra en una hilera que cruzaba el pueblo de un extremo al otro. Al despertarse podía recordar claramente todos los manjares que se servían, incluyendo su aspecto, su aroma, su sabor, y hasta la cenefa de la vajilla. Luego dejó de soñar. A veces incluso dejaba el billete dentro de la almohada y no se molestaba en echarle un vistazo siquiera. Y es que Fat sabía que ese billete por el que casi había perdido la vida se había convertido en un pedazo de papel inútil que no le servía ni para limpiarse el culo.

Después de beber aquella última sopa de arroz, Fat se quedó adormilado, pero el dolor del hambre pronto lo despertó. Sentía como si diez mil pequeños insectos le royeran los intestinos, incluso le parecía escucharlos reptando. Estaba seguro de que si en aquel momento hubiera podido sacarse los intestinos y colgarlos al sol para vérselos estarían cosidos a agujeros, tantos como tiene un tamiz. Sentía el cuerpo rígido, como aplastado por una pesada armadura, y cada tendón, cada hueso y cada músculo parecían habérsele encogido varios centímetros. Sabía que estaba sufriendo los efectos del frío.

Salió arrastrándose de su tienda. Hacía un día nublado, el sol no era más que una ilusión entre la luz y la sombra. La nieve de los árboles aún no se había derretido y formaba chuzos en las ramas que el viento mecía, causando fuertes sonidos al chocar entre sí. La leña se había terminado y el carbón crepitaba en su último aliento. A nadie le quedaban fuerzas para ir a cortar leña con la que avivar

el fuego.

Fat sintió que algo le tocaba la cintura. Cuando miró, vio a Canelo. Era sigiloso como el viento; nunca se lo oía venir. Le acercó la mano para acariciarle el estómago y Canelo levantó débilmente la pata, descargó unas gotas y paró. En una ocasión, trabajando, Fat había tenido un frío tan insoportable que se había calentado las manos con la orina de Canelo, que pareció entenderlo y desde aquel día se aguantaba y esperaba a que Fat le extendiera las manos. Sin embargo, ahora Canelo hacía días que no comía y con el estómago vacío orinaba cada vez menos. Las manos de Fat estaban llenas de heridas que le escocían terriblemente al contacto con los orines del perro. Fat agitó las manos para secárselas y le dio un puntapié al animal para apartarlo, que aulló lastimeramente y se sacudió la nieve antes de volver, sumiso, para arrimarle el hocico al pecho.

A esas alturas Canelo estaba muy flaco y la piel de su otrora oronda barriga le colgaba, barriendo el suelo como una vejiga descuajaringada. Sus costillas eran tan visibles que se podían contar. Fat le acarició la cabeza para bajarle unos mechones levantados. Entonces el corazón le dio un vuelco: se le había ocurrido una idea.

Se puso en pie y fue a la tienda a buscar su hacha.

—Canelo, de todos modos tú ya estás condenado —murmuró—, así que haznos este favor y sálvanos la vida.

Al levantar el hacha pudo ver un destello de miedo en los ojos de Canelo, pero el perro no se movió ni se escabulló. Se tendió lentamente en el suelo, como si se dispusiera a dormir la siesta después de un gran atracón.

El hacha de Fat se detuvo en el aire un instante antes de caer y dar en el cuello del animal. Brotó un chorro de sangre que dejó una serie de agujeros calientes en la nieve. Fat pudo ver en los ojos abiertos de Canelo las montañas, los árboles y el cielo. Se acuclilló y le cerró los ojos. La lengua del perro se estremeció y lamió la mano de Fat por última vez antes de que el cuerpo se desplomara. Los ojos de Canelo habían vuelto a abrirse, pero en esta ocasión la imagen de los árboles, las montañas y el cielo se nublaba poco a poco. Fat sintió que algo le escocía en la cara y al limpiarse con el dorso de la mano descubrió que eran lágrimas.

Una hora más tarde, el olor de la carne guisada inundaba el bosque.

Fat llenó de sopa un tazón, le añadió dos finas lonchas de carne y se lo llevó a
Hung-mou,
cuyas heridas aún no se habían curado. Todavía supuraban sangre con pus y habían empezado a despedir muy mal olor. Fat lo ayudó a incorporarse para que se tomara la sopa. Cocinada sin sal ni aceite, la carne de perro resultaba repulsiva. Hung-mou sorbió de mala gana un poco de sopa, que enseguida se le escurrió por garganta, nariz y boca como una culebra de siete cabezas, provocándole una tos atronadora. Cada vez que tosía, la piel de la herida de la cara se le estiraba y el hombre veía las estrellas. Preso del dolor, profirió varios gemidos lastimeros. De pronto llamó a Fat: «¡Qué rápido ha oscurecido! Enciende el quinqué». «Pero, si estamos a plena luz del día —le contestó Fat—, ¿para qué quieres que lo encienda?». A
Hung-mou
se le cayeron los palillos de las manos. «¡Está todo oscuro! No veo nada». Cuando vio que tenía la mirada fija, Fat comprendió que se había quedado ciego.

Lo ayudó a tumbarse.

Al hacerlo, a Hung-mou le volvió la tos, pero como no tenía fuerzas para toser el aire se le quedó en la garganta y empezó a asfixiarlo. Fat hubo de darle un par de golpes en la espalda para que recuperara el aliento.

Entonces Hung-mou lo cogió de la mano y le pidió: «Cuando mi hijo Lung se case, quiero que te encargues de todo». Con una sonrisa, Fat le contestó: «Tío
Hung-mou,
del sueño que tienes no sabes ni lo que dices. Lung es de mi misma generación, necesita que lo case un tío. Además, si no tiene más que nueve años, apenas ha dejado de usar pañales, ¿qué prisa hay por casarlo?».
Hung-mou
emitió un gruñido de desdén y se calló. Cuando Fat le soltó la mano reparó en que tenía los dedos hinchados como botas. Sabía que era por no ingerir verduras. Lo que no sabía era si
Hung-mou
sobreviviría a aquel invierno.

De noche, Fat se despertó y se asustó al ver a

Hung-mou
sentado y apoyado contra uno de los postes de la tienda. «¿Quieres salir a mear? Te ayudo».
Hung-mou
negó con la cabeza, se acercó a él y le susurró algo al oído. Su voz era muy débil y Fat tuvo que pedirle que repitiera sus palabras. Entonces entendió «*huqin*». «¿El *huqin*? ¿Para qué quieres el *huqin* a estas horas?».
Hung-mou
empezó a toser y ya no volvió a decir nada más.

Murió aquella misma noche. Por la mañana algunos hombres se despertaron por el mal olor que impregnaba la tienda y se dieron cuenta de que había mojado la cama. Cuando fueron a despertarlo, notaron que su cuerpo ya estaba entumecido.

Entre varios lo envolvieron en una manta y lo sacaron de la tienda a cuestas. Fuera nevaba con fuerza; parecía que el cielo se derrumbaba sobre sus cabezas. Caía de forma tan copiosa que ni siquiera podían ver la cara del que tenían enfrente. En aquellas circunstancias resultaba imposible cavar un hoyo para enterrar a
Hung-mou,
así que no tuvieron más remedio que atar el bulto con alambre y dejarlo a los pies de un árbol tapado con varias piedras para enterrarlo cuando amainara el temporal.

Volvieron a la tienda tambaleándose. «Este frío te hiela hasta las pelotas. Hung-mou aguantará semanas sin pudrirse», comentó alguien. Lam, que había empezado a recoger la ropa de
Hung-mou,
soltó un bufido sarcástico: «Quién sabe cuántos de nosotros van a sobrevivir. Mejor esperar unos días, así nos ahorramos tener que enterrarnos uno a uno». Hasta aquel momento todos habían contemplado esa posibilidad tras un tupido velo de silencio que la hacía parecer desdibujada, remota. Al enunciarla en voz alta, era como si Lam hubiera descorrido aquel velo que la ocultaba revelándola ante sus ojos, haciendo imposible eludirla. Cuando se acostaron, la tienda les pareció más espaciosa: era por el hueco que había dejado
Hung-mou.
Aquel ínfimo espacio en el que en vida hacinaban piernas y manos

ahora resultaba abismal. Con el fragoroso murmullo del viento pasando entre los árboles de fondo, temblaron de miedo.

Habían logrado volverse insensibles al hambre hasta el día anterior, cuando engulleron aquel tazón de sopa de perro. Con ello, lo único que habían conseguido, además de remojarse las tripas, era despertar de nuevo su ansia de comer. Querían dormir, pero los retortijones resultaban insoportables y temían cerrar los ojos. Temían que, como
Hung-mou,
no volvieran a despertar jamás. El cocinero se echó unos minutos, pero de pronto se levantó y exclamó: «¡Salgamos a comer nieve, venga, salgamos! Dicen que con agua en el estómago se puede sobrevivir varias semanas». Gimoteando sin fuerzas, salieron de la tienda arrastrándose a gatas. Empezaron a escarbar la nieve con las manos y a comérsela a bocados. Cuando sentían que la barriga iba a explotarles se incorporaban, orinaban y después seguían comiendo. Tras varias rondas de comer y orinar volvieron tambaleándose a las tiendas, aún hambrientos pero con el estómago lleno.

Extenuados, fueron cayendo presos de un profundo letargo.

Fat fue el primero en despertar. Lo hizo a causa de un ruido extraño procedente de una tienda vecina. Sonaba como el viento pasando entre el bambú, quizá como una cuerda cortando el aire. Transcurridos unos instantes, comprendió que se trataba de un silbido.

—¡El convoy! ¡El convoy! —gritaba alguien desesperadamente.

En cuanto dejó de nevar, Fat fue con varios hombres a enterrar a
Hung-mou.

Al quitarle la nieve de encima, descubrieron que las cuerdas con las que habían atado el bulto estaban roídas. La manta se había desenrollado y a
Hung-mou
le faltaban dos dedos de una mano. Otro estaba roto, pendiente de un colgajo de piel.

Fat volvió a enrollar la manta, la ató bien fuerte y les dijo que empezaran a cavar. El suelo estaba tan congelado que emitía un ruido metálico al contacto con los picos. Cavaron hasta empaparse de sudor, pero aun así la zanja era muy poco profunda. Deslizaron el bulto dentro y lo cubrieron con tierra. De pronto Fat se puso a

escarbar la tierra, sacó el bulto, lo cambió de posición y volvió a cubrirlo. Todos se extrañaron menos Lam, que dijo: «Ahora está de cara a Oriente, mirando hacia la Montaña de los Tang» [17]. A fin de impedir que algún animal desenterrara el cuerpo, reunieron varias rocas y las apilaron sobre el montón de tierra. Colocaron una rama encima como señal, pero Fat temía que el primer golpe de viento se la llevara volando, así que decidió inscribir el nombre de
Hung-mou
en el tronco de un abeto cercano.

Empuñó el hacha dispuesto a hacerlo, pero cayó en la cuenta de que solo sabía su apellido, Fong. Preguntó a los demás, pero ninguno supo decirle su verdadero nombre, así que únicamente pudo grabar las palabras Fong
Hung-mou,
«Fong el Pelirrojo».

Guardó unos instantes de silencio frente a la tumba de aquel nombre. «Querido tío
Hung-mou
—dijo después—, espéreme, dentro de siete años volveré a recoger sus huesos». Al pronunciar aquellas palabras le vino a la memoria aquel año en Victoria en que
Hung-mou
le había hecho prometer que sería él quien velaría por el regreso de sus restos mortales a la patria. Quién hubiera podido adivinar entonces lo profético de su acuerdo.

—Tío Hung-mou, me temo que un par de huesos se han quedado por el camino —dijo Fat abatido, hincándose de rodillas ante su tumba.

La línea de los Ferrocarriles del Pacífico avanzaba serpenteante por el valle del río Fraser, primero en dirección norte y luego hacia el este, mordiendo un agujero en el vientre de las montañas Rocosas. A medida que aquella oscura serpiente avanzaba, el campamento se movía al mismo ritmo. Sin apenas darse cuenta, Fat había hecho ya más de sesenta cruces en la lona de su tienda.

Un día, cuando Fat acababa de coser la cruz número sesenta y ocho, vio que el ayudante se acercaba presuroso. «El supervisor llama». En aquel momento los hombres estaban acuclillados sorbiendo las gachas del desayuno y ninguno se inmutó. «Ya puede

estar llamando nuestro mismísimo dueño y señor celestial, que lo primero es llenar el buche», contestó alguien. «¿Quién está hablando contigo? —le espetó el ayudante, mirándolo con desdén—. Lo quiere a él». Se refería a Fat. «¡Seguro que quiere que vuelvas a cargar con el agua amarilla, Fat! ¡Esta vez pídele más de cien dólares, que de la primera ya hace mucho y el mercado es otro!», gritó uno de los hombres. «¿Y dónde la va a poner, el agua amarilla? Están a punto de unirse las líneas, ¿qué carajo van a querer volar?», respondió Lam. «Eso es que lo hizo tan bien la última vez que le va a prestar un rato a su mujer. Aún eres pollo sin estrenar, ¿verdad? ¡Qué mejor bicho que ese para el primer bocado!», siguió otro.

Fat se fue con el ayudante, dejando atrás las burlas de los hombres, cuyo murmullo siguió clavándosele en la espalda todo el camino, tan molesto como una espiga enganchada en la ropa.

La tienda de los supervisores se encontraba a unos cien pasos colina arriba. Mientras subían, Fat se fijó en que en lo alto había cuatro caballos ensillados. Pensó que los supervisores iban a salir ese día. El ayudante entró en la tienda para anunciar su llegada y él permaneció fuera mirando a los caballos, que bebían agua con la cabeza gacha. Reconoció de inmediato el caballo de su supervisor, un poni negro de unos dos o tres años muy inquieto que pateaba el suelo con los cascos y sacudía la cola mientras bebía del cubo salpicando el suelo. Fat se acercó a él y le peinó las crines con la mano. El animal lo miró de reojo y lo empujó con el cuello, resoplando suavemente.

El ayudante hizo pasar a Fat.

La tienda era idéntica a la suya, con la diferencia de que allí, en lugar de diez, solo dormían tres hombres, todos supervisores a cargo de diferentes cuadrillas de trabajadores. La luz de la lámpara refulgía como el sol contra la nieve. Los supervisores estaban absortos jugando a las cartas en silencio sobre unas mantas enrolladas que habían juntado para que hicieran las veces de mesa. Había botellas de alcohol desperdigadas por el suelo. Recordó que, en los tiempos en que había vivido en la trastienda del colmado Ceon Seng, había oído al dueño decir que el alcohol que bebían los occidentales se llamaba *güichi* o algo parecido y que olía muy raro. Ahora que tenía aquel olor delante le resultaba tan pestilente como

un par de zapatos mohosos. Se le introdujo en la nariz, le hacía cosquillas y tuvo que apretar los dientes para no estornudar. Era muy temprano y el sol apenas acababa de asomar sus blancos rayos sobre las copas de los árboles, pero los supervisores ya tenían las narices enrojecidas por el alcohol. Debían de haber pasado la noche bebiendo. Fat sabía que las normas del campamento prohibían terminantemente beber en horario laboral, así que le pareció extraño que los supervisores estuvieran saltándoselas. Su supervisor mezcló la baraja con brío, se la pasó de una mano a otra en cascada y le hizo una señal con la mano al ayudante: «Tú, sal». Aquello dejó estupefactos tanto al ayudante como a Fat: el supervisor nunca se había dirigido directamente a un trabajador; siempre lo hacía por boca del ayudante.

Este hizo una reverencia y se retiró, dejando a Fat solo con los supervisores, que terminaron de jugar la última ronda sin mucha prisa. El supervisor de Fat parecía haber perdido y fruncía el ceño, con la derrota grabada en la frente. Se levantó, cogió un saco que había en un rincón y se lo entregó a Fat con unas palabras. Se las dijo con un gesto arrugado en la cara que Fat no supo si era de enfado o de tristeza. Después de trabajar con aquel hombre cerca de cinco años, si le hablaba despacio entendía la mayor parte de lo que decía sin necesidad de la traducción del ayudante. Le había dicho:

—Toma, para ti.

Fat desligó la cuerda que ataba el saco y vio que estaba lleno de galletas de arroz. Desde la última hambruna, el convoy había empezado a traer menos arroz en grano y más galletas de aquellas, importadas de Hong Kong. Eran planchas de arroz inflado, comprimido y aplanado que medían unos treinta centímetros cuadrados. Secas pesaban menos que la misma cantidad de arroz en grano, así que el convoy podía transportar más cantidad en cada viaje. Además, el arroz de aquellas galletas ya estaba cocinado, por lo que en un momento de necesidad se podía comer directamente. Cuando acampaban podían hervirse para hacer arroz o gachas.

Estimó que debía de haber unas cien. El convoy solía entregar la comida directamente al cocinero, que era quien la administraba, nunca a los trabajadores, así que pensó que lo había entendido mal.

—¿Para… mí? —preguntó, señalando primero el saco y después a sí mismo.

El supervisor asintió.

—El ferrocarril se ha completado, fin, terminado. Vosotros, disolveos. Disolución, ¿entiendes? Esto… —dijo el supervisor. Entonces comenzó a agitar las manos en el aire dando a entender que se fuera. Fat lo comprendió de inmediato.

—¿C… cuándo?

—Ahora.

Los caballos. Las mantas. El alcohol. Todos aquellos detalles en apariencia inconexos empezaron a girar vertiginosamente en su mente hasta formar una imagen clara de lo que ocurría. De manera fulminante, lo comprendió todo: querían abandonar a su suerte al campamento entero en aquel inhóspito lugar.

—¿Todos… tienen esto? —preguntó Fat, señalando el saco.

—No, solo tú —respondió el supervisor, señalándole el pecho.

—Contrato… Contrato…

Intentaba preguntar por el finiquito estipulado en el contrato, pero no conocía las palabras en inglés. Solo podía repetir «contrato, contrato» una y otra vez.

El supervisor lo entendió de todos modos y repuso, también repitiéndose:

—Lo siento, lo siento…

Fat salió furioso de la tienda y le gritó al ayudante que reuniera a todo el mundo. Este se quedó mirando al supervisor, que en aquel momento salía de la tienda, como si temiera moverse.

—¿De qué le tienes miedo ahora a ese cabrón? ¡Quieren que nos larguemos, aquí y ahora! Aunque no lo hagamos, nos moriremos de hambre igualmente. ¡Vamos! —le gritó Fat, propinándole un violento empujón que lo mandó rodando colina abajo.

Los tres supervisores empezaron a discutir acaloradamente. A pesar de no entender lo que decían, podía adivinar que le echaban la culpa a su supervisor por aquella nueva inconveniencia. Después de unos minutos sin sacar nada en claro, volvieron a entrar en la tienda, enrollaron las mantas y las subieron a los caballos. Cuando se disponían a montar en ellos, Fat se interpuso.

—¡Como deis un paso, la estrello! —amenazó—. ¡No me importará perder la vida si con ello consigo llevarme por delante las vuestras!

Ninguno de los supervisores entendió una palabra, pero no fue

necesario. Los tres tenían la vista fija en la botella que Fat sostenía en una mano, resplandeciendo a la luz del sol matutino con destellos amarillos. Se quedaron lívidos, como si toda la sangre del rostro se les hubiera retirado, arrastrada por una marea que a su paso solo hubiera dejado líneas y arrugas.

Por la montaña subía una nube negra. Eran hombres. El centenar de hombres chinos que integraban la decena de tiendas del campamento. Portaban picos, martillos, mazas, escarpias, hachas, punzones; también palos, espátulas, cucharones, todo lo que se pudiera empuñar. Al principio, la nube ascendía en débiles ráfagas, pero a medida que se aproximaba fue cobrando fuerza y al llegar a la cima ya se había convertido en un furioso torbellino.

Lam fue el primero en llegar. Llevaba un cuchillo de pelar patatas que le había cogido al cocinero. Las ramas de los arbustos le habían desgarrado los pantalones a jirones, que se agitaban al viento como las alas de un águila.

—¡Me cago en tu madre —cargó contra el supervisor—, tantos años partiéndonos la espalda por vosotros y ahora queríais dejarnos en la estacada sin decir ni mu!

Lam agarró al supervisor de la manga y le asestó una cuchillada. El supervisor la esquivó y Lam se tambaleó, perdió el equilibrio y rodó colina abajo hasta chocar contra un arbusto. Los jirones del pantalón se le engancharon en las ramas, que no le dejaban incorporarse. Tras varios intentos sin éxito tiró con fuerza y se arrancó una de las perneras. Entonces se puso en pie de un salto y, con una pierna al descubierto, el cabello erizado y los ojos desencajados, volvió a cargar con furia hacia donde estaba el supervisor.

Justo cuando levantaba el cuchillo para clavárselo en la cabeza vio de reojo una sombra negra que, cual pantera, se abalanzó sobre él para agarrarlo de la muñeca. La mano con la que empuñaba el arma flaqueó al ver que se trataba de Fat, pero fue demasiado tarde; la inercia hizo imposible que pudiera detener el cuchillo.

Fat sintió como si le abofetearan la cara y cerró los ojos instintivamente. Cuando volvió a abrirlos vio lo que le pareció un huevo de pato rojizo. Tras unos instantes se dio cuenta de que era el sol. Poco a poco vio con más claridad la imagen de los árboles y los hombres a su alrededor, que parecían girar en un lento remolino,

cada rama, cada hoja y cada rostro teñido del mismo color: el rojo bermellón de sus antiguos cuadernos de caligrafía.

—¡Fat, Fat! —gritaron. Algunos de los hombres corrieron a sostenerlo mientras otros apresaban al supervisor.

—¡Alto! ¡Al que se mueva, lo hago explotar!

Fat se apoyaba en un tronco, levantando con una mano la botella de agua amarilla. Los brazos de todos quedaron congelados en el aire, sus gritos sofocados por la sorpresa.

—¡La decisión ha sido de la Compañía de Ferrocarriles del Pacífico! ¡Matar a estos tres no nos servirá de nada! La ciudad más próxima está a uno o dos meses de camino: sin provisiones, no sobreviviremos. Retengamos aquí a dos y que el tercero baje la montaña y telegrafíe a la central que si no nos envían provisiones no… los…

Antes de terminar la frase, cayó al suelo desplomado.

Tres días después llegó al campamento el convoy de avituallamiento cargado de pesados sacos, ochenta galletas de arroz para cada trabajador. Un extraño ciempiés amarillo formado por un ejército de hombres harapientos cargando a las espaldas sacos y herramientas se internó en la otoñal espesura para iniciar la larga travesía que los conduciría a la ciudad.

Fat dormitaba sobre el lomo del caballo del supervisor. Su herida era muy profunda, se iniciaba en la parte izquierda de la frente y acababa en la comisura derecha de la boca. Aunque podía andar, el supervisor había insistido en cargar con él. Quería acompañarlo como mínimo hasta la carretera principal.

—Estuviste a punto de quitarme la vida, pero también estuviste a punto de perderla por mí. Eso salda nuestras cuentas pendientes, estamos en paz —tradujo a Fat el ayudante a petición del supervisor.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fat al ayudante, hablando por un costado de la boca. Sus palabras eran un farfullar confuso.

—Rick Henderson.

Cuando llegó el momento de separarse, el supervisor sacó de su equipaje un bastón de madera y se lo regaló a Fat. Era de madera maciza y estaba tallado por un piel roja. Su empuñadura tenía la forma de un águila de sonrisa belicosa.

—Muchacho, quizá volvamos a vernos algún día —le dijo el

supervisor, dándole unas palmadas en el hombro.

Fat cogió el bastón, se apoyó en él y sintió que sus piernas flaqueaban.

«Pues yo espero no volver a verte nunca más», pensó, pero se lo calló y contestó en cambio:

—Quién sabe, Rick. Quién sabe.

Al poco de emprender su camino, Fat oyó que se acercaba el trote de un caballo. Era el supervisor, que había dado la vuelta.

—¿Cómo conseguiste hacerte con la nitroglicerina, con lo vigilada que la teníamos? —le preguntó.

Fat se echó a reír, torciendo los labios hinchados en una fea mueca burlona.

—¿Eso? Eso eran los meados de tu caballo.

Con aquellos dos sacos a cuestas, uno alargado y otro redondo, Fat emprendió el largo camino que lo conduciría a la ciudad. Ignoraba que, mientras él cruzaba bosques y parajes deshabitados, en una pequeña ciudad llamada Craigellachie acababan de rematar el último clavo del trazado del ferrocarril. Por fin la línea del Pacífico había conectado con la central y la del este, formando así una arteria zigzagueante sobre el pecho de Canadá. Entre descorches de champán, daba comienzo una fastuosa celebración en la que hombres de esmoquin reían a carcajadas por encima del sonido de las copas al chocar y se empezaban a concebir las fotos y los artículos que llenarían las primeras páginas de todos los periódicos al día siguiente.

Fat ignoraba también que ni una sola de esas fotos y ninguno de esos artículos iba a hacer mención de los chinos que habían construido el ferrocarril. Ninguna mención en absoluto.

Una mañana temprano, Seng, el dueño del colmado Ceon Seng, se levantó y mandó al mozo a que saliera a la puerta a colgar los dos faroles del Año Nuevo chino antes de abrir la tienda. Se trataba de los mismos que habían puesto el año anterior. Después de tantos meses guardados en el desván estaban cubiertos de polvo. Cuando el mozo se lo quitó con el delantal aparecieron los caracteres dorados que tenían escritos. Un farol decía «Años de abundancia»; el otro, «Paz duradera». El mozo era de corta estatura y no llegaba a los clavos de la pared aunque se subiera a una banqueta, así que tuvo que hacerse con una caña de bambú para poder colgarlos, lo

cual consiguió al cabo de varios intentos. Desprendían un sutil aire festivo que descendía hasta la acera.

El mozo se sacudió el delantal y levantó una polvareda gris.

—Señor, ¿cuántos lotes de Año Nuevo quiere que vaya a buscar hoy? —preguntó.

Se refería a unas cajas de regalo envueltas en papel rojo festivo llenas de pastelillos de sésamo, de frijoles, de raíz de loto… Al ser productos perecederos, Seng los encargaba a la pastelería.

—Cinco —contó con los dedos el dueño—. Trae cinco de cada.

—¿Cinco lotes? ¿Serán suficientes? —preguntó el mozo, sorprendido.

—Si conseguimos venderlos todos ya puedes quemar incienso delante de la foto de tu madre —le contestó Seng—. ¿Acaso no has visto las calles, llenas de trabajadores del ferrocarril? ¿Cuántos dulces crees que van a comprar, si no tienen ni para costearse un cuenco de arroz?

Cuando el mozo se fue calle abajo cargando con los cestos en la pértiga, Seng volvió a entrar para abrir la tienda y comenzó a exponer el género.

Levantó la vista hacia el cielo; las nubes se amontonaban en cúmulos tan bajos que parecía que pudiera pellizcarlas con solo estirar el brazo. Sabía que presagiaban nieve, que tan pronto como el viento abriera una brecha en ellas empezaría a nevar y seguiría así quizá todo el día, quizá toda la estación, nunca se sabía.

Aún era pronto. Nadie iba a madrugar para ir a su tienda en un día tan frío como aquel, así que no tenía prisa.

Seng llevaba mucho tiempo sin ofertar productos frescos. Estaban en el último mes del año lunar y no era temporada de frutas ni verduras, apenas quedaban unas pocas manzanas del otoño que se habían ido quedando tan pequeñas como mandarinas. Estaban tan arrugadas que recordaban la cara de una vieja. También desde el otoño ocupaban las estanterías unas cuantas viandas importadas del sur de China. Incluso el té y el tabaco, los productos que se agotaban con más rapidez, habían dejado de venderse. El té, envuelto en papel de aluminio dentro de cajas de madera, podía durar un año largo sin problemas, pero el tabaco corría el riesgo de enmohecerse, así que lo envolvía en trapos y lo guardaba dentro de los sacos de arroz para que este absorbiera la

humedad.

El negocio iba de mal en peor.

La construcción del ferrocarril había requerido cinco años, adentrándose cada vez más en el país conforme avanzaba. Antes de que el ferrocarril comenzara a traer personas y oportunidades de negocio, la basura que había creado había inundado la ciudad. Un ejército de desempleados llegó a Victoria de la noche a la mañana e invadieron todos los rincones de la ciudad como ratas en busca de algún rincón en el que guarecerse, luchando por hallar sustento y cobijo en los huecos que quedaban entre un hombre y otro.

Desaparecían cosas de la tienda constantemente. Un huevo. Un pepino. Una bolsa de arroz, una patata. Incluso un kit de costura. Por eso había dejado de exponer mercancía en la calle y la había pasado al interior del establecimiento. También había cerrado las puertas trasera y lateral, dejando abierta solo la principal. De este modo, todo el que entrara en el colmado debía pasar primero por delante de él. Aun así, la mercancía seguía desapareciendo ante sus ojos. No conseguía imaginar qué clase de artimañas debían de emplear aquellos mangantes. No entendía que lo que el hambre puede enseñar en un día supera con creces lo que se aprende en una vida con el estómago lleno.

Otro factor que contribuía a las dificultades por las que atravesaba el negocio era que también los blancos estaban dejando de frecuentarlo.

En aquellos años, en la ciudad había cada vez más bocas que alimentar y, al mismo tiempo, menos comida. Los que en otros tiempos habían tenido un cuenco de arroz que llevarse a la boca ahora debían conformarse con medio, y los que solían comerse medio ahora solamente disponían de unos pocos granos. Aquellos que no habían tenido más que apenas unos granos, ahora ya no tenían nada. Después de darle muchas vueltas al problema, los habitantes de la ciudad llegaron a la conclusión de que eran los chinos, con sus trenzas a la espalda, los culpables de su mala fortuna. Los periódicos afirmaban que ellos eran la razón por la que escaseaba la comida. Fue así como comenzó una campaña en contra de hacer negocios con ellos. Algunos jóvenes impetuosos incluso tomaban nota de los nombres de quienes trataban con chinos y, de noche, marcaban las puertas de sus casas con cal. Los afectados

tenían que soportar el escarnio de la gente por la calle y se topaban con impedimentos a la hora de hacer negocios con los suyos. Por eso, poco a poco, cada vez menos blancos ponían el pie en su negocio.

Aquel día, antes de que Seng hubiera terminado de exponer la mercancía, entró su primer cliente.

En aquel momento estaba agachado en el suelo trabajando, así que solo pudo verle los pies. De inmediato supo que se trataba de un trabajador del ferrocarril: llevaba unas botas tan desgastadas que las suelas estaban casi totalmente despegadas, aunque las puntas de los empeines, remachadas con placas de metal, parecían nuevas. Tenía los pantalones cubiertos de agujeros chamuscados por las chispas. Seng levantó la vista y vio su cuerpo. Llevaba una chaqueta añil tan cubierta de parches que apenas se distinguía el material original. Las puntadas de los zurcidos eran tan gruesas que parecían lombrices. Llevaba un saco en cada hombro; uno parecía uno de esos costales que sirven para transportar grano y estaba arrugado. El otro era alargado y contenía algo sólido, pero era imposible adivinar el qué. Entonces Seng subió más la vista y se topó con su cara. La botella de licor de arroz que llevaba en las manos se le cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Tenía una larga cicatriz que le atravesaba la cara desde la ceja izquierda hasta la comisura derecha de la boca. Aunque había dejado de supurar, el viento invernal no la había dejado cicatrizar y recordaba a los surcos de un campo recién arado.

El hombre le dijo: «Llevo todo el día sin probar bocado, dame unas gachas». Hablaba con un tono suave, incluso amigable, pero la cicatriz de su cara se empeñaba en contradecir su expresión y convertía su sonrisa en una mueca siniestra.

A Seng le tembló la mano con la que recogía los cristales. Tuvo ganas de decirle: «¿Gachas? No tengo ni mierda que cagar, no sé qué gachas voy a darte». Había visto muchos mendigos en el barrio chino, pero aquel hombre era distinto, no se atrevía a mandarlo a paseo; en lugar de eso tartamudeó: «V… va, vaya a la Asoc… ciación China, d… de la calle Fisgard, allí lo atenderán… ¿Está al día de… la cuota?». Todos los chinos que desembarcaban en Victoria contribuían con dos dólares a la Asociación, así que mandarlo allí era una manera segura de librarse de él.

El hombre estalló en carcajadas que hicieron temblar los cristales de la ventana.

—Pero, Seng, ¿tan mal estás de la vista que no me reconoces? ¿A qué viene tanto teatro?

Sorprendido, Seng volvió a levantar la vista para escrutar el rostro de aquel hombre. Aún sin reconocerlo, dijo: «Tú eres… tú eres… eh…».

El hombre dejó los sacos en el suelo y, con toda familiaridad, sacó un taburete de debajo del mostrador con la punta del pie, se sentó y dijo: «Sí, soy yo, Fat».

Seng, estupefacto, se quedó con la boca abierta.

—Fat… Si no eras más que un mocoso y mírate ahora, estás hecho un hombre… pero ¿qué te han hecho en la cara?

Fat le dijo que no era para tanto, que debía dar gracias a los ancestros por haber sobrevivido a la construcción del ferrocarril.

—¿Y qué hay de Hung-mou y Lam? ¿No estaban contigo? —le preguntó Seng.

—El pobre tío Hung-mou se quedó en el sitio —repuso Fat.

—¿Qué quieres decir?

—Pues qué voy a querer decir —replicó Fat—: caídas, explosiones, hambre, enfermedades… Al pobre le tocó en suerte sufrirlas todas.

—¿Y Lam? ¿También se… quedó en el sitio?

Fat le explicó que no sabía si Lam estaba vivo o muerto, que en un principio habían regresado juntos por la ruta de Savona, pero que al llegar a Port Moody le había perdido la pista. Solo le quedaban unas pocas galletas de arroz. Habían acordado que, si se separaban, volverían a encontrarse en el colmado de Seng.

—¿Has venido andando desde Savona? —preguntó Seng, asombrado—. ¿Cuánto tiempo te ha llevado?

Fat le contó que había empezado a caminar en otoño y que, de los ciento cincuenta y seis hombres que eran al principio, al llegar a Port Moody apenas quedaban noventa. Había gastado tres pares de botas.

—¿Sigues admitiendo huéspedes? —le preguntó.

—Sí, así es, pero el precio ya no es el mismo de antes. Ahora el alojamiento más la comida son cuatro dólares a la semana.

—¿Tanto? —exclamó Fat—. ¡La avaricia te domina, Seng!

—No es culpa mía —replicó este—. Ya sabes cómo se han disparado los precios estos años. La gente como yo, sin un oficio, somos cangrejos sin pinzas. La tienda y el alquiler de habitaciones son la única manera que tengo de subsistir.

Fat se bajó el saco alargado de los hombros y se lo ofreció a Seng.

—Este es el *huqin* de
Hung-mou
—dijo—. Guárdamelo hasta que pueda llevarlo a la Montaña de los Tang. Voy a volver a alojarme aquí. Dame unos días para reunir el dinero de la primera semana de alquiler. En cuanto me termine el cuenco de gachas que me sirvas saldré a buscar trabajo.

Seng rascó un poco de arroz reseco del fondo de la olla, lo puso a calentar en agua para reblandecerlo y añadió con las pinzas dos manojos de verdura encurtida que sacó de un bote. Al ofrecérselo a Fat, el gesto se le endureció.

—Fat —le dijo—, no es que no quiera apiadarme de un paisano, pero son ya demasiados los hombres que vienen a mí a diario con la misma historia. Buscáis trabajo, pero ¿qué trabajo hay? Sal a la calle y verás un montón de hombres desocupados. ¿Acaso no has leído el anuncio de la Asociación China, pidiendo que no vengan más compatriotas a buscarse la vida? El ferrocarril se ha completado, ya no hay trabajo para las mulas de carga chinas. No puedo acogerte. Si lo hiciera, moriríamos de hambre el uno por el otro. Al menos de este modo moriremos por separado.

Fat siguió comiendo en silencio sin levantar la vista. Lo hacía lentamente, como si contara cada grano de arroz de aquel cuenco. Casi había olvidado el sabor de las gachas después de meses subsistiendo a base de galletas de arroz. No sabía cuánto tiempo iba a transcurrir hasta su próxima comida. Tal vez un día, tal vez una semana, un mes o toda la eternidad.

Hubiera querido no dejar de experimentar nunca la cálida sensación de las gachas, pero inevitablemente se tomó el último sorbo. Se colocó el último trozo de verdura debajo de la lengua para que la salmuera en la que estaba encurtida permeara su saliva y le cubriera desde la punta de la lengua hasta el paladar. Cuando estaba a punto de salirle por las comisuras de los labios, se la tragó.

Dejó el cuenco, cogió sus dos sacos, se inclinó ante Seng en señal

de gratitud y se fue.

En la calle se arremolinaba un viento muy fuerte que parecía provenir de todas las direcciones. Fat sintió su embestida en cada pelo y cada hueso. Habían comenzado a abrirse algunos claros entre las nubes por los que, en lugar de surgir la luz del sol, se precipitaba la nieve. Empezaron a descender copos gruesos y húmedos que al tocar el suelo se convertían en un mejunje gris. Levantó la vista y observó que el cielo entero había adquirido un tono ceniza. Reparó en que la nieve ya caía sucia antes de tocar el suelo.

Al llegar a la mitad de la calle oyó un chapoteo detrás de él que reconoció como el sonido de unas botas corriendo sobre el barro. Se volvió y vio que Seng se acercaba a él corriendo. Cuando le dio alcance, se sacó de la pechera un paquete amarillo con una tira de festivo papel rojo pegada. Se lo metió en el saco pequeño y le dijo:

—Toma estos dulces; hoy mismo he enviado al mozo a por ellos. Al menos tendrás algo con lo que recibir el Año Nuevo. En el barrio chino no hay trabajo, ve a probar suerte donde los blancos. En cuanto consigas trabajo, vuelve y tendrás un lugar para dormir. Para ti, tres dólares cincuenta.

Nunca habría imaginado que sería así como ampliaría su conocimiento de la ciudad.

Hasta aquel momento, para él no había existido más mundo que el barrio chino. Había sido su cielo y su tierra, su cobijo y su sustento. Nunca se había figurado que existieran otros lugares más allá de aquel.

Sin embargo, ahora sabía que el barrio chino no era más que un pequeño rincón del lugar al que seguía llamando «la ciudad». Durante los años en que él había estado construyendo la línea del ferrocarril, aquella «ciudad de la Montaña del Oro» suya, llamada en realidad Victoria, había experimentado un profundo cambio. Era como una persona que hubiera pasado de una pubertad enclenque a la más florida y robusta juventud: en cada esquina y en cada calle partiendo desde los muelles habían brotado, como los hongos después de la lluvia, infinidad de casas nuevas, todas muy refinadas. Sus muros estaban construidos con ladrillo rojo o gris y sus tejados presentaban una gran variedad de colores: los había encarnados, grises, verdemar, pardos e incluso negro azabache. Tras las verjas de las casas siempre había escaleras. A sus pies plantaban todo tipo

de plantas y flores. Una vez Fat se fijó en ellas y no reconoció ninguna: aprendió que de tal tierra, tal fruto. Sobre los escalones se hallaban la puerta, de la que a menudo colgaba una corona de musgo, y las ventanas, siempre tapadas por cortinas de lino, tras las que se traslucían figuras borrosas. Cuando se encendían las luces, aquellas figuras se proyectaban en las cortinas y se volvían más claras incluso que a plena luz del día. A pesar de su limitada experiencia, Fat sabía que aquellas viviendas eran muy diferentes de las del barrio chino. Las palabras que le venían a la mente a la hora de describirlas eran «hogar seguro», «estómago contento», «dulces sueños».

Poco a poco fue familiarizándose con las personas que vivían al otro lado de las cortinas. A diario, cuando el sol llegaba a la altura de las ramas bajas de los árboles, las señoras de las casas se dejaban ver: salían al portal a despedir al marido y a los hijos, que debían de ir al trabajo y a la escuela. Las veía bajar hasta la acera del portal y, justo antes de que arrancara el coche de caballos, doblar aquellas cinturas suyas tan delgadas que parecía que iban a quebrarse y darles una especie de picotazo en la cara. En el futuro averiguaría que aquel gesto tenía un nombre: se llamaba besar. Cuando el sol rebasaba la copa de los árboles era la hora de comer. Ni los niños ni los maridos regresaban a casa, por lo que las señoras disfrutaban de una comida frugal, por lo general una rebanada de pan de molde, una rosquilla y una taza de té. Cuando el sol empezaba a ponerse sí se percibía verdadera actividad detrás de las cortinas, pues era el momento en que la cocinera preparaba la cena. Fat solía ser capaz de adivinar casi con total exactitud lo que comían y el número de invitados que tenían.

Lo sabía por la basura.

Después de la cena los criados salían a tirar los desperdicios, que para él constituían un festín: patatas grilladas, tomates que habían empezado a estropearse, las hojas ennegrecidas de una col; cabezas, colas y piel de pescado, huesos con la mitad de la carne sin apurar, latas con restos de caviar. A veces, pan enmohecido. Si ese día habían tenido invitados, Fat podía encontrar incluso media botella de vino.

Tras llenar su saco pequeño con todas aquellas sobras se iba al barrio chino, donde para entonces los comercios habían cerrado. Se

escurría por la negra oscuridad de las tortuosas callejuelas con la habilidad de una rata hasta llegar a la puerta trasera del colmado Ceon Seng. Allí había un tejado saliente bajo el que resguardarse de la lluvia. Se sentaba debajo, vaciaba el saco y calentaba su contenido en el hornillo. Seng era el único en todo el barrio que lo dejaba fuera después de usarlo. No podía cocinar nada con el calor residual, pero al menos calentaba el botín. En cualquier caso, lo habitual era que lo engullera todo antes de que se calentara por completo. Para entonces su estómago se había vuelto de hierro y todo le sentaba bien: frío o caliente, crudo o cocinado.

Después de comer, se quitaba la chaqueta de algodón, se la echaba por encima y se dormía acurrucado en un rincón. Dormía un sueño que podía considerarse profundo y liviano al mismo tiempo pues, a pesar de que ni el viento ni la lluvia, independientemente de su intensidad, podían desvelarlo, el canto del primer gallo lo despertaba al instante y, antes de que nadie en el barrio chino abriera los ojos, ya se había marchado sin dejar rastro.

Sin embargo, hubo una noche en que Fat no volvió al barrio chino.

Un día, mientras deambulaba por las calles, hizo un descubrimiento. Resultaría difícil tildar aquel hallazgo de completamente casual, pues estaba íntimamente relacionado con el desmayo de su estómago.

Aquella tarde, vagando sin rumbo por la ciudad, sus pasos lo habían llevado hasta una estrecha calle al oeste de los muelles donde, de repente, oyó un rumor. A pesar de que la ciudad estaba llena de los ruidos de la gente despertando de su siesta, Fat lo distinguió de inmediato. Era un sonido que le resultaba familiar desde pequeño; estaba tan marcado en sus recuerdos de infancia que en todos aquellos años nada había conseguido borrarlo.

Era el cacareo de una gallina en busca de alimento.

Sometido a una constante dieta a base de verdura podrida, el estómago de Fat se había acostumbrado a la escasez y se contentaba con minucias. Sin embargo, aquel sonido despertó en él el vivo deseo de comer carne. Era un deseo que lo carcomía como un millar de gusanos royéndole las entrañas y hacía temblar incontrolablemente cada fibra de su ser.

Cualquier otro día podría haberlo acallado. Cualquier otro día

podría haber dado media vuelta y marcharse al callejón trasero del colmado de Seng a comerse la verdura podrida que atiborraba su saco en medio de la inmunda oscuridad y a dormir, quizá soñando con el sabor de aquella gallina. Sin embargo, ocurrió un hecho inesperado que alteró el curso habitual de sus acciones.

Vio que la gallina se escurría por un agujero de la cerca y se escapaba apresurada en dirección a la calle.

Aquel día sus manos actuaron con independencia de su cerebro. En realidad lo hicieron con total independencia no solo de su cerebro, sino de su cuerpo entero, que observaba la escena desde lejos mientras las manos capturaban la gallina y le echaban las alas hacia atrás. De inmediato el animal se quedó paralizado, como si hubiese respirado cloroformo, y pudo meterlo en el saco. Era el mismo truco que había empleado de pequeño para atrapar los pollos de su madre. Le sorprendió no haberlo olvidado en todos aquellos años.

Justo cuando se echaba el saco a la espalda, advirtió unos ojos observándolo desde el otro lado de la cerca. Unos ojos poblados de pestañas y del claro color azul del agua de un lago. Los ojos lo miraron, luego parpadearon y las aguas del lago se oscurecieron.

—¡Mami, mami, un ladrón! —gritó el niño.

La puerta se abrió y salieron corriendo dos personas: una mujer y un hombre.

Habría podido lanzarse a correr con el saco. Los años transcurridos en las montañas le habían dado la agilidad de un antílope. Sin embargo, se quedó quieto, tan paralizado como la gallina que llevaba en el saco: había visto la cosa larga y metálica que destellaba a la luz del sol en las manos del hombre.

Una escopeta de caza.

La pareja se acercó a él lentamente; incluso podía oírlos hablar. Aunque no entendió todas sus palabras, pudo hacerse una idea del sentido general. La mujer había mencionado la palabra «policía». El hombre había dicho: «No, no hará falta» y «una lección». Vio cómo el hombre le hacía una señal a la mujer para que entrara en la casa. Después de un rato la vio salir con una jarra en una mano y una cesta de mimbre en la otra.

La pareja lo hizo desfilar por toda la calle, que había empezado a poblarse de gente. Sabía, sin necesidad de darse la vuelta, que el

gentío detrás de él era cada vez mayor. «¡Chino, cochino!». «¡Chino, cochino!», oyó gritar a los niños. Los mayores no se sumaban, pero tampoco los reprendían. Guardaban silencio. Un silencio opresivo como una manta negra que cubría un cúmulo variado de emociones.

Se detuvieron en un espacio vacío en el que había un poste de madera del que colgaba una luz de gas. El hombre bajó la escopeta, cogió una cuerda de manos de la mujer, obligó a Fat a arrodillarse en el suelo y lo ató al poste. Mejor dicho, le ató la trenza al poste. Anudó la cuerda extremadamente fuerte y metió la mano en la cesta de la mujer para buscar algo.

La cesta estaba llena de cosas, así que al hombre le llevó un rato dar con lo que buscaba: una cajita metálica de la que sacó varios clavos. Se escupió en las manos y procedió a clavar la cuerda al poste. Usó toda su fuerza para golpear con el martillo sobre poste y cuerda, que dejaban escapar sus lamentos. Al terminar, estiró de la trenza de Fat: no se movía. Entonces volvió a coger la escopeta y le hizo una señal a la mujer.

Esta se acercó y sacó de la cesta un viejo cuenco de madera, lo puso delante de Fat y lo llenó de agua. Al terminar, se fue detrás del hombre, abriéndose paso entre la muchedumbre. No bien dieron un par de pasos, la mujer volvió corriendo y lanzó unas tijeras al suelo.

Tanto Fat como los observadores cayeron en la cuenta de su intención al mismo tiempo.

Lo que se interponía entre él y su libertad era la trenza.

Si quería escapar o si alguien quería ayudarlo a hacerlo, debía cortarla.

El cuenco de agua no ofrecía más que un aplazamiento momentáneo.

Un grave suspiro corrió entre la gente. Expresaba muchas cosas, siendo la sorpresa tan solo una de ellas.

La noche, como un pincel esparciendo tinta china, oscureció árboles, calles y casas hasta hacerlos desaparecer. El ambiente estaba tan cargado de humedad que parecía posible extender la mano y palpar el agua. Entonces la humedad se condensó en gotas, que empezaron a caer. Al principio no fue más que una fina bruma, después llegaron las gotas, más tarde densos goterones y finalmente caños como largas agujas de vidrio que acuchillaban el suelo

llenándolo de tajos profundos.

Cuando comenzó a caer sobre él no le dolió. Al principio incluso deseó que lo hiciera con más fuerza, pues la lluvia estaba consiguiendo dispersar a los mirones: la calle se llenó del sonido de los chapoteos que se alejaban. Sentado en el suelo, al amparo de la lluvia, por fin pudo soltar el largo chorro de orina que tanto tiempo había estado reteniendo. Había querido esperar a estar en el barrio chino. El primer pensamiento que le había venido a la cabeza al verse atado a aquel poste había sido cómo lograría reprimir las ganas.

Por fortuna, la lluvia había acudido en su ayuda.

La orina caliente le mojó los pantalones y formó un charco en el suelo.

Tras pasar largo rato atado, el cuerpo empezó a flaquearle y comenzó a sentir hambre. Lo único que había comido desde el día anterior eran dos patatas podridas del tamaño de un huevo. Su estómago rugió de hambre y se le abrió dolorosamente al imaginar el sabor de aquella gallina que casi había terminado en sus manos; pero Fat sabía que, aunque hubiese podido comérsela, no habría logrado llenar el hueco que el hambre había conseguido excavar. No alcanzaba a imaginar qué habría en el mundo capaz de llenarlo.

Después empezó a sentir dolor. Era el dolor de la lluvia precipitándose sobre él. Sentía como si todo su cuerpo no estuviera cubierto más que por una finísima membrana que la lluvia agujereaba al caer. Con cada ligero suspiro que daba, los agujeros lo torturaban.

Y entonces no pudo soportarlo más.

Se arrodilló en dirección al este. Hubiera querido inclinarse en una reverencia, pero tenía la trenza tan fuertemente atada al poste que si la tensaba más se arrancaría el cuero cabelludo. Solo pudo juntar las palmas de las manos y elevar la vista al cielo.

—Su Alteza Imperial, mi buen señor; honorables antepasados —murmuró entre dientes—; Fong
Dak-fat
se ve obligado a llevar una vida de deshonra…

Entonces cogió las tijeras del suelo.

Un largo aullido resonó en todo el vecindario. Aquellos hombres con experiencia en la caza se sobrecogieron al reconocer un sonido

que hasta entonces solo habían oído a los lobos hambrientos en lo más crudo del invierno. Su estrépito hizo temblar la calle. La lluvia se detuvo y las nubes se disiparon, revelando un vasto firmamento lleno de estrellas.

Fat tiró las tijeras y se puso en pie.

Se oía un fragor lejano. Lo transportaba el viento en rachas intermitentes, ora nítido como el crepitar de los guisantes en la olla, ora sofocado como el croar de los sapos en el fondo del agua, pero aún audible.

Al poco reconoció los petardos con los que el barrio chino daba la bienvenida a su Año Nuevo.

Fue tanteando el camino a ciegas hasta llegar a la puerta trasera del colmado Ceon Seng. Se sentó bajo el techo saliente y se quitó la empapada chaqueta, que pesaba como una plancha de hierro, la escurrió y volvió a ponérsela. El cuerpo le temblaba como una hoja agitada por el viento. Por suerte, allí estaba el hornillo de Seng, que aún despedía un fino hilo de calor. Se arrimó a él. Fue entonces cuando se dio cuenta de que le faltaba el saco pequeño. El alargado, que aún tenía consigo, estaba calado de agua y al *huqin* que llevaba dentro se le había roto la piel de serpiente de la caja de resonancia, que estaba llena de agua. Al levantarlo con una mano para vaciarlo, oyó un golpe seco. Algo había caído de dentro. Lo recogió con la mano. Era una piedra.

El corazón le dio un vuelco y empezó a latirle con tal ímpetu que creyó que su sonido retumbaba por toda la calle.

En cuanto notó las formas de aquella piedra en la palma de la mano supo de qué se trataba.

Era una enorme pepita de oro macizo.

La pepita que Hung-mou se había escondido cuando buscaba oro.

Ahora entendía por qué no se había despegado de su *huqin*. Había llevado aquel tesoro oculto en su interior durante todos esos años. Aquella noche en el campamento había intentado confesárselo, pero él no lo había sabido entender.

Aquella mañana, los huéspedes de la trastienda del colmado Ceon Seng se despertaron sobresaltados por unos chirridos estridentes. Seng se vistió a toda prisa y bajó lámpara en mano a ver qué era aquel escándalo. Tras la puerta descubrió a un hombre

calado hasta los huesos y con un saco tapándole media cabeza, sentado encima de la leña, haciendo rechinar espantosamente un destartalado *huqin* como si estuviera serrándolo.

—Es el primer día del Año Nuevo, no me negarás un tazón de gachas, ¿verdad? ¡Si puede ser, calientes! —dijo aquel hombre, mostrándole a Seng una amplia sonrisa de dientes castañeteantes.

El día de la Fiesta de los Botes Dragón [18] del decimotercer año del reinado del emperador Guangxu [19], una nueva lavandería abrió sus puertas en la ciudad de Victoria. Estaba justo dentro de los límites del barrio chino, a tan solo unos pasos del territorio de los blancos.

Ninguna de las lavanderías que abundaban en la ciudad se parecía a aquella.

Para empezar, el nombre era atípico. Las otras lavanderías recibían el nombre de su dueño: Lavandería Hung, Lavandería Yuen, Lavandería

Lung-yi…

Sin embargo, aquella se llamaba Lavandería Chuk Huen, «Susurros del Bambú».

Otra diferencia eran los muebles y la decoración. A ambos lados de la puerta colgaban dos grandes faroles hexagonales de madera, y cada uno de sus paneles estaba delicadamente decorado con motivos de flores, plantas, insectos y pájaros. Antes de prenderlos lucían de un discreto rojo apagado, pero después aquel rojo explotaba bañando la calle con la calidez de su luz. Al entrar, a cada uno de los lados colgaban sendos rollos de seda. El de la pared oeste era una pintura que representaba a la hermosa Xi Shi lavando gasa en el río [20], mientras que el de la pared este tenía unos versos caligrafiados en estilo cursivo: «Susurra el bambú al retornar las lavanderas; las flores de loto se hunden al paso de los botes». De no ser por las montañas de ropa apiladas en el mostrador y por la rusiente plancha sobre la tabla de madera, habría podido pensarse fácilmente que se trataba de una escuela privada o de una tienda de arte.

Estaba inscrita en el registro a nombre de Frank Fong.

Un mes antes de la inauguración, en un recóndito pueblecito del sur de China llamado Zimin, la señora Mak había recibido de manos de un mensajero marítimo el sobre que tanto tiempo llevaba

ansiando.

Dentro había un cheque por valor de trescientos dólares y una breve carta con muchos tachones. La madre de Fat era analfabeta, así que se la llevó al maestro del pueblo, el señor Ding, para que se la leyera. Decía:

> Mi sufrida madre:
>
> El pasado fue un año muy difícil para ganarse la vida en la Montaña del Oro y me resultó del todo imposible enviar a casa el dinero que a usted tanta falta le hace. Este año he logrado reunir algo de dinero y con esta carta le hago llegar trescientos dólares. Escríbame en cuanto los reciba para que no me preocupe. Ciento cincuenta son de parte del tío
>
> Hung-mou
>
> para su mujer, espero que se los dé de inmediato, son para que su hijo Lung pueda estudiar. El resto es para que usted los administre como a bien tenga. Su hijo sigue a salvo en la Montaña del Oro, no tiene por qué preocuparse.

Era la mayor cantidad de dinero que Fat había enviado desde su marcha. Gracias a ella su madre pudo recuperar las dos unidades de la casa que había empeñado y además mandar al tío de Fat a que comprara varios *mu* de tierra y contratara mano de obra para cultivarla.

3
La promesa

Condado de Hoiping, provincia de Cantón, China
Año 2004

—La residencia Dak-Jin se terminó de construir en 1913 —explicaba el señor Au-joeng a Amy—; fue una de las primeras casas fortaleza que se edificaron en la zona. Su bisabuelo, Fong Dak-fat,
mandó traer tanto el cemento, las piedras y el cristal, así como el equipamiento de la cocina y del baño, por vía marítima desde Vancouver hasta Hong Kong. La mano de obra fue local, pero se atuvieron estrictamente a los planos. Su bisabuelo decidió hasta el mínimo detalle, incluso las cenefas de los marcos de puertas y ventanas. Envió unos planos minuciosamente detallados. La construcción requirió casi dos años de trabajo y costó quince mil dólares hongkoneses, una cifra exorbitante para la época. Debido a la enorme deuda que contrajo para la construcción, no pudo costearse el viaje para venir a supervisar las obras, así que no vio la casa hasta que estuvo terminada.

—Tendrá que disculparme, pero a mí me parece que es uno de los edificios más anodinos que he visto en mi vida —dijo Amy—. Una de las únicas cosas buenas que tiene es la ventilación.

—Este tipo de edificio se construía primordialmente con la doble

intención de proteger a sus inquilinos, primero de los asaltantes y después de las inundaciones. Zimin se halla en un terreno llano muy propenso a ser arrasado por el agua, comprenderá que otras consideraciones resultaran insignificantes. Los terribles hechos vividos por su familia forzaron a su bisabuelo a construirlo con la máxima celeridad, no se le pueden exigir pretensiones arquitectónicas a un hombre de campo que no fue al colegio un solo día de su vida.

—¿A qué hechos terribles se refiere?

—¿No se lo contó su abuelo?

—Nos veíamos muy poco. Mi madre se fue de su casa muy joven, y siempre que coincidíamos apenas intercambiábamos más que un par de frases; la mitad de lo que decía eran exabruptos.

—¿Y usted? ¿También se marchó de casa muy joven y nunca ha llegado a intercambiar más que un par de frases con su madre?

Extrañada, Amy le preguntó al señor Au-joeng cómo lo sabía.

—De no ser así, no sabría tan poco de la historia de su propia familia —respondió el hombre con una amplia sonrisa.

Amy también sonrió.

—Señor Au-joeng —le dijo—, gracias a usted el interés que siento por los asuntos de mi familia, si bien a paso de tortuga, va en aumento.

El señor Au-joeng la condujo al dormitorio del segundo piso.

—El edificio tiene cinco plantas —explicó—. En aquella época la gente del pueblo nunca había visto un edificio de varios pisos. Cuentan que uno de los albañiles, al llegar al cuarto, no se atrevía a seguir por miedo de llegar hasta las bolas del Dios del Trueno.

Amy no lo entendió y le preguntó a qué se refería con aquello de las bolas del Dios del Trueno. Cuando el señor Au-joeng le pidió perdón y añadió que no era correcto hablarle a una mujer de esas cosas, Amy reparó en el significado y se echó a reír.

—A excepción de la terraza de la planta superior, que es donde estaban las armas, el resto de los pisos eran residenciales. Todos tenían la misma estructura, con un patio interior central alrededor del cual se distribuían dos pasillos y cuatro habitaciones: una sala grande, dos dormitorios y una alacena.

»En el piso de abajo estaba la cocina y las habitaciones del servicio. En este piso vivían su bisabuela y la madre del bisabuelo

de usted, suegra de aquella; también es donde estaba el altar con la estatuilla del Buda y las tablillas de los ancestros para que la suegra no tuviera que subir escaleras. Cuando su bisabuelo volvía de Canadá se alojaba en este piso.

»En el tercero vivía el tío de su bisabuelo con su familia. El cuarto piso era donde vivía la hija de su bisabuelo, es decir, la hermana de su abuelo. Se llevaban cerca de veinte años y, de los tres hijos de Fong
Dak-fat,
es la única que nació en la residencia
Dak-Jin.
El quinto piso permaneció vacío hasta que el hermano menor de su abuelo regresó al pueblo para casarse; su mujer y su hijo vivieron allí.

Amy se tapó la boca para dar un largo bostezo.

El señor Au-joeng comentó que quizá tanta información estaba abrumándola y que tal vez quisiera volver al hotel y regresar al día siguiente. Amy insistió varias veces en que no, que cuanto antes terminara aquel asunto mejor, pues la aguardaban un montón de cosas.

Al entrar en la habitación Amy vio que lo único que había era una cama y un armario ropero. La cama era de estilo antiguo, con un dosel cuyos cuatro pilares estaban tallados con motivos florales, hecha de sándalo y pintada de rojo. En realidad, el color se había desvanecido hacía tiempo, solo se intuía por el débil canela de las cavidades de la talla. Amy se sentó con cuidado en el borde de la cama y con la mano recorrió hacia arriba la talla de dragón y fénix esculpida en la columna hasta que llegó a la perla que tenía en la boca. La acarició con el dedo, cuya yema se cubrió de polvo. Se lo puso delante de los ojos y lo miró con atención, pensando si el polvo tendría edad. Si aquel era el mismo polvo de hacía décadas, debía de haber presenciado cómo el color de la habitación se perdía gradualmente.

—¿Mi abuelo se casó en esta casa? —preguntó Amy.

—No, por supuesto que no. Cuando terminó de construirse, el hijo mayor de su bisabuelo, es decir, su abuelo, ya se había ido a la Montaña del Oro. Hasta su tío abuelo, hermano de su abuelo, tenía ya trece años —dijo el señor Au-joeng.

Encima de la cama había una esterilla que los insectos habían llenado de agujeros. Las cuerdecillas que cosían el mimbre estaban rotas, confiriéndole el aspecto de la carne del pescado cuando le quitan la raspa. Amy levantó con cuidado una esquina para revelar una especie de palo de bambú. Al cogerlo reparó en que era un abanico. Tenía los bordes amarillentos por el paso del tiempo, pero sobre aquel amarillo había otro, más oscuro y de bordes difuminados, que debían de ser manchas de humedad. La tela mostraba un dibujo de lo que parecía ser un paisaje montañoso con pagodas y pabellones, pero estaba demasiado desdibujada y no se distinguía ningún detalle. De la caligrafía sobre el dibujo solo se veían los trazos de unos pocos caracteres. A Amy le costaba trabajo leer chino. El señor Au-joeng se quitó las gafas y las puso cerca del abanico para aumentar e identificar cada carácter. Finalmente, pudo distinguir la mayor parte de las dos líneas:

> Plasmo mis… tos con el pincel,
> los… a mi… en la Montaña del Oro.

—¡Esta caligrafía es del puño y letra de su bisabuela! —exclamó entusiasmado el señor Au-joeng.

—¿Era pintora? —preguntó Amy.

—Pintora y más que eso, en la época fue la mujer más industriosa del pueblo. Si usted diera con una mujer así en uno de sus trabajos de investigación, emplearía para describirla el término «feminista». Esto es, si hace cien años hubiera existido tal cosa.

Amy, boquiabierta de admiración, meditó unos instantes y finalmente dijo:

—Señor Au-joeng, ahora sí ha conseguido despertar mi interés.

Se levantó y fue a abrir el armario, que hacía juego con la cama y parecía estar hecho de la misma madera. Tenía un espejo en la puerta en cuyo marco se habían tallado los mismos motivos de dragón y fénix que en la cama. El espejo mostraba algunas manchas de óxido que formaban un borrón; parecían dibujar aguas o quizá una especie de montaña. Cuando abrió la puerta vio que el interior estaba vacío, a excepción de una chaqueta acolchada de mujer. Llevaba anchas franjas de tela cosidas en los bordes del cuello y de la cintura. También tenía flores bordadas en las mangas que, por su forma, podían ser peonías o camelias. El color era un amarillo

oscuro desvanecido. Amy suspiró. «¿Qué hay en este mundo capaz de resistir incólume el paso del tiempo? —se lamentó para sí—. Por más vibrantes que sean los colores, las horas y los días de cien años solo dejarán este turbio caos».

Al abrir el cuello de la chaqueta descubrió un par de medias de seda. Las sacó y vio que tenían una carrera que empezaba con un agujero de tamaño poco mayor que una semilla de sésamo, pero que subía por la pierna y terminaba en un agujero del tamaño de la palma de su mano. Imaginó a su bisabuela abriéndose paso por las angostas calles del pueblo con aquellas medias y no pudo evitar sonreír. Descolgó la chaqueta de la percha y se la colocó contra el pecho. Al ver cómo cubría todas y cada una de sus formas llegó a la conclusión de que su bisabuela debía de haber sido una mujer alta y recia. Se preguntó si una mujer así, entre las gentes típicamente achaparradas y morenas del sur de Asia, debía de haber andado cabizbaja con la vista fija en el suelo o, de lo contrario, con paso firme y la cabeza alta.

Volvió a poner las medias dentro de la chaqueta y fue a abrochar los botones de la solapa, que se cerraban con elaboradas presillas hechas con varias capas de hilo superpuestas. Ya nadie cosía de manera tan minuciosa. Las puntadas se habían aflojado un poco con los años, así que tuvo mucho cuidado.

De pronto se detuvo en seco, con los dedos aún fijos en una posición que recordaba a dos capullos. Al levantar la vista hacia el espejo, entre las manchas de óxido del cristal, había visto unos ojos.

Un par de ojos sin cara. Oscuros. Quejumbrosos.

Se fijaron en ella y parpadearon. Sintió un escalofrío que le trepó desde los dedos de los pies hasta la columna vertebral y le erizó el vello de todo el cuerpo.

Entonces colgó rápidamente la chaqueta dentro del armario y arrastró al señor Au-joeng fuera de allí.

—Vamos al hotel, ya volveremos mañana.

Bajaron y Amy se metió en el coche de inmediato. Hincó la cabeza entre las rodillas, el cuerpo curvado hecho un ovillo, con las manos temblorosas. El señor Au-joeng le preguntó si necesitaba descansar por el *jet lag*, a lo que Amy repuso meneando la cabeza que no, que lo que necesitaba era una copa. Entonces el señor Au-joeng dijo que, si lo que necesitaba era alcohol, en el banquete

organizado por la Oficina de Asuntos de Chinos de Ultramar lo habría a raudales.

Amy se alojaba en el hotel más lujoso de la ciudad. Después de asearse fue acompañada del señor Au-joeng al banquete, que se celebraba en el mismo hotel y naturalmente era muy ostentoso. Tras llenarle la copa de licor chino, el dirigente le dedicó un tedioso discurso de bienvenida, pero Amy lo interrumpió y dijo: «No, esto no me sirve, tráiganme un *whisky* "en las rocas"». No la entendieron hasta que el señor Au-joeng le explicó a la camarera que lo que Amy quería era *whisky* con hielo, *on the rocks*. Cuando se lo sirvieron, Amy lo apuró de un trago. La cena era exquisita. Había abulón, caracoles de mar, mero, cochinillo y pichones rellenos, todo fresco y de temporada, pero a pesar de ello Amy no probó bocado; solo bebió. Al segundo vaso empezó a soltársele la lengua.

Tirando de la manga al señor Au-joeng, le preguntó: «Mi madre dice que mi bisabuela y toda su familia murieron en la residencia Dak-Jin, ¿es verdad?». Al ver que el señor Au-joeng asentía con la cabeza, continuó: «¿Cómo murieron?». El señor Au-joeng contestó: «Beba, beba». «¿No es apropiado hablar aquí? No deje que nadie lo intimide». El señor Au-joeng miró al dirigente con cara avergonzada. Entonces la camarera se acercó y les informó: «Hay una persona en el vestíbulo que pregunta por la señora Fong Jin-ling de Canadá». Al oírlo, Amy se levantó de un brinco y preguntó: «¿Quién busca a mi madre? Voy a ver» y se marchó sin esperar la respuesta del señor Au-joeng, quien fue tras ella corriendo.

En el vestíbulo los aguardaba un anciano sentado en una silla de ruedas. Era tan viejo que ni siquiera le quedaba pelo en las cejas, y estaba tan arrugado como las capas de una lasaña. Tenía la mirada nublada y en los lagrimales se le acumulaban resplandecientes legañas de oro. Se volvió al oír sus voces y quiso levantarse, pero no lo consiguió. Frustrado, dio varios palmetazos en el apoyabrazos de la silla y, con voz rasgada, exclamó:

—¡Cincuenta años! ¡No puedo creer que ni uno solo de los Fong haya vuelto en cincuenta años!

Un hombre alto y de tez morena que llevaba la silla de ruedas

miraba la escena impasible, sin mover un músculo.

El señor Au-joeng intentó suavizar la situación: «Jyun, esta no es Fong
Jin-ling,
no tiene nada que ver con los asuntos de la familia Fong». Haciendo caso omiso de él, el anciano alargó las manos para agarrar de la manga a Amy.

—No tenéis palabra, los Fong no tenéis palabra. Dejasteis abandonadas a
Gam-sau
y a su madre… Devolvedme a
Gam-sau,
devolvedme a Wai-hoeng —lloriqueaba, manchando de lágrimas y mocos la manga de Amy.

El señor Au-joeng llamó rápidamente a los guardas de seguridad, que se llevaron al anciano.

A Amy, impresionada, se le revolvió el alcohol en el estómago y tuvo que doblarse para vomitar en el suelo, con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas. Cuando se incorporó, tambaleándose, preguntó: «¿Quién es
Gam-sau?».
El señor Au-joeng le dijo que era la hermana de su abuelo. «¿Y ese viejo?». «Su viudo».

Amy exhaló un largo suspiro y preguntó: «Señor Au-joeng, ¿a cuántas personas más vamos a perturbarles la paz?». Este, también suspirando, contestó: «Si en su día su bisabuelo se hubiera casado con otra, tal vez la familia Fong no tendría tantas historias. ¿Sabía usted que la primera mujer que estuvo prometida a Fong
Dak-fat
no fue su bisabuela?».

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Del vigésimo al vigesimoprimer año del reinado de Guangxu
(1894-1895)

El palanquín se detuvo a la entrada del pueblo a petición de Fat, que quiso entrar por su propio pie.

Conocía tan bien aquel camino que podría haberlo recorrido con los ojos cerrados. Si desde el lugar en el que se había bajado torcía a la derecha, iría a parar a la higuera de bengala centenaria a cuyos pies estaban las escaleras de piedra para bajar al río, con tres escalones. El río no tenía nombre. Cuando sus aguas crecían, solo se apreciaba medio escalón. Cuando los tres escalones quedaban a la vista, significaba que había sequía. Era en esas escaleras donde Fat, de vuelta de la siembra o de pastorear las vacas, se sentaba a quitarse el barro de los pies.

Si en lugar de bajar al río seguía bordeándolo hasta el final, llegaría a su casa. El agua quedaba a un lado del camino y, al otro, los campos. La estampa del agua era siempre la misma, pero los campos, la mayoría de arroz pero también de verduras y de calabazas, presentaban a diario un nuevo espectáculo: bastaba con que hubiera llovido durante el día para que de noche, en el camino de vuelta a casa, descubriera cómo los cultivos habían crecido medio palmo desde la mañana.

De la espesura de los bananos a menudo salían perros o algún pollo buscando comida. Fat y su hermano Sin los conocían a todos. Los perros del pueblo no estaban acostumbrados a las novedades y se ponían a ladrar en cuanto veían a cualquier persona o animal que les fuera desconocido. Solo con oír los ladridos del camino se sabía que llegaba algún forastero, o que alguien había comprado una cabeza de ganado nueva.

Recto por aquel camino, torciendo a la derecha una vez pasado el pozo construido en tiempos del emperador Kangxi, estaba su casa. Era un gran caserón de tres unidades levantado por su padre pero que, también por causa de su padre, había sido dividido en partes y malvendido. Su madre había pasado más de siete años recomprando ladrillo tras ladrillo gracias al dinero que le enviaba desde la Montaña del Oro y ahora la ocupaba junto con la familia del tío de Fat. Desde la linde del camino hasta la puerta principal había una distancia de dieciséis pasos. Sus pasos, esto es, de hacía quince años; ahora debían de ser menos. Cada piedra, cada grano de tierra, le resultaban familiares; a menudo había soñado con la sensación que se experimentaba al pisarlos descalzo. La sensación,

esto es, de hacía quince años.

Aquel día Fong Dak-fat, a sus treinta y un años, recorrió jadeante el camino hacia su casa bajo el sol de primavera con la sensación de que había transcurrido una eternidad.

Lo seguían los porteadores con su equipaje.

Veinte baúles granates, todos de aspecto similar y de la misma madera, con remaches de hojalata en las esquinas. Las cerraduras, metálicas y en forma de sendas fauces de león, guardaban un sinfín de secretos. Su contenido era de lo más variado: alimentos, prendas de vestir y también artículos de uso diario. Entre la comida había dátiles caramelizados, chocolate, aceitunas y pasteles de maíz. Había prendas de vestir y calzado para pequeños y mayores, naturalmente todos de estilo occidental, confeccionados con la mejor tela de la Montaña del Oro. También pastillas de jabón, cerillas para encender el fuego y hacer la comida, un reloj de cuco, cuchillos occidentales para cortar verduras y pasteles, una vajilla de porcelana occidental para el té y para la comida, etcétera. Todas aquellas cosas, con un uso práctico, viajaban en los primeros diecinueve baúles y eran para su madre, para su tío, para la mujer de su tío, para sus primos, para los vecinos e incluso para los sirvientes de más antigüedad.

Lo que había en el último baúl, sin embargo, no se comía ni tenía una utilidad práctica: eran cosas única y exclusivamente para el deleite de los sentidos. Había, por ejemplo, pintalabios, laca de uñas, perfumes, sostenes de encaje, manteles de varias formas hechos del mejor lino de Victoria, pendientes y sortijas de oro y de plata fabricados en Inglaterra y Francia. Las cosas de aquel baúl no se las daría a nadie; ni siquiera iba a abrir los cierres en forma de león. Y es que todos y cada uno de los secretos de aquel baúl los tenía reservados para una mujer. Una mujer de la que solo había visto una borrosa fotografía no mayor del tamaño de un pulgar pero que en sueños había conocido bajo múltiples caras.

Su madre la había prometido con él hacía medio año, y para tomarla como esposa había cruzado el océano metido en aquel barco durante decenas de días.

No sabía mucho de ella, únicamente que tenía quince años y era la hija mayor de los
Sze-to,

una familia que regentaba una sastrería en Chikham.

Sus ocho caracteres natales eran sumamente compatibles con los suyos. El astrólogo había dicho que aquella mujer tenía en su porvenir dar prosperidad al hombre con el que se casara y que llevaría dicha y fortuna a la familia a la que fuera a parar. También dijo que estaba destinada a dar nueve hijos y medio, es decir, nueve hijos varones más el yerno que aportaría una hija. A la señora Mak le había gustado aquella muchacha no solo por esas razones. También tenía un motivo personal. Sabía que la muchacha había aprendido a coser y bordar de su madre. Aunque a ella misma ya no le quedaba vista para enhebrar una aguja, seguía empeñada en que mujer que no sabe costurar no es mujer de casar.

Para cualquier hombre del pueblo que quisiera tomar una esposa, esa información resultaba suficiente, quizá incluso completa. Sin embargo, Fat había necesitado un detalle más. Había querido saber si la muchacha sabía leer y escribir, así que se lo preguntó a su madre en una carta. En su siguiente misiva, la señora Mak no le contestó en un sentido ni en otro, pero sí le preguntaba de qué iba a valerle a una mujer saber leer y escribir, y también afirmaba que el sitio de una mujer es el hogar, cocinando, cosiendo y cuidando del marido, de los hijos y de los suegros. De esta forma, aquella carta, evitando responder, contestaba a su pregunta. Dedujo que la muchacha era analfabeta.

Fat era consciente de que en el pueblo resultaba casi imposible encontrar a una mujer que no lo fuera y que, de haberla, probablemente solo sabría escribir y leer su nombre.

Así eran las cosas en el pueblo. Solo tenía que seguir las pisadas de aquellos que habían allanado el camino antes que él y continuar por la vieja senda centenaria de siempre. Un camino así resultaba menos fatigoso. Si elegía nuevas veredas debería abrirse paso en solitario y cortar maleza, limpiar el camino de rocas y obstáculos. No sería tarea fácil.

Ya había malgastado el vigor de su juventud en el ferrocarril de la Montaña del Oro; ahora no era más que un hombre, casi un viejo de treinta y un años con el cuerpo lleno de magulladuras. En el pueblo, los hombres de su edad ya tenían nietos, pero él ni siquiera había sido padre. Estaba cansado de luchar, lo que necesitaba era alguien que le besara con mimo las heridas. Cualquier mujer podía

hacer eso, tanto si sabía leer como si no. Esa fue la razón por la que acabó accediendo al matrimonio.

Honesta, consciente de sus deberes, sufrida y buena nuera. Así era la mujer que él necesitaba. Se persuadía a sí mismo una y otra vez de que las reticencias que aún albergaba su corazón eran como los pinzamientos que a veces sufría en la espalda: podían molestarlo de vez en cuando, pero no le impedían seguir adelante, seguir trabajando.

Conforme se adentraba en el pueblo se percató de que estaba desierto. Tan solo se escuchaba el sonido de sus pasos sobre el camino de grava. El sol había ido elevándose y relucía en lo alto; soplaba un viento fuerte que le abombaba la túnica. A sus pies, el suelo conservaba la dureza del invierno, pero comenzaban a intuirse los millares de seres vivos que aguardaban debajo, deseosos de brotar. Junto al viejo pozo vio a un niño que estaba haciendo de vientre en cuclillas. «¿Dónde está todo el mundo?», le preguntó, y el niño, desconcertado, se quedó mirándolo. Después le dijo: «Es día de mercado. ¿No sabes lo que es?». Entonces Fat recordó que era el vigesimoctavo día del primer mes lunar, un importante día de mercado, y que el pueblo entero acudía a él.

Unos cuantos perros se aproximaron a él ladrando y comenzaron a mordisquearle las perneras del pantalón. Se sacó un tamal de arroz con carne adobada de la túnica y lo lanzó a un lado del camino; los perros se abalanzaron de inmediato sobre aquel paquete de hojas de loto, olvidándose de él. «Qué bribón, este Canelo…» dijo Fat, riendo, pero se dio cuenta de que el perro al que se refería era otro. No había olvidado a aquel noble animal que durante la construcción del ferrocarril salvó la vida de todo el campamento y cuyo último aliento aún dedicó a lamer su mano. Desde entonces no había vuelto a atizar a ningún perro callejero.

En esta ocasión, desde el camino hasta la puerta de su casa solo tuvo que dar trece pasos; había crecido en todos esos años. Vio que en la puerta seguían estando los dos leones de piedra. Su padre los había hecho traer especialmente desde Fujian cuando mandó construir la casa. Tenían grabada la fecha de finalización de la obra detrás de las orejas. De pequeño solía montar en ellos con su hermano como si fueran caballos y, poco a poco, a fuerza de rozarlos, les habían dejado los lomos lisos y pulidos. En aquellas

ocasiones en las que su padre estaba de buen humor tras haber saciado su ansia de opio, pedía a un mozo de la casa que sacara la tumbona a la puerta y, mientras tomaba el sol en ella, miraba cómo Fat y su hermano Sin lanzaban piedras a los pájaros con el tirachinas sentados a lomos de aquellos leones.

Cuando se acercó a acariciarle la cabeza a uno le pareció más pequeña de lo que recordaba y advirtió que su expresión carecía de la ferocidad de antaño. Una fina raja le resquebrajaba el lomo. «Hasta las piedras han envejecido», pensó.

La puerta principal estaba cerrada. Sobre ella colgaban dos grandes aldabas circulares de bronce que parecían dos ojos mirándolo fijamente. La pintura seguía siendo granate, pero no era el mismo color que había visto a su padre, a su hermano Sin y a su hermana Tao y que había sido testigo de tantos avatares e infortunios familiares. Aquella era una nueva capa de pintura que ocultaba la historia sin ningún miramiento; que, sin entender de separaciones, muerte ni lágrimas, recibía con inanimada frialdad al dueño de la casa.

A ambos lados del marco había pegadas sendas tiras de papel rojo con un pareado de Año Nuevo caligrafiado. El primer verso, a la derecha, decía «Parejas de golondrinas reciben a la persona recién llegada» y el segundo, a la izquierda, «Tracas de petardos ahuyentan el viejo tiempo pasado». El título, en otra tira roja pegada sobre el marco, era «Felices auspicios de primavera».

Acababa de pasar el Año Nuevo chino. Aunque el viento había levantado una esquina de las tiras de papel, su rojo aún brillaba de puro nuevo. Los trazos de algunos de los caracteres estaban tan cargados de tinta que parecía que fueran a gotear. Fat los tocó, pero la tinta estaba seca. El fluir de los caracteres era claro y elegante, parecía del estilo conocido como hilo de oro. Fat pensó que el señor Ding, encargado de escribir las cartas y las caligrafías del pueblo cuando él se marchó, debía de haber pasado a mejor vida. Se preguntó quién habría quedado a cargo de escribir las cartas y poemas del pueblo.

Hizo sonar las aldabas pero nadie acudió. Como la puerta no estaba cerrada con llave, empujó para abrirla. Entró y vio que el patio interior se encontraba desierto. El sol se hallaba en lo alto y la sombra de los árboles se proyectaba por todo el patio. A pesar del

viento, el ambiente que se respiraba era cálido. En un rincón, junto a un tendedero de bambú, reposaba un gran jarrón. Lo habían llenado de ramas de ciruelo con flores de un rojo tan vivo que iluminaban la pared con su fuego. Fat se acercó e inspiró su delicado aroma. Al lado del tendedero había un taburete que debía de servir para alcanzar a tender la ropa. En cuanto se sentó en él, sintió crujir el mimbre. Se acomodó con cuidado y se sacó de la túnica un periódico doblado.

Era un ejemplar del *China Western Daily* que había comprado en Cantón al bajar del barco y que no había tenido ocasión de ojear en el camino. Cuando dejó el pueblo para marcharse a la Montaña del Oro no sabía lo que era un periódico y no vio el primero hasta que le enseñaron uno en el barrio chino. Lo desplegó por la primera plana y descubrió que la mitad la ocupaba un gran anuncio de ambientador de la farmacéutica Dai Luk Wo: «Su delicado perfume proporciona un frescor intenso y duradero».

En la siguiente página había un anuncio de la cadena de farmacias inglesa Watsons: «La Emulsión Scott de aceite de hígado de bacalao posee un agradable sabor que recuerda al de la leche y pasa con suavidad por la garganta. Su efectividad es tres veces mayor que la del aceite de hígado de bacalao común. Se encuentra especialmente indicada en el caso de afecciones como la tisis y surte efecto desde la primera cucharada». Pasó la página y se topó con más publicidad, en total una decena de anuncios que pregonaban las excelencias de todo tipo de productos: azúcar blanco, bebidas alcohólicas, lámparas de queroseno, toallas, sudaderas… Le sorprendía que las cosas hubieran dado un giro tan radical desde su marcha hacía poco más de diez años. Toda la región del río Perla estaba inundada de productos occidentales. Se preguntaba si Hoiping seguiría siendo una región tan cerrada como antaño.

Entre todos aquellos anuncios de productos occidentales, encontró una columna titulada «Crónicas Ligeras» dedicada a las noticias del mundo de la farándula y de la vida alegre. La primera noticia trataba de un incendio en un prostíbulo flotante en el que habían muerto abrasadas una docena de prostitutas junto con seis de sus clientes. El segundo alababa los encantos y habilidades de una cantante de nombre

Bin-yuk,

«Jade Voluptuoso»:

> Dotada de una melodiosa voz de oropéndola y de singular virtuosismo con la pipa[21], son tales sus dotes interpretativas que no hay mortal que tenga la suerte de escucharla y no quede conmovido.

Después explicaban su particular precisión a la hora de percibir sus honorarios:

> Llegado el término de la función, voz y semblante se le afectan de la mayor gravedad. Tiene un oído capaz de distinguir el valor de las monedas por su sonido al caer y, en caso de advertir piezas de cobre o fuera de curso legal, adopta tal donaire que, sin necesidad de regateo alguno, obliga al cliente a rectificar de inmediato. Este proceso se repite al término de cada una de sus actuaciones, sin importar las veces que se haya precisado de sus tonadas.

Al llegar a ese punto, a Fat se le escapó la risa.

Página tras página todo eran chismes y banalidades. No había prácticamente nada sobre política, a excepción de un pequeño breve en una esquina que mencionaba al ministro Li Hongzhang pasando revista a la flota del norte. Había acudido a trasladar las órdenes imperiales de no responder a la provocación de los piratas y permanecer a la espera.

Fat pensó que el gobierno del país, en manos de la emperatriz viuda, había quedado reducido a un jirón de tela al viento: incluso las bandas de piratas se atrevían a desafiarlo. Las noticias de los trascendentes sucesos que tenían lugar dentro de los muros de la lejana capital se contaban con cuentagotas entre anuncios de productos occidentales y noticias anodinas.

Dejó el periódico a un lado y guardó silencio por unos instantes. Finalmente, apesadumbrado, declamó: «La cantante ignora la tragedia que se cierne sobre el país; sigue, a la otra orilla del río, entonando *Las flores del patio*»[22].

Entonces le vino a la memoria el que antaño fuera su profesor, el señor Au-joeng Ming. Era un hombre de letras interesado en todas las materias, de fuerte temperamento y con gran fe en el destino de su país. Tras su marcha a la Montaña del Oro, Fat había mantenido

correspondencia con él y sabía que en los últimos años había vivido en Cantón, Shanghái y Vietnam hasta que regresó al pueblo para seguir impartiendo clases. En aquellos veinte baúles que había llevado consigo había un regalo para él: un mapamundi, porque al señor Au-joeng le interesaba también Occidente. Cuando hubiera descansado lo suficiente le haría una visita.

Se incorporó y se dirigió a la sala principal.

Estaba más oscura que el patio interior. A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, comenzó a distinguir la figura de una persona.

Era una muchacha vestida con una túnica añil que estaba subida a una banqueta colgando una pintura. Llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza negra atada con un lazo rojo. La pintura que tenía en las manos representaba una caña de bambú con muchos brotes junto a varias granadas. Sus tonalidades verdes y su rojo eran festivos, pero de una forma sutil, distinguida. Contenía dos líneas de caligrafía: «Como las semillas que desprende la granada; como los nuevos brotes que nacen del bambú».

Después de colgar la pintura, la muchacha se bajó del taburete y retrocedió unos pasos para ver si estaba recta. Lo hizo tan rápidamente que pisó la túnica de Fat y dio un traspié. Al volverse se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma y se llevó las manos al pecho.

Fat sabía que era por la cicatriz de su cara. Tras más de una década, en lugar de difuminarse se había abultado cada vez más, creando surcos; parecía una lombriz de tierra que le cruzaba el rostro. Riendo, se llevó la palma de la mano a la mejilla y le dijo: «No me tengas miedo, que no soy ningún fantasma. Si no me crees, mira mi sombra en el suelo. ¿Qué fantasma hay que tenga sombra? Soy Fong
Dak-fat».

Al oír eso la muchacha musitó un «oh» y bajó por fin las manos, con las que se sacudió el enfaldo. «Así que es usted el joven Fong —dijo—. ¿Cómo es que ha llegado tan pronto? Los de la compañía marítima dijeron que no estaría aquí hasta el próximo día de mercado, por eso su madre y la familia de su tío han ido a la ciudad a ponerle incienso a Tam Kung y pedirle que tuviera usted una buena travesía».

Fat pensó que la muchacha debía de ser una sirvienta. Le preguntó por qué no había ido a la ciudad. «La señora me mandó colgar las pinturas y los pareados de Año Nuevo para recibirlo —contestó—. Quién iba a pensar que me toparía de bruces con usted».

Fat se interesó por el autor del texto caligrafiado en los versos de la puerta; dijo que no tenían sentido, pues lo lógico era que dijeran «dan la bienvenida al hijo pródigo» y no «dan la bienvenida a la nueva persona». «Los versos no hablan del señor —sonrió la muchacha, con las mejillas coloreándose del mismo carmín de las peonías de las pinturas—, sino del feliz evento». Entonces Fat cayó en la cuenta de que todas las pinturas y caligrafías de la casa respondían a los preparativos de su boda. Al detener la vista sobre aquella muchacha, le pareció muy despierta, competente. Quizá era hija de una buena familia venida a menos y habían tenido que venderla. Recordó a su querida hermana Tao, lo que endulzó el tono dé sus palabras:

—¿Podrías llevarme adentro? Quiero echarme un rato hasta que venga mi madre.

Lo condujo hasta su habitación.

Se trataba del mismo cuarto que en su día había compartido con su hermano, Sin. El camastro era el mismo en el que habían dormido juntos. Las colchas, de suave algodón, y el edredón, pesado, aparentaban ser nuevos. Los apartó y vio que las almohadas eran las mismas de siempre. Estaban rellenas de crisantemos secos porque su madre decía que reducen el fuego vital del organismo y ayudarían a tratar la epilepsia de Sin.

Al pasar la mano por la almohada notó un hueco. Se preguntó si sería la huella de la cabeza de su hermano. Hundió la cabeza en aquel hueco e inspiró un fresco aroma como de recién secado al sol. Se tumbó para recuperar un sueño de quince años atrás.

De pronto, todo se oscureció. Las nubes, llegadas de improviso, empezaron a descargar una lluvia súbita de la que no tuvo tiempo de resguardarse y que lo empapó de pies a cabeza. Entonces recordó que las colchas eran nuevas y llamó a la sirvienta para que cerrara las ventanas. El grito que emitió lo despertó: comprendió que lo había soñado. Se palpó la cara, cubierta de sudor.

Cuando abrió los ojos vio a una mujer menuda sentada enfrente

de la cama. Llevaba una flor blanca sobre el pelo, que recogía en un moño negro y brillante. Del cierre diagonal de su túnica gris sobresalía un pañuelo, que cogió para enjugarse las lágrimas.

—¡Madre! —exclamó Fat sorprendido, incorporándose de un salto para alisarse la túnica y, acto seguido, arrodillarse ante la mujer y hacerle una reverencia aplastando la frente contra el suelo—. ¡Perdone a este mal hijo suyo, madre, se lo ruego! ¡Cómo la he hecho sufrir desde que me fui a la Montaña del Oro!

Sin hablar, la señora Mak se inclinó para coger de las manos a Fat, pero sus brazos dibujaron un círculo y no dieron con ellas hasta el segundo intento. Fat supo así que su madre se había quedado completamente ciega.

Sintió que se le formaba un enorme nudo en la garganta que lo hizo llorar. Repitió la reverencia contra el suelo dos veces más, pero con más fuerza, para que su madre, que ya no podía verlas, al menos pudiera oírlas.

Quiso seguir, pero lo detuvieron. Al elevar la vista descubrió que la habitación se había llenado de gente arrodillada. Era la familia de su tío al completo, sus primos y allegados. Le dieron una toalla para que se limpiara y, al mirarla después de habérsela pasado por la frente, reparó en que se había hecho sangre.

Entre todas aquellas personas no había ni rastro de la muchacha de las pinturas.

La gente del pueblo volvió cuando empezaba a anochecer. No habían querido cenar en el mercado, así que hicieron el camino hambrientos, y, al llegar a sus casas, las mujeres prepararon el fuego para la cena sin detenerse siquiera a orinar primero. Apenas tuvieron la leña apilada, comenzaron a oírse ladridos.

Los perros del pueblo solían ladrar, pero no de aquella manera. Lo habitual eran ladridos débiles, esporádicos. Aquel día parecía que se hubieran puesto de acuerdo y, uno tras otro, se fueron sumando en cadena, como respondiéndose, sin ánimo aparente de parar. Los movía la mezcla de miedo y excitación que provoca ver algo nuevo.

Las mujeres dejaron la leña y salieron de sus casas, presurosas. Vieron a una decena de porteadores vestidos de negro que cargaban baúles pesados, como un ciempiés negro abriéndose camino por el pueblo sin que se le viera la cabeza ni cola, solo la polvareda que

sus pies levantaban.

Siguieron el rastro de polvo hasta que los vieron dejar los baúles en casa de los Fong. Sentada en un taburete, la señora Mak, ciega como estaba, iba palpando cada uno de los cerrojos para contarlos: uno, dos, tres. Se hallaban atados con sogas de tres en tres, siete montañas en total, la última de dos baúles.

«Veinte», murmuró para sí la señora Mak, revelando una sonrisa sin dientes, seca como un higo.

—Volved a vuestras casas. Cuando haya fecha, Fat os convidará a todos. Al casamiento, claro, al casamiento me refiero. Todos estáis invitados, desde el más joven hasta el más viejo.

La señora Mak intentaba librarse de la multitud reunida agitando el pañuelo, gesto que resultaba demasiado sutil. Cada vez se agolpaban más curiosos que querían ver a Fat.

—Mi Fat ha pasado semanas en el mar sin dormir una noche de un tirón. Mañana, en cuanto haya descansado, irá a daros los regalos.

Con ello el gentío se fue dispersando.

La señora Mak abrió la puerta de casa con el codo y fue golpeando el suelo con el bastón hasta los pies de la cama de su hijo.

—¿De qué tienes miedo, Fat? Esa cicatriz que luces no le resta mérito al hecho de haber estado en la Montaña del Oro. Lo que hay en todos esos baúles te permitirá llevar la cabeza bien alta, no tienes que sentir vergüenza. ¿Quién hay en el pueblo que pueda competir con tanta abundancia? Mañana por la mañana iremos puerta por puerta; tarde o temprano tendrás que ver a la gente.

No percibió movimiento ni sonido alguno en la cama. Entonces se oyó una risa ahogada.

—¿Cómo sabe usted lo que me ha pasado en la cara?

—Pues porque te he parido, hijo —contestó la señora Mak, también riendo—. Desde que regresaste no me has mirado directamente a los ojos ni una sola vez.

Fat se incorporó de inmediato.

—Madre, con o sin ceguera sigue usted llevando la casa con más autoridad que muchas personas con vista sana. Qué bien enseñados tiene a los sirvientes de la casa: todos hablan y obran con modales impecables.

—Bah, es la mujer de tu tío la que los escoge; yo, como no veo, me he desentendido.

—Aquella a la que mandó usted colgar las pinturas es aún más especial, parece más despabilada que el resto.

—¿Esa? Esa no es sirvienta, es la hermana pequeña de la mujer de

Hung-mou,

Luk-zi.

Todas las pinturas y caligrafías de la casa son suyas.

La sorpresa se reveló en los ojos de Fat, que quiso decir muchas cosas pero, tras largo rato, solo atinó a decir:

—¡Ha crecido mucho! ¿Quién le da clase de pintura y caligrafía?

—¡Quia! La pobre desgraciada tiene que ganarse así la vida —respondió la señora Mak.

Luk-zi fue a vivir a casa de

Hung-mou

a raíz del matrimonio de este con su hermana. El hijo que tuvieron, Lung, nació cuando

Luk-zi

contaba tres años. La segunda vez que

Hung-mou

se marchó a la Montaña del Oro le dijo a su mujer que en cuanto Lung tuviera edad le pusiera un tutor. La noticia de la muerte de

Hung-mou

se había hecho esperar años. Aun habiendo dejado de recibir cartas suyas, la mujer no había sospechado nada malo porque seguía recibiendo cheques. Mucho después sabría que era Fat quien los enviaba.

Lung tenía siete años cuando su madre contrató por fin al profesor particular. Aunque era para el niño,

Luk-zi

había querido aprender a su lado, y la hermana, que en su día había estudiado con su padre, no veía con malos ojos aquel interés. Además de la caligrafía, al tutor también se le daba bien la pintura y de vez en cuando gustaba de ejercitarse. En aquellas ocasiones tenía, sin embargo, una manía: solo podían servirle mujeres. Decía que la impetuosidad de carácter de los varones lo desconcentraba. De este modo,

Luk-zi
quedó a cargo de quemar incienso, preparar la tinta y extenderle el papel. Cuando terminaba de dibujar, lavaba los pinceles y la piedra tintero y le servía el té y los dulces.

En una ocasión, al terminar el té después de pintar, el tutor se retiró a dormir la siesta. Luk-zi lo imitó usando la tinta que había quedado y pintó un bosque de bambú. Cuando el maestro se despertó y vio la pintura la observó largo tiempo sin decir palabra, mesándose las barbas. «Es una pena —había dicho finalmente—; es una verdadera pena que no nacieras hombre». Desde aquel día, si estaba de humor, la aleccionaba en las técnicas, la composición o incluso en la mejor manera de enmarcar una pintura. Por supuesto en aquel momento ni el maestro ni
Luk-zi
podían imaginar que aquellas nociones impartidas de manera casual llegarían a salvarle la vida.

La primavera en la que
Luk-zi
contaba doce años, el pueblo sufrió una gran epidemia de diarrea. Tiempo después los supervivientes aprenderían que se había tratado de una enfermedad llamada cólera causada por haber bebido agua insalubre. De la familia de
Hung-mou,
el primero en contraerla fue Lung. Su enfermedad fue fulminante: pasó tres días inconsciente y murió sin tener tiempo de decir ni una palabra. Lung contagió a la madre de
Hung-mou.
En su caso, sufrió muchos altibajos durante dos semanas hasta que cerró los ojos para siempre.

Muerta la suegra, enfermó la nuera. Su pronóstico era menos grave y habría tenido remedio de no ser porque ya no quería vivir. Un día,
Luk-zi
le había calentado un poco de sopa de arroz, pero la boca de su hermana rehuía la cuchara:

—He perdido a mi marido y a mi hijo, qué me queda ya en este mundo… —Por entonces estaba al tanto de la muerte de
Hung-mou

—. Si de verdad me quieres, déjame morir y ahorrarme todo este sufrimiento.

—¿Y yo? —replicó Luk-zi, llorando a lágrima viva—. ¿Yo no soy nadie? ¿No te importa lo que me pase?

Su hermana la miró con unos ojos tan secos de lágrimas como dos pozos en los que solo queda arena.

—Cuando nuestro padre te dejó a mi cargo, te permití estudiar. ¿Por qué no usas esos conocimientos para ganarte la vida y labrarte un porvenir?

Esas fueron las últimas palabras que le dirigió.

En el transcurso de un mes, los tres miembros que quedaban de la familia de

Hung-mou

habían muerto. Luk-zi no tenía dinero para tanto funeral, así que el clan de los Fong tomó las riendas de la situación e hipotecó la casa de

Hung-mou

para costear el funeral, las tumbas y los ataúdes.

Alguien comunicó la noticia a los padres de

Luk-zi

para que se hicieran cargo de ella, pero no contestaron ni hicieron acto de presencia. Fueron las últimas palabras de su hermana las que le mostraron el camino para subsistir.

El señor Ding, que se encargaba de escribir las cartas en el pueblo, comenzaba a ser demasiado mayor para asir el pincel con firmeza, y como la gente sabía que

Luk-zi

sabía escribir, de vez en cuando le pedían que lo sustituyera. En parte lo hacían también por pena. Sin embargo, poco a poco se percataron de su pericia, mayor incluso que la del señor Ding. Además,

Luk-zi

tenía una destreza de la que el señor Ding carecía: sabía pintar. De este modo, la gente del pueblo acabó encargándole no solo que les escribiera las cartas, sino también que hiciera pinturas para bodas, funerales, cumpleaños y nacimientos. Escogía los motivos en función de cada ocasión. Con motivo de una boda, por ejemplo, podía pintar un dragón y un fénix, para simbolizar a los esposos, o

bien una granada abierta por la mitad aludiendo, con la abundancia de sus semillas, a los hijos que se esperaban de la unión de los contrayentes. Para los funerales solía elegir grullas volando hacia el ocaso, pues es en la dirección en que se pone el sol donde se halla el Gran Paraíso Occidental de los budistas. Para los cumpleaños, dibujaba a la inmortal Ma Gu ofrendando presentes o a una cigüeña portando en el pico melocotones, símbolo de longevidad. Con motivo de la celebración del primer mes de vida de un recién nacido, pintaba a Nezha, el dios niño, conquistando los mares; o bien un *qilin*[23] llevando consigo suerte y riqueza. No solo adaptaba el texto y las ilustraciones a cada ocasión, sino también a los gustos y preferencias del destinatario.

Desempeñaba estos trabajos con gran delicadeza, pues le encantaba pintar, y siempre que la llamaban acudía de buena gana sin exigir dinero a cambio. Aceptaba, eso sí, unos huevos, unos puñados de arroz, alguna tela, leña… siempre a conveniencia de quien realizaba el encargo. No nadaba en la abundancia, pero podía comer tres veces al día.

La cabaña en la que vivía, al lado de la pocilga, había sido el granero de la familia de
Hung-mou.
Llevaba muchos años sin repararse, y el viento y la lluvia, por no mencionar el mal olor, se colaban por los cuatro costados. En el segundo verano tras la muerte de su hermana se desató un tifón que arrasó la cabaña y dejó a
Luk-zi
sin un techo bajo el que guarecerse.

Al final, la señora Coeng-tai, una mujer del pueblo, se apiadó de ella y la acogió en su casa. Su marido se había marchado a la Montaña del Oro hacía muchos años y no había recibido noticias de él; tampoco había tenido hijos, así que no carecía de descendencia en la que apoyarse. Al ir a vivir con ella, lo que
Luk-zi
ganaba debía servir para alimentar dos bocas, pero al menos dormiría bajo techo.

A medida que escuchaba a su madre contarle la triste historia de
Luk-zi,
Fat sintió como si una soga fuertemente atada alrededor del corazón

lo estrangulara provocándole terribles dolores. Pensó en la prosperidad de la que grandes y mayores habían gozado bajo el techo de
Hung-mou
en el momento de su partida hacia la Montaña del Oro, y en cómo ahora, de aquella familia y de aquella casa, no quedaban más que las ruinas. Luk-zi era una brizna de hierba bajo los cascotes que luchaba encarecidamente por brotar y buscaba desesperada la luz. ¡Qué buena estrella debía de velar sobre aquella muchacha para haber sobrevivido a tantos avatares!

Fat le explicó entonces a su madre cómo en aquellos años había regresado repetidas veces al paraje donde había enterrado el cuerpo de
Hung-mou,
pero habían construido una ciudad y no había podido dar con la pila de rocas con la que había cubierto el hoyo.

—Bueno, pero conservarás algo que fuera suyo en vida, ¿no?

Fat le explicó que aún tenía el *huqin* que había llevado consigo los años que estuvieron construyendo el ferrocarril.

—Pues un día de estos lo envuelves, lo llevas a donde está enterrada su mujer y lo metes en la tumba de
Hung-mou.
Su zanja sigue abierta. Alguien tiene que cerrarla o sus antepasados seguirán esperándolo toda la eternidad.

Fat añadió que cuando lo hiciera se llevaría con él a
Luk-zi,
pues al fin y al cabo se trataba de su hermana y de su cuñado.

—Después de cenar dile a Coi que te caliente un barreño; te das un buen baño y te rapas esas barbas —le dijo la señora Mak a su hijo—, que mañana vendrán los hermanos a verte. Ya están al tanto de tu vuelta.

—¿Hermanos? ¿Los hermanos de quién?

—¿De quién va a ser, bobalicón? ¡De tu prometida!

Al día siguiente, tras desayunar, Fat salió de casa y se dirigió hacia la zona oeste del pueblo. Cuando aún se hallaba a una docena de pasos de la vieja cabaña de la señora Coeng-tai, pudo oírla tricotando. A través de la puerta, abierta de par en par, la vio sentada frente a su tejedora.

La señora Coeng-tai era tan menuda que había puesto varias tablas en la banqueta a fin de llegar a los hilos. Extendía los brazos, tensos como la cuerda de un arco, para poder coger la lanzadera con la punta de los dedos. Estaba tejiendo una tela local gruesa y basta de color amarillo parduzco. En el suelo, los ovillos se mezclaban con la arena, de cuyo color no se distinguían.

La tela, fea pero resistente al viento y la lluvia de varias estaciones, se empleaba para confeccionar la ropa con la que los hombres araban o cosechaban. Sin embargo, los brazos de la señora Coeng-tai eran tan cortos que no lograba tupir bien las fibras, por lo que la tela quedaba un poco suelta. La diferencia con lo que tejía la señora Mak de joven era más que notable.

Mientras tejía, la señora Coeng-tai advirtió una mancha oscura en la tela. Se disponía a pasar la mano por encima cuando reparó en que se trataba de una sombra. Levantó la cabeza y vio que había entrado un hombre en su cabaña. Llevaba un solideo en la cabeza y vestía una túnica gris.

La túnica debía de ser nueva, porque aún tenía las marcas de haber estado doblada en el cajón. Al sonreír, a aquel hombre se le movía la lombriz que le cruzaba la cara. La señora Coeng-tai bajó tan de repente los pies de la tejedora que casi da con la nariz en el marco.

El hombre se aproximó a ella.

—La paz sea con usted, tía Coeng-tai —le dijo, acercando la cabeza a las manos, una cubriendo el puño de la otra, en señal de respeto—. ¿Se acuerda usted de mí? Soy Fat, he vuelto de la Montaña del Oro y vengo a saludarla.

El marido de la señora Coeng-tai era primo del padre de Fat, así que por respeto se refería a él como a su tío y a ella como a su tía. Fat sacó de la túnica dos paquetillos envueltos en papel y se los dio.

—Productos de Occidente —explicó—, para que pruebe usted algo nuevo.

La señora Coeng-tai se secó las legañas con la manga y se le humedeció el borde.

—¡Ay, Fat, por fin estás aquí! Todos hablan de lo de tu cara, pero yo les digo que es un milagro que hayas vuelto con vida. Dime, ¿sabes algo de mi marido?

Fat negó con la cabeza.

—Pregunté en la Asociación China, pero ni siquiera se había inscrito. Él fue de los primeros en ir a la Montaña del Oro, quizá por entonces aún no existía la costumbre de inscribirse.

—Hace dos años, un paisano de la aldea del norte volvió de la Montaña del Oro y me dijo que había visto a un hombre que se parecía mucho a él en la calle del casino. Y que llevaba a una india del brazo.

—Se confundiría de persona. ¿Cómo iba a estar el tío en la Montaña del Oro y no contactar con usted?

La señora Coeng-tai apretó los dientes y estuvo un rato callada. Cuando volvió a hablar, lo hizo con la frialdad de un cuchillo.

—Ya puede llevar del brazo a quien quiera. Es conmigo con quien contrajo matrimonio.

Al ver el mentón tembloroso de la señora Coeng-tai quiso consolarla, pero no sabía cómo. Iba a decirle que a lo mejor el tío no estaba vivo pues, aun en el caso de querer desentenderse de ella, su deber era volver al pueblo para honrar a los antepasados. Sin embargo, como no sabía si la posibilidad de que estuviera muerto era mejor que la de que tuviera a otra, optó por morderse la lengua.

La señora Coeng-tai se pasó los paquetillos por debajo de la nariz para olisquearlos y estornudó.

—¿Qué es esto que me has traído? Huele muy raro. ¿No me romperé un diente?

Fat se echó a reír.

—No se come, es jabón para la cara. Úselo por la mañana y la fragancia le durará todo el día.

La señora Coeng-tai también rio.

—Para qué querrá perfumes una vieja como yo, que no tiene quien la huela. Eso son cosas de jóvenes…

Fat se quedó parado un instante y luego dijo:

—Si le parece demasiado fuerte para usted, déselo a Luk-zi. Así, cuando ella lo use, usted también tendrá ocasión de olerlo.

Entonces la señora Coeng-tai llamó a Luk-zi.

—¡Tráenos un poco de té, anda!

Fat oyó un murmuro de asentimiento pero no vio a nadie. Después miró de reojo y distinguió a

Luk-zi
debajo del tejado saliente de la puerta trasera de la cabaña, dando de comer a los cerdos. Tenían tres: dos blancos y uno moteado; eran jóvenes y gruñían excitados, mordiéndole la ropa ansiosos por comer. Luk-zi les echó un cucharón de agua con grano, pero a los dos bocados dejaron de comer. Entonces la muchacha añadió un manojo de paja al agua, que removió con un palo. Con ese mismo palo los azotó un par de veces en el culo, lo cual los amansó de inmediato y ya no dejaron de comer. Luk-zi se había cambiado de ropa: llevaba una túnica cruzada de mangas anchas y bordes forrados como el día anterior, pero la de ese día era de un tono que a Fat le pareció el blanco inmaculado de la luz de la luna, aunque quizá se tratara de otro color, desgastado por el uso. La túnica era ancha y cubría las voluptuosidades de su cuerpo, pero por detrás, justo debajo de la cintura, dejaba intuir un prieto melocotón.

Cuando Luk-zi hubo terminado de dar de comer a los cerdos, entró en la cocina. Enseguida se oyó el sonido de un fuelle, al que siguió el olor de la leña humeando, y en un santiamén tuvo el té preparado. Luk-zi les llevó una bandeja con dos tazas, una para Coeng-tai y otra para Fat. Al tomar la suya, Fat se dio cuenta de que la infusión no era propiamente de hojas de té, sino del té de los pobres: arroz inflado con unos cuantos pétalos de osmanto flotando en el agua. En cuanto la señora Coeng-tai probó el suyo se puso a carraspear: «¿Cuánto azúcar me has echado, niña?».

Después la señora Coeng-tai, sacándose un grano de arroz inflado de entre los dientes, le dijo a
Luk-zi:
«Huy, te han salido pecas». Esta se frotó la cara con el dedo y, al verlo teñido de tinta, sonrió con la cabeza gacha.

—Es que estaba escribiendo los pareados que me ha encargado Yuen.

—¿Qué celebra? —preguntó Fat.

—Un cumpleaños —respondió
Luk-zi
—; su padre va a cumplir sesenta años.

—¿Puedo ver lo que has escrito?

Luk-zi lo condujo a la habitación trasera.

La cabaña de la señora Coeng-tai era muy vieja. En la habitación

delantera tejía y dormía, y la trasera era la cocina. En ella había dos fogones, una mesa y una enorme tinaja de terracota. El resto del espacio estaba ocupado por un montón de leña apilada, la paja de los cerdos y los ovillos. Luk-zi había estado practicando caligrafía sobre la mesa y tenía el papel extendido para que se secase. La habitación trasera disponía de una sola ventana minúscula, por lo que se hallaba en penumbra. Luk-zi encendió el quinqué con una llamita pequeña como un guisante para no malgastar aceite. Fat, entornando los ojos, reconoció con dificultad los caracteres.

El verso de la derecha decía: «Longevidad colosal como las montañas para ejercer imperecedera benevolencia», y el de la izquierda: «Prosperidad inmensa como el mar para repartir constante dicha». El título era «Prosperidad y longevidad sin límites».

Estaban escritos en papel rojo con motitas doradas y los caracteres, aunque pocos, se habían trazado con ortodoxa precisión y sus formas eran rectas. Los miró de arriba abajo varias veces y luego se volvió para observar a

Luk-zi,

que encogió el cuello, roja como un pavo. Fat se preguntaba cómo era posible que aquella muchacha, además de trabajar como un hombre, escribiera como uno, conservando al mismo tiempo una apariencia tan femenina.

—¿De dónde son estos versos? —le preguntó—, ¿del *Gran Compendio de Pareados Clásicos*? —Luk-zi negó con la cabeza—. ¿De *Pareados de los Campesinos*? —Luk-zi volvió a negar—. El señor Ding siempre sacaba los versos de esos dos libros. ¿Tú usas otro?

Luk-zi volvió a negar con la cabeza, esta vez pasándose las manos por el vestido sin saber dónde ponerlas. Finalmente, mirando al suelo, contestó:

—Yo no tengo ningún libro.

Aquello asombró a Fat.

—Entonces, ¿este pareado lo has compuesto tú?

Las mejillas de Luk-zi se encendieron en un rubor de sangre.

—Me temo que los versos no se contraponen [24] muy bien —dijo, azorada.

Fat repuso que no estaban mal, pero que si cambiaba el

«constante» por «perpetua», la correspondencia con el «imperecedera» del otro verso quizá resultaría más clara.

—Es verdad —respondió Luk-zi, gratamente sorprendida—. Queda muchísimo mejor. —Y rasgó las tiras de papel para empezar de nuevo.

A Fat le había entrado el gusanillo y le pidió que lo dejara probar. Luk-zi preparó la tinta, extendió más papel, humedeció el pincel y se lo ofreció.

Fat mojó el pincel en la tinta y se quedó pensativo durante unos instantes antes de acercarlo al papel. Entonces, de corrido, escribió los versos y el título deteniéndose a mojar el pincel en la tinta una sola vez. Dejó el pincel en el agua y lo dio por terminado.

—Joven Fat, su trazo cobra cada vez más vigor —comentó Luk-zi, recogiendo los bártulos—, ¿es que ha tenido ocasión de practicar en la Montaña del Oro?

—¿Cómo puedes reconocer mi caligrafía? —preguntó Fat, sorprendido.

Luk-zi sonrió y repuso:

—Su madre me pide que le lea las cartas que usted le escribe.

—Entonces, las cartas que he ido recibiendo todos estos años, ¿eran de tu puño y letra?

Cuando Luk-zi asintió, Fat se echó a reír.

—Con razón… Ahora lo entiendo…

—¿El qué?

—Que la caligrafía del viejo Ding hubiera mejorado de la noche a la mañana.

Luk-zi le ofreció una toalla caliente para las manos, pero Fat la rechazó.

—No, gracias, no quisiera manchar esa blancura con mis sucias manos. —Y se limpió la tinta en un trapo sucio que había encima de la mesa.

Cuando Luk-zi lo acompañó a la puerta, un sol esplendoroso brillaba sobre la tierra. Los árboles estaban altos y, si uno se fijaba, podía ver que sus brotes habían empezado a reverdecer. Los zapatos de tela añil de Fat dejaban una huella imperceptible en el fango que no levantó ningún polvo: la tierra había comenzado a desprender

una ligera humedad.

Cuando entró en casa percibió de inmediato olor a leña: los criados debían de estar prendiendo el fuego para hacer la comida. Su madre se hallaba sentada pelando guisantes en la sala principal. A pesar de estar totalmente ciega, los ojos de sus manos encontraban sin ningún problema la espina de la vaina y, con la simple presión del dedo índice, hacía saltar las semillas dentro de una cestita de bambú. La señora Mak veía también, además de con los dedos, con los oídos. Con ellos vio los bajos de la túnica de su hijo traspasar el umbral de la puerta, barrer un excremento de gallina medio seco y plantarse delante de ella.

—Madre, descanse y venga a tomar el sol un rato. Deje que Coi se ocupe de eso.

A la señora Mak, que no levantó la cabeza, se le dibujaron dos arrugas verticales en las comisuras de los labios. Desde pequeño Fat había visto aquella expresión: cuando su padre se enfadaba y pegaba a alguien, cuando fumaba opio o cuando sus hijos no habían cortado suficiente paja para los cerdos. Fat sabía que era signo de dos emociones encontradas. Una, el enfado, que le reptaba del corazón; otra, un rencor velado, que se arrastraba desde el cerebro; cuando llegaban a la boca, ambas se confrontaban en guerra abierta.

—Te han estado esperando toda la mañana.

Fat se acordó entonces de que los hermanos de su prometida iban a visitarlo aquel día.

—¡Ay, qué cabeza la mía! —exclamó, golpeándose la frente con la palma de la mano—. Esta mañana, al despertar, me había olvidado por completo.

—Después de haber caminado decenas de *li* durante toda la noche se han marchado sin querer probar bocado.

Fat acercó un banco a su madre y comenzó a ayudarla con los guisantes. Eran muy pequeños y las manos de Fat demasiado grandes. Como él no tenía ojos en los dedos, los guisantes le saltaban de las manos al romper la vaina.

El gesto de las arrugas de la boca de su madre se suavizó.

Entonces las manos de Fat se detuvieron y la señora Mak lo oyó suspirar. En realidad más que oírlo lo vio, pues a esas alturas los oídos de la señora Mak eran ya sus ojos, y con ellos vio cómo aquel

suspiro nacía en el corazón de su hijo y le subía a la frente, que frunció con preocupación, para luego caer sobre la cesta, que volcó, esparciendo guisantes por doquier.

—Ay, ay, lo siento, lo siento… —dijo Fat.

La madre se sonrió: a pesar de haber vivido tantos años en la Montaña del Oro rodeado de podridos *gwailou*, aquel hijo suyo seguía siendo un muchacho simple que no veía más allá de sus narices.

—Tampoco es que sea una tragedia. Mañana ve con
Ha-kau
a disculparte en persona y listo. Son gente razonable.

Fat entendió que su madre había malinterpretado sus disculpas, pero no la contradijo y siguió pelando guisantes mecánicamente. Después de unos instantes, comentó:

—La cuñada del tío Hung-mou tiene mucho talento para pintar. Es una pena que haya tenido que vivir tantas calamidades…

La señora Mak elevó las cejas en desaprobación.

—Sí que tiene talento, sí… pero ya me dirás de qué le sirve el talento a la hija de una familia honrada. Con o sin él, va a terminar casada. Solo a las putas finas las enseñan a leer y escribir desde pequeñas…

—Madre, en la Montaña del Oro las niñas estudian igual que los niños. A una mujer que sabe leer y escribir es más difícil engañarla, y después de casarse puede enseñar a sus hijos.

—Bah —espetó la señora Mak—, tu madre no sabe leer una palabra y nunca la han engañado. Además, tu hermano y tú bien tuvisteis quien os enseñara, ¿o no? Mi ayuda no era menester.

Fat sonrió.

—Si usted supiera escribir podría ahorrarse el dinero que paga por cada carta que me manda. Además, si quisieran engañarla, usted no sabe qué cantidad hay escrita en los cheques que le mando.

—Eso sí es verdad —respondió la señora Mak exhibiendo una sonrisa sin dientes—. En el futuro, si un día tienes una hija y quieres que estudie, mientras no cueste mucho dinero ni afecte a los asuntos de la casa, que estudie, allá tú.

No dijeron nada más.

La señora Mak alzó el cuello y por el calor que sintió sobre los

ojos supo que el sol se había elevado hasta lo más alto del cielo. La sombra de los árboles sobre las baldosas de la casa debía de ser corta. Los ojos de sus oídos captaron el paso de las hormigas a los pies de la higuera de bengala del patio. El primer mes del año lunar estaba llegando a su fin, el suelo se reblandecía y se acercaba el momento de la siembra. La boda de Fat debía celebrarse antes. Se dijo que fijaría la fecha al día siguiente.

—¡Habrase visto este niño, que me está echando las vainas dentro! —gritó la mujer al palpar la cesta.

Fat reparó en que había estado descartando los guisantes. Los recogió del suelo y les echó un cucharón de agua para lavarlos.

—Madre, ¿Luk-zi está prometida? —preguntó.

—El año pasado hubo una familia de la aldea del norte que se interesó por ella. Habían venido al pueblo a casa de un familiar y al ver sus pinturas colgadas en el salón preguntaron de quién eran. Cuando supieron que las había hecho
Luk-zi
les cayó en gracia y enviaron una casamentera para indagar el tema, pero ella no quiso. Dijo que, aunque sus padres vivían, se habían negado a acogerla tras la muerte de su hermana y que por tanto era huérfana. Como nadie gobernaba sobre ella, ella misma tomó la decisión. Ay… No está bien que una mujer exhiba de esa manera pinturas y dibujos, no es decoroso.

—Pero ¿por qué no aceptó?

—Dijo que el novio no sabía leer ni escribir.

Fat dejó caer la cesta de golpe y los guisantes se esparcieron por el suelo.

—¡Madre, déjeme elegir, por favor! ¡Yo quiero casarme con
Luk-zi!

La señora Mak sintió como si el sol que colgaba por encima de ella se hubiera desplomado sobre la tierra y hubiera estallado en mil chispas que le quemaban los oídos; le retumbaron en la cabeza un buen rato hasta que se disiparon y oyó el sonido de su propia voz, ahora un débil hilo:

—¿Qué dices, desvariado? ¿Olvidas que ya estás prometido con otra?

—No, madre, no lo olvido. Pero a esa otra no la conozco y a
Luk-zi

sí. Usted sabe de su cualidad moral y a mí me gusta. Madre, el tesoro que
Hung-mou
dejó en la Montaña del Oro me salvó la vida. Luk-zi es la única que queda de su familia, tomarla por esposa sería un modo de saldar mi deuda con él por su bondad.

—¿Acaso has perdido la cordura?
Hung-mou
era tu tío segundo, como cuñada suya
Luk-zi
pertenece a una generación por encima de la tuya.

—Ya he pensado en eso. Pero
Luk-zi
no es pariente de sangre mía. Además, la señora Coeng-tai la trata de hija. Si la reconoce como tal, en calidad de hija suya,
Luk-zi
pertenece a mi misma generación.

—¿Y la otra parte? Les hemos mandado tres burros cargados de regalos, la boda está más que convenida. Esa muchacha no ha hecho nada malo, ¿qué vas a alegar para cancelar la boda?

—Somos nosotros los que faltamos a nuestra palabra y por lo tanto somos nosotros los que debemos pagar. Además de no reclamar los regalos, naturalmente, deberíamos darles una compensación. Creo que añadiendo doscientos dólares podemos dar el asunto por saldado. Con ese dinero los pretendientes harán cola a su puerta.

—¿Y cómo queda tu madre? Después de prometerte yo ante los antepasados, ahora quieres desdecirte de esta manera sin motivo alguno. ¿Con qué cara he de atreverme yo a salir a la calle?

—Madre, desde que me fui a la Montaña del Oro con dieciséis años he pasado mil peligros. De no ser por usted, de buen grado habría vuelto al pueblo aunque fuera a mendigar. Esta vez no me quedaré más que unos meses, a lo sumo un año, y luego me marcharé de nuevo. No me amilana el trabajo duro, pero quiero poder casarme con la mujer que yo elija, una mujer que me haga feliz y que a mi marcha cuide bien de usted. Usted no conoce a aquella muchacha, pero el pueblo entero sabe de las bondades de
Luk-zi.

No cose tan bien como usted, pero tiene su maña; en el futuro podrá ayudarla. Concédame este deseo.

—En su día sus padres la incluyeron en la dote de su hermana porque tenían miedo de no poder casarla a causa de su sexto dedo. ¿Tú te atreves a tomar una mujer marcada por el destino de esa manera?

—Sus padres eran gente inculta. El honorable Huang, prefecto de nuestra provincia, tenía también seis dedos en una mano y bien que gobernó sobre una provincia entera de súbditos de cinco dedos. ¿Quién se atreve a decir que esa marca no sea un buen augurio? ¿Acaso no es ella la que escribe los pareados nupciales y de Año Nuevo de todo el pueblo? Aún no he oído de nadie que haya caído en desgracia por contagiársele su mala suerte.

La mano con la que la señora Mak rompía las vainas empezó a temblar y entre sus dedos comenzó a resbalarle un jugo verde como un bicho que reptara por su piel reseca.

—La boda no se puede cancelar; no estoy dispuesta a pasar ese mal trago. Si quieres tomar a
Luk-zi
como concubina, conforme. Mañana ve con
Ha-kau
a preguntarle al padre de tu prometida si acepta que después de casarte con su hija tomes a la otra.

La señora Mak se levantó y, antes de que Fat tuviera tiempo de añadir algo más, se fue a la cocina con paso decidido sin coger el bastón.

—Primero de todo, aunque no vaya a ser más que concubina, habrá que ver qué dice el astrólogo de sus ocho caracteres natales —la oyó decir—. Después de tantos años de bonanza, no puede ser que la familia caiga en desgracia por el mal fario de una mujer.

La señora Coeng-tai acompañó a la puerta a la visita y volvió a la habitación trasera de la cabaña. Luk-zi estaba arreglando un vestido de seda brocada que había sido de su hermana. Estaba casi nuevo porque había pasado años en el fondo de un baúl. El único problema era que, cuando
Luk-zi
se acordó de él, ya había sido pasto de las polillas, pero por suerte solo habían dañado la parte interior de las axilas, así que bastaría

con remendarla un poco. El vestido era de color azul zafiro con flores añiles bordadas. A pesar de lo anticuado del color, el corte era moderno, con las mangas anchas y el cuello recto y alto, un poco al estilo de los *qipao* que se vestían en el norte. Era de la talla de
Luk-zi.

Cuando la señora Coeng-tai entró, la muchacha ya había terminado de remendarlo y estaba arreglando las mangas. Cosía con los dedos índice y pulgar, pero el apéndice que salía de este último, aquel sexto dedo, también se movía, como queriendo ayudar en silencio, con movimientos involuntarios que en realidad no hacían más que entorpecer su tarea. Luk-zi podía controlar todos y cada uno de los dedos de pies y manos, con la única excepción de su medio dedo adicional. Aquel apéndice parecía ser de otra persona y crecía en su cuerpo sin nada que ver con ella, interponiéndose obstinadamente en todo lo que hacía.

Luk-zi pensaba que quizá su vida debería haber sido otra, pero que aquel sexto dedo de procedencia inexplicable lo había cambiado todo, había alterado su destino conduciéndola a la situación en la que se encontraba. No sabía si la suya era una situación buena o mala porque no conocía otra y por tanto no tenía con qué compararla, pero aun así, en silencio, se preguntaba si habría tenido otro destino sin aquel medio dedo adicional, si habría podido llevar una vida diferente de la que conocía.

La señora Coeng-tai se sentó a la mesa al lado de
Luk-zi
y dejó un paquete. Estaba envuelto en grueso papel amarillo y tenía pegada una tira de papel rojo. A pesar de estar cerrado, por las manchas de aceite del papel se adivinaba que era de la pastelería.

—Pastelillos de nuez. Los ha traído la casamentera. ¿No quieres?

Negando con la cabeza,
Luk-zi
dijo que ya había comido y no tenía hambre, lo cual era verdad solo a medias: tenía el estómago lleno porque acababa de tomarse un tazón de gachas de arroz con boniato, pero lo cierto era que sí le apetecían. Desde la muerte de su hermana no había probado un dulce. De hecho, ni siquiera los había visto. La imagen de las manchas aceitosas de aquel paquete evocaba formas, sabores,

colores y texturas que le hicieron la boca agua.

La señora Coeng-tai acarició el vestido sobre la mesa.

—Ah —suspiró—, la verdad que no hay brocado como el de Gam San Yuen; ninguna otra sedería le hace sombra. Tu hermana tenía buen ojo para elegir telas. Huy, ¿y estas mangas tan cortas? ¡Si van a llegarte por el codo!

Luk-zi cogió el vestido y se lo probó por encima a la señora Coeng-tai.

—No son cortas, quedan perfectas.

La señora Coeng-tai entendió así que estaba remendándolo para ella.

—Anda —dijo, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—, un vestido así para una vieja como yo…

A pesar de sus palabras, sonreía. Luk-zi sabía que a la señora Coeng-tai le gustaba aquel vestido. El suyo se lo había quemado con las chispas del fuego unos días atrás, cuando preparaba el pienso de los cerdos, y, de haberlo remendado tantas veces, ya no tenía arreglo.

—¿Has oído lo que ha dicho la casamentera? —preguntó la señora Coeng-tai, cortando hilo.

Luk-zi permaneció muda, sin mover siquiera la cabeza.

—Es una buena familia. A él lo conoces, habéis hablado. Buen carácter y buena presencia. Lo único es la cicatriz que tiene en la cara, eso sí, que es muy evidente. Tú ya has tenido ocasión de vérsela. No como yo, que no pude echarle un vistazo al mío hasta el mismo día de la boda. Fue entrar en la cámara nupcial, quitarme el velo y toparme con aquella cara picada de viruela…

Luk-zi seguía muda. En toda la habitación solo se oía el sonido de la aguja entrando y saliendo de la tela como el vuelo de una mosca minúscula.

—Después de todos estos años viviendo juntas, aunque no te haya parido, para mí eres como una hija. Déjame que esta vez elija yo por tu bien. Con los hombres que van a la Montaña del Oro es diferente: la mayoría de concubinas se marchan con ellos y no tienen que permanecer en el pueblo encerradas en casa aguantando el desdén de la esposa. En muchas familias de todos los pueblos pasa lo mismo. La mujer se quedará administrando la casa, mientras que tú te irás con él a ver mundo.

»A finales del primer mes lunar vendrá la primera a casarse y luego, pasado un par de meses, te tomará a ti. Permanecerá en el pueblo hasta que las dos estéis preñadas, así se asegura dos vástagos.

Luk-zi dejó de coser, sus manos petrificadas como una flor de cemento a excepción del sexto dedo, que seguía temblando como una libélula asustada.

—Ya tienen preparadas las ofrendas nupciales y son muy generosas. No sé si temen agraviarte, pero son casi iguales que las que le dieron a la primera. Yo creo que a él le gustas de verdad y que, de no haber estado prometido de antemano, quizá te habría querido de primera esposa. Ay, pero qué más dará primera que segunda… eso no es más que un nombre. A él le gustas, y será a ti a la que favorezca. Es como los emperadores, que teniendo emperatriz es a las concubinas a las que miman.

Luk-zi dejó la costura, se levantó y se dirigió a la cocinilla. Con el fuego sin encender, aquel rincón quedaba sumido en la penumbra, que la cubría como un velo negro de la cabeza a los pies. Aunque resultaba invisible, se la oía rebuscar algo.

—Tía Coeng-tai, no quiero ir. —Su voz voló débilmente desde debajo de aquel velo de oscuridad.

—¿Por qué? Te llevas bien con la señora Mak. Y Fat es más que amable contigo. ¿Es por la cicatriz?

Luk-zi no dijo nada. El silencio se estaba haciendo tan ostensible como un grumo de tinta sin desleír. Pasó un buen rato hasta que una voz temblorosa brotó de él:

—Es… es una familia buena…

—¿Entonces, niña? ¿Por qué no aceptas? —bufó la otra.

—Tía Coeng-tai, no… no quiero ser concubina.

Suspirando frustrada, la señora Coeng-tai le dijo:

—Luk-zi, pronto cumplirás los dieciocho. Las mujeres de tu edad ya son fruta madura en el árbol. Si no te casas pronto, acabarás hecha una solterona. El año pasado te querían de primera esposa y aun así te negaste. Aquella vez acaté tu decisión sin rechistar porque aquel hombre no era compatible contigo. Pero este Fat es ideal para ti, aunque el destino haya dispuesto que te quiera de concubina. Tienes que aceptarlo, ¿o acaso quieres hacerte vieja aquí conmigo?

Luk-zi surgió de la penumbra con la espalda algo encorvada, como si cargase un costal de paja.

—Tía —dijo, jadeante—, no voy a ser la concubina de nadie.

La paciencia de la señora Coeng-tai se había ido agotando y la mujer estaba a punto de estallar.

—Luk-zi, en esto te equivocas. ¿Dónde vas a encontrar una familia que haga la vista gorda ante ese sexto dedo tuyo? ¡No hay mujer que no prefiera ser primera esposa, pero tú no tienes ese destino! Ya puedes agradecer a Buda que haya quien te quiera de segunda.

Luk-zi se sacó un objeto pesado de detrás de la cadera. Lo asía en la mano con tanta fuerza que parecía que quisiera exprimirlo. Aquel objeto le dio coraje y replicó con dureza:

—¡Tía Coeng-tai, no haré de concubina!

La señora Coeng-tai, que estaba recogiendo la costura de espaldas a
Luk-zi,
también habló con aspereza:

—Ya no está en tu mano. Me he comprometido con la casamentera. La fecha es el veinticinco del primer mes, así lo ha dispuesto la otra parte.

Esta vez Luk-zi no dijo nada. Al poco, la señora Coeng-tai oyó un golpe seco. Cuando se dio la vuelta vio que
Luk-zi
yacía en el suelo.

Un líquido le manaba de las manos y le había dejado la chaqueta salpicada de húmedas flores granate. En un primer momento la señora Coeng-tai creyó que a
Luk-zi
se le había derramado el bermellón que usaba para sellar con su firma las caligrafías, pero después se dio cuenta de que era sangre.

El sexto dedo de Luk-zi estaba en el suelo, rígido y atrofiado como un gusano muerto sobre el rojo de una peonía.

Se lo había rebanado de cuajo con el cuchillo de segar la paja de los cerdos.

Después de cortarse el dedo,
Luk-zi
pasó tres días inconsciente sin probar siquiera una gota de agua. El

médico herbolario del pueblo fue a visitarla. Dijo que el filo del cuchillo debía de estar infectado y que no había esperanzas para ella, pues el veneno había alcanzado el corazón.

Cuando la noticia llegó a oídos de la familia Fong, Fat se encontraba en casa practicando la caligrafía. Estaba escribiendo unos versos del poema «Rota la formación» de Xin Jiaxuan [25]. Sus trazos, en estilo cursivo, eran tan ágiles como el viento formando remolinos. Al oír la voz de la casamentera hablando con su madre detuvo el pincel y una gruesa gota de tinta se derramó sobre el papel de arroz.

Cuando salió de la habitación, la casamentera ya se había marchado. En el patio una gallina acababa de poner un huevo y cacareaba pidiéndole maíz a la señora Mak. Fat le tiró con odio una piedra y la gallina saltó despavorida y se metió en su corralillo dejando tras de sí un rastro de plumas.

—Ya está el arroz, hijo —dijo la señora Mak, quitándose una pluma de la cara—. ¿Quieres que Coi te sirva un cuenco?

Fat no contestó. A pesar de su ceguera, la señora Mak pudo percibir los nubarrones que ensombrecían su rostro y amenazaban con descargar de un momento a otro; se le estaba haciendo un nudo en el estómago que apretaba más y más conforme el silencio de su hijo se prolongaba y buscó una frase hábil que decir, pero no tuvo fuerzas para encontrarla. Un instante después oyó su propia voz, como un gusanillo que hubiera hecho mella en su corazón de piedra.

—Dentro de un rato manda a Coi a casa de la señora Coeng-tai. Que le diga que pagaremos tres días de duelo por
Luk-zi,
para liberar su alma [26].

Sus palabras, al igual que una piedra que cae en un pozo profundo y demora en hacer ondas, tardaron en hacer reaccionar a Fat.

—Madre, Luk-zi no ha muerto todavía —dijo.

—Solo hago planes en vista de lo que el médico ha dicho que pasará.

Fat calló. La señora Mak oyó ruido de pasos detrás de ella y aguzó el oído para ver qué era, pero se sorprendió al no percibir nada. Esta vez sí se había quedado ciega para siempre. Jamás

volvería a ver el corazón de su hijo.

—Madre, voy a preguntar cuándo sale el próximo barco.

Comprendió así que Fat había estado vistiéndose, que iba a salir a preparar su vuelta a la Montaña del Oro. En ese momento cayó en la cuenta de lo estúpido de su comportamiento. Cada ladrillo y cada teja de la casa de los Fong, cada terreno y cada bestia a su nombre, cada grano de arroz del plato de familia y sirvientes provenían del dinero que él ganaba.

Había creído que podía gobernar a su hijo, cuando en realidad era su hijo quien gobernaba la familia entera. Ella podía intentar imponerse a él, pero él controlaba el destino de cada una de las personas bajo aquel techo. Si conservaba el favor de su hijo, la familia tendría un futuro pero, si lo perdía, sacrificaba su seguridad. El pánico se apoderó de ella y de sus ojos brotaron lágrimas amarillentas.

La señora Mak comenzó entonces a pensar en las virtudes de Luk-zi, en lo industriosa que era, en su determinación. Una casa grande como aquella no podían llevarla entre ella, ciega, y la incapaz de su cuñada. En ausencia de Fat, el peso de la casa necesitaba de unos hombros resistentes como los de Luk-zi.

No había accedido a que su hijo la tomara como esposa legítima por no desdecirse, por salvaguardar el honor. Pero el honor no es más que una parte de la vida. Si bien es posible una vida sin honor, no lo es en cambio el honor sin vida.

Además, Luk-zi ya no tenía seis dedos. Al perder aquel pequeño apéndice se había librado de su aciago destino. Lo había truncado a golpe de cuchillo.

La señora Mak era consciente de que su hijo sostenía mucho más peso que las vigas y las columnas de la casa; sabía que si lo dejaba cruzar la puerta en ese instante se vendría abajo.

—Fat, manda a Coi a la casamentera, que le diga a la señora Coeng-tai que si Luk-zi sale con vida de esta, anularemos la boda con la otra y la tomarás por esposa. Quién sabe, a lo mejor al oír la noticia revive.

La señora Mak oyó los pasos dubitativos de su hijo.

—Deja, olvídate de Coi. Vamos juntos a buscar a la casamentera.

Madre e hijo salieron de casa rápidos como el viento, Fat apenas le seguía el paso a su madre.

La casamentera entró en casa de la señora Coeng-tai, mientras la señora Mak y Fat permanecían a la puerta, esperando.

La señora Mak tenía un pañuelo en la mano. Aunque era nuevo estaba acartonado de limpiarse al beber leche de arroz; sin embargo ahora, de tanto apretarlo, estaba sacándole líquido. La señora Mak oía los pies de Fat recorriendo el suelo de cemento frente a la casa de la señora Coeng-tai: sonaban como un rastrillo que le arrancara pedazos de corazón. Ambos estaban nerviosos, y ambos por el mismo motivo, aunque en el caso de la señora Mak se sumaban otros asuntos.

La casamentera estuvo mucho tiempo dentro. Cuando por fin salió, lo hizo con semblante abatido y habló con una torpeza poco habitual en ella.

—No ha movido un músculo al oírlo.

—¿Has dejado que se lo contara la señora Coeng-tai o has hablado tú con ella? —preguntó la señora Mak.

—Con ella directamente, claro. Enfrente mismo de su cara. Me temo que esta vez no voy a ganarme mis honorarios porque no habrá boda. El médico dice que no pasará de esta noche.

Durante el camino de regreso, la señora Mak no conseguía alcanzar a su hijo. Sentía como si el cielo se le hubiera derrumbado sobre la cabeza. Arrastrando sus minúsculos pies de loto, la señora Mak oía el lúgubre crujido del bastón bajo el peso de su cuerpo.

—¡Fat! —gritó, jadeante—. ¡Ya sé… que no puedo retenerte, pero… al menos… quédate hasta el entierro!

En mitad de la noche, la señora Coeng-tai se levantó para ir al patio trasero a hacer sus necesidades. En ello estaba cuando oyó un ruido extraño, parecido al sonido del viento colándose por las rendijas de las ventanas. También le recordaba al del barro que absorbe una lluvia fina. Miró hacia la plumería del patio, pero sus ramas no se movían. Tocó el tronco y lo notó seco. Aquella noche no había lluvia ni viento. Se subió los pantalones y fue siguiendo aquel murmullo hasta que dio con la cama de

Luk-zi.

—G… gachas… ga… chas… —imploraba con voz entrecortada.

Condado de Hoiping, provincia de Cantón, China
Año 2004

A la mañana siguiente, el timbre del teléfono despertó a Amy, que se incorporó en la cama sin saber dónde estaba. Entreabrió los ojos y solo vio unas motas blancas flotando en la pared. En un primer momento no supo distinguir si eran flores o mariposas, pero al cabo de unos instantes las reconoció como el reflejo del sol filtrándose a través de las cortinas.

Le dolía terriblemente la cabeza. El teléfono seguía sonando con insistencia, y a cada timbrazo era como si le cayera encima una legión de hachas, martillos, cuchillos, clavos y alfileres que le resquebrajaban el cráneo haciéndole sentir las chispas de cada impacto.

—¿La despierto?

Era la voz de un hombre que no reconoció.

—Soy Au-joeng Wan-on, de la Oficina de Asuntos de Chinos de Ultramar —dijo el hombre.

Entonces empezó a venirle a la memoria lo acontecido la noche anterior.

—Creo que ayer bebí más de la cuenta…

—Decir que bebió más de la cuenta es un eufemismo. La expresión adecuada es que se puso como una cuba.

Amy bajó de la cama de un salto.

—Pero ¡eso es imposible!, yo no bebo con desconocidos.

—Bueno, quizá anoche usted no me viera como tal.

—Eso sí es posible. Pero, dígame, ¿qué pruebas tiene de que me emborraché?

—Cantó usted una canción. En inglés. De hecho, no dejaba de cantarla.

Amy protestó argumentando que aquello no era posible, que ella nunca cantaba, máxime en público, a lo que el señor Au-joeng replicó diciendo que lo bueno del alcohol es que hace aflorar la verdadera personalidad de la gente.

—Cantó *Moonlight On The Colorado*. Tiene que enseñarme la letra.

Amy enmudeció. Solía cantar aquella canción en sus años de

estudiante en Berkeley. No tenía la mente centrada en los estudios y se dejaba arrastrar por sus compañeros a manifestarse en la plaza del ayuntamiento. Se manifestaban por los motivos más diversos, a veces a favor y a veces en contra. Se oponían a la guerra, estaban en contra de la discriminación, protestaban por la explotación, reivindicaban los derechos de las mujeres, estaban a favor de la objeción de conciencia de los soldados, apoyaban a los homosexuales… En ocasiones se pasaba el día sentada en la plaza sin recordar el motivo que la había llevado allí. Algunos de sus compañeros tocaban la guitarra para matar el tiempo; *Moonlight On The Colorado* era la canción que cantaban más a menudo.

Habían pasado tantos años… ¿cómo era posible que con solo destapar una botella de alcohol hubieran vuelto a ella recuerdos que mantenía tan bien guardados?

—Canté fatal, ¿no? Desde pequeña mi madre siempre se ha quejado de lo mucho que desafino.

—Depende de cuál sea su baremo. Comparada conmigo, tiene usted la voz de un ángel.

—¿Qué más hice para ponerme en ridículo? Dígamelo de una vez, no me tenga en ascuas.

—Creo que será mejor que se lo cuente de forma fragmentada; no quisiera causarle ningún trauma.

Amy se echó a reír a carcajadas y pensó que, a pesar de su pinta de soso, aquel hombre tenía unas ocurrencias geniales.

—¿Usted también se emborrachó anoche?

—Tuve la tentación, pero no seguí sus pasos porque hoy debía encargarme de varios asuntos importantes.

—¿Qué asuntos? No me diga que esta noche tendré que beber de nuevo con los dirigentes…

—Ese es solo uno, pero hay más; por ejemplo, inventariar los muebles de la casa, o asegurarme de que firme el acuerdo de fideicomiso. Pero lo más urgente era llamarla para que se vista y baje a desayunar conmigo. El desayuno termina en media hora.

—Diez minutos, deme diez minutos.

Amy entró a toda prisa en el baño y en un instante se había duchado. No había plancha para el pelo ni secador. Abrió el bolso y rebuscó un rato pero no encontró el frasco de calmantes que necesitaba. Sacó de la maleta la camiseta menos arrugada y unos

vaqueros; se vistió, se recogió el pelo con una goma que llevaba en la muñeca y bajó volando. Distinguió al señor Au-joeng sentado en un sofá del vestíbulo con los ojos entornados en una plácida sonrisa.

Lo saludó con la mano, pero no respondió. Cuando estuvo más cerca reparó en que estaba dormido. Amy nunca había visto a nadie dormir con aquel aspecto inocentón, así que no pudo resistir la tentación de sacar la cámara del bolso y hacerle una foto. El *flash* despertó al señor Au-joeng, que se limpió la baba de la comisura de los labios con la mano y, con la cabeza ladeada, dijo:

—Ayer tenía usted el aspecto de una profesora y hoy parece una estudiante. La prefiero de estudiante.

Amy también ladeó la cabeza para mirar al señor Au-joeng.

—Pues a usted se le pone cara de bebé cuando duerme —replicó—, pero en cuanto se despierta vuelve a ser el mismo viejo de antes. Me gusta mucho más dormido…

El señor Au-joeng se llevó el dedo índice a los labios.

—Chis, no diga usted esas cosas en público, podrían malinterpretarla.

Se echaron a reír.

Amy le preguntó por qué tenía tanto sueño de buena mañana y este replicó que lo que para algunos es temprano para otros es casi la hora de comer, que él ya llevaba dos horas trabajando.

—Es inútil —dijo, levantando el brazo para mirar el reloj—, no llegaremos a tiempo al desayuno del hotel. Será mejor que nos pongamos en marcha, ya mandaremos al chófer a comprar leche de soja y pastelillos de arroz.

Cuando se metieron en el coche, Amy le preguntó si sabía el nombre de su bisabuela. El señor Au-joeng contestó que era Gwan
Suk-jin,
pero que muy pocos lo conocían. Entonces Amy abrió la boca como si hubiese caído en la cuenta de algo y explicó:

—Mi bisabuelo se llamaba
Dak-fat,
mi bisabuela se llamaba
Suk-jin
y la casa fortaleza se llama residencia
Dak-Jin,
tomando un carácter de cada uno de sus nombres.

—Hoy en día es habitual bautizar una casa usando el nombre de una mujer, pero en un pueblo cantonés de 1913 se trataba de un hecho insólito. En la época, solo la familia conocía el verdadero nombre de soltera de una mujer. Llegada la edad de prometerla en matrimonio, lo escribían en un papel y lo introducían en un sobre rojo, que sellaban y entregaban en una bandeja dorada a la familia del novio junto con su carta natal de los ocho caracteres. Por eso, en chino, cuando se habla de pedir la mano de una mujer aún se usa la expresión «preguntar el nombre».

—¿Era guapa mi bisabuela? —inquirió Amy, recordando el par de ojos que había visto el día anterior en el espejo del armario de la casa.

—Puede usted comprobarlo por sí misma; en la residencia
Dak-Jin
debe de quedar alguna foto suya —respondió el señor Au-joeng.

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Del vigésimo al vigesimoprimer año del reinado de Guangxu
(1894-1895)

La boda se celebró a finales del primer mes lunar del vigésimo año de reinado del emperador Guangxu[27]. Aun transcurridos muchos años, los ancianos de Zimin seguirían recordando aquel evento a pesar de que por entonces eran niños de muy corta edad.

El banquete duró desde que el sol lucía sobre los árboles hasta bien entrada la madrugada. Especialmente contratados para la ocasión, un cocinero y cinco ayudantes del famoso restaurante Tin Jat Tin de Cantón se turnaban para sacar sin descanso un plato tras otro. A lo largo de la velada, cuando algún niño comenzaba a alborotar la madre lo golpeaba en la cabeza con los palillos y lo regañaba: «Estate quieto, por favor. ¿No ves que hoy es la boda del tío Fat? Anda, ve y termínate el plato en casa». Comprendiendo lo que la madre realmente quería decir, el niño obedecía y llenaba un bol con un poco de cada plato, que se llevaba a casa. Por supuesto,

no se lo comía: lo dejaba allí, daba la vuelta al pueblo rodeando el barrizal del río y ocupaba su silla de nuevo con toda discreción hasta que la madre le volvía a clavar los palillos en el cogote y una vez más lo mandaba a terminarse el plato en casa. En todo Zimin no hubo una sola chimenea de la que saliera humo hasta varios días después de la boda.

A medida que el banquete se prolongaba, también crecía la inquietud de la novia dentro de la casa [28].

La señora Coeng-tai había despertado a
Luk-zi
de madrugada.

—Ya está aquí la ayuda.

Luk-zi, aún adormilada, pasó por incontables manos que la bañaron, le limpiaron el cutis, la vistieron y la maquillaron. Durante casi seis horas un puñado de mujeres se ocupó de sus manos, cara, cuerpo y pies hasta dejarla lista. Aún no se hallaba totalmente recuperada, pero su aspecto demacrado quedaba oculto por el maquillaje. Cuando le pusieron un espejo en las manos descubrió a una desconocida con ojos de almendra y mejillas sonrosadas de una piel tan suave como el melocotón. Solo cuando le sonrió y vio que la muchacha sonreía a su vez con las perlas y jades que le adornaban el pelo vibrando suavemente reparó en que era ella misma.

El palanquín nupcial entró en casa de los Fong a mediodía. En realidad, el camino se limitaba a unos cuantos pasos. Desde detrás del velo,
Luk-zi
pudo percibir lo que ocurría al otro lado: reconoció las voces de quienes cargaban con ella; por el sonido de sus zapatos de tela al pisar la tierra, adivinó el camino por el que la llevaban; supo de qué casa era cada uno de los perros que ladraron a su paso; notó el peso del sol sobre el techo del palanquín; percibió el olor de las cortinas recalentadas por el sol, e incluso pudo distinguir que uno de los músicos de la banda que la recibía desafinaba. No había esperado que su paso de niña a mujer fuera tan simple, tan familiar.

Era el primer mes del año lunar y fuera aún hacía fresco, pero ya no se trataba de aquel frío férreo que paraliza. Tenía la frente y las palmas de las manos empapadas de sudor. Fue a secárselo con el

pañuelo de seda rojo que llevaba atado en la cintura, pero se detuvo. Le daba lástima usarlo. Formaba parte de los regalos que la casamentera le había dado en nombre de Fat el día que le llevó la propuesta matrimonial. Junto a él también había recibido de parte de Fat dos brazaletes, uno de oro y otro de plata; una falda de gasa con bordado de flores, cuatro piezas grandes de satén y dos zapatos de tela bordados.

Todo había sido comprado en Cantón. «Los regalos de la Montaña del Oro se los regaló a aquella —iba divulgando la casamentera—; toditos se fueron para aquella casa». Lo decía a petición expresa de Fat, pero sin comprender lo implícito en aquellas palabras. Luk-zi, en cambio, sí lo entendía. La intención de Fat era dejar el pasado en el olvido y encarar el futuro con una mirada limpia. Por eso

Luk-zi

no decía nada cuando la señora Coeng-tai se quejaba de que los regalos de los Fong eran pocos y se limitaba a sonreír para sí.

Fat había recibido de ella una figurilla de pasta de harina que representaba un bebé entre flores de loto[29]; diez granadas, también de pasta de harina, como símbolo de fecundidad; un par de zapatos de tela y diez sacos de sal. La señora Coeng-tai se había encargado de prepararlo todo a excepción de los zapatos. Luk-zi se había empeñado en coserlos ella misma desde la suela hasta el empeine, ni siquiera había permitido que la señora Coeng-tai preguntara el número que calzaba Fat, pues ya lo sabía. Se había fijado aquel día que habían estado practicando caligrafía.

La suela de los zapatos era de doble capa: una de punto de cadeneta y otra de punto de cruz. Ninguna otra mujer en el pueblo, a excepción de la señora Mak cuando aún tenía la vista joven, sabía coser así. El empeine llevaba bordadas dos nubes azules, una oscura y otra clara, la segunda asomando detrás de la primera. Había tardado tres noches enteras en coser aquellos zapatos. Al tercer día, cuando el gallo empezó a cantar, la casamentera ya estaba en la puerta. Cuando la señora Coeng-tai los envolvió en papel rojo y se los entregó junto con la propuesta de matrimonio firmada,

Luk-zi

sintió que entregaba con ellos un pedazo de su corazón, tal era el empeño que había puesto en aquel par de zapatos.

Los petardos la acompañaron todo el camino desde que salieron de casa hasta que llegaron a la puerta de los Fong. En cuanto los porteadores inclinaron el palanquín supo que había llegado el momento de subir las escaleras del portal. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Al llegar al quinto escalón recordó los pareados de Año Nuevo del marco de la puerta. Los había caligrafiado ella misma por encargo de la señora Mak. Ninguna de las dos habría podido imaginar en aquel momento que los versos acabarían siendo en su honor.

El destino. Ah, el destino.

Sintió que le sobrevenía un hondo suspiro.

Entonces el palanquín se detuvo y oyó un abanico de bambú golpeando la tela: era la señal para que bajara.

Sabía quién llamaba al otro lado y en el vigor de sus toques podía percibir su entusiasmo.

El calor tras el grueso velo era tan intenso como el de un horno y las gotas de sudor casi hervían en su cara. La cortina se abrió y le pusieron un objeto en las manos. Al tocarlo supo que era la llave de la casa.

«Mano firme —pensó—, que por nada del mundo se te caiga».

Apretó los dientes y aprisionó la llave con tanta fuerza que se le marcó en la palma. Sabía que lo que aferraba no era una simple llave, era su destino. El suyo y el del resto de la familia Fong pues, desde aquel día, su destino no le pertenecía solo a ella, sino que lo compartía con el de todos los miembros de la familia Fong, tan intrincadamente entrelazados con el suyo que resultaría imposible discernir dónde acababa el de uno y dónde empezaba el del otro. Al pensar aquello la mano empezó a temblarle y sintió una mezcla de ansiedad y de regocijo. La ansiedad se debía a la pérdida de la individualidad de su persona: desde aquel día ya no volvería a ser una persona completa. El regocijo era porque, a pesar de lo que perdía al asumir sus nuevas responsabilidades, ganaba cosas de las que hasta entonces había carecido, como el afecto, el apoyo, el saberse acompañada.

Cuando bajó del palanquín le dieron a empuñar un extremo de un bastón. Agarrada a él, traspasó el umbral del hogar de los Fong. Lo único que alcanzaba a ver eran las flores escarlata del ribete de su falda flotando sobre el mar gris oscuro de las baldosas. Sin

embargo, su ánimo se mantuvo sereno. Sabía de quién era la mano al otro extremo del bastón, sabía que no iba a hacerla caer.

Después de postrarse ante cielo, tierra y antepasados como manda la tradición, entraron en la alcoba nupcial y fuera dio por fin comienzo el banquete. Oyó una voz masculina que decía: «Coi, tráele un tazón de sopa de semillas de loto, estará hambrienta». Entonces los pasos del hombre se alejaron en dirección a la puerta. Luk-zi se preguntaba si llevaría los zapatos que ella le había cosido. Coi le llevó la sopa y dijo: «Para la joven señora». Pasó un instante antes de que se percatara de que era a ella a la que trataban de señora. La sirvienta dejó el tazón en una mesilla y se fue, cerrando la puerta detrás de sí y dejándola sola en la cámara nupcial. El jaleo del festejo en el exterior le llegaba a ráfagas como el agua del mar en un día de tifón, pero sus oídos lo trascendían y solo reparaban en un tenue murmullo, el de la sopa, que aún humeaba a su lado. Ese sonido le despertó el apetito, que empezó a devorarla por dentro. Sus tripas sonaron con fuerza. No había comido ni bebido desde que se levantó por la mañana. Sabía que tenía al lado aquel tazón de sopa de semillas de loto, pues percibía el aroma del osmanto que la perfumaba; podía cogerlo con solo estirar el brazo. Sin embargo, no podía permitirse beber nada: el día de la boda la novia no puede abandonar la alcoba nupcial hasta que se haya ido el último invitado del banquete, ni siquiera para ir al baño. Debía esperar, muerta de hambre.

Se moría de ganas de orinar. Al principio había sido un cosquilleo mudo apenas perceptible, pero después se hizo más evidente, apremiante y tozudo, convertido en pinchazos que le recorrían la parte baja del vientre en busca de una salida.

Sentía el cuerpo hinchado como una bota, como si el más mínimo movimiento fuera a hacerla explotar. Por eso permaneció sentada sin mover un músculo. Decidió incluso respirar más lentamente, aunando inspiraciones y expiraciones.

Pero su cuerpo se negó a colaborar. Los orificios de la nariz, húmedos de sudor, comenzaron a hacerle cosquillas.

«Aguanta. Aguanta. Por lo que más quieras».

Antes siquiera de terminar aquel pensamiento dio un gran estornudo que la hizo estremecer de pies a cabeza. Un reguero cálido le corrió muslos abajo y se le dibujó un hilo oscuro en la

falda.

Se levantó de golpe, se abrió la falda y, arrodillada a los pies de la cama, acabó de orinar, formando un charquito oscuro en el suelo. Por nada del mundo podía ensuciar la colcha.

Se abrió el velo de golpe y echó el madero de la puerta. Sobre el escritorio había una pila de papel de arroz; cogió un puñado y se arrodilló para secar el suelo. Tiró el papel debajo de la cama. Por suerte, la falda apenas se había manchado y se secaría con el calor del cuerpo. Cogió el tazón de sopa y se lo bebió sin dejar gota. Aunque no le llenó el estómago, sirvió para darle fuerzas. Desatrancó la puerta, volvió a colocarse el velo y se sentó en la cama en perfecta posición vertical. Antes de que los latidos en el pecho se normalizaran, le entró un sueño fulminante que la derribó al instante sobre el lecho.

Más tarde, la despertó una cálida sensación. Abrió los ojos y se encontró con dos brillantes faroles encendidos frente a ella que le iluminaban el cuerpo entero y traspasaban cada fibra y miembro de su ser.

Eran los ojos de Fat.

—Jin —le habló—, no ha quedado casi nada para ti de todo lo que traje de la Montaña del Oro.

Se había dirigido a ella usando la forma abreviada de
Suk-jin,
su verdadero nombre. Solamente los miembros de la familia en la que nació lo conocían. Aparte de ellos, nadie la había llamado de otro modo que por su mote de infancia,
Luk-zi,
«Seis Dedos», hasta el día en que la casamentera caligrafió su nombre, lo cerró en un sobre rojo y se lo entregó a Fat, convirtiéndolo así en un secreto íntimo entre ellos dos. Oírlo regresar a ella por boca de Fat desde el interior de aquel sobre hizo que se estremeciera de emoción.

—Ya me traerás algo la próxima vez —musitó.

—No, no; no habrá próxima vez, porque vendrás conmigo y tú misma elegirás allí lo que más te guste.

Entonces Fat apagó las velas de un soplido, corrió las cortinas del dosel de la cama y no volvió a hablar. Fueron sus manos las que lo hicieron, recorriendo el vestido de

Luk-zi
en busca de los botones. La tela era muy fina, pero llevaba bordado un intrincado diseño de flores, ramas y hojas que pesaban como una gruesa armadura. Los botones cerraban con presillas en una suerte de entramado que dificultaba hallar el camino.

Pero Fat lo encontró. Cuando le quitó por fin el vestido, hundió la mano en una vasta calidez. Tenía la sensación de estar acariciando terciopelo con aquellas toscas manos suyas de papel de lija. Sintió miedo de rasguñarlo a pesar de que iba con el mayor de los cuidados.

En silencio, dio gracias a los cielos: aunque había trabajado como una mula durante años, el cuerpo de
Luk-zi
no se había marchitado, seguía siendo delicado y suave. Sus manos palpaban con sumo cuidado. Entonces oyó un quejido agudo, débil como el crepitar de las motas de polvo al oído, en el que adivinaba un atisbo de placer. Movió la mano con más fuerza.

A Fat no le era desconocido el cuerpo de una mujer. Había tenido ocasión de conocerlo en los burdeles y las casas de té de la Montaña del Oro. Allí le habían enseñado a cruzar el umbral, cosa que él había hecho repetidas veces. Sin embargo, ignoraba por completo el paisaje oculto al otro lado de la puerta. Ignoraba por completo que tras el umbral había un paisaje, pensaba que la puerta misma era el paisaje. Pero aquella noche
Luk-zi
hizo que se diera cuenta de que la puerta no era más que el comienzo.

Un tiempo después se hallaban en la cama, sudorosos, respirando desacompasadamente.

—¿Tan maravillosa es la Montaña del Oro? —preguntó
Luk-zi,
acomodando la cabeza en el hombro de Fat.

Este jugueteaba en silencio con uno de los mechones mojados sobre la frente de ella. Cuando
Luk-zi
volvió a preguntarle, sonrió y contestó:

—Tiene cosas buenas y cosas malas. Si todo fuera perfecto, nadie regresaría. Si todo fuera terrible, no volveríamos a

marcharnos. Cuando vayamos, ya lo comprobarás por ti misma.

Luk-zi se incorporó en la cama de inmediato, apoyada en el cabezal. Fuera, la luna resplandecía emitiendo una luz que se filtraba a través de la persiana de bambú y se reflejaba en sus ojos, brillantes como dos fuentes rebosantes de agua.

—Fat, ¿de veras quieres llevarme contigo? ¿No te pasará como al marido de tía Coeng-tai, que en cuanto se marchó se olvidó de ella?

Fat se incorporó también y la abrazó con todas sus fuerzas;
Luk-zi
sintió cómo le crujían todos los huesos del cuerpo.

—Luk-zi, te prometo ante los cielos que un día tú y yo nos reuniremos en la Montaña del Oro.

Luk-zi le puso la mano en la mejilla a Fat. Aún no se había recuperado por completo, seguía vendada y sus movimientos eran torpes. Al acariciar con la mano hinchada los valles y montañas de la cicatriz de la cara de su esposo, sintió que el corazón se le estremecía de dolor.

—Dicen que te hiciste la cicatriz en una pelea en la Montaña del Oro. ¿Es verdad?

Fat le cogió la mano y se la llevó al pecho. Pensó unos instantes y negó con la cabeza.

—Me caí. Fue una caída —dijo.

Al día siguiente, cuando la señora Coeng-tai despertó ya había amanecido. Había estado bebiendo hasta pasada la medianoche y al volver a casa se quedó dormida en cuanto se tumbó en la cama. Se incorporó y reparó en que aún llevaba el vestido azul zafiro con flores añil estampadas de la boda y que estaba despeinada. Cogió un peine de hueso y lo mojó en agua de flores para arreglarse el moño. Después aguardó sentada con la espalda muy recta. La persona que esperaba se demoraba demasiado. El color al otro lado de las ventanas pasó del gris al blanco. Empezaron a oírse perros y gallos; el chirrido de las puertas de la vecindad abriéndose y agua salpicando: vaciaban los orinales; niños llorando, padres regañando; los pasos de los que iban al mercado… Cada uno de aquellos sonidos le fue perforando el corazón hasta dejárselo agujereado como una colmena. No pudo resistir más y se levantó para esperar en la puerta. Cuando la abrió se llevó una gran sorpresa: la persona

que aguardaba había llegado antes incluso de que ella se hubiera levantado. En el umbral había una bandeja de hierro cubierta, atada con un lazo de seda roja. Al deshacerlo y destaparla vio un cochinillo asado. Lo observó atentamente para asegurarse de que estuviera completo: cabeza, cola, lengua y extremidades. Debajo del estómago halló un pañuelo blanco. Cuando lo desplegó pudo ver la mancha roja.

Aliviada, se llevó la mano al pecho y dio gracias al Buda de la Luz Infinita.

«Luk-zi, por fin has pasado esta prueba —pensó para sí—. Los cielos te han ayudado a entrar en esa casa. En adelante, serás tú la que se labre su propio destino dentro de sus muros».

Corría la primavera del vigesimoprimer año del reinado del emperador Guangxu [30]. En la ciudad de Pekín, letrados candidatos al funcionariado provenientes de todas las provincias de China aguardaban los resultados de los exámenes metropolitanos. De todos los eventos que tuvieron lugar aquella primavera, los exámenes, sin embargo, no suponían más que una pequeña parte. Atrapados en la capital, los letrados se congregaban como abejas en licorerías y casas de té. Muy pronto el rumor de sus palabras se colaría por rendijas, grietas y celosías e iría a parar a las calles, donde terminaría en boca de toda la ciudad.

No hablaban de los exámenes.

Los dos asuntos alrededor de los cuales giraron todas las conversaciones aquella primavera eran una guerra y un tratado. La guerra le había costado al emperador el grueso de su flota norteña. El tratado lo obligaba a renunciar a las penínsulas de Shandong y Liaodong, la isla de Formosa, el archipiélago de las Pescadores y a doscientos millones de taeles de plata. Se trataba de la guerra de Jiawu y el tratado de Maguan [31].

El encendido debate en el que se enfrascaron los letrados de las dieciocho provincias fue concretándose hasta terminar plasmado en una proclama de más diez mil caracteres de extensión titulada «Petición a Su Alteza el Emperador». Miles de personas se concentraron a las puertas de los ministerios para rogar que sus deseos fueran trasladados al emperador: pedían la abrogación del tratado, el rechazo a la paz con Japón, el traslado de la capital a Shanghái, la modernización de las tropas y la implementación de

reformas[32].

Fat supo de los incidentes de la capital por el señor Au-joeng Ming.

Desde que había regresado de la Montaña del Oro, se había vuelto íntimo amigo de su viejo profesor. Los antecesores del señor Au-joeng le habían dejado algunos bienes, no excesivos, pero sí suficientes para cubrir los gastos de toda su familia, así que no ponía mucho empeño en llevar su escuela. Apenas tenía un puñado de estudiantes, pero aun así su casa siempre estaba concurrida. Por ella desfilaba gente de toda clase y condición social: profesores como él, oficiales, un conductor de *rickshaw*, cantantes de ópera cantonesa, cargos intermedios en el gobierno… No acudían a su mesa con las manos vacías, pues traían consigo las últimas noticias y rumores, en especial sobre los asuntos de la corte imperial, que era lo que más interesaba al señor Au-joeng.

Inevitablemente, Fat terminó sentándose a aquella mesa variopinta. Al enterarse de que había estado en la Montaña del Oro y además sabía de letras, le preguntaron por el sistema político que allí imperaba y si el pueblo llevaba una vida digna y feliz. Fat contestó que, a pesar de que había una reina, ella no despachaba los asuntos de gobierno, pues de ello se encargaba el Parlamento.

—Los miembros del Parlamento no tienen que examinarse y tampoco los nombra la reina —explicó—, los escoge el pueblo; es la simpatía de este la que deben ganarse si quieren sus votos.

—Tú también eres del pueblo. ¿Cómo han intentado congraciarse contigo?

Suspirando, Fat explicó:

—Nosotros los chinos no tenemos derecho a voto.

El señor Au-joeng dio un fuerte golpe sobre la mesa que hizo saltar varios granos de arroz de los cuencos.

—Nuestro emperador ha estudiado la ciencia de Occidente y sabe de sus bondades. Si no fuera por aquella, ya habría podido implantar un sistema de gobierno como el occidental.

Todos sabían a quién se refería, así que bajaron el tono de voz. El conductor de *rickshaw* fue a asegurarse de que la puerta estuviese bien cerrada y luego, cautelosamente, le dijo a la oreja al señor Au-joeng: «En la zona de Sanwui se ha formado una sociedad a favor del emperador llamada la Banda de las Pistolas Largas y, al

parecer, está reuniendo dinero para contratar a un asesino que quite de en medio a la emperatriz viuda y dejar así vía libre al emperador».

Fat, espantado, tiró de la manga del señor Au-joeng.

—¿No tenéis miedo de que os corten la cabeza por decir esas cosas?

Pero el señor Au-joeng, riendo a carcajadas, replicó:

—¿Es que no sabes que la vieja tiene los días contados? Habrá que ver quién pierde la cabeza a manos de quién.

Aquel día, justo cuando Fat volvía de casa del señor Au-joeng, Luk-zi rompió aguas.

La partera había colgado un gran trapo rojo a modo de cortina y, a excepción de Coi, la sirvienta, no dejaba que nadie entrara. Dentro, Luk-zi se dolía lastimosamente. Al principio emitía unos quejidos contenidos, como amordazados por algodón, pero después acabó profiriendo a viva voz gritos desgarradores.

Coi salió de la habitación para vaciar una palangana de agua. Al verla correr totalmente roja Fat se acordó de los cerdos que mataba su padre y quiso entrar, pero su madre se interpuso.

—A todas las mujeres les pasa igual al parir. ¡Aguanta, que pronto pasará! El padre no debe ver la sangre, haría caer la desgracia sobre todas nuestras cabezas. De ninguna manera puedo dejarte entrar.

La señora Mak ordenó a los sirvientes que quemaran incienso en el altar familiar y se postraran ante la foto de su marido. Fat no podía permanecer quieto en la casa, así que salió corriendo hasta un árbol al lado del camino, donde se sentó y se tapó los oídos con las manos. Pasó allí sentado cerca de una hora hasta que vio a Coi aproximarse presurosa desde la casa. Llevaba el vestido manchado de sangre. Sus labios, temblorosos, tardaron una eternidad en decir lo que venía a comunicarle:

—Ha… ha sido un… niño.

Fat se puso en pie de un salto, tan radiante de felicidad como si lo alumbrase un número fabuloso de soles que no hubieran dejado una sombra en los alrededores. Entró en la casa tan nervioso que le

fallaban las piernas y a punto estuvo de caerse. Lo primero que vio al entrar en la habitación fue la cara sudorosa de
Luk-zi,
recostada en la almohada con los labios amoratados de tanto mordérselos. A su lado había un paquete de tela bien envuelto del que sobresalía una pequeña cara. Era como un boniato tirado en el campo, descartado de la cosecha anterior, arrugado y con marcas de escarcha. Feúcho como era, enternecía el corazón solo de verlo. Fat lo cogió en brazos con cuidado, algo torpe, como si fuera una pieza de porcelana que pudiera romperse con el más mínimo movimiento. De pronto, el bebé abrió los ojos y se puso a llorar a gritos estirando los brazos y las piernas con una fuerza desmesurada. Su llanto era tan potente que hizo temblar las vigas de la casa, de las que cayó polvo.

Luk-zi tenía los ojos irritados, con ojeras del color del barro. Sus labios parecían querer preguntar el nombre que le pondrían al niño, pero no articularon palabra.

El carácter correspondiente a la generación del bebé[33] era Gam, que significa «radiante y luminoso». Para el segundo carácter del nombre, Fat se había decidido hacía tiempo por dos posibilidades: si era niño le pondría Rui, «El Sabio», mientras que si era niña había pensado en Sau, «Magnífico Brocado»:
Gam-rui
o
Gam-sau.

Sin embargo, al ver la cara de su bebé con aquellos brillantes ojos negros llorando a lágrima viva, cambió de opinión.

—Gam-san, se llamará
Gam-san
—le dijo a su mujer.

San, «Montaña». Porque había recordado aquel grito de «¡Devolvedme mis ríos y mis montañas!»[34] que algún letrado taiwanés había recuperado para su protesta, postrado a las puertas de los ministerios de la capital.

Quizá algún día, cuando aquel niño fuera mayor, los ríos y las montañas del Gran Imperio Qing no se encontrarían en el triste estado de entonces.
Fat volvió a la Montaña del Oro justo después de que

Gam-san
cumpliera su primer mes de vida. Antes de partir, fue junto con
Luk-zi
y el bebé a mostrar sus respetos a
Hung-mou
y a su mujer. La tumba de
Hung-mou
ya no estaba vacía: dentro había enterrados su *huqin* y una vieja túnica que le había pertenecido. La fosa pudo sellarse al fin y, aunque de un modo un tanto tosco, después de tantos años separadas, las almas de
Hung-mou
y su mujer volvieron a reunirse en aquella accidentada primavera.

—En el futuro, Gam-san se asegurará de que el incienso al pie de tu tumba no deje de prender —dijo Fat, inclinándose con reverencia ante la tumba de
Hung-mou.

4
El caos

Condado de Hoiping, provincia de Cantón, China
Año 2004

Amy dio con aquellos zapatos cuando casi había perdido toda esperanza. Llevaba ya dos días enteros en la casa fortaleza junto a Au-joeng
Wan-on.

Para la tarde del segundo día comenzaban a saber orientarse en la laberíntica distribución de la casa: ya intuían qué habitación había detrás de cada puerta, las escaleras que seguían al final de cada pasillo.

Sin embargo, aquella familiaridad no los condujo más que a la decepción.

Desde lejos, la casa aparentaba albergar innumerables secretos. Al entrar en su interior, sin embargo, se descubría que debajo del polvo no escondía secreto alguno. O, al menos, no del tipo que Amy y el señor Au-joeng esperaban. A excepción de aquella chaqueta en el armario ropero de
Luk-zi,
en ninguna de sus cinco plantas había nada que valiera la pena. La mano invisible del tiempo había extendido capa tras capa de polvo, ocultando todo signo de vida. Era como si el pasado no hubiera

existido.

Sin embargo, el vacío no era absoluto. En la azotea, por ejemplo, descubrieron un triciclo. Tuvieron que adivinar de qué se trataba por la forma del cuadro, pues ya no quedaba rastro alguno de las ruedas. El señor Au-joeng rascó la herrumbre con la navaja de su llavero y apareció una marca en el acero. Al inspeccionarla de cerca leyeron «Manchester, Gran Bretaña, 1906».

También encontraron una tetera de plata olvidada en un rincón de la cuarta planta. Los años le habían hecho perder el lustre. Tenía grabado un complicado diseño de planta trepadora y, en el borde de la base, unas letras en inglés totalmente enrevesadas: era una tetera occidental. Quizá en su día había formado parte de un juego de té, pero no había señal de sus compañeras, tal vez anduvieran desperdigadas por algún rincón. Cuando Amy destapó la tetera descubrió en el fondo lo que le parecieron excrementos de rata, pero se dijo que a una rata le habría costado meterse dentro. Fue el señor Au-joeng quien, tras pensar un rato, concluyó que eran hojas de té, que con los años el agua se había evaporado y el poso se había solidificado. Amy, conmovida, se preguntó si aquel último té había sido para su bisabuela, si fue ella quien lo dejó preparado para no volver jamás a por él. ¿Sería posible llenar la tetera de agua y reconstituir aquellas hojas de té después de tantas décadas, reaparecería su verdor, le contarían lo sucedido tantas décadas atrás?

Pero la tetera no hablaba. Tampoco las hojas del té.

Otro de sus descubrimientos, también en la cuarta planta, fue una pared empapelada. La humedad había reblandecido el papel, al que le habían salido manchas de moho y mostraba además agujeros de insectos, por lo que resultaba imposible distinguir el color o la cenefa. El señor Au-joeng observó detenidamente con una lupa y al fin descubrió una cifra en una esquina. Era un veinte. Cuando llamó a Amy para que se aproximara, después de mirarlo varias veces esta exclamó:

—¡Son dólares! ¡La pared está cubierta de dólares! «*God*…». «*Trust*…». ¡«*In God We Trust*»! «Creemos en Dios»: la frase que tienen impresa todos los billetes de dólar.

—La moneda de la República de China se depreciaba a diario —explicó el señor Au-joeng—, así que la gente prefería mandar a

casa dólares americanos o hongkoneses. Al dólar estadounidense lo llamaban «pasaje al cielo». Por lo visto, su familia empapelaba con él las paredes…

—Solo alguien que sintiera verdadero amor o verdadero odio por los dólares podría haber hecho algo así —sentenció Amy, admirada.

El señor Au-joeng meditó unos instantes y dijo:

—Señorita Smith, no ha considerado una tercera posibilidad: alguien que sintiera por ellos total ambivalencia.

Amy se quedó boquiabierta un instante y luego se echó a reír a grandes carcajadas.

—Es usted una monada, señor Au-joeng —dijo, abrazándolo y plantándole un beso en la cara.

Las arrugas de la cara del señor Au-joeng se quedaron petrificadas. Después comenzaron a mudar sin rumbo e, indecisas, acabaron consolidándose en una expresión que a Amy le pareció remotamente parecida a la risa. Luego descubrió que el señor Au-joeng se había puesto colorado. Colorada suele ponerse la piel fina y joven a los veinte o treinta años de edad; el señor Au-joeng, hombre de piel aceitunada, se puso más bien morado. Ese tono subió y bajó por su cara como la marea. Amy se quedó mirando al señor Au-joeng muy fijamente.

—No sabía que los hombres de su edad también se ruborizaban —concluyó.

—Quiere decir que le sorprende que un vejestorio como yo tenga sentimientos.

—No, no; no es eso —negó Amy repetidamente, pero luego asintió—. Bueno, sí, en cierta forma sí es lo que quería decir. He pensado que tal vez no esté usted acostumbrado a que una mujer lo abrace o lo bese, ni siquiera la suya.

El señor Au-joeng guardó silencio. Poco después dijo:

—Mi esposa falleció en 1981. Por aquel entonces, palabras como «abrazo» o «beso» no formaban parte del vocabulario.

—Discúlpeme —musitó Amy, recuperando la compostura.

Se sentaron en el suelo observando la habitación vacía y muda.

¿Cómo era posible que en un edificio en su día tan fastuoso y rico solo quedaran aquellas pocas reliquias? Era como si

hubiera sabido de su fatal destino y se hubiera deshecho de cada vestigio de su existencia. Al mismo tiempo, todo parecía haber sucedido de una forma rápida e inevitable, pues su último sorbo de té seguía dentro de aquella tetera procedente del otro lado del mundo.

Aquellos pocos objetos que quedaban en la casa daban al observador indicios muy leves de lo ocurrido en el pasado. Intentar seguir su pista era como adentrarse en una cueva profunda en la que apenas uno avanza, enseguida queda sumido en una oscuridad total sin el menor resquicio de luz. Podían despertar el interés de un anticuario, pero no saciaban el ansia que Amy sentía.

Ella anhelaba conocer la historia de su familia. Unas frases en un pedazo de papel, cartas que materializaran los hechos; una foto que resolviera sus interrogantes de manera incontestable.

Pero no las halló. No encontraron la más mínima huella. Recogieron el maletín y la cámara y se dispusieron a marcharse.

—Todos los enseres pueden quedarse para ser expuestos; al fin y al cabo, los he fotografiado —anunció Amy al señor Au-joeng—. Sin embargo, la restauración debe atenerse estrictamente al aspecto original: la Historia puede tener paréntesis, pero nunca sustituciones. Hay que añadir al contrato una cláusula que así lo establezca o me negaré a firmarlo. Por la noche puede traérmelo al hotel.

El señor Au-joeng no respondió. Al cabo, empezó a reír y dijo:

—La sensación ha sido… maravillosamente extraña.

—¿Qué sensación? —preguntó Amy.

Mirándola con fijeza, el señor Au-joeng respondió:

—La de ese abrazo.

Los dos se echaron a reír.

Cuando bajaban las escaleras, la madera cedió en un tramo que hacía esquina y Amy casi se tuerce el pie. Se sacó los zapatos y se sentó en un peldaño para frotárselo. Al bajar la vista reparó en una cavidad que había quedado al descubierto, en cuyo interior descubrió dos pares idénticos de zapatos encarados. Los sacó. Eran zapatos de tela masculinos, grandes y gruesos. Su suela estaba reforzada y no tenía restos de barro, como si nunca los hubieran usado. Lo único que delataba el paso del tiempo era la tela del talón, algo deshilachada. Estaban hinchados porque los habían

rellenado con algo envuelto en pañuelos. Al destapar uno vio que eran papeles.

Cartas.

Estaban escritas en una caligrafía menuda y densa. Cuidadosamente, Amy extrajo las hojas amarillentas del interior de los sobres y fue aplanándolas una a una, extendiéndolas en el suelo.

—La lupa, por favor —pidió Amy al señor Au-joeng.

—Es una suerte que no las escribieran con pluma —observó entusiasmado el hombre—; la tinta se habría evaporado.

—¿Por qué escondería mi bisabuela estas cartas? —preguntó Amy, con un brillo de interés en la mirada.

—Su bisabuela se pasó la vida esperando. Primero esperando un pasaje para ir a la Montaña del Oro y después la vuelta de quien le escribía estas cartas. Aún sigue así décadas después. ¿Cree usted en la existencia de las almas?

Amy recordó aquellos ojos que había visto flotando en el espejo del armario. Una sensación extraña comenzó a crecerle en el corazón y se extendió poco a poco por todo su pecho. Reconoció que esa sensación era de dolor.

—Señor Au-joeng, ¿sería tan amable de dejarme sola unos minutos? Me gustaría hablar en privado con mi bisabuela.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Del vigesimoprimero al vigesimosegundo año del reinado de Guangxu
(1895-1896)

Mi querida esposa:

Son muchos los asuntos que me han ocupado en los meses siguientes a mi marcha. También he cambiado de dirección en varias ocasiones, de modo que esta carta se ha ido demorando.

No olvido el día que fuiste a despedirme con

Gam-san

en brazos. Él aún no tenía conciencia de lo que son las despedidas, pero tú lloraste desconsoladamente.

¿Qué necesidad tendríamos de dejar atrás mujer e hijos si el Gran Imperio Qing no fuera tan débil?

Te dejo a cargo de mi madre, de nuestro hijo, de la casa y de las tierras.

En cuanto a los problemas de vista de mi madre, ha llegado a mi conocimiento que en Cantón hay una clínica muy buena llamada Wut Seoi: allí trabaja un médico inglés apellidado Wallace que al parecer se especializa en afecciones de la vista.

Gam-san debe ejercitar el cuerpo además de la mente, no dejes que sea débil ni que se vuelva engreído. Cuando crezca un poco, ponlo a estudiar con el señor Au-joeng Ming: es un hombre sabio y virtuoso al que admiro desde que fuera mi profesor.

Aguas Saladas es cada vez más próspero. Muchos chinos llegan aquí para labrarse un porvenir; por eso vine aquí y dejé Victoria.

Hace unos días tuve la fortuna de reencontrarme con un viejo amigo, Lam. Nos alegramos de volver a vernos y estamos pensando en trabajar juntos. En cuanto abra mi nueva lavandería podré mandarte dinero para los gastos de la casa.

Ya no me queda casi nada de mis ahorros, debo empezar de cero una vez más. El gobierno aquí es muy estricto con los chinos y nos imponen innumerables e injustos impuestos por las cosas más triviales, pero ten por seguro que, en cuanto consiga reunir el importe del impuesto de capitación, podrás venir con

Gam-san.

Tu marido,

Dak-fat
Aguas Saladas, Montaña del Oro,
a día tres del noveno mes
del año de la cabra de madera **[35]** .

El florecimiento de una ciudad es un largo proceso equiparable a la germinación de una semilla hundida en la tierra. Son diversos los factores que contribuyen a su éxito: el sol, el agua, el terreno, el viento; exactamente los mismos factores que pueden impedirlo. La semilla que es la ciudad permanece largo tiempo sumida en la oscuridad del barro. Una estación; quizá más, incluso, hasta el día en que se dará la afortunada confluencia de sol, agua y viento que

hará asomar por sorpresa del terreno aquel firme brote verde capaz de pulverizar la roca.

La ciudad de Victoria había sido uno de esos brotes surgidos de la noche a la mañana. Fue el agua la que causó su aparición en los años en los que aún no existía el ferrocarril. Vientos de todas las direcciones hicieron llegar por mar barcos procedentes de un sinfín de países. La gente y las oportunidades de negocio que trajeron el viento y el agua se multiplicaron y, así, las tierras de aquel minúsculo terreno, yermas durante siglos, se cubrieron repentinamente de verde.

Sin embargo, el ferrocarril lo cambió todo.

La negra serpiente que era el ferrocarril había ido reptando desde la costa este hasta los pies de la cordillera de las montañas Rocosas, donde se detuvo, incapaz de franquearla. Para abrirle paso, un grupo de pobres diablos emigrantes excavó un agujero en las entrañas de las montañas sin más ayuda que sus propias manos. La serpiente, penetrado aquel agujero, llegó jadeante hasta tierras de la costa oeste. Eran tierras con agua de un lado, pues daban al mismo océano que Victoria, y montañas del otro. Por el océano llegaron los navíos; por las montañas, el ferrocarril: pies y alas para aquellas tierras, que de aquel modo se hicieron accesibles y en las que comenzaron a concentrarse riquezas provenientes de todas las direcciones. Gradualmente, la gente se dio cuenta de la angostura de Victoria. Un día, un grito atronador explotó de repente con una idea: «¡Vayámonos a la nueva ciudad junto al mar!».

En un abrir y cerrar de ojos, el nombre de aquella nueva ciudad estuvo en boca de todos. Sin embargo, los chinos de la Montaña del Oro no se acostumbraban a él, pues era muy largo e impronunciable, no se parecía en nada a un nombre chino y les sonaba a postre o a enfermedad, por lo que terminaron cambiándolo. Rebautizaron la ciudad como Aguas Saladas, porque las aguas allí eran más saladas que en Victoria. Tendrían que pasar muchos años hasta que, con la llegada de la nueva generación de inmigrantes, hijos de aquellos, se generalizara el uso del auténtico nombre de la ciudad: Vancouver.

El verano que volvió de Hoiping, Fat se mudó de Victoria a Aguas Saladas y pidió prestado dinero a un paisano del pueblo para abrir otra lavandería. También la llamó Chuk Huen, a pesar de

haberla abierto en el territorio de los blancos. En el año que Fat había pasado de visita en el pueblo los alquileres se habían disparado. Además, aunque las fachadas de los locales seguían siendo como antes, los espacios interiores se habían reducido increíblemente. La nueva lavandería contaba tan solo con dos minúsculas habitaciones: en la que daba a la calle planchaban y despachaban a los clientes. En la trasera era donde ponían a secar la ropa. Había dos grandes cajones de madera y el techo estaba cubierto por una maraña de cuerdas de tender. Al menor descuido, uno se tropezaba con los cajones o se mojaba el cuello con el agua que caía de la ropa tendida. La habitación delantera era aún más pequeña: solamente había un mostrador y dos tablas de planchar.

Fat había contratado a un mozo para que se ocupara del trabajo más pesado, es decir, de lavar y tender la ropa, mientras que él se dedicaba a tareas más delicadas como planchar y remendar. A mediodía, el mozo cargaba en el coche los dos cajones llenos de ropa y los llevaba a lavar a un río cercano. Cuando volvía, ya era la hora de cenar. Las prendas que podían esperar las tendían en la trastienda para doblarlas más tarde. Las urgentes las secaban junto a la estufa. Si había muchas, Fat se pasaba la noche planchando hasta que amanecía.

En una de esas ocasiones en que Fat se quedaba trabajando en el local hasta altas horas de la madrugada, decidió que no valía la pena volver a casa por un par de horas y se echó a dormir encima de la tabla de planchar. Tiempo después lo despertó una voz pidiendo disculpas en un terrible inglés. Cuando abrió los ojos vio que un blanco había ido a la tienda a recoger su ropa y estaba discutiendo con el mozo por una prenda que tenía en las manos. Al parecer se la habían quemado con la plancha. El mozo apenas sabía cuatro palabras en inglés y solo alcanzaba a repetir «lo siento, lo siento» una y otra vez. Fat vio que el agujero de la quemadura no era grande y estaba en un lugar poco visible, por lo que sacó el kit de costura.

—Espere ahí, yo se lo remiendo —le dijo al blanco, señalando una banqueta.

Luk-zi le había enseñado a coser la última vez que había estado en el pueblo. No había pensado que tendría que poner en práctica sus habilidades tan pronto.

El blanco, sin embargo, no quiso sentarse. Permaneció inmóvil con los ojos clavados en Fat. Este pensó que debía de estar mirándole la cicatriz. Hacía una década que soportaba aquellas miradas. Al principio le resultaban molestas, como espigas que le pincharan la cara, pero después se había vuelto inmune a ellas.

—¿Estuviste en la construcción del ferrocarril? —preguntó el blanco.

Fat levantó la mirada de la costura para observarlo. A pesar de que llevaba más de una década viviendo en la Montaña del Oro le costaba distinguir a los occidentales. Aquel hombre no se diferenciaba en nada de los miles que había en la calle. Alto, de brillante pelo castaño y ataviado con un traje gris de tres piezas, iba repeinado con fijador y del bolsillo del chaleco le colgaba la cadena de un reloj. Repasó mentalmente todos los blancos que conocía, pero no encontró a aquel hombre entre ellos. No conocía a ninguno tan elegante.

—Veintinueve. Tú eras el veintinueve, ¿no? —preguntó el otro sin mucha convicción.

Fat se quedó atónito. Veintinueve era el número que tenía asignado en el campamento de la construcción del ferrocarril. En aquella época se dividían en una decena de grupos de treinta personas cada uno. Él era el número veintinueve. Los blancos que le mandaban ni sabían su nombre ni necesitaban saberlo. Para su supervisor y para los supervisores de su supervisor él no era más que un número en el libro de registro. Esa cifra era como una red que lo atrapaba. El supervisor sostenía la red y con solo estirar un poco asía su vida y su persona.

En los años que pasó en la construcción del ferrocarril, a menudo escribía su nombre con un palo, una y otra vez, en el suelo fuera de la tienda en diferentes estilos caligráficos, porque temía olvidarlo. Aunque hacía mucho de aquello, aún se volvía cada vez que oía la cifra veintinueve.

El blanco pasó los brazos por encima de la tabla de planchar y lo abrazó.

—Soy Rick Henderson. No me digas que te has olvidado del maldito ferrocarril.

Fat, pasmado, tardó unos instantes en comprender: «El supervisor, este blanco es aquel supervisor del ferrocarril». Se le

ocurrió decirle: «¡Joder, qué lustrosos nos hemos vuelto!», pero su inglés no se lo permitía. Finalmente, tras pensar mucho la frase, le dijo:

—Señor Henderson, ¿qué hace usted aquí?

El blanco lo soltó y se echó a reír a carcajadas.

—Nada de «señor Henderson», llámame Rick. Me salvaste la vida y desde entonces he intentado aprovecharla, hacer algo útil con ella. He abierto un hostal en la ciudad con un socio especialmente para los empleados del ferrocarril y sus familias.

Con la vista fija en el impoluto nudo de la corbata de Rick, Fat pensó en

Hung-mou

y Lam. Hung-mou tenía el número veintiocho y Lam el treinta. Él estaba entre ambos. Sus tres números aparecieron juntos en el libro de registro y en las listas de cobro durante años. Aunque no solo sus números, pues ellos tres dormían siempre juntos:

Hung-mou

a un lado, Lam al otro y él en medio, de costado y acurrucados como tres gambas. Cuando

Hung-mou

se tiraba un pedo, este no tenía por dónde salir, y, a su vez, los ronquidos de Lam le martilleaban el cogote. Atrapado entre los dos, no podía incorporarse. Después llegó el día en que

Hung-mou

dejó un hueco y Fat tuvo espacio para mover las piernas. Más tarde, el espacio de Lam también quedó vacante y Fat no tuvo dónde apoyarse: así descubrió que era él el que prefería dormir pegado. Porque pegándose a ellos tenía un apoyo y no se caía, tenía quien lo sujetaba. Se sentía acompañado.

—El tren, ah, el tren… —Suspiró—. Volvió rico a más de uno. Y a muchos otros les quitó la vida.

Aunque la pronunciación de Fat dejaba mucho que desear, Rick entendió el reproche de inmediato y su semblante se tornó serio, quizá algo avergonzado.

—Ese ferrocarril del demonio… —repuso, al rato—. El año pasado lo tomé para ir a Montreal y durante todo el camino no hice más que pensar en las almas que aún deben de poblarlo. Al terminar la construcción también yo perdí mi empleo. Estuve un par

de años dando tumbos por las ciudades por las que pasa la línea del ferrocarril trabajando en cualquier cosa. Después me encontré con un conocido de la empresa del ferrocarril y vine con él a Vancouver, que es donde encontré mi oportunidad. ¿Y tú, veintinueve? —le preguntó—. Vaya, sigo sin saber cómo te llamas. Es que los chinos tenéis unos nombrecitos…

—Yo sé hablar tu lengua, no es necesario que tú aprendas la mía —replicó Fat—. Además, aunque te lo dijera no lo recordarías.

—No, no, dímelo —le suplicó Rick—. Quién sabe, a lo mejor se me queda, torres más grandes han caído.

Fat le dijo su nombre sílaba a sílaba. Rick lo repitió varias veces, pero se le trababa la lengua. A Fat se le escapó la risa.

—Ya te lo decía yo. Mira, usando vuestra pronunciación, mejor llámame Frank, que se parece. En todos estos años me he dedicado a lo mismo, antes tenía una lavandería en Victoria, pero hace dos meses me trasladé aquí. Dicen que la ciudad está prosperando, pero por eso se han abierto lavanderías por todas partes y el negocio no está muy boyante.

Rick suspiró mientras observaba la tienda de Fat.

—Mi hostal tiene una docena de habitaciones —dijo al cabo de un rato—. A partir de hoy te traeré sábanas, mantas, manteles y todo lo demás que haya que lavar. También tengo varios amigos que regentan posadas. Les diré que te traigan su ropa, pero lo que tienes no basta, deberás contratar a unos cuantos trabajadores más. Eso sí, la próxima vez no queméis nada.

Fat le dio cuatro puntadas a la camisa y en un santiamén la quemadura estuvo zurcida. Cuando se la devolvió a Rick, este no pudo encontrarla. Fat se rio.

—Hoy me has pillado, pero normalmente estas cosas las tengo remendadas antes de que las vea el cliente y la cosa queda entre Dios y yo; nadie más tiene por qué saberlo.

—Este Frank… —exclamó Rick, resoplando divertido—. El día que Dios te creó debía de acabar de despertarse y no sabía lo que hacía, pues has salido bien zorro… Los Ferrocarriles del Pacífico van a abrir un hotel cerca de aquí. El Vancouver Grand Hotel, lo llamarán, con cientos de habitaciones, será un palacio. Piensa cuántas sábanas y manteles supone eso. Cuando lo abran les preguntaré a mis contactos si pueden encargártelo a ti. Entonces sí

que necesitarás un buen puñado de trabajadores.

Después de que Rick se despidiera, Fat sintió que las tripas le gruñían. Eso le recordó que llevaba sin comer desde la noche anterior, así que dejó al mozo a cargo del negocio y se fue a llenar el estómago. La lavandería de Fat estaba fuera de los límites del barrio chino, pero aun así era en aquel barrio donde comía y dormía. Cuando llegó, el sol brillaba sobre las copas de los árboles. Vancouver se asomaba al mar y, en otoño, la brisa y el sol eran perennemente cálidos. Las calles estaban cubiertas de pétalos de color rosa. Fat se puso a silbar una de las tonadas que

Hung-mou

solía tocar en el campamento con su *huqin*. Dio un puntapié a las flores y a la arena de la acera, diciéndose: «Al final ha resultado que ese desgraciado de Rick no es tan malo; se ha ofrecido a ayudarme… sabe que me debe la vida». Pensando en la oportunidad de negocio que suponía el hecho de que Rick le confiara lavar la ropa de su pensión, comenzó a imaginar todo el dinero que caería en sus manos y se vio abrazando a su mujer.

«Pronto, Jin —pensaba, sonriente—. Muy pronto llegarán nuestros días felices en la Montaña del Oro».

Entró en un restaurante de la calle Dupont llamado Wong Gei y se sentó al lado de la ventana. Era el lugar que ocupaba habitualmente. Limpió su mesa con la manga, se apoyó y pidió a voces un tazón de gachas de arroz con cerdo y huevo, dos panecillos chinos, un plato de rollos de gamba, una ración de garras de pollo y otra de caracoles. El dueño, perplejo ante aquella retahíla, le gritó desde el otro extremo del local:

—¡Vaya! ¿Te ha tocado la lotería?

Fat sonrió sin decir nada.

Mientras esperaba a que le llevaran la comida, miró a su alrededor. Ya había pasado la hora del desayuno y el local estaba casi vacío. Aparte de él solo había otro cliente comiendo con la cabeza casi hundida en el cuenco de gachas. En el borde del recipiente había una mosca verde muy cerca de su nariz. Al verlo, Fat no pudo evitar acercarse a él y, dando un par de golpes en su mesa, le dijo:

—Compañero, ¿tanta hambre tenemos que nos zampamos las moscas?

Cuando el hombre levantó la mirada y vio a Fat, se le cayó el cuenco al suelo, provocando un gran estruendo.

—¡Me cago en tu madre, si no te has muerto! Con la de años que te he estado buscando…

Fat también estaba estupefacto.

—Lam, ¿eres tú de verdad? ¿O tu fantasma? —articuló finalmente, después de mirarlo bien para asegurarse.

—¡Ja! —bufó Lam—, qué más quisiera yo, ser un fantasma… Al menos me ahorraría pasar tanta miseria. ¿Te acuerdas de cuando nos separamos en Port Moody? —dijo, estirando una pierna por debajo de la mesa para que Fat la viera—. Me caí en la montaña y me partí la pierna. Como no podía andar, no tuve más remedio que vivir una temporada con los indios… Una temporada que acabó durando ocho años… El año pasado estuve en Victoria y desde principios de este vivo en Aguas Saladas.

—¿Qué has venido a hacer?

—Arrastrando esta pierna mía qué voy a poder hacer… Quiero probar suerte en una planta envasadora de pescado que me han dicho que necesita gente. El trabajo es temporal, me servirá para comer este verano; en invierno tendré que buscar otra cosa.

Aunque hacía calor, Lam llevaba una grasienta chaqueta con el cuello y las mangas deshilachados. Su pelo estaba sucio y enredado. Al verlo Fat supo que estaba pasando por momentos muy difíciles. Le hizo señas al dueño y dijo:

—Tráigale a mi amigo una de raviolis de gambas y un plato de fideos tres delicias.

A continuación le propuso a Lam:

—¿Quieres trabajar en mi lavandería? Planchando, remendando… Si le pones un poco de empeño no te será difícil aprender.

—¿Has abierto una lavandería? —preguntó Lam, asombrado.

Entonces Fat le contó su encuentro de aquella mañana con Rick. Los dos se estremecieron: sus vidas se habían entrecruzado hacía más de una década a causa de la construcción del ferrocarril; después, también por este, acabaron separándose y ahora, en el curso de un solo día, volvían a reunirse. Tamaña coincidencia no podía tener otra explicación que los oscuros designios del destino.

Siguieron hablando de los viejos tiempos y Fat le preguntó a

Lam si sabía algo de Seng. A su vuelta de Cantón a principios de año, había ido a visitarlo al colmado pero se había encontrado la puerta cerrada y, cuando había llamado, no había respondido nadie.

—¿No te has enterado? —le dijo Lam—. Está en la cárcel.

Fat se sorprendió. ¿Qué delito podía haber cometido una persona decente como Seng? Lam le contó que en aquellos años Seng había conseguido reunir el dinero del impuesto de capitación y el pasaje para traer a una mujer del pueblo. Fue al pueblo, se casó y al año siguiente se trajo a su esposa a Victoria. El barrio chino de la ciudad no era lugar para una mujer decente; no había más que las cuatro rameras de la calle del casino y las de las casas de té. Además, como la mujer de Seng era bastante agraciada, él acabó encerrándola en la trastienda del colmado y no dejaba que pusiera un pie en la calle por miedo a lo que pudiera pasar. Pero un día un zorro lujurioso, aprovechando la ausencia de Seng, se coló por la ventana y sedujo a la mujer. La pobre, harta del confinamiento, no se hizo mucho de rogar y se fugó con su pretendiente. Cuando Seng los encontró la emprendió a hachazos contra ambos. Ella sufrió algunas lesiones en la cara, pero el hombre murió en el acto y Seng fue condenado a prisión. Llevaba allí un año.

Fat guardó silencio hasta que Lam terminó de relatarle la historia. Después se lamentó:

—Pobre Seng. Con lo buena persona que es.

—Lo vi el año pasado —contó Lam—, y me dijo que cuando terminó de construirse el ferrocarril las pasabas canutas y no tenías qué comer ni dónde dormir, que cada día te dejaba el hornillo en la puerta.

Fat se quedó sin habla.

El hornillo, aquel hornillo con un hilo de calor de la puerta trasera del colmado con el que se había calentado las manos, con el que había calentado la comida… Seng lo dejaba allí para él, para salvarle la vida. Seng había sabido todo el tiempo que Fat pasaba las noches en la puerta trasera de su negocio. Lo había sabido desde el principio, pero no lo había mencionado.

—¿Dónde lo tienen? —preguntó Fat.

> En el día de hoy, miles de chinos se han concentrado en los muelles de la Compañía Marítima del Pacífico para dar la bienvenida al ilustre Li Hongzhang, mandarín del más alto

rango que ostenta entre otros cargos el de virrey de la provincia de Zhili y el de ministro superintendente del comercio para los puertos del norte, si bien ha sido despojado de varios cargos a causa de la derrota sufrida por China hace dos años en la guerra contra Japón. En aquella guerra, el Celeste Imperio perdió una flota entera además de doscientos millones de taeles de plata (cifra equivalente a siete años de la renta total de Japón). El ministro Li salió de China hace siete meses y en ese tiempo ha visitado Rusia, Alemania, los Países Bajos, Bélgica, Francia e Inglaterra. El mes pasado llegó a Estados Unidos. El motivo de la presente visita es cumplir el mandato imperial de restablecer las relaciones con cada uno de los estados mencionados. Vancouver es el destino final de su viaje, desde donde regresará a China vía Japón. El paso del señor Li por Vancouver es toda una sorpresa: han circulado rumores de que Seattle era su destino final, pero cambió de idea al ser informado de que allí lo aguardaba un grupo de chinos molestos por la aprobación de la Ley de Exclusión de Chinos de los Estados Unidos dispuestos a organizar acciones de protesta, y decidió alterar el itinerario y dirigirse a Vancouver. Li Hongzhang ha desmentido este rumor personalmente. La tardía elección de Vancouver como parte del itinerario no ha restado ni un ápice del entusiasmo de la comunidad china local. El perímetro entero de la calle Howe se ha engalanado con aire festivo y se ha erigido un enorme pórtico de bienvenida en los muelles. Se cuenta que un grupo de chinos emigrantes pasó varias noches en vela trabajando sin descanso para finalizar su construcción. El pórtico consta de una gran puerta central más dos adyacentes coronadas por sendas carpas de tela de colores. La cúspide de la carpa sobre la puerta central está coronada por una esfera con la bandera del Imperio británico; las cúspides de las carpas adyacentes, por la bandera del Celeste Imperio una y la de Canadá la otra. A ambos lados de las puertas adyacentes cuelgan caligrafías verticales. Asimismo, en cada una de las puertas penden exquisitos faroles chinos; atrae especialmente la atención el más grande, colocado en la puerta principal, de casi seis pies de diámetro y con una fina estructura octogonal forrada con paneles de seda con flores, emblemas y caracteres chinescos bordados y rematados con flecos de colores, todo ello de extraordinaria belleza. Los muelles están abarrotados, también de personas de raza blanca atraídas por la curiosidad. Se ha producido un altercado en la calle Howe

instigado por un par de alborotadores que comenzaron a empujarse y terminaron a puñetazos. Enseguida se formó un corrillo a su alrededor. Hubo quien sospechó que podía tratarse de una banda de ladrones que intentaba armar jaleo para robar carteras aprovechando la confusión. Dos monjes budistas hicieron su agosto vendiendo incienso entre la gente para quemarlo en ofrenda a Li Hongzhang.

El ministro Li descendió a los muelles en un coche de caballos acompañado por el señor Henry Collins, el alcalde, el señor John Abbott, presidente de los Ferrocarriles del Pacífico de Canadá, y el señor Wade, jefe de la Policía. El séquito del ministro, que contaba con la presencia de un hijo y un sobrino suyos, los seguía en carros normales que cargaban con el equipaje de tan larga y dura travesía. Se dice que de todo el equipaje del ministro Li, lo más importante es un ataúd de la mejor madera, por si este, a sus setenta y cuatro años, pereciera durante el viaje. Cuando el coche del ministro se aproximó al pórtico de bienvenida dio comienzo el ceremonial tradicional propio del Celeste Imperio. Primero se prendió una gran traca, luego estallaron con gran estampido varios cohetes y finalmente un grupo de percusionistas comenzó a tocar frenéticamente. Cientos de personas prorrumpieron en vítores a la señal. Al mismo tiempo, una banda de singular encanto comenzó a tocar y la gente se unió para cantar el himno nacional.

Los ojos del ministro Li brillan con un aura de sabiduría. Lleva anteojos de pasta, sus carnosos mofletes apuntan al cielo y su tez aceitunada le da una apariencia sana. Su estatura de seis pies se ve empequeñecida por su postura encorvada. Bajo su capa amarilla, que no parece tener ninguna utilidad práctica más que el adorno, viste una chaqueta de suave seda añil y, debajo de esta, una túnica con complicadas cenefas. Calza un par de botas negras de gruesa suela blanca y un sombrero de oficial de estilo manchú. Muestra una gran compostura de los pies a la cabeza y una frente afeitada reluciente; por la parte trasera del sombrero le cae la trenza, atada con hilo de seda. El sombrero se ensancha en la parte superior y luce un ribete dorado; por encima está forrado de cordones de seda que convergen en la punta en que termina: una enorme gema de la que emerge una pluma de pavo real. En la mano derecha luce un radiante anillo de diamantes.

Al observador no le resulta difícil distinguir el rango al

> cual pertenece cada una de las personas que asisten a este acto. La veintena de hombres de la zona reservada para recibir al mandatario Li son prominentes hombres de negocios del Celeste Imperio. Los delatan sus lujosas vestimentas, tan diferentes de las de las gentes del barrio chino. La multitud de personas que se agolpan al paso del coche son trabajadores de a pie, ataviados con chaquetas de tela y pantalones anchos ceñidos en los tobillos. Muchos de ellos han cerrado sus colmados o sus lavanderías para venir desde ciudades vecinas a recibir al ministro Li. Sin embargo, hay algo en lo que tanto empresarios como trabajadores comunes coinciden: todos y cada uno de ellos conservan la costumbre de llevar esa trenza de pelo tan cargada de simbolismo para su pueblo, a pesar de que algunos viven desde hace ya muchos años en Canadá.
>
> *The Vancouver World*, 14 de septiembre de 1896

De pie entre la multitud, Fat levantaba el cuello para poder ver las banderas sobre el pórtico. El fuerte viento otoñal las replegaba y las extendía para volverlas a replegar, agitándolas ruidosamente. Una de ellas mostraba un sol rojo como un huevo de pato flotando en aceite amarillo que atraía la atención de un escuálido dragón azul enroscado cual serpiente[36]. Fat había visto una igual en la Asociación China, pero nunca ondeando libremente bajo el cielo. Hacía un día espléndido y, cuando el viento la desplegaba por completo, le parecía estar viendo un cuadro.

Se abrió paso entre los recovecos que dejaba la gente echando el peso de su cuerpo hacia delante para avanzar. Oyó un quejido junto a su oreja: había pisado a alguien. A pleno sol, podía ver sin esfuerzo las palabras que coronaban la puerta central del pórtico: «Una reputación que llega a todos los confines de la tierra». Las caligrafías verticales a ambos lados de las puertas laterales eran mucho más pequeñas y tuvo que seguir abriéndose paso un tramo más para alcanzar a leerlas, aunque con dificultad:

> Nos complace enormemente ser honrados con la presencia de tan eminente señor,
> que en nombre de nuestro emperador viene a afianzar relaciones y establecer alianzas.
> Agradecemos el interés del mandatario por los súbditos que

residen en tierra extraña;
que Su Alteza Imperial recompense los esfuerzos del venerable emisario a su regreso.

Las leyó de principio a fin varias veces y no le parecieron fluidas. El mensaje estaba bien expresado, pero faltaba ritmo, musicalidad. Li Hongzhang comandaba ejércitos, pero también era un hombre de letras; sería mejor que no se detuviese a leerlas.

Estaba pensando en cómo corregirlas cuando oyó que la gente empezaba a cantar. Distinguió el verso «Con un palacio de oro sobre su cabeza y mil pabellones púrpura», que le sonó reverencial y solemne, aunque era la primera vez que lo oía. Después comprendió que debía de ser el *Himno de Li Hongzhang*, que habían compuesto con motivo de su visita ante el requerimiento de una pieza musical por parte de los extranjeros, adaptando un poema de la dinastía Tang.

El coche de caballos cruzaba el pórtico avanzando lentamente en dirección a donde él se encontraba. Lo arrastraban dos caballos percherones con arreos rojos que parecían pintados sobre su piel negra. Sus gruesos cascos levantaban una polvareda no solo de tierra y piedras; aquel día también despertaban vítores a su paso, pero eran animales adiestrados para el transporte y no se inmutaron por la algarabía.

A medida que el coche se aproximaba, Fat pudo ver de cerca a sus ocupantes. Eran cuatro: dos delante y dos detrás, sentados frente a frente. De los cuatro, tres eran blancos. El cuarto, sentado en el asiento izquierdo de la fila de atrás, debía de ser Li Hongzhang. Su sombrero parecía muy pesado, pues el ministro inclinaba el cuerpo hacia delante y se apoyaba con los hombros contra el borde del carruaje. Tenía gruesas bolsas bajo los ojos que recordaban nueces y el mentón le vibraba sin descanso, como si intentara sofocar una tos incipiente. Con una mano sujetaba una copa de plata en la que escupía de vez en cuando y en la otra llevaba una pipa. Fat había oído que Li Hongzhang fumaba mucho, pero lo que Li Hongzhang fumaba no era, como se decía, opio, sino tabaco. Tabaco de puros estadounidenses que desmenuzaba dentro de la pipa.

En realidad, despojado de aquel uniforme de gala y de aquel sombrero de oficial con pluma de pavo real, el ministro no era diferente de cualquier otra persona de edad avanzada. La vejez

llega lentamente. Primero una arruga, luego una cana; se empieza con dolor de huesos, y a ello se suma un calambre. Nadie sabe qué arruga ha aparecido aquella mañana o qué cana ha salido después de qué comida, pero llega un momento en que la suma de todo ello nos hace darnos cuenta de que ya somos viejos. Eso era lo que le había ocurrido a Li Hongzhang tras la guerra de Jiawu: había envejecido.

Los ancianos con ese aspecto formaban parte del paisaje en el pueblo de Fat, allá en Hoiping. En verano ladeaban la cabeza, dormidos en el tranco de sus casas, y en invierno se tumbaban al sol con el cuello arrugado ocultando el sudor en sus pliegues, la barbilla aún con restos de arroz de quién sabe qué comida, y el aire circulando por los huecos entre sus dientes cuando hablaban.

Pero Li Hongzhang tenía algo diferente. El uniforme y el sombrero le daban un porte solemne, majestuosidad. Entre él y el pueblo llano seguía mediando una enorme distancia.

A Fat le sorprendió pensar en esas cosas.

Entonces el gentío de su alrededor empezó a agitarse y vio que el coche de Li Hongzhang viraba hacia ellos.

—¡La paz sea con usted, honorable señor Li! —gritaban todos, asiéndose las ropas para arrodillarse a su paso, lo cual liberó el campo de visión de Fat. Entonces percibió cómo los ojos de Li Hongzhang se le clavaban a través de sus gruesas lentes. Estaba mirándolo a él, a ese pordiosero de la cicatriz que no se arrodillaba.

Fat se encogió, empequeñecido bajo aquella mirada.

—¡Li Hongzhang, le rogamos comunique en nuestro nombre a Su Alteza Imperial nuestro deseo de que vuelva la prosperidad a las montañas y los ríos del imperio! —gritó, inclinándose.

La voz de Fat se confundía con el griterío. Tal vez Li Hongzhang lo oyó, tal vez no; sin embargo, Li Hongzhang hizo una señal al cochero para que se detuviera. La multitud comenzó a agolparse contra el coche y la policía acudió rauda a formar una barrera uniendo sus brazos. La masa chocaba contra aquel muro humano, pero no consiguió derribarlo. Cuando se calmaron un poco pudieron ver a lo lejos, más allá de los hombros policiales, la minúscula figura de aquel anciano de porte solemne.

—¿Cómo es la vida en estos lares? —preguntó con parsimonia extendiendo la mano hacia el gentío, en dirección a donde estaba

Fat.

Todos se miraron entre sí sin saber qué responder; nadie abrió la boca. Finalmente alguien, con voz apagada, dijo que buena, pero su vecino le tiró de la manga: «No, no tan buena». Mirando de reojo al alcalde, Fat contestó:

—Honorable señor, la verdad es que lo pasamos muy mal. Nos vemos obligados a aceptar los trabajos que rechazan los blancos por la mitad de lo que ellos cobrarían. Además, en cuanto logramos unas mínimas ganancias, nos cargan con impuestos exagerados que nos impiden ahorrar.

Una vez roto el hielo, la gente se vio con ánimo de hablar. Un joven se irguió, se abrió paso hacia delante y dijo:

—El Parlamento de la Montaña del Oro está debatiendo si aumentar el importe del impuesto de capitación. Con lo poco que ganamos no podemos ahorrar para casarnos.

—¿Acaso no estamos igual los que tenemos esposa? —interrumpió un hombre mayor—. No podemos reunir el dinero del impuesto de capitación. Si mi mujer no puede venir, yo tengo que follarme a la almohada igual que tú.

Todos rieron la procacidad de aquel hombre a excepción de Li Hongzhang, que cerró los ojos con gesto agrio.

—Ya veo —sentenció, sin volver a hablar.

El coche emprendió la marcha de nuevo y los cascos de los caballos levantaron una espesa polvareda que lo desdibujó en un instante.

Así llegó a su fin aquel día de otoño.

Fat, observando el coche convertido ya en un puntito negro, dejó escapar un hondo suspiro.

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Vigesimosexto año del reinado de Guangxu (1900)

Luk-zi se levantó, se vistió y se disponía a plegar la persiana de bambú cuando se sorprendió al ver la luz del sol. Hasta entonces habían tenido cinco días ininterrumpidos de copiosa lluvia que

había dejado un rastro de liquen verde en las paredes de la casa, pero aquel día era extraordinariamente brillante. No era un brillo habitual, sino un resplandor rabioso sin viento ni nubes. El sol bañaba la higuera de bengala del patio cubriéndola de oro. Eran los últimos coletazos de la canícula, rugiendo como un tigre sobre los árboles.

La señora Mak se había levantado hacía rato y ya estaba sentada en el patio, limpia y peinada.

—¿Has comprado los pastelillos? —preguntó a Coi, abanicándose.

—La joven señora los compró ayer —contestó Coi, que acababa de lavar la ropa y estaba apuntalando el tendedero de bambú para tenderla—. De pasta de semillas de loto y doble yema, de coco, de nuez y almendra, y de pasta de azufaifo con osmanto.

Gam-san, que ya tenía cinco años, se hallaba acuclillado a los pies del árbol echando agua de un cuenco en un hormiguero. En cuanto oyó la palabra «pastelillos» soltó el recipiente y se abrazó al delantal de Coi para pedirle algunos.

—Son para la noche, a mí no me preguntes —contestó la criada—. Díselo a tu abuela.

Gam-san dejó a Coi y se encaramó a las piernas de la señora Mak.

—Quiero pastelillos…

La señora Mak le secó el sudor de la frente y, negando con la cabeza, le explicó:

—Los pastelillos de luna se comen después de la cena de la fiesta del Medio Otoño, que es esta noche. No se pueden comer hasta que salga la princesa que vive en la luna [37].

—¿Falta mucho para que salga la princesa? —preguntó Gam-san.

—Dos comidas nada más.

Cuando lo oyó, Gam-san se puso a berrear con la boca abierta y le brotaron gordos lagrimones. La señora Mak no soportaba el llanto de su nieto, le desgarraba el corazón, así que se levantó apoyándose en el bastón y cogió de la mano a Gam-san para llevarlo a la cocina.

—Ven, te daré uno grande de dos yemas, pero te llenará el

estómago y luego no podrás comer ni cenar…

Gam-san dejó de llorar en el acto y exhibió una sonrisa resplandeciente.

Luk-zi, aguantándose la risa, pensó que el travieso de Gam-san derretía con facilidad el corazón de su suegra, por lo habitual pétreo como el barro endurecido.

Volvió a la cama, donde Gam-ho dormía plácidamente. La noche anterior había vomitado toda la leche y no se había dormido hasta la madrugada. Cuando dormía, Gam-ho fruncía su ceño sonrosado formando una complicada maraña de arrugas. Estiró su cuerpo con tanta fuerza que Luk-zi se asustó pensando que iba a caerse; luego dio unos gritos, volvió a serenarse y emitió un resuello de nariz congestionada.

«Este niño no se parece en nada a su hermano —pensó la madre—. Apenas cuenta un mes y ya tiene preocupaciones que le quitan el sueño».

Entonces se sentó delante del tocador para peinarse.

Su abundante y lacia cabellera negra le caía sobre los hombros hasta la cintura. A excepción de Fat, nadie la veía con el pelo suelto, siempre lo llevaba recogido en un moño. Cogió un peine de hueso, lo mojó en fijador y comenzó a peinarse lentamente; luego se hizo una gruesa trenza bien apretada que se enrolló sobre la cabeza. Las mujeres de Zimin usaban agua de flores, pero Luk-zi se aplicaba el fijador de la marca Luk Mui que Fat le compraba en Hong Kong. Era fresco, transparente y ligeramente perfumado. Cuando terminó de peinarse se colocó una flor roja en el pelo y se miró en el espejo. Vio su cara redonda y resplandeciente como una moneda de plata y unos mofletes relucientes. A continuación abrió un cajoncito del tocador del que sacó una caja de madera de sándalo. Tenía una cenefa tallada y un cierre compuesto por dos grandes aros de latón; parecía uno de esos joyeros de las mujeres ricas, aunque este no contenía alhajas.

Levantó el aro superior y la caja se abrió. Dentro había una pila

de cartas, las cartas que Fat le había enviado a lo largo de aquellos años. Las conservaba cuidadosamente. La de encima era la más reciente, de hacía algo más de un año: Fat la había escrito cuando estaba a punto de subir al barco de regreso al pueblo. En esa ocasión se había quedado un año entero. Acababa de irse de nuevo, justo el último día de mercado, y aún debía de estar en el barco, por lo que pasarían dos o tres meses antes de que recibiera su próxima misiva. Luk-zi abrió aquella última carta y volvió a leerla. La había releído tantas veces que los pliegues estaban desgastados. Habría podido recitar su contenido de memoria.

Al llegar al pasaje «Después de tantos años separados ardo en deseos de volver para estar juntos de nuevo sobre nuestro lecho» se sonrojó y se alegró de que la señora Mak fuera analfabeta. Cuando le leía a su suegra las cartas de Fat, siempre se saltaba muchos párrafos.

La última vez que volvió al pueblo, Fat había llevado el dinero para el pasaje y los impuestos de capitación de ella y de
Gam-san
para que viajaran con él a la Montaña del Oro. Sin embargo, después de que Fat lo consultara a puerta cerrada con su madre, el plan quedó descartado. Luk-zi ignoraba qué fue lo que la señora Mak le había dicho a su hijo, pues este no compartió con ella ningún detalle de la conversación. En realidad, no fue necesario: a
Luk-zi
le bastó con ver la expresión ceñuda con la que Fat había salido de la habitación de su madre para imaginarla.

De pronto quiso escribirle a Fat para preguntarle su opinión al respecto. Si se daba prisa y la enviaba ya, quizá llegaría a la Montaña del Oro antes incluso que él. Sacó papel, preparó la tinta y humedeció el pincel. Cuando hubo escrito la frase «Mi querido esposo:» notó una humedad en el pecho: se había mojado la túnica. Tener a
Gam-ho,
a diferencia de
Gam-san,
había sido tan fácil como cuando una gallina pone un huevo. Antes de que Coi pudiera volver a casa con la partera, el bebé ya había sacado medio cuerpo, sin apenas esfuerzo. Fat había contratado a

una mujer para que cuidara de
Luk-zi
durante el mes de convalecencia del parto. La alimentaba tan bien que tenía leche para tres bebés y aún sobraba.

Cogió una toalla de mano y se desabrochó para secarse. Debajo de la túnica de seda con abertura cruzada llevaba un sostén de tela de batista que Fat le había comprado en la Montaña del Oro. Decía que allí las mujeres llevaban no solo sostén, sino también faja. «Pechos grandes, cinturas pequeñas, ¿qué son, avispas?», había comentado ella con sorna, y no había querido ponérselo. Después, ante la insistencia de Fat, no tuvo más remedio que llevarlo. Al principio sentía el pecho atrapado y le faltaba aire hasta para hablar, pero luego se acostumbró y cuando no lo llevaba sentía que los pechos le colgaban. A lo que
Luk-zi
no accedía de ninguna de las maneras era a llevar faja. Decía que esas cosas se usaban para parecer guapa sentada pero que no podría mover un músculo, y Fat acabó renunciando.

Cuando se le hubo secado el sostén volvió a sentarse a escribir.

> Gam-san y Gam-ho están bien. Tu madre sigue mal de la vista, pero no ha empeorado.

Al llegar a este punto,
Luk-zi
pensó que esas no eran las palabras que quería escribir. Arrugó el papel, lo arrojó a la papelera y extendió otra hoja para volver a empezar.

> Mi querido esposo:
>
> En el momento de escribirte estas líneas toda la familia sigue bien de salud. El señor Au-joeng vino a regalarnos libros de texto y cuadernos de caligrafía para los niños. Gam-san comenzará a estudiar la próxima primavera. La cosecha de este año ha sido abundante y ya he recibido las rentas de los campos que tenemos en arriendo. Tu madre quiere que el próximo día de mercado compremos un búfalo para que lo engordemos y podamos usarlo para arar la próxima primavera. También ha dado su consentimiento para que Coi se case con

Ha-kau;
la boda se celebrará después del Año Nuevo. De este modo, ambos se quedarán a vivir con nosotros. Él se encargará de las faenas del campo y ella de las tareas dentro de las cuatro paredes de la casa: es una unión ideal.

Llegada a ese punto se le había cansado la mano. No había tocado un pincel en toda la convalecencia y le faltaba práctica. Pensó que le había contado todos los asuntos de casa que había que contar, pero aún tenía cosas que decir. Lo que estaba escrito en el papel eran las preocupaciones de su mente, que fueron lo primero que se le ocurrió. Lo que aún no había escrito procedía, sin embargo, del fondo de su corazón y le costaba expresarlo. Volvió a coger el pincel, meditó profundamente y añadió una posdata:

Hoy es la Fiesta del Medio Otoño. Esta noche saldrá la luna llena más hermosa y brillante del año y hará que me acuerde aún más de ti. Me pregunto cuándo llegará el día en que se cumpla la promesa que me hiciste de reunirnos allí. Temo que todo siga como hasta ahora y yo acabe perdiendo mi juventud. Disculpa si te contrarío: tan solo plasmo mis sentimientos con el pincel y los hago llegar a mi amado en la Montaña del Oro.

Tu esposa,

Jin
Zimin, Fiesta del Medio Otoño
del año de la rata de metal **[38]**

Cuando dejó el pincel oyó una especie de murmullo, se volvió y vio cinco caras en la ventana: eran las vecinas. Les abrió la puerta y entraron parloteando.

—Luk-zi, ¿ya estás escribiéndole a tu Fat? ¡Pero si acaba de irse!

Sus maridos estaban en la Montaña del Oro. Desde que se marcharon, algunos habían vuelto y otros no. Ellas solían pedirle a Luk-zi
que les escribiera cartas.

—Qué tonterías decís —replicó Luk-zi,
con una risa desdeñosa—, es mi suegra la que me manda escribirle.

Todas sabían lo enamorados que Luk-zi y Fat estaban y para meterse con ella anunciaron:

—Vamos a preguntarle a la señora Mak qué es eso tan urgente que tiene que decirle a su hijo.

—Pero ¿no queríais que os escribiera unas cartas? —repuso Luk-zi, nerviosa.

Al verla tan sofocada las mujeres se echaron a reír.

Sacaron la costura para entretener las manos además de la lengua. Unas bordaban, mientras que otras tejían suelas de zapatos. La habitación bullía de actividad.

—Luk-zi, escríbele al mío y pregúntale si este mes va a mandarme dinero o no —le pidió Lin, una de las mujeres.

De todo el pueblo, su marido era el que llevaba más tiempo en la Montaña del Oro: cincuenta y seis años ya. Tenía problemas respiratorios y se ahogaba con facilidad, por lo que ya no podía hacer grandes esfuerzos. Con el dinero que había ahorrado se compró una concubina en una casa de té de la Montaña del Oro, con la que tuvo dos hijos. Desde entonces no había vuelto al pueblo, aunque cada dos meses sin falta enviaba dinero a su mujer. En realidad, quien corría con los gastos en el pueblo y en la Montaña del Oro era la concubina con lo que ganaba sirviendo mesas en la casa de té.

—¿Qué ganas con preguntarle a él? —le dijeron—. El dinero lo lleva la otra…

—Y menuda vida se pega —respondió Lin, dolida—, disfrutando de lo lindo en la Montaña del Oro y yo aquí pudriéndome en casa.

Las mujeres comenzaron a hablar todas a la vez.

—¿Qué esperas de una mujer que trabaja en una casa de té? —dijo una—. Son de la peor calaña. La culpa es de tu marido, por tenerla como una reina.

—Qué valdrá la furcia esa —añadió Lin con una mueca de disgusto—, la mujer soy yo…

Al oírla decir eso, Luk-zi no pudo más que intervenir.

—¿Acaso no ha venido de su sueldo el dinero para tu casa y para

la ropa que llevas puesta? —la reprendió, apuntándola con un dedo—. ¿No te das cuenta de que es el sudor de su frente el que te mantiene? Ella tiene que ganar lo suficiente para ella y para que en tu casa también tengáis. Si no, os moriríais de hambre. ¿Por qué no escribimos preguntando si ha sucedido algo en vez de gastar saliva en rencores?

Lin no volvió a rechistar.

Una de las mujeres, recién casada y más revoltosa, cogió del escritorio la carta que
Luk-zi
no había tenido tiempo de guardar y empezó a leerla de arriba abajo.

—Jue, ¿cuándo has aprendido a leer? —se burlaron las demás—. ¿No la estarás mirando del revés?

Jue, sin hacerles caso, aguzó la vista y fue señalando cada carácter con un dedo mientras leía trabajosamente.

—¡Campo! Aquí pone «campo» —dijo al cabo de un tiempo—. Y ese carácter de ahí también lo conozco, es «búfalo». Y ese quiere decir «cuatro». Ya sé, ¡tu marido va a compraros cuatro búfalos para arar el campo! ¿A que sí?

Divertida, Luk-zi tomó la carta de sus manos.

—No sé qué es peor, si antes, cuando no sabías leer, o las historias que te inventas ahora con lo poco que sabes…

Jue era la más joven de todas. Su marido se había ido a la Montaña del Oro justo después de la boda. Estaba embarazada de cinco meses y por tanto era la que menos responsabilidades tenía. Por eso le gustaba visitar a
Luk-zi
con frecuencia y esta, a menudo, le enseñaba algunos caracteres.

—Vaya con Jue —dijeron—. ¡Parece mentira! Si se sabe algunos caracteres y todo.

—En realidad no es tan difícil —dijo
Luk-zi
—, con aprenderte uno al día eso son trescientos sesenta y cinco en un año. En dos años ya puedes escribir tus propias cartas. Lo privado que tengas que decir lo escribes tú misma, sin que nadie más se entere.

Todas asintieron dándole la razón.

—Luk-zi conoce todos nuestros asuntos, pero los suyos se los escribe a Fat sin que nadie los sepa.

—Eso —repuso Lin—, le contamos todas nuestras cosas y aún le pagamos el favor con cestas de huevos, pastelillos… ¡Con la escasez que pasamos!

La charla despertó a
Gam-ho,
que comenzó a llorar a pleno pulmón. Luk-zi señaló nerviosa en dirección a la puerta y bajaron el tono, pero ya era demasiado tarde. La señora Mak irrumpió en la habitación golpeteando con el bastón.

Nada más entrar lo levantó y señaló directamente a la frente de
Luk-zi:
los ojos de sus oídos seguían tan finos como siempre.

—Tenías que haberle dado de mamar ya. ¿Qué has hecho toda la mañana?

Luk-zi corrió a coger a
Gam-ho,
se desabrochó la túnica y le puso el pecho en la boca. Gam-ho dio unas chupadas y se serenó.

—¿Y vosotras, qué? ¿No tenéis nada que hacer en casa? —las señaló haciendo un círculo con el bastón—. Estamos a día quince del octavo mes, ¿no tenéis que ayudar a vuestras suegras a preparar la cena de esta noche?

Ellas se miraron sin decir palabra y acto seguido huyeron despavoridas como los ratones ante la presencia del gato.

Luk-zi sabía que a su suegra no le gustaba que se relacionara con las esposas de los otros hombres que vivían en la Montaña del Oro, por si la hacían desatender la casa. Sosteniendo a
Gam-ho
de un brazo, ayudó con el otro a la señora Mak a sentarse y se excusó:

—Madre, es mejor que les enseñe, así no las tendré aquí todo el día pidiéndome que les escriba cartas.

—Las mujeres no necesitan leer ni escribir —replicó la señora Mak con un respingo desdeñoso—. Lo que tienen que hacer es cuidar del marido y de los suegros.

Luk-zi captó el reproche de su suegra y, al ver su expresión

avinagrada, se armó de paciencia y cambió de tema.

—¿Ha dormido bien, madre?

—¿Cómo voy a dormir tranquila? Extraño a mi hijo. Esta última vez vino en los huesos, pobrecito mío. Con toda la familia pendiente de sus envíos para sobrevivir él tiene que trabajar día y noche en la Montaña del Oro sin nadie que le haga la comida ni le remiende la ropa. El marido de Lin no le llega ni a la suela del zapato en trabajador, pero se lo ha organizado bien. Aquí tiene a la mujer a cargo de la casa y allí a la concubina cuidándolo.

Luk-zi se sobrecogió. Su suegra parecía estar diciendo que quería que Fat tomara una concubina. Antes de casarse con él, se había empeñado en no hacer de segunda, pero ahora que se habían casado no podía impedir que se buscara una. La asaltó la duda de si Fat habría hablado de ese tema con su madre aquel día a puerta cerrada. Con razón no había querido llevarla con él a la Montaña del Oro…

—¿Fat tiene a alguien allí? —aventuró con voz temblorosa.

—Mi hijo no quiere tomar concubinas —se lamentó la suegra, resoplando por la nariz—. Se niega a escucharme. Una vez casado, la esposa pasa por encima de la madre. Todo el mundo sabe que a la que hace caso es a ti. Si de verdad lo quisieras, le escribirías pidiéndole que se buscara una mujer aquí para llevársela a la Montaña del Oro. Buscársela allí no, que esas mujeres no son trigo limpio.

Luk-zi oyó aquello sin poder acatar ni protestar, con un hormigueo en el corazón que la inquietaba. Se alegraba de conocer el parecer de Fat, pero también le preocupaba pensar cómo pasaría sus días allí. Conminada por la mirada vacía de la señora Mak, no tuvo más remedio que asentir.

—De acuerdo, madre —murmuró a regañadientes.

La señora Mak se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se volvió.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. No hay primera esposa que acepte de buen grado que el marido tenga concubinas. Yo misma, en vida del padre de Fat, me opuse a ello. Pero Fat no puede seguir más años sin tener a su lado a alguien que cuide de él. A no ser que estés pensando en irte con él a la Montaña del Oro y abandonar a esta pobre vieja…

Había terminado la frase en un tono ascendente, interrogante, y permaneció allí de pie, sin irse, como aguardando una respuesta. Luk-zi sabía que, si no se la daba, su suegra seguiría apoyada en el marco de la puerta hasta el fin de los días.

—Aquí a su lado me tendrá cien años, para servirla —le dijo, sin mirarla. No se atrevía a mirarla a la cara, pues sabía de la perspicacia de sus ojos ciegos.

El golpeteo del bastón de la señora Mak se alejó hasta detenerse en el patio interior.

—Coi, escoge ocho de los mejores pastelillos de luna, dos de cada clase; ponlos en una caja forrada de seda y llévaselos a la señora Coeng-tai —la oyó decir; el eco de su voz retumbaba por todo el patio—. Por haberse hecho cargo de
Luk-zi
todos estos años… No debió de ser tarea agradecida.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Vigesimonoveno año del reinado de Guangxu (1903)

—¿Nombre?

—Lam.

—¿Apellido?

—Zyu.

—¿Es Lam su nombre de pila completo, señor Zyu?

—¿Que qué? ¿Me estás hablando en chino o en qué? —dijo Lam, mirando de frente al traductor.

Fat apretaba los labios con fuerza para contener la risa. Estaba sentado a un lado del pasillo que cruzaba la decena aproximada de filas de asientos destinados al público. Al otro lado había un blanco. Ellos dos eran el único público asistente. El blanco llevaba bajo el brazo un ejemplar de *The Province* doblado varias veces por una página de publicidad con un pequeño anuncio marcado en rojo:

> La lavandería Chuk Huen ha abierto una sucursal en la calle Georgia, justo enfrente del Vancouver Grand Hotel. Con más

> de una década de experiencia lavando, blanqueando, planchando y remendando ropa, la lavandería Chuk Huen cuenta entre sus clientes con más de una veintena de hoteles y hostales. Precio asequible y satisfacción asegurada.

El traductor, un hombre chino de baja estatura, iba enfundado en un traje de tres piezas de estilo occidental y llevaba el sombrero en una mano, apoyándolo contra el hombro. Erguía tanto la espalda que a Fat le recordaba al maniquí que tenía en la trastienda de su lavandería.

—Sí, su señoría. El señor Zyu dice que así es.

—Calvo traidor —masculló Lam entre dientes—, comiendo de la mano de los blancos como un perro, cortándose la trenza de sus ancestros…

—Se abre la vista del caso White contra Zyu. Señor White, ¿jura ante este tribunal decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

El señor White era un occidental que había denunciado a Lam. Tomó de manos del juez un grueso libro de tapas negras, puso una mano encima y, con la otra en alto, pronunció unas palabras ininteligibles para Lam. Al terminar, el traductor cogió el libro y se lo ofreció a Lam.

—Pero ¿qué libro me traes? ¡Yo no creo en el barbudo ese vuestro!

—¿Qué está diciendo? —preguntó el juez al traductor.

—El señor Zyu no cree en Dios y por tanto no puede jurar sobre la Biblia —contestó el traductor.

—¿Y en qué cree el señor Zyu, aparte de en el dinero?

En cuanto el traductor le hubo transmitido las palabras del juez, Lam soltó:

—¡Me cago en su madre!

Pasmado, el rostro del traductor palideció. Vaciló unos momentos y, después, le dijo al juez:

—El señor Zyu manda recuerdos a su señora madre.

Fat no pudo contenerse más y estalló en una carcajada.

—Gracias. Sin embargo, aún no me ha dicho cómo prefiere efectuar el juramento. ¿O quiere que procedamos de la manera habitual?

Aquella no era la primera vez que Lam se veía en los tribunales.

Tres meses atrás otra persona lo había denunciado por el mismo motivo. En ambas ocasiones lo acusaban de no haber devuelto ropa que le habían dejado para lavar.

Ardía en deseos de hablar, pero no debía.

La vez anterior perdió el juicio y fue condenado a pagar treinta dólares canadienses. La vez anterior había hecho el juramento delante de una estatuilla de Gwan Tai, el Buda de la guerra, pero como no lo había protegido no quería repetir.

—El pollo. Sí, la sangre del pollo —dijo Lam finalmente, después de pensarlo un buen rato.

El juez alzó las cejas con sorpresa y las gafas se le cayeron sobre la mesa.

—Señoría, es una costumbre del sistema judicial chino que viene de antiguo sellar una declaración jurada con la sangre de un ave —aclaró el traductor—. De ningún modo se trata de una burla a este tribunal.

El juez ordenó hacer un descanso. Al retomar la sesión, media hora después, un fornido alguacil entró en el juzgado portando una gallina blanca. Tenía las alas fuertemente atadas con una cuerda. Debía de acabar de comer, pues tenía mucha energía. Cuando el alguacil la puso en el suelo del pasillo empezó a patalear y a cacarear con estridencia. La sala se llenó de un plumerío blanco.

Lam plantó tres barritas de incienso enfrente de la mesa del juez, las prendió con la punta de un papel encendida, se arrodilló y se inclinó tres veces. A continuación se sacó de detrás de la oreja un papelito que llevaba enrollado, lo extendió y se lo leyó en voz alta al juez.

Era una declaración jurada que Fat le había escrito. Él no sabía leer los caracteres; Fat se los había enseñado y él los había memorizado.

—Me llamo Zyu Lam. Soy oriundo de la aldea Dungning en el condado de Hoiping, provincia de Cantón, China. Desde hace ocho años trabajo lavando ropa en la lavandería Chuk Huen con sede en el número 732 de la calle Georgia, anteriormente en el número 963 de la calle Ming. A principios del presente mes, el señor White se presentó en mi lugar de trabajo con tres prendas: un jersey y dos pantalones de vestir. El jersey solo debía lavarse, pero los pantalones, además de lavarse, debían ser remendados. El par de

pantalones más claro tenía una pernera deshilachada, mientras que el par oscuro tenía una quemadura en un bolsillo. Las tres prendas estuvieron lavadas y remendadas la tarde del día siguiente. El tercer día, a las diez de la mañana aproximadamente, el señor White envió a una criada a recogerlas. Yo le hice entrega de las tres envueltas en papel de estraza. Sin embargo, el señor White afirma que no han llegado a sus manos… Es evidente que el White este, calvo de mierda, me está calumniando. Si de verdad no encuentra su ropa, que le pida cuentas a su sirvienta: es a ella a la que habrían de castigar. Igual se la regaló a algún amiguito suyo y ahora me están haciendo cargar con el muerto… Juro todo lo anteriormente dicho sobre esta sangre derramada así como delante de Su Alteza Imperial y de mis ancestros. Y si algo de esto no fuera la pura verdad, que se me coman las ratas de mi casa, que me atropelle un coche por la calle, que me atragante, que me salgan almorranas y que me partan cinco rayos.

Había empezado recitando lo que Fat le había enseñado, pero después empezó a sonarle pomposo y decidió improvisar. Cuando el traductor terminó, tenía la frente sudorosa. En realidad, no había tenido tiempo de traducirlo todo y, tras sacar un pañuelo para secarse el sudor, terminó de resumir al juez:

—Como conclusión, el señor Zyu menciona muchas maneras de perecer en caso de estar mintiendo.

Entonces el alguacil acercó la gallina gritona, la colocó sobre un ladrillo, cogió un hacha pesada y la descargó sobre el cuello del ave. La sangre que manó de él formó un charco pegajoso en el suelo. La cabeza yacía inerte en el ladrillo, pero el cuerpo se irguió y empezó a corretear, llenando el suelo de huellas rojas. El alguacil tardó en reaccionar antes de salir tras ella.

Aquel día los transeúntes que pasaban por la puerta del juzgado fueron testigos de un espectáculo poco habitual: una gallina decapitada con las alas atadas corría despavorida por el césped. Caminaba sin parar y no dejaba de brotarle espuma del cuello, parecía una botella recién descorchada. Un hombre uniformado corría como un bobo detrás del ave, que, aun sin cabeza parecía tener ojos, pues cada vez viraba el rumbo en el preciso momento en que el pobre funcionario daba un quiebro de cadera para cogerla. El alguacil era demasiado corpulento y le costaba moverse.

Finalmente, y tras varios intentos, cuando apenas le quedaba aliento, pudo darle alcance. No por méritos propios, sino porque la gallina se detuvo. Estaba correteando alrededor de la fuente cuando topó de bruces contra ella, soltó una cagalera de hierba verde sobre los escalones de mármol blanco y cayó desplomada.

Cuando el alguacil consiguió llevar a la fugitiva de vuelta al tribunal, Lam, que seguía genuflexo, comenzaba a impacientarse. Al verlos llegar estiró el dedo índice. Primero mojó el dedo en la sangre a medio secar del cuello de la gallina y luego lo estampó en su declaración jurada, que prendió con el fuego del incienso y dejó arder. Entonces se incorporó y volvió a su sitio.

—Usted afirma que el señor White envió a su sirvienta a recoger la ropa. ¿Cuál es el nombre de la sirvienta? —inquirió el juez.

—Eso pregúntaselo a él —dijo Lam señalando al señor White, en el banquillo de la acusación—. La sirvienta es suya, yo qué voy a saber el nombre.

—¿Qué aspecto tenía? Aunque no sepa el nombre, sí podrá darme algún detalle.

Lam estuvo pensando un buen rato con el dedo índice en la boca.

—Cómo me voy a acordar —dijo después—, si todos los blancos tienen la misma pinta.

El traductor estaba transmitiéndole sus palabras al juez, cuando Lam se puso a gritar:

—¡Ya sé, ya sé! ¡Las tetas! Tenía unas tetas que le llegaban al estómago.

Fat quiso reír, pero no se atrevió. Cuando el traductor tradujo lo que Lam había dicho, fue el señor White quien estalló en carcajadas. El juez, terriblemente enfadado, asestó dos martillazos, señaló a Lam y le dijo:

—Diez dólares de multa por mofarse de un tribunal del Imperio británico.

—Pero si el que se ha reído es él —dijo Lam señalando al señor White—. ¿Qué justicia es esta?

—¡Quince dólares! —gritó el juez dando otro martillazo.

Lam fue a protestar, pero oyó toser a Fat: le advertía que se retirase a tiempo, así que calló.

—¿Qué pruebas tiene de que el señor Zyu haya extraviado su

ropa? —preguntó el juez al señor White.

—Señoría, yo solo sé que le confié cinco prendas y no me ha devuelto ninguna. ¿Qué más prueba es necesaria? ¿Acaso me sobra el tiempo para perderlo llevando ante la justicia a un amarillo? —dijo el señor White.

Lam apretó los puños con fuerza. En un abrir y cerrar de ojos tres prendas se habían convertido en cinco. Se disponía a quejarse cuando oyó que el traductor le preguntaba:

—¿Qué pruebas tiene de no haber extraviado la ropa del señor White? ¿Hizo firmar algún tipo de recibo al entregarla?

—Pero ¿qué firma voy a pedir por tres prendas de nada? —contestó Lam—. Ni que me estuviera vendiendo a la mujer…

El juez, después de reflexionar unos instantes con los ojos cerrados, los abrió y dijo:

—Uno dice que le han extraviado ropa; el otro jura que no. Ni demandante ni demandado han presentado pruebas suficientes, de modo que no puedo creer ni dejar de creer a ninguno de los dos. Las partes se repartirán los cargos. Cinco prendas divididas por dos… teniendo en cuenta que se trataba de ropa usada… eso son cinco dólares. Añadiendo las costas judiciales, en total son doce dólares. El señor Zyu Lam debe indemnizar al señor Adam White con doce dólares. La mitad que falta, señor White, va a tener que aceptar no cobrarla. No debería haber interpuesto una demanda sin disponer de pruebas suficientes.

—Pero ¿qué mierda de veredicto es este? —explotó Lam, pataleando—. ¡Hasta el magistrado Fang, que era más ciego que una piedra, decidía con más vista!

El juez, que entendió sin la ayuda del traductor que aquellas no eran palabras amables, se levantó y comenzó a dirigirse hacia la salida. Justo entonces el blanco, que había permanecido sentado en los bancos del público durante toda la vista sin decir palabra, se puso en pie y declaró:

—Señoría, aguarde, yo tengo una prueba.

El juez se detuvo y lo miró de arriba abajo. Aquel hombre tenía un porte más que digno, así que le hablo en un tono más amable:

—Dígame, ¿quién es usted?

El hombre se inclinó ante el juez y dijo:

—Me llamo Rick Henderson. Soy subdirector general del

Vancouver Grand Hotel, propiedad de la Compañía de Ferrocarriles del Pacífico.

—Oh —exclamó apreciativamente el juez—. Sí, los duques de Cornwell y de York se alojaron en su hotel cuando vinieron de visita. Yo mismo tuve ocasión de asistir a su cóctel.

Aquel hombre llamado Rick añadió:

—No solamente los duques de Cornwell y de York; todos los miembros de la familia real se alojan en nuestro establecimiento cuando visitan la costa oeste. Los que quieren tomar el té a la inglesa en el comedor real deben hacer la reserva con semanas de antelación. En mayo, con motivo de la merienda del Día de la Reina Victoria, vendrán a tocar varios integrantes de la Orquesta Real Británica, entre ellos dos violinistas que actuaron ante la reina con ocasión de la celebración del cincuenta aniversario de su reinado. Todas las plazas están reservadas.

Rick se sacó del bolsillo un sobre con letras doradas en relieve que entregó al juez diciendo:

—Señoría, esta carta acredita mi identidad.

El juez extrajo del sobre una carta escrita también con letras doradas en relieve, la leyó de arriba abajo y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Viene usted a prestar testimonio en favor del señor White, ¿no es así? —preguntó, guardándose la carta en la toga.

—No, su señoría —replicó Rick, negando con la cabeza—, precisamente todo lo contrario. Mi declaración es en favor del señor Zyu Lam, a pesar de que este no haya requerido mi presencia. El señor Zyu trabaja en la lavandería Chuk Huen, regentada por el señor Fong
Dak-fat,
también hoy aquí presente. Dicho establecimiento lleva ocho años prestando sus servicios al Vancouver Granel Hotel. Los cinco primeros años lavaban y planchaban sábanas y manteles; por supuesto, de las habitaciones estándar, para las de lujo tenemos servicio propio de lavado y planchado dentro del hotel. Posteriormente, los tres últimos años han comenzado a ofrecer también servicio de lavado, planchado y remiendo de ropa a nuestros huéspedes de habitaciones estándar. Según he oído, la lavandería Chuk Huen ha abierto una sucursal en Vancouver con

una veintena de empleados que atiende a un puñado de hoteles y hostales. En ocho años, la lavandería madre no ha perdido ni una sola sábana del Vancouver Grand Hotel, y ninguno de nuestros clientes ha tenido tampoco queja alguna de su servicio. Por supuesto, sí ha habido otro tipo de quejas, como el mal inglés que dificulta la comunicación pero, teniendo en cuenta que se dice que en el Gran Imperio Qing se hablan más de cien dialectos mutuamente ininteligibles, no se puede esperar que los oriundos de tamaña torre de Babel comprendan de inmediato la lengua de nuestro gran Imperio británico. Señoría, le ruego tenga en cuenta el hecho de que una lavandería que lleva ocho años prestando servicio al Vancouver Grand Hotel difícilmente va a perder unas cuantas prendas de un cliente. Espero que reflexione y tenga mi testimonio en cuenta.

—¿Acaso se burla usted de este anciano? —se lamentó el juez—. De haber hablado al comienzo de la vista nos habría ahorrado muchas energías. ¡Y aquella pobre gallina aún habría podido poner muchos huevos!

Entonces dio un severo martillazo y sentenció:

—Se sobresee el caso de White contra Zyu. El demandante no ha presentado pruebas concluyentes y el señor Zyu no necesita compensarlo en modo alguno. Señor White, las costas del juicio correrán de su cuenta. La demanda queda desestimada.

Rick volvió a inclinarse ante el juez y le susurró:

—De ahora en adelante, si la lavandería Chuk Huen se viera involucrada en asuntos de este tipo, ruego que el tribunal tenga en cuenta las credenciales que he presentado o que me requiera si es necesario. A estos pobres ciudadanos del Imperio Qing no les resulta fácil ganarse la vida y encima hay quien les busca problemas.

Cuando salieron, Fat corrió a preguntarle a Rick qué demonios había escrito en aquella carta. Rick miró a uno y otro lado para asegurarse de que no había nadie y le dijo:

—Una invitación para la merienda del Día de la Reina Victoria en el comedor real, asientos de primera fila, al lado de la orquesta.

Si el inglés de Fat era malo, el de Lam era aún peor, por lo que Lam y Rick apenas cruzaban palabra. Tirando de la manga a Fat, Lam le comentó:

—Al final hiciste bien en salvarle la vida al *gwailou* este.

—Para ti es fácil decirlo, que no te quedó cicatriz en la cara —contestó Fat.

Rick chascó los dedos en dirección a la calle y su coche de caballos se aproximó. Saltó dentro, se volvió y le dijo a Fat:

—En adelante, para evitaros problemas, haced firmar a la gente cuando recoja la ropa.

—De acuerdo —asintió Fat.

El coche comenzó a alejarse.

Poco después, Rick ordenó al cochero que detuviera el vehículo y, volviendo la cabeza, añadió:

—Hay un intelectual chino, un tal Liang, que se aloja en nuestro hotel. Dicen que está de gira llamando a la revolución, que quiere derrocar a la emperatriz. Esta noche va a dar un discurso. ¿Vendrás?

A pesar de que Rick les hablaba despacio, Lam seguía sin entender palabra, así que le preguntó a Fat:

—¿Qué coño ha dicho?

—Esta noche cerraremos pronto, iremos al hotel —le explicó Fat.

—¿Al hotel? Si no hace falta, hoy mismo Ji les ha llevado planchados los manteles y las sábanas que fue a buscar ayer —protestó Lam.

—Pero ¿qué dices? Ha venido el señor Liang y se hospeda allí.

—¿El señor Liang? ¿Qué señor Liang?

—Sí, hombre, Liang Qichao, aquel que asesoraba al emperador. Ahora la emperatriz viuda ha puesto una recompensa de cien mil taeles de plata por su cabeza[39]. Ha venido a dar un discurso.

—Como se corra la voz de que te juntas con los de la Sociedad para la Protección del Emperador[40] te van a cortar el pescuezo. ¡A ti y a toda tu familia! —aseveró Lam.

—En Aguas Saladas hay muchos afiliados —replicó Fat—. Si yo no digo nada y tú tampoco y actuamos con cautela, nadie tiene por qué enterarse.

—Ve tú si quieres; yo he quedado con Ji para ir al casino. ¿Qué más dará quién gobierna? Los ricos seguirán siendo ricos y los pobres, pobres. ¿Qué cambia que venga Liang Qichao? Yo tendré que seguir lavando ropa para ganarme los dineros.

—Pero qué tonterías dices, ¿no te das cuenta de que si el Gran Imperio Qing fuera un poco más fuerte nosotros no tendríamos que abandonar a nuestras mujeres para pasar calamidades en tierra extraña? El emperador es joven y tiene un futuro prometedor. Ha estudiado la ciencia de Occidente y si gobernara la usaría para devolver el esplendor a los ríos y montañas del imperio y podríamos volver para reunirnos con nuestras esposas.

Lam se había casado hacía varios años y desde entonces no había logrado reunir el importe del impuesto de capitación ni el pasaje para volver, así que aún no conocía a su único hijo. Aquellas palabras habían puesto el dedo en la llaga; bajó la cabeza y no añadió nada más.

Aquel día, después de cerrar, Fat y Lam se vistieron con sus mejores galas y fueron al Vancouver Grand Hotel. Al caminar, sus zapatos de tela añil levantaban una polvareda en el aire nocturno que cada vez se hacía más grande; aligeraban el paso, pues comenzaban a sentir la excitación fluyendo por sus venas.

Cuando llegaron al hotel aún era pronto. Fat se encontró en la puerta con alguien a quien conocía muy bien. Sin embargo, aquel conocido no estaba en su ambiente; parecía fuera de lugar, como quien lleva unas prendas que no son las suyas. Fat dudó de la identidad de esa persona hasta que esta lo miró y le sonrió, con dos hoyuelos surgiéndole a ambos lados de la boca. Entonces comprendió que era quien sospechaba.

—¡Señor Au-joeng! —exclamó, cogiéndose los bajos de la túnica para arrodillarse, respetuoso, ante su maestro—. ¿Qué hace aquí en la Montaña del Oro? ¡Con razón mi esposa me escribía contando que no daba con usted! El año pasado quisimos poner a estudiar a mi

Gam-san.

—Un par de años atrás escribí algunos artículos a favor de la reforma democrática; enfadé al gobierno y pusieron precio a mi cabeza, así que no tuve más remedio que huir. Primero estuve en Japón; luego, al saber que Kang Youwei y Liang Qichao habían venido aquí, decidí seguirlos —explicó el señor Au-joeng, ayudando a Fat a levantarse.

El señor Au-joeng se llevó a Fat y a Lam a un rincón discreto y estuvieron hablando bastante tiempo. Cuando terminaron y fueron

al auditorio del hotel, la sala se hallaba abarrotada. La gente ocupaba hasta los pasillos e incluso había blancos. Fat y Lam encontraron un pequeño hueco en un rincón en el que se quedaron: al fin y al cabo, se habían perdido el principio. No importó, porque el señor Au-joeng les hizo un resumen. El señor Au-joeng acabó contándoles no solo el principio, sino también la parte central y el final. La forma de hablar de Liang Qichao era muy culta y sus frases altisonantes eran sendas repletas de bifurcaciones que incluso a alguien ducho en letras como Fat le resultaba difícil recorrer sin perderse. Por suerte, el señor Au-joeng les allanó el camino y les desveló el sentido de las palabras del discurso del señor Liang.

Finalizada la conferencia, volvieron a casa. Llegaron bien entrada la noche, pero ni Fat ni Lam podían dormir, así que se pusieron a fumar un cigarrillo tras otro. Los mozos, que se habían acostado hacía horas, estaban dando una sinfonía de ronquidos. En la oscuridad de la casa solo se veían las puntas de los cigarros cuya luz no dejaba de encenderse y apagarse. Lam lanzó los zapatos, se subió al catre y, quitándose la roña de entre los dedos, dijo:

—¡Una mujer tomando el puesto de nuestro emperador y gobernando nuestro país! Mira, ese señor Liang como se llame ha dicho muchas sandeces. Si quieres mi opinión, se contrata a un asesino para que la liquide y listo. ¿Para qué tanta palabrería?

Fat no respondió. Lam siguió refunfuñando un rato más hasta que se cansó, agarró una almohada y se tumbó con ella a dormir. Casi de inmediato empezó a roncar profundamente.

A medianoche a Lam lo desvelaron las ganas de orinar y al abrir los ojos se asustó al ver un siniestro punto incandescente.

—Fat, ¿qué coño haces despierto? —gritó Lam—. Si está a punto de amanecer…

El fuego cambió de lugar y Lam oyó una voz sombría:

—Quiero que me perdones, Lam. Lo siento de veras, pero voy a dejarte sin trabajo. He decidido vender el negocio, las dos lavanderías. La gloria de nuestro Gran Imperio Qing necesita intelectuales como Kang Youwei y Liang Qichao para resurgir. La única manera que tienen los pobres ignorantes como nosotros para contribuir a su causa es el dinero.

—A… ah…

Eso fue todo lo que Lam, con una exclamación de tremenda

sorpresa congelada en los labios, atinó a decir. Sabía que Fat había tomado una decisión firme.

—Cuando la venda podemos ir a trabajar a la planta de envasado de pescado. Tranquilo, que mientras a mí me queden fuerzas para trabajar, tú no pasarás hambre.

—Y… yo no, pero… ¿y tu mujer e hijos? Acuérdate de que esperan tus envíos con el estómago vacío.

Fat no contestó. Al cabo, resolvió:

—No podré volver al pueblo durante una temporada. Jin no tendrá otro remedio que esperar.

Dos meses más tarde vendía la lavandería Chuk Huen a un hombre de negocios de Toisan por ochocientos noventa y cinco dólares canadienses.

Dividió el dinero en tres partes: la más grande la envió a la dirección general de la Sociedad para la Protección del Emperador; otra menos cuantiosa se la remitió a

Luk-zi,

y la más reducida se la quedó él.

A partir de entonces dejó de tener noticias del señor Au-joeng. Sin embargo, llegaron a sus oídos diversas historias acerca de su paradero. Algunos decían que había formado parte de un complot para asesinar a la emperatriz viuda pero que lo traicionaron y lo habían decapitado en la plaza de un mercado de Pekín. Otros afirmaban que había vuelto a Cantón y había organizado una milicia para dar un golpe de estado pero habían muerto de frío camino del norte. Aún otros contaban que se había marchado a Japón, había tomado una concubina japonesa y a partir de aquel momento dedicaba su vida al estudio de los clásicos sin volver a inmiscuirse en política.

Sea como fuere, el señor Au-joeng desapareció de su vida como una estrella fugaz que, después de brillar con fuerza, se disipa para siempre en el olvido.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Trigésimoprimer año del reinado de Guangxu (1905)

Fat empezó a notar el cansancio cuando ya estaba bajo la luz de los faroles rojos del casino. Normalmente tardaba algo más de una hora en recorrer el trayecto desde la planta hasta el barrio chino, pero aquel día lo había hecho a todo correr, con los pies apenas rozando el suelo y la mirada fija al frente, en cuarenta y cinco minutos escasos. Lam lo había seguido la mitad del camino, pero después, incapaz de mantener su ritmo, no había tenido otro remedio que dejar que se le adelantara.

A su alrededor se arremolinaba un mosquerío de vendedores ambulantes provistos de cestos y cajas repletos de galletas de sésamo, bollos rellenos de cerdo asado, pasteles de frijoles verdes, garras de pollo, bolas de arroz y revuelto de oreja de cerdo. Llevaba un billete de diez dólares en el bolsillo de la camiseta interior, la paga que acababa de recibir. Cuando metió la mano para palparlo notó que el nuevo y crujiente billete que le habían dado se había reblandecido con el sudor. Aquella noche podía permitirse todo lo que le apeteciera. No solo podía comprar comida, también podía subir al primer piso del casino y, detrás de la improvisada cortina, encontrar a alguna mujer dispuesta a todo con tal de ganar unos pocos centavos de aquel billete. En los últimos años el impuesto de capitación había ascendido hasta los quinientos dólares, una cifra inalcanzable aunque dejaran de comer y beber durante años, lo cual dificultaba la llegada de mujeres a la ciudad, por lo que había terminado encareciendo su precio. No podía permitirse toda una noche de afecto. Pero sí una hora.

Lam era cliente habitual del piso de arriba. Como le resultaba imposible reunir quinientos dólares, su mujer seguía pasando miseria en el pueblo. Sin embargo, aquello no significaba que él llevara una vida de privaciones. Cuando le contaba a Fat los detalles de lo que hacía en la oscuridad detrás de las cortinas, a este le entraba una calentura considerable. Arrastrado por la insistencia de su amigo, también Fat había acabado subiendo en varias ocasiones. Cuando iba no pensaba en
Luk-zi,
pero al salir sí. El frenesí con el que descorría aquella andrajosa cortina se había transformado en remordimiento para cuando la cerraba a su espalda. Pero ambas sensaciones se intercambiaban de forma periódica y las experimentaba alternativamente.

Paseó la vista con indiferencia por los contenidos de las cestas, pero su estómago se encargó de dejar constancia, con un sonoro gruñido, de su apremio. A mediodía solo había tomado medio tazón de arroz blanco y, tras recorrer un camino tan largo, el hambre lo tenía exangüe. Pero todavía no podía comer, antes debía mitigar otra urgencia.

En los alrededores del casino había muchos rincones oscuros donde la gente no tenía más que levantarse los ropajes y aliviarse. Sin embargo, aquel día no quiso hacerlo. Se contuvo las ganas a lo largo de aquella callejuela repleta de carteles de todo tipo al calor de los faroles hasta que llegó al pie de un imponente arce. Era muy frondoso y el manto negro de su sombra cubría todo su cuerpo. Había montones de basura en el suelo con aspecto de haber estado allí toda la vida. Fat casi se desmaya al percibir el hedor. Se subió la parte de arriba, se aflojó los pantalones y empezó a regar la basura. De repente salieron zumbando una miríada de moscardones. No podía verlos, pero oía miles de minúsculas alas cortando el sonido de la noche.

Ya aliviado, reparó en el olor que impregnaba su ropa: había estado escamando pescado con Lam en la planta envasadora desde las seis de la mañana. A pesar de trabajar con delantal, el olor de las escamas y la sangre siempre se le pegaba a la ropa. Hacía ya dos años que había vendido la lavandería y había comenzado a trabajar en la planta envasadora. Además de chinos, en la fábrica también trabajaban pieles rojas. Todos los chinos eran hombres y se dedicaban a lavar el pescado y cortarlo, mientras que en el caso de los indios, todo mujeres, se encargaban de envasarlo en latas de varios tipos, una tarea bastante más limpia que la de ellos. Al principio, el olor a pescado solo se le pegaba a la ropa y cuando al volver a casa se desnudaba, llenaba una palangana con jabón y se lavaba cara y manos, desaparecía. Sin embargo, más tarde el olor fue traspasando la ropa y metiéndose en los poros de su piel hasta apestarle la sangre misma. Incluso sus escupitajos parecían oler a pescado.

Se desprendió de la túnica, la sacudió con fuerza un par de veces y oyó cómo las escamas espolvoreaban el suelo. Era pleno verano y el viento nocturno conservaba gran parte de la calidez del día, pero al quitarse la ropa lo refrescó. Llevaba una prenda interior de

cuerpo entero que se abrochaba en el pecho con un cordón rojo en zigzag. Luk-zi se lo había cosido. Todas sus mudas de ropa interior lo tenían: servía para ahuyentar a los malos espíritus. Dobló la túnica y, con ella debajo del brazo, se dio la vuelta y regresó al resplandor de los faroles dejando atrás las sombras de la noche en dirección al casino. Llevaba los brazos al descubierto, con músculos torneados como montecitos de tierra recién sembrada. Se pellizcó, pero no pudo agarrar ni la grasa más superflua. Aquella noche Fong Dak-fat,
a sus cuarenta y dos años, se sentía en la flor de la vida.

Le compró a un vendedor dos pasteles de frijoles verdes y un vaso de té helado, que engulló con urgencia a los pies de las escaleras del casino.

—¿Ha empezado ya la función? —preguntó.

—Todavía no —contestó el vendedor—. Los actores acaban de entrar, aún no se habrán cambiado.

Aquello lo alivió.

Tras haber pasado tanto tiempo con el estómago vacío los dos pasteles de frijoles verdes le habían sentado como dos guijarros que al caer en el océano se hunden directamente sin apenas alterar su superficie y no se sabe si han llegado al fondo o no. Volvió a sacar unas monedas y compró un platillo de garras de pollo. Al primer bocado se arrepintió. Las garras de pollo son un bocado exquisito que uno toma cuando ya tiene el estómago lleno, porque se van mordisqueando como acompañamiento del alcohol. Con su hambre canina no le alcanzaba la paciencia, así que también compró medio pato laqueado y dos bollos rellenos de cerdo asado. Cuando acabó de zampárselo todo se sintió más satisfecho.

Empujó la puerta del casino y enseguida lo engulló el jolgorio. Era día de paga y el local estaba abarrotado. Había una veintena de mesas de *mahjong* en torno a las que se apilaban una multitud de cabezas, tantas y tan morenas como semillas de sésamo negro adornan un mantecado chino: participantes y observadores, todos inmersos en el juego por igual. Había varios vendedores con cajones de madera al cuello que paseaban entre el gentío desgastándose para cantar su oferta de tabaco, dulces, aceitunas y frutos secos.

Fat se abrió camino escurriéndose como un ratón entre la gente hasta llegar al fondo de la habitación, donde habían erigido una

tarima que haría las veces de escenario. Aquella noche una compañía teatral iba a representar una ópera. En realidad no llegaba a constituir una compañía, pues la conformaban solo siete personas: dos músicos —uno al *huqin* y otro a la flauta—, más cinco actores —tres hombres y dos mujeres—. Venían de San Francisco. Eran pocos, sus actuaciones eran aceptables y el precio, baratísimo: solo quince centavos; para la primera fila, donde se puede apreciar a los actores de cuerpo entero, tan solo veinte. Hacía mucho tiempo que ninguna compañía de gira, grande o pequeña, paraba en la ciudad y aquella, además, contaba con actrices; los hombres, expectantes ante la novedad, atestaban el casino desde hacía horas.

En vida, el padre de Fat los había llevado a él y a su hermano Sin a ver óperas por toda la zona de Fat San. En aquel tiempo todavía no había actrices. Cuando su padre les explicó que aquellas muchachas que batían las mangas en el aire y se contoneaban haciendo ondear los dedos de las manos eran hombres disfrazados, se quedó boquiabierto. Pensó que aquellos hombres que hacían de mujer resultaban más femeninos que las mujeres de verdad.

Un año antes de su muerte, su padre lo llevó a ver *Qiuhu visita a su esposa en el moreral*, la primera ópera que Fat había visto en la que hombres y mujeres compartían escenario. La pareja que interpretó a Qiuhu y a su esposa era también matrimonio en la vida real. Se dedicaron miradas llenas de intención entregados en cuerpo y alma en una apasionada interpretación que excedió los límites de lo decoroso. No imaginaron que casualmente un oficial de la corte estaba presente. Al grito de «¡Degenerados!», mandó subir a unos soldados para que los apresaran en el acto.

Más tarde Fat oiría decir que los decapitaron por haber cometido un delito de indecencia.

Desde entonces, hombres y mujeres no volvieron a coincidir en el escenario y Fat vio solo compañías íntegramente masculinas.

Aquella noche, sin embargo, el elenco era mixto. Los hombres que poblaban el local no estaban concentrados en el juego, sino que aguardaban expectantes el aviso de los violines chinos para dejar la mesa de inmediato y acercarse al escenario.

No para ver la ópera, sino para ver a las mujeres. En todo el barrio chino no se veía más que hombres. Cada pocos meses

llegaban en barco dos o tres mujeres a lo sumo que, si eran honradas, iban directo a su casa, donde vivirían encerradas, y si eran mujeres de vida alegre, las metían en el casino o en una casa de té. En cualquier caso, en la calle no se veía una mujer.

En la compañía que actuaría aquella noche había dos actrices, a las que podrían mirar tanto como quisieran, así que a los hombres los devoraba la ansiedad.

Fat entró en aquel teatro improvisado y vio cuatro brillantes faroles, uno en cada esquina del escenario. El *huqin* sonaba con fruición. En una pared lateral había colgado un gran cartel con la tinta aún fresca:

> La compañía dramática Po Chiu Chun representará esta noche la ópera *La Princesa Celestial entrega a su hijo*, con Gam San Wan en el papel del apuesto Dongyong y Gam San Jing interpretando a la hermosa Princesa de los Cielos.

Se alegró de volver a leer aquel nombre encabezando el reparto: Gam San, «Montaña del Oro», Wan, «Nube». En aquellos tiempos, las compañías que iban de gira a la Montaña del Oro gozaban de mayor prestigio y por eso muchos actores se ponían un nombre artístico que dejara claro por dónde habían pasado a fin de aumentar su caché. Fat había asistido a su primera función la noche anterior, pero la calidad de la actuación y su singularidad lo habían sorprendido tan gratamente que había querido repetir.

Hacía ya muchos años, su padre lo había llevado a ver una ópera del mismo título. Era una pieza breve basada en la leyenda de la rebelde séptima hija del Emperador de Jade **[41]** en la que se explicaba cómo, al año de que su padre le ordenara regresar al Palacio Celestial, se le permitía volver a la Tierra y ver por última vez a su amado, el mortal Dongyong, a fin de poder cumplir su promesa de entregarle el hijo que de él había concebido. Muchas compañías abrían las funciones diurnas con esta pieza. Sin embargo, la versión de aquella noche se inspiraba en las formas de la ópera de Anhui **[42]** y contaba la historia desde el punto de vista de la doncella, desde su romance y boda con Dongyong hasta las consecuencias de la ira del padre al descubrir el amor entre ambos y finalmente su vuelta a la Tierra, comprendiendo así el transcurso de toda una función. Además, si bien en la primera ópera que Fat

había visto, como dictaba la tradición, tanto los papeles masculinos protagonistas como los acrobáticos, los femeninos y los de payaso[43] habían sido representados por un elenco íntegramente masculino, esa noche habría actores y actrices sobre las tablas del escenario. Iba a darse además la particularidad añadida de que serían los hombres quienes representarían los papeles femeninos y las mujeres quienes harían lo propio con los masculinos. La Princesa Celestial iba a ser interpretada por un hombre y el papel de Dongyong por una mujer. Fat había visto una Princesa Celestial interpretada por un hombre, pero hasta la noche anterior nunca había visto a una mujer haciendo de Dongyong. Su corazón latía rebosante de expectación por volver a presenciarlo.

Echó un puñado de monedas sobre la mesa donde se vendían las localidades y fue a sentarse en un asiento central de la primera fila. El anciano que hacía de acomodador lo siguió para decirle:

—Me da usted más de la cuenta; con eso le sobra para tres entradas más.

Fat le dijo que invitara a un trago a los actores con el cambio y el acomodador se lo guardó.

La función no dio comienzo hasta que terminaron de resonar las cuerdas del *huqin*. Estuvieron vibrando un buen rato llamando al público a la manera en que la megafonía de los grandes almacenes actuales informa a los clientes. Al oírlo, todos los hombres del casino dejaron las cartas o las fichas que tuvieran entre manos y llenaron la habitación sin preocuparse de terminar la partida: siempre había tiempo para apostar, pero no todos los días había ocasión de ver un espectáculo como el de aquella noche.

Cuando el hombre del *huqin* vio que ya no cabía ni un alfiler, le hizo una señal al flautista. La música de este dio comienzo a la función.

La ópera era nueva y la actuación no resultaba del todo natural. Gracias al acompañamiento musical, las partes cantadas eran aceptables, pero los diálogos en ocasiones dejaban bastante que desear. A excepción de la muchacha que interpretaba a Dongyong, el resto de los actores eran desconocidos y actuaban sin convicción, lo cual provocó la risa entre el público.

Fat había oído decir que se trataba de una compañía familiar. El actor que interpretaba al Emperador de Jade era el padre, y sus tres

hijos asumían los papeles de Princesa Celestial, Dongyong y la sirvienta del paraguas; los dos músicos y el tramoyista eran los sobrinos. Todos habían formado parte de otras compañías y habían participado en giras por la Montaña del Oro y el sureste asiático en papeles pequeños. La hija mayor, una muchacha de níveo rostro ovalado con un poderoso chorro de voz, se había especializado en papeles femeninos pero, viendo que no se hacía famosa, probó a interpretar papeles masculinos. Entonces sí comenzó a tener cierta fama, por lo que se cambió el nombre por el de Gam San Wan y formó su propia compañía con miembros de su familia para ir de gira por toda la Montaña del Oro.

El público no entró en la historia hasta la parte en que el Emperador de Jade ordena a la princesa que vuelva al palacio y Dongyong la persigue a lo largo de todo el camino:

> ¡Oh, amada esposa! Nada difiere de la muerte esta vida de separación a que se nos condena.
>
> Asciendes a los cielos y tu regreso a mí es tan incierto como el retorno de las nieves.
>
> Querer que volvieras a mis brazos sería pretender pescar la luna del río.

Llegada esta parte, Gam San Wan había abandonado el falsete para declamar usando su voz natural. Era la primera vez que Fat escuchaba algo así en una ópera. Aquella voz era una potente campana desgarrada por la pena.

Fat no podía apartar los ojos de aquella artista que no era hombre ni mujer, sino ambas cosas. Gam San Wan era un hombre despojado de su rudeza o, quizá, una mujer privada de su refinamiento. Su porte sobre el escenario emanaba una delicadeza mayor que la de un hombre y, al tiempo, mayor gallardía que una mujer. Se hallaba, pues, en un desconcertante punto intermedio entre masculinidad y feminidad.

Cuando la función terminó, enseguida acudió gente a recoger las sillas y barrer las cáscaras de pipas y colillas del suelo; pronto allí quedó poco más que polvo. El tramoyista subió a una columna para bajar los focos —primero uno, luego otro— y el lugar se sumió en la penumbra. Fat permaneció inmóvil delante del escenario. De repente oyó una voz:

—Es muy tarde ya, ¿aún no se recoge?

Se volvió y, bajo la tenue luz, entrevió la figura de un joven. Llevaba una chaqueta añil sobre una túnica gris y en la cabeza un solideo chino. Tenía la mirada profunda y la cara redonda, y sus dos mejillas lucían bien rojas por el maquillaje que aún no se había quitado del todo: era Gam San Wan.

Fat sabía de las excentricidades de los actores, pero no había imaginado que fuera del escenario Gam San Wan siguiera vistiendo como un chico. La verdad era que resultaba apuesto. La sorpresa le trabó la lengua.

—Estoy admirado de la potencia de su voz —dijo.

Gam San Wan lo observó sin articular palabra. Fat se llevó la mano a la cicatriz de la cara.

—Me la hice en la construcción del ferrocarril —explicó—. No soy peligroso.

—Oh, no —dijo ella, riendo—, ¿qué no habremos visto nosotros los actores? Lo que ocurre es que lo recuerdo a usted de ayer; ocupó el mismo asiento.

Fat sonrió azorado.

—Por los movimientos de Dongyong en la escena en que enrolla la tela de la tejedora —prosiguió—, se diría que ha estudiado usted artes marciales.

A Gam San Wan le complació que Fat siguiera hablando del oficio.

—De pequeña mi maestro decía que cualquier papel requiere haber cultivado las artes marciales como mínimo año y medio. Tenía la convicción de que son la base sobre la que se sustenta la ópera. Nos pasábamos día y noche dando volteretas; los que no podían se quedaban sin comer hasta el día siguiente…

—Ah —suspiró Fat—, qué oficio no requiere de tesón para aprenderse… Sin embargo, los diálogos… quizá podrían beneficiarse de algo más de práctica…

—En efecto —respondió Gam San Wan, también suspirando—. Solo hemos tenido un mes para preparar esta obra. *La Princesa Celestial entrega a su hijo* es de nueva creación y a veces improvisamos sobre el escenario llevados por la inspiración. Cuando lleguen las funciones en Victoria habremos logrado más pericia.

Fat le preguntó por su próximo destino y Gam San Wan dijo que

en primer lugar irían a Segunda Ciudad[44], a continuación a Victoria y después cogerían el tren en dirección este para dirigirse a Montreal y Toronto.

—¿Y en todas esas ciudades a las que usted va a ir hay teatros?

—Ay, no me trates más de usted, por favor, que me haces vieja —le pidió Gam San Wan, coqueta—. Llámame Wan. El sureste asiático es mejor en ese sentido, hay grandes teatros. Aquí, en la Montaña del Oro, hay lugares en los que no es que no haya teatros, es que a veces no hay ni escenario. Cuentan que la Sociedad para la Protección del Emperador quiere abrir un teatro en San Francisco para que los actores que estén de gira tengan un lugar donde actuar en la zona.

—¿Tú también eres de la Sociedad para la Protección del Emperador? —susurró Fat, que había mirado en todas las direcciones antes de hablar para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Nosotros los actores no entendemos de partidos ni de ideologías —respondió ella—, con tener un techo bajo el que actuar nos basta. ¿Tú sí lo eres?

Fat iba a contestarle «Yo no soy de la Sociedad, pero vendí mi negocio para contribuir a su causa y por eso me veo en esta situación», pero pensó en las advertencias de Lam y, en cambio, le dijo:

—Aquí en Aguas Saladas muchos chinos son de la Sociedad. ¿Cuánto tiempo permanecerás aquí?

—Nos quedan diez funciones —dijo Gam San Wan, para sorpresa de Fat.

—En ese caso, vendré todas las noches.

Hablaron largo y tendido iluminados por la débil luz del último foco encendido hasta que, de pronto, Fat dijo:

—Wan, espera un momento. —Y se marchó raudo como el viento.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo de vuelta, portando un puñado de tamales chinos.

—Tendrás hambre después de pasar la noche cantando —razonó—. Es muy tarde y todas las tiendas están cerradas, así que solo he podido comprarte estos tamales con carne adobada. Come, come, que ya casi se han enfriado.

Al comerlos, Gam San Wan notó el calor de las hojas de loto que los envolvían y se preguntó si sería el de las manos de aquel hombre. De toda la gente que había ido a ver la obra, la mayoría lo había hecho para ver mujeres. Solo aquel hombre, además, había ido por afición a la ópera.

En ese momento, el tramoyista terminó de descolgar el último foco y bajó del escenario; la luz se atenuó y quedó un pequeño círculo. Gam San Wan estaba en el centro mismo de aquel círculo, con la cara pintada de blanco por la luz.

—El señor Wan te espera fuera desde hace un buen rato —anunció.

—Gracias —contestó Gam San Wan, entregándole los tamales chinos—. Toma, reparte esto entre todos.

Entonces apuntó con un dedo a Fat.

—Como no vengas mañana, no salgo a actuar.

Mirando aquel fino dedo cincelado apuntándole a la cara, Fat pudo percibir un delicado aroma de jazmín que lo hizo estremecerse de pies a cabeza.

Vio que la sombra de aquella mujer se alargaba temblorosa como las hojas del bambú mientras salía por la puerta y la siguió involuntariamente. A lo lejos, en la boca de un callejón había un coche de caballos esperando. A través de sus ventanas pudo adivinar la figura de un hombre trajeado. El hombre abrió la puerta del coche, la ayudó a subir e hizo una señal al cochero. El caballo se fue al paso adentrándose en la profundidad de la noche y Fat permaneció allí mirando con un agujero en el estómago.

Cuando volvió a casa no encontró a Lam ni a los demás. Era día de paga, así que volverían tarde: si no estaban jugando en el casino, estaban en el piso de arriba. Se fumó un cigarrillo, pero seguía sin tener sueño. Entonces encendió el quinqué, sacó los bártulos para escribir y empezó a preparar la tinta. Su mano temblaba y la tinta no quedó uniforme, sino con grumos. Extendió una hoja de papel y se dispuso a escribir a

Luk-zi.

Su letra no era clara, distaba mucho de su firmeza de trazo habitual.

> Mi querida esposa:
>
> Una compañía de teatro ha venido a actuar a Aguas Saladas y a Segunda Ciudad. No veía una ópera desde que mi

> padre me llevó, en mi juventud. En esta compañía hay una actriz que interpreta los papeles masculinos sin la gallardía propia de un hombre y los femeninos sin la finura de una mujer, pero que, sin embargo, los borda. ¿Existirá acaso un estado intermedio entre hombres y mujeres capaz de sublimar lo mejor de cada uno de ellos? Qué cosa tan curiosa y fascinante.
>
> No sé, Jin, si me tomarás por loco al leer estas líneas.

Fat asistió a las diez funciones siguientes, aunque en ninguna tuvo la oportunidad de cruzar palabra con Gam San Wan. Al término de cada función ella se cambiaba, se ponía ropa de diario y se metía enseguida en aquel coche de caballos. Sin embargo, sobre el escenario, lo buscaba con los ojos. Si Fat sentía que la cicatriz de su cara le ardía, era señal de que ella estaba mirándolo. Entonces, con un gesto que él hubiera jurado era de alivio, empezaba a declamar.

Aquello de «como no vengas mañana, no salgo a actuar» no debía de haber sido totalmente en broma.

La última función fue *Despedida en una Noche de Invierno*, una ópera larga y monótona que Fat siguió algo distraído. Aquella noche se encontraba dividido: por una parte aguardaba ansioso el final de la ópera, mientras que por otra albergaba la fútil esperanza de que nunca terminara. Quería que acabara para tratar de intercambiar alguna palabra con Gam San Wan y, al mismo tiempo, deseaba que aquella representación se eternizara porque temía que, a su término, ella desapareciera para siempre de su vida. Ansiaba poder retener en su mano aquel espíritu que no era ni hombre ni mujer. No sabía cómo, ni qué haría con él en caso de conseguirlo; así de confusas eran las esperanzas que albergaba aquella noche.

Finalmente, la ópera terminó. Gam San Wan tuvo que salir a saludar al ferviente público en repetidas ocasiones. A pesar de que aquella noche su mirada y su sonrisa eran para todos, Fat las robaba y se las quedaba para él. Cuando la actriz terminó de dar las gracias, en un abrir y cerrar de ojos se perdió detrás del telón. «Cómo iba una actriz de su categoría a acordarse de alguien como tú —se decía Fat—, por mucho que entiendas de ópera no eres más que un pobretón que trabaja en una planta envasadora de pescado… Has sido una sombra en su periplo por la Montaña del

Oro, que se disipa con la salida del verdadero sol. Qué estúpido he sido, solo había intención por mi parte». Absorto en ese pensamiento vio cómo el tramoyista llegaba con un paquete y se lo entregaba, anunciándole:

—Gam San Wan me manda entregarle esto.

Cuando lo abrió vio que era una plancha circular negra con surcos concéntricos y un agujero en medio; llevaba una etiqueta con un perro y un altavoz que tenía escritas las palabras «Victor Talking Machine Co., 1905». Fat le dio la vuelta y la miró por todos lados, pero no sacó nada en claro. Al día siguiente se la llevó a Rick, que le dijo que se trataba de un disco y que la etiqueta del perro era de una marca famosa.

—¿Qué es un disco? —preguntó Fat.

—Un disco encierra la voz de una persona para que la escuches cuando te apetezca. Es como un vaso con tapa del que puedes beber cuando quieras, pero el agua no se termina; puedes escucharlo tantas veces como quieras.

—¿Y aun después de muerta la persona se conserva la voz?

—Sí —dijo Rick—. Diez o incluso cien años después de muerta, la voz sigue intacta.

Fat abrazó aquel disco, visiblemente maravillado.

En los años venideros, Fat construiría una casa fortaleza en Zimin y se llevaría aquel disco para escucharlo. La voz de Gam San Wan reverberaría durante mucho tiempo por las paredes de la casa.

Una vez que Gam San Wan se marchó de Vancouver, Fat no volvió a tener noticias de ella. Dos años después de que

Gam-san,

su hijo mayor, llegara a la Montaña del Oro, un paisano del pueblo que hacía negocios en San Francisco le mencionaría casualmente que en el gran teatro que se había inaugurado en la ciudad actuaba a menudo una tal Gam San Wan que encabezaba una compañía de casi una treintena de personas que en los últimos tiempos había alcanzado una gran popularidad. Al oírlo, Fat se sonrió. Aquel torrente de voz siguió sonando en sus oídos por mucho tiempo. Y aquella mujer llamada Gam San Wan, si bien él ya se había recuperado, había hecho vibrar su corazón.

Transcurrido aún más tiempo, Fat encontraría una noticia en el *Daily News* que decía: «La famosa cantante de ópera cantonesa

Gam San Wan y el señor William Wong anuncian su próximo enlace matrimonial en Honolulú». Fat no conocía a aquel hombre apellidado Wong. Después se enteraría de que era el hijo de un gran magnate de Honolulú. De esa manera, el nombre de Gam San Wan desapareció de su vida.

No sospechaba que su historia con Gam San Wan no había terminado y que, tras un largo paréntesis de silencio, el azar volvería a reunirlos.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Trigesimotercer año del reinado de Guangxu (1907)

Mi querida esposa:

Recibí a principios de año la carta que me enviaste con las fotografías que les hicieron a los niños en la escuela. Cuando los dejé para venir a la Montaña del Oro,

Gam-san

no era más que un chiquillo en la edad de las travesuras y

Gam-ho

un niño de pecho. Cómo pasa el tiempo… Han transcurrido ya siete años de aquello. No puedo creer lo mucho que han crecido. Y tú, Jin, querida, después de siete años, ¿te acuerdas aún de tu esposo? Yo no olvido tu rostro porque sueño con él todas las noches. Hace años que quiero reunir el dinero del pasaje de vuelta, pero siempre surgen contratiempos que lo impiden. De ahí que hasta la fecha no haya podido reunirme contigo.

A principios del pasado otoño la planta envasadora en la que trabajaba trajo de Estados Unidos una máquina que escama, lava y corta el pescado cuarenta o cincuenta veces más rápido que una persona. Como hasta ahora esos trabajos los habíamos hecho los chinos, los blancos la llaman «el chino metálico». Qué gran escarnio hacen con ello de los pobres trabajadores del Gran Imperio Qing. Con la llegada de la máquina, a Lam, a mí y a muchos otros nos echaron a la calle y ganarse la vida se ha vuelto muy difícil.

Hace unos días pedí prestada una pequeña cantidad de dinero a un paisano del pueblo y he alquilado un local comercial para abrir otra lavandería. Asimismo he contratado a una costurera de Sanwui que entiende tanto de cortes chinos como de occidentales, para que además de lavar la ropa pueda zurcirla o hacer arreglos. La lavandería también se llama Chuk Huen. Es la tercera que abro, siempre con el mismo nombre. Mi único deseo es que esta no comparta el destino de las que la precedieron y que prospere durante largo tiempo.

Es posible que a finales de año haya reunido dinero suficiente para comprar un pasaje de vuelta. Mi honorable madre va a cumplir sesenta años y nada me haría más feliz que poder celebrarlo a su lado. Espero que al leerme te encuentres bien de salud. Cuídate mucho y haz por tu parte lo posible para cuidar de mi madre y velar por nuestros hijos.

Tu marido,

Dak-fat
Aguas Saladas, Montaña del Oro,
a día dieciséis del cuarto mes
del año de la cabra de fuego **[45]**

Una noche, mientras cerraba la lavandería, Fat echó un vistazo al calendario que colgaba en la pared: día uno del octavo mes lunar, siete de septiembre del calendario occidental. Como movido por una mano fantasma, cogió una tiza de marcar la ropa y señaló el día. No imaginaba que en el futuro aquella fecha llegaría a aparecer en los libros de historia. En aquel momento su intención había sido marcar el día en que por fin saldaba la deuda que había contraído para poder abrir la lavandería. El negocio iba viento en popa desde que había contratado a la costurera. Aquella lavandería Chuk Huen comenzaba a tomar vuelo. Casi podía oír cómo las monedas que tintineaban en su bolsillo adquirían la forma de un pasaje de vuelta.

Estaba de muy buen humor y no tenía prisa por volver a casa, así que les dijo a Lam y a la costurera:

—Vamos a comer algo a la taberna Lung Gei; yo invito.

Comer algo era solo una excusa. Lo que Fat quería era beber; lo deseaba desde la mañana. Aun cuando su estómago no había visto grano de arroz ni gota de agua, él había estado pensando en el alcohol. En su bolsillo interior guardaba bien plegada una letra con

un sello que decía: «Pagado». Era esa letra la que, pegada a su cuerpo todo el día, le provocaba desde muy temprano las ganas de diversión.

Cuando salieron a la calle la noche era negra como la tinta; los locales nocturnos ya habían colgado los faroles y su luz agujereaba la oscuridad. El casino y los fumaderos formaban el agujero más grande.

—Estoy harto de ver siempre las mismas putas; no hay ni una cara nueva —dijo Lam.

—¿Aún gasta usted tiempo en mirarles la cara —preguntó la costurera—, con lo solicitadas que están?

—No es eso… Es que al año de venir a la Montaña del Oro se ponen todas hechas unas focas.

—Usted dirá; con tanto cliente… hambre no pasan.

—¡Qué rápido aprendes, bribona! —exclamó Fat, dándole un suave puntapié a la costurera.

—Oye, Fat —susurró Lam, mirándolo con segundas—, hace mucho que no vamos a… ¿No te apetece que hoy…?

—Bueno —contestó Fat—, primero bebamos, luego ya veremos.

Le sorprendió oírse decir «primero». Pero lo cierto era que esa noche no solo le apetecía beber; esa noche, la letra que llevaba en el bolsillo interior de la túnica había cortado cual cuchillo la soga que lo retenía desde hacía muchos años. No sabía qué hacer con su recién adquirida libertad. Su mente divagaba por las posibilidades, recorriendo los recovecos del barrio chino, escurriéndose por las rendijas de las ventanas hasta llegar a los rincones más oscuros; ansiando participar de lo que ocurría en aquellos lugares íntimos. Pero, si su mente se contentaba con divagar, su cuerpo le exigía más. Aquella noche su mente y su cuerpo jugaban a perseguirse para ver quién llegaba más lejos, y ninguno quería parar.

Cuando entraron en la taberna Lung Gei, el dueño les preguntó qué les apetecía tomar.

—Lo que ellos quieran —contestó, señalando a sus dos acompañantes.

Se encendió un cigarrillo que fumó lentamente. Cuando llegaron los platos pidió dos botellas de vino; una de tinto y una de blanco.

El camarero apareció con las botellas y tres copas, que llenó. Sin ninguna cortesía, Fat cogió una y la vació de un trago. Aquella

noche era como si el alcohol no le bajara por la garganta, como si de la boca le subiera directo a la cabeza. Con cada copa que bebía, su cara palidecía cada vez más, a excepción de la cicatriz, roja como una lombriz y con una cola cortada que cobraba vida sobre aquella palidez.

Al advertir su mal color, la costurera le puso un trozo de intestino frito en el plato.

—Coma, coma un poco y luego ya seguirá bebiendo.

—Ay… —exclamó Fat—, qué arte tienes con la aguja; el año que viene abriremos una sucursal y te pondré al frente.

Al hablar se le cortaba la respiración y de su nariz salió un resoplido.

—Déjalo que hable —le dijo Lam a la costurera—, que hoy está de buenas… y luego no se acordará de la mitad.

Los tres comieron y bebieron hasta que estuvieron hartos, después fueron a orinar y continuaron comiendo. Los dos hombres tenían el rostro enrojecido por el alcohol.

—Con los años que llevan ustedes aquí en la Montaña del Oro, ¿cómo es posible que no hayan podido saldar las deudas hasta hoy? —le preguntó la costurera a Lam.

—Eso pregúntaselo a este —contestó señalando a Fat, pues se había atiborrado de alcohol y había perdido el freno—, que le regaló el negocio y los ahorros a la Sociedad para la Protección del Emperador y me arrastró con él a la miseria. ¡Y luego, de la Sociedad, después de haber recibido aquel cheque tan gordo, no hemos oído ni un pedo!

Fat cambió el gesto de inmediato y tiró su copa al suelo.

—¡Son los malos súbditos como tú, sin amor a la patria, los que perpetúan la ruina del Gran Imperio Qing! —le gritó, señalándolo con el dedo de manera acusadora.

Lam, también molesto, cogió a Fat por la pechera de la túnica.

—Yo seré un mal súbdito, pero tú, ¿tú qué eres? General de pacotilla… Protegiendo al emperador, ¡cuando al emperador le trae sin cuidado si la diñas o no!

—No diga esas cosas —dijo la costurera, tirando de Lam—, como lo oigan peligran usted y toda su familia.

Lam, muy borracho, la obligó a soltarlo de un tirón.

—El emperador está demasiado lejos para enterarse —replicó—.

Cuando le llegue la noticia igual ya ha caído la dinastía.

La costurera palideció del susto.

—Volvámonos ya, que se hace tarde —rogó con voz temblorosa tirando de la manga de Fat.

Este estaba en el punto álgido de la borrachera y no quería marcharse. Forcejeó con la mujer y se le rompió la manga de la túnica, dejando medio brazo al descubierto.

—¡Qué haces, desgraciada! —exclamó Fat, y le pegó una bofetada.

La costurera enmudeció y, atónita, se llevó la mano a la mejilla.

Lam también tiró la copa al suelo y lo increpó:

—¡Cómo te atreves a ponerle la mano encima a una empleada!

Los tres seguían en plena trifulca cuando oyeron unos gritos tumultuosos, un estruendo trepidante, como de petardos. Se extrañaron y, antes de que pudieran reaccionar, el estruendo se repitió, esta vez con más fuerza. El posadero entró corriendo desde la calle con la cabeza ensangrentada y cubierta de cristales rotos.

—Fat, tú que entiendes inglés, sal a ver qué pasa —le pidió—; hay un montón de blancos enfadados ahí fuera.

A Fat se le pasó la borrachera de golpe y salió a averiguar lo que ocurría. Los cristales de la fachada de la taberna Lung Gei estaban rotos; había dos grandes boquetes por los que entraba el viento ululando. En la calle se concentraba una muchedumbre oscura como una nube negra que elevaba los puños al cielo, portando banderas y palos y profiriendo gritos ininteligibles. Cuando Fat aguzó el oído pudo distinguir las palabras «chinos» y «fuera», y comprendió que los blancos habían acudido al barrio chino buscando pelea.

No era la primera vez. Pero nunca habían llegado en tropel como esa noche.

El posadero recordó de pronto que sus dos hijos aún estaban en la calle y corrió a buscarlos. Vio que la gente los tenía casi rodeados y les hizo un gesto para que se acercaran. En cuanto entraron, Fat les dijo a los camareros que atrancaran la puerta y apagaran las luces; entonces empujó a todos los que estaban en el local a la trastienda. Allí había una despensa donde guardaban los sacos de arroz. Fat les ordenó que se escondieran detrás de ellos.

El hijo menor del posadero había recibido una pedrada y tenía

un chichón en la frente del tamaño de un huevo. Empezó a llorar pidiendo a su madre que se lo curara, pero Fat le tapó la boca.

—Como sigas llorando —le susurró al oído—, vendrán los blancos y os matarán a ti y a toda tu familia.

Asustado, el niño se calló en seco.

Entonces Fat se agazapó detrás de un saco de arroz y se escuchó una lluvia de golpes que hizo vibrar el techo sobre sus cabezas: patadas. Decenas, quizá cientos de personas pateaban las puertas de la taberna para intentar abrirlas. La mujer del posadero se acuclilló al lado de Fat. No dejaban de castañetearle los dientes. Alguien debía de haberse ensuciado en los pantalones, pues la estancia se había llenado de una fuerte pestilencia. Entonces comenzaron a sucederse grandes estallidos desde un extremo al otro de la calle: fuertes estruendos a los que seguía una lluvia de cristales. Entretanto se oían ladridos, pero acabaron confundiéndose bajo un apabullante grito. Un grito claro y distinto que Fat entendió al instante:

—¡Queremos una Canadá blanca!

Había comenzado siendo un grito tímido y tentativo pero, conforme trepaba por la garganta, fue cobrando fuerza y salió convertido en un fiero rugido que estremeció el cielo y la tierra. Tanto el que lo profirió como quienes lo escucharon se quedaron atónitos; los alrededores se sumieron en el silencio.

Las piernas de Fat, en cuclillas, comenzaban a dormirse. Intentó variar de postura a fin de estirar un poco los músculos. Sentía como si estuvieran clavándole agujas desde los pies hasta la cintura.

«Los uniformes. Oh, no, los uniformes».

Había recordado los trescientos uniformes que Rick le había llevado para lavar y planchar. Eran rojos con ribetes dorados, confeccionados en la tela de primera calidad que usaban los camareros de las habitaciones de lujo del Vancouver Grand Hotel. Ya estaban lavados, planchados y apilados contra la pared en seis montones de cincuenta conjuntos cada uno. Sabía que se hallaban cerca de la ventana, pues recordaba que la luz del sol hacía relucir sus ribetes. Si le rompían los cristales, podrían cogerlos con tan solo meter la mano. Rick le había dicho que uniformes de esa calidad solo los utilizaban en el Vancouver Grand Hotel y que cada conjunto costaba cincuenta dólares canadienses. ¿Cuánto debían de

costar trescientos uniformes?

La cabeza estaba a punto de explotarle al pensar en aquella suma.

La culpa debía de ser del nombre que le había puesto a la lavandería: Chuk Huen, «Susurros del Bambú». Si hubiera escogido un nombre más acorde con el tipo de negocio quizá no habría tenido tan mala fortuna. En las tres ocasiones, justo cuando la lavandería comenzaba a despegar, se las arrebataban. Se dijo que jamás volvería a cometer el mismo error.

En ese preciso instante se oyeron cascos de caballos y agudos silbatos. Una voz gritó:

—¡En nombre del rey Eduardo VII les ordeno que se dispersen de inmediato!

Fat salió lentamente de detrás de los sacos, se agazapó tras la puerta para mirar al exterior y solo vio un grupo de policías que cargaban contra el gentío a lomos de caballos imponentes. La gente, como el barrizal que queda después de una nevada, resistió con solidez la violencia de los cascos de los caballos repetidas veces antes de terminar de desaparecer.

A medida que el clamor de la gente y los cascos de los caballos se fueron alejando, la calle recuperó el silencio sepulcral. Fat quitó el madero de la puerta de la taberna, salió a la calle y reparó en que ya no le resultaba familiar. Estaba cubierta de los restos de los faroles de las tiendas, rotos y pisoteados. Sin ellos, la calle se había quedado ciega. Ninguna fachada conservaba los cristales: se habían convertido en negras bocas abiertas en un grito congelado por la sorpresa. No había ni luz ni gente ni perros. Fat sabía que la gente y los perros no habían desaparecido, sino que se escondían en la negrura de aquellas fauces. Era una noche sin luna y en el firmamento brillaban unas cuantas estrellas minúsculas. Sobre la tierra había pila tras pila de cristales hechos añicos, como si el cielo hubiera descargado de pronto un gran manto helado. Fat dio unos pasos y de repente sintió algo blando que gimió. Era un gato. Cuando lo tocó, la mano se le mojó de un líquido caliente: sangre.

Fat llegó hasta su lavandería tanteando a ciegas. La tuvo que reconocer por la esquina resquebrajada de las escaleras del umbral, pues ya no tenía puerta.

La plancha de madera que había servido de puerta había sido

arrancada por completo y estaba atrancada en posición horizontal bloqueando la entrada. Sin aquella puerta, la tienda era como una persona desprovista de rostro cuya identidad se desdibuja de repente. Desatrancó la puerta de una patada y entró. La habitación estaba a oscuras. Parpadeó varias veces hasta acostumbrarse a la penumbra y lo que vio le pareció extraño; tuvieron que pasar algunos minutos hasta que entendió que los muebles estaban despedazados.

La ropa. De repente recordó las trescientas prendas del Vancouver Grand Hotel. Palpó hacia delante, detrás, izquierda, derecha. Nada. No había nada. Aquel montón de ropa que casi llegaba al techo había desaparecido de su tienda como si nunca hubiera existido.

—¡Me cago en su madre! —se desgañitó, saliendo a la calle. Su grito hizo temblar las estrellas. Quiso gritar más, pero no pudo; las venas de frente y cuello le ardían amenazando con explotar de un momento a otro. Escuchó los chillidos que llenaban los alrededores y le resultaron familiares: le recordaron gruñidos desgarradores de los cerdos que sacrificaba su padre.

De pronto alguien se le echó encima por la espalda y le tapó la boca.

—No grites —le susurró—. Se han ido al barrio japonés, pero volverán. —Tras un instante de sorpresa, reparó en que la voz que le hablaba lo hacía en inglés: era Rick—. Llevo un rato esperándote.

Los gritos de Fat habían alertado a la gente que se escondía en las sombras. Fueron saliendo a la calle en pequeños grupos, aturdidos por el estropicio, con aspecto de cuerpos vacíos, sin alma. Se miraron entre ellos con la mirada vacía. No reconocían ni la calle ni la gente. No se reconocían ni a sí mismos.

El dueño de la taberna Lung Gei fue el primero en reaccionar. Se acercó en silencio a Rick por la espalda y le asestó un puñetazo en la nuca. Rick, desprevenido, cayó al suelo como un saco.

—¡Un blanco! ¡Matadlo, matadlo!

El resto de la gente también volvió en sí y enseguida lo tuvieron rodeado.

—¡No, no, no! ¡No le hagáis daño, no es…! ¡No…!

Fat quería explicarse, pero no encontraba las palabras, así que abrazó a Rick con fuerza mientras le caía una lluvia de puños que

sintió en los dientes antes que en el cuerpo: la boca se le llenó del sabor de la sangre. Cuando dejaron de arreciarle puñetazos, ya había perdido un incisivo.

Con un brazo Fat metió a Rick dentro de la lavandería y se interpuso como si fuera el dios guardián de las puertas. La gente los miraba fijamente; en la oscuridad, aquellos pares de ojos estaban inyectados en fuego, como los de los lobos.

—¿Estáis ciegos? —dijo, escupiendo sangre—. ¡Él no es como esos otros, va por libre!

Pum. Pum.

Dos golpes apagados se oyeron desde la lejanía.

—¡Son tiros, los blancos están disparando! —exclamó alguien.

Hubo un escalofrío colectivo de terror. Entonces, como el agua de la marea colándose en un agujero, corrieron a esconderse.

—Son los japoneses los que están disparando —explicó Rick—. En su barrio tienen armas y policía propia, no como aquí. No durarán mucho allí y volverán enseguida. ¿Cuántas mujeres y niños hay aquí? —preguntó Rick.

—En esta calle son todos hombres. Entre mujeres y niños no habrá más de veinte.

—Entonces reúnelos y los pondré a salvo en el barrio japonés; el secretario de la Asociación de Comerciantes Japoneses es amigo mío. Vosotros, los hombres, volved a vuestras casas y escondeos. No encendáis las luces. No salgáis hasta que haya amanecido. Dudo que la policía vaya a tardar mucho más, es posible que cerquen el barrio y no dejen entrar a nadie por vuestra seguridad.

Rick se sacó algo de la chaqueta y se lo entregó a Fat.

—Cuídate —le dijo—, eres un buen hombre.

Fat supo nada más tocarlo que lo que le había dado era una pistola.

En ese momento, volvió a oírse reverberar el estruendo apagado. Los blancos estaban de vuelta.

> Mi querida esposa:
>
> A finales del año pasado recibí un cheque del gobierno por valor de algo más de novecientos dólares. Mi amigo, el señor Henderson, contrató a un abogado que interpuso una demanda por los daños que ocasionó aquella horda de blancos que vino al barrio chino y me destrozó la lavandería.

Al principio pensé en usar el dinero para comprar un pasaje, pero después me enteré de que un paisano del pueblo había montado una granja en Segunda Ciudad, a veinte *li* de Aguas Saladas, y que estaba obteniendo un buen dinero vendiendo fruta y verdura a la gente de los alrededores. Lam y yo quisimos imitarlo y a principios de año nos mudamos a Segunda Ciudad y compramos tierras con el dinero de la indemnización; ojalá el cielo nos regale una buena cosecha.

Ninguna de las tres lavanderías que abrí llegó a buen puerto y por eso he decidido probar otro camino. Aún me quedan casi quinientos dólares de la indemnización, suficiente para pagar el impuesto de capitación de una persona. Si mi madre sigue insistiendo en no dejarte venir a la Montaña del Oro, ¿podrías mandarme a

Gam-san?

Son muchas las tareas para levantar una granja. Lam ha cumplido ya los cincuenta y yo también paso de la cuarentena, por lo que necesitamos la ayuda de la nueva generación. Confío en ti para persuadir a mi madre en el caso de que no quiera que se aparte de ella. Cuando recibas esta carta, pídele a mi tío o a

Ha-kau

que vayan a Cantón a preguntar cuándo sale el próximo barco.

Tu marido,

Dak-fat
Segunda Ciudad, Montaña del Oro,
a día veintinueve del tercer mes
del año del gallo de tierra **[46]**

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Primavera del segundo año del reinado de Xuantong (1910)

Mak-dau cruzó el río sin nombre a la entrada del pueblo con Gam-ho

a las espaldas. El sol resplandecía sobre el rocío de sudor de su frente.

Las mujeres que iban detrás, al ver las marcas de sudor de su espalda, decían entre risitas:

«Luk-zi,

ese

Mak-dau

tuyo, haga frío o calor, nunca deja de sudar como un pollo, ¡siempre está chorreando!».

Luk-zi sacó un paño de su cesta y alcanzó a

Mak-dau

para dárselo. Este se recolocó al niño en los hombros para que no resbalara y rechazó el pañuelo moviendo la cabeza con una sonrisa: le daba apuro mancharlo. Cuando

Mak-dau

sonreía, a

Luk-zi

le parecía que el cielo y la tierra brillaban como la nieve, tal era la blancura de sus dientes. Todos los hombres de Zimin tenían la dentadura amarilla, quizá a causa del agua, quizá por el tabaco. Solo

Mak-dau

lucía dos hileras perfectas de perlas más blancas que la leche. Caía bien al pueblo entero, pues su sonrisa alegraba la vista de cualquiera.

Mak-dau era primo de

Ha-kau,

quien desde su matrimonio con Coi había ascendido a capataz y tenía a su cargo las tierras, las tres unidades de la casa y una decena de sirvientes para las dos familias. Como no daba abasto, le había pedido a

Mak-dau

que fuera a vivir con ellos para ayudar en menesteres diversos. Lo de menesteres diversos quería decir que cualquier miembro de la familia Fong podía llamarlo para encargarle todo tipo de cosas:

«Mak-dau, Wun se ha torcido un pie, tienes que ir a echar una mano con la siembra».

«Mak-dau, los cerdos han hecho un agujero en la puerta de la

pocilga; ve a arreglarla».

«Mak-dau, ya no queda leña, corre y ve a la colina a cortar más, que no puedo hacer la comida».

«Mak-dau, se ha agrietado el tanque de agua, ve a decirle a Ngan-lung que venga a arreglarlo».

Incluso la cocinera lo había mandado a comprar salsa de soja a la tienda en más de una ocasión.

Su nombre pasaba por boca de todos. Al principio fue por comodidad, una costumbre. Conforme pasó el tiempo, se dieron cuenta de que sin Mak-dau la rutina de la familia sería muy diferente. Lo mismo valía para un roto que para un descosido. Si la familia hubiera sido un carro, él no habría sido ni el eje, ni la caja, ni siquiera las ruedas, sino el aceite que las engrasaba y las hacía girar con suavidad: invisible, pero indispensable. Sin él, las ruedas seguirían girando pero en algún momento empezarían a chirriar.

Gam-san y Gam-ho fueron los primeros en apreciar lo que valía.

Mak-dau conocía el nombre de todos y cada uno de los pájaros que vivían en el bosque. También podía determinar con certeza, oyendo tan solo su chasquido a los pies de un árbol, bajo qué hoja se ocultaba una cigarra. Cuando se zambullía en el río podía pasar tanto tiempo sin salir que Gam-ho se asustaba y empezaba a gritar pidiendo auxilio. Recogía hojas de banano y las hervía en agua salada para ablandarlas; entonces les sacaba una membrana fina que enrollaba y por la que soplaba emitiendo un pitido agudo que se oía en toda la espesura. Además, con un simple vistazo, era capaz de predecir qué gallo ganaría una pelea.

Sin embargo, había cosas que Mak-dau no sabía hacer.

Irónicamente, a pesar de haber conseguido que todos recordaran su nombre, no sabía escribirlo. Una vez, algo avergonzado, le preguntó a Gam-san

si él sabía. El niño pensó un poco y le pidió que le llevara una hoja de papel del escritorio de su madre. Entonces escribió «Señor Cagarruta», se lo pegó a la espalda y dejó que se paseara con él por el pueblo.

En cuanto Luk-zi lo vio, cogió el palo de bambú de tender la ropa y atizó a

Gam-san

hasta dejarle el culo rojo como un tomate. Desde aquel día, insistió en que

Mak-dau

estudiara con los niños.

A la señora Mak le pareció un despropósito.

—¿De qué le va a servir a un sirviente saber leer? —exclamó con gesto agrio al enterarse—. Menudo desperdicio de dinero y energía…

—Madre —repuso Luk-zi—, él se pasa el día con los niños. No quiero arriesgarme a que se echen a perder por su mal ejemplo.

La señora Mak no volvió a hablar del tema. Luk-zi sabía que bastaba con mencionarle a los nietos para salirse con la suya.

La escuela estaba en Jyunkai, a varios *li* de Zimin. La habían abierto misioneros protestantes con contribuciones de familias con parientes en la Montaña del Oro, y por ese motivo asistían los hijos de estos. Hijos varones, claro está. Los misioneros habían contratado a varios profesores, algunos de la zona y otros de fuera de la provincia, que enseñaban los clásicos chinos, mientras que los misioneros impartían clase de matemáticas y catecismo. Además, habían creado un coro y cada festividad escogían a algunos de los niños mayores para que representaran una obra delante de sus madres y abuelos.

Era la semana de Pascua y

Gam-san

había sido elegido para participar en la representación. Aunque Fat había escrito varias veces pidiendo que su hijo mayor fuera a la Montaña del Oro, la señora Mak se negaba en redondo y, así, la fecha de zarpar se había demorado una y otra vez.

Luk-zi había quedado con las vecinas para ir juntas a ver la obra. Gam-ho debería haber ido a la escuela con su hermano aquella mañana pero, como la víspera había tenido fiebre, le habían dejado

dormir unas horas, hasta que fuera con su madre.

Habían preparado la cesta el día anterior. La mitad eran huevos para regalárselos al maestro y la otra, galletas de sésamo y bizcochos para comer por el camino. Luk-zi entró en el patio con ella del brazo y se encontró a la señora Mak recogiendo un huevo roto.

—Si me hubieras hecho caso y les hubieras echado un vistazo a las gallinas como te dije no habría pasado esto —regañó a Coi—. Yo ya no mando en ti. En esta casa ya no mando en nadie.

—¿Qué ocurre, Coi? —preguntó
Luk-zi.

—Que no sé qué gallina ha puesto un huevo sin cascarón —contestó Coi— y se ha espachurrado todo.

—De ahora en adelante revisa los nidos cada mañana para que no se repita —le dijo
Luk-zi,
haciéndole una señal con los ojos para que se retirara—. Corre y ve a ponerle un brasero a la señora para que se caliente las manos, que aún hace frío.

—¿Frío? —replicó Coi—, pero si luce un sol que me cae el sudor a chorros…

—¡Que vayas, te digo! —exclamó
Luk-zi,
volviendo a hacerle la señal—. Con razón mi suegra dice que no hay quien te gobierne; qué mal mandada eres, te pesa el culo.

Tras oír sus palabras, Coi se fue a la cocina.

Cuando estuvieron solas,
Luk-zi
llamó a
Gam-ho
para que le diera los buenos días a la abuela.

La señora Mak lo agarró de la mano y las arrugas de los ojos se le estiraron al sonreír.

—No vayas a la escuela hoy —le dijo—, que se te acaba de pasar la fiebre… Anda, quédate aquí haciéndole compañía a la abuela…

—Pero yo quiero ir a la escuela a ver actuar a mi hermano —repuso
Gam-ho.

—Ay —dijo la señora Mak dándose una palmada en la frente—, ¡qué cabeza tiene tu abuela! Me olvidaba de que era hoy la obra de tu hermano. Pero, dime, ¿de qué hace?

—De burro. Es el burro sobre el que cabalgaba Jesús.

En la escuela estaban representando la entrada de Jesús en Jerusalén.

—¿Cómo? A ese profesor habría que azotarlo. ¡Darle a mi nieto el papel de bestia!

—Es que en los ensayos no paraba de reír y por eso lo castigó.

—Ah, bueno —rio la señora Mak con su boca mellada—, entonces le está bien, por travieso. ¡Ay, ese hermano tuyo, qué poco se parece a ti, con lo angelito que eres!

—Nos vamos —dijo Luk-zi cogiendo de la mano a Gam-ho—. Jue y Lin están esperándonos a la entrada del pueblo. Si no, no llegaremos a tiempo.

—¿Tú también vas? —preguntó la señora Mak con cara de espanto—. ¿Vosotras, tan jóvenes, os atrevéis a ir allí, con tanto bárbaro peludo?

Luk-zi sabía que su suegra se refería a los misioneros.

—Madre, aprenden nuestras costumbres. Hablan nuestra lengua, visten como nosotros y hasta se dejan trenza —contestó, riendo—. De lejos no se aprecia que sean blancos. Y son más amables que algunos de los profesores de fuera de la provincia…

—Ja —rio la señora Mak desdeñosa—, el día que un blanco se parezca a nosotros, los lobos serán ovejas —dijo metiéndose en la cocina.

A continuación, llamó a Mak-dau.

Este se encontraba afilando cuchillos. Coi había reunido todos los utensilios cortantes de la casa y se los había dado para que los afilara: el hacha de la leña, los cuchillos de deshuesar, los de verduras, los de pelar, formaban una gran pila. En ese momento Mak-dau estaba con un cuchillo de pelar patatas. Su filo se hallaba cubierto de restos de la piedra de afilar, que quitó con un paño; sopló levemente sobre el filo, provocando un silbido. En cuanto oyó que la señora lo reclamaba, se ató el cuchillo a la cintura y corrió a la

cocina.

—Acompaña a mi nieto y a su madre a la escuela. Habrá mucha gente y mucho jaleo; en cuanto acabe la obra, os volvéis.

—Sí, señora —dijo Mak-dau, asintiendo con la cabeza.

Accedió sin reticencia en sus palabras, pero sí en su mirada. De casa de los Fong a la escuela, sin parar a descansar, había casi una hora de camino, más si se hacía un alto para beber y comer algo. Conocía de memoria aquel camino porque lo recorría día tras día con los niños, pero nunca había andado tanto trecho al lado de la joven señora.

De la decena de personas que vivían en casa de los Fong,
Mak-dau
hablaba con todos, pero con
Luk-zi
apenas cruzaba cuatro palabras. No porque lo regañara ni fuese estricta con él como la señora Mak, al contrario; en realidad era muy buena con él. Pero a
Mak-dau
no lo alteraba el genio de la señora Mak, lo que lo alteraba era la bondad de
Luk-zi.
El problema era ese: el genio de la señora era fácil de encajar, simplemente lo ignoraba con silencio. Sin embargo, la bondad de la joven señora era más complicada, no podía afrontarla callando. El silencio con el que encajaba la bondad de
Luk-zi
escondía cosas de las que él mismo se sorprendía.

Aun así, había tenido que acceder a acompañarla.

Mak-dau elevó la vista y vio que el sol había comenzado a brillar con más fuerza. Luk-zi llevaba un vestido nuevo que le llegaba por debajo de las rodillas. Era verde esmeralda con bordados en forma de helechos de color verde muy oscuro, y del cierre diagonal sobresalía un pañuelo verdemar. Sin la pesada ropa de invierno, sus formas lucían mucho más voluptuosas. Los helechos bordados envolvían su figura, que se contoneaba como mecida por el viento. En el pelo, un pasador de jade con colgantes de ágata tintineaban a cada uno de sus movimientos. A
Mak-dau

lo desconcentraba aquel tintineo y se le descompasaba la respiración.

—Se… señora, déjeme a mí —dijo
Mak-dau,
bajando la vista y señalando la cesta que cargaba
Luk-zi.

—No, no hace falta —repuso ella—. Tú cuida de
Gam-ho,
que aún no tiene mucha agilidad.

Los tres se reunieron con el resto a la orilla del río y emprendieron la marcha. Los dos hombres, el grande y el chico, delante y las mujeres detrás dejaban pisadas de todos los tamaños sobre el polvo del camino.

Como siempre que se juntaban las mujeres, la conversación giró en torno a los hombres. Luk-zi le preguntó a Lin cuándo llegaba su marido.

—Pronto —contestó esta—. Dicen que ya está en Hong Kong. En cuanto reciba carta del hospital de allí mandaré a alguien a que me lo traiga.

Se refería a los restos mortales de su marido, Kyun, que había muerto de tuberculosis en la Montaña del Oro hacía justo siete años. Le guardaba luto desde entonces. El primer año llevó una flor blanca en el pelo que, al comienzo del segundo año, cambió por una negra que no se había quitado en todo ese tiempo.

En realidad, Lin había perdido a su marido antes incluso de colocarse en el pelo aquella primera flor blanca. Kyun se había buscado una concubina en la Montaña del Oro, y en diez años solo había vuelto al pueblo una vez. Cuando se marchó de nuevo, se llevó consigo a su hijo mayor. Kyun pasó enfermo muchos años, durante los cuales fue la concubina quien mantuvo a las dos familias con el dinero que ganaba trabajando en una casa de té. Tras la muerte de Kyun, la mujer se buscó otro hombre, que también la acogió en calidad de concubina, y desde entonces era el hijo de Lin el encargado de enviarle dinero todos los meses.

Ella decía que Kyun, sabiéndose cercano a la muerte, se lo había llevado a la Montaña del Oro con la intención de que lo relevara en la responsabilidad de sostener a la familia, que era un hombre bueno y no los había abandonado a su suerte. También decía que

había encomendado a su hijo devolver sus restos mortales al pueblo.

—Donde esté la esposa legítima que se quiten los caprichos pasajeros —afirmó—. En vida, un hombre puede ir de flor en flor, pero luego, al morirse y elegir con quién quiere ser enterrado… ¡Entonces se ve dónde tiene el corazón! —Lo decía con la cara sonrojada, como una novia.

—El hecho de volver o no depende de cada caso —intervino Jue resoplando con incredulidad—. Mira el marido de la señora Coeng-tai, que ni después de que ella muriera volvió.

La señora Coeng-tai había fallecido el año anterior. Al funeral, que
Luk-zi
dispuso en calidad de ahijada suya, el marido no hizo acto de presencia.

Jue también hablaba por experiencia: su marido había vuelto el año anterior y se había buscado una concubina en Gunwun. Se quedó apenas cuatro meses y enseguida se fue; dijo que quería empezar cuanto antes a ahorrar el dinero del impuesto de capitación, pero hasta el momento no había escrito ni una línea hablando de llevarse ni a una ni a otra.

Le preguntaron a Luk-zi por qué Fat no había vuelto en tantos años y si no tendría a alguien allí. Fat se había marchado cuando
Gam-ho
cumplió su primer mes de vida, y para entonces el niño ya iba a la escuela y él aún no había regresado.

Fat iba muy mal de dinero en los últimos años. A pesar de que no había dejado de hacer envíos cada cierto tiempo, las cantidades habían disminuido considerablemente. Le había escrito preguntándole qué ocurría, pero Fat había contestado con evasivas diciendo que ya hablarían del tema cuando fuera al pueblo. Aquello despertó la incertidumbre en el corazón de
Luk-zi.
La asaltaban todo tipo de temores, pero de puertas afuera ponía la mejor cara.

—Si tiene a alguien, mejor que mejor. —Sonrió—. Así me lo cuidan.

A mitad de camino las mujeres, cansadas, hicieron un alto a la

sombra de una tapia y sacaron los pastelillos. Gam-ho había pasado todo el tiempo durmiendo en los hombros de
Mak-dau,
y se los había llenado de baba. Este lo bajó, se lo entregó a
Luk-zi
y fue a sentarse sobre una roca algo retirada donde se despojó de la chaqueta para secarse el sudor al sol. Al lado de la roca crecía abundante hierba. Sobre ella se había posado una mariposa amarilla ribeteada de negro con colores muy vivos. La luz del sol pesaba tanto sobre sus alas que apenas podía agitarlas.

Mak-dau pensó que debería haber llevado la jaula de los saltamontes. Habría podido cazar aquella mariposa para que la joven señora la colgara sobre su cama. Así sí luciría.

Se levantó un poco de viento que, bajo el imponente sol, resultaba una caricia agradable y transportaba el aroma del sudor de
Mak-dau
hasta el rincón donde se habían sentado las mujeres. La ropa que llevaba debajo de la chaqueta era de un material basto que se había encogido de tanto lavarlo; le iba estrecha y marcaba todos sus músculos, como si fueran a reventarla en cualquier momento.

—Luk-zi, ¿cuántos búfalos habéis comprado este año? —preguntó Jue.

—¿Este año? Ninguno, son todos de hace dos primaveras.

—Anda, ¿y aquel? —dijo, señalando en dirección a
Mak-dau
—. ¿No es nuevo de este año? Fuertote como está, debe de abrir buenos surcos con el arado…

Todas se echaron a reír. Lejos de la constricción que imponían las suegras, hablaban más desinhibidas.

—Mamá, quiero hacer caca —dijo
Gam-ho
tirando del brazo de su madre.

Luk-zi no acostumbraba dejar que sus hijos hicieran sus necesidades en cualquier lado, pero aquel día estaban en el campo y no había ningún lugar donde aliviarse. A unos pasos vio un par de árboles que tendrían que servir a tal efecto. A su lado había una vieja tapia que había sido la pared de una casa, ahora en ruinas, la

mitad de alta que una persona. Luk-zi lo condujo hasta allí.

En realidad, si hubieran seguido unos cientos de pasos más, al girar habrían encontrado una pequeña pagoda para descansar con un pajar para hacer las necesidades. Pero aquel día los pies de Luk-zi, como arrastrados por una fuerza invisible, se encargaron de conducirla hacia la boca del lobo.

Gam-ho se acercó a la tapia, se levantó la túnica y se acuclilló. Entonces sintió un viento súbito en los oídos y sobre él se cernió un velo de oscuridad. Al principio pensó que se habría caído en alguna zanja, pero luego notó que su cuerpo botaba sin que los pies tocaran el suelo. Era como si le hubieran crecido alas y volara como un pájaro suspendido en el cielo. Oyó una voz apagada que decía: «Rápido, viene alguien» y comprendió al fin que había caído en manos de malhechores.

Luk-zi se dio la vuelta en cuanto oyó movimiento. Intentó gritar, pero se le quebró la voz en la garganta y no emitió sonido alguno: su grito quedó sofocado porque le metieron un calcetín sucio en la boca.

Más tarde recordaría que lo que había querido gritar era el nombre de Mak-dau.

Jue fue la primera en reparar en la ausencia de Luk-zi y Gam-ho. Se volvió para ver dónde andaban madre e hijo y de repente divisó a tres encapuchados con dos sacos, como tres murciélagos gigantes, corriendo por la linde de los campos. De uno de los sacos apareció un zapato de tela bordado que no paraba de dar puntapiés.

—¡Se… se… se… secuestradores! —gritó Jue con dientes castañeteantes.

Mak-dau, que dormitaba sobre la roca, despertó de inmediato y fue tras ellos sin parar a vestirse. Más tarde, cuando Jue relatara la historia diría que a las piernas de Mak-dau les crecieron alas. Justo cuando estaba a punto de atraparlos, Mak-dau

recordó el cuchillo de pelar patatas que se había prendido de la cintura aquella mañana. No era consciente de haberlo afilado tanto: con tan solo rozarlo, el encapuchado que tenía más cerca cayó al suelo como un saco de arroz. Pero aquel granuja lo agarró de los pies impidiendo con su peso que
Mak-dau
siguiera corriendo y finalmente vio cómo los otros dos encapuchados se perdían en la lejanía cargando con
Luk-zi
y
Gam-ho.

Mak-dau se llevó al hombre a punta de cuchillo a la residencia Fong. Allí pudo sonsacarle que se llamaba Gam Mou-koeng y que pertenecía a la banda de un tal
Jue-sei.
Se trataba del bandido más famoso de la zona, secuestraba a los hijos de hombres que residían en la Montaña del Oro y exigía rescates exorbitantes. Podía llegar a ser terriblemente violento si faltaba un centavo.

En cuanto la señora Mak se enteró de lo ocurrido se desmayó. Coi tuvo que darle a oler sales para despertarla, pero aun así no pudo tenerse en pie.

—Demos parte a las autoridades —sugirió
Ha-kau
—. Por lo menos tenemos a Gam Mou-koeng.

—Gam Mou-koeng no es nadie —repuso
Mak-dau
—, a
Jue-sei
no le importa un pepino. Aunque matáramos a cien como él, no soltaría a la joven señora y al señorito. Tenemos que reunir el rescate cuanto antes.

—¿Cuánto pide? —preguntó la señora Mak.

—Va a tener que desembolsar no menos de quinientos dólares si quiere volver a ver a su nieto —dijo Gam Mou-koeng—. Nunca pide menos de eso.

Mencionó solo a Gam-ho porque siempre secuestraban a varones. Las mujeres carecían de valor y nadie pagaba rescate por

ellas, así que no las tocaban. Si aquel día se llevaron también a Luk-zi fue porque había empezado a gritar.

Al oír aquella cifra, la señora Mak se desmayó de nuevo y hubo que llevarla a su habitación. Ha-kau fue a hablar con los tíos de Fat, pero no se atrevían a decidirse, así que finalmente tuvieron que ser Ha-kau y Mak-dau quienes tomaran las riendas del asunto y decidieran vender tierras para sufragar el rescate.

El apremio de la venta dificultó obtener un buen precio. Al final, aun después de malvender los terrenos en parcelas, no contaban con suficiente dinero. Tuvieron que añadir lo que los tíos de Fat consiguieron empeñando joyas para reunir la totalidad del rescate, que metieron en una bolsa.

Mak-dau fue a efectuar el pago acompañado de Gam Mou-koeng.

El granuja le había dicho que de ninguna manera podía llevar armas cuando fuera a ver a Jue-sei, que lo registraría de la cabeza a los pies antes de entrar en la guarida y en caso de encontrarle media navaja era capaz de abrirlo en canal.

Cuando lo oyó, Mak-dau se acuclilló, fumando pensativo. Al cabo, se llevó aparte a Ha-kau y le dijo que fuera a la tienda del pueblo y comprara petardos, cuantos más mejor.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Ha-kau—, con el problema que tenemos y tú buscando jaleo.

—Hazme caso —lo tranquilizó Mak-dau—. Cómpralos y escóndelos en la pocilga. Guárdate bien de que te vean.

Así lo hizo. Fue a comprar los petardos y volvió derecho a la pocilga. Cuando

Mak-dau
entró le pidió a
Ha-kau
que saliera a vigilar la puerta y no dejara entrar a nadie. Una hora más tarde,
Mak-dau
salió con una pipa en la mano. Ha-kau echó un vistazo a la pocilga y vio que el suelo estaba cubierto de restos de envoltorios rojos a pesar de que él no había oído explotar ningún petardo.

—¿Qué andas tramando? —preguntó a
Mak-dau.

—Aquí tengo tus petardos —contestó este señalando la pipa—. No sé si haré explotar a la banda entera, pero a más de uno me llevaré por delante, eso te lo aseguro.

Ha-kau palideció.

—Pe… pe… pe… pero ¿es que quieres morir? Mira que tu madre te dejó a mi cargo para que te devolviera con vida.

—Tranquilo —rio Mak-dau—, que morir no está en mis planes. Tengo que traer de vuelta al señorito y a la joven señora.

Mak-dau se marchó al atardecer y no volvió hasta bien entrada la noche del día siguiente. En la casa nadie se atrevió a dormir: estuvieron esperando todo ese tiempo reunidos en torno al quinqué. Cuando
Mak-dau
entró en la casa vieron que cargaba con un bulto negro. Al fijarse repararon en que se trataba de
Luk-zi,
cuyo pelo estaba tan alborotado que la tapaba casi por completo. Mak-dau la bajó y ella, en lugar de quedarse sentada, se derrumbó en el suelo. Gam-san fue hacia ella y la abrazó. La familia rompió en llantos estremecedores.

Entonces vieron que entraba un bulto de color ceniza:
Gam-ho.
La señora Mak lo abrazó con fuerza, clavándole las uñas. Coi les llevó un cuenco de sopa de arroz. Cuando madre e hijo sorbieron un poquito, recuperaron el color. Luk-zi se levantó y se dirigió cojeando hasta la señora Mak para postrarse en el suelo delante de ella.

—Madre —dijo.

La señora Mak, con los ojos fijos como los de un pescado muerto, no dijo nada. Luk-zi hizo tres reverencias y continuó:

—Le ruego que me perdone por lo mucho que la he hecho preocuparse.

—¿Preocuparme yo de ti? ¡Ja! —espetó la señora Mak—. ¡Desde que entraste en esta casa no has hecho más que lo que te ha venido en gana! Fat te tiene malacostumbrada; en esta casa la suegra no sirve más que de adorno. ¡Nada de esto habría pasado si me hubieras hecho caso y no hubieras ido a ese condenado lugar a ver no sé qué teatros! ¡Veinte años del sudor de la frente de mi hijo que tenían que haber servido para comprar tierras perdidos por tu culpa! ¡Ay, mi pobre Fat, qué desgraciado, maldito el día en que se empeñó en tomar por esposa a una mujer como tú!

Luk-zi siguió arrodillada en el suelo sin decir nada. Sabía que su suegra albergaba aquel odio desde que Fat anuló su compromiso original para casarse con ella.

Mak-dau se palpó el pecho y sacó la pipa. Se disponía a encenderla cuando

Ha-kau

se la quitó de la boca.

—¡Insensato! ¿Acaso quieres volar por los aires?

Mak-dau dudó y luego lo comprendió.

—No es la misma pipa —aclaró. Dio dos caladas largas e intentó mediar—: Señora, tranquilícese. Jue-sei le había echado el ojo a la familia hacía tiempo, no ha sido cosa de un día para otro. La joven señora podría haberse pasado el día en casa con los niños y él igualmente habría intentado entrar a por ellos —dijo, conciliador, con una espléndida sonrisa brillante de nieve.

Pero la señora Mak no podía ver esa sonrisa.

—¿Y tú por qué hablas? —gritó, arremetiendo contra él—. ¿Quién te has creído que eres para meterte en los asuntos de la familia? —Y le asestó un golpe con el bastón.

Mak-dau pudo esquivar el bastón de la ciega señora, que fue a dar contra una columna y se partió en dos. To-dos los presentes sabían del genio de la matriarca, pero nunca habían presenciado que afrentara directamente a

Luk-zi

delante de ellos ni que pegara a un sirviente. Se quedaron en silencio. Ni siquiera la higuera de bengala del patio se atrevía a mover una hoja.

Al final Gam-ho se arrodilló delante de la señora Mak y le dijo:

—Abuelita, no se enfade, que mi madre y yo hemos vuelto sanos y salvos. Las tierras que hemos perdido se las devolveré yo trabajando y encima tendremos más que antes.

Sus palabras conmovieron a la señora Mak, cuyos ojos se empañaron.

—Coi —suspiró, secándose las lágrimas con el vestido—, lleva a Luk-zi y a Gam-ho adentro para que se laven y luego dales sopa de semillas de loto. Después de tanto tiempo sin comer nada, hay que vigilar que no se empachen. —Cuando Coi hubo realizado el encargo, la señora Mak le dijo—: De hoy en adelante no le quites la vista de encima. En cuanto ponga un pie en la puerta, me avisas. Y mira lo que te digo, Mak-dau ha demostrado tener más redaños que tu marido… Cuando veas que hay una sirvienta con edad, arréglalo para que se casen y así se quedará a vivir con nosotros. —Coi asintió y se disponía a irse cuando la señora Mak carraspeó y, en voz baja, le susurró a la oreja—: Y entérate de si hay daños que paliar.

Coi la miró desconcertada hasta que, pasados unos instantes, comprendió.

—Como usted mande.

La señora Mak pasó diez días quemando incienso y rezando a puerta cerrada. En las tres unidades de la casa de los Fong no se oían más que sus cánticos y los golpes que daba al pez de madera[47].

Al fin, una mañana Coi entró en la habitación de la señora Mak, que acababa de prender incienso y estaba postrada ante el retrato amarillento de su difunto marido, Fong Jyun-coeng.

—Ya… ya le… —tartamudeó Coi, que cuando se ponía nerviosa no lograba hilvanar ni una frase.

—¿Qué pasa? —le gritó la señora Mak, incorporándose—. ¡Déjate de tonterías, di de una vez lo que tengas que decir!

—Q… que la joven señora ya… ya ha tenido el menstruo.

La señora Mak se llevó una mano al pecho y se sentó, dejando caer todo el peso de su cuerpo.

—Gracias, Buda de la Luz Infinita —murmuró, aliviada.

Fat supo del secuestro de
Luk-zi
cuando ya habían pasado varios meses del suceso. Se enteró por unos paisanos que habían vuelto de visitar el pueblo.

Inmediatamente le escribió una carta:

> Mi querida esposa:
>
> Ha llegado a mis oídos el duro golpe que sufrió la familia. Imagino que no me lo comunicaste por temor a preocuparme.
>
> He tomado la decisión de construir una casa fortaleza en el pueblo para protegeros de los bandidos. Ya he encontrado a un arquitecto que ha trazado los planos siguiendo mis indicaciones y he comprado todos los materiales aquí, en Aguas Saladas. Dentro de unos días os los enviaré al pueblo vía Hong Kong. Le he encargado la construcción a una empresa de Cantón llamada The Sincere & Co., que tiene delegación aquí en la Montaña del Oro y que goza de muy buena reputación.
>
> Por supuesto, tengo que buscar la manera de financiar la obra, así que no podré costearme el viaje para ir a supervisarla. Que se encarguen
> Mak-dau
> y
> Ha-kau.
>
> Pídele perdón a mi madre de mi parte por ser tan mal hijo; no podré celebrar con ella su cumpleaños. ¿Ya se sabe la fecha de partida de
> Gam-san?
> Aguardo su llegada con ansiedad. En cuanto a
> Gam-ho,
> es mejor que por el momento deje de ir a la escuela, el camino es demasiado peligroso. Ponle un profesor particular. Y encarga a
> Mak-dau
> que contrate a varios guardaespaldas que sepan artes marciales y que compre armas para defender la casa.
>
> Sé prudente, esposa mía, y no salgas de casa sin los

guardaespaldas.
Ten mucho cuidado.
Tu marido,

Dak-fat
Segunda Ciudad, Montaña del Oro,
a día veintisiete del séptimo mes
del año del perro de metal **[48]**

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Año fundacional de la República de China (1912)

Una mañana, cuando se vestía después de levantarse,
Luk-zi
se notó más rellena. Le había costado abotonarse una chaqueta que había comprado a principios de otoño del año anterior. La tela le ceñía el estómago y las axilas cuando doblaba la cintura. Sabía que era porque últimamente se movía poco. Desde el secuestro, su suegra, la señora Mak, la controlaba muy de cerca. A pesar de que habían contratado los servicios de varios fornidos guardaespaldas que no apartaban la vista de ella ni de los niños, no consentía que pusiera un pie fuera de casa. No le había quedado más remedio que quedarse recluida practicando la caligrafía, arte en el que había hecho ciertos progresos.

Abrió la ventana y oyó que alguien declamaba unos versos. Sabía que era la nueva clase matutina de su hijo.

Describamos pues el otoño:
Desvaído es su color, como el de la niebla y la nieve dentro de las nubes.
Límpida su apariencia, como la del regio sol en lo alto de los cielos.
Yerto su viento, que lacera las carnes de las gentes.
Lóbrega su intención, que ansía asolar ríos y montañas.
Por ello su sonido es triste, como el de un funesto lamento.
Muda la otrora verde hierba su color,
caen las hojas del que fue frondoso árbol,

tal es la devastación que alberga en su soplido.

Apoyada en el alféizar, pensó que el poema le resultaba familiar, como si lo hubiera oído de pequeña cuando estudiaba con el hijo de su hermana. Se preguntó si sería «Oda a los sonidos del otoño» del poeta Ouyang [49]. Después de la clase se lo preguntaría a Gam-ho.

Por la manera de entonar los versos, se sabía que aquella voz no era la de su hijo mayor. Hacía dos meses que Gam-san se había marchado a la Montaña del Oro. Previamente a su partida, cada vez que la señora Mak oía mencionar el nombre de su nieto, gemía y suspiraba. Eran suspiros largos e interminables como el viento que a veces se arremolinaba en el patio. Si Luk-zi intentaba consolarla, la señora Mak la reprendía por no querer suficiente a los hombres de la familia, por no tener apego ni por la carne de su carne. Si la dejaba suspirar, la acusaba de desear que la familia entera se fuera a la Montaña del Oro y la dejaran sola en el pueblo, abandonada a su suerte. Luk-zi acabó olvidando que Gam-san era en primer lugar su hijo y que si había alguien con derecho a penar o llorar por él era ella.

El año que Gam-san se fue había dado un gran estirón. La voz se le había vuelto gangosa como la de un pato y a veces se le quebraba. Además, un día que Coi estaba lavándole la cabeza, la sirvienta exclamó: «¡Al señorito le ha salido barba!».

A sus quince años, Gam-san era ya tan alto como Mak-dau. Cuando estrenó la ropa del Año Nuevo chino, la túnica le hacía parecer todo un hombre… solo que tan travieso como siempre. Sano como un roble desde su nacimiento, su complexión era fuerte como la caña del bambú, que no se dobla, que no se puede arrancar. Su hermano Gam-ho no se parecía en nada a él; enfermizo desde que nació, era esmirriado como un brote de soja, fino hasta el punto de que parecía que se podía quebrar. Incluso la voz con la que leía era

deslucida, nada que ver con la refinada dicción de
Gam-san.

Luk-zi escuchó a su hijo declamar unos versos más hasta que se cansó. Entonces se asomó por la ventana. Vio que el bambú que había en un rincón del patio había cambiado de color, ahora entre verdoso y amarillento, y que le habían salido unas motitas. Cuando fue al patio a inspeccionarlo reparó en que se trataba de pequeños capullos y el corazón le dio un vuelco.

Sabía que el bambú es longevo y puede vivir desde diez años hasta cien veces más; que se conserva perennemente verde y no deja de crecer, pero que, en cuanto florece, muere. De ahí el dicho popular «El bambú florece con el ocaso del emperador». La dinastía Qing ya había agotado su suerte y había caído. Se había instaurado la República de China. Pero ¿era una república del pueblo y para el pueblo, como decían? En los territorios más alejados de la capital seguían abundando los bandidos. El último día de mercado habían secuestrado a diez niños y a su profesor en una escuela de Chikham. Lo que antes el emperador no podía impedir, ahora la república tampoco. Luk-zi no se explicaba que el bambú floreciese entonces, cuando la dinastía ya había cambiado. ¿Sería el anuncio de que a Fat le había sucedido algo malo? Asaltada por aquella incertidumbre, fue a buscar papel para escribirle.

Cuando tuvo la hoja desplegada no encontraba las palabras. El pincel permanecía inmóvil en su mano. Era mucho lo que quería decir, pero los asuntos se agolpaban formando un ovillo enmarañado al que no le encontraba un cabo del que tirar. Atinaba a verbalizar asuntos cotidianos concernientes a Fat, a sus hijos, a su suegra y a la casa fortaleza que estaban construyendo, pero aquellos no eran los asuntos más profundos. Eran livianos como las lentejas de agua que flotan en la superficie de los estanques: parecen muy tupidas y arraigadas, pero se pescan con un simple gesto. Sin embargo, lo que
Luk-zi
no acertaba a verbalizar era tan profundo y pesado como los guijarros en el fondo, que, a pesar de no ser muchos, no se alcanzan con la mano, ni siquiera pueden moverse.

Desde que el año anterior
Mak-dau

la rescatara de la banda de
Jue-sei,
nadie en casa de los Fong le había preguntado por lo sucedido en sus dos días de cautiverio. Aunque no le preguntaban, ella veía la duda escrita en su mirada. La señora Mak hablaba cada vez menos y bufaba cada vez más. Con
Luk-zi
resoplaba por la nariz; en compañía de los demás, se dedicaba a suspirar profundamente por la boca, y después, cuando se sabía sola, emitía un hondo quejido que le salía de las entrañas. Cuando
Luk-zi
cruzaba el patio, podía sentir una punzada en la espalda que reconocía como la mirada que le clavaban los sirvientes. En cada rincón y cada estancia había bisbiseos, pero si ella pasaba cerca del rincón o entraba en la estancia enseguida cesaban y reinaba el más absoluto silencio.

Aun así, la suma de todos esos silencios no podía compararse con el de Fat. En dos años había escrito quizá con más frecuencia de lo habitual, pero únicamente hablaba de la construcción de la casa: desde la balaustrada de columnas romanas del piso superior hasta las cenefas grises de los marcos de puertas y ventanas, se dedicaba a enumerar con minuciosidad y sin descanso cada detalle y cada material, pero Fat no le había preguntado por aquello. No lo había mencionado ni de pasada. Su silencio se sumaba al de las demás personas, pero era el más hiriente. Luk-zi sabía encarar el muro de silencio del resto de la gente. Tenía más paciencia que nadie y lo barrenaba con su calma, sabía que poco a poco terminaría por romperlo. Era el silencio de Fat el que le daba pánico. No sabía si aquel silencio tendría un límite. Se sentía zozobrar.

En aquel momento entró
Mak-dau
con la frente sudorosa.

—Joven señora —dijo—, ya he hecho lo que me mandó.

Lo dijo sin mirarla, serio, con la vista fija en sus zapatos de tela añil. El asunto al que se refería concernía al altar y a las tablillas de los antepasados de la familia Fong. En un principio habían de colocarse en la planta más alta para que protegieran toda la casa, pero

Luk-zi,
pensando que la anciana y ciega señora Mak no podría subir tantas escaleras para ir a quemar el incienso, le había mandado que le dijese al capataz que las pusiera en la segunda. Se le había ocurrido cuando la construcción ya iba por el cuarto piso, y a los obreros no les había gustado tener que cambiar la distribución.

—¿Has hablado con el señor Liu? —le preguntó
Luk-zi
a
Mak-dau.

—Sí.

—¿Le has dicho aquello que te mandé preguntarle?

—Sí.

—¿Y ha accedido?

—Sí.

—¿Te ha dicho la fecha en la que terminará la construcción el año que viene? —preguntó
Luk-zi.

—Ha dicho que lo antes posible —contestó él.

—Bueno, pero tengamos en cuenta que la fecha propicia para la mudanza ya está fijada: es el último día de mercado del primer mes del año que viene, el veinte. La dijo el monje cuando vino a bendecir la construcción el día que empezamos a excavar la tierra. En esa ocasión ya le pagamos para que venga a ahuyentar los espíritus malignos el día de la mudanza.

Mak-dau la escuchó, pero no dijo nada.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? —preguntó
Luk-zi
—. ¿Se te ha comido la lengua el gato, que contestas con monosílabos?

Mak-dau seguía cabizbajo, con la vista fija en sus zapatos, sin hablar.

—¿Es que no hay nadie en esta casa que confíe en mí? —le recriminó
Luk-zi
tras mirarlo unos segundos en silencio—. Hasta tú estás esquivo.

Mak-dau levantó la mirada. Verla con ojos llorosos lo conmovió, por lo que suavizó el tono con el que había hablado hasta entonces:

—¿Ella ha dado el visto bueno a la mudanza?

Mak-dau se refería a la señora Mak. A pesar de que la construcción de la casa fortaleza respondía a la voluntad de Fat, era la matriarca quien debía acceder a la mudanza, y hasta la fecha no lo había hecho.

Se negaba aduciendo motivos personales.

Decía que, después de tantas décadas viviendo en la otra casa, donde había cuidado de sus suegros y criado a sus hijos, se había acostumbrado a ella y no quería cambiarla. También afirmaba que la casa fortaleza era muy alta, que a una vieja ciega y con los pies vendados le costaría manejarse por allí.

—Madre, no se angustie, que yo le pondré un sirviente exclusivamente para que la lleve a cuestas de un piso al otro —le había dicho
Luk-zi.

La señora Mak no respondió.

—Yo no soy como tú —dijo, al cabo—, que cualquiera te monta.

Luk-zi supo que su suegra no quería mudarse a la casa nueva por razones distintas de las que alegaba.

La señora Mak había enfermado el año anterior, justo cuando empezaron a construir la casa fortaleza. Era un mal extraño, pues no tenía vómitos ni diarrea, tampoco fiebre, y no parecía sufrir los escalofríos propios de la malaria. No le dolían los huesos, pero no tenía apetito, se pasaba el día durmiendo y estaba adelgazando a pasos agigantados. Llamaron a varios médicos herbolarios que le dieron sendos remedios, pero aun así no presentaba mejoría alguna. Al contrario, había empeorado, y en ocasiones perdía la lucidez. Por lo general se pasaba el tiempo con el cuello estirado mirando al techo sin decir nada, pero había veces en que decía disparates. Dos días atrás, justo cuando acababa de desayunar, aún en la cama con la cabeza despeinada, se había dedicado a golpear el cabezal.

—¡Voy a decirle al presidente del condado lo mal hijo que eres! ¡Mira que no venir por el sesenta cumpleaños de tu madre! No tienes perdón…

Luk-zi fue a recostarla.

—Madre, Fat se ha gastado todo lo que tenía en la nueva casa, pero también es para que usted la disfrute.

La señora Mak cogió a

Luk-zi
de la muñeca clavándole las uñas.

—La casa la hace por ti, y por hacerla se me ha quedado sin dinero para volver. Si no te hubieran secuestrado, Fat habría comprado tierras con ese dinero. ¡Qué casa fortaleza ni qué ocho cuartos!

—Madre, si toda la familia se va a la nueva casa, podemos vender esta y comprar tierras igualmente —repuso
Luk-zi.

La señora Mak abrió los ojos enfurecida en dirección a su nuera.

—¡Familia! —bramó—. ¿Acaso eres tú de mi familia o mereces serlo después de lo que le dejaste hacer a
Jue-sei?

Luk-zi se zafó de la mano de la señora Mak. Sintió que se había abierto una grieta en la tierra bajo sus pies y que, a medida que esta se ensanchaba, ella se hundía en el fango. Se dio cuenta de que en realidad la señora Mak no había perdido la cabeza, sino que, aprovechando su estado, decía lo que llevaba tiempo queriendo decir.

Le limpió la baba de la boca con su túnica y salió despacio de la habitación. Fuera había varios criados atendiendo sus tareas, que esquivaron su mirada. Lo habían oído todo. Entre ellos vio a
Mak-dau,
que estaba arreglando un cedazo de grano. Sus ojos estaban enrojecidos. Soltó las tiras de bambú que tenía entre manos y la emprendió a cabezazos contra una columna.

—¡Déjeme hablar con ella, joven señora! —imploraba con impotencia—. ¿Por qué no me deja que le diga cuatro cosas?

—La señora no sabe lo que dice porque está enferma. ¿Qué excusa tienes tú? ¡Venga, a trabajar!

Todo el mundo se fue volando, como una nube que disipa el viento.

Desde aquel día, en cuanto
Mak-dau
veía a
Luk-zi
erguía el cuello como un gallo de pelea y apenas había cruzado palabra con ella.

—Mak-dau, ¿este año cumplirás veinticinco o veintiséis? —le preguntó
Luk-zi,
aprovechando que lo veía más distendido, mientras recogía los pinceles.

—Contando mi primer Año Nuevo[50], veintiséis; sin contarlo, pues veinticinco —respondió él.

—¿Y cómo es que no te buscas una prometida?

Mak-dau no replicó.

—¿Qué te parece Jyut? —sugirió
Luk-zi.

Jyut era una sirvienta que hacía los recados de los tíos de Fat.

Mak-dau seguía sin hablar. Presionado por
Luk-zi,
terminó contestando:

—Tiene culo de gallina.

—A mí me parece que es una mujer trabajadora y muy sufrida —observó
Luk-zi
—, y no está mal de cara. Tú mírala de frente, ¿quién te manda mirarla por detrás?

Mak-dau se echó a reír con una sonrisa de nieve esplendorosa.

—No es que la mire, es que si se te pone delante, su culo no pasa desapercibido.

—Ahora en serio, creo que hacéis buena pareja —afirmó
Luk-zi
—. Si te casas con una criada de casa, te quedarás a vivir aquí para siempre, como le pasó a
Ha-kau.

Al oír aquello, Mak-dau se quedó embobado un buen rato.

—Lo que la señora diga —dijo al fin.

—Muy bien. Entonces dentro de dos días llamaré a la casamentera para que venga a verte.

Mak-dau se marchó cabizbajo. Anduvo un trecho, luego volvió y, azorado, terminó diciendo:

—Señora, ¿por qué no me deja hablar? ¿Por qué no me deja defenderla? Cuando venga el señor de la Montaña del Oro, como se crea las habladurías, ¿qué va a pasar?

Luk-zi se rio.

—Si tiene que creérselas, no servirá de nada lo que tú puedas decirle así le hables cien veces. Y si las oye y no se las cree, ¿qué le vas a decir? El agua clara permanece clara, el agua turbia nunca se aclara. Hables o no, qué más dará…

Mak-dau se fue sin decir más. Luk-zi se asomó por la ventana y le pidió:

—Por favor, ve al estudio y, si el profesor está desayunando, dile a

Gam-ho

que venga, que quiero hablar con él. Si aún no ha llegado la hora, no los molestes.

Al cabo de un rato llegó

Gam-ho

corriendo.

—Madre, ¿me ha mandado llamar?

—Tu padre ha puesto mucho dinero y energías en la casa fortaleza y de supervisarlo todo se está encargando

Mak-dau.

Quiero ir a echar un vistazo. A principios del año que viene estará terminada, quiero que vengas conmigo a verla.

—Pero… la abuela no nos deja… salir… —dijo

Gam-ho

con cara de circunstancias.

—Ja —rio Luk-zi con frialdad—, si ni

Jue-sei

pudo mantenerme presa, ¿quién va a encerrar a tu madre? No te preocupes, que aún me queda mucha vida. Además, si tuviera que morirme, me moriría en casa igual. Al que no le ha llegado la hora, no se lo lleva ni un cuchillo al cuello.

Gam-ho, que también se había cansado de estar en casa y necesitaba una excusa para salir, se envalentonó al oír las palabras de su madre.

Madre e hijo se dirigieron a la puerta y por el camino se cruzaron con Coi.

—La señora… —empezó la sirvienta, pero

Luk-zi

le clavó una mirada que la atravesó y se tragó el final de la frase.

Enseguida les hizo una señal con la mirada a los guardaespaldas para que la siguieran.

Luk-zi bajó los escalones de la casa de los Fong y pisó el camino de tierra frente a la puerta. Había dejado de llover, pero el cielo aún no se había despejado. Algunos rayos de sol se colaban entre las nubes, aunque débilmente. El suelo estaba algo húmedo y cuando lo pisaba con los zapatos de seda bordada la suela dejaba pasar la humedad. Luk-zi levantó la cabeza y los rayos del sol la cegaron. Los bananos del borde del camino se mostraban exuberantes con brotes blancos: empezaban a asomar algunos frutos. Se levantó una brisa que meció hojas y flores. Caminaba envuelta en una luz desconocida. Avanzó en dirección a ella, pero le fallaron las piernas; su cabeza no conseguía que le respondiesen. Tras pasar casi dos años encerrada en casa no conocía el camino, y el camino no la conocía a ella. El camino, el sol, el viento, los árboles, todo se confabulaba contra ella, que era la extraña.

Avanzó torpemente varios pasos y vio la casa. Al elegir el emplazamiento, el maestro de *feng-shui* había escogido un montículo a la entrada del pueblo; era un lugar perfecto que había descrito como «una perla naciendo en la boca del dragón». Sin embargo, toda la gente del pueblo se opuso. Dijeron que construir un edificio tan alto a la entrada del pueblo les iba a arrebatar la suerte, así que no hubo más remedio que construirla en la parte interior, cerca del erial colindante con el bosque de bananos. Había que andar un buen trecho para alcanzarlo, pero la casa se avistaba desde muy lejos. En realidad, aún no podía llamarse casa: lo que Luk-zi veía era el andamiaje de bambú. Además, estaba cubierto con lonas para impedir que se viera el edificio sin acabar y para que no se mojaran los obreros.

A pesar de que no podía distinguirse su aspecto, sí apreció su altura. Sabía que apenas iban por el cuarto piso, pero aun así la dejó sin respiración: en su vida había visto un edificio tan alto. Las casas y los árboles que lo rodeaban resultaban minúsculos a su lado y el sol, que comenzaba a filtrarse entre las nubes, parecía surgir justo detrás de la azotea.

Se llevó las manos al pecho.

—Fat… ay, Fat… —musitó, admirada hasta el punto de no saber

decir nada más—.

Gam-ho,

hijo, ¿tú dirías que es la casa más alta del pueblo?

—Madre, yo en el Salón del Trono Dorado del Emperador [51] no he estado, pero estoy seguro de que es la más alta del pueblo. Ni la iglesia que tienen los misioneros en Jyunkai la supera.

Los ojos de Luk-zi se encendieron como dos luceros. Suspiró lentamente.

—Gam-ho, hijo, ya eres mayor para ir a la Montaña del Oro a ayudar a tu padre como hizo tu hermano. Tu padre lleva una vida muy dura.

—¿Cuándo vendrá mi padre para llevarme con él? —preguntó

Gam-ho.

—En cuanto tengas edad. ¿Echarás de menos a tu madre?

Gam-ho no dijo nada. A sus doce años no entendía de despedidas. Lo que le rondaba la cabeza era otra cosa. Pasado un rato preguntó:

—Madre, ¿en la Montaña del Oro hay oro por todas partes de verdad?

—¿Cómo va a haber oro por doquier? —contestó

Luk-zi

—. Nuestra riqueza viene de cada centavo que ahorra tu pobre padre.

—Mamá, aquí en el pueblo todo el mundo ahorra al máximo también. ¿Por qué no pueden construirse casas así?

Luk-zi no respondió.

—¡Joven señora, joven señora! —gritó Coi, que corría hacia ellos—. La… la señora…

Luk-zi esperó inmóvil a que su sirvienta terminara de jadear. Sabía que cuando Coi se ponía de aquella manera era inútil zarandearla, hasta que se serenaba no articulaba palabra.

—La, la señora… está… vomitando sangre —dijo al fin.

Cuando Luk-zi y Gam-ho llegaron a casa, el médico acababa de examinar a la señora Mak y estaba recogiendo el maletín de medicinas para marcharse. El rostro de la señora Mak era completamente gris a excepción de un leve tono rojo en los labios: los tenía manchados de vomitar sangre. Entre labios y nariz solo corría un hilillo de aliento. La familia del tío de Fat al completo

estaba sollozando, desconsolada, a los pies de su cama.

Luk-zi preguntó al médico el diagnóstico.

—Es cuestión de horas. No le quedan fuerzas para ver el día de mañana.

—¿No hay nada que pueda recetarle?

El doctor negó con la cabeza.

—Llegados a este punto, no tiene salvación.

Cuando volvió al cuarto después de acompañar al médico todos los presentes levantaron la vista en dirección a ella. Sabía que estaban esperando verla llorar, pero sus ojos estaban secos como el cauce de un riachuelo yermo. No le quedaba una lágrima que derramar.

Las miradas comenzaron a inquietarse.

—No lloréis más —les dijo—, la señora necesita tranquilidad.

—La señora lleva penando toda su vida, ¿cómo puede alguien con corazón evitar llorar?

Lo dijo la tía de Fat. Ella, que siempre había sido una seria mujer de pocas palabras, había decidido escoger ese día para hablar. A pesar de lo breve de sus palabras, estaban revestidas de gravedad, pues acusarla de falta de piedad filial minaba los cimientos en los que descansaba la autoridad moral de
Luk-zi.
Aun así esta, si bien con dificultad, irguió la cabeza para ejercerla y ordenó a
Gam-ho
que esperara fuera.

—Quiero que volváis a vuestras habitaciones y descanséis un rato —dijo al resto—. Necesito hablar con mi suegra.

La tía de Fat se los llevó y, entre sollozos, comentó:

—¿Qué va a decirle a estas alturas?

Luk-zi se limitó a cerrar la puerta haciendo caso omiso.

Se aproximó al lecho de la señora Mak y vio que su cuerpo, normalmente delgado, se había encogido hasta parecer el de una niña. Sus negros ojos hundidos eran como dos pozos colmados de resentimiento. Luk-zi sabía que la vida de la señora Mak se estaba apagando. Se arrodilló y la cogió de la mano, enjuta como una garra de pollo.

—Madre. Sé que espera a Fat. Y sé que yo a usted no le gusto

por la devoción que él me tiene. Pero sepa usted que ese cariño que él por mí profesa no ha sido en vano, porque hoy voy a poder sustituirlo en el cumplimiento de su obligación filial. Ya lo verá.

La mano de Luk-zi tembló al sentir un pinchazo en la palma. Eran las largas y encorvadas uñas de la señora Mak.

Luk-zi soltó la mano, se abrió la túnica y sacó un cuchillo que llevaba colgado de la cadera. El arma era del tamaño de la palma de una mano. Estaba en el interior de una funda de plata con flores talladas. Mak-dau había pagado un dineral por él cuando se lo compró a un policía el año anterior.

En esos días lo llevaba con ella a todas partes para protegerse. En realidad, solo le servía de adorno y para sentirse más segura, pero no tenía la menor idea de cómo usarlo. En toda su vida no había matado ni a un pollo. Cuando los vecinos sacrificaban cerdos o vacas, ella se tapaba las orejas y se escondía en el rincón más apartado que encontraba: le daban pánico los gritos. No solo eso, también odiaba cuando el pez movía la cola en la sartén llena de aceite caliente. Solo había empuñado el cuchillo contra un ser vivo: ella misma. A sus diecisiete años empleó el cuchillo de segar la paja de los cerdos de la señora Coeng-tai para rebanarse el sexto dedo.

Ni en ese momento ni después había sospechado que volvería a usar un cuchillo contra su propia carne.

Desenfundó el cuchillo, que emitió un destello rápido y frío. A pesar de que nunca lo había usado,

Mak-dau

se lo pedía cada pocas semanas para afilarlo. Se lo colocó a la altura de los ojos, se arrancó un pelo y lo acercó al filo. Entonces sopló y el pelo se partió silenciosamente. Mak-dau le había enseñado a probar de ese modo un cuchillo.

Entonces se arremangó los pantalones.

Eran pantalones de trabajo, así que pudo subirlos fácilmente hasta la rodilla dejando a la vista toda la pantorrilla. Su carne también resplandeció, pero con un brillo distinto: la luz con la que lo hizo era pálida y cálida. La mano que empuñaba el cuchillo comenzó a temblar. De inmediato se sintió vieja. A sus treinta y cinco años no tenía el arrojo que demostró a los diecisiete.

Aquella primera vez su corazón no había albergado preocupación alguna. Solo se tenía a sí misma y todos sus

pensamientos se habían concentrado en su fijación por no hacer de concubina; mostrar un valor enorme al empuñar el cuchillo fue algo natural. Sin embargo, a los treinta y cinco años la situación era diferente. Una mujer de treinta y cinco años divide su corazón en muchos trozos: uno corresponde al marido, otro a los hijos, otro a la suegra y después, el más pequeño, a ella misma. Luk-zi había perdido el arrojo impulsivo de antaño.

Levantó el cuchillo, pero volvió a bajarlo. Después lo subió de nuevo. Colocó la mano izquierda sobre la derecha para obligarse a actuar. La mano izquierda presionaba a la derecha, que se resistía, y el cerebro de
Luk-zi
no sabía cómo proceder. A ratos ganaba la mano izquierda y a ratos se imponía la derecha. Pasaron largo tiempo oponiendo resistencia mutua hasta que de pronto, en la cama, la señora Mak gimió de dolor. Ese gemido sonó como una orden militar y
Luk-zi
bajó el cuchillo sin pensarlo. Un agudo dolor le fue desde la pierna directo al corazón. Dio una violenta bocanada de aire antes de atreverse a mirar hacia la pierna: solo se había levantado un poco la piel.

No tenía el coraje de bajarlo una segunda vez.

Tiró el cuchillo y gritó:

—¡Ay! Ay, madre mía…

Se acordó de que ella no tenía madre. Las lágrimas, como una ola inesperada, la abrumaron. Ese día no se contaban a gotas, únicamente podían contarse a cuencos. Ese día sus lágrimas no parecían suyas, era como si hubieran venido para tomar prestados sus ojos y su cara y bajar apresuradas. Ese día no pudo dominar las lágrimas en absoluto.

Luk-zi cogió el cuchillo, lo orientó hacia el espacio vacío justo al lado de la señora Mak y asestó una cuchillada violenta. Subió mucho el brazo y volvió a clavar el cuchillo, una y otra vez, cada vez con más fuerza. El relleno de la colcha volaba por la habitación como blancas motas de algodón flotando. El cuerpo de la señora Mak se tambaleaba como un barquito navegando a merced del oleaje de las cuchilladas que
Luk-zi

asestaba con violencia sobre la cama.

La señora Mak ahogó unos gemidos más largos que los anteriores. Luk-zi sabía que estaba llamando a Fat.

Entonces cerró los ojos y asestó una cuchillada… sobre su pierna. Esa vez no sintió dolor, tan solo una sensación de adormecimiento, como un hormigueo que le trepara por todo el cuerpo. Intentó mover la pierna sin éxito. No pudo moverla un ápice, como si se le hubiera desprendido del cuerpo. Abrió los ojos y sobre el filo del cuchillo vio un bulto ensangrentado del tamaño de un huevo de ganso unido a su pierna. Su carne.

Fue cuando empezó a dolerle.

Era como si cientos de alambres le estrangularan el corazón una y otra vez serrándolo. Cogió el bulto de carne del filo y lo arrancó de cuajo con fuerza hasta tenerlo en la mano. Estaba caliente y era pegajoso, casi podía sentirlo palpitar. Quiso clamar al cielo, pero no lo logró. La garganta se le había encogido y estaba estrangulándole la lengua.

Mak-dau fue el primero en entrar. Vio a
Luk-zi
sentada en un charco granate con algo entre las manos.

—Toma —le dijo ella, dándoselo—. Llévale esto a Coi… Que le haga… una sopa a la señora [52] … —Y se desplomó.

Una hora después Coi entró en la habitación con una sopa de ginseng. Habían limpiado el suelo y cambiado las sábanas, pero Coi aún podía percibir en el ambiente el olor a sangre. Sintió que se le revolvía el estómago y a punto estuvo de vomitar. Le dio la sopa a la señora Mak, que cerraba la boca apretando los dientes; tuvo que darle a la fuerza cucharada tras cucharada.

Cuando se la hubo terminado, la señora Mak pasó la tarde durmiendo. Al anochecer se despertó de pronto y llamó a Coi. Era la primera vez que hablaba en dos días. La sirvienta acudió rauda a la habitación y vio que la señora se había destapado y movía sus marchitas manos en el aire.

—S… soo… paaa… —pedía, balbuceando.

Coi corrió a pedirle a la cocinera que calentara un bol de sopa de semillas de loto. En cuanto la señora Mak probó un sorbo lo escupió dentro del recipiente.

—D… de… aquella… de aquella… —repetía, abriendo sus

abismales ojos vacíos en dirección a Coi.

La criada comprendió que lo que la señora Mak pedía era la sopa del mediodía.

—Esa sopa no se atreva usted a pedirla más —le susurró al oído—. La joven señora se ha cortado un pedazo de carne para ayudarla y usted, mire, aún no se ha levantado de la cama.

La señora Mak no dijo nada. Permaneció inmóvil mucho tiempo. Coi se asustó y se acercó para ayudarla a recostarse, pero la anciana la cogió del brazo.

—El agua de… flores… Y el peine…

—¿Para qué quiere peinarse, si no va a salir? —preguntó la sirvienta.

—Llévame… a ver… la casa —dijo trabajosamente la señora Mak.

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Segundo año de la República de China (1913)

Gam-ho bordeaba los bananos con el triciclo cuando vio a los hombres que llegaban por el camino.

Su padre le había enviado ese triciclo desde la Montaña del Oro cuando tenía seis años. Al principio, como la gente del pueblo nunca había visto uno, todos los niños se agolpaban tras él persiguiéndolo de una punta a otra del pueblo y vuelta a empezar. Cuando se cansó de él, los otros niños pudieron tomarlo prestado. Como eran muchos, no sabía a quién dejárselo primero. Su hermano,

Gam-san,

les pidió que ofrecieran cosas por el privilegio de montarlo. Hicieron una larga fila: algunos llevaron saltamontes, otros gorriones, otros canicas y algunos pasteles.

Gam-ho no sabía qué elegir, lo dejaba al capricho de su hermano. Los dos adquirieron un aura casi divina entre los niños durante un tiempo. Luego otros niños del pueblo con familia en la Montaña del Oro recibieron triciclos y dejaron de ser novedad.

Llevaba montándolo más de seis años y se le había quedado viejo y aplanado. Sus largas piernas de trece años tenían que encajonarse dentro; sobre aquellas ruedas minúsculas ofrecía un aspecto ridículo. Quería que su madre escribiera a su padre pidiéndole una bicicleta como las que montaban los niños de los misioneros de Jyunkai, pero ella no estuvo de acuerdo. Le dijo que su padre debía ahorrar para poder comprar el pasaje de vuelta al pueblo, así que no podían pedirle que gastase nada. Fat se había marchado cuando él tenía un mes de vida y no recordaba su cara. Tenía muchas ganas de verlo, pero también de tener una bicicleta, y solo podía escoger una de las dos cosas. Se aguantaría hasta que su padre reuniera el dinero para volver y entonces se lo pediría.

Era mediodía y los hombres del pueblo estaban descansando en los campos, comiendo el arroz con boniato y la sopa de rábano que sus mujeres les habían llevado en vasijas de barro. Mientras esperaban a que terminaran, se sacaban la labor de debajo del brazo y tejían laboriosas sentadas en la linde del campo. En aquel momento no se veían niños en el pueblo porque estaban nadando desnudos en el río. Unos días atrás había estado lloviendo sin parar, pero el cese de la lluvia supuso el abrupto fin de la primavera y de inmediato se había extendido el sofoco del verano. Los niños habían aguardado el fin de las lluvias durante mucho tiempo, y en cuanto vieron asomar el sol corrieron a zambullirse en el río. De ahí el silencio en el pueblo en ese momento; hasta los ladridos de los perros escaseaban.

Los hombres que se aproximaban a

Gam-ho

eran dos y caminaban uno delante del otro. El primero vestía una túnica de seda con arrugas que delataban que era nueva y un sombrero de ala circular de color negro. También portaba una sombrilla de papel de color amarillo. Como había pasado el tiempo de llevar sombrero y paraguas, aquel hombre llamaba mucho la atención. Detrás iba su porteador con una pértiga. Llevaba una chaqueta corta llena de parches y los pantalones muy arremangados revelando unas piernas totalmente cubiertas de barro. De la pértiga colgaban dos pesados cestos que casi tocaban el suelo.

Caminaban despacio. El de atrás porque le pesaba la pértiga, el de delante no; el de delante se paseaba con aire distraído mirando

en todas las direcciones. En un primer momento
Gam-ho
pensó que no debía de conocer el camino, pero después comprobó que no se trataba de eso, pues sus pasos, aun sin mirar, eran seguros: esquivaban un hoyo, evitaban una roca. Ojos y piernas iban a lo suyo, por separado.

Gam-ho sintió el impulso de acercarse a verlos, pero no lo hizo. Los bananos eran el límite que le había puesto su abuela y no podía cruzarlo sin los guardaespaldas. Desde aquel año en que la banda de
Jue-sei
los secuestró a su madre y a él, la abuela vigilaba de cerca a toda la familia. Así que
Gam-ho
solo pudo encaramarse al triciclo para ver cómo se aproximaba aquel par de hombres desde la lejanía.

Los hombres elevaron la vista para apreciar la casa fortaleza. Tenía formas rectangulares y una balaustrada de columnas cilíndricas rodeaban el piso más alto. Eran finas, salvo en los extremos. Parecían estar hechas de roca, como jade, aunque de un blanco más brillante que la roca y más oscuras que el jade: en realidad eran columnas romanas de mármol. La casa tenía muchas ventanas pequeñas, estrechas y discretas. Algunas contaban con agujeros alrededor, ideados para sacar las armas y defender la casa de los bandidos. Las ventanas, a pesar de su estrechez, tenían todas un voladizo para la lluvia de cuyos extremos pendían bolas de piedra; de lejos parecían ojos.

A medida que se acercaban distinguieron, sobre la pesada puerta de hierro, una placa de piedra de unos seis metros de ancho con una complicada cenefa tallada que representaba un tupido entramado de ramas y hojas de enredadera de las que sobresalían flores. Aquellas flores eran muy exóticas, debían de ser flores occidentales. La talla tenía un fondo dorado, ramas y hojas de color verde y tallos de enredadera de color púrpura, mientras que las flores eran de un rojo brillante. En el centro había un espacio en blanco destinado al nombre que la casa aún no tenía.

Cuando llegaron a escasos pasos de donde se encontraba
Gam-ho,
se detuvieron. El de delante se volvió para pedirle al otro que dejara

la pértiga y descansara; a continuación, cogió el sombrero y se abanicó con él, paseando la mirada por
Gam-ho.
Después de observarlo tantas veces que hicieron que el pequeño
Gam-ho
se encogiera de vergüenza, se fijó en el triciclo que montaba y se rio, mostrando patas de gallo junto a los ojos.

—Gam-ho, este triciclo se te ha quedado pequeño, ¿cómo es que aún lo usas? —dijo aquel hombre, acercándose y acuclillándose para coger el juguete con ambas manos.

Gam-ho se sorprendió. «¿Cómo sabe este señor mi nombre?». Entonces le vio en la cara un ciempiés oscuro que se movía con su risa. Dejó el triciclo y echó a correr. Lo hizo a toda velocidad, levantando polvo a sus espaldas. Cuando llegó a la puerta de su casa se dio cuenta de que había perdido un zapato.

—¡M… ma… mamá!

Entró tambaleándose como un loco y agarró a su madre del vestido, como si quisiera esconderse detrás.

De haberlo querido, aquel hombre habría dado alcance a
Gam-ho
fácilmente, pero no lo hizo. Levantó el pie del triciclo que el niño había tirado y siguió en la dirección en la que se había marchado corriendo. Tras dar unos pasos encontró el zapato que
Gam-ho
había perdido y lo recogió; le quitó la arena de un soplido, lo colgó del manillar del triciclo y prosiguió su camino.

Luk-zi estaba en la cocina cosiendo unas suelas de zapatos mientras la cocinera preparaba pastel de arroz con osmanto. Los zapatos eran para
Mak-dau,
pero
Luk-zi
los hacía en nombre de Jyut. Ya tenían fijada la fecha de la boda, el día diez del décimo mes. A Jyut la habían vendido de sirvienta a la familia Fong,
Mak-dau
solo había ido a ayudar una temporada. Él ya le había presentado los regalos nupciales, y como Jyut había pasado a no tener padres

después de su venta, la familia Fong era la que los proporcionaría en su nombre. Los regalos de Jyut para
Mak-dau
estaban preparados, únicamente faltaban los zapatos. Como la joven era muy torpe y no sabía coser,
Luk-zi
los hacía por ella.

Gam-ho hundió la cabeza sudorosa y caliente en el pecho de
Luk-zi
como un cochinillo en busca de la leche de la madre.

Al oír sus sollozos,
Luk-zi
se preguntó cómo podían haber salido de su vientre dos hijos tan diferentes. El mayor era ya un hombretón, mientras que el pequeño a veces parecía una niña.

Los quería por igual, pues ambos eran carne de su carne, aunque de diferente manera: el uno le inspiraba la valentía de un hombre, el otro requería todo su cariño y su dulzura. El primero estaba lejos, el segundo no se separaba de su lado. Necesitaba más del que vivía lejos, pero el de cerca la acaparaba.

Luk-zi le enjugó la frente a su hijo y le preguntó:

—¿A qué vienen esas prisas? ¿Qué se quema?

—P… papá ha vuelto —dijo
Gam-ho,
señalando la puerta.

—No digas tonterías. En su última carta dijo que como muy pronto llegaría el quince del octavo mes.

—¡Que es verdad! ¡Papá ha vuelto!

—¿Y tú cómo ibas a reconocerlo aún teniéndolo delante de las narices? —preguntó, riendo.

—Por la cicatriz —dijo
Gam-ho,
trazando una línea con el dedo en la mejilla.

Luk-zi se abalanzó contra la puerta sin soltar las suelas que estaba tejiendo. Cuando miró por la mirilla se le cayeron al suelo.

—Cerrad las puertas. Que nadie las abra hasta que yo lo mande —ordenó a los guardaespaldas mientras subía las escaleras presurosa.

Al llegar al piso de arriba, vio de reojo a la señora Mak quemando incienso, arrodillada frente a la foto de su difunto esposo, Fong Jyun-coeng.

—¡Madre, Fat ha vuelto! —Le gritó y, sin esperar respuesta, se encerró en su habitación.

Se sentó en el tocador; el corazón se le salía del pecho. Hacía tanto tiempo que no se miraba en el espejo que estaba cubierto de polvo. Lo limpió con la manga dibujando un abanico, se miró la cara, amarilla de la impresión y con pecas en las mejillas. Llevaba algún tiempo sin cuidarse la piel y al verse se quedó turbada. Metió la mano en el cajón y empezó a rebuscar. Finalmente encontró en un rincón un frasco de polvos de arroz tan viejos que se habían endurecido. Rascó un poco con la uña, se lo puso en la palma, lo mezcló con saliva y se lo aplicó en los pómulos y en los labios hasta que consiguió aclarar algo su tez.

Entonces reparó en que llevaba el moño sin adornar. Pensó en su pasador favorito, que Fat le trajo en su última visita. Había costado un *mu* de tierras; lo tenía envuelto en un paño rojo en un compartimento secreto detrás del espejo. Al pasador le faltaba un centímetro de punta, pero los adornos de ágata que colgaban de él seguían igual de brillantes que el primer día. Abrió el espejo y sacó el pasador de jade del paño fijo. Al ponérselo, como la punta ya no era roma se le clavó. Le llevó varios minutos colocarlo perfectamente en el moño; la pieza quebrada quedaba escondida y los adornos le colgaban cerca de la oreja y volvían a tintinear, alegres de nuevo.

Quiso cambiarse de ropa, pero no le dio tiempo. Oyó que llamaban a la puerta. Se levantó tan rápido que casi tira el taburete. La herida de la pierna se le había curado pero, al cicatrizar, la piel había quedado demasiado tensa y cuando hacía un mal gesto le dolía.

«No hay afeite que pueda disimular esta malograda pierna mía», pensó.

Cuando abrió la puerta de la habitación se sorprendió al encontrar al otro lado a la persona que vio, que estaba desprevenida cuando se abrió la puerta de repente. Se trataba, ni más ni menos, que de la señora Mak. Se hallaba de pie, como una sombra en el pasillo en penumbra. Cuando los ojos de

Luk-zi
se acostumbraron a la oscuridad, advirtió que su suegra llevaba algo en las manos. Esta se lo ofreció y, al cogerlo, a
Luk-zi
le pareció un trapo, pero tras desplegarlo vio que eran las vendas con las que se envolvía los pies, recién lavadas.

—Rellénate el zapato con ellas, así no renquearás —le aconsejó.

Luk-zi sintió que una cálida emoción le nacía en el pecho y le humedecía los ojos; su garganta sintió el sabor salado de las lágrimas. Se postró ante la señora Mak con las palmas de las manos sobre el suelo, derrumbada como una mula vieja.

—Madre, súbase a mi espalda, que la llevaré a ver a Fat.

Cuando Fat terminó de despedir a las visitas y entró en la habitación,
Luk-zi
estaba desmaquillándose en el tocador, sobre el que brillaba el pasador roto. Trece años de separación le habían dejado una huella inevitable en la frente y bajo los ojos.

Fat cogió el pasador y tocó la punta rota. Se pinchó.

A continuación, le retiró el pelo de la nuca. Paseó los ojos por el cuello de
Luk-zi
hasta detenerlos en una marca circular.

El cuello de Luk-zi se había tensado al contacto con los dedos de Fat, que acariciaban aquella marca. Se la había hecho durante su cautiverio a manos de
Jue-sei.
El rufián había querido propasarse, y ella se había llevado el pasador al cuello amenazando con quitarse la vida; a partir de entonces,
Jue-sei
no había vuelto a molestarla por miedo a que peligrara su recompensa.

—¿Aún te duele?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó
Luk-zi,
sorprendida.

Fat se rio.

—Piensa a cuántas personas has enseñado a leer —dijo—. Ahora que hasta las gallinas de la casa saben escribir, ya no puedes ocultarme nada.

Luk-zi comprendió que había sido Mak-dau. En la casa, aparte de ella, nadie salvo él sabía aquello.

—Jin —dijo Fat—, no uses más ese pasador. Dentro de dos días iré a Cantón a comprarte uno de plata. Las mujeres modernas ya no llevan jade, ahora se estila la plata.

—No hace falta —replicó Luk-zi—. Busquemos a un artesano que pula la punta y listos. Cómo vamos a desperdiciar algo tan caro…

—No hay joya que iguale tu piel de nácar —repuso Fat—. Si por mí fuera, una casa de oro te compraba. ¡Si yo pudiera!

—De oro… —repitió Luk-zi con una risa burlona—. La casa de oro dicen que te la vendiste por la Sociedad para la Protección del Emperador. ¿Es verdad?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Fat con una sonrisa de sorpresa.

—Tú tienes tus confidentes y yo los míos. ¿Te arrepientes? ¿Cuántos terrenos podríamos haber comprado con ese dinero? El emperador no duró…

Volviendo a suspirar, Fat preguntó:

—¿Quién hubiera podido imaginar lo que iba a ocurrir? De no haber muerto Guangxu, la dinastía Qing habría tenido continuidad. En manos de un emperador tan pequeño como el que subió al trono, es lógico que sucumbiera [53].

Al ver que el rostro de Fat adoptaba un gesto duro, Luk-zi lo cogió de las manos y le dijo:

—Ya sea imperio Qing o república, nosotros, la gente del pueblo, no tenemos ninguna influencia, es de la familia de lo que debemos ocuparnos.

Las manos de Luk-zi llevaban mucho tiempo sin tocar el barro ni el estiércol, y tampoco las había sumergido en agua para lavar la ropa. Las tenía suaves y blanquecinas. La mirada de Fat viajó por ellas mientras sus manos comenzaron a hacer travesuras. Se

escaparon y acabaron en el escote, pero hallaron un obstáculo.

—Llevas el sostén.

—Claro —sonrió—, si me lo compraste, cómo no voy a llevarlo.

Intentó desabrochárselo. Tuvo que forcejear con el cierre un buen rato hasta que consiguió que cediera. El cuerpo de Luk-zi, como la tierra comprimida todo un invierno bajo el sol de primavera, se distendió. Entonces apagó las velas de un soplo sin que Fat tuviese tiempo de impedirlo. La habitación se sumió en la penumbra.

A tientas, la cogió en brazos y la llevó a la cama. El cuerpo de Luk-zi le pareció más lleno que antes. Lo advirtió con las manos antes que con la vista. No fue el único cambio que percibió en ella: el cuerpo le ardía de deseo. Prendía con un fuego que se pegaba a él para quemarlo, que le abrasaba cuerpo y manos. Nunca había visto a su mujer presa de aquel fervor.

Más tarde, acariciándole el flequillo sudoroso, Fat le dijo:

—Jin, la próxima vez no apaguemos las velas, ¿de acuerdo? Cualquier marca de tu cuerpo te la has hecho por mi culpa. Solo quiero verte para poder grabarte en mi memoria…

Luk-zi no contestó. No pudo porque estaba llorando. No quería que Fat advirtiera sus lágrimas.

Cuando sus mejillas se secaron, Fat ya estaba roncando.

Luk-zi pensó que la última vez que había vuelto no roncaba así. Tronaba como un terremoto y no la dejaba dormir; no pudo evitar zarandearlo.

Fat se despertó. Al principio no sabía dónde estaba y gruñó:

—Lam, déjame, anda.

Luk-zi se quedó paralizada. Pasó un rato en silencio y luego susurró:

—El año pasado, cuando el marido de Jue volvió de la Montaña del Oro, le pegó unas manchas rosadas… ¿Tú tienes a alguien allí?

Aquella pregunta terminó de despertar a Fat, pero guardó silencio. Cuando Luk-zi insistió, le dijo:

—Jin, esta vez no me quedaré más que cuatro meses. Quiero

volver cuanto antes para comenzar a ganar dinero, devolver las deudas de la casa fortaleza lo antes posible y pagar el impuesto de capitación para que puedas ir a la Montaña del Oro.

Luk-zi pensó que aquellas palabras, sin ser una respuesta a su pregunta, podían considerarse como tal. No debía seguir insistiendo en el tema.

Entonces preguntó qué sería de su suegra si ella se marchaba.

—Pues pediré prestado más dinero y os llevaré a las dos —respondió Fat.

—Con la edad que tiene, tu madre no puede irse del pueblo donde nació —dijo
Luk-zi
con un suspiro—. No sabes lo que costó que accediera a venirse a esta casa…

Fat acariciaba en silencio la herida de la pierna izquierda de
Luk-zi,
que había cicatrizado formando un surco. Por un lado estaba su madre; por otro, su mujer. Le dolía defraudar a cualquiera de ellas. Sabía que su única esperanza consistía en que su madre pasara a mejor vida, pero ignoraba cuánto faltaba para aquello. Quizá un año. Quizá cinco. Diez o veinte. Tal vez él muriera antes que su madre, o quizá, cuando llegara el momento,
Luk-zi
sería una anciana de pelo cano. El tiempo que les quedaba para ser felices era el intervalo entre la muerte de su madre y la suya propia.

—Llévate a Gam-ho. Ya es mayor y podrá ayudarte.

—No hay esperanza —dijo Fat, con un suspiro—, ninguno de mis hijos me da esperanzas.

—¿Gam-san ha hecho algo para enfadarte? —aventuró
Luk-zi
con tiento, acariciando con la punta de los dedos el entrecejo de Fat. Desde su llegada, Fat no había mencionado a su hijo mayor.

Fat no contestó, sino que se dio la vuelta y se dispuso a dormir.

Al día siguiente, antes de levantarse, la cocinera les llevó dos tazones de sopa de azufaifas y semillas de loto. Cuando
Luk-zi
bajó la mirada le pareció ver flotando la silueta de una urraca. La imagen de aquella ave, portadora de buenas noticias y de felicidad,

le hacía saber que la semilla que Fat había plantado en su vientre la noche anterior había arraigado.

Fat no quiso tomarse la sopa. Su estómago se le había endurecido en la Montaña del Oro y siempre que volvía necesitaba un tiempo para acostumbrarse a las exquisiteces del pueblo. Con la mirada vacía, observaba a
Luk-zi
mientras se la tomaba.

—Jin —dijo, al cabo—, nuestra casa todavía no tiene nombre. He pensado que podríamos combinar el primer carácter del mío,
Dak-fat,
con el segundo del tuyo,
Suk-jin,
y llamarla
Dak-Jin,
«Consecución de la Virtud». Es un nombre auspicioso. Y también he pensado que la próxima vez que me des un hijo varón, quiero que se llame
Gam-cyun,
«Brillante Todo». Si es niña, elige tú el nombre, pero que comience por Gam, el carácter de la generación.

Nueve meses después,
Luk-zi
daría a luz a una niña en la residencia
Dak-Jin.

Durante el mes de convalecencia le pidió a
Gam-ho
que le enviara una carta a Fat comunicándole que había tenido una hija llamada Fong
Gam-sau,
«Brillante y Magnífico Brocado».

5
Los vestigios

Provincia de Columbia Británica, Canadá

Del segundo año del reinado de Xuantong al segundo año de la República de China
(1910-1913)

—¿Cuántos hermanos tenía tu abuelo?

—Uno.

—Y ese hermano suyo, ¿cuántos hijos tiene?

—Mi tío abuelo tiene tres hijos; un hijo y dos hijas.

—¿Cómo se llama?

—Fong Dak-hin.

—¿En qué pueblo vive?

—Vive en nuestra casa.

—¿Vive en el piso de arriba o en el de abajo?

—Mi tío abuelo y su familia viven en la segunda unidad de la casa.

—¿Cuántos escalones dan al nivel del patio?

—Dos.

—No, la última vez me dijiste que eran cinco.

—Cinco son los escalones de la puerta principal, pero de ese nivel al nivel del patio de la segunda unidad solo hay dos.

—¿El pueblo en el que vive tu familia tiene río?

—Sí, uno. En verano, todos los niños del pueblo se bañan en él.

—¿Cuál es su nombre?

—No tiene. Lo llaman el río sin nombre.

—Desde el río hasta donde vivís, ¿por qué casas se pasa?

—Pasados los escalones que bajan al río, primero se pasa por casa de la señora Coeng-tai, luego por la de Fong
Ai-jan
y la de Keoi
Syun-pun,
que están juntas. Después viene el pozo de Kangxi y entonces nuestra casa.

—¿A qué punto cardinal está orientada la puerta de la leñera de tu casa?

Gam-san se sorprendió. Aquella pregunta era nueva. Su padre no se la había preparado. Sabía dónde estaba la leñera, porque de pequeño se había escondido allí alguna vez jugando con su hermano
Gam-ho.
También sabía que la puerta daba, de manera oblicua, tanto a la cocina como al patio… Qué dirección sería aquella, el norte… el oeste…

—El n… norte —aventuró, dudoso.

El que preguntaba y el traductor se miraron y a la vez escribieron algo en sus libretas. El corazón de
Gam-san
dio un vuelco.

Se lo llevaron de vuelta a la celda.

Era muy pequeña. Tenía tres literas de dos camas encajadas, aunque solo eran cuatro hombres, dos adultos y dos jóvenes. Los adultos debían de estar siendo interrogados, porque en la habitación solo quedaba un chaval de menos de quince años de Toisan que había llegado hacía dos días. Estaba sentado en su litera jugando ociosamente con el hilo descosido de la manga.

Cuando vio entrar a
Gam-san
se incorporó de un brinco como si fuera una carpa.

—¿Tan pronto han terminado contigo? —le preguntó, extrañado.

Gam-san se sentó, cabizbajo, sin decir palabra.

Hacía cinco días que había llegado a la Montaña del Oro tras haber realizado la travesía junto con la mujer de Lam. El barco debía amarrar en Aguas Saladas, pero al final, cuando estaban a punto de llegar, había cambiado de rumbo y había atracado en Victoria. De la decena de chinos a bordo del barco, la mitad fueron conducidos directamente de la cubierta a aquel lugar, incluyendo a Gam-san y a la mujer de Lam.

Fat había ido a verlo una vez, con Lam. Desde el piso de abajo, ante la atenta mirada del traductor, le había hablado a gritos. Aquel día hacía mucho viento y se llevaba las palabras de su padre, de las que solo recogía fragmentos:

—¿Te… de comer?

—¿Ya… mantas… noche?

Los barrotes de la ventana serraban el cuerpo de su padre. Mirándolo desde arriba, a Gam-san le pareció como si llevara puesta media cáscara de sandía en la cabeza. Tenía la parte delantera blanca con motas negras y la trasera negra con motas blancas. Se rapaba la mitad frontal del cráneo al estilo Qing, de ahí el blanco; las motas negras eran las raíces del pelo rasurado, que volvían a crecer. La cáscara de sandía oscura correspondía a la mitad de la cabeza que no se rapaba; las motas blancas eran las canas que comenzaba a tener.

La última vez que había visto a su padre había sido diez años atrás. No recordaba las canas, aunque quizá era porque nunca lo había mirado desde tan alto. Ese día Fat llevaba una chaqueta gris y unos pantalones ceñidos en los tobillos que dejaban ver unos zapatos de punta redonda de tela. Era una vestimenta muy vieja, con parches en las rodillas y en los codos. Mostraba un aspecto muy parecido al de los campesinos de Zimin que no habían viajado a la Montaña del Oro.

Gam-san sabía que su padre había ido a verlo a Victoria desde Segunda Ciudad.

Quizá se había enterado de la noticia de que su barco había llegado mientras trabajaba en el campo y había acudido corriendo sin tiempo de quitarse el barro de los pies ni de cambiarse de ropa,

porque cuando su padre volvía al pueblo llevaba camisas tan nuevas que aún tenían las arrugas de haber estado dobladas en la tienda y andaba con gran parsimonia dando grandes zancadas orgullosas. Tanto si hacía calor como si no, en la mano no le faltaba un abanico. En el pueblo hablaba mucho más pausado que el resto de la gente y no gritaba como ese día. Ese día, a los pies del edificio, su padre se veía viejo, feo y pueblerino. Gam-san no sabía si su auténtico aspecto era el que veía entonces o el de cuando volvía a Zimin.

—¡Escríbale a mi madre y dígale que he…! —le gritó, pero el final se le quedó en la garganta, pues le entró aire en la boca y tosió, apoyado en el marco. Entonces reparó en que no había saludado a su padre como es debido.

Desde el día que supieron la fecha de partida, su madre había empezado a llorar. No dejó que nadie, ni siquiera él, la viera, pero todas las mañanas al levantarse se le notaban los ojos hinchados. El día que fue a despedirlo a la entrada del pueblo ya no pudo más.

—Gam-san, hijo, sin ti y sin tu padre la casa se me queda vacía —le dijo.

—Madre, está mi hermano.

Las lágrimas le empezaron a caer con profusión.

—Tu hermano también se marchará tarde o temprano —dijo, desconsolada—. Cada varón que para se me ha de ir. ¿Cuándo tendré una hija que se quede conmigo?

A Gam-san le habría gustado decirle: «Madre, llegará un día en el que también nos la llevaremos a la Montaña del Oro», pero sabía que aquella era una promesa sin fundamento. Mientras viviera la abuela, su madre no podía dar un paso. A sus quince años tenía suficiente sensatez para saber que era mejor no pronunciar aquellas palabras.

—Madre, en cuanto llegue a la Montaña del Oro le escribiré —le había dicho.

—Hoy han montado mucho escándalo donde las mujeres —comentó el muchacho de Toisan, que después de haber pasado el día solo y encerrado en la habitación tenía ganas de charla—. Han entrado a hacerles la revisión médica y no querían desnudarse; era como si hubiera entrado un lobo en un gallinero.

Gam-san no estaba de humor para charlas, así que cerró los ojos

para fingir que dormía. Aquel día había hablado mucho en la sala de interrogatorios, sentía como si hubiera agotado toda la saliva de su vida. Antes de su partida, su padre le había enviado por medio de un paisano que volvía de visitar a su familia un plano con la distribución del pueblo y las casas. Fat decía que en los últimos tiempos el impuesto de capitación había subido, pero que, en lugar de disuadirlos, cada vez eran más los chinos que iban a la Montaña del Oro también. Al volver a sus pueblos, se quedaban un par de años. Algunos tenían hijos, otros no, pero en ambos casos, a la hora de volver a la Montaña del Oro, siempre declaraban haberlos tenido, y siempre eran hijos varones, algunos hasta gemelos. El gobierno de la Montaña del Oro no quería dejar entrar a tantos chinos, así que construyeron ese edificio para retener a los que llegaban, como mínimo un par de días, a veces varios meses. Les hacían una revisión médica y los interrogaban: comparaban las respuestas de padres e hijos para detectar diferencias. Si encontraban algún achaque o sus respuestas diferían, los enviaban de vuelta a Hong Kong sin haber puesto un pie en la ciudad. Solo aquellos que se encontraban en perfecto estado de salud y que respondían de manera satisfactoria en los interrogatorios podían gozar del privilegio de acceder a la tercera fase del proceso de admisión en el país: pagar los quinientos dólares del impuesto de capitación.

Su padre había insistido en que se aprendiera aquel plano. También le había hecho llegar varias hojas con preguntas para que las memorizara por si se las hacían. Abarcaban desde el más mínimo detalle de la residencia de los Fong hasta el nombre completo y las edades de cada uno de sus parientes. Durante aquellos dos días, los agentes de la aduana lo habían llamado para interrogarlo varias veces y no había tenido problemas para responder a ninguna de las preguntas. Sin embargo, a pesar de lo minucioso del cuestionario que le había preparado su padre, tenía algunas lagunas. Por ejemplo, lo de la leñera. Quizá su padre estaba siendo interrogado en aquel mismo momento por los aduaneros. ¿Adónde daba la leñera?

Gam-san

estaba familiarizado con los rincones de la residencia de los Fong, pero no sabía decir en qué dirección estaba orientada la leñera del

demonio.

«Al norte, diga usted que al norte, por lo que más quiera, padre», pensaba.

Tras hacerse el dormido un rato más, al ver que el muchacho ya no lo molestaba, se atrevió a abrir los ojos. Él dormía en la litera de abajo y todo lo que veía era la parte inferior de un camastro de reducidas dimensiones con manchas de índole sospechosa… Parecían mocos pegados o, quizá, sangre de mosquitos aplastados. A veces imaginaba que eran bananos, a veces que eran las escaleras para bajar al río sin nombre, a veces la rueda de la noria que llevaba agua, a veces nubarrones barruntando tormenta. De tanto imaginar, acabó aburriéndose.

Fuera hacía un día espléndido, el sol era blanco y refulgía luminoso sobre las paredes de la habitación. Sobre una de ellas habían escrito algunas frases en chino. Eran caracteres minúsculos y apretados, desvaídos. El día que entró y se tumbó frente a la pared y los vio, solo pudo distinguir algunos caracteres sueltos, como «Cantón» o «Sanwui». Ahora, iluminados por el sol, eran más legibles. Se incorporó despacio y entornó los ojos para leerlos mejor. Era una frase completa: «Son unos hijos de puta, tengo que hacer la cama y limpiar el suelo pero solo me dan de comer dos veces al día. Hasta cuándo voy a…».

Entonces oscureció. El muchacho de Toisan se había puesto delante de la ventana, obstruyendo la luz. Aquel chico llevaba allí dos días y nadie había ido a verlo; ocioso, se dedicaba a acribillar a preguntas a sus compañeros de habitación. En ese momento estaba contando los barrotes de la ventana: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, contó. Seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, volvió a contar, esta vez al revés. Luego, otra vez al derecho. Y otra vez al revés. A Gam-san le dio pena.

—¿Dónde está tu padre? —le preguntó.

—En Montreal. No puede venir y ha mandado a mi hermano para que venga a recogerme.

—¿Y cómo es que aún no ha venido?

En lugar de responderle, el chaval dijo:

—Dicen que tarde o temprano te dejan salir. Que si los blancos no quisieran dejarnos entrar en la Montaña del Oro no nos habrían

dejado bajar del barco.

—Aparta, anda, que me tapas el sol —soltó
Gam-san,
agobiado por sus palabras.

—Pero si da lo mismo, está a punto de llover —repuso el otro, riendo.

—Bah —replicó Gam-san—, ¿te crees que eres el Emperador de Jade y que dominas la lluvia…? ¡Si hace un sol radiante!

El chico señaló los barrotes de la ventana.

—Si no me crees, mira, las hormigas han salido de su casa.

Gam-san se incorporó y fue a la ventana. Allí vio una nutrida hilera de hormigas que subían por un barrote que ganaba así volumen. Aquella visión asquerosa le dio repelús. Entonces le dijo al muchacho:

—Trae el banco, anda.

—¿Para qué lo quieres?

—¡Tráelo te digo! —ordenó.

El chico lo llevó y lo colocó al lado de la ventana.

De pie sobre el taburete
Gam-san
se subió la túnica, se bajó los pantalones, se sacó el pene y lo apuntó hacia la ventana. Aquel miembro oscuro fue creciendo y cambiando de color, volviéndose duro y rosado. Entonces lanzó un chorro que bajó regando los barrotes. Las hormigas se escurrieron en aquella tromba caliente de agua amarilla y los barrotes recuperaron su volumen. El chaval, con los ojos como platos, estalló en risas.

Siguieron riendo hasta que de pronto se oyó un alarido espeluznante en el pasillo. Era una voz de mujer clamando al cielo en un grito tan agudo como un cuchillo recién afilado. Diríase que aquel grito pinchó el sol, pues de inmediato el cielo se oscureció por completo. Resonaron pasos atropellados en dirección a ellos y vieron pasar a varios blancos con batas blancas portando una camilla. Llevaban a una persona tapada de la cabeza a los pies con una sábana blanca que tenía varias manchas rojas. No estaba cubierta por completo, porque
Gam-san
vio la punta de un zapato.

Era de tela y tenía una flor de loto rosa bordada en la punta. La flor le resultaba familiar porque se parecía a las que muchas mujeres de su pueblo se bordaban en los zapatos de vestir.

Pero Gam-san reconocía aquella flor de loto concreta. Encima tenía una libélula amarilla.

Eran los zapatos de la mujer del tío Lam, que durante más de un mes habían acompañado a los suyos a bordo del mismo barco.

—Seguro que se ha cortado el cuello —dijo el muchacho de Toisan.

Dos semanas más tarde, cuando su padre pudo llevárselo por fin, confirmó que la mujer de la camilla era en efecto la esposa del tío Lam.

No se había cortado el cuello. Lo que había hecho era clavarse uno de los palillos de comer en el oído y había muerto desangrada. Aquel día la habían desnudado y manoseado. Decían que era para hacerle una revisión médica, pero ella, a la que nunca habían tocado así, no quiso vivir más.

El día que se llevaron a la mujer de Lam en la camilla,

Gam-san

escribió una frase en la pared de su litera. Lo hizo usando la uña del pulgar, en grandes caracteres, muy claros, que se veían sin necesidad de la luz del sol.

Las palabras eran: «Me cago en su madre».

Desde que le destrozaron la lavandería en los disturbios de Vancouver, Fat había decidido no abrir ninguna más. Se asoció con Lam para comprar un descampado en las afueras de Segunda Ciudad, a menos de veinte millas de Aguas Saladas, y comenzaron a cultivarlo. Emplearon a dos trabajadores y criaban cerdos, cabras y varias decenas de gallinas y patos. De ellos obtenían el abono y además podían comer sus huevos y su carne, aunque la mayor parte la vendían junto con las verduras en el mercado de la ciudad. También se hicieron con un carro para transportarlo todo.

Lam pertenecía a una familia de campesinos de

Hoi-ping

y tenía mano para la siembra; a pesar de que las plantas y verduras de la Montaña del Oro eran distintas de las de su pueblo natal, la técnica era la misma. A Fat, que había crecido viendo a su padre el matarife sacrificando animales, la matanza también le resultaba

algo instintivo. Quién hubiera adivinado en su momento que aquella vieja profecía de Fong Jyun-coeng de que su hijo Fong Dak-fat mataría cerdos a miles de *li* de distancia acabaría viéndose cumplida al cabo de tantos años.

Fue así como, alejados del barrio chino de la ciudad que llamaban Aguas Saladas, Fat y Lam comenzaron a labrarse una nueva vida, en parte familiar y en parte desconocida, en aquellos terrenos yermos. En el transcurso de varios años, gracias a Fat acabarían convirtiéndose en una importante granja de gran renombre. Sin embargo, para ello hubo de transcurrir bastante tiempo. En un primer momento, Fat solo quería convertir cada huevo, verdura, cerdo o cabra en una moneda, dos monedas, y poco a poco ir comprando tierras. Después de treinta años en la Montaña del Oro, a lo largo de los cuales había tenido ocasión de vivir varias vidas, Fong Dak-fat, que rozaba ya la cincuentena, comenzaba a sentir fuerte apego por el lugar.

El día que fue a recoger a su hijo Gam-san a la aduana, lo subió al carro y se lo llevó a trote ligero hasta las afueras sin darle tiempo a ver nada de Aguas Saladas. Era pleno otoño y los árboles estaban casi desnudos de hojas; apenas quedaban verduras que recoger y los campos se hallaban vacíos. A un lado había una pequeña cabaña de aspecto vulnerable junto a la cual habían erigido un tosco cercado; dentro, en varias cestas enormes puestas del revés se hacinaban un centenar de aves de corral. Por algún motivo, aún no las habían liberado y provocaban un gran escándalo. Acababa de llover y varios cerdos hundían el hocico en los charcos enfangados para beber agua, agitando la cola y defecando. Tanto las tierras como la cabaña, el camino y todo el paisaje eran mucho más desoladores que en Zimin.

A Gam-san la Montaña del Oro no le resultaba del todo desconocida, pero la idea que se había formado de ella se basaba en el equipaje de su padre cuando volvía al pueblo, en su vestimenta y en su actitud. No había imaginado que la realidad fuera a decepcionar sus expectativas de aquella manera. Ahora que estaba

en la Montaña del Oro, su devastación lo dejaba boquiabierto.

Gam-san entró en la cabaña detrás de su padre sin decir nada. Dentro vio a un viejo encendiendo una pipa. Aunque había un taburete en la habitación, el viejo no lo usaba. Estaba acuclillado en el suelo, emitiendo sonidos de succión. No eran de chupar la pipa, sino de sorberse los mocos verdiamarillos que le entraban y le salían de los orificios nasales al compás de su respiración. Aunque no hacía frío, llevaba una vieja chaqueta de algodón. Tenía restos de arroz y verdura pegados en la pechera.

Al ver a aquel viejo, Fat le dijo a
Gam-san:

—Gam-san, hijo, inclínate ante el tío Lam.

Gam-san se quedó pasmado. Había conocido a Lam en el control aduanero cuando había ido a ver a su mujer acompañando a su padre. En poco menos de medio mes Lam había envejecido sobremanera… Pensó que debía de ser verdad aquello que decían de que los hombres no saben encajar la pérdida de la esposa.

Fat bajó el equipaje de su hijo del carro y le dio una toalla para que se secara el sudor.

—Gam-san, hijo —le habló—, después de pensarlo mucho, he decidido que es mejor que te pongas a estudiar. Aquí hay una escuela que queda camino del mercado y podré llevarte cada día.

Gam-san negó con la cabeza.

—No, padre, yo he venido para ayudarle. Mi madre me ha contado que la primera vez que usted vino a la Montaña del Oro tenía solo un año más que yo ahora y que nada más bajar del barco ya se puso a ganar dinero para mantener a la familia.

Fat se quedó sorprendido al oír aquello y recordó su travesía transoceánica con
Hung-mou.
De pronto le parecía algo muy lejano. Los huesos de
Hung-mou
ya debían de haberse convertido en cenizas. Suspiró y dijo:

—A tu edad yo no tenía otro remedio, pero ahora es diferente. Los hijos de los emigrantes empiezan a estudiar cuando llegan. Tendrás que aprender a manejarte un poco con el inglés, ¿no?

—Yo ya he aprendido todo lo que tenía que aprender —respondió su hijo—, y también sé cuatro frases en inglés que me

enseñaron en el pueblo los misioneros; no pinto nada en la escuela.

—Si no estudias, ¿qué vas a hacer? —intervino Lam, sorbiéndose un moco sonoramente—. ¿Sabes sembrar? ¿Criar animales? ¿Matar pollos? ¿Qué trabajo duro sois capaces de aguantar vosotros los jóvenes, con lo consentidos que os tienen vuestras madres?

Gam-san calló. Después de meditar un rato dijo:

—Padre, puedo ir con usted al mercado, así tendré ocasión de usar el inglés que sé.

Fat solía escuchar las quejas de Luk-zi sobre lo terco e indomable que era su hijo. Temiendo no ser capaz de obligarlo, prefirió esperar a encontrar el momento de hacerlo entrar en razón.

—Gam-san, hijo —suspiró—, si de veras no quieres estudiar no te obligaré. Pero quiero que sepas que a no más de quince minutos de aquí hay una iglesia. Allí hay un pastor de barba blanca que viene cada dos días a llevarse a los trabajadores a misa. Podrías aprender inglés con él.

Al oír aquello, Gam-san mostró mucho interés y comenzó a hablar de los misioneros protestantes que había en el pueblo. Dijo que eran muy bondadosos y que imitaban las costumbres locales, llevaban túnicas e incluso lucían trenzas, aunque postizas. El primero de cada mes, y también cada día quince, sacaban tres calderos grandes a la puerta de la iglesia e invitaban a todo el mundo a comer gachas de arroz: la cola no tenía fin.

Tanto entusiasmo hizo que Fat se sintiera algo intranquilo.

—Tú allí irás a aprender inglés y nada más —sentenció, severo—. No hagas caso de lo que predican.

—¿Y qué tiene de malo lo que predican? —respondió Gam-san en total desacuerdo—. Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania creen en el mismo Dios y han abolido la figura del monarca absolutista; los pobres y los ricos tienen los mismos derechos y obligaciones.

La rabia que Fat sentía rápidamente acabó emergiendo y explotando. Quiso reprimirla, pero no pudo.

—¡¿Así que quieres ser como los *gwailou* —vociferó, tirando la pértiga al suelo—, no tener emperador ni familia ante los que

responder, hacer lo que te venga en gana?!

Al ver a Fat tan alterado, con el cuello hinchado de la rabia y venas azules marcadas en la frente, Lam se levantó y lo hizo sentar en un banco.

—Tú deja tranquilo al emperador, que está en su palacio; ¿a qué viene tanta alteración en su nombre? Venga, a comer, que las gachas con huevo ya están listas. Si tú no tienes hambre,

Gam-san

sí la tendrá, después del viaje.

Fat no replicó.

El invierno llegó con celeridad y enseguida no quedó verdura para vender. También recogían menos huevos y no era necesario ir al mercado todos los días. De ese modo,

Gam-san

terminó yendo a la iglesia cada noche a estudiar inglés con el sacerdote y durante el día, que tenía libre, escuchaba sin demasiado interés al tío Lam aleccionarlo en la siembra o la crianza de animales.

Así, ocioso, pasó los primeros meses hasta que llegó la siembra de primavera. El clima de la costa oeste era húmedo y cálido, adecuado para todo tipo de cultivos. En los campos de Fat había muchas clases de finas hierbas, verduras y hortalizas: menta, berenjenas, pimientos, lechugas, berzas, coles, puerros… Algunas semillas las habían importado de Cantón. A pesar de que las tierras eran diferentes, crecían igual. Todos los árboles frutales los plantaban a partir de esquejes: había manzanos, melocotoneros, perales y cerezos. Aunque aún no era época de cosecha, vendían las conservas de frutas y verduras que habían elaborado el año anterior, los animales que habían estado engordando y los huevos que recogían. Así que cada varios días Fat cargaba un carro e iba a vender la mercancía, a veces a Aguas Saladas, a veces a Segunda Ciudad y volvía con artículos de uso diario. Fat pudo comprobar que su hijo, apático en lo referente a las cosas del campo y a los animales, tenía una virtud por explotar que no había imaginado.

El carro de Fat iba primero al mercado a vender el producto. Lo que no vendían allí lo cargaban en cestos y después lo despachaban en la calle. Tanto en el mercado como en la calle, con

Gam-san

siempre terminaban el día con todo vendido, y además a buen precio.

Y es que Gam-san era diestro en el arte del regateo.

Para ello empleaba una táctica simple a la par que elemental: sonreír. Fat observaba con pasmo cómo aquella sonrisa de Gam-san avanzaba y crecía como una ola hasta acabar inundándole el rostro. A veces se decía que su hijo no se parecía en nada a los otros muchachos recién llegados a la Montaña del Oro, que tenían miedo de la luz, del barullo, de la gente. En los lugares concurridos corrían espantados a esconderse bajo los faldones de las túnicas de sus padres. No levantaban la cabeza ni se atrevían a mirar a nadie ni a decir palabra. Sus rostros apenas registraban emoción alguna: ni de agrado, ni de enfado, ni de pena, ni de queja… Todas se mezclaban en una única expresión de pasmo.

Pero Gam-san no.

La primera vez que fue al mercado y quisieron regatearle extendió una sonrisa tan grande que le inundaba los ojos. Gam-san podía rebatir la oferta, pero no lo hizo. Se limitó a mirar fijamente en silencio a aquella blanca gordinflona que lo doblaba en tamaño. Los ojos de Gam-san eran flechas encendidas escondidas entre algodones. La gente a la que atravesaba con tales flechas, antes de sentir el dolor, se sentía intimidada. En el mercado nunca se había visto una mirada así, especialmente en un joven chino. Y eran incapaces de regatearle.

La sonrisa de Gam-san podía inundarle el rostro con la misma facilidad con la que después se le evaporaba. Los días de mercado, cuando esperaban a que el mozo les terminara de cargar el carro, Fat veía cómo ya se le empezaba a instilar. Comenzaba en las pupilas. Las primeras gotas de alegría le surgían en el centro de los ojos y crecían lentamente hasta inundárselos y derramarse por ellos, por las cejas, por la comisura de los labios. Cuando su padre arreaba suavemente al caballo y este salía al paso por el estrecho camino que partía de su casa, Gam-san tenía ya el rostro completamente bañado de felicidad.

Después de venderlo todo, mientras el mozo subía los cestos

vacíos al carro, Fat podía advertir cómo aquella expresión de satisfacción en el rostro de su hijo se le comenzaba a esfumar como un charco de agua bajo el sol abrasador. Para cuando el carro se zafaba de la creciente niebla nocturna y se detenía delante de la minúscula puerta de la casa, el semblante de su hijo estaba ya tan seco como el arenoso lecho de un río muerto. Así seguía hasta el siguiente día de mercado.

«Este hijo mío tiene que estar con la gente, con la luz, con el ajetreo —pensaba Fat—. Esta casucha tan oscura y tan pequeña es como una jaula para él».

—Padre, ¿hay mucho que ver en Vancouver? —le preguntó Gam-san de repente un día, mientras limpiaban el carro antes de volver a casa.

A Fat no le pasó desapercibido el hecho de que su hijo, a diferencia de los demás hijos de inmigrantes, no había usado el nombre «Aguas Saladas», como hacía la generación de sus padres. Había dicho «Vancouver», que era el nombre oficial de la ciudad en la que él llevaba tantos años viviendo. Pensó que era hora de mostrársela.

Así, un día, después de vender toda la mercancía, en lugar de volver a casa, Fat llevó a su hijo a ver una ópera al nuevo teatro que habían inaugurado en el barrio chino de Vancouver. La casualidad quiso que la función de aquella noche fuera precisamente *La Princesa Celestial entrega a su hijo*, Fat repasó los carteles varias veces, pero no dio con el nombre de Gam San Wan en el elenco. Sonriendo para sí, pensó que Gam San Wan debía de estar disfrutando las mieles del éxito y que, aunque lo tuviera enfrente, no lo reconocería.

Otro día, una vez vendido el género, Fat llevó a Gam-san a recorrer la ciudad. Tomaron el té con algunos viejos amigos suyos, fueron a unos grandes almacenes de blancos para verlos y le enseñó los locales que antaño había alquilado.

«Mira, esta tienda es la que me destrozaron los blancos; ahora está reconstruida». «En este edificio es donde vivíamos Lam y yo; le han añadido un piso». «Esta casa era de un italiano. En aquellos años era el único que alquilaba habitaciones a chinos. El pobre

murió el año pasado sin haber cumplido los sesenta». Así le iba explicando a su hijo las huellas del pasado.

Gam-san escuchaba distraído las explicaciones de su padre sin decir nada. Él no había llegado a la edad en la que se siente nostalgia, por lo que no podía interesarle. Lo único que le llamaba la atención era un tablón de anuncios en el que se colgaban las portadas de los periódicos en chino. A Fat la imagen de su hijo de puntillas para leer los titulares por encima de las cabezas y los hombros de la gente le recordó a sí mismo con dieciséis años.

—¿Qué noticias hay? —le preguntó. Empezaba a perder vista y tenía problemas para leer el periódico.

—Lo de siempre. De un lado el *Daily News* apoyando al emperador y del otro el *Chinese Times* a favor de la revolución, poniéndose verdes unos a otros.

—Panda de vocingleros —masculló Fat, desdeñoso.

Gam-san sabía que se refería a los partidarios de la revolución.

—Hay un tal Pang Zi-jau que escribe cosas muy sensatas. ¿En qué se basan los bárbaros manchúes para llevar tantos siglos oprimiendo a los Han [54] ?

Fat, que no tenía ganas de discutir, tiró de la manga de su hijo para que se fueran, pero pensó: «Si yo fuera diez o veinte años más joven, me dejaría la piel por un futuro mejor, ya fuera montando un caballo o empuñando un cuchillo, pero a mis años me he templado. No me quedan fuerzas para ir explotando montañas con una botella de meados de caballo o para quedarme sin blanca por dárselo todo a la Sociedad para la Protección del Emperador».

Aquel día, Fat llevó a su hijo a ver todos los rincones del barrio chino a excepción de uno, que se cuidó mucho de pisar: el casino y sus alrededores. Aquellas habitaciones oscuras, ocultas tras gruesas cortinas, que constituían el corazón del barrio, eran un lugar para hombres. Llegaría un día, cuando se convirtiera en un adulto, en que su hijo daría con aquel lugar. Pero aquel momento no había llegado, y él no quería descubrirle los misterios del barrio chino antes de tiempo.

Gam-san se encontró enseguida como pez en el agua en el mercado de Vancouver. Cuando comenzó a haber trabajo en el campo, le dijo a su padre:

—Usted y el tío Lam quédense a cargo de la casa, que

Lung-ngan
y yo nos encargamos de ir al mercado.

Lung-ngan era uno de los empleados de Fat. Al principio este se negó, pero después, con Lam cada vez peor, se veía más enfrascado en las tareas del campo y no tuvo otro remedio que dejar que
Gam-san
fuera solo.

Cada día Gam-san se levantaba y cargaba el carro antes del amanecer y volvía antes de que anocheciera, a tiempo para cenar. Se iba con el carro cargado y lo traía completamente vacío. Llevaba las cuentas muy claras y poco a poco Fat se relajó hasta que al final dejó de supervisarlas.

Y la situación cambió gradualmente a partir de entonces.

Media hora. Una hora. Dos. Gam-san volvía cada día más tarde. En una ocasión, llegó pasada la medianoche alegando que cada vez había más personas que criaban gallinas, y por eso resultaba más difícil vender los huevos en el mercado, que sobraban muchos y debía pasar más tiempo en las calles. Fat lo escuchó pero lo creyó solo a medias, y en privado preguntó a
Lung-ngan,
que era una persona honesta. Ante las insistentes preguntas de Fat, acabó confesando que, después de vender el género,
Gam-san
le compraba una entrada para la ópera cantonesa y quedaban en la puerta del teatro al término de la función; lo que
Gam-san
hacía en ese intervalo de tiempo no lo sabía.

Fat no hizo nada al respecto. Esperó a la próxima vez que volvieran del mercado para comenzar a revisar las cuentas concienzudamente. Al principio faltaba muy poco: un día un centavo, otro dos. Pero después comenzaron a faltar uno o dos dólares en cada ocasión. Sumados, esos dólares constituían una suma considerable.

Un día Gam-san volvió de Vancouver no muy tarde pero ya pasada la hora de la cena. Le sorprendió ver que el interior de la cabaña estaba a oscuras. A esa hora su padre solía esperarlo a la puerta con una lámpara encendida para iluminarle el camino. Pero no aquel día. Gam-san descargó a oscuras los cestos del carro y

entró en la casa con la fusta. Una vez dentro chocó contra algo. Se agachó a frotarse la rodilla cuando advirtió que frente a sus ojos había un punto rojo que se encendía y apagaba en la oscuridad: el cigarrillo de su padre.

Intentó darse la vuelta para salir corriendo, pero fue demasiado tarde. Sintió que unas botas con clavos de hierro le golpeaban la parte posterior de las rodillas haciéndolo caer como un saco; sin tiempo para gritar, las rodillas se le hincaron en el suelo. De pronto comprendió que, a diferencia de él, su padre, que había pasado a oscuras mucho tiempo, podía verlo con total claridad.

La mano de Gam-san dejó caer la fusta. Quiso recuperarla, pero sintió como un hierro candente en la espalda; su padre le había propinado un latigazo. Aquellos azotes en la oscuridad eran violentos y certeros: en la espalda, en la cintura, en las nalgas. Una y otra vez, pero nunca en la cara. Al principio solo sentía un escozor como el que produce la pimienta en los ojos; el dolor surgió más tarde.

De pequeño, Gam-san no se había librado de las zurras de su madre. La más sonada fue cuando escribió en aquel papel «Señor Cagarruta» y dejó que

Mak-dau

se paseara por todo el pueblo con él a la espalda. Su madre había usado el palo de bambú de tender la ropa y le había atizado con él. A pesar de que su madre solía pegarle, no temía sus castigos porque siempre tenían mesura. La mesura era la abuela. Con la excusa de la ceguera, la abuela se ponía cerca de su madre estableciendo una frontera que esta no podía rebasar. De este modo, la abuela era como una palangana y su madre, el agua del interior: por más furiosa que estuviera, no podía rebasar el límite impuesto por la abuela.

Pero nunca había experimentado los castigos de su padre. Sin la abuela, no tenían mesura, desconocía el límite de su ira.

Sin embargo, Gam-san no rechistó. Sabía que aquella noche se arrodillaba ante la frontera entre la juventud y la edad adulta, y que si emitía el más mínimo sonido seguiría recorriendo la senda interminable de la juventud; en cambio, si soportaba los latigazos saldría convertido en un adulto.

—¡Cómo te atreves a coger ese dinero! —gritó Fat—. ¡Les estás

quitando la comida de la boca a tu abuela y a tu madre! ¿Te lo gastas en el casino? ¡Habla! ¡Habla!

En un principio Fat solo había pretendido darle un escarmiento. En realidad se sentía culpable por la manera en que
Gam-san
había trabajado desde el primer día en la granja como uno más de sus empleados. A pesar de que se le daba mal el campo, él cultivaba verdura, recogía huevos, cortaba la carne, llenaba el carro y vendía el género como un trabajador más. La única diferencia era que los trabajadores ganaban un jornal, mientras que
Gam-san
no veía ni blanca.

Fat dividía minuciosamente el dinero que ganaba en dos partes: la primera se la enviaba a
Luk-zi
y la segunda se la quedaba él. La parte de
Luk-zi
no podía tocarla, pues en el pueblo había casi una veintena de estómagos que esperaban sus envíos; sus vidas dependían de los sobres que él enviaba desde el otro lado del océano. De la parte que se quedaba él, intentaba ahorrar al máximo, porque le rondaban varios asuntos.

La mitad de cada billete que ganaba tenía varias finalidades. Por una parte, como le había pedido dinero a mucha gente para construir la casa fortaleza del pueblo, debía ir devolviéndolo moneda a moneda. Además, su madre, la señora Mak, pasaba de los sesenta años y tenía numerosos achaques, por lo que no duraría muchos años más. Tras su fallecimiento,
Luk-zi
podría reunirse con él en la Montaña del Oro. El impuesto de capitación para ella también había de reunirlo poco a poco; debía planear de antemano.

Además de aquellos asuntos, tenía en mente la boda de
Gam-san,
que pronto cumpliría los dieciséis. En
Zi-min,
a su edad los varones ya tenían prometida. No podía esperar a empezar a ahorrar para la boda al día que acudiera la casamentera

a reunir los regalos para la familia de la novia.

Fat no había compartido sus planes con nadie, ni siquiera con su mujer ni su hijo. Simplemente ahorraba cada vez más su parte del dinero. Los días de paga, en el momento de repartir los jornales entre los trabajadores evitaba la mirada de

Gam-san.

El deseo patente en el rostro de su hijo le quemaba la mano con la que apretaba el dinero hasta que acababa saliéndole una ampolla. Pero lo único que podía hacer era no darse por enterado.

De hecho, el dinero que su hijo había cogido resultaba una suma ínfima comparado con el sueldo que debería haber cobrado. Además, en los alrededores de aquel lugar apartado y rústico en el que vivían no había más que un puñado de familias de blancos. Gam-san, que estaba en la edad de la curiosidad y de los descubrimientos, carecía de un compañero de juegos. Desde ese punto de vista, resultaba lógico y comprensible que hubiera ido a Vancouver en busca de un poco de diversión. Cuando él tenía la edad de su hijo,

Hung-mou

ya lo había llevado hasta el último rincón de lo más oscuro del barrio chino.

Por todo ello, aquella noche Fat esperaba una sola palabra de su hijo. Que lo negara todo, que intentara explicarse. Que se quejara, que lo acusara. De inmediato tiraría el látigo, le diría: «Así aprenderás» con voz grave y, aprovechando la salida que le ofrecía

Gam-san,

serviría el arroz con salchichas que tantas horas llevaba ya en la olla; padre e hijo podrían compartir aquella cena tardía: había pasado toda la tarde hambriento, esperándolo.

Pero no fue así. Gam-san no dijo palabra, ni siquiera se quejó. Resistía su ira como el agua de las inundaciones absorbe la lluvia torrencial. No le proporcionaba el más mínimo dique de contención y el agua crecía imparable en campo abierto, sin límite.

—¡Ya ha amanecido! ¿Cómo es que no he oído al gallo? —dijo Lam, saliendo de su habitación somnoliento y con el quinqué en la mano.

Vestía una chaqueta deshilachada bajo la que llevaba las piernas desnudas. Entre ellas pendía un apéndice marrón con el aspecto de

una sucia y deslucida pipa. Desde la muerte de su esposa, a veces perdía la lucidez y se confundía. Fat tiró la fusta y se apresuró a llevarlo a su cuarto.

—¿Ya estás otra vez que no te aclaras? —le gritó, quitándole el quinqué de las manos—. Aún es de noche… ¿Cómo te paseas con esas pintas delante de mi hijo?

Lam miró con sorpresa a Fat.

—Ha venido tu hijo… ¿Y el mío? ¿Por qué no ha venido mi Dak?

Este vivía en el pueblo. Lam había querido reunir el importe del impuesto de capitación después del de su mujer. No había podido imaginar que su mujer no saldría viva de la aduana. Al ver la expresión de espanto de los ojos de Lam, Fat le dijo:

—Venga, ponte los pantalones y acuéstate. Mañana le mandaremos una carta a Dak para que compre un pasaje y venga.

Lam se calzó los pantalones, cabizbajo, y luego suspiró:

—Temo que sea demasiado tarde. Si no viene, ¿quién recogerá mis huesos?

Al oír aquellas palabras, súbitamente lúcidas, Fat se sintió embargado por la tristeza. Se aclaró la garganta, ayudó a Lam a echarse de nuevo en la cama y le dijo:

—Tranquilo, que si Dak no viene nuestros huesos los tiene que recoger

Gam-san,

por la cuenta que le trae.

Al decirlo recordó a

Gam-san,

que seguía arrodillado, y sintió remordimiento: de no haber sido por Lam, tal vez lo habría dejado maltrecho. A Lam lo había enviado el cielo en ayuda de

Gam-san.

Cuando Fat salió de la habitación con el quinqué en la mano vio que su hijo seguía arrodillado. Los latigazos le habían dejado la ropa hecha jirones en la espalda, aunque no vio rastros de sangre. Al oír sus pasos,

Gam-san

no se volvió. Todos y cada uno de sus músculos estaban completamente inmóviles. El silencio era tan oprimente y colosal

como una montaña y Fat se sintió empequeñecer. El aire se había convertido en una zarza que se le clavaba. Sabía que tanto él como su hijo se habían agotado la paciencia el uno al otro.

Se dio la vuelta y fue a la cocina, de donde sacó la olla de hierro con el arroz con salchichas. Cogió dos parejas de palillos y dos cuencos y los colocó sobre la mesa. Indeciso, no sabía si servir un cuenco o dos. Su mano vaciló unos instantes y acabó sirviendo un cuenco, que se puso delante.

Tenía mucha hambre y el olor de las salchichas le despertó el estómago, que se puso a gruñir. Pero no podía comer. El arroz estaba duro como una piedra y los granos se le atrancaban en la garganta. Sintió como dos punzadas en la espalda. Aunque no eran profundas tampoco llegaban a ser desdeñables, pues consiguieron inquietarlo. Se trataba de los ojos de
Gam-san.

Dejó caer el cuenco sobre la mesa.

—¿Te tengo que dar de comer yo o qué? —espetó.

Oyó un murmullo a sus espaldas y supo que su hijo se incorporaba. Gam-san se tambaleó un poco y después recuperó el equilibrio. Se acercó, se sirvió el arroz y se sentó a comer en silencio frente a su padre. Cuando Fat levantó la mirada vio que de uno de los orificios nasales de su hijo chorreaba sangre muy oscura, casi del color de la tinta. Tuvo ganas de vomitar; sintió que los granos de arroz que tenía en la garganta reptaban como larvas. Pensó en sacarse el pañuelo para limpiarle la sangre. Su mano se introdujo temblorosa en el bolsillo y cogió la punta del pañuelo con el índice y el pulgar. Sin embargo, no tenía fuerzas. Era como si el pañuelo pesara una tonelada, no pudo sacarlo.

«Jin, querida Jin», llamó a su esposa para sus adentros con los ojos empañados en lágrimas. Su hijo y él eran dos rocas inmóviles al pie de una montaña la una junto a la otra. Si estuviera allí,
Luk-zi
podría actuar como hendidura entre esas rocas que dejaría paso a la luz del sol y al agua de la lluvia, un espacio en el que se nutren los seres vivos. Sin ella, padre e hijo seguirían eternamente confrontados sin posibilidad de moverse.

En aquel momento, Fat echó mucho de menos a
Luk-zi.

Desde ese día, cuando
Gam-san
iba al mercado Fat lo acompañaba en lugar de
Lung-ngan,
pues se negaba a despegarse de él. Gam-san se levantaba pronto, volvía pronto y con el dinero que llevaba siempre le salían las cuentas. Fat se dijo: «Aquellos golpes que le di hicieron de mi hijo un hombre; ya no me hará sufrir».

Muy pronto se daría cuenta de lo equivocado que estaba.

Las tierras que había comprado Fat dos años atrás, junto con lo que en ellas crecía y lo que vivía sobre su superficie, produjeron unas ganancias mucho más cuantiosas de lo que había previsto. A principios de primavera, un viejo matrimonio italiano vecino decidió mudarse a la región de las praderas en el centro del país, donde vivía su hijo, y Fat pudo adquirir sus tierras y su casa a un precio que no habría imaginado ni en sus mejores sueños. Como los terrenos eran anexos a los suyos, al unirlos obtuvo una gran extensión varias veces mayor que la original. De pie en el campo, Fat miraba cómo se prolongaba hasta el infinito. Ese día había llovido y las verduras y hortalizas estaban húmedas y pesaban con el agua. Todo era verde. El verde del viejo año había dado paso al del nuevo. Fat suspiró con satisfacción pensando: «Qué vasto es el suelo en la Montaña del Oro… A cuánta gente alimentaría una extensión de terreno como esta en Hoiping… Ni los más ricos del pueblo tienen tanta tierra».

También estaba la casa, que los italianos habían construido minuciosamente. Aunque la segunda planta era de madera, la primera era de ladrillo sólido. Las casas como aquella, de ladrillo rojo, pintada de blanco y con tejas negras, escaseaban en el barrio chino de Vancouver. Se la vendieron vacía, aunque no seguiría así mucho tiempo. En la siguiente carta que le envió, Fat le pidió a
Luk-zi
que hablara con la casamentera para que empezara a buscarle mujer a
Gam-san.
En el futuro, aquella casa sería para él.

Contrariamente a lo que había hecho en el pasado, esta vez Fat no le envió a

Luk-zi
el dinero que había quedado tras comprar la casa y las tierras, sino que lo guardó para Lam. Este estaba cada vez peor. Era como una manzana podrida en el interior que solo tiene dura la piel, una piel tensa a punto de explotar y verter una pulpa de pus y gusanos. No sabía qué golpe de viento, qué estornudo, qué tropiezo se cobraría su vida. No quería que muriera en la Montaña del Oro, así que, tras reunir el dinero de aquella cosecha, se llevaría a Lam de vuelta al pueblo y, de paso, los regalos nupciales de
Gam-san.
El dinero que había quedado costearía el regreso de Lam al pueblo. Sin él, solo habría sido una carga para el hijo de este. Ya que Fat no había podido ofrecerle una buena vida, al menos lo ayudaría a morir en paz.

Justo cuando sus planes comenzaban a tomar forma, sucedió un hecho inesperado. Aquel suceso arrambló con sus planes como una súbita ráfaga de viento y esparció sus ilusiones por doquier sin que Fat tuviera dedos o manos suficientes para reunirlas de nuevo.
Ocurrió al cabo de una semana.

Fat llevó al mercado de Vancouver un cerdo, una cabra y media cesta de huevos.

En realidad no necesitaba venderlos, pero quería acompañar a
Gam-san
a Vancouver. Si su hijo no iba al mercado, en casa, aparte de comer o dormir, no hacía más que comer pipas enfrente de la chimenea. A fuerza de partirlas le había salido un huequecito en uno de los incisivos. Gam-san hablaba muy poco con su padre, a veces no llegaba a cruzar con él una frase completa durante varios días. Fat comenzó a preocuparse, temía que hubiera enfermado, así que decidió llevárselo a Vancouver para que se divirtiera.

El trayecto de aquel día estaba perfectamente planeado. Saldrían de buena mañana hacia el mercado y, tanto si lo vendían todo como sino, a mediodía se marcharían. Aún no hacía demasiado calor, así que no había peligro de que los huevos o la carne se estropearan; la carne que no vendieran la adobarían y los huevos podían macerarlos en té o conservarlos en salmuera y consumirlos en casa. Desde el mercado se llegaba a la ciudad en menos de media hora. Esta vez no tenía prisa por ir al barrio chino, pues iba a enseñarle a

su hijo los lugares de interés de la zona donde vivían los blancos.

Había quedado con Rick para comer en un restaurante especializado en pescado cerca del Vancouver Grand Hotel. Desde que se fue de la ciudad, apenas se habían visto. El restaurante, que había elegido Rick, lo había abierto un irlandés y a Fat le había hablado muy bien de él, aunque no había que creerlo porque el estómago de los blancos y el de los chinos es muy diferente. Fat estaba seguro de que le servirían un filete de pescado sumergido en un mejunje de cebolla y mantequilla, como todo lo que comían los blancos. También imaginaba que el tamaño del pescado sería ínfimo en comparación con el plato; no llenaría ni el estómago de un pajarito. Pero no le importaba, porque

Gam-san

nunca había probado la comida de los blancos y no conocía a Rick. Además de dos buenas costillas de cerdo y una cesta de huevos que le regalaría a su amigo, Fat, ante la eventualidad de que el pescado no les llenara el estómago, había preparado una tetera envuelta en un paño y pastelillos de frijoles verdes. Después de comer con Rick, llevaría a

Gam-san

a unos grandes almacenes para blancos que se llamaban

Hudson's

Bay, y no solo para que los viera; esta vez llevaba dinero por si a

Gam-san

le gustaba algo cuyo precio no fuera desorbitado.

El cerdo y la cabra los había sacrificado la noche anterior. Después de la matanza, la carne no tiene buen color y nadie quiere comprarla, solo al cabo de un tiempo adquiere un tono levemente azulado y puede venderse. Aquella mañana, cuando

Gam-san

se levantó, Fat ya había terminado de colocar la carne y los huevos en los cestos. Gam-san no había conseguido dormir por culpa de los chillidos de terror de los animales. Aquellos sonidos no eran gritos, parecían un cuchillo oxidado perforándole los oídos. Después de aquello no pudo conciliar el sueño. En ese aspecto,

Gam-san

era muy distinto de su padre, que desde su más tierna infancia, cuando su padre mataba los cerdos, clavaba la mirada en el cuchillo

sin pestañear. En cambio, el día que
Gam-san
veía a su padre degollar un cerdo se negaba a probar la carne, así que Fat evitaba hacerlo delante de él.

Cuando Gam-san se vistió y salió de la casa percibió de inmediato el olor de la matanza permeando el ambiente. A pesar de haber transcurrido toda una noche, seguía siendo muy fuerte. A los pies del melocotonero de la puerta había unas sospechosas manchas marrones que, al observarlas de cerca, hicieron estornudar a
Gam-san
con estrépito. Un regusto ácido le subió del estómago y tuvo que arrodillarse a un lado del camino para vomitar.

—¡Levanta ya —le gritó su padre—, que queremos vender la carne fresca y no adobada!

Fat se sorprendió al oírse gritar aquello, pues no era lo que había pretendido decir. Él había querido decirle: «Vamos, hijo, démonos prisa, que cuanto antes vendamos la carne antes te llevaré a ver las cosas de los blancos», pero la frase salió de su boca convertida en un bramido arisco. Ya era demasiado tarde para retirarla. No sabía por qué, pero siempre que hablaba con su hijo decía cosas diferentes de las que quería.

Al oírlo, Gam-san entró en la casa en silencio y sacó una manta vieja que cargó en el carro. Las noches primaverales de la Montaña del Oro aún eran frías, de modo que, si tenían un percance con el carro, la manta podía salvarles la vida. Gam-san se sentó apoyado en ella y le dio las riendas a su padre. Siempre que salían con el carro Fat llevaba las riendas, porque pensaba que su hijo arreaba el caballo con demasiado ímpetu y lo dejaba agotado. El caballo ya era viejo y su trote no era tan firme como antaño. A Fat le inspiraba mucha lástima.

Cuando tomaron el camino vieron que los árboles de ambos lados estaban pelados y escuálidos, como tétricas manos arañando el cielo. Un grupo de cuervos pasó por encima de sus cabezas.

—Nosotros a los que son agoreros les decimos: «¡Cierra ese pico de cuervo!», porque en Cantón son pájaros de mal fario, pero aquí, en la Montaña del Oro, hay tantos que no tienen ese dicho…

Gam-san suspiró y, como de costumbre, no dijo nada.

—Por la tarde te llevaré a los grandes almacenes —prosiguió

Fat, empeñado en entablar conversación con su hijo ese día—. ¿Qué quieres que te compre?

—Lo que usted vea —contestó
Gam-san,
que estaba haciendo una pajarita de papel, sin levantar la cabeza.

—¿Quieres que te compre unos zapatos de piel?

Gam-san seguía usando los zapatos de tela que llevaba cuando salió del pueblo. Se los había cosido su madre con sus propias manos. Los demás hijos de inmigrantes calzaban zapatos de piel como los blancos.

Gam-san terminó la grulla pero, al ver que las alas le habían salido torcidas y no podían moverse bien, la desdobló para empezar de nuevo.

—Como usted guste —dijo.

—¿Y si le compramos una caja de bombones al padre Andrew? Ha estado enseñándote inglés a cambio de nada y tú… Tú no crees en lo que predica, ¿no?

Gam-san por fin había terminado una grulla perfecta y estaba moviéndole las alas.

—Lo que usted quiera, padre.

Al ver que su hijo continuaba con aquel aire desangelado, Fat perdió la paciencia. Iba a explotar, pero se mordió la lengua a tiempo; sabía que si abría la boca soltaría cuchillos, flechas, pistolas y lanzas que se clavarían en su hijo. Ese día estaba decidido a no enfadarse con él, así que prefirió tragarse la réplica.

Gam-san, cansado de jugar con la grulla, la echó a volar con un gesto suave. El día era cálido y la grulla de papel estuvo planeando en la suave brisa durante largo tiempo.

—Padre, comprémosle un anillo a mi madre. Con una esmeralda, como el que lleva la mujer del padre Andrew. Se lo dejó su madre en herencia —dijo
Gam-san.

Fat se sorprendió. Los cuchillos que se había tragado se fundieron. A un niño sin padre le faltan las agallas, pero a un niño sin madre le falta el corazón. Sin las primeras se puede vivir, aunque sea una vida que no merece la pena. Sin lo segundo, se carece de sentimientos. Su hijo había pasado ya varios meses sin madre, sin corazón; la echaba de menos. Pero aquello significaba

que aún tenía sentimientos. Luk-zi iría a la Montaña del Oro tarde o temprano. Con ella, su hijo volvería a estar completo, con agallas y corazón. Y ya no sería tan apático con él.

Fat no quería confesarle que el dinero que llevaba en el bolsillo en esos momentos no alcanzaba ni para comprar una milésima parte de aquella esmeralda. Sonriendo, le dijo:

—Algún día, hijo, algún día se lo compraremos.

Fat se sintió aligerado de un peso, como si nueve soles dorados brillaran en el cielo, y se puso a canturrear una vieja tonada popular cantonesa. No recordaba la letra, y en ocasiones perdía el ritmo de la melodía, pero aun así la cantaba alegre:

En las cuestiones del amor
nunca obres por ímpetuuu.
Nara, nara, nara, na,
na, naa, naa, naa…
En sus dulces reeedes… hum, hum, hum…
Sí, sí, sí… resistir

Cuando llegaron al mercado les fue mejor de lo esperado y lo vendieron todo en menos de dos horas. Como aún faltaba mucho para la cita con Rick, Fat llevó a
Gam-san
al barrio chino para comprar unos dulces. Se disponía a entrar en la pastelería cuando
Gam-san
le dijo:

—Padre, voy un momento al tablón a leer las portadas de los periódicos.

Fat sabía cuánto le gustaba a su hijo leer el periódico, así que lo dejó ir, pero advirtiéndole:

—Bueno, ve, pero no tardes mucho que yo estaré aquí esperándote.

Quién hubiera imaginado que
Gam-san
no volvería.

Hacía tiempo que Gam-san no andaba solo por el barrio chino. Enseguida reparó en que había nuevas portadas de periódicos en el tablón. Barrió con la mirada todos los artículos: hablaban sobre

literatura, guerra, cuestiones locales y de otras ciudades. Sus ojos buscaban el nombre de un articulista, Pang
Zi-jau,
pero no lo hallaron.

Había dos artículos de política, que ocupaban media plana de sus respectivos periódicos, sobre las disputas entre la Sociedad para la Protección del Emperador y el Partido Revolucionario, como de costumbre. El artículo a favor de la revolución lo firmaba un nombre desconocido para él cuya prosa era confusa y desordenada. Gam-san lo ojeó y le pareció poco menos que ilegible, decepcionante incluso; no entendía que el periódico hubiera encomendado la tarea de defender unos ideales tan nobles como aquellos a un escritor tan mediocre. Solo el señor Pang lograba hacerles justicia. Sus artículos estaban escritos con suma claridad expositiva y fluida elegancia, que los dotaban de igual elocuencia tanto a la hora de propugnar una idea como de denostarla.

Gam-san dejó el tablón y se dio la vuelta dispuesto a volver a la pastelería para reunirse con su padre. A medio camino, sin embargo, sus ojos se fijaron en la puerta sobre la que colgaba el letrero *Chinese Times*.

Movido por una fuerza extraña, entró. El anciano que trabajaba de conserje en el vestíbulo de la redacción lo saludó al verlo:

—Dichosos los ojos,
Gam-san.
¿En qué negocios andamos hoy?

Sin responderle, Gam-san le preguntó a su vez:

—¿Y el señor Pang?

El anciano le explicó que no iría a la redacción esos días, porque había llegado una visita.

—Ah, ¿sí? ¿Y a quién se debe un honor tan grande como para que el señor Pang no haya escrito su artículo habitual? Sin él, el periódico no sirve más que para limpiarse el culo.

—Calla, demonio —le dijo el conserje, riendo—; como te oiga el jefe te cose a bofetadas. —Y, acercándose a la oreja de
Gam-san,
le susurró—: Ha venido el Mástil desde Estados Unidos a recaudar dinero para la revuelta. El señor Pang lo acompaña día y noche a dar discursos por todos lados.

Gam-san tenía buena relación con la gente del periódico. Lo que en un primer momento lo atrajo fueron la curiosidad y admiración que despertó en él la lectura de los artículos del señor Pang. Después, ambos congeniaron y charlaban de muchas cosas, en especial de los sistemas políticos y de los asuntos nacionales tanto de Oriente como de Occidente. En poco tiempo, el señor Pang se convirtió en la única persona que había conocido en la Montaña del Oro con la que sentía que podía relacionarse. Desde entonces, siempre que iba al mercado de Vancouver se libraba de
Lung-ngan
enviándolo a ver ópera cantonesa y se dirigía al periódico a visitar al señor Pang.

Este, además de escribir bien, tenía el don de la palabra. Decía que la de los Qing era una dinastía que utilizaba los recursos de China para congraciarse con otras naciones, que sus días estaban contados y que no cabía duda alguna de que caería. Afirmaba también que para eliminar a los bárbaros manchúes y recobrar el territorio de los Han era imperativo contar con la colaboración de las comunidades de chinos de ultramar. Hablaba con una pasión tal que los ojos le refulgían como dos faroles encendidos en medio de la oscuridad, iluminando toda la habitación y abrasando a
Gam-san
de cuerpo entero.

A este le gustaba leer el periódico, pero no acababa de entender los asuntos de política nacional chinos. Sin embargo, pensaba que la causa que el señor Pang promovía era sin lugar a dudas justa y noble; por eso solía arañar algún dinero de lo que vendía en el mercado y echarlo en el buzón de colectas del periódico. El señor Pang llevaba un registro minucioso de todas las contribuciones y siempre le extendía un recibo, diciéndole: «Cuando triunfe la revolución, por cinco dólares prestados recibirás diez».

Al oír aquello, Gam-san se limitaba a sonreír. Él no albergaba tales esperanzas. Si contribuía a la causa era por el señor Pang. La idea de la revolución le resultaba muy lejana, no se encontraba en sus planes inmediatos. Aquel hombre era el eslabón que servía de enlace entre
Gam-san
y la revolución; sin él, nunca habría podido sentirla como real. En

cuanto
Gam-san
ponía un pie fuera del periódico, el concepto de revolución se tornaba borroso; sacaba del bolsillo la lista de las cuentas, húmeda de sudor, y empezaba a pensar cómo justificaría ante su padre adónde había ido a parar el dinero que faltaba.

Gam-san sabía que el señor Pang era miembro de la Vasta Hermandad[55] y que el diario que dirigía estaba al servicio de la misma. También se hallaba al tanto de algunas de las normas que la regían, como que el nombre en clave del líder era «el Mástil». Cuando este venía de visita, era más importante que el propio señor Pang.

—¿Cómo se llama el Mástil en realidad? —preguntó
Gam-san,
con súbito interés.

El conserje le dijo que se llamaba Yih-shian, de apellido Suen[56]. El nombre le resultaba familiar, pues lo había visto mencionado más de una vez en los artículos del señor Pang.

—¿Dónde se encuentra en estos momentos?

—Está pronunciando un discurso en el teatro de la calle Gwongdung —le contó el anciano—. Dicen que han ido cientos de personas a escucharlo.

Al oír aquello, Gam-san, olvidando que su padre lo esperaba en la pastelería, salió disparado por la puerta.

Aquella tarde, mientras
Gam-san
corría como un loco sujetándose la túnica, no reparó en los nubarrones que comenzaban a formarse en el cielo. El polvo de la calle se le metió en la nariz y lo molestó todo el camino. No era consciente de que la fuerza del destino lo había agarrado por las piernas y lo arrastraba hacia el abismo.

Justo cuando estaba a punto de llegar a las puertas del teatro, el cielo empezó a descargar con una intensidad repentina. La lluvia, en lugar de comenzar en forma de gotas dispersas para luego cobrar fuerza, cayó torrencialmente, imposible de esquivar hasta para la persona más ágil. Cuando se inició,
Gam-san
ya tenía un pie en la entrada del teatro, pero la lluvia fue más

rápida que él y consiguió mojarle medio cuerpo. Para cuando se halló a cubierto, la túnica chorreaba. Era de una tela añil firme y resistente, pero desteñía, y
Gam-san
iba dejando un reguero de agua azul a su paso. Al secarse la cara con los bajos de la túnica, se la tiñó de azul, parecía un fantasma.

El teatro estaba atestado de gente, que llenaba incluso los pasillos. Gam-san, chorreando, se abrió paso entre la multitud, que al verlo con aquel aspecto se apartaba. Encontró un hueco junto a una columna y se apoyó en ella para descansar. Comenzó a sentir frío, como si la túnica estuviera cubierta de hielo y lo aprisionara, adhiriéndose a la piel y congelándolo. Entonces tuvo ganas de orinar.

Al principio eran tan leves como una fina cuerda que empezó a rodearle la entrepierna. Soportó varias vueltas de cuerda hasta que esta se tensó tanto que ya no pudo contenerse. Gam-san se estremeció de pies a cabeza, la cuerda se rompió y sintió un calorcillo húmedo en la bragueta. «Un poquito, dejaré escapar solo un poquito… así me deshincharé algo y podré seguir aguantando», se dijo. Sin embargo, no logró controlar su vejiga, que abrió de par en par sus compuertas, y el muchacho juntó las piernas mientras un chorro caliente resbalaba por ellas y se escurría por los pantalones. Aquel fluido amarillo se unió al rastro azul y formó un río serpenteante en el pasillo. Gam-san percibió un leve tufo y miró alrededor. Por suerte, todo el mundo estaba concentrado en el discurso y no habían reparado en él.

Entonces volvió a sentir el *frío* de antes, aunque esta vez estaba mucho más calmado. Se puso de puntillas para ver todo el escenario, en el que había un puñado de hombres que vestían trajes occidentales, a excepción de uno, que llevaba túnica y chaqueta. De ellos,
Gam-san
solo conocía al señor Pang. El hombre que ocupaba el centro era algo más viejo que el resto, de complexión media y con bigote. Se trataba del orador. A su lado había un hombre alto y fornido con una pistola en la cintura, que parecía ser su guardaespaldas. El acento del orador era del sur, así que todos lo entendían sin problemas, lo cual contribuía a acrecentar el ambiente de

excitación.

—¡El pueblo apoya a los Han! ¡Es designio celestial que eliminemos a los bárbaros manchúes! ¡El glorioso día de la revolución está cerca! ¡Debemos prepararnos para la acción! ¡Necesitamos donaciones para hacer posible la reconquista del territorio que legítimamente pertenece a los Han y la instauración de una república! ¡El éxito del movimiento que decidirá la gloria o la miseria de China dependerá de la fuerza del ejército revolucionario!

En cada una de las pausas, la gente vitoreaba al orador, que tenía la garganta cada vez más afónica; el entusiasmo del público iba en aumento. En el momento de mayor fervor, el hombre de la túnica y la chaqueta sacó unas tijeras, se quitó el solideo, se levantó la trenza y se la cortó de cuajo con un rápido tijeretazo. La trenza cayó al suelo como una serpiente descabezada, reducida a un montón de pelo negro. Entonces el hombre enarboló las tijeras y gritó:

—¡La revolución empieza hoy! ¡Los que estén con ella, que cojan las tijeras!

De pronto, la muchedumbre enmudeció. Todo el mundo estaba indeciso. Antes de la aparición en escena de aquel par de tijeras la revolución no había sido más que la promesa de un futuro mejor al que aspirar con ilusión, como un trueno apagado resonando por el cielo, lejos de sus vidas. Sin embargo, las tijeras eliminaron de cuajo la distancia que los separaba de la revolución y la colocaron ante sus ojos, real, sin más opción que seguirla o rechazarla.

Las tijeras vacilantes del escenario estaban a bastante distancia de donde se encontraba

Gam-san,

así que no podía imaginar que en breve las tendría delante. Pero entonces el frío le hizo cosquillas en la nariz y no pudo evitar dar un enorme estornudo. En medio del silencio en el que se había sumido el teatro, aquel estornudo retumbó haciendo vibrar hasta el suelo que pisaba. El orador lo miró.

—Muchacho, estás calado hasta los huesos. ¿Has venido desde muy lejos?

Gam-san vaciló. Alguien a su lado lo azuzó y entonces cayó en la cuenta de que aquel hombre del escenario que se apellidaba Suen

estaba dirigiéndose a él. Las miradas del teatro entero, como mil faroles, se centraron en
Gam-san,
que a su calor sintió como si el agua de la túnica se evaporara, como si en la frente le brotaran perlas de sudor. Sus labios titubearon y de ellos no salió palabra alguna.

—¿Perteneces a la Vasta Hermandad? —preguntó el señor Suen.

Iba a responder cuando vio que el señor Pang se acercaba al señor Suen para susurrarle unas palabras al oído.

—Camaradas —sonrió—, a pesar de no pertenecer a la Vasta Hermandad, las contribuciones a la revolución de este muchacho no palidecen en comparación con las de los miembros. Dime, ¿quieres unirte a la Vasta Hermandad ahora mismo?

Gam-san dudó, pero el señor Pang le hizo una indicación desde el escenario: se llevó el puño al pecho y se golpeó dos veces en señal de apoyo. Gam-san tuvo la sensación de que el señor Pang lo arrastraba con cada uno de aquellos golpes de pecho.

—¡Sí, quiero! —gritó.

Las palabras asombraron al propio
Gam-san.
No las había dicho de manera consciente, no provenían de su corazón; era como si un extraño hablara por su boca.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para retirarlas.

El hombre de las tijeras saltó del escenario y, agarrando al aire la trenza de
Gam-san,
gritó:

—¡La revolución empieza con este joven! ¡Los que ingresan en la Vasta Hermandad juran renegar del yugo de los Qing!

Gam-san sintió un estirón y de repente su cabeza le resultó tan ligera como si flotara. Al cabo de unos instantes cayó en la cuenta de que le faltaba la trenza.

Hubo una gran exclamación de sorpresa y varios de los asistentes comenzaron a vociferar a pleno pulmón: «¡Revolución! ¡Revolución!». Proferían sus gritos con la furia de las olas, que amenazaban con echar abajo las paredes del recinto. Las tijeras fueron pasando por muchas cabezas y el lugar se llenó del sonido de los tijeretazos sin que nadie prestara atención a

Gam-san,
acuclillado en el suelo.

Apretaba con fuerza la trenza entre las manos como si quisiera escurrirle el agua. Entonces se acordó de su padre, que debía de estar esperándolo en la pastelería. Al salir de casa aquella mañana, Gam-san
era un hombre completo, pero sus pasos lo habían desviado del buen camino y había acabado perdiendo una parte vital de su cuerpo. Si hubiera perdido una mano, un pie o incluso un ojo, habría podido presentarse ante su padre. Pero no sin la trenza. Aquella maraña de pelo era tan vital para su padre como el corazón o la cara; no podía seguir viviendo sabiéndose sin alguno de los tres.

Gam-san huyó ofuscado del griterío en dirección a la calle. La lluvia había cesado y las nubes, cargadas, volvían a reunirse cubriendo todo el cielo sin dejar el menor resquicio por el que pudiera salir un sol reconfortante.

«Revolución… Revolución…».

Los gritos del teatro llegaban a la calle a través de las rendijas de sus puertas, pero ya distantes. Lejos del teatro y apartado del señor Pang y de aquel gentío, la revolución de pronto se le tornó borrosa y extraña. Lo que sí se aclaró poco a poco en su mente fue la cara de su padre: la cicatriz de su cara como un negro ciempiés; las arrugas que se le formaban en la frente cuando reía; el alivio en sus largos suspiros ahogados cuando orinaba.

—Que vengan a mí todas las desgracias; que me quede ciego, lisiado —imploraba—, pero devolvedme la trenza…

Sintió frío en la cara. Al llevarse las manos a las mejillas notó que eran lágrimas. Por primera vez en su vida, supo lo que es el pánico.

Su corazón le pedía que corriera a reunirse con su padre, pero sus pies lo llevaban en sentido contrario, cada vez más lejos de la pastelería y del barrio chino. Sin ser del todo consciente de adónde se dirigía, llegó al río.

En aquel momento oyó unos pasos. Al principio eran distantes, leves, amortiguados, como si pisaran paja, pero luego comenzaron a aproximarse más y más hasta que se le pegaron a los talones. Lo único que vio al volverse fue una sombra negra que se le echó

encima y lo mandó volando por los aires.

Al cabo de unos días la sección de sucesos del periódico del barrio chino publicó una noticia breve:

> El pasado domingo un joven desapareció misteriosamente del barrio chino. Varios transeúntes aseguran haber visto a dos hombres de negro prenderlo y arrojarlo al río. Al parecer, acababa de asistir a un encuentro recaudatorio de la Vasta Hermandad en el teatro de la calle Gwongdung y se topó con miembros de la Sociedad para la Protección del Emperador. Transcurrida ya una semana desde la fecha, sigue sin haber noticias de su paradero.
>
> […]
>
> A nuestro juicio, una raza inferior como es la india debe dejar paso a otras más civilizadas, pues son ellas las más capacitadas para asumir la tarea de convertir lo que hoy no son más que páramos agrestes en campos fecundos y hogares felices.
>
> *The British Colonist*, 9 de junio de 1861

Sundance se despertó con un gran peso sobre los ojos. Al entreabrirlos, comprobó que se trataba de la luz del sol, que pesaba sobre sus párpados como si se los untara con una espesa capa de miel. Recordó al instante que había llegado la primavera. Se levantó, se calzó las botas, se abrochó la falda, se puso la chaqueta de piel de gamuza y salió. Ya sabía que el día era cálido, pues al otro lado de la ventana había visto centellear las aguas del río y por las rendijas se colaba un suave olor con reminiscencias del estiércol de los patos salvajes.

El largo invierno de las montañas había llegado a su fin. El del año anterior había sido mucho más benigno, porque el río no se había congelado ni siquiera en la orilla y su padre había podido ir a la ciudad en canoa a buscar lo que precisaran en cada momento.

Las canoas que tallaba su padre gozaban de gran renombre, pues había aprendido el oficio de sus antepasados. Las hacía con el tronco de las mejores secuoyas y en ocasiones su talla podía llegar a requerir más tiempo que la construcción de una cabaña. De forma alargada y huecas en su interior, terminaban en extremos

levantados que a veces labraba en forma de pato salvaje o de águila. Cuando trabajaba no permitía que hubiese nadie a su lado mirando, ni siquiera su mujer.

Antes de empezar a tallar una canoa, se colocaba la máscara y bailaba la danza del cuerno de cabra, una canción en honor a los antepasados que daba las gracias a los espíritus en el cielo, la tierra, las nubes, el viento, los árboles y el agua. Solo entonces comenzaba a trabajar. En el poblado vivía mucha gente y algunos de los hombres tallaban canoas, pero ninguno lo hacía con la majestuosidad del padre de Sundance. Se decía también que aún mejor que su destreza con las manos era su cantar, un cantar que conmovía a los ancestros y los llevaba a convertirse en el cincel en sus manos. Por eso, todo el que quería una canoa debía ofrecerle buenos regalos; gracias a ello, de la cabaña en la que vivía la familia de Sundance pendían pescados y piezas de caza durante todo el año. Incluso el jefe del poblado le regalaba dos o tres cigarrillos de vez en cuando como muestra de respeto.

Al salir, Sundance reparó en un morral de piel que colgaba del árbol de la puerta de su casa. Por su aspecto supo que no pertenecía a nadie de su familia: su madre cosía con puntadas mucho más apretadas que aquellas. Lo abrió y encontró un poncho amarillo junto con varios collares, brazaletes y adornos para las piernas hechos de huesecillos y conchas. El poncho era de la mejor piel de ciervo y el borde estaba rematado con cascabeles plateados: el del pecho, el más grande, tenía una fresa grabada.

Lo sacó y se lo puso contra el cuerpo: justo a su medida.

Los cascabeles sonaban en sus manos rompiendo con su alegre tintineo el silencio de la mañana.

No era la primera vez que Sundance encontraba un regalo así en la puerta de su casa. Aquel año había cumplido los catorce, una edad mágica, pues habían empezado a aparecer regalos como aquel. Sabía de quién venía el regalo de aquel día. También sabía que si lo aceptaba, una noche un hombre entraría en su casa y se sentaría a la hoguera. Después, la tomaría de la mano y se la llevaría a otra familia.

Ella se contentaba con echar un vistazo rápido a los regalos. De momento no aceptaba ninguno, porque no quería pertenecer a ninguna otra familia. Deseaba disfrutar en paz de la especial alegría

de tener catorce años. Por eso, con un suspiro resignado, dobló el poncho y lo puso de nuevo dentro del morral. Si no entraba el morral en casa, al día siguiente el dueño lo recogería y después, cuando se cruzasen en el poblado, se saludarían sonrientes como si nada hubiera ocurrido.

El poblado estaba sumido en el silencio. El aleteo de los colimbos volando sobre el río sonaba ruidosamente. Era domingo y la mayoría de los habitantes del poblado asistían a misa con el sacerdote. También su madre y sus hermanos. Cuando el sacerdote, que era blanco, llegó, nadie creía en las enseñanzas de los blancos. Pero cuando el jefe indio comenzó a creerlas el resto de la gente lo siguió. El jefe creía en ellas desde que a una mujer se le metió un espíritu en el cuerpo. La mujer comenzó a vomitar espuma y a revolverse en la cama y hasta se arrancó media lengua de cuajo. El curandero del pueblo había intentado expulsar aquel demonio del cuerpo de todas las maneras, pero no lo había conseguido. Entonces el sacerdote sacó una botellita, llenó una cucharada de líquido rosado y se la hizo beber y la mujer enseguida se calmó. El jefe le preguntó qué botella divina era aquella que ahuyentaba así a los malos espíritus y el sacerdote le respondió que no era la botella, sino un dios llamado Jesús. A partir de entonces el jefe se declaró creyente.

Sundance no había ido a misa porque quería quedarse en casa para recibir a su padre, que había ido remando a la ciudad para intercambiar algunas cosas, y ayudarlo a descargar la canoa. Se la había llevado colmada de salmones y esteras que intercambiaría por arroz y carbón. El año anterior había bajado por el río una cantidad increíble de salmones y no hubo manos suficientes en la familia para pescarlos. Sundance y su padre los secaban cada día sobre una roca al lado del río. Cuando llegó la primera nevada, del techo de su cabaña colgaban más pescados que personas había en un *powwow*. Su padre se había marchado hacía dos días, por lo que debía de estar a punto de volver. A su marcha, Sundance y su madre le habían pedido que trajera un sombrero negro de ala vuelta como los que llevaban las blancas en la ciudad.

En realidad, tanto el sacerdote como Sundance sabían que esperar a su padre no era más que una excusa.

Sundance no quería echar a perder un domingo tan agradable

como aquel escuchando otro de sus soporíferos sermones. Pensaba que Dios se escondía detrás de cada hoja, en cada pluma de pájaro, en el chapoteo del agua, que Dios era libre como las nubes y el viento, y además no le gustaba estar encerrada en una iglesia. Pensaba que las posibilidades de topar con Dios eran mucho mayores en la naturaleza que en el recinto de la iglesia, así que solía buscar excusas para no asistir a misa. El sacerdote no insistía porque Sundance tenía una poderosa réplica preparada para él. Nunca había hecho uso de ella, pero el religioso podía leerla en sus ojos aguardando el momento de salir, por lo que se cuidaba de no provocarla.

La réplica que Sundance guardaba era: «Qué me va a enseñar usted a mí, si ni siquiera había nacido cuando bautizaron a mi abuelo».

El abuelo paterno de Sundance era inglés. Varias décadas atrás había sido destinado a la Columbia Británica por los grandes almacenes
Hudson's
Bay para entablar negociaciones en la zona del valle del río Fraser e intercambiar con los indios cerillas, queroseno, mantas, telas, tabaco y seda por piel de foca u otras pieles de calidad. No era el primer hombre blanco que ponía el pie en la costa oeste para hacer negocios con los indios; estos ya habían aprendido estrategias comerciales de la mano de otros europeos, como vender un producto de poca calidad al precio de uno de mucha, conchabarse entre varios para fijar los precios al alza, saber cuándo vender y cuándo no para provocar la subida de los precios y demás estratagemas. A fin de asegurarse una fuente de recursos estable, el abuelo de Sundance no solo se coaligó con el jefe de la tribu, sino que también tomó a su hija por esposa… a pesar de que él ya contaba con mujer e hijos en Inglaterra.

Pasó quince años en la Columbia Británica y tuvo siete hijos con su mujer india. Llegado el momento de jubilarse y volver a Inglaterra, dejó varios de sus bienes materiales a su mujer y le aconsejó que se fuera a vivir a la ciudad con sus hijos para que pudieran recibir la mejor educación en las escuelas de los blancos. Así lo hizo ella, pero a los pocos meses empezó a sentirse intranquila y a oír una especie de tambores en la cabeza tanto de

noche como de día. Supo que era la llamada de sus antepasados, por lo que cogió a sus hijos y volvió al poblado.

Cuando la abuela de Sundance volvió a la tribu, se encontró con muchos niños de poca edad, todos con un aspecto semejante al de los suyos. Comprendió que eran la huella que el huracán blanco había dejado sobré el territorio de los indios. Las madres de esos niños eran aquellas mujeres cuyos maridos blancos habían llamado «asistentes»; solían ir juntas y hablar sobre los hombres del otro lado del océano. En todas aquellas ocasiones, la abuela de Sundance estaba más callada de lo habitual. De vuelta a casa, les decía a sus hijos con voz severa:

—Vosotros sois diferentes. Vuestro padre era un empleado de categoría de la compañía Hudson Co. y fue recibido en persona por la reina Victoria.

Quince años de matrimonio habían dejado una marca indeleble en ella. Aunque había vuelto para estar entre los suyos, se sentía extraña allí.

No se casó de nuevo. El patrimonio que le había dejado su marido le permitió no tener que depender de ningún hombre. Tras dejar la Columbia Británica, al igual que la mayoría de los europeos de su generación, aquel inglés con el que había convivido durante quince años no regresó jamás. Cuando se marchó, el padre de Sundance, el menor de los siete hermanos, aún era un bebé que balbuceaba. A pesar de que no recordaba a su padre, la huella de aquel hombre estaba absolutamente presente. La abuela de Sundance convirtió sus recuerdos en un rencor que marcó con fuego la imagen que sus hijos tenían de su progenitor.

Esos recuerdos se transmitieron a sus nietos. La abuela vivió una larga vida y llegó a conocer a sus bisnietos. Antes de que estos nacieran, sin embargo, había gastado todo lo que le había dejado su marido, por lo que su vida fue igual de pobre y dura que la de los demás. Sin embargo, ella se marchó de este mundo con una sonrisa, porque por fin podía respirar tranquila: sabía que sus descendientes conservarían el recuerdo de su marido durante generaciones.

El sol brillaba con fuerza y Sundance se hizo sombra con una mano. Alcanzaba a ver hasta donde las secuoyas parecían tan pequeñas como una nuez. El río daba un giro a la altura de la entrada del pueblo, así que, por lejos que mirase, no podía

controlarlo más allá del meandro, por donde llegaría su padre. Sobre el roble de la puerta de su casa, un pájaro comenzó a trinar. Como estaba en la parte sombría de la copa, Sundance no podía verlo, pero aun así lo identificó por su trino: era un arrendajo gris. Su padre siempre le decía que tenía mejor oído que un ciervo.

—¿Qué quieres decirme? ¿Ya llega mi padre? —preguntó, alzando el cuello.

El pájaro dejó de trinar y la rama temblequeó. Sundance sonrió y, tras echarse el pelo atrás, pues no había tenido tiempo de sujetarlo en una trenza, pegó la oreja al suelo. Cuando su padre doblara el recodo del río, oiría el chapoteo del agua. Hasta la fecha, su padre siempre había usado remos tallados por él mismo. En el poblado había gente que quería poner en las panzas de las canoas un motor, una cosa que decían que les daría pies y las haría caminar sobre el agua, pero su padre se negaba. Afirmaba que el remo es el espíritu de la canoa y que sin él no servía para nada.

Aún agachada en el suelo, Sundance comenzó a percibir otros sonidos. Brup. Brup. Brup. Era la tierra que, tras haber dormido todo el invierno, se desperezaba. El día que terminara de despertar, la hierba sería verde, las flores se abrirían, los osos y los ciervos saldrían de sus guaridas y los arrendajos grises dejarían de esconderse en las sombras.

Pero aquel no era el sonido que ansiaba escuchar ese día.

Algo decepcionada, se disponía a levantarse cuando de repente sus oídos captaron otro sonido más débil.

Plas. Plas.

Aquel sonido le resultaba familiar.

Su padre. Era su padre, bogando contra el agua.

Se levantó ilusionada y echó a correr arremangándose la falda. Quería ir a su encuentro al meandro del río. Desde allí volverían juntos: él por agua, ella por tierra. Así lo recibía a su vuelta siempre que no estaba en la escuela.

Poco después, el arrendajo gris bajó volando del árbol y comenzó a revolotear sobre su cabeza. Ella se sacó el cinturón e intentó atizarle, pero solo consiguió que se retirase un poco, y el pájaro continuó siguiéndola. Entonces el corazón le dio un vuelco. Su padre le había contado que el día que murió su madre, la abuela de Sundance, a él le había revoloteado uno encima y no hubo

manera de hacerlo marchar. ¿Le habría pasado algo a su padre? No, su canoa era la más estable del mundo y en el pueblo nadie nadaba mejor que él. Además, llevaba consigo un rifle que había heredado de su padre. Aunque era viejo, funcionaba perfectamente y aún era capaz de derribar a un oso grande como una montaña de un solo balazo. No podía haberle pasado nada.

Sundance cogió una piedra y se la lanzó al pájaro. Tocado en un ala, el arrendajo gris se marchó volando con dificultad. La muchacha reemprendió la marcha a toda velocidad. No soplaba viento, pero sus pies lo levantaban sobre el camino; era un viento muy molesto que hacía que su falda golpease contra las piernas y que su sedoso pelo azabache se le metiera en los ojos. Por suerte ella conocía cada árbol y cada roca del camino. Incluso ciega, habría llegado sin dificultad al recodo por donde debía aparecer su padre.

Al llegar, Sundance se serenó, pues podía oír las paladas de la canoa sin necesidad de tumbarse a escuchar en el suelo. Los remos que tallaba su padre no tenían parangón, eran más planos y grandes que los de los demás, por eso arrastraban más agua que los de nadie. Y por eso su chapoteo los hacía especialmente reconocibles.

Se detuvo y arrancó un tallo de junco que usó para recogerse el pelo. En la lejanía vio la canoa de su padre, pequeña como un arrendajo gris, aproximándose. Juntó las manos formando un círculo y en dirección a la canoa gritó:

—¡Paaadreee!

E… e… e…

Los árboles repitieron su grito, que resonó por todo el bosque.

La canoa fue haciéndose más nítida. Debía de llevar más carga de la habitual, pues la cabeza de pato salvaje tallada en la proa tenía el cuello hundido en el agua y solo el pico rojo sobresalía por encima de la superficie.

Sundance saltó sobre una roca y, al recorrer la canoa con la mirada, pudo distinguir varios sacos con las cosas que traía de la ciudad: arroz, carbón, quizá también verduras o incluso algún caramelo. O dos sombreros negros de ala vuelta.

Pero su vista se detuvo de repente y alzó las cejas con sorpresa.

Entre los sacos de su padre había visto a una persona estirada. Una persona vestida con una extraña túnica de color añil.

Ardía de calor. Sudaba copiosamente de los pies a la cabeza y sentía como si cada centímetro de su cuerpo estuviera adherido a una plancha al rojo vivo como aquellas en la que su madre asaba los cerdos por el Año Nuevo chino.

—Agua… agua…

Gam-san abrió los ojos y vio el fulgor rojo de una hoguera. Junto a ella había un círculo borroso que fue aclarándose hasta que logró distinguir la cara sonriente de una mujer. Tenía las mejillas angulosas, los ojos profundos y los labios gruesos. Era un rostro que no le resultaba familiar. Repasó las caras de todas las personas que conocía y no lo encontró. Le dolía mucho la cabeza y no podía pensar más.

—Gachas… ¿Hay gachas? —gimió. Se extrañó al oírse: su potente voz había surgido como un hilillo.

La mujer lo miró perpleja. Fue entonces cuando

Gam-san

reparó en su vestimenta. Llevaba una chaqueta de piel de ciervo amarilla con flecos en cintura y mangas a modo de decoración. Pieles rojas. Era una india que recordaba ligeramente a una china. Con razón no entendía lo que le decía.

Oh, no. Había caído en manos de los indios.

De pequeño había oído historias de cómo cortaban cabelleras, arrancaban los corazones de la gente con las manos y usaban dientes humanos para hacer collares. Sintió cómo el ardiente sudor de su cuerpo se enfriaba y le erizaba la piel.

Cerró los ojos de inmediato. Temía no escapar de aquella. Le enfurecía perder la vida a manos de los pieles rojas. A bordo del buque en el que había llegado el año pasado junto con la mujer del tío Lam, nunca hubiera imaginado que ambos acabarían muriendo en la Montaña del Oro. Su padre había ahorrado exprimiendo al máximo cada centavo para pagar su impuesto de capitación. No le había hecho atravesar el océano para que acabara muriendo de esa manera.

Oyó cómo la habitación comenzaba a llenarse de más sonidos. Le parecía oír botas arrastrándose sobre el cemento, aunque también podía ser un cuchillo al desenvainarlo. Varias personas estaban hablando; oía voces tanto de hombres como de mujeres. Lo hacían en la lengua de los pieles rojas, así que no entendía palabra.

Poco a poco, se reunieron en torno a él. Lo supo porque sentía sus alientos, que le cortaban la cara desde todas las direcciones.

Su Divina Alteza el Emperador, Gwan Tai, Tam Kung, la Diosa de la Misericordia, Jesús, san Pablo, san Pedro… Se encomendó a todos los dioses que conocía: «Al que me saque de esta con vida, juro que bañaré su imagen en oro. Ayúdenme a salir de este apuro y juro que no volveré a hacer enfadar a mi padre; juro que escribiré a mi madre todos los meses; juro que no volveré a robarle dinero a mi padre; juro… juro…».

Pero era inútil. Sobre su frente se apoyaba un cuchillo. Lo extraño era que no le dolía, sino que más bien sentía una sensación arenosa de picazón.

«Tanto si quieren matarme como si quieren cortarme la cabellera, que lo hagan rápido, por favor. No soporto el dolor, no soporto el dolor…».

Aunque aquella imploración de

Gam-san

era silenciosa, todos pudieron entenderla porque lo estaban viendo gesticular moviendo las cejas de aquí para allá en un mudo lloriqueo.

—Duermes todo el día, tienes que levantarte —le dijo una mujer.

Le había hablado en un inglés pobre pero comprensible.

Sorprendido, abrió los ojos de inmediato. Reparó en que lo que tenía en la frente no era un cuchillo, sino la mano de la mujer, áspera y callosa. Las facciones de su rostro eran duras y en su envejecida piel cobriza se marcaban profundas arrugas como de latón oxidado. A su lado había un hombre y la muchacha que acababa de ver.

—¿Ya te has despertado? Voy a traerte agua —dijo la chica con voz alegre. Al hablar, enseñaba dos hileras de desiguales dientes amarillos. El ánimo de

Gam-san,

sin saber por qué, se serenó.

Cuando le llevó el agua, se la bebió de un trago. Le recorrió la garganta a trompicones, limpiándole la boca del sabor a humo del pescado. Bajó el cuenco y pidió más.

—Has pasado demasiado tiempo sediento —replicó la

muchacha, riendo—, no puedes beber tanto. Primero come algo y luego ya beberás más.

Su inglés era mejor que el de su madre y

Gam-san

no tenía que esforzarse para entenderla. Mientras hablaba, oyó el rugido de su estómago resonando por toda la habitación.

Gam-san, que no se hallaba en condiciones de mostrarse cortés, quería preguntarles si tenían gachas pero, al no saber decirlo en inglés, preguntó en cambio:

—Arroz, con agua, ¿tenéis?

La muchacha lo miró extrañada.

—Quiere gachas —replicó la mujer—. A los chinos les encantan las gachas de arroz con un huevo podrido encima.

Gam-san quiso protestar y decir que no eran huevos podridos, sino macerados en té, pero su pobre inglés no alcanzaba a tanto. Miró a la mujer resignado y musitó:

—Lo que sea.

La mujer dobló la cintura para agarrar unas tenazas con las que cogió algo que había sobre las piedras de la hoguera; a continuación lo metió en el cuenco en el que

Gam-san

había bebido agua.

—Come, está caliente —le dijo.

Gam-san echó un vistazo al bulto negro que humeaba en el cuenco. Parecía carne chamuscada. Sin preocuparse por condimentarla, se la zampó en tan solo tres bocados: entonces se dio cuenta de que era pescado. Sin embargo, aquel pescado no bastaba para llenar su estómago, vacío durante tanto tiempo. Se acordó de lo que su madre y su abuela le habían enseñado de pequeño cuando iban a comer a casa de otra persona: cuando te acabes el plato, no pidas más. Pero aquel día no estaba para miramientos. Se alegró de hallarse entre pieles rojas; si hacía algo deshonroso, al menos no sería delante de los suyos.

Tragó saliva varias veces para humedecerse la garganta y poder hablar. Se disponía a decir: «Más, por favor», cuando la mujer volvió a sacar otro pescado de la hoguera y lo colocó en el cuenco: era más grande que el anterior. Esta vez

Gam-san

se lo comió con más delicadeza. En lugar de palillos, los indios usaban las manos. Sentía un ardor en las suyas que enseguida identificó como la mirada de la muchacha, que le hizo reparar en la poca delicadeza con la que estaba comiendo.

Cuando por fin hubo terminado, no quedaba ni la raspa. Dejó el cuenco y no pudo reprimir un eructo descomunal con regusto a pescado. Un pedo igual de fuerte se afanaba por salir, pero no podía soltarlo así como así delante de aquellas mujeres, de modo que apretó las nalgas, contuvo la respiración y lo dejó escapar en un largo pedo ahogado. Se sintió satisfecho.

Entonces comenzó a fijarse en lo que lo rodeaba. La cabaña de los pieles rojas era larga y estrecha, con paredes de madera y suelo de cemento. En el centro prendía la hoguera, a cuyo alrededor había planchas de madera con esteras que hacían las veces de camas. La que él ocupaba era la que estaba más cerca de la puerta. Junto a la hoguera, casi a la altura del techo, había una enorme cabeza de ciervo, rebanada, por supuesto, aunque ni en el cuello ni en la cabeza se veía ninguna herida. Delante de la fogata unas ramas sostenían ropa que habían puesto a secar. La mitad que se había secado estaba gris. Por debajo asomaban unos pantalones añiles que reconoció como los suyos.

¡Los pantalones que llevaba puestos no eran suyos! ¿Quién se los habría cambiado mientras dormía? ¿Habría sido la mujer? ¿O aquella muchacha? Al pensarlo

Gam-san

enrojeció hasta el cuello como si le hubieran echado agua caliente encima. Entonces oyó unas risas. Al mirar vio que en un rincón de la cabaña había varios pares de ojos brillantes que lo observaban como los de una jauría de lobos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de aquel rincón, en el fondo de la habitación distinguió tres niños cubiertos por una manta de la que sobresalían seis pies descalzos.

—¡Sundance! —llamó la mujer, y la muchacha acudió enseguida para vestir a los niños.

Sundance. Aquella muchacha india se llamaba así, Sundance, «la danza del sol».

Gam-san

pensó que era un nombre bien bonito.

—¿Dónde vives? ¿Cómo te caíste al río?

El hombre, que hasta el momento había permanecido callado, había hablado por fin. También lo hizo en un inglés bastante fluido. Acuclillado en el suelo, cogió un ascua de la hoguera para encender un cigarro. Debía de ser el tabaco que fumaban los indios, pues era más grueso que un pulgar y olía tan fuerte que le picaba la nariz. Gam-san recordó que el hombre le había hecho las mismas preguntas al subirlo en la canoa, pero se había desmayado antes de poder hablar.

—Ce… cerca de Vancouver —masculló Gam-san, respondiendo solo a la primera pregunta. La segunda no sabía cómo contestarla, ya que su inglés no le permitía narrar la complicada historia derivada de una trenza.

Pero aquel hombre no desistía.

—¿Cómo te caíste al río y flotaste tanta distancia? —preguntó, acercándose a él.

El escaso inglés de Gam-san era como una enorme losa que cubría su pánico y su indecisión. Tras un largo silencio, dijo:

—Estaba en una pelea… m… me… empujaron…

—¿Por qué peleabas? —preguntó el hombre, cada vez más interesado.

—Por una mujer —respondió Gam-san con una sonrisa nerviosa.

Le sorprendió oírse decir una mentira como aquella. Su conocimiento de las mujeres era nulo, pero había sido lo primero que se le había ocurrido. Echó un vistazo al fondo de la habitación, pero no vio el rostro de Sundance, únicamente que cerraba los puños apretando la manta de sus hermanos.

El hombre empezó a reír a grandes carcajadas.

—¡Qué mal nadas! —le dijo, dándole unas palmadas en la espalda—. ¡Agarrado a aquel tronco creí que eras una nutria! Menos mal que esa mujer que dices no te vio con esa pinta…

El hombre lanzó el cigarro a medio fumar dentro de la hoguera y, barriendo las cenizas que había a sus pies, le dijo a la mujer:

—Dile a Sundance que le busque una chaqueta y lo alimente bien. En un par de días lo llevaré a la ciudad, no sea que su mujer lo eche de menos…

Gam-san abrió los ojos desconcertado.

Años después, al recordar su estancia entre los indios, Gam-san comprendería que una pequeña mentira como aquella siempre necesita la ayuda de diez, cien, mil mentiras más grandes para sostenerse. Era como cuando a su madre se le caía una gotita de tinta en el papel de arroz. La gota era minúscula y podía pasar desapercibida a la vista pero, al tratar de borrarla con un poco de agua, se convertía en un gran borrón. Sin embargo, en aquel momento, a sus inmaduros dieciséis años, no atinaba a pensar en las consecuencias; solo había dicho una pequeña mentira como salida. A partir de entonces, únicamente podría recorrer el camino que le marcara aquella farsa, siempre adelante, lo llevara a donde lo llevara.

No, de ninguna manera podía volver a casa de su padre. Al menos no de momento. Aquel día, al salir del teatro, en lugar de volver a casa lo habían echado al río. Debía de ser cosa del destino, como si los cielos supiesen que no podía volver. Le habían ofrecido una salida para no ver a su padre.

Entre ellos dos se interponía un abismo oscuro y profundo cuya longitud solo podía salvar el largo de una trenza. Solo cuando la recuperase podría volver a verlo.

—La… la verdad es que… no tengo ganas de volver —dijo Gam-san—. N… no tengo casa… Vivo vagando… de un lugar a otro.

La mujer estaba avivando el fuego con más leña. Las ramas que echaba eran nuevas y crepitaban con fuerza levantando chispas, y el humo la hizo llorar.

—Según mi madre —dijo, enjugándose las lágrimas con la manga—, los chinos que construyeron el ferrocarril también iban de un lugar a otro como tú; donde llegaban las vías, allí llevaban su casa.

—¿Podría… quedarme aquí… una temporada? Trabajaré.

Habló sin dirigirse al hombre. Miraba directamente a la mujer, que lo examinó someramente, como si no supiera qué hacer con él,

y luego pareció enternecerse.

Pero no dijo nada, se limitó a mirar al hombre, que permanecía mudo, concentrado en arrancarse un callo de la mano.

El fondo de la estancia quedó de pronto sumido en el silencio. Las manos de Sundance se habían detenido. El corazón de

Gam-san

latía con fuerza.

—¿Qué sabes hacer? —preguntó el hombre levantando al fin la vista hacia él.

Gam-san volvió a sorprenderse. ¿Qué sabía hacer? No sabía pescar ni cazar; tampoco sabía tejer ni ahumar carne, es decir, no sabía hacer nada de lo que hacían los hombres y las mujeres de los poblados indios. Separado de su padre, ni siquiera era capaz de ganarse un cuenco de arroz.

Entonces reparó en los sacos que había apilados en una esquina. Eran las cosas que aquel piel roja había reunido en la ciudad el día anterior. En las granjas de Vancouver y en New Westminster había visto a muchos indios que intercambiaban sus productos por otras cosas. Los ojos de

Gam-san

brillaron como dos ascuas en el fuego.

—¡Carbón! ¡Sé hacer carbón! —exclamó.

Mentía. Gam-san solo había visto a

Mak-dau

hacerlo, pero le pareció suficiente. Sabía lo tontos que eran los pieles rojas, que aun viviendo rodeados de árboles tenían que cambiar pescado por carbón a los chinos.

Sin esperar la respuesta del hombre, la mujer se levantó de un salto y, dirigiéndose a la zona en penumbra de la cabaña, gritó:

—Sundance, en cuanto mejore el tiempo, llévalo al bosque a cortar leña.

La lluvia de aquella estación era inusitadamente recia. No caía en gotas, tampoco en hilos, ni tan siquiera a chorros, sino que descargaba con una potencia tal que bastaba con extender el brazo para que las palmas de las manos se colmaran de agua. Bajo aquella lluvia, la tierra se empapó, las copas de los árboles del bosque engordaron y sobre el suelo de cemento y las paredes de madera de la cabaña empezó a crecer un brillante musgo verdoso. Un día

volvió por fin el sol, lleno de energía después de tanto tiempo aletargado, y de un soplo lo secó todo. Cuando abrieron de nuevo la puerta para salir, los recibió un frondoso manto verde.

Con la llegada de la primavera, el Hombre de Dios y la Mujer de Dios habían comenzado a estar más ocupados.

A pesar de que el sacerdote y su mujer se afanaban por enseñar inglés a los indios, a veces estos consideraban que usar su propia lengua resultaba más útil. Les costaba mucho decir «sacerdote y señora» y por eso los llamaban «Hombre de Dios» y «Mujer de Dios». Pasado el invierno, el Hombre de Dios volvía a abrir la escuela y todos los niños menores de catorce años del poblado asistían a clase. Los hijos del jefe fueron los primeros en ir y luego acudieron los demás. Cuando el Hombre de Dios estaba ocupado, la Mujer de Dios reunía a las mujeres del pueblo y las enseñaba a tejer y a hacer punto.

—Los hombres tienen su manera de ganarse la vida y las mujeres la nuestra —les decía—. Así, si un día nos faltara el marido seguiríamos teniendo qué comer.

Las mujeres pieles rojas no entendían lo que decía la Mujer de Dios. «¿Cómo puede una mujer vivir sin un hombre? Cuando se te muere el que tienes, te buscas el siguiente —pensaban—. Si una mujer puede ganarse el sustento, ¿qué les queda para hacer a los hombres de este mundo?». Las mujeres pieles rojas pensaban que la Mujer de Dios era bien tonta, y, por tanto, no les extrañaba que hubiera mujeres como ella que se pasaban la vida solas. A pesar del desdén con el que las pieles rojas la miraban por ese motivo, aun así se sentían muy atraídas por los jerséis que tejía: nunca habían visto colores y dibujos tan exóticos como aquellos ni tampoco materiales tan suaves. Por eso no le faltaban estudiantes.

Aquel año Sundance no tenía que ir a la escuela con sus hermanos ni a aprender labor. Era demasiado mayor para la clase del Hombre de Dios y demasiado joven para la clase de la Mujer de Dios. Por eso, felizmente equidistante de ambas, disfrutaba de libertad.

Ese día, en cuanto se despertó fue a sentarse en la roca que había frente a su casa y comenzó a afilar dos machetes; uno corto y otro largo. El primero servía para desbrozar arbustos y el segundo para cortar las ramas de los árboles.

Aquellos dos machetes habían pasado el invierno metidos dentro de sus fundas sin ver la luz una sola vez, pues Sundance se había dedicado a dos tareas que no requerían su uso: ahumar salmón y preparar mermelada. La mermelada era de frutos silvestres que habían recogido en otoño, en total dos grandes sacos rebosantes. La muchacha preparó un gran tonel, pero la familia solo pudo comer una pequeña cantidad, pues su padre llevaría el resto a la ciudad. Sundance había pasado el invierno con las manos, el cuerpo y el pelo impregnados de olor a mermelada y salmón ahumado. En realidad, aquello sucedía todos los inviernos y ella ya estaba acostumbrada. Aunque no podía decirse que le gustara, tampoco le disgustaba. Sin embargo, por algún motivo ese año se había hartado de aquellos olores. La noche anterior, acostada en la cama, le había parecido oír los machetes rechinando dentro de sus fundas. Igual que ella, añoraban el bosque.

Mientras Sundance los afilaba, su padre sacó la caña de pescar. Sabía que, de igual modo que ella había echado de menos el bosque, su padre había añorado la pesca. Remaría hasta el curso medio del río, donde las aguas son más templadas, pues allí era donde dormían las truchas durante el invierno y donde picarían más. Los hombres del poblado no se dedicaban a la siembra ni criaban animales; pescaban y cazaban. El arroz y las verduras que comían los intercambiaban en la ciudad por pescado o piezas de caza.

Cuando se acercaba la hora de partir, su padre cogió dos trozos de carne de ciervo y se los metió en el morral.

—Hoy no os internéis mucho en el bosque —la aleccionó—, quedaos en la zona menos profunda. En cuanto acaba el invierno los osos se despiertan con el estómago vacío y son muy feroces. Si os topáis con uno, tírale un trozo de carne para distraerlo y huid en dirección contraria a la suya: son torpes y les cuesta darse la vuelta. Cuando cortéis ramas, fijaos en que no haya pájaros ni avispas. Los pájaros vuelan por el cielo, que es el lugar más cercano a los espíritus de nuestros ancestros; no debemos perturbar sus nidos. Si encontráis un avispero, apartaos inmediatamente cincuenta pasos.

—Padre —dijo con una sonrisa Sundance cuando hubo terminado de hablar—, no es la primera vez que voy al bosque a por leña. Sé lo que hay que hacer.

—Tú sí, pero él no.

Se refería a Gam-san.

Tras dormir toda la estación invernal, el bosque aún se estaba desperezando. Gam-san se puso una chaqueta fina de piel y un par de botas que pertenecían al padre de Sundance y se marchó al bosque con ella. Sundance abría camino cortando con el machete largo las ramas secas que no habían sobrevivido al invierno. Intentaba no tocar las nuevas, pues sabía que en pocos días el sol las reverdecería y formarían un tupido manto. Las ramas que cortaba se las tiraba a

Gam-san,

que partía las largas en dos con el machete corto. Pero el cuchillo se negaba a colaborar con las manos de

Gam-san

y enseguida le salieron ampollas en las palmas. Sundance le dio una cuerda para que atara las ramas, pero esta tampoco quería colaborar con él: le reventó las ampollas y se manchó de sangre.

—Embustero —dijo Sundance con una risita divertida—, le dijiste a mi padre que sabías hacer carbón, pero no tienes ni idea.

Gam-san tiró machete y soga, se sentó sobre la pila de ramas y dijo restándole importancia:

—Sí sé hacer carbón. Lo que pasa es que en casa, en China, quiero decir, la leña la recogían los criados.

—¿Qué es un criado? —preguntó Sundance.

—Un criado es una persona que trabaja para ti —explicó el joven.

—Ah, ya sé, es un esclavo, ¿verdad? —dijo Sundance—. Mi padre me dijo que antes, cuando nuestro poblado luchaba contra otros poblados, si ellos perdían nos los quedábamos y trabajaban para nosotros.

Gam-san quiso corregirla, pero no supo cómo hacerlo con su pobre inglés, de modo que asintió a regañadientes:

—Sí, bueno, más o menos.

Entonces Sundance le preguntó:

—¿Cómo pudieron consentir tus padres que te marcharas de casa? Mis padres nunca aceptarían que yo me fuera a un lugar tan lejano.

La pregunta desconcertó a

Gam-san.

¿Había consentido su madre que se fuera? ¿Había aceptado su marcha de buen grado? Nunca lo dijo. Luk-zi le había pedido a la costurera de los Keoi que fuera a casa para confeccionarle cinco mudas a

Gam-san.

Mientras las cosía, su madre le hacía compañía sentada a su lado observando, aunque no permanecía ociosa, pues ella le cosía calcetines. Con la vista dividida entre la costurera y su propia labor, acabó pinchándose un dedo. Una gota de roja sangre tan grande como una perla cayó sobre los calcetines, de un blanco inmaculado. Coi exclamó:

—¡Ay!, vamos a lavarlo, que luego no se irá.

Pero su madre no quiso.

—Que le quede de recuerdo —dijo.

Las prendas que Luk-zi le encargó a la costurera eran varias tallas más grandes que la suya, porque decía que

Gam-san

aún tenía que crecer. También aseguró que, para cuando le quedaran pequeñas, deberían confeccionar el traje de novio. Al decir aquello su voz se quebró como las ramas secas en la hoguera. La abuela, al oírla, comentó:

—Tiene miedo de que la nuera acabe arrebatándole al hijo.

Gam-san sabía que aquel comentario apuntaba directamente a su madre. La abuela solía decirle cosas así todo el tiempo, pero ella nunca se daba por aludida.

Apoyada contra la pared, la abuela estaba sentada con una mano cerca del brasero, mientras que en la otra sostenía una caja de dulces; había pastelillos de frijoles verdes y galletas de taro recién hechos y aún humeando. Aun así, la abuela temía que a

Gam-san

se le enfriaran los pastelillos y sostenía la caja sobre el brasero para mantenerlos calientes, a la espera de que el muchacho tuviera un respiro entre prenda y prenda.

—Pobrecito mío, pobrecito mío. —Suspiraba su abuela, abriendo la boca mellada—. En la Montaña del Oro ya no podrás comer nada de esto…

Aunque sus ojos llevaban mucho tiempo ciegos, en los últimos

años se le habían secado por completo. Eran como dos pozos viejos en los que ya no queda agua; no tenía lágrimas. Pero seguía sollozando, ahora con la nariz, de la que subían y bajaban dos largos mocos.

Aquella debía de ser la manera que tenían su madre y su abuela de mostrar el dolor que sentían por su marcha. Pero, por más que les apenara, aun así debía partir. La casa entera dependía del dinero que Fat enviaba. Su madre no podía permitir que siguiera sosteniendo solo el peso de la casa; había aguardado toda una década, hasta que él creciera y se hallara en condiciones de ayudarlo. En cambio, él lo había abandonado. ¿Estaría su padre buscándolo angustiado? ¿Sabría su madre de su desaparición?

De repente los echó mucho de menos.

Gam-san hundió la cabeza en las rodillas y asió con las dos manos su pelambrera trasquilada, tirando con rabia, como si quisiera arrancársela. Sundance, al verlo en aquella postura, con los hombros temblorosos y mechones de pelo entre los dedos, supo que Gam-san guardaba una pena muy honda en su corazón. Sin embargo, a pesar de que ya contaba quince años, nunca había consolado a nadie. Tiró el machete y se adentró sola en el bosque. Al cabo de un rato volvió con una brazada de hierbas. Gam-san había recobrado la compostura y estaba mirando el cielo con semblante melancólico. La muchacha amasó las hierbas y e hizo con ellas una bola que aplicó sobre las heridas de las palmas de Gam-san.

—Esta es una hierba medicinal que ya usaban nuestros ancestros —explicó—, se llama cola de ardilla y detiene las hemorragias.

Gam-san sintió como si una sanguijuela pegajosa le trepara por la palma, pero dejó de dolerle.

Sundance dijo que era mejor que no cortaran más ramas, que ya volverían al día siguiente. Entonces recogieron los machetes, ataron la leña a una rama gruesa y, cada uno cargando de un extremo, emprendieron el regreso a casa.

Por el camino se detenían cada vez que Sundance encontraba hierbas diferentes y le explicaba sus propiedades.

—Esta se llama manto indio, cura el resfriado. Esto es cola de caballo, para las heridas. Al husky del sacerdote una vez lo hirió un

oso y mi padre lo curó con él. Esto es pimpollo de rosa, se lo dan a los niños cuando no pueden hacer de vientre. Esta se llama arbusto rojo, sirve para limpiar las tripas. Una vez limpias, vuelves a tener apetito.

El ánimo de Gam-san se había serenado. Prosiguieron un trecho más en silencio y llegaron al río. Allí Sundance dejó la leña, apartó con el pie una piedra y dejó al descubierto una planta silvestre de flores amarillas que había debajo.

—Esta se llama hipérico. En casa te haré una infusión con ella. Es muy buena para lo tuyo.

—¿Lo mío…? ¿Qué me ocurre a mí? —le preguntó Gam-san.

Sundance lo miró abiertamente y dijo:

—¡El mal de las musarañas!

Gam-san se echó a reír. Aún reía cuando, de repente, vio un destello amarillo que volaba hacia él; lo atrapó al vuelo y vio que era el poncho de Sundance.

La muchacha se arremangó la falda y se la sujetó en la cintura, se quitó las botas y se internó en el agua. La orilla era poco profunda y solo le cubría la mitad de las pantorrillas. Tras todo el invierno cubiertas, relucían con una blancura pura que no había visto la luz del día. A medida que Sundance se adentraba, el agua fue haciéndose más profunda y sus piernas desaparecieron. Solo se le veía medio cuerpo, hasta que sumergió la cabeza para lavársela y ya apenas se distinguió la espalda.

«Qué atrevidas son las indias —pensó Gam-san—, lavarse el pelo con un agua tan fría sin miedo a coger una pulmonía».

Sundance acostumbraba a llevar el cabello recogido en dos trenzas que cubría bajo un pañuelo. Cuando se lo soltaba, lucía una voluminosa melena. El sol brillaba en lo más alto y no se veía ni una sombra en los alrededores. Las ramas de los árboles y las rocas permanecían totalmente inmóviles, mientras que el viento dibujaba ondas en la superficie del agua que, en lugar de un río, parecía resplandeciente oro líquido. Sundance salió del agua, sacudió la cabeza y lo llenó todo de perlas doradas. Gam-san la miraba embobado. Pensaba: «Ojalá tuviera aquí conmigo una cámara

fotográfica como la que llevaba el padre misionero en la escuela allá, en el pueblo. Capturaría esta imagen y podría verla siempre que quisiera…».

Cuando Sundance terminó de lavarse el pelo subió a la orilla y buscó una roca donde sentarse; a continuación se desarremangó la falda y se puso al sol para secarse.

—Ven —lo llamó, extendiéndole la mano—, ayúdame a hacerme la trenza. Sin espejo no puedo.

Gam-san se asustó. De pequeño, en ocasiones se había subido a hombros de su madre y le había deshecho el moño pero, aparte del de ella, no había tocado el pelo de ninguna mujer. El corazón empezó a latirle con fuerza, advirtiéndole que no se acercara. Pero su corazón no mandaba sobre sus piernas, que, como arrastradas por una cuerda invisible de la que Sundance tirara, le hicieron acercarse y sentarse a su lado.

En el morral de Sundance había un peine de hueso. Gam-san no sabía usarlo y demostró ser igual de torpe con el peine que con el machete, pues Sundance se quejó varias veces por los tirones. Cuando por fin consiguió desenredarle el pelo, se lo trenzó como mejor supo.

—Tienes el pelo negro y sedoso, como el de mi madre —dijo.

—La mía dice que los indios no podemos abandonar nuestra tierra natal. ¿Cómo fuiste capaz de dejar a tu madre?

—Nosotros, los chinos, también estamos muy arraigados a nuestra tierra. En el futuro, regresaré para verla —contestó Gam-san.

—Ya lo sé —dijo Sundance, arrancando una brizna de hierba y llevándosela a la boca para mascarla—. Cuando mi abuelo se hizo rico, volvió a China para ver a su madre.

El peine cayó de golpe al suelo, haciendo volar varias hojas secas.

—¿Qué has dicho? ¿Tu abuelo… era chino?

—Sí, mi abuelo materno. El poblado de mi abuela estaba al lado de Barkerville, donde ella tenía una pastelería. Había un buscador de oro chino que la frecuentaba y así se conocieron. Después, cada quince días, cuando él iba a la ciudad se alojaba en casa de mi abuela. Estuvo buscando oro unos cinco años hasta que el último otoño, justo cuando iban a prohibir las búsquedas en la montaña,

encontró una pepita grande. Fue entonces cuando mi abuela tuvo a mi madre. Mi abuelo le dio la mitad a mi abuela y volvió a China en un barco.

Ahora entendía por qué la abuela de Sundance sabía cocinar gachas de arroz y por qué la madre de Sundance tenía algunos rasgos de china y lo miraba enternecida.

—¿Tu abuela dejó marchar a tu abuelo así, sin más?

—Ella dice que el hogar de una persona está donde están sus antepasados, que no se puede poner trabas a una persona para impedir que vuelva a casa.

Gam-san enmudeció, sorprendido por esas palabras. Pensó que los indios no eran salvajes en absoluto; al contrario, eran los buscadores de oro los que demostraban carecer de sentimientos.

Estaban sentados el uno junto al otro. Gam-san percibió un fresco aroma proveniente del cuerpo de Sundance que no supo identificar. Podía ser de las algas del río o de la hierba, quizá incluso de leche; era un aroma dulce e inconcreto. La muchacha, acalorada, se quitó la chaqueta; debajo solo llevaba una fina camisa que dejaba entrever un cuello bronceado por el sol y una piel cubierta de suave vello dorado. Gam-san siguió el rastro de las gotas de sudor con la mirada hasta que observó un mundo nuevo para él.

El corazón le latía con ímpetu en el pecho. Se le había hinchado el bulto que tenía entre las piernas, que pugnaba violentamente por salir de su prisión. No pudo resistirlo más y sus manos, como si actuaran por cuenta propia, recorrieron de pronto el cuello de Sundance de arriba abajo.

Palpó dos suaves turgencias que justo le cabían en el cuenco de las manos.

Sundance se estremeció soliviantada. Su primer impulso consistió en encogerse como una oruga, pero después se relajó. Las manos de

Gam-san

seguían cubriéndole los senos, ahora dos mares de los que sobresalían dos duros peñascos que le punzaban las palmas de las manos.

Aquello lo envalentonó. La echó al suelo y le arrancó la falda de un tirón. Las piernas de Sundance habían dejado de resistirse y

yacían laxas como un par de salmones. Gam-san las separó poco a poco.

Descubrió una senda por la que nunca antes había transitado.

Se hundió en ella guiado por el inefable instinto natural que todo ser posee.

Aquellas dos jóvenes vidas, torpemente superpuestas, nerviosas y sin el menor conocimiento mutuo, lograron sin embargo lograr un pequeño atisbo de compenetración, de plenitud.

Cuando Gam-san se levantó, aquel bulto ya se le había desinflado, el corazón le latía más sereno y su mente se hallaba despejada. Miró con el rabillo del ojo a Sundance, que estaba sentada en la roca limpiándose con la mano la sangre de las piernas y de la falda. No lograba ver si estaba contenta o enfadada, pero temía mirarla a la cara. Quería preguntarle si le había hecho daño, pero no llegó a pronunciar las palabras, como si una mano callosa le raspara la garganta.

Recogió el poncho de Sundance del suelo, cargaron con la leña y emprendieron el camino a casa en silencio.

Sundance iba delante y
Gam-san
detrás. Los andares de la muchacha eran algo torpes y en su falda había una mancha roja que abrasaba los ojos de
Gam-san,
quien dejó la leña en el suelo y le dijo:

—Ve tú detrás, te costará menos.

Cambiaron de posición y
Gam-san,
que ya no veía aquella mancha de fuego, se serenó. Sin embargo, al oír detrás de él los pasos cojos de Sundance sintió que el corazón se le encogía.

«Que hable ya, que diga algo», imploraba el muchacho. Ella era su calmante; si no hablaba, moriría de dolor.

—La próxima vez que mi padre vaya a la ciudad, acompáñalo y cómprame un regalo.

Sundance había hablado por fin, pero aquellas no eran las palabras que él esperaba. Eran un poco banales, superficiales. De todos modos, lo tranquilizaron.

—En cuanto venda este carbón, te lo compro. ¿Qué quieres?

—Un sombrero. Negro, de ala vuelta. Con una pluma. La última vez que mi padre fue a la ciudad no lo encontró.

Gam-san pensó para sí: «Qué poco mundo han visto las indias, que pierden la cabeza por una cosa tan pequeña…». Entonces, sintiéndose generoso, añadió:

—También te compraré una chaqueta vaquera, como las que llevan las muchachas de la ciudad.

Supo, sin necesidad de volverse, que Sundance sonreía. Su sonrisa le abrigaba la espalda llenándole el cuerpo de calor.

—Cuando me lo compres, ponlo todo en un morral y cuélgalo en el árbol de delante de casa. Cuando mis padres lo hayan visto, lo cogeré. Aunque no lo coja, tú no lo muevas.

—Cuántas reglas por un regalo de nada —dijo Gam-san, divertido—. ¿No es demasiado complicado?

Por única respuesta, Sundance se echó a reír. El eco de su risa, flotando como el polvo en la luz primaveral, llenó de regocijo el cielo.

Para cuando Gam-san hubo vendido su primer tonel de carbón, sucedió algo en el poblado: la cámara fotográfica del sacerdote desapareció inexplicablemente.

Al principio solo dos personas conocieron el asunto: el mismo sacerdote y su esposa, a quien este se lo mencionó. Luego, la mujer se lo comentó a una amiga en clase de labor, sin reparar en que otra compañera estaba escuchándolas. Al llegar a su casa, aquella mujer se lo contó a su hija, que asistía a clase con el hijo del jefe del poblado. Cuando llegó por fin a oídos del jefe, todo el mundo sabía ya que al Hombre de Dios le habían robado «aquella caja negra que atrapa a las personas».

El jefe llegó a casa de Sundance y halló al padre de esta en la puerta, disponiéndose a tallar una canoa nueva. Era para un muchacho del poblado que la usaría para bajar el río hasta un poblado vecino y pedir la mano de una muchacha. La madera era de una secuoya que había talado a principios del invierno. No demasiado ancha, pero sí muy maciza, no tenía el menor rastro de carcoma. Tras pasar varios meses en la intemperie a las puertas de casa, había llegado la hora de trabajarla.

El padre de Sundance tenía la costumbre de rezar antes de

iniciar la talla. A pesar de que creía en aquel Dios de los blancos que su padre había llevado consigo, no quería olvidar a los espíritus que sus ancestros llevaban generaciones adorando, así que su rezo sonaba más bien como un canto a los espíritus:

Oh, gran espíritu,
cuya voz escucho en el viento,
que das vida a todo con tu aliento,
concédeme coraje,
que mis ojos
vean con claridad el milagro del ocaso y de la aurora,
que mis manos
se amolden con destreza a cada arma con que me proveas,
que mis oídos
escuchen nítidamente tu suspiro oculto en la brisa,
que mi corazón
aprehenda la verdad esencial que ocultas bajo cada piedra…

El jefe se sentó detrás del padre de Sundance y guardó silencio. Sabía que cuando una persona habla con los espíritus no se debe interrumpirla. Cuando se agachó a coger el hacha y estaba a punto de propinar el primer golpe, el jefe tosió con discreción.

—¿Otra vez un águila? —preguntó, tendiéndole un cigarrillo.

El padre de Sundance se limitó a tomar el cigarrillo y encenderlo. Tenía por norma no discutir sus tallas con nadie hasta que estuvieran terminadas y ni siquiera el jefe era una excepción.

—¿Te has enterado? —preguntó aquel de manera casual tras dar un par de caladas—. Dicen que ha desaparecido la cámara del sacerdote.

El padre de Sundance asintió con un gruñido. Era hombre de pocas palabras. Aunque le habían puesto un nombre occidental, John, en el poblado lo seguían llamando por su nombre indio: Lobo Silencioso.

El jefe tosió de nuevo. Miró hacia el interior de la cabaña y, en voz baja, dijo:

—Han visto a tu huésped haciéndole fotos a tu hija en el río.

El padre de Sundance arqueó las cejas. Se dio la vuelta y, sin mediar palabra, fue directo hacia la cabaña. Cuando llegó a la puerta, se detuvo e hizo ademán de dejar pasar primero al jefe.

—Aquel que se aloja bajo mi techo pasa a formar parte de mi

familia. Su nombre es el mío. Entra y comprueba con tus propios ojos si en mi casa hay cosa ajena.

El jefe se sintió avergonzado e intentó quitarle hierro al asunto.

—Es cosa de tu familia, indágalo tú —dijo, dándole unas palmadas en el hombro—. Si tú me dices que no es cierto, no habrá más que hablar.

La cabaña se hallaba en silencio. La madre de Sundance había ido a la clase de costura y los niños estaban en la escuela. La luz del sol entraba por las ventanas en forma de rayos inclinados en los que flotaban danzarinas motas de polvo plateado. Los ojos del hombre se perdieron en aquella luz hasta que se acostumbraron a ella y pudo distinguir la figura de su hija, sentada en un rincón oscuro, enseñando a

Gam-san

a tejer cestas de mimbre.

En cuanto vio al jefe indio,

Gam-san

se levantó y puso la espalda recta como un palo. El padre de Sundance lo miró de arriba abajo. Se fijó en el morral que llevaba colgado de la cintura. Había visto la caja negra del sacerdote, pues a este le encantaba pasearse por el poblado tomando fotos, por lo que sabía que era del tamaño de dos manos juntas. De haberla llevado en el morral, lo habría notado.

—Un día de estos tienes que enseñarme a hacer fotos con la cámara —dijo, mirando fijamente a

Gam-san.

Sundance vio que este palidecía, pero permanecía mudo. El ambiente de la cabaña se volvió muy tenso y casi podían oírse los latidos del corazón del muchacho. Sundance sintió la desesperación del pez que da coletazos en el suelo de una canoa, tratando inútilmente de respirar fuera del agua, en los últimos instantes de su vida. No lo soportó más y salió corriendo de la casa.

El padre de Sundance agarró a

Gam-san

por el cuello.

—Si eres hombre, limpia tu nombre ante el jefe.

Gam-san no pudo seguir evitando aquella mirada. El hombre tenía dos braseros por ojos: negros en apariencia, ocultaban un

rabioso fuego. En cuanto
Gam-san
los miró surgieron las brasas y lo quemaron vivo.

—El señor sacerdote salvó a todo el poblado el año que sufrimos un brote de diarrea —comenzó a hablar el jefe, en tono conciliador—. El pobre no tiene otra afición que la fotografía, y por eso se pasa el día con esa cámara al hombro. Si la has cogido, devuélvesela y asunto zanjado.

El padre de Sundance hizo caso omiso de las palabras del jefe y siguió agarrando a
Gam-san
del cuello.

—¿Eres capaz de defender tu buen nombre o no?

El chico intentaba abrir la boca con todas sus fuerzas, pero no lo consiguió.

Entonces el padre de Sundance lo soltó y
Gam-san
bajó la cabeza con un gesto tan brusco como si le hubieran cortado el cuello.

—Recoge tus cosas.

—Quizá… quizá no ha sido él… —murmuró el jefe.

—En mi casa no se hospeda nadie que no sea capaz de limpiar su nombre.

Sus palabras fueron tan firmes como la roca y tan rotundas como el acero, irrevocables, sin la menor fisura.

Gam-san no pudo sino ir al rincón donde dormía y recoger sus cosas. Sus pertenencias eran muy escasas: la ropa que se ponía para zambullirse en el río, un par de calcetines y un par de zapatos de tela. Después estaba el morral. Dentro llevaba un colorido cinturón hecho con plumas de faisán que había comprado para Sundance en la ciudad dos días antes, cuando había ido a vender el carbón con su padre, pero aún no había tenido ocasión de dárselo.

La cámara no estaba entre aquellas cosas, la tenía escondida en el hueco de un árbol cerca del río.

El día que fue al bosque con Sundance a cortar leña, durante el camino de vuelta habían pasado por la escuela. El sacerdote se había llevado a los estudiantes a rezar al aire libre y el recinto estaba vacío. Sobre la tarima había una caja negra. Gam-san

reconoció al instante qué era porque tiempo atrás, en el pueblo, los misioneros le habían enseñado a hacer fotografías. Emocionado, sin detenerse a pensar lo que se disponía a hacer, se la guardó dentro de la chaqueta. Solo pretendía tomarla prestada para jugar con ella un par de días a lo sumo y luego devolverla a escondidas. Sin embargo, antes de que tuviera ocasión de retornar la cámara, el poblado entero había sabido de su desaparición. Aquella caja negra se había convertido en un puñado de estiércol que sujetaba en las manos. Tenía dos opciones: o bien cerrar los puños para esconderlo, con lo que solo él sería consciente del hedor, o bien extender los brazos y mostrar las manos ante todos, en cuyo caso el poblado lo percibiría. Gam-san sabía que un hedor como aquel no podía quitarse ni con toda el agua del río.

Estiró la chaqueta sobre la cama, colocó encima los pantalones y los calcetines, lo enrolló todo y lo ató con una cuerda. Luego abrió de nuevo el fardo y cambió de sitio los calcetines. Intentaba ganar tiempo por Sundance. Esperaba que volviera. No podía irse sin verla. La tercera vez que abrió el hatillo, el padre de Sundance tosió con fuerza. Le dio dos zurrones con víveres para el camino: uno contenía agua; el otro, arroz con salmón ahumado.

Gam-san caminó lentamente en dirección a la puerta siguiendo al padre de Sundance. Al salir, se detuvo y se puso de puntillas para colgar del roble frente a la casa el morral con el cinturón. Cuando estuvo bien sujeto, retrocedió para comprobar que era un lugar visible.

«Por lo menos a Sundance le quedará un regalo», pensó.

El padre de Sundance estaba soltando las amarras de su canoa cuando oyeron unos pasos. Era ella. Llegó corriendo a toda prisa, sudorosa y con las trenzas deshechas bailando en el aire. Detrás, a lo lejos, la seguía el sacerdote, que por su corpulencia no había logrado mantener el ritmo de la muchacha. Se sujetaba la panza, que bailaba de un lado a otro, como si fuera a caérsele.

Por fin los alcanzó, jadeando y respirando ruidosamente, sin soltarse la barriga.

—Esta… cámara es mía —dijo el religioso, tratando de recuperar el resuello—. Yo… se la regalé… a este joven.

Tanto el padre de Sundance como el jefe se quedaron estupefactos. La mirada inquisitiva del primero viajó del sacerdote a

Gam-san,
que permanecía mudo y cabizbajo. Este era consciente de que sus ojos no sabrían disimular la sorpresa, así que no se atrevía a devolver la mirada, ni al padre de Sundance ni al sacerdote.

—Joven… ¿por qué no les dice a su anfitrión y… al honorable jefe indio… cuál es el modelo de esa cámara que utiliza?

—Kodak Brownie. Modelo B, número 2 —respondió entre dientes
Gam-san.

—¿Cuántas fotos pueden hacerse con cada carrete?

—Ciento diecisiete.

—¿Y cuál es el tamaño de las fotos una vez reveladas?

—D… dos… por dos.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—Joven —añadió, dándole unas palmadas en el hombro—, en vista de su gran afición por la fotografía, estaría cometiendo una gran injusticia si no lo obsequiara con esta cámara. —Entonces se dirigió al padre de Sundance—: Cuide de este muchacho, es muy despierto y aprende rápido.

Antes de que el padre de Sundance pudiese abrir la boca, el jefe del poblado se echó a reír a carcajadas.

—¡Bueno! —dijo—, ya es hora de comer, los invito a mi casa. Ayer cacé un venado que no me terminaré en toda la primavera. Que venga también este joven chino.

Sundance no había oído nada de lo que decían. No les había prestado la menor atención, porque había descubierto que del árbol de la puerta de su casa pendía un morral mecido por el viento.

—¡Padre! —gritó, con la voz entrecortada por la emoción.

Cuando Gam-san salió del poblado, el tambor del *powwow* había comenzado a sonar. Sabía cuál era el aspecto de aquel tambor de piel de alce porque lo había visto con anterioridad. Normalmente lo guardaban en la tienda de los antepasados. Tenía un diámetro mayor incluso que el de las mesas redondas en las que su padre agasajaba a los amigos cuando volvía al pueblo, y podían tocarlo hasta doce hombres rodeando su perímetro. Más que oírlo,
Gam-san
lo sentía en los pies, pues hacía vibrar el suelo como un trueno retumbando en el cielo.

También habían comenzado a oírse los cánticos. Era Sundance la que empleaba aquel término; a él le parecían aullidos, rugidos. Sabía que tenían un significado y que variaban en función de la ocasión: de guerra, de boda, de súplica a los espíritus de la tierra y el cielo, de ira, pero él no los distinguía. Si Sundance no se los explicaba, para él no eran más que alaridos. Los agudos parecía que iban a agujerear el cielo; los graves, que iban a socavar la tierra.

Se preguntó si Sundance ya habría empezado a bailar al son de los tambores. Tocar el tambor y cantar era propio de hombres. A las mujeres lo único que se les permitía en el *powwow* era bailar. Los hombres se colocaban en el centro, las mujeres al margen.

Sundance y su madre habían aguardado aquel *powwow* con la mayor de las expectaciones. El poncho que su madre le había confeccionado para la ocasión lo había empezado diez años antes. Comenzó a coserlo cuando Sundance tenía cinco y en cada cumpleaños añadía diez cascabeles; ahora ya contaba con cien. La noche anterior, cuando Sundance se lo había probado por vez primera en casa, la cabaña se había llenado de tintineos más melodiosos que el sonido de las perlas cayendo sobre una bandeja de jade. Se pasó toda la noche con él puesto, riendo. Gam-san no logró dormir y sabía que ella tampoco, si bien por razones distintas; continuamente oía el crujido de la estera de caña cada vez que se daba la vuelta. Cuando se levantó para orinar vio que Sundance estaba sentada, apoyada en la pared, y en la oscuridad distinguió dos hileras de dientes brillantes: seguía sonriendo.

Gam-san sabía que estaba contenta porque aquel poncho dejaba en evidencia a los que las demás madres del poblado hacían para sus hijas y porque asistiría a su primer *powwow* como adulta. También sabía que había un tercer motivo, más importante aún que el poncho y el *powwow*.

La víspera, después de la cena, el padre de Sundance le había dicho a su mujer:

—Mañana iré a pedirle al jefe que oficie la boda de Sundance.

¿Sundance iba a casarse?

Gam-san

la miró, pero ella mantenía la cabeza gacha mientras comía, sintiendo cómo la atravesaba con los ojos.

—Como después de la boda Sundance seguirá viviendo en casa,

me ayudará a cuidar de sus hermanos —comentó la mujer.

—En adelante no tendrás que hacer carbón. Podrás mantener a Sundance con el dinero que ganes tomando fotografías —añadió el padre.

Pasaron unos instantes antes de que reparara en que la frase iba dirigida a él. Y aún tardó un instante más en ser consciente del significado de aquellas palabras.

—¿Y… yo? —balbuceó, con labios temblorosos.

—Sí, tú, claro. Sundance recogió tu morral —dijo la madre, sonriendo mientras miraba al padre.

El cerebro de Gam-san estalló en mil pedazos; se pasó el resto de la noche recogiéndolos, absorto. Cuando llegó la hora de acostarse, seguía intentando encajar las piezas. Así estuvo hasta el primer canto del gallo, cuando al fin terminó de recomponerlo.

Sundance, que siempre era la más madrugadora, se levantó antes de que el gallo cantara por segunda vez. A continuación despertó a sus hermanos. Después lo hizo el padre. Normalmente no se levantaba tan pronto, pero ese día quería vestirse bien, ya que él abriría el baile. Su ropa de gala era una túnica de color azul con numerosas huellas de oso estampadas en la parte inferior y un adorno amarillo en el pecho hecho de plumas de faisán. Si aquel adorno era vistoso, aún lo era más el tocado gris de plumas blancas de águila de la mejor calidad que le colgaba sobre la espalda.

Hubo un tiempo en que aquel tocado había sido gris y blanco. Sin embargo, a lo largo de los años, las plumas de águila habían acumulado una capa de polvo y el gris y el blanco habían dejado de ser tales para confundirse en una mezcolanza de tonalidades. Al padre de Sundance le gustaba que las cosas estuvieran deterioradas por el paso del tiempo; solo los muchachos inexpertos recién caídos del nido se dejaban embelesar por la superficialidad de lo nuevo. El tocado era grande y pesado y para colocárselo necesitaba a su mujer, quien también se levantó pronto aquel día para ayudarlo.

El último en levantarse fue

Gam-san.

Cuando lo hizo, la madre de Sundance se hallaba arrodillada en el suelo pintándole la cara a su marido. Sundance había vestido ya a sus hermanos y estaba arreglándose. Cuando vio que se había levantado lo miró, pero no le dijo nada. Su poncho hablaba por ella,

tintineando con cada paso la expectación que sentía.

El *powwow* se celebraría en un claro a milla y media del poblado. A esas reuniones, mezcla de baile y mercado, acudían todas las tribus vecinas con los productos que querían intercambiar. En esa ocasión, la madre de Sundance llevaba carbón y esteras para trocar, pues planeaba conseguir a cambio muchas más cosas: quería una de aquellas colchas que se hacen uniendo retales y llaman de *patchwork* también una vajilla de madera nueva, dos abrigos de piel y dos pares de botas, unas de hombre y otras de mujer, para que Sundance y
Gam-san
las llevaran cuando se casaran. También quería dos bolsas del mejor tabaco para dárselas al jefe como regalo por oficiar la ceremonia de la boda.

El *powwow* daría comienzo a mediodía, pero nadie podía esperar tanto. En cuanto el padre de Sundance tuvo la cara pintada se dedicó a preguntarle a su esposa como un niño impaciente: «¿Cuándo salimos?». La mujer sonreía con expresión resignada y le decía: «Aún es pronto, el sol todavía no se ha levantado». Sin embargo, la contención de la mujer no duró mucho. Se le escapó la risa y la seriedad de su semblante se esfumó.

—Vámonos, rápido, a qué estamos esperando.

Entonces reparó en Gam-san, sentado en el borde de su cama. Llevaba tiempo vestido con su atuendo acostumbrado, tenía la cara apoyada sobre las palmas como si le pesara y fuera a caérsele. Las manos impedían adivinar su expresión. Desde que se había levantado, no había cruzado palabra con nadie.

—Venga, muchacho, ¿qué haces ahí clavado como una estaca? —preguntó la mujer.

—Tranquila, al primer toque de tambor la estaca también tendrá que bailar —añadió, jocoso, su marido.

Cuando emprendieron la marcha, el padre de Sundance iba primero tirando del caballo, que en esa ocasión no montaría nadie, pues transportaba dos grandes alforjas y tres zurrones. Las alforjas contenían lo que querían intercambiar en el *powwow* y los zurrones, el desayuno de la familia. Al padre lo seguía la madre, Sundance y, por último,
Gam-san

a la cola. Los tres niños, que correteaban entre ellos, competían por ver quién lanzaba la piedra más alto y asustaron a los gorriones, que se fueron alborotados. Al caballo, un ejemplar robusto, le habían dado de comer antes de salir por lo que andaba con brío haciendo sonar los cascos sobre el suelo de piedras y salpicando de barro. Incluso los perros estaban excitados, y de un extremo al otro del poblado no dejaban de oírse ladridos. La mañana del *powwow* era una sinfonía que se extendía con toda su animación y alegría ante

Gam-san,

quien, sin embargo, no prestaba atención a ninguno de aquellos sonidos; únicamente escuchaba el cascabel del poncho de Sundance.

Tilín. Tilín.

Aquel sonido martilleaba sus oídos y la sangre le bombeaba con fuerza en las sienes. De repente se angustió y dijo «Sundance» con una voz que sonó extraña, como una rama seca que ha soportado todo el invierno y está a punto de quebrarse. Ella se volvió y lo miró:

—¿Qué ocurre?

Había empezado a sudar y se le había formado un caracol de pelo sobre la frente. A

Gam-san

lo deslumbró la belleza que había adquirido los últimos meses.

—S… Sundance… —titubeó

Gam-san

—, y… yo… —No pudo terminar la frase.

—¿Qué? —preguntó ella.

Gam-san, negando con la cabeza, se dio por vencido.

—Vamos, que tu madre nos espera.

Anduvieron un trecho en silencio.

Al cabo de un cuarto de hora,

Gam-san

se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ay, me he olvidado la cámara! Quería hacerles fotos a la gente y ganar unas monedas.

Cuando la madre de Sundance lo oyó le dijo:

—Corre a buscarla, que nosotros te esperamos aquí.

Lo dijo con la cara rebosante de alegría. Desde el primer

momento, había visto lo avispado que era aquel muchacho.

—No, no hace falta que me esperen —repuso él—. Conozco el camino, ya nos veremos allí. —A continuación le dio el sombrero de paja a Sundance y le dijo—: Hace calor. No cojas una insolación. —Y se fue.

Tras recorrer unos pasos, se volvió y observó cómo aquella hilera de seis personas y un caballo, que parecía una serpiente reptando por el camino, se hacía cada vez más borrosa. De pronto viraron y los perdió de vista. Solo oyó el leve tintineo de los cascabeles acariciando sus oídos como una suave brisa. Sentía un extraño dolor en el pecho que era a la vez un peso y un vacío. Muchos años después, cuando fuera un experimentado hombre de mediana edad, al recordar aquella mañana del *powwow* sabría ponerle nombre a lo que sentía: era la más triste desolación.

Cuando Gam-san llegó a la cabaña sacó de debajo de la almohada de su cama un morral aplastado: era el mismo que había preparado el día que el padre de Sundance se disponía a echarlo, que aún no había vaciado. Se quitó las botas y las colocó delante de la cama del hombre. Entonces sacó sus zapatos de tela y se los calzó. Cerró el morral, lo sujetó a un palo y se fue con él a la espalda. El poblado estaba vacío a causa del *powwow*, de modo que no encontró a nadie en el camino, ni siquiera oyó a los perros. Hacía mucho tiempo que no experimentaba la sensación de llevar zapatos de tela y le parecía flotar, como si entre el suelo y sus pies no hubiera más que el viento o las nubes. Cuando por fin se hubo acostumbrado a esa sensación, ya había salido del poblado.

El sol estaba muy alto, apenas le quedaba tiempo; debía llegar a la siguiente zona habitada antes de que oscureciera. No llevaba consigo agua ni provisiones, pero no lo inquietaba. Su morral contenía agua y grano para largo tiempo: la cámara. Con ella, fuese a donde fuese, podría ganarse la vida. Desde que los blancos llevaron la primera cámara a territorio indio, los pieles roja adoraban hacerse retratos. Ignoraba cuál sería su próxima parada. Tampoco sabía cuánto tiempo debería estar en camino. Tras palparse el pelo, que ya casi le llegaba por la cintura, pensó: «Medio año, en medio año podré presentarme ante mi padre».

Al llegar al río, Gam-san giró en el recodo y se detuvo, boquiabierto. El morral que llevaba en un palo se cayó al suelo:

sobre la roca en la que el padre de Sundance amarraba su canoa había una persona sentada. Al oírlo llegar, se puso en pie y un tintineo de cascabeles quebró la tranquilidad del aire del bosque.

—Sube. Te llevo —dijo Sundance.

Lo sabía. Lo sabía todo.

Los ojos de Gam-san se humedecieron de emoción. No se atrevía a mirarla, porque sabía que si lo hacía no lograría controlarse y de ningún modo podía llorar. Los hombres pieles rojas nunca lo hacían.

—Yo n… no quería… No… —Por más que lo intentó, no halló la manera de acabar la frase.

Ella no lo interrumpió. Esperó a que dejara de tartamudear y preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué?

No lo miraba a él, sino que elevaba la vista al cielo como si preguntara a los espíritus.

Gam-san suspiró. Su suspiro se sumó al de ella y, al cabo, ambos se perdieron en el cielo.

—Mis ancestros… no… no te aceptarían… —tartamudeó Gam-san.

Sundance desató la cuerda y le entregó el remo. Gam-san se subió con él a la canoa y extendió una mano para ayudarla a subir. Ella la aceptó. Una vez arriba, él no la soltó. Tampoco ella retiraba la mano, que imprimía su calor en la de él.

—Eso mismo le dijo mi abuelo a mi abuela al irse —murmuró Sundance.

Gam-san vio en la lejanía los dos faroles octogonales colgados a la puerta de su casa tras medio año de camino.

Después de dejar a Sundance había estado vagando durante meses de una tribu a otra, de una ciudad a otra. Había seguido la misma ruta que su padre el año que finalizó la construcción del ferrocarril. Tal vez en la orilla del río o quizá al pie de un árbol sus pies habían pisado el lugar exacto que su padre había hollado varias décadas atrás. Pero de eso se enteró más tarde; en aquel momento, Gam-san lo ignoraba, solo pensaba en hallar un techo bajo el que cobijarse antes de que oscureciera, en llenar el estómago vacío.

Llegado el invierno, su camino a la deriva halló un rumbo:

decidió volver a casa de su padre.

La idea fue repentina, pues su pelo aún no era lo suficientemente largo y si se lo trenzaba apenas le rozaría la cintura. Había querido demorar su vuelta, pero no pudo. Todo por una hoja de periódico.

Un día, en un mercado indio, vio a un piel roja que venía de Vancouver y llevaba una botella de salsa de soja. Hacía mucho tiempo que no la probaba y se le hizo la boca agua pensando en el líquido que contenía aquella botella. Sin embargo, hubo algo que lo asombró aún más: el viejo periódico que la envolvía. Gam-san llevaba mucho tiempo sin ver caracteres chinos. Le compró al indio la sucia hoja de periódico por un centavo y se sentó a leerla.

La fecha era de varios meses atrás. Numerosas huellas sobre el papel revelaban que había pasado por muchas manos. Se disponía a leerlo con atención, sin saltarse ni una coma, cuando sus ojos repararon en un breve.

> En los últimos tiempos las barberías del barrio chino han visto prosperar su negocio sobremanera. El éxito de la revolución ha comportado el deceso de la trenza manchú y los chinos se apresuran para no ser los últimos en cortársela antes de recibir su Año Nuevo.

El primer impulso de
Gam-san
fue buscar unas tijeras. Sin embargo, cuando encontró a alguien que tenía unas, cambió de idea. Quien debía empuñarlas era su padre.

Su padre. ¡Ah, su pobre padre!

Pensar en él le hacía sentir un profundo dolor en el corazón. «A casa, allí es adonde tengo que ir —se dijo—. Sin tiempo que perder».

El camino de vuelta fue muy duro. Aquel año, el invierno era gélido y cayeron varias nevadas. Se le habían roto los zapatos de tela que le había hecho su madre y ahora llevaba unas botas de piel de ciervo que había comprado a los pieles rojas. En algunos tramos el río se congelaba y las canoas no podían avanzar, por lo que debía recorrerlos a pie. Cuando llegaba a una ciudad retrataba a la gente o les enseñaba a hacer carbón. No pedía dinero, sino alimento y ropa de abrigo. Por eso el morral de
Gam-san

siempre rebosaba. A veces, sin embargo, oscurecía antes de que hubiese podido llegar al siguiente poblado y tenía que dormir en cuevas o en el hueco de algún árbol. Pero no sentía miedo. Gam-san sabía que, con cada noche que pasaba, estaba más cerca de su hogar.

No se detuvo en todo el camino. El último tramo lo hizo subido en un carro que se dirigía a Vancouver. Cuando lo dejó en el barrio chino, quiso ir a la redacción del *Chinese Times*. Todos los trabajadores eran nuevos, por lo que solo lo conoció el viejo conserje. Gam-san le preguntó por el señor Pang.

—Uy, hace tiempo que no está —contestó el anciano—. Se volvió a China.

—Ya veo… ahora que la revolución ha triunfado, el señor Pang formará parte del nuevo gobierno, ¿no? —comentó Gam-san.

—¿Qué gobierno? —soltó el viejo, en tono irónico—. Después de que la Vasta Hermandad le diera todos sus fondos al Mástil en nombre de la revolución, él, en cuanto se hizo famoso, se largó… Los de la Vasta Hermandad ya no le ven ni el pelo, al tal Suen.

Gam-san, callado, pensó que si el señor Pang, aquel río caudaloso y turbulento, aún no había logrado llegar al mar, entonces él, que no era más que un grano de arena de su lecho arrastrado por su ímpetu, no tenía ninguna esperanza. El señor Pang había decepcionado a sus camaradas de la Vasta Hermandad y él había defraudado a sus padres. Comparada con la injusticia perpetrada por el señor Pang, la suya era de nuevo un grano de arena insignificante.

Sin embargo, él ya no volvería a acercarse a aguas tan turbulentas como aquellas por las que se dejó arrastrar en el pasado. Nunca más defraudaría a sus padres. La revolución, de aquel día en adelante, sería cosa de otros.

A partir de entonces, solo se preocuparía por su familia.

«Padre, en estos dos años no he ganado ni un céntimo para mi madre y mi abuela —pensaba, de camino al hogar—. La deuda de la casa fortaleza la ha estado devolviendo usted solo centavo a centavo. Le ruego que, a partir de hoy, lo deje de mi cuenta. No permitiré que ni usted ni el tío Lam muevan un dedo, seremos los trabajadores de la granja y yo quienes nos encarguemos de todo…

menos matar cerdos, que soy incapaz. A partir de hoy, padre, usted solo me ayudará, seré yo el que cargue con el mayor peso. A partir de hoy, usaré mi cámara para ganar dinero: por una foto los indios te dan comida para uno o dos días, y dicen que en la ciudad se llega a pagar dos dólares. Padre, ay, padre mío, espere y verá cómo gano suficiente para mantener a mi madre, a la abuela, a mi hermano y las dos casas. ¿Me cree?».

Gam-san llegó a la casa en las afueras de New Westminster cuando el sol comenzaba a ponerse. Al pisar los dos escalones de la puerta llenos de grietas, fue incapaz de contener las lágrimas. «Esto ya no es territorio indio», se dijo, y no quiso contenerlas más. Aquellas lágrimas llevaban demasiado tiempo acumuladas en su pecho, donde habían formado un lago, un mar. Sin embargo, de sus ojos no salieron más que unas gotas. El resto se había quedado dentro, atorándole la garganta de la emoción. Gam-san tuvo ganas de vomitar.

A través de las lágrimas pudo apreciar que los faroles que colgaban en la puerta eran los mismos que había visto el año en que había llegado a la Montaña del Oro, solo que más descoloridos y con menos flecos. En cambio, los pareados de Año Nuevo que colgaban a ambos lados de la puerta sí habían cambiado. La última vez su padre había escrito de su puño y letra unos versos que él mismo había compuesto: «El viejo año termina en el pueblo con lluvia fina y vientos suaves; la primavera en la Montaña del Oro traerá dinero y cosecha abundante». Les había puesto por título: «Paz para mi familia».

Sin embargo, aquel año los versos no los había escrito su padre, resultaba obvio que los habían comprado en el barrio chino. Estaban escritos en papel rojo con motas doradas, pero la caligrafía no era refinada y los versos correspondían a un dicho muy trillado: «Sed frugales y ahorrad para que la familia prospere; en la vejez habrá nietos que os sustenten». Se titulaba: «Prosperidad en el Año Nuevo».

¿Por qué aquel año no había escrito su padre los pareados? Él, que no consentía colgar en casa caligrafías que no fueran las suyas, tan orgulloso estaba de la superioridad de su arte. ¿Le habría ocurrido algo?

Las rodillas le fallaron y estuvo a punto de caerse. Tuvo que

apoyarse en la puerta para llamar.

«Por favor, que sea mi padre el que abra la puerta. Si está sano y salvo, me postraré ante él y le haré cien mil reverencias antes de atreverme a entrar siquiera».

Al poco abrieron. Lo hizo Lung-ngan, el antiguo empleado de la granja. Al ver a Gam-san saltó hacia atrás y dio un portazo. Gam-san estaba desconcertado, pero enseguida comprendió lo que ocurría. Empezó a aporrear la puerta.

—¡Soy yo, Gam-san, no estoy muerto! —le gritaba—. ¡Si no me crees ven y cógeme las manos, verás qué calientes las tengo…! ¡Los muertos las tienen heladas!

Al otro lado de la puerta no se oía nada.

Gam-san volvió a gritar:

—¡Lung-ngan, si fuera un fantasma, ¿necesitaría que me abrieras la puerta?! Asómate a la ventana y mírame los pies… ¿Qué fantasma tiene sombra?

Pasado un instante la puerta volvió a abrirse por fin y un dudoso Lung-ngan salió con los pelos de punta. Lo observó de arriba abajo y le dijo:

—¿Dónde demonios te habías metido, Gam-san? Tu padre te buscó por todas partes, solo le faltó ir por ti al infierno… ¿Y qué haces aún con trenza, si ya se ha instaurado la república?

Gam-san no respondió, solo dijo:

—¿Y mi padre?

—Tu abuela está grave, así que se fue a verla a finales del año pasado, hará cosa de un mes.

Gam-san aflojó la mano y el morral cayó al suelo. Tenía la mirada perdida. Al verlo con aquel gesto desolado, Lung-ngan se estremeció y le preguntó:

—¿Has comido? Aún me quedan gachas en la olla. ¿Te las caliento?

Gam-san seguía mudo, inmóvil como un trozo de madera.

Cuando se hubo recuperado dijo:

—Los pinceles. —Lung-ngan no lo entendió y Gam-san tuvo que decirle, agitando una mano sin fuerza—: Ve a sacar los pinceles de mi padre.

Entonces comprendió que Gam-san quería escribirle una carta a su padre. Corrió a buscar papel, pincel y tinta.

—Sin tu padre ya no tenía a nadie que me escribiera las cartas. Qué bien que hayas vuelto. Cuando termines, hazme el favor de escribirle una carta a mi mujer.

—¿Y el tío Lam? —se limitó a preguntar Gam-san mientras preparaba la tinta.

—Murió. Fue a los dos meses de tu desaparición. Al final se confundía mucho. Una vez hasta salió al campo sin ponerse los pantalones y los blancos llamaron a la policía. Llegó un momento en que no se aguantaba la mierda ni los meados.

Gam-san extendió la mano para descorrer la cortina.

Era oscura, aunque quizá no siempre lo había sido. Su tela, gruesa, parecía formada por dos capas de algodón superpuestas. Estaba cubierta de marcas grasientas y brillantes que tanto podían ser de haberse limpiado en ella las manos después de ir al baño, de limpiarse comida de la boca o de sonarse los mocos de la nariz. Cada una de sus manchas contaba, en fin, la historia de una persona. Demasiadas historias. Inmóvil, su aspecto era sórdido y decadente.

Mientras la apartaba sintió un escalofrío. Se supo finalmente solo ante los misterios del barrio chino.

Desde que, tres años atrás, su padre lo recogió en el control aduanero de los muelles, había estado en el barrio chino de Vancouver en numerosas ocasiones. Había conocido al señor Pang en la redacción del periódico, había comprado dulces y viandas en la pastelería y en los colmados, había visto óperas en el teatro, había bebido té y comido en infinidad de restaurantes. Sabía qué balanza de qué tienda era más justa, qué cocinero de qué restaurante usaba demasiado aceite y también dónde vendían

género estropeado. Sin embargo, a pesar de conocer tan a fondo el barrio chino, nunca había descorrido aquella cortina.

Se encontraba en el piso de arriba del casino. No tenía faroles que lo iluminaran ni había ningún cartel, pero los hombres del lugar no los necesitaban para dar con sus estrechas escaleras, subirlas con brío y descorrer aquella cortina de un tirón. Los días de cobro, o por el Año Nuevo chino, la cola de hombres que esperaba tras aquella cortina llegaba hasta la puerta misma del casino. En ocasiones, jóvenes impacientes que no podían soportar la espera aporreaban la puerta y hacían salir al de dentro, que apenas tenía tiempo de abrocharse el cinturón.

—¿Qué tal? —le preguntaban los que aún hacían cola.

—Ya lo veréis —contestaba el que salía.

En aquella larga cola era difícil no encontrarse con algún familiar: los hermanos, el padre, un tío… A veces, si uno se topaba con un conocido, podía evitarlo fingiendo no haberse percatado de su presencia. En caso contrario, se les decía en voz alta con toda franqueza:

—¿Qué, tú también por aquí?

Pero aquel día no era el Año Nuevo chino ni ninguna otra fiesta. Tampoco era día de cobro: aún faltaba mucho para el siguiente y había pasado demasiado desde el último. El tiempo no acompañaba y la gente de la calle andaba cabizbaja, defendiéndose de sus inclemencias. Aquel día, salvo por quienes salían y entraban de la casa de empeño, el barrio chino estaba desierto.

Gam-san había aguardado precisamente un día como aquel.

Al pasar por el casino le había comprado a un vendedor ambulante un paquete de tabaco de la marca Pírate. Las manos le temblaban tanto que al abrirlo lo rompió y todos los cigarrillos cayeron al suelo. Cuando se inclinó para recogerlos sintió que se sonrojaba. Permaneció acuclillado un buen rato hasta que recuperó el color habitual. Entonces se levantó e, impostando voz ruda, le pidió una cerilla al vendedor. Se llevó un cigarrillo a los labios, que puso en forma de o, y dio una gran calada. Enseguida sintió una soga raspándole la garganta y comenzó a toser con estrépito.

Completamente enrojecido de nuevo, esperó a dejar de toser y luego, tras limpiarse los mocos con la manga de la chaqueta, emprendió el ascenso de las escaleras sacando pecho y arqueando

las piernas. Al verlo, los vendedores rieron a escondidas. Habían visto a una infinidad de muchachos exactamente igual que él subiendo aquellas escaleras de la misma manera. Lo reconocían como otro pipiolo espantado.

Gam-san descorrió del todo la cortina y descubrió que había dos puertas. Estaba pensando cuál elegir cuando de pronto se abrió la de la izquierda. De ella salió un bulto oscuro. Era un hombre vestido solo con pantalones cortos. El resto de la ropa lo siguió volando. Para cuando el hombre hubo bajado a trompicones las escaleras y llegó abajo la ropa lo esperaba ya en el suelo. Al pie, nervioso, intentó ponerse los pantalones, pero no lo consiguió. A su alrededor comenzaron a congregarse los fisgones.

De detrás de la cortina apareció una mujer pintarrajeada abotonándose la chaqueta.

—¡No creas que por cortarte la trenza no voy a reconocerte! —le gritó al hombre al pie de las escaleras—. ¡Mañana a esta hora tengo que tener el dinero en mis manos, y como falte un solo centavo empapelaré el casino con tu nombre para que se entere todo el mundo!

El hombre por fin atinó a ponerse los pantalones, se echó encima la chaqueta y se marchó. Los mirones estallaron en carcajadas. La mujer, en cambio, no rio con ellos, sino que lanzó un escupitajo y cerró de un portazo. Gam-san supo que aquella no era su puerta. La regente del burdel le había dicho que la suya era nueva y, por tanto, no debía de estar tan castigada por el trabajo para comportarse así.

Gam-san abrió la puerta de la derecha y descubrió que dentro reinaba la misma oscuridad que fuera. La habitación tenía un ventanuco cubierto por un trapo y en una esquina una tenue bombilla agujereaba levemente la negrura de la habitación. Permaneció de pie en la puerta hasta que comenzó a distinguir las siluetas de la habitación. Solo había dos muebles, una cama y una banqueta, cuyo uso infirió enseguida: la cama era para quitarse la ropa y la banqueta, para ponérsela.

Encima de la cama descansaba una manta enrollada como una serpiente. Le pareció que el fondo era verde oscuro y tenía flores negras cosidas. Era el único elemento de la habitación en el que se intuía un color. Al pie de la cama había un montón de ropa gris que, al oír sus pasos, se movió. Gam-san comprendió que se trataba

de una persona, la que él había pagado por usar.

Tiró el cigarrillo y estuvo un rato aplastándolo con el pie. La habitación olía a madera ahumada. Se sentó en el borde de la cama y el viejo somier de madera crujió bajo su peso. Destapó la colcha y notó que seguía caliente por dentro. Tenía manchas granates, como si alguien hubiera escupido trozos de sandía; eran tan repugnantes que casi vomitó. Se contuvo, pero no podía soportar aquella visión, de modo que enrolló la colcha y la tiró al suelo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó

Gam-san

con la cara crispada pero simulando valentía. La voz, no obstante, lo traicionó: hasta él pudo distinguir el pánico que traslucía.

El bulto gris se incorporó. Si habló,

Gam-san

no oyó nada.

Él también se levantó y encendió una cerilla, que acercó al bulto de ropa. La luz de la llama le infundió coraje y cuando volvió a hablar sonó más rudo.

—Date la vuelta, que te están hablando.

El cuerpo se volvió hacia la luz y

Gam-san

descubrió un par de ojos muy separados y muy grandes, como si fueran a salirse de la cara. Las pupilas, cristalinas como húmedas canicas de vidrio, centelleaban con la llama de la cerilla cambiando del marrón al azul. Cuando

Gam-san

acercó más la cerilla vio que se tornaban de un verde grisáceo.

—¿Mau-ngan? —exclamó

Gam-san,

atónito.

Los ojos de la chica vibraron y la tonalidad verde desapareció.

—¿Me da un cigarrillo? —preguntó, extendiendo la mano. Tenía los dedos delgados como escuálidas judías verdes y en la muñeca un fino vello. Sus ropas le caían planas sobre el pecho, como si estuvieran colgadas en un palo de bambú.

«No es más que una niña», pensó.

Sacó el paquete de cigarrillos, cogió uno, lo encendió y se lo dio. Luego cogió otro, que encendió para sí mismo. Al tratarse de su

segundo cigarrillo, sabía que había que mantener el humo en la boca, en lugar de tragarlo, y sacarlo directamente por la nariz. Se volvió para mirar a la muchacha y su manera de fumar le recordó a una persona hambrienta; daba tres caladas seguidas antes de expulsar el humo. Chupaba con avidez, tensando el cuello, en el que se marcaban las venas. Cuando echaba el humo por la nariz, parecía que expulsara todo lo que había dentro de su ser.

—¿A qué viene tanta ansia? Nadie va a quitártelo —dijo Gam-san.

—Es que tengo un diente malo. Las caladas me alivian el dolor.

La muchacha sonrió entre dientes con un siseo de serpiente que a Gam-san le puso la carne de gallina.

—¿Me conoce usted de algo?

La muchacha terminó el cigarrillo en un par de caladas más. Le apetecía otro, pero no se atrevía a pedirlo. Se limitaba a reír, dócil.

—A… aquel día, oí que te llamaban así… Mau-ngan… —dijo Gam-san, sin terminar la frase. No quería decir más.

La había visto por primera vez dos meses atrás. Aquel día, después de vender los huevos en el mercado, Gam-san y Lung-ngan fueron a tomar el té al barrio chino.

Acababan de sentarse cuando Lung-ngan fue a orinar. Como pasaban los minutos y no volvía, Gam-san se dispuso a buscarlo en la parte de atrás del local, donde estaban los servicios. Cuando llegó vio que en el patio se agolpaba una veintena de mirones. Había un hombre enorme vestido de negro que no dejaba pasar a nadie. Gam-san lo conocía porque era hermano de la costurera que su padre había contratado para su lavandería.

—Oye —le dijo—, estoy buscando a mi amigo. —Y le dejó entrar.

Al abrirse paso vio que en el centro del patio habían colocado una tabla de madera sobre dos rocas y encima tenían a una muchacha. Era muy menuda y, aun de pie sobre aquella tabla, no llegaba a la altura de los hombres que la rodeaban. Vestía una chaqueta añil con ribetes negros y pantalones oscuros de algodón. A pesar de que era ropa de campesina, la llevaba impoluta. Tenía las manos metidas dentro de las mangas y hundía la cabeza en los hombros, de manera que no se le veían los ojos, pero sí la raya del pelo y la trenza atada con un hilo que debía de haber sido rojo pero estaba ennegrecido de polvo y mugre.

Junto a la muchacha había un hombre muy flaco que no paraba de gesticular y señalarla.

—Es la hija de mi hermano, que en paz descanse —les contaba—. La pobre acaba de llegar y se ha quedado sin padre. Yo no puedo mantenerla, así que el que quiera llevársela que me dé un poco de dinero y listos. ¡Pero miren esa cara, miren esa cara! Ni en el palacio del emperador se ha visto nunca una como la suya, de artista. ¿Y quién tiene esos ojos? Llévensela de esposa o de concubina y sáquenme de este apuro.

El hombre acercó dos dedos a la barbilla de la muchacha y se la levantó para que le vieran la cara. Hubo un murmullo colectivo de sorpresa, como si de pronto les hubiera caído un cubo de agua encima.

Aquella era la cara de una muchacha cantonesa común y corriente, de las que podían verse a puñados en los campos, junto a los estanques, al pie de los telares: tez morena, frente ancha y pómulos salidos. El suspiro de asombro se había debido a sus ojos. Eran enormes y brillantes, como dos estanques que rebosan de agua. El iris era oscuro, pero no al uso, sino bordeado de un gris verdoso, como el de un felino.

Empezaron a murmurar: «*mau-ngan, mau-ngan!* ».

«Ojos de gata».

El flaco puso morritos, satisfecho.

—Podéis buscar en Aguas Saladas, Victoria, Segunda Ciudad o

en toda la Montaña del Oro que, si encontráis una igual, esta os la regalo.

—¿Está sana? —preguntó un viejo que vestía chaqueta corta.

El flaco comenzó a desternillarse, como si estuvieran haciéndole cosquillas en las axilas.

—Con doce años que tiene, ya me dirá usted. ¡Está por estrenar!

Todos rieron. El viejo dijo:

—El que vende siempre alaba el producto. ¿Cómo puedo creerle?

El flaco escupió una flema verde.

—Si no me cree, métale mano a ver si tiene pelos o no.

El viejo subió y le aflojó los pantalones a la muchacha. Con una mano los sostenía, mientras que la otra la metió dentro, palpando de arriba abajo. La muchacha se resistió un poco pero, sabiéndose presa, dejó de moverse, encogida.

—No tiene muchos, no; solo un puñado…

El viejo se llevó los dedos a la nariz para olerlos y a continuación miró al público moviendo la cabeza en señal de aprobación. Todos rieron a carcajadas.

Entonces alguien dijo:

—Yo también quiero probar.

El flaco se puso lívido.

—Aquí nadie regala nada —contestó—. El que quiera seguir catando que pague, dos dólares por turno.

Todos callaron.

—Treinta —dijo entre risas el viejo—, por treinta dólares me la llevo. En el pueblo ya tengo una, esta será concubina…

—¡Me cago en su madre! —espetó el flaco—. Los quinientos dólares que tuvo que pagar mi hermano para traerla me los pidió prestados a mí… Yo no quiero ganar nada, pero usted no me sea ruin.

—Cincuenta. ¿Cincuenta sí?

El flaco, sin contestar, tiró del cinturón de la muchacha haciendo amago de llevársela.

—Doscientos cincuenta —interrumpió una voz.

Era un hombre alto y de facciones angulosas que vestía un abrigo de seda. Hasta aquel momento había estado observando la escena distanciado del corrillo sin decir nada.

—El impuesto de capitación…

—Doscientos cincuenta y ni un centavo más —zanjó el hombre del abrigo.

Lo dijo con las arrugas de la cara duras como el acero, sin aflojar lo más mínimo. El flaco soltó un bufido de resignación y le devolvió el cinturón a la muchacha.

—Bueno, doscientos cincuenta entonces. Llevo todo el año perdiendo dinero y encima me veo con esta desgraciada.

Ese día, al regresar,

Lung-ngan

llevaba las riendas del carro. Gam-san no habló en todo el camino. Aquel par de ojos de gata lo acompañó durante el trayecto, de principio a fin. Si abría los ojos, los veía frente a los suyos. Si los cerraba, seguía viéndolos en su cabeza. Eran ojos sin cara, separados del cuerpo, como dos ascuas solitarias que lo abrasaban.

Pasó el viaje pensando en ellos hasta que llegaron a casa; después, se le olvidaron por completo. Había demasiada desolación en el mundo; si uno se lamentaba de alguna desgracia enseguida aparecía la siguiente, y otra, y otra más, dispuestas a no dejarlo dormir. En los pocos años que llevaba en la Montaña del Oro sus ojos se habían ido hundiendo más y más, como si quisieran dar cabida a todas las penalidades de las que habían sido testigos. Su corazón, que ya no era joven, se había endurecido mucho. Sin embargo, nunca hubiese imaginado que el hombre del abrigo se había gastado doscientos cincuenta dólares para que aquella muchacha fuese no su concubina, sino la de muchos. Transcurrido un par de meses, después de haberse acostado con tantos hombres, usada y desgastada,

Mau-ngan

seguía siendo

Mau-ngan,

pero ya no era la misma.

—¿Sabe tu tío que estás aquí? —preguntó

Gam-san.

—¿Tío? —exclamó ella con sorna—. ¿Qué tío tengo yo? Debe de estar aún por salir de la panza de mi abuela…

—¿Aquel hombre que te vendió… no era tu tío? —preguntó

Gam-san

sorprendido.

—No sé ni cómo se llamaba —dijo Mau-ngan, negando con la cabeza—. Yo estaba en Cantón con mi hermana viendo el festival de los faroles y nos lo encontramos. Nos dijo que iba a llevarnos al puerto a ver los barcos y cuando estuvimos allí nos metió en uno engañadas.

—¿Y pagó de su bolsillo vuestros impuestos de capitación?

—Usó los papeles de otras para traernos. Todas las fotos se parecen…

—¿Y dónde está tu hermana ahora?

—La tuvo vendida antes incluso de bajar del barco.

Mau-ngan se llevó una mano a la boca para tapar un largo bostezo y se le pegó un moco claro; con un solo gesto, se lo limpió en la pared, añadiendo otra mancha. Sus ojos no mostraban tristeza alguna. Era como si estuviera contando algo que no la incumbía, una historia ajena.

—Señor, ¿puede darse prisa en lo suyo y dejarme dormir un poco? Ayer no pude pegar ojo por culpa del dolor de dientes y estoy muerta de sueño.

Al hablar se había quitado la parte de arriba, dejando al descubierto su piel desnuda.

A pesar de que su cuerpo se había pasado el invierno en aquel camastro, su piel aún mostraba las huellas del trabajo en el campo: las quemaduras del sol se habían convertido en callos que se le encaramaban como bichos por los hombros. Sus senos, la única palidez de su cuerpo, estaban tan secos y exiguos como un par de higos. Gam-san los palpó y le recordaron dos panecillos reblandecidos. De pronto pensó en Sundance. Sus pechos eran tan tersos como la piel de una fruta madurada al sol.

Mau-ngan comenzó a quitarse los pantalones. Cuando se hubo aflojado el cinturón, se los bajó de un solo gesto, revelando dos escuálidas piernas que yacían tan flojas como el cinturón y que se abrieron al mero tacto. Gam-san se fijó en que sobre la entrepierna tenía un trapo de apariencia sospechosa. Al retirarlo vio que aquella zona estaba hinchada como la mitad de un melocotón pocho. Del corazón de aquel melocotón resbalaba una pulpa amarilla. Entonces Gam-san

percibió un hedor penetrante que le provocó una arcada ácida: los raviolis chinos de gambas que había comido al mediodía. Su entrepierna se calmó al momento, perdiendo todo interés.

—¿No empieza usted todavía?

—Qué dices, ¿para que me pegues algo y me muera? —espetó Gam-san.

Mau-ngan dio un respingo de sorpresa. Gam-san se levantó y, mientras buscaba a tientas su cinturón, sintió de pronto un peso en los pies: era Mau-ngan, que lo agarraba de la pernera.

—¡No se vaya, por favor! —sollozó, suplicando—. Ha pagado media hora, nadie va a echarlo. Si se queda, podré dormir un rato, ¿me hará ese favor?

Se deshizo de ella con un suave puntapié que sin embargo la mandó a la otra punta del catre. No había imaginado que pesara tan poco.

—Eso tiene que vértelo un médico —le dijo Gam-san, terminando de abrocharse de espaldas a ella.

Antes de que terminara la frase, oyó ronquidos. Se volvió y vio que dormía. Con los ojos cerrados, sus pestañas abatidas parecían hierbajos al borde de los estanques que eran sus ojos. Sobre la frente tenía un mechón de pelo acaracolado. La vulgaridad que transmitía cuando estaba despierta se había esfumado y en su lugar presentaba un aspecto aniñado, candoroso incluso. Gam-san cogió la colcha del suelo y arropó con ella a Mau-ngan.

Se sentó en la banqueta, sacó un cigarrillo, se lo llevó a la boca y comenzó a fumar. Era el tercer cigarrillo de su vida.

Cuando estuvo en la calle ya anochecía. Se levantó un viento que hizo temblar las ramas de los árboles; dibujaban una gigante sombra negra en el cielo. Era la hora de cenar, pero Gam-san no tenía hambre. Sentía el corazón oprimido. Quería gritar pero le faltaba voz, quería vomitar pero le fallaban las fuerzas. Buscó el paquete de tabaco, pero no lo encontró. Entonces recordó que se lo había dejado a

Mau-ngan.

«Madre —pensó para sí—, si esta vez me da usted una hermanita, por favor, no permita que corra la misma suerte que Mau-ngan».

Entró en un restaurante y pidió un plato de gachas de arroz con huevo, un vaso de té y una cerveza. Las tres cosas eran líquidas y enseguida se le revolvieron en el estómago. Tuvo que ir al excusado varias veces. Después, cuando hubo dado cuenta de todo, fue a por el carro. Durante el trayecto de vuelta a casa sentía la boca pastosa y la lengua hinchada como una masa a la que han puesto demasiada levadura. Se alegró de que ese día Lung-ngan no estuviera a su lado, porque no le apetecía hablar.

Había empezado a dormirse desde el momento en que subió al carro. La fusta que empuñaba estaba de adorno, pues no era él el que llevaba al caballo, más bien al contrario; el animal había recorrido el camino tantas veces que lo conocía a la perfección. Cuando estaban a dos o tres de *li* de casa, a Gam-san lo despertó una ráfaga de viento que arrancó del carro uno de los cestos. Bajó a recogerlo y de pronto vio que se movía, pero lo atribuyó al viento. Cuál fue su sorpresa al comprobar que el cesto se resistía. La borrachera de Gam-san remitió en el acto. Él mismo había apilado los cestos y sabía que dentro no había ningún ser vivo. Sin embargo, la gente decía que en aquella carretera había un cementerio en el que se había enterrado a trabajadores que murieron construyendo el ferrocarril…

Cogió la fusta y la hizo restallar en el aire. El latigazo sonó como un relámpago, lo que envalentonó un poco a Gam-san. Temblando, gritó:

—¿Q… quién anda ahí?

De debajo del cesto salió una sombra negra que se incorporó y, a la luz de la luna, reveló unos enormes ojos gris verdoso:

Mau-ngan.

Gam-san se llevó tal susto que se le desbocó el corazón y el vello se le erizó.

—He visto que tenía el carro aparcado enfrente y cuando estaban todos cenando he aprovechado para escaparme y esconderme.

—Yo no puedo ayudarte, no tengo dinero para comprarte.

—No hace falta. Si usted no vive en Aguas Saladas, no tiene que preocuparse de que vayan en su busca.

Mau-ngan bajó del carro y se hincó de rodillas a los pies de Gam-san, abrazándolos.

—Señor, en cuanto ha entrado en la habitación he visto que era usted una buena persona. Lo mío se curará con medicinas. Soy joven y tengo fuerzas para sembrar, para cebar cerdos, para pescar, para bordar o para lo que usted desee. Si me quiere de concubina, de concubina haré. Día y noche los serviré a usted, a su señora esposa y a sus hijos. Puedo hacerles la comida, lavarles la ropa… Si ya tiene concubina, entonces acójame como sirvienta. En cualquier caso, le prometo que no se arrepentirá.

Gam-san movió los pies para quitársela de encima.

—No puedes venir conmigo. Si te acogiese, en cuanto mi padre te viera nos echaría a los dos de casa. No te empeñes. Vamos, te llevaré de vuelta.

Mau-ngan se incorporó y se levantó el abrigo para sacarse el cinturón. Al quitárselo los pantalones cayeron al suelo como una nube negra, dejando al descubierto dos piernas huesudas. De puntillas, hizo pasar de un latigazo el cinturón sobre una rama baja de un árbol y lo cerró formando un círculo.

—No voy a volver allí —dijo, sollozando—. Váyase, señor, siga usted su camino, que yo seguiré el mío. Cada cual a lo suyo.

Gam-san bajó de un tirón el cinturón y lo tiró al suelo.

—Hasta los perros saben que, por mala que sea, la vida siempre es mejor que la muerte. ¿Acaso eres más tonta que una bestia?

Mau-ngan recogió el cinturón, volvió a ponérselo y subió al carro. Gam-san no dijo nada. Fue así como la muchacha supo que se había abierto un resquicio de esperanza en su vida. Solo debía dejar el pie dentro para poder colarse de cuerpo entero, encontrar una salida a su desesperación y ver la luz.

Durante el camino Gam-san hizo caso omiso de Mau-ngan,

acurrucada en silencio como un gato callejero dentro de uno de los cestos de la parte trasera del carro. Sin embargo,
Gam-san
no dejaba de pensar. Imaginaba lo que le diría a su padre, que tras unos meses en Zimin, como su madre estaba de nuevo embarazada y la abuela se había recuperado, se disponía a volver a la Montaña del Oro. Gam-san empezó a tejer un argumento tras otro para explicarle la presencia de
Mau-ngan.
Al principio, todas las posibilidades se le antojaron viables, tan fáciles de seguir como un camino ancho y luminoso. Sin embargo, a medida que pensaba en aquellas opciones y en sus ramificaciones, los caminos se estrechaban y terminaban chocando contra un muro inamovible. Era incapaz de encontrar la excusa, el desvío que le permitiese salir airoso de aquel embrollo.

Cuando llegó a la puerta de la casa, la cabeza le dolía terriblemente. Al bajar del carro se golpeó con un objeto que tintineó: un crucifijo que el padre Andrew les había regalado por Navidad. Gam-san solo creía a medias en aquel Dios suyo; lo había colgado en el carro más bien como amuleto. Sin embargo, en aquel momento el tintineo le iluminó el camino a seguir, como una providencial cerilla.

«Mañana a primera hora —pensó—, en cuanto me levante, iré a ver al padre Andrew. Él sabrá qué hacer».

6
El destino

Vancouver y New Westminster, provincia de Columbia Británica, Canadá

Del cuarto al decimoprimer año de la República de China
(1915-1922)

Mi querida esposa:

Hace ya más de un mes que volví a la Montaña del Oro, pero a causa de numerosos asuntos hasta hoy me ha sido imposible coger el pincel para decirte que he llegado bien. Como sabes, durante los meses que pasé de visita en el pueblo, mi granja quedó a cargo de mis empleados. Pues bien, el pasado fue un año muy seco y la cosecha muy pobre. Además, los animales enfermaron, por lo que las ganancias se redujeron radicalmente. De la noche a la mañana, después de haber estado usando estiércol durante tantos años, muchos blancos me han llevado a los tribunales diciendo que huele mal o que va en contra de la regulación sanitaria de la Montaña del Oro, y el gobierno me ha impuesto varias multas. Por suerte, Rick Henderson, un viejo amigo de los tiempos del ferrocarril, me prestó su ayuda para encontrar un buen abogado.

Sin embargo, no es esa mi mayor preocupación. Cuando

Gam-san

volvió tras haber estado con los indios me sentí aliviado porque lo veía muy involucrado en la granja; se esforzaba por aprender a cultivar y a criar animales y no se amilanaba ante el trabajo duro. Creí que por fin se había enderezado. Iluso de mí, cuál sería mi sorpresa al enterarme hace unos días de que

Gam-san,

conchabado con un sacerdote, estaba ocultando a una muchacha que había sacado de un burdel, a la que mantenía dándole cosas y dinero de casa a escondidas. Desde muy pequeño

Gam-san

ha sido de naturaleza rebelde, pero ayer me di por vencido y lo eché. Cuando este año o el siguiente aumenten mis ganancias tendré suficiente dinero para tu impuesto de capitación. Quiero que vengas. Él siempre se ha llevado bien contigo y es posible que a ti te haga caso. Mis tíos pueden quedarse al cuidado de mi madre; hace muchos años que viven en casa, es hora de que hagan algo por nosotros. Gam-ho tiene ya trece años. Cuando sea un poco mayor, encuéntrale una buena esposa en el pueblo. No falta mucho para que des a luz. Tanto si nace un niño como una niña, que también se quede a cargo de mis tíos. Lo más urgente en estos momentos es que vengas. Llevamos demasiado tiempo separados el uno del otro; hace mucho que debería haber cumplido la promesa que te hice de reunirnos en la Montaña del Oro, lo cual me llena de remordimiento.

Tu marido,

Dak-fat
Segunda Ciudad, Montaña del Oro,
a día 6 del octavo mes del año del buey de agua **[57]**

Lo primero que hizo Fat al levantarse después de vestirse y lavarse la cara, antes incluso de desayunar, fue prender incienso arrodillado en el rincón sureste de la cabaña. Allí era donde, siguiendo la tradición, tenía la imagen de Tam Kung que se había llevado del pueblo hacía ya tiempo. No era la primera vez que rogaba ante él: desde que supo de la partida de

Luk-zi,

quemaba incienso y se postraba ante él a diario. Tam Kung protege a aquellos que se hacen a la mar, y allí era donde

se encontraba en esos momentos, rumbo a la Montaña del Oro, cada vez más cerca de él. Cuando pensaba en la mujer de Lam, que cinco años atrás se quitó la vida, lo asaltaba el pánico. Solo se tranquilizaba y podía trabajar si primero oraba ante Tam Kung.

Su esposa por fin se reuniría con él en la Montaña del Oro. Lo había decidido la última vez que había estado en el pueblo, en concreto el día en que había emprendido el viaje de regreso a la Montaña del Oro.

Veintiún años. Hacía veintiún años que se había casado con ella.

Durante todo aquel tiempo, su madre, la señora Mak, había estado jugando con él a una suerte de tira y afloja. Luk-zi era el pañuelo anudado en el centro de la soga y, víctima del zarandeo, se mecía de un lado al otro. Fat tiraba hacia un lado y su madre hacia el contrario. Él quería tener a su esposa a su lado y ella que su nuera le hiciera compañía. La señora Mak le proponía una y otra vez a su hijo que se buscara una concubina, ya fuera en el pueblo o en la Montaña del Oro. Desconocía cuál era la situación allí, pero en Hoiping, por cuatro chavos, podía tener una larga hilera de mujeres dispuestas a ser concubinas. Fat no se oponía, pero tampoco hacía nada al respecto. Simplemente lo fue posponiendo de un día para otro, de un año para el siguiente.

La señora Mak sabía que en la Montaña del Oro, cuando su hijo volvía a casa tras un duro día de trabajo en el campo, tenía que prepararse la comida. Que cuando se le rompía la ropa era él quien la remendaba y que las fiebres o enfermedades debía pasarlas él solo, sin nadie que le pusiera una toalla fría en la frente. Cuando Fat era joven, la señora Mak había tolerado aquella situación, pero su hijo ya era mayor y ella no podía seguir resistiéndose más.

A pesar de que estaba ciega y por tanto no veía el aspecto de su hijo cuando regresaba al pueblo, lo adivinaba por su voz. En cuanto entraba en la casa, al primer «madre» notaba cualquier cambio que hubiera sufrido. Y en aquella ocasión la voz de su hijo le sonaba tan hueca como una avellana carcomida. Desde los dieciséis años vivía en la Montaña del Oro, esforzándose para enviar dinero a casa. Él, que alimentaba con su dinero a tantas personas como ramas tiene un árbol, había quedado reducido a poco más que la cáscara de una avellana. La señora Mak concluyó que, si seguía estirando, tal vez el

pañuelo terminara en su poder, pero a costa de romper la soga.

La mañana de la partida de Fat, el porteador iba delante con el equipaje sobre los hombros;

Luk-zi

y

Gam-ho,

abrazados uno a cada lado de la ciega señora Mak, la guiaron hasta la entrada del pueblo para despedirse de Fat.

—Padre, está usted muy gordo —dijo

Gam-ho

mirándolo—. Ya no le abrocha la chaqueta.

Fat se rio.

—Es por los guisos de tu madre, que me ceba como a un cerdo. No te preocupes, que en cuanto llegue a la Montaña del Oro no me durarán las carnes, allí no hay nadie que me cuide.

Luk-zi esquivó su mirada sin hablar. No podía pronunciar palabra, porque, si lo hacía, se desmoronaría. Su vientre estaba ya abultado y sus pasos eran más lentos de lo habitual.

Después, tras unos pocos pasos, se tragó el nudo que le oprimía la garganta y habló.

—Hijo, no hagas caso a tu padre. A él no le queda manjar por catar en la Montaña del Oro… Cómo va a echar de menos lo que tiene en casa…

El rostro de la señora Mak se endureció. Se detuvo y clavó el bastón en el suelo.

—Fat, en cuanto llegues, esmérate por ahorrar —dijo.

—Ya sé, madre, ya sé… Más tierras.

Fat había oído muchas veces aquel imperativo de su madre. Siempre tierras y más tierras. Desde que se vieron obligados a vender los campos de la familia para rescatar a

Gam-ho

y

Luk-zi

de las manos de

Jue-sei,

vivía obsesionada con recuperarlos. La aterrorizaba la pobreza y solo pensaba en comprar tierras. No confiaba en el dinero aunque lo tuviera en las manos; solo se sentía tranquila sabiendo que tenía

tierras que pisar.

—¿Qué tierras ni qué ocho cuartos? ¡No! Cuando tengas suficiente ahorrado, te la llevas —dijo, agitando el bastón en el aire señalando a
Luk-zi.

Fat y Luk-zi se miraron estupefactos. Hacía más de veinte años que esperaban oír aquellas palabras, pero nunca llegaban. Con cada año, aquellas palabras no pronunciadas habían cobrado cada vez más importancia, y habían llegado a pensar que cuando finalmente las dijese el mundo dejaría de girar y la tierra se abriría. Nunca imaginaron que la señora Mak las diría de aquella manera, sin levantar ni una mota de polvo.

—Madre, yo quiero estar a su lado sirviéndola —repuso enseguida
Luk-zi.

—¡Quia! —exclamó la señora Mak—. Tú te crees que me chupo el dedo…

El escorpión que la suegra tenía por lengua no dejaba de pinchar, pero la cara de
Luk-zi
resistió la embestida sin inmutarse.

—Pero, madre —le dijo entonces, con una sonrisa de perplejidad—, ¿qué va a ser de usted si yo me voy?

—Anda —chistó la señora Mak—, pues me quedo con los tíos de Fat. Es el dinero de mi hijo el que les permite vivir tan holgadamente. Si no me aceptan de corazón, lo harán por el dinero que les damos; no pueden negarse.

Fat se recogió la túnica para arrodillarse e hizo tres largas reverencias a su madre. La señora Mak, aunque no veía, oyó cómo la frente de Fat golpeaba el polvo del camino.

—Nunca olvidaré su bondad, madre. En cuanto vuelva a la Montaña del Oro empezaré a ahorrar, y luego del pasaje le compraré todas las tierras que usted quiera. Si en el futuro no puedo volver cada año, le enviaré a
Gam-san
en mi lugar.

Al oír el nombre de su nieto, la señora Mak relajó el gesto y esbozó una sonrisa.

—Cuando lo veas, dile que los dulces de almendra que me compró estaban buenos, pero muy duros, que no podía morderlos con estos dientes míos. La próxima vez, que me compre algo más blando.

Fat asintió mientras intercambiaba una mirada cómplice con Luk-zi.

Ambos se sonrieron sin decir nada; le habían ocultado la desaparición de Gam-san.

La señora Mak no sabía leer, pero con frecuencia le preguntaba a Luk-zi si su nieto había escrito. Ella, acuciada, se inventaba historias para engañarla. En ese último viaje, Fat le había llevado regalos en nombre de su nieto, por eso no sospechaba nada. Después, un buen día recibieron una carta de Gam-san en la que explicaba que había pasado todo ese tiempo con los pieles rojas, y pudieron respirar tranquilos.

De aquella súbita forma quedó decidido que Luk-zi viajaría a la Montaña del Oro. Súbita… si es que veinte años pueden considerarse precipitación.

A su vuelta del pueblo, Fat comenzó a ahorrar dinero sin descanso. Las ganancias de los dos últimos años habían aumentado un poco, así que podía saldar todas sus deudas pero, en lugar de ello, rogó a sus deudores y logró que le dieran más tiempo para devolver el dinero. De este modo pudo reunir antes el importe del impuesto de capitación de Luk-zi.

Cuando terminó de orar delante de Tam Kung, fue a su cuarto a cambiar la ropa de la cama. Sacudió la colcha que, aunque vieja, aún servía; las sábanas, en cambio, se habían desgastado de tanto lavarlas y las cambió por otras, de lino inglés, que había comprado en Vancouver en unos grandes almacenes de blancos. Le habían dicho que, con viento favorable, el barco arribaría a puerto a las tres de la tarde. Tras cambiar las sábanas iría a la ciudad a comprar algunas cosas para la casa y se afeitaría la barba y se cortaría el pelo en la barbería Fuk Lou; para entonces ya sería la hora.

Mientras Fat remendaba un extremo de la colcha,
Lung-ngan
asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Ahora que va a venir su mujer, buenos guisos nos hará. Ya no tendré que seguir comiendo la bazofia que hace usted, que no la quieren ni los cerdos.

—Bah —repuso Fat, humedeciendo la punta del hilo con la boca—, no te hagas la víctima, que conmigo nunca te ha faltado un buen jornal. Pero, por mucho dinero que te pague, lo que no puedo darte son hijos ni nietos. ¿Por qué no te buscas una mujer que guise para ti?

—Con lo que usted me paga —contestó
Lung-ngan
en tono jocoso—, no sé cuándo conseguiré la fortuna para poder costearme una… Me conformo con llenar el estómago con unas buenas gachas. Lo de buscarme esposa son palabras mayores.

Fat le pidió a Lung-ngan que le enhebrara la aguja. Tenía la vista cansada y le costaba hacerlo él mismo, como también le costaba practicar la caligrafía y cortarse las uñas. Mientras ayudaba a su patrón,
Lung-ngan
comentó:

—El otro día mi hermano fue a Kamloops y se encontró a
Gam-san.

Fat no dijo nada, pero la mano en la que sostenía las tijeras se detuvo.

Hacía dos años que Fat había echado a su hijo de casa; desde entonces,
Gam-san
había ido dando tumbos sin residencia fija. Como había ayudado a una mujer a fugarse del prostíbulo, no se atrevía a presentarse en Vancouver. Había oído que había estado una temporada en Port Hope y que después lo habían visto en Yaletown. Gam-san le había enviado un billete de cincuenta dólares con ocasión del Año Nuevo chino en un sobre con matasellos de Lytton, ciudad en la que Fat había estado durante la construcción del ferrocarril, pero que para entonces se había convertido en una ciudad fantasma; se preguntaba en qué negocios andaría metido su hijo allí. Tras recibir

aquel billete, pasó varios días con el corazón en un puño. Después, no volvió a recibir noticias suyas.

Se arrepentía de haberlo echado. Al fin y al cabo, su hijo se metía en líos tanto si lo tenía a su lado como si no. Si lo tenía cerca, sufría, pero era un sufrimiento acotado. En cambio, lejos de él, era absoluto. Al principio había creído en aquello de que ojos que no ven, corazón que no siente. No obstante, si el dolor que sentía cuando presenciaba sus diabluras era un pinchazo concentrado en el corazón, delimitado, la preocupación de no saber en qué jaleos andaría enfrascado era una zarza que no dejaba de pincharlo por todos lados, en cuanto se sacaba una espina aparecía otra. Nunca lograría estar en paz, por eso llegó a la conclusión de que habría sido mejor mantenerlo cerca.

Y es que Fat sufría en silencio por la ausencia de su hijo tanto como lo había hecho cuando lo tenía a su lado. No le mencionaba a Gam-san a nadie, era como si nunca hubiera existido. Sin embargo, cada vez que alguien le hablaba de él, se pasaba unos días angustiado. Casi todos los recuerdos que tenía de Gam-san eran malos. Aquel hijo suyo era carne de su propia carne, pero también estaban sus fechorías, tan disasociablemente unidas a él como su piel. Sin aceptarlas, no tenía hijo.

—Gam-san ha alquilado un rincón en un colmado y hace fotos a la gente. El negocio le va de maravilla. La mayoría de sus clientes son indios que se visten de vaqueros, con las botas, las pistolas y los sombreros…

—¿Él… solo? —preguntó Fat. Era la primera vez que dejaba entrever su interés por Gam-san desde que lo echó.

—Aún está con ella, sí —sonrió Lung-ngan, respondiendo a la pregunta no formulada de su patrón. Al ver que este no se enfadaba, añadió—: Mi hermano dice que ella habla inglés mejor que Gam-san, que tanto a las blancas como a las indias les encanta charlar con

ella.

El semblante de Fat se oscureció como una nube de tormenta.

Lung-ngan sacó un paquete envuelto con un trapo y, poniéndoselo a Fat en las manos, le dijo:

—Mi hermano dice que en cuanto

Gam-san

se enteró de que su madre estaba en camino se interesó por la fecha de su llegada para ir a recogerla. Mi hermano le dijo que no fuera para que usted no se enfadara y entonces él, después de quedarse embobado un rato, fue escaleras arriba y le entregó esto para que se lo diera a su madre. Dijo que eran cosas que le había comprado, y también que no dejara que usted lo viera.

Fat, sin mirarlo siquiera, tiró el paquete sobre la cama.

—Menudo genio se gasta, patrón —dijo

Lung-ngan

con sorna—. Mire, en el fondo el muchacho no hizo nada malo. Si a usted se le hubiera colgado del brazo una mujer, ¿qué hubiera hecho? ¿No se la habría quedado? En lo del buen corazón, su hijo ha salido a usted. Además, ¿cómo va uno a rechazar a una mujer caída del cielo, sin necesidad de gastarse dinero en dotes ni impuestos? Si a usted no le gusta de nuera, dígale a su hijo que se busque otra para que sea su esposa formal y listos. ¿A qué viene tanto enfado?

Fat seguía mudo, aunque su expresión se había suavizado.

Cuando Lung-ngan salió, Fat cerró la puerta enseguida y abrió el paquete. Dentro había un montón de monedas y billetes arrugados y pegajosos. Estaban impregnados de algo que no supo identificar, tal vez aceite o sudor. Lo sumó: doce dólares con ochenta y seis centavos. Ah, su hijo. Cuánto se había equivocado con él. Aquel hijo suyo debajo de la piel, en la misma médula de los huesos, seguía siendo su hijo. Los ojos se le humedecieron. Parecía que por fin había sentado la cabeza. Como había sido él el que lo había echado, no podía desdecirse, pero quizá con la llegada de

Luk-zi

podría recuperarlo.

Por eso aquel día, en el carro de camino a los muelles, Fat sentía una enorme ilusión. Pensaba no solo en su mujer, sino también en

Gam-san.

Iba a recuperarlo con la ayuda de
Luk-zi,
ella haría de puente entre los dos para que pudieran volver a abrazarse. Sin ella, continuarían separados, cada uno en una orilla, hasta el fin de sus días.

Pero aquel día en el muelle Fat no recibió a
Luk-zi.

A quien recibió fue a su hijo
Gam-ho.

Fue el último en bajar del barco. Arrastraba dos maletas descomunales y recordaba a una hormiga haciendo intentos frustrados por transportar un ladrillo. Fat casi se cae al suelo de la sorpresa.

—¿Y t… tu madre?

—Mi madre dice que sin mi hermano usted anda falto de ayuda, y por eso me hace venir.

—Esto es cosa de la abuela, ¿verdad? —preguntó Fat, agarrándolo de la pechera de la túnica.

—¡No, no! La… la abuela también quería que madre viniera, pero ella dijo… que solo sería una carga para usted y que no podría a… ayudarlo a ahorrar. Y… yo no quería venir, pero madre se empeñó en com… comprar mi pasaje.

Mientras Gam-ho se explicaba, tartamudeante, vio cómo su padre bajaba el rostro con abatimiento, como si el cuello de la túnica, del color del acero, le hubiera rebanado el cuello; casi podía ver un hilo de sangre. Supo que su padre no lo quería allí. Sus primeros pasos en la Montaña del Oro no estaban siendo nada firmes. ¿Cuántos debería dar en el futuro para poder pisar con fuerza y decisión delante de su padre? Comenzó a caminar cada vez más tímidamente, con la espalda encorvada y los hombros hundidos. Quería confundirse con su sombra, no hacer el más mínimo ruido.

—Pero ¿ya estás llorando? ¡Si aún no has empezado a trabajar!

Al ver el pelo sucio y enredado de
Gam-ho
y su túnica llena de restos secos de comida, Fat frunció el ceño con disgusto. «Cómo es posible que este hijo mío se parezca tan poco al otro», pensó.

—Esta es la casa.

Fat bajó de un salto del carro, le dio el hatillo añil a su hijo y se dirigieron a la puerta. Era una gran mansión de dos pisos con un jardín en la parte delantera. De pie ante la verja que lo rodeaba, Gam-ho miró hacia el interior sin alcanzar a ver a nadie, tan solo tres grandes arcos. La puerta debía de estar oculta tras alguno de ellos. No veía nada porque el cegador sol de mediodía los sumía en la oscuridad, como pozos de carbón. Incluso bajo aquel sol abrasador, Gam-san sintió un gélido escalofrío al pensar en las personas que vivían dentro de aquellos huecos.

—Padre, no quiero quedarme aquí. Yo quiero estar con usted y ayudarlo a sembrar.

Gam-ho había retenido aquellas palabras desde que habían salido de casa. Luego se le atragantaron y no había logrado pronunciarlas.

Al principio su padre se mostró paciente:

—La criada del señor Henderson se ha ido a Inglaterra para casarse, y ahora no es fácil encontrar buen servicio. Como la señora Henderson está delicada, no puede hacerse cargo de las tareas domésticas —le explicó—. El señor Henderson es un amigo de mi época del ferrocarril, y al tío Lam y a mí nos ha hecho más de un favor. De no ser por él, no habría podido ahorrar el dinero para comprar los terrenos de la granja.

Al oír a su padre, Gam-ho comprendió lo que quería decir: quería que sirviera en aquella casa, como Coi y Jyut hacían en la suya. El señor Henderson había insistido tanto que Fat había sido incapaz de negarse. La sorpresa, como un grano de arroz aún crudo, se le atascó en la garganta impidiéndole respirar.

—Pero yo nunca he cocinado… —dijo al cabo de un rato—. Ni siquiera sé encender el fuego…

—La señora Henderson te enseñará.

—Pero si no entiendo su lengua…

—A fuerza de escucharla la aprenderás.

—Pero…

Gam-ho fue agotando la paciencia de su padre, que agriaba cada vez más el gesto, deformando la cicatriz de su cara.

—¡En qué estaría pensando tu madre cuando te mandó!

Gam-ho se calló en el acto. Su padre había puesto el dedo en la llaga al mencionar a su madre. Durante muchos años,

Gam-ho

se sentiría culpable por haber sido él y no ella quien bajara de aquel barco; a pesar de no haber sido suya la decisión, sentiría que había privado a su padre de la compañía de quien iba a ser la dicha de su vejez. Temía no poder compensárselo en lo que le quedaba de vida.

Aquella mañana, Gam-ho estuvo callado durante todo el trayecto, con la mirada perdida en los sacos del carro. No podía abrir la boca, porque sus ojos se hallaban anegados en lágrimas y sabía que si intentaba hablar no podría contenerlas, y a su padre no le gustaba que los hombres lloraran.

Llevaba cuatro días en la Montaña del Oro y no había visto más rostro que el de su padre ni pisado más casa que la suya. Su padre era la cuerda que lo mantenía a flote dentro del pozo sin fondo que constituía la Montaña del Oro. Sin él, temía acabar engullido por la oscuridad y no volver a ver jamás la luz. Aquel día, sin embargo, debía alejarse de la única cara conocida para servir a una blanca que le era completamente desconocida. No sabía cómo era su carácter. Tampoco si se acostumbraría a comer lo mismo que ella, si podría conciliar el sueño en la cama que le ofrecería. Además, no conocía su idioma. Entre ellos había un profundo abismo, imposible de salvar.

—Estás acostumbrado a que te lo hagan todo porque en casa tenías quien te sirviera —le dijo su padre—, pero ahora, en la casa de los blancos, serás tú el que sirva a los demás, así que guárdate los aires de señorito. Tampoco puedes toser, eructar, ni soltar pedos delante de nadie; todo lo que suene, te lo aguantas hasta que estés solo. Si no te invitan a comer a la mesa, hazlo en la cocina. Lávate pies y manos cada día antes de acostarte. En el hatillo tienes una lata de pescaditos en salmuera por si no te gusta lo que te dan de comer.

»Trabajarás de lunes a sábado y el domingo será tu día de descanso. El sábado, en cuanto hayas terminado de prepararles la cena, serás libre para irte. Yo vendré a buscarte para llevarte a casa y el lunes de buena mañana te traeré de vuelta.

»Te pagarán un dólar con veinticinco centavos al día, incluyendo

los días libres. Eso son treinta y siete dólares con cincuenta centavos al mes, así que al cabo del año puedes haber ahorrado un buen pellizco.

Cuando empujaron la verja y se adentraron en aquel portal oscuro, Fat se puso frente a su hijo y lo cogió por los hombros. Gam-ho era muy delgado y los huesos de sus hombros se le clavaron en las manos. La voz de Fat se quebró ligeramente.

—En el pueblo, el dinero de la Montaña del Oro cunde muchísimo más. Con que ambos trabajemos unos cuantos años, podremos saldar la deuda de la casa fortaleza.

Fat llamó a la puerta y dentro se oyeron ladridos. Sonaban muy fieros y hacían vibrar la puerta. Entonces se abrió una rendija por la que asomó el rostro de una mujer, que, en lugar de abrir, chistó al perro. La mujer chistaba, el perro respondía, y vuelta a empezar hasta que la mujer ganó la batalla y el perro se amilanó. Por fin abrió la puerta.

Era alta y delgada, de tez pálida y ojos claros. Por aquella lánguida blancura, parecía que hubiese tenido los brazos y las piernas inmersos en agua durante varios días. Llevaba una blusa ceñida y una falda larga que llegaba al suelo. Cuando se dio la vuelta,

Gam-ho

cerró los ojos temiendo que fuese a quebrarse.

La mujer habló con su padre un rato, pero

Gam-ho

no entendía ni una palabra. De pie sobre la sombra proyectada por su padre, sintió que las piernas le flaqueaban. Se agarraba con fuerza al hatillo, como si fuera a desmoronarse sin él.

—La señora Henderson me ha preguntado cuántos años tienes. Cuando le he dicho quince, no me ha creído. Me ha dicho que aparentas diez u once —le explicó Fat.

«Diez u once los tendrá tu tía», pensó

Gam-ho,

usando las palabras más groseras que conocía.

—La señora Henderson quiere saber si tienes alguna pregunta para ella.

Gam-ho pensó un buen rato y finalmente dijo, enfurruñado:

—Me… me n… niego… a… a hacerle la cama.

Fat se echó a reír a carcajadas. Después, volviendo la vista a la señora Henderson, le dijo:

—Mi hijo dice que no sabe hacer camas.

—Ya me dijo Rick que no sabe hacer nada —contestó la señora Henderson arqueando una ceja—. Hacer las camas es la tarea más sencilla. En fin, yo le enseñaré, claro está.

Fat le acarició la cabeza a su hijo con afecto y se marchó llevándose su sombra, que al retirarse privó a

Gam-ho

de un lugar en el que cobijarse de la mirada de aquella desconocida. Cuando se dio la vuelta, su padre ya había subido al carro.

—Padre, venga usted temprano el sáb…

El viento se llevó el resto de la frase. Quizá lo había oído, quizá no. El caballo ya había emprendido la marcha.

Gam-ho tiró el hatillo al suelo y se echó a llorar desconsoladamente en el vano de la puerta.

Había estado reprimiendo las lágrimas mucho tiempo. Se habían vuelto granos de arena y después de acero, que empezaron a caerle por la cara, levantándole la piel. Su padre lo había abandonado, dejándolo sin cielo sobre su cabeza, sin suelo bajo sus pies. Para qué iba a guardar las formas.

La mujer, apoyada en la puerta, observaba a

Gam-ho

en silencio. El perro salió de la habitación y empezó a lamerle las lágrimas de la cara con una lengua roja.

«Padre, lo que usted ha dicho: un año. Me quedaré un año y ni un día más», pensó para sus adentros.

No sospechaba cuántas veces repetiría aquella promesa en el futuro: hasta la saciedad.

—Hue… vo —enunció la señora Henderson, separando las sílabas.

Había cogido un huevo de la cesta de la mesa y lo sostenía a escasos centímetros de la cara de

Gam-ho.

—Pas… tel.

Trazó un círculo sobre la mesa y señaló la foto del señor Henderson. Entonces se señaló la boca e hizo como si masticara.

Gam-ho llevaba ya dos semanas en casa de la señora Henderson, que siempre le hablaba de aquel modo. Al principio no la entendía,

y ahora tampoco. Sin embargo, antes, sus palabras eran opacas, como ocultas tras un velo negro, y ahora comenzaban a distinguirse tras él.

Pensó que la señora Henderson quería que le preparara un huevo frito. Solo iba un poco desencaminado: lo que quería no era un huevo frito, sino un pastel. Era el cumpleaños de su esposo.

La mujer cogió un huevo y lo cascó con suavidad contra el borde de un bol. La clara y la yema se deslizaron en su interior. Hizo lo mismo con el segundo. La yema del tercer huevo estaba rota, así que lo tiró al cubo de la basura. Cogió el cuarto huevo, pero cambió de opinión; lo dejó en la cesta, agarró a
Gam-ho
de la mano y le dijo:

—Ahora tú.

Gam-ho supuso que la señora quería que probara él. Cogió un huevo e, imitándola, lo cascó con fuerza en el borde del bol. La clara y la yema cayeron dentro mezcladas con trozos de cáscara. Con el siguiente ya supo cuánta fuerza aplicar y consiguió abrir una pequeña hendidura por la que clara y yema se deslizaron hasta el interior del bol. Llegado el turno del tercer huevo, lo cascó ligeramente y acto seguido lo tiró a la basura.

La señora Henderson se quedó muy sorprendida
has-ta
que cayó en la cuenta de lo que ocurría y se echó a reír a grandes carcajadas. La risa le pronunciaba las sienes.

La enfermedad que padecía la señora Henderson era una forma grave de artritis. El dolor era un bicho que viajaba por su sangre. Por la noche, mientras dormía, se quedaba en los dedos de las manos agarrotándolos, mientras que por la mañana, al despertar, le había llegado a los hombros.

Cuando desayunaba empezaba a quejarse de la espalda. Dejaba la taza de café e intentaba ponerse en pie, pero el dolor de las rodillas se lo impedía. Por todo aquello las cejas de la señora Henderson estaban siempre contraídas, y podían contarse con los dedos de las dos manos las veces que se reía en un año. Sin embargo, desde que
Gam-ho
había llegado a la casa se había reído en varias ocasiones, siempre a

carcajadas.

La primera vez fue el día que

Gam-ho

llegó.

Aquella tarde la señora Henderson quiso que el muchacho limpiara el salón y la cocina. Cogió un plumero y se lo dio para que quitara el polvo de la mesa y de las paredes. Cuando llegó a la mesa,

Gam-ho

descubrió algo que sobresalía de la pared y lo empujó. La habitación se llenó de luz al instante. Gam-ho gritó y se cayó al suelo tapándose las orejas con las manos. Por más que la señora Henderson intentaba calmarlo, él no atendía. Después comprendió que era la primera vez que veía una lámpara de tantos vatios: había creído que se trataba de un relámpago. En Hoiping solo tenían quinqués de aceite y en la casa de su padre, en Segunda Ciudad, contaban con dos pequeñas bombillas de diez vatios que, si bien luminaban más que los quinqués, no tenían comparación con la blancura de aquel resplandor.

A la mañana siguiente, mientras el señor Henderson se lavaba los dientes en el baño,

Gam-ho

se puso a hervir agua en la cocina. De pronto comenzó a sonar un timbre estruendoso en el salón. Gam-ho buscó por todas partes hasta que descubrió que procedía de una caja negra que había sobre una mesita. El señor Henderson acudió corriendo con el cepillo de dientes en la boca, llena de espuma, y le señaló la caja. Gam-ho se apresuró y cogió un paño para taparla. El sonido se atenuó, pero no desapareció. Entonces fue a por un cojín del sofá y lo puso encima, tapándolo con fuerza. En el desayuno el señor Henderson le contó la anécdota a su mujer, que se desternilló de risa.

—Pobre, nunca ha visto un teléfono, su padre no debe de haberle enseñado nada…

La mujer dejó de reír, se secó las lágrimas y recuperó el huevo de la basura. Mientras lo cascaba en el bol suspiró para sí:

—Ay, Señor, cómo le explico yo a este joven amarillo que no hay que tirar el tercer huevo…

A continuación cogió una cuchara de madera y batió los huevos

del bol con suavidad. Luego le dio la cuchara a
Gam-ho
para que la imitara. Este empezó a batirlos de una forma un tanto ridícula, con los hombros levantados y girando violentamente las manos, como si estuviera tratando de matar un insecto con un martillo. Siempre que le enseñaba algo nuevo,
Gam-ho
captaba el concepto de inmediato, pero para dominarlo parecía necesitar una eternidad.

A la señora Henderson le entraron ganas de reír al ver cómo le rebotaba la trenza a la espalda, pero se contuvo. Pensó que, si no lo detenía a tiempo, aquel tontaina era capaz de agujerear el bol. Intentó escrutarle la cara, inclinada con gran concentración sobre el recipiente, en busca de algo remotamente parecido a alguna clase de emoción, pero no lo consiguió. Aquel rostro no tenía una sola arruga de expresión. Era como un lienzo estirado, como si aquel joven estuviera envuelto en una gruesa colcha de algodón y nadie lograra ver los sentimientos que se escondían debajo. A veces sentía la tentación de pincharle con una aguja para ver qué tipo de sangre brotaba.

Sin embargo, antes de tener que recurrir a aquella aguja, pudo hallar en él un resquicio de emoción. Ocurrió el primer sábado que pasó en la casa. Cuando
Gam-ho
estaba lavando la verdura para la cena, la señora Henderson advirtió que se abstraía, que le vibraban las orejas como un perro escuchando los sonidos al otro lado de la puerta, y adivinó que ansiaba que llegara su padre para llevárselo. Aquel fue el primer signo de emoción que vio en él: el desagrado de estar en su casa.

La rodilla empezó a dolerle y tuvo que sentarse en una silla. Siguió observando a
Gam-ho,
que no apartaba la vista de los huevos que estaba batiendo. Pensó que los amarillos tenían un aspecto muy raro: la cara plana y los ojos separados como dos cortes finos practicados sobre una masa. Su vestimenta también era de lo más extravagante: llevaba una prenda que le caía hasta debajo de las rodillas, como un gran abrigo, aunque con aberturas laterales a partir de las axilas. De los

pantalones solo quedaba al descubierto la mitad inferior, y los ceñía con cuerdas a la altura de los tobillos. Tanto los zapatos como los calcetines eran de tela. ¿No resultaba muy engorroso todo aquello a la hora de ir al baño?

Pero no solo la vestimenta era extraña, también lo que comían. Dos días atrás había percibido un olor extraño mientras cruzaba el pasillo. Lo siguió por toda la casa hasta que halló su origen en la habitación de

Gam-ho.

Cuando entró lo vio comiendo algo que enseguida escondió nerviosamente en el cajón. Resultaron ser unos pescados desecados que parecían podridos, tanto por su color como por su forma y olor. Se había fijado en que comía muy poco… al parecer no le gustaba la comida y pasaba hambre. Aquel día tiró a la basura aquellos pescados que casi la hacen vomitar. Pensó que protestaría, pero no fue así; su rostro continuó inalterable.

Al día siguiente le sirvió un filete de pescado a la francesa cubierto de espesa salsa. Gam-ho se llevó el plato a su habitación, pues nunca comía con ellos. Lo miró con el rabillo del ojo y vio que se lo había comido todo, aunque trabajosamente, deteniéndose varias veces.

Su marido, Rick Henderson, había conocido a muchos chinos años atrás, durante la construcción del ferrocarril, y aún contaba las historias más insólitas. Todas habían ocurrido, claro está, antes de que se casaran. Hija de un empresario de la industria textil en la ciudad inglesa de Manchester, ella había llegado a Vancouver después de la boda. Exceptuando a los de los colmados y tiendas de ultramarinos, nunca había tenido contacto directo con un chino. Rick le propuso que

Gam-ho

trabajara de criado en su casa una semana después de que su criada inglesa, la tercera que habían tenido en pocos años, se hubiese marchado. Las criadas inglesas debidamente aleccionadas eran el mejor regalo que Dios podía conceder a las familias británicas. Constituían un bien escaso que no podía conservarse mucho tiempo. A menudo ocurría que, al poco de llegar a Canadá, aquellas jóvenes muchachas que habían cruzado el océano con sus patronas conocían en los salones de estas a apuestos muchachos más que dispuestos a

casarse; se enamoraban y enseguida volvían a Inglaterra. Por aquella época, en Vancouver era muy difícil encontrar una criada europea; de ahí que en las cocinas de las señoras blancas comenzaran a proliferar los muchachos chinos.

Rick había dejado el Vancouver Grand Hotel dos años atrás para trabajar en los grandes almacenes
Hudson's
Bay. Como director del departamento de compras, viajaba con frecuencia a Londres, París, Múnich y el este de Canadá; trabajaba muy duro. Había intentado que su mujer accediera a contratar un nuevo criado en numerosas ocasiones, tantas que su paciencia comenzaba a agotarse. Por eso cuando la señora Henderson lo oyó hablar del hijo de Frank, aunque no estuvo de acuerdo al instante, no rechazó frontalmente la idea. La paciencia de Rick era como una soga que se ha deshilachado y ya no puede sostener mucho peso; de ella pendían varias cosas, la más pesada de las cuales era la enfermedad de su mujer. La señora Henderson no podía añadirle más peso y, por tanto, hubo de cargar sola con el resto de sus problemas, aunque más tarde halló otra cuerda de la que asirse.

Ahora su cuerda era aquel besugo de chino al que llamaba Jimmy. Le había cambiado el nombre por propia iniciativa, pues no había manera de pronunciar aquel trabalenguas que tenía por nombre.

—Para, Jimmy, para —le dijo.

Pero Jimmy no la oía, absorto en los golpes de la cuchara contra el bol. La señora Henderson tuvo que dar una patada en el suelo para que
Gam-ho
se detuviese. Sin embargo, lo que se detuvo fue la cuchara, pues la mano siguió batiendo unos instantes, como siguen trotando brevemente las patas de un caballo al galope cuyo jinete lo detiene en seco.

Cuando recobró la movilidad de la rodilla, la señora Henderson se puso de pie y comenzó el complicado proceso de preparar el pastel. Agua, aceite, harina, canela en polvo, bicarbonato, azúcar, todo medido siguiendo la receta al pie de la letra. No podía olvidar, claro está, la vainilla y la nata. A Rick le encantaban. El horneado… el horneado era otra lección, completamente distinta, que dejaría

para más adelante. ¿Cuándo terminaría de aprenderlo todo aquel jovencito chino?

Ansiaba que aquel momento no se hiciera esperar.

Aquel día, Rick cumplía cincuenta y siete años.

Delante de su marido había fingido no recordarlo. No le había dado la menor muestra de ello, pero llevaba días atareada con los preparativos para aquella noche. Ya había elegido la bebida: una botella de burdeos de quince años. La sopa sería crema de almejas y como entrantes serviría una ensalada y *foie gras* de pato. El plato principal iba a ser salmón ahumado con cebolla y el postre, naturalmente, aquel pastel. Se trataba de platos que normalmente solo se encontraban en los restaurantes europeos, pero aquella noche presidirían su mesa, y además los cocinaría ella. Sabía que Rick estaba harto de comidas de trabajo y prefería hacerlo en casa, donde podía acomodarse en el sillón y cenar sin miramientos.

El pastel debía permanecer cuarenta y cinco minutos en el horno, por lo que aún era demasiado pronto para meterlo. Como Rick llegaba a las seis, lo horniearía a las cinco y media. Cuando entrara en casa, se quitara el abrigo, se aflojara el nudo de la corbata y se sentara con una copa, el pastel humeante, recién salido del horno, aparecería sobre una bandeja. Entonces la señora Henderson, simulando una gran sorpresa, exclamaría: «¡Dios mío, qué pastel tan grande…! ¿Quién debe de cumplir años?».

En realidad todo aquello no era más que un aperitivo. Por supuesto, quería sorprenderlo con el vino y la cena, pero la mayor sorpresa sería ella misma. Había ido a la modista más famosa de la ciudad a encargarle para aquella ocasión un vestido de satén rojo vivo con un lazo del mismo color, del corte que estaba de moda aquella temporada en París. Cuando Rick vio a su mujer por primera vez, en Manchester, ella llevaba una falda color rojo vivo. Habían coincidido en una cena en casa de un amigo común. Por aquel entonces, él era un hombre de cuarenta y cinco años que empezaba a perder pelo en la coronilla, y ella una solterona de veintiséis años. Ambos habían dejado atrás la mejor edad para casarse, aunque un hombre con dinero, por viejo que sea, siempre tenía ocasión de encontrar esposa, mientras que si ella dejaba pasar aquella oportunidad quizá no volvería a tener otra. Aquel día actuó con recato y no se preocupó por encontrar una ocasión para hablar

con Rick abriéndose paso entre el enjambre de mujeres que lo rodeaban. Pero sabía que la miraba, porque sentía que sus ojos no se despegaban de su falda, y durante todo el camino de vuelta a casa no pudo quitárselos de la cabeza; al día siguiente recibió una invitación para cenar con él. De modo que recordaba que a su marido le gustaba el rojo. Ella, siendo hija de un comerciante textil y habiéndose criado entre montañas de rollos de telas, sabía qué combinación de tela, color y corte causaba furor. Aquella noche esperaba ver aquel furor en los ojos de su marido.

Miró en dirección al reloj de la pared: las tres menos cuarto. Tenía tiempo de dormir la siesta en el sillón antes de subir a bañarse y cambiarse. Al dejar el bol con la masa del pastel sintió una punzada en la rodilla, como si un bicho la mordiera. Había sido un mordisco dado con mucha rabia que enseguida le atravesó la rodilla, y, antes de poder gritar siquiera, se desplomó en el suelo como un saco de patatas. Gam-ho acudió corriendo y vio que por el entrecejo, tan arrugado como un paño estrujado, le resbalaban unas gotas que podían ser tanto sudor como lágrimas. Después, aquel líquido se tornó rojo: era sangre. La señora se estaba clavando las uñas en las sienes.

Gam-ho se quedó azorado un instante pero enseguida se agachó, le cogió la mano con la que se cubría la frente y le presionó con mucha fuerza entre el índice y el pulgar, apretando los labios. La señora Henderson se sorprendió, aunque el más sorprendido debió de ser el bicho de su rodilla, pues de repente se tranquilizó. Vio cómo los labios apretados de

Gam-ho

perdían el color hasta quedar blancos y cómo le temblaba la muñeca, como si tuviese toda la sangre del cuerpo concentrada en la mano. Aquel par de dedos que le pellizcaban se amorataban lentamente. Quiso moverse, pero no lo hizo. El bicho de su rodilla había desaparecido y temía que el más leve movimiento o sonido lo trajera de vuelta.

Gam-ho exhaló por fin y le soltó la mano. La señora Henderson se puso de pie temblorosa y comprobó que el agujero de su rodilla seguía allí, pero había cicatrizado, ya no le dolía como cuando lo sentía en carne viva. Iba a preguntarle qué era lo que le había hecho, cuando advirtió que en el rostro hierático de

Gam-ho
se había abierto una grieta: una sonrisa, la primera que le veía desde que había pisado su casa.

—Mi madre… a mí… —intentó explicar señalando la lejanía.

Lo dijo en inglés. Era la primera vez que le hablaba en inglés.

La señora Henderson, presa del asombro, no lo entendió. Fue después, al subir las escaleras trabajosamente, cuando cayó en la cuenta. Aquel jovencito había querido decirle que ese remedio contra el dolor se lo había enseñado su madre allá en la lejana China.

Aquel día el señor Henderson no volvió a las seis en punto. Cuando entró en la casa ya eran las ocho menos cuarto. La vivienda estaba sumida en la oscuridad y sobre la mesa había dos grandes velas rojas casi consumidas cuya cera se había derramado sobre los candelabros de plata. Sus llamas abrían dos grandes huecos en la oscuridad dentro de los cuales el señor Henderson pudo ver dos copas altas.

—Phyllis, ¿qué haces a oscuras? —dijo, encendiendo la luz.

En cuanto la estancia se iluminó, las velas se convirtieron en dos luciérnagas que volaban a la luz del sol. El señor Henderson reparó en la cubertería de plata dispuesta sobre la mesa, la vajilla inglesa con ribetes dorados y las servilletas con su anagrama, todo ello regalos que les había enviado su suegra desde Yorkshire. Su mujer los guardaba en la vitrina, expuestos, y los sacaba en muy raras ocasiones. Entonces vio que un bulto oscuro se movía en el rincón entre la cocina y el comedor:

Gam-ho.

Estaba cabeceando sobre un taburete. Cuando se encendieron las luces y lo despertaron apenas había empezado a soñar con algo relacionado con su pueblo natal y un río.

Frotándose los ojos, se levantó y fue a cogerle el abrigo y el sombrero. Al hacerlo le pareció que el abrigo le olía de una forma muy extraña. Después se dio cuenta de que el olor provenía de su boca. El señor Henderson respiraba fatigosamente, como un búfalo que acaba de subir a la orilla del río, y la boca le apestaba a alcohol.

—¿Y la señora? —preguntó.

Gam-ho no sabía qué responder y se quedó pasmado mirando a

su patrón. El señor Henderson sacó un pañuelo y se secó la baba de la comisura de los labios.

—¿Y la señora? —repitió.

La lengua le llenaba toda la boca, pero aun así

Gam-ho

lo entendió y señaló el piso de arriba.

Entonces se oyó un murmullo parecido al de los insectos moviéndose por la hierba. Sin necesidad de volverse, el señor Henderson supo que era el vestido de su esposa rozando el suelo.

—Rick, ¿por qué llegas tan tarde?

Fue a saludarla, pero antes de poder decir algo le sobrevino un enorme eructo y se tapó la boca. Sabía que aquel eructo no venía solo y que en pocos segundos vomitaría, así que se dirigió al baño a toda velocidad, donde se encerró de un portazo.

La señora Henderson esperó largo tiempo al otro lado de la puerta, oyendo el agua del grifo correr con tanta intensidad como las cataratas del Niágara. Después de un buen rato se hizo el silencio. Entre dos eructos, su marido le dijo:

—Lo siento. La mujer de Mark está en Francia y él no quería volver tan pronto a casa.

La señora Henderson conocía a Mark, el supervisor de su marido.

Cuando Rick salió por fin del baño, se dio de bruces con una señora Henderson emperifollada que, azorada, bajó la mirada a sus zapatos y se sonrojó como una muchacha el día del baile de graduación.

—Hum, muy bien… El morado te favorece —farfulló, dándole una suave palmada en el hombro al pasar por su lado.

Ella se puso tan rígida que el vestido perdió todas las curvas.

Gam-ho sintió que se le partía el corazón al ver las lágrimas de la señora cayendo al suelo.

—Querida, ¿has traído invitados esta noche? —preguntó el señor Henderson desde lo alto de las escaleras, oliendo a jabón.

Mi honorable madre:

Hace unos días recibí su carta. Me hizo muy feliz enterarme de que la abuela sigue bien de salud y que mi hermana

Gam-sau

ya camina. Últimamente se suceden los conflictos en Europa y muchos hombres de la Montaña del Oro se han ido allí para combatir. Por ello los campos no tienen quien los cultive y mi padre ha podido comprar tierras a muy buen precio. El señor Henderson dice que la guerra terminará pronto y que entonces se encarecerán. Mi padre dice que teniendo buenos terrenos nuestro futuro está asegurado. Ya ha pasado más de un año desde que empecé a trabajar en casa de los Henderson. Al principio quería volver para ayudar a mi padre en la granja, pero la salud de la señora no presenta mejoría alguna y mi padre, en retribución por los favores que le hizo en el pasado el señor Henderson, me ha pedido que me quede con ellos un año más. He aprendido a cocinar, a limpiar y a hacer las demás tareas domésticas. Además, cuando tengo un rato libre, la señora Henderson me enseña inglés. Estoy haciendo muchos progresos, madre, no se preocupe usted por mí. Mi hermano

Gam-san

ha venido a visitarme en varias ocasiones. Ahora vive en Kamloops, que está a cierta distancia de Vancouver. Ha abierto un estudio fotográfico y hace retratos a la gente de la ciudad. Allí hay muchos pieles rojas, les encanta fotografiarse, así que se gana bien la vida. Lo malo es que hasta la fecha mi padre sigue negándose a verlo. Actualmente tanto mi padre como mi hermano y también yo estamos ganando dinero, por lo que las deudas contraídas por la construcción de la casa fortaleza podrán saldarse en breve. Entonces comenzaremos a ahorrar para que puedan venirse usted y mi hermana. Espero con ilusión el día en que la familia se reúna al completo.

Se inclina respetuosamente ante usted y ante la abuela su mal hijo,

Gam-ho
Vancouver, a 8 de septiembre
del quinto año de la República de China **[58]**

La señora Henderson decía que, de todos los inviernos que había pasado allí en los más de diez años que llevaba casada, aquel estaba siendo el más frío.

Ese año, y por primera vez en su vida,

Gam-ho

llevaba sombrero: uno viejo del señor Henderson, a cuadros y de ala

ancha. Comparada con la suya, la cabeza del señor Henderson era muy grande, por lo que el sombrero le tapaba los ojos y la nariz y cada pocos pasos tenía que recolocárselo.

Al salir de casa, vio que del alero del tejado pendían cosas transparentes. La débil luz del sol de la mañana acariciaba sus cenefas. Le parecieron una especie de hierba hecha de hielo o una serie de rastrillos de cristal puestos en fila. Era la primera vez que Gam-ho veía carámbanos. Cogió la escoba del descansillo y rompió uno, que se metió en la boca. En cuanto entró en contacto con su lengua se le paralizó la mandíbula por el frío y no pudo cerrarla durante un buen rato. Aquella cosa se deshizo en su boca y el agua descendió por su garganta abriéndole con su frescor una fina herida que le provocó escalofríos. Se lamió los labios entumecidos y notó una especie de arenilla, que escupió. Entonces recordó que debía apresurarse.

Iba a aquel lugar una vez por semana desde hacía un año, por lo que se sabía el camino de memoria. Sabía qué árbol encontraría detrás de cada esquina, qué baldosas estaban rotas y hasta la longitud de cada grieta; lo sabía todo.

Desde la puerta de la casa de los Henderson hasta la calle había una distancia de pocos pasos. La calle era una carretera por la que transitaban tanto coches como personas. Los ojos de una persona de Hoiping solo habían visto una calle de aquellas dimensiones en las ciudades. La recorrió durante un cuarto de hora, giró a la derecha y llegó a una escuela en la que la calle acababa; si quería continuar, debía desviarse por una callejuela lateral. Pero a Gam-ho no le gustaba aquel rodeo, que suponía caminar quince minutos más, así que había encontrado un atajo. La escuela tenía una extensión de césped en la que jugaban los niños. Gam-ho la atravesaba en diagonal y en menos de cinco minutos llegaba a la siguiente calle, una muy corta que solo contaba con veintiuna casas. Pero Gam-ho no llegaba hasta la número veintiuno, pues entre la dieciocho y la diecinueve había un callejón estrecho, con una anchura que no permitía pasar a más de una persona y un perro a la vez, que daba a

la parte de atrás de la calle Gwongdung.

No necesitaba ir hasta la calle Gwongdung, pues allí no había lo que buscaba. Se colaba sigiloso por la parte de atrás, empujaba una puertecita que rodeada de basura y papeles viejos y accedía al colmado Gwong Coeng. No difería en nada de los demás colmados del barrio chino: vendía frutas, verduras y productos importados del sur de China. La manera de exponer el género era también la misma, con el grano y el arroz en el interior y el producto fresco en la calle. Sin embargo,

Gam-ho

sabía que, de todo el barrio chino, solo en aquel establecimiento podía encontrar lo que buscaba, aunque no estaba expuesto en las estanterías.

Entró con familiaridad por la puerta trasera y cogió un puñado de soja de un saco, lo olió y volvió a dejarlo. Cogió un huevo macerado de un cesto y lo agitó como para ver si la yema estaba rota. Sin embargo, todo aquello era un teatro de cara a los clientes de la tienda. En cuanto se marcharon, fue directo al mostrador y le ofreció al tendero una botella y unas monedas. Este las cogió y sin contarlas, solo por el peso, supo que no había de darle cambio. La botella que

Gam-ho

le había entregado, de aceite de sésamo, llevaba una etiqueta de la marca Zima Wawa algo deteriorada por el uso. El tendero se agachó y estuvo rebuscando en el mostrador; luego, sacó la botella llena y se la devolvió, todo ello sin haber mediado una palabra ni haber intercambiado miradas. Mientras lo veía salir por la puerta, el tendero sabía que volvería a ver a aquel joven en una semana a más tardar.

Salió por la puerta trasera con la botella en las manos y emprendió el camino de vuelta a casa. Normalmente tardaba una hora en ir y volver. Cuando pasaba por la escuela y veía que había estudiantes fuera durante el recreo, esperaba hasta que salía la maestra, abotonada hasta arriba, y agitaba la campana para que volvieran a las clases, y entonces cruzaba la zona de césped.

Pero aquel día no podía esperar, no por él, sino por la señora Henderson, pues le habían dolido los hombros durante toda la noche.

La habitación de Gam-ho estaba en el extremo oeste y la de la señora Henderson en el este. Estaban separadas además por un piso, pero aun así
Gam-ho
podía oírla dando vueltas en la cama, junto con los ronquidos del señor Henderson.

Aquella mañana, tras despedir a su marido, lo primero que había hecho era mandarlo a comprar aquella botella.

No contenía aceite de sésamo, sino opio líquido.

Su hermano le había enseñado a usarlo como remedio para el dolor.

Gam-san lo había visitado en una ocasión en la que la señora Henderson se encontraba mal y le había sugerido que fuera al barrio chino a comprar una botella de opio líquido. Le explicó que todos los fumaderos del barrio chino habían cerrado desde que el gobierno de la Montaña del Oro había prohibido el opio muchos años atrás, y que solo el colmado Gwong Coeng seguía vendiéndolo, a escondidas y solo a conocidos, aunque bastaba con mencionar a un tal Wa
Hung-ngan.
Gam-ho
había mirado a su hermano sorprendido: aunque vivía en Kamloops e iba a Vancouver de visita en contadas ocasiones, seguía conociendo todos los secretos del barrio chino.

A partir de aquel día la señora Henderson comenzó a tomar opio líquido. No había previsto que desde el primer sorbo se volvería adicta, que desde ese momento no se despegaría de la botella.

Al llegar a la escuela,
Gam-ho
vio un grupo de nueve o diez niños en el césped que se perseguían blandiendo unas ramas. «Están muy enfrascados jugando y no se fijarán en mí, así que puedo cruzar», pensó. Se metió la botella dentro del abrigo y, encogiéndose, reptó por la hierba cual serpiente.

> *Chino, chino, de cara a la pared,*
> *un centavo le cunde como diez.*

Había oído una voz burlona y aguda a sus espaldas, como si se

pinzaran la nariz para sonar como una niña. Entonces se desataron estridentes risas y comprendió que estaban siguiéndolo.

Chino, chino, se cuela por la valla,
tiene un dólar y nunca se lo gasta.

La voz aguda quedó ahogada por grandes gritos. Supo que sus perseguidores estaban cada vez más cerca, que le pisaban los talones. Agarró con fuerza la botella que ocultaba bajo el abrigo y echó a correr.

De repente algo le dio en la cintura y el cuerpo se le encogió a causa de un dolor agudo que se le extendió por la espalda. Le había alcanzado una piedra. Sus perseguidores eran de su misma estatura y por eso no lo temían. Aunque

Gam-ho

tenía ya diecisiete años, seguía pareciendo un niño.

Entonces sintió una fuerte sacudida en el vientre, como si una soga tirara de sus intestinos y los agarrotara más y más con cada zarandeo. Se apretó la botella contra el estómago y, tras un gemido sordo, la soga se soltó de golpe. Los intestinos, ya laxos, exhalaron un sonoro soplido de alivio y

Gam-ho

notó un peso caliente en los pantalones. A través de la ropa pudo percibir el hedor.

«Rápido, más rápido», se decía, pero sus piernas no respondían. Concentró tanto sus esfuerzos que acabaron explotando en su cabeza como un globo, con un calor pegajoso que le nubló la vista. Ni su cerebro ni sus ojos estaban al mando de su cuerpo, solo sus piernas, que afortunadamente conocían el camino y de forma totalmente autónoma corrieron como alma que lleva el diablo.

Poco a poco aquella sombra que le mordía los talones fue quedándose atrás.

Cuando la señora Henderson abrió la puerta encontró a una persona con la cara inyectada en sangre que se sacó de la chaqueta una botellita y se la entregó.

—Sombrero… voló… —fue todo lo que alcanzó a decir

Gam-ho

antes de caer redondo al suelo.

Más tarde, notó una cosa gélida que le oprimía el pecho. Al

despertarse descubrió que estaba tumbado en la cama. A su lado se hallaban la señora Henderson y un hombre con gafas de pasta que le resultaba familiar. Era el doctor Walsh, el médico de la señora Henderson.

—Su ritmo cardiaco es normal —explicó el doctor a la señora cuando hubo terminado de pasarle aquella cosa helada por el pecho—, pero su temperatura es de cuarenta grados con dos décimas. Además de la infección de las heridas, es posible que sufra gastroenteritis. ¿Cuántas veces se ha ensuciado hoy?

—Muchas. Pobre cama… —dijo la señora Henderson.

—¿Tal vez ha comido algo en mal estado?

—Uy, no, estos amarillos tienen el estómago de acero. Pueden comer cualquier cosa —replicó la señora Henderson—. Además, ya come lo mismo que nosotros, y ni Rick ni yo nos sentimos indispuestos…

—Aparte del antivírico necesitará algo para bajarle la fiebre. ¿Tiene hielo en casa?

A Gam-ho le parecía estar flotando en una nube que subía y bajaba. A veces oía lo que decían de cerca, a veces de lejos. No lo entendía todo, pero sabía que hablaban de él.

—Henry. Acabo de recordar algo. —Gam-ho oyó que la señora lo decía con tono de sorpresa—. Esta mañana he visto al tontaina arrancar un chuzo de hielo del alerón del tejado y llevárselo a la boca.

«Ojalá no haya sido la señora Henderson la que me haya cambiado los pantalones».

Ese fue el último pensamiento de

Gam-ho

antes de desmayarse de nuevo.

Cuando volvió en sí anochecía. Más tarde sabría que habían pasado tres días. Supo que ya se había puesto el sol por el color del cielo que se filtraba a través de la ventana. La habitación estaba totalmente a oscuras salvo por la luz de una vela lejana sobre el alféizar interior de la ventana. Delante de ella pudo entrever una silueta azul. La vela se había consumido casi por completo y a su alrededor, envuelto en penumbras, iba moldeando aquella forma azul, ora redonda, ora puntiaguda. Gam-ho la observó hasta que logró distinguir la espalda de una mujer. Dos omóplatos se

marcaban a través de un camisón azul que se movía como mecido por el viento: la mujer estaba llorando.

—Como no come más que sobras, no sé si tiene suficiente… El año pasado vino la tía de Rick de Halifax a pasar las Navidades con nosotros y no le permitimos que volviera con su familia ni le dimos ninguna paga extraordinaria… Una vez, ayudando a Rick a levantarse de la cama, le rasgó la camisa por accidente y yo lo llamé «estúpido amarillo»… Señor, tú que todo lo ves y sabes de todas las injusticias de este mundo, enséñame, ¿lo has puesto a mi cargo para que expíe mis pecados? Si es así, Señor, yo no soy capaz de soportar tal peso. Por favor, quítame esta carga tan pesada… Tú has creado a todos y cada uno de los seres vivos, también a los amarillos…

Gam-ho se incorporó en la cama y susurró:

—Señora.

La mujer dio un respingo y aquella espalda dejó de temblar de repente. Llevaba arrodillada tanto tiempo que se le habían dormido las piernas y no tenía fuerzas para levantarse. Se acercó a trompicones hasta el borde de la cama y tropezó a sus pies. Extendió los brazos para abrazar a

Gam-ho.

Sus senos eran dos breves promontorios que a través de la fina tela del camisón se apretaban contra el pecho de

Gam-ho

con una fuerza que casi lo dejaron sin respiración.

—Ay, pequeño, por fin te has despertado —le susurraba la mujer.

A la mañana siguiente, después de que el señor Henderson se fuera a trabajar, la señora Henderson se puso un abrigo grueso y desde el descansillo de la puerta, señalando a

Gam-ho,

le dijo:

—Ven conmigo.

Quiso preguntar adónde, pero no se atrevió, porque el semblante de la mujer era muy sombrío, como cubierto por un velo negro.

Gam-ho salió detrás de ella. La señora andaba tan rápido aquel día que parecía una gallina enfadada dando zancadas con las garras bien abiertas y las plumas erizadas. Gam-ho la siguió durante todo

el camino a paso ligero, tanto que no sentía el suelo, como si flotase, tambaleándose torpemente.

Era la primera vez que salía al exterior después de tanto tiempo en cama y, aunque el día era frío, el sol brillaba cegándolo con su blanca luz. El viento le cortaba la piel a través de la ropa. Como su cabeza estaba cubierta de gruesas vendas, no llevaba sombrero; la tenía tan abultada que parecía un melón de invierno y no había manera de calarse uno. Por eso corría tapándose las orejas con las manos.

La señora Henderson cruzó el césped del colegio e irrumpió en su interior abriendo la puerta de par en par.

—Tú —le soltó al conserje, poniendo los brazos en jarra—, ve a buscar al director. Que salga inmediatamente.

Gam-ho estaba sentado delante de la puerta desplumando un pollo.

En realidad, cuando compró el pollo ya estaba desplumado, pero la señora Henderson no soportaba encontrarse aquellos minúsculos puntitos negros en la piel del animal. Decía que le recordaban a las larvas, así que cada vez que

Gam-ho

compraba un pollo tenía que arrancárselos con pinzas.

Las rosas del jardín habían florecido de forma esplendorosa y salpicaban la verja de rojo sangre. El árbol de la calle, de una especie que no conocía, mecía con suavidad sus hojas, que se desprendían como orugas. Jenny juntaba las manos para recoger las flores que iban cayendo. Cada vez que atrapaba una iba correteando hasta

Gam-ho

y le decía:

—¡Jimmy, Jimmy, mira, flor!

Jenny tenía tres años y medio. Aún no hablaba con soltura y en cuanto abría la boca lo llenaba todo de babas. Por eso llevaba un babero colgado al cuello.

Los Henderson la habían adoptado hacía ya un año. Se habían casado hacía más de diez, pero en todo ese tiempo no habían tenido hijos. Hacía mucho tiempo que el señor Henderson quería adoptar, pero su mujer se había negado, empeñada en demostrar la fertilidad de su vientre, que solo necesitaba la simiente adecuada. Sin embargo, después de su treinta y nueve cumpleaños, cesó en su

empeño y acabó claudicando ante la idea del señor Henderson.

Pero su aceptación llegó tarde, muy tarde: el señor Henderson apenas empezaba a aprender a ser padre cuando tenía edad para ser abuelo. Una vez, estando los tres en una tienda, se encontró con un conocido que no había visto en muchos años y que, por tanto, no sabía nada de su vida. El conocido, estrechándole fuertemente la mano, alabó su juventud:

—No sabía que tuviera usted una hija y una nieta tan mayores —había dicho.

El señor Henderson no se molestó en dar explicaciones, pero a partir de entonces prefería no salir con ellas.

Gam-ho le quitó el babero a Jenny, le limpió con él la baba y le dijo que fuera a mirar las hormigas. Gam-ho no atendía ni a Jenny ni a los puntos negros de la piel del pollo, puesto que tenía todos los sentidos puestos en la calle. Sus orejas, tiesas como las de una liebre, estaban atentas al menor sonido de la calle. No era sábado, por lo que no esperaba a su padre, sino otro carro, un carro que vendía verdura.

La guerra en Europa había terminado por fin. El de «primera guerra mundial» fue el nombre que recibió con posterioridad. En aquella época, los chinos emigrados solo sabían que los blancos estaban librando una guerra en Europa. Una vez terminada la contienda, los campos de la Montaña del Oro volvieron a tener quien los cultivara y de la noche a la mañana proliferaron campesinos en las calles y avenidas de la Montaña del Oro. Iban provistos de cestos o carros y llevaban fruta y verdura de puerta en puerta. A veces por un lugar pasaban varios en un mismo día.

De hecho, a cinco minutos había un mercado con todo lo que podía necesitar la casa de los Henderson, pero

Gam-ho

no quería ir allí. Siempre compraba a los vendedores ambulantes. Resultaba muy práctico y además tenían productos frescos a muy buen precio. Aquellas eran las razones que aducía ante la señora Henderson. Sin embargo, la auténtica razón era otra.

Gam-ho llevaba ya siete años en la casa de los Henderson. A lo largo de los dos primeros, había querido irse constantemente, pero se encontraba con la oposición de su padre. Sentía que seguía en deuda con el señor Hender-son y por eso no lo dejaba, porque no

podía mancillar su honor de aquella manera. Llegado el tercer año,
Gam-ho
comenzó a sentir pereza: a fin de cuentas, se ganaba la vida y prefería lo malo conocido a lo bueno por conocer. Después, la granja comenzó a tener problemas y su padre acabó dependiendo exclusivamente del dinero que él ganaba, por lo que no habría podido dejar la casa aunque hubiera querido.

Desde que los hombres que volvieron de la guerra se quitaron el uniforme y se pusieron ropa de calle, solo veían que la gente se había enriquecido aprovechando su ausencia sin dejarles opción alguna. Fat era uno de ellos: había comprado las tierras de los vecinos por cuatro chavos y las había puesto a su nombre. Antes de que llegaran los problemas, su granja era la más grande y próspera de la zona. Ya no se dedicaba a la venta al por menor, sino que contaba con una flota de reparto de nueve carros que abastecía los mercados de la zona. No solo había saldado las deudas contraídas para construir la casa fortaleza, sino que había reunido el dinero del importe del impuesto de capitación para
Luk-zi
y
Gam-sau,
aunque no tenía prisa en que llegaran.

—Esperemos mejor una cosecha más —decía—. Entonces vendo la granja y todo lo que hay dentro y me vuelvo al pueblo a pasar la vejez. A tu hermano
Gam-san
y a ti os busco unas buenas esposas —aún se negaba a aceptar que su hermano estuviera con aquella mujer apodada
Mau-ngan
— y os venís para que la familia esté unida en Zimin para siempre.

Su ruina la causaría esa última cosecha, o, mejor dicho, su ambición.

La codicia lo empujaba hacia delante y le impedía ver el abismo que se abría a sus pies. Ignoraba que su riqueza despertaba la ira de muchos, y que ni todos los ahorros que tan diligentemente había conseguido reunir lograrían salvarlo. El año anterior, varios hombres de negocios estadounidenses recién llegados a Vancouver habían abierto un mercado. Se trataba de un mercado por completo

diferente. Allí la carne, la fruta y las verduras estaban dispuestas sobre estanterías y los clientes escogían lo que querían comprar como si se tratara de unos grandes almacenes. Hasta el nombre era nuevo: «supermercado», lo llamaban. En cuanto oyó aquel nombre, los ojos comenzaron a hacerle chiribitas. Si conseguía colocar sus productos en aquel supermercado, se ahorraría muchas etapas y problemas… Empujado por su ambición, bajó el precio al máximo para poder lograr su objetivo.

No sabía que había quien observaba todos y cada uno de sus movimientos. Los productos con la etiqueta de la granja de Fat apenas duraron dos semanas en las estanterías del supermercado. Lo llevaron a los tribunales alegando que sus pollos estaban contaminados y que varias personas habían enfermado tras ingerir su carne.

El supermercado dejó de vender sus productos y, además, a fin de proteger el prestigio, lo denunció también. El gobierno ordenó cerrar todos los negocios que estuvieran a su nombre para llevar a cabo una investigación.

Desde que abrió la primera lavandería, a Fat lo habían denunciado en incontables ocasiones. Solía decir que había entrado por la puerta del juzgado de la Montaña del Oro más veces que por la de su propia casa, que había visto más al juez que a su mujer. Hasta el momento había tenido suerte y había salido indemne, pero no en esta ocasión. Las otras veces, los negocios de Fat eran modestos y pudo conservarlos, pero esta vez eran de una complejidad tan considerable que le fue imposible mantenerlos. En cuanto llegó la primera demanda, comenzaron a salirle acreedores de debajo de las piedras: bancos, productores de fertilizantes, las compañías del agua y del gas… En cuanto saldaba las cuentas de uno, se le presentaba el siguiente. El poco dinero que quedó lo empleó para indemnizar a

Lung-ngan

y al resto de los trabajadores. Después, siguiendo el consejo del señor Hender-son, se declaró en bancarrota. Así, la esplendorosa granja de Fat se vino abajo de la noche a la mañana. No disponía de un céntimo, por lo que, en cuanto

Gam-ho

tenía el sueldo en la mano, debía entregárselo a su padre de

inmediato.

Aquellos problemas lo hicieron envejecer de forma fulminante. No se le notó en el rostro ni en el cuerpo, sino en los ojos: si en el pasado su mirada de agua cristalina había sido tan penetrante como un cuchillo, ahora aquella agua se había empantanado, como si le hubieran echado arena. Siempre que

Gam-ho

iba a verlo lo encontraba fumando solo, con la casa repleta de humo. Lung-ngan se había marchado, así que vivía solo. A veces cocinaba, pero otras pasaba todo el día solo con té y algunas pastas secas.

—Padre —le dijo Gam-ho—, vuélvase al pueblo con mi madre, que le hará buenas comidas.

—De eso nada —contestó, negando con la cabeza con vehemencia—. Yo quiero volver al pueblo como dice el proverbio, vestido de brocados, con fortuna y honor, no con una mano delante y otra detrás.

—Pero ¿quién va a atreverse a decirle que usted no ha hecho fortuna? Si en toda la zona nuestra familia es la que más tierras posee con diferencia. Además, teniéndome a mí, usted cada mes recibirá algo. ¿No será eso más que suficiente para todo el tabaco que quiera fumar y más?

Fat miró a Gam-ho con los ojos llorosos.

—Te puse a trabajar nada más bajar del barco y no pudiste estudiar ni un solo día. Tu hermano no quería estudiar y a ti te lo impedí. Me arrepiento con todo el corazón. Si hubieras estudiado, si hubieras aprendido cómo funcionan las cosas aquí, a mí no me habrían incriminado injustamente.

Se negaba a volver a Hoiping en aquellas circunstancias.

Vendió la única cosa que podía vender, la casa donde había pasado más de diez años, y desde New Westminster se mudó a Vancouver. Cuando abandonó aquella granja en la que había puesto todas sus esperanzas, apenas faltaban unos días para su sesenta cumpleaños.

El dinero de la venta de la casa de New Westminster solo le permitió comprar una minúscula casucha en Vancouver. En cuanto se hubo instalado, comenzó a buscar trabajo. Sus habilidades culinarias eran muy limitadas, por lo que descartaba el empleo de

cocinero. Fue a muchas lavanderías, pero su vista cansada le impedía coser remiendos o planchar. En un colmado ayudó a cargar y descargar carros, pero tras un día de trabajo se quebró la espalda. Al final no tuvo más remedio que volverse a casa. Allí abrió un ventanuco desde el que escribía cartas y participaciones de boda, redactaba contratos de compraventa o caligrafiaba pareados de Año Nuevo. El problema era que para entonces el barrio chino no era como antaño; había mucha más gente que sabía leer y escribir, por lo que el negocio no andaba muy boyante.

A punto de cumplir los sesenta, se sentía en un callejón sin salida. Sintió el pánico de saberse inútil, de no ser capaz de ganarse el sustento.

—Padre —le había dicho un día

Gam-ho

—, ¿por qué no deja que mi hermano vuelva a vivir con usted? De lo que hizo en Vancouver, sea lo que sea, ya ha pasado mucho tiempo.

Para entonces aquel burdel llamado Lai Ceon llevaba un tiempo cerrado, por lo que el regreso de

Gam-san

no debía representar ningún problema. Cada vez que

Gam-ho

sacaba el tema, su padre se negaba en redondo. Sin embargo, aquel día no había dicho nada. Gam-ho sabía que su silencio era señal de asentimiento. Y también sabía que su asentimiento se debía a que la mujer con la que vivía su hermano se había quedado embarazada.

Gam-ho estaba al corriente de que aquella mujer había malogrado su salud por causa del oficio que había ejercido en el pasado y por eso había tardado tanto tiempo en quedarse embarazada. Fat era ya muy mayor y ansiaba tener un nieto, por eso se le había ablandado el corazón. Una década después de separarse de su padre,

Gam-san

dejó Kamloops y se mudó a su casa en Vancouver.

Jenny estaba estirada boca abajo junto al árbol observando a las hormigas. El perro, a su vez, la observaba a ella. La calle permanecía en silencio y no se oía ni el revoloteo de una hoja. Los que iban a la escuela ya se habían marchado, al igual que los que

trabajaban, por lo que no se captaba ni un sonido. La calle parecía un globo que se había desinflado hasta acabar arrugado, plano y vacío. Gam-ho observó primero el cielo y luego el suelo. Vio que la sombra del árbol era ya alargada y fina.

«¿Por qué tardan tanto?», se preguntó.

Las cigarras aún no habían empezado a cantar, pero él ya estaba sudando. En lugar de elegir un rincón a cubierto para acabar de desplumar el pollo, había preferido sentarse en aquel, aunque no estuviese resguardado, porque desde allí podía ver toda la calle.

Entonces detectó una vibración en sus oídos. Un cascabel. El cascabel del carro. A lo largo del día eran muchos los carros que pasaban vendiendo verdura, pero solo aquel lo tiraba un caballo con un cascabel al cuello. Se hizo sombra con la mano y, efectivamente, enseguida vio asomar un punto negro en la lejanía.

Su corazón empezó a latir con tanta fuerza que retumbaba en toda la calle. Soltó el pollo, se quitó el delantal y se abrochó el botón del cuello de la camisa. Ya no vestía la ropa china que había llevado del pueblo porque se le había quedado pequeña. Ahora lucía chaleco, camisa, pantalones y zapatos de estilo occidental que le había comprado la señora Henderson. Le sentaban muy bien porque había crecido y tenía con qué llenarlos. De no ser por aquel ridículo delantal, nadie habría podido adivinar que un joven tan apuesto y bien vestido como él pudiera ser el criado de una casa de blancos.

Salió corriendo nervioso hasta la calle, pero se percató de que su impetuosidad era demasiado evidente. Se disponía a volver al jardín para esperar allí, cuando el perro, que lo había seguido corriendo, empezó a ladrar en dirección a la calle. Estaba ya viejo y le colgaba el pellejo del cuello, pero sus ladridos aún eran fuertes y resonaban. Gam-ho sabía que la persona que estaba esperando temía a los perros y que si veía uno no se bajaba del carro, así que lo reprendió con dureza. El perro seguía siendo tan impertinente como antaño y a cada grito respondía con un ladrido;

Gam-ho

volvía a gritar y el perro volvía a ladrar. Si alguien los hubiera visto, habría creído que estaban discutiendo. Por fin el hombre se impuso sobre el animal y este regresó al jardín con el rabo entre las piernas.

A medida que los cascos del caballo se aproximaban, Gam-ho comenzó a distinguir una ronca voz masculina.

—¡Verdura, verdura fresca! ¡Vengan, vengan! —gritaba en un inglés con fuerte acento cantonés que a Gam-ho le recordó al suyo cuando empezó a servir en casa de los Henderson.

Sonrió, pero enseguida se forzó a recobrar la compostura, pues quien gritaba era el padre de aquella muchacha. Gam-ho sabía que el inglés de la hija era mejor que el del padre, pero no llamaba a la gente por pura timidez.

De las casas vecinas salieron con sendas cestas tres mujeres que rodearon el carro. Entonces, flotando entre las demás, Gam-ho oyó la voz fina y melodiosa, a la par que tímida, de la muchacha. Ayudaba a su padre a regatear, a cobrar, a contar el dinero y a dar el cambio.

El corazón de Gam-ho volvió a dar un brinco y se le hizo un nudo en la garganta. Los billetes que llevaba enrollados en el puño se habían empapado de sudor. Esperaba con ansia el momento de acercarse hasta el carro para comprar la verdura. La señora Henderson le dejaba administrar el dinero de la compra y la familia comía lo que él estimaba oportuno comprar. Pero Gam-ho no quería hablar con ella delante de tanta gente, por lo que esperaba la ocasión para hacerlo a solas.

El momento llegó por fin cuando las mujeres comenzaron a dispersarse y los aledaños del carro quedaron en silencio. Gam-ho vio que la muchacha se sentaba sobre un cesto vacío y se secaba el sudor del rostro con el pañuelo que se sujetaba en el pecho. Aquel día vestía una chaqueta de tela color turquesa de cierre diagonal y pantalones anchos. Llevaba el pelo recogido en una trenza que anudaba con un lazo rojo. Siete años en casa de los Henderson lo habían vuelto tan altivo que aquella vestimenta, la más común entre las muchachas campesinas de la zona de Cantón, le habría resultado ridiculamente rústica en otra, pero en ella le parecía maravillosa.

Aunque ya era la tercera vez que iba a aquella calle a vender verdura con su padre, siempre los miércoles por la mañana,
Gam-ho
no sabía su nombre completo, solo que su padre la llamaba Hei, «felicidad». Ignoraba su edad, pero a simple vista le parecía que rondaba los diecisiete. Suponía que no llevaba mucho en la Montaña del Oro, aunque tampoco debía de ser una recién llegada: las muchachas que vivían desde hacía mucho tiempo allí se vestían como las blancas, y las que acababan de llegar no hablaban inglés.

De repente reparó en
Gam-ho,
de pie en la calle. Se colocó bien el pañuelo que llevaba sujeto en el cierre de la chaqueta y esbozó una sonrisa. Tuvo que pasar un rato para que
Gam-ho
se percatara de que le sonreía a él. Las piernas le flaquearon sin poder aguantar el peso del cuerpo, como si fueran espigas de junco. Quiso devolverle la sonrisa, pero fue incapaz de mover un músculo.

Gam-ho recorrió una distancia que le pareció inmensa hasta llegar al carro. Llegó exhausto, con las mejillas inyectadas en sangre por el esfuerzo.

Al retirar la mano sudorosa después de darle el dinero arrugado a la muchacha,
Gam-ho
sintió que algo le cortaba el dorso: tenía durezas en las manos. Ella era como él, trabajaba duro para ganarse la vida. Alisando el billete que le había dado, lo miraba silenciosa. Después de lo que le pareció una eternidad, se echó a reír y, señalando el carro, le dijo:

—¿Qué va a ser?

Solo entonces Gam-ho cayó en la cuenta de que se había olvidado de pedirle la verdura que quería. Se ruborizó y creyó que le explotaría la cabeza.

«No tiembles, por lo que más quieras, no tiembles». Intentaba controlar sus palabras, pero los labios hacían caso omiso de él: las pronunciaban temblorosos, como se agita un cedazo de grano para separar la cáscara del arroz:

—U… un manojo de rábanos… un ramillete de brécol y… de coles… d… dos… sí, dos…

La muchacha ató las verduras y se las dio.

—¿Algo más? Siempre compras lo mismo.

Se quedó de piedra. Así que ella lo recordaba. No solo a él, sino también lo que compraba cada vez. Comenzó a tranquilizarse. El plan que llevaba una semana trazando tomaba impulso.

Buscaba la ocasión de poder entablar conversación con el padre. Quería decirle que su familia también se había dedicado al campo, que su padre conocía al mayorista de verduras que mejor precio pagaba en toda la ciudad. Después le preguntaría de pasada dónde vivía y se ofrecería a presentarle a aquel mayorista.

Sus palabras eran verdad solo a medias. Era cierto que quería llevar al hombre a conocer al mayorista, pero no para hablar de verduras. Quería presentárselo para que le pidiese en su nombre la mano de su hija.

En los últimos años el impuesto de capitación se había vuelto prohibitivo y los que podían reunir el dinero lo destinaban a los hijos varones; eran muy pocos los que se llevaban a las hijas. Por eso, en las calles de la Montaña del Oro apenas se veían muchachas chinas. Su padre llevaba tiempo insistiendo en que dejara que su madre le buscara una muchacha en el pueblo, pero
Gam-ho
se negaba. Cuando terminó confesando el motivo de su negativa utilizó una frase que desarmó a su padre:

—Yo no quiero que me pase como a usted y a mi madre. No quiero casarme para estar cada uno en una punta del mundo y reunirnos quién sabe cuándo.

Apenas hubo hablado se arrepintió. Su madre debería haberse reunido con su padre mucho tiempo atrás, y no lo había hecho por su culpa: él había llegado a la Montaña del Oro en su lugar, privando así a su padre del reencuentro.

Este, en lugar de enojarse por el comentario, le dijo suspirando:

—Hijo, ¿es que quieres seguir soltero toda tu vida?

—Padre, no soporto verlo sufrir —repuso
Gam-ho,
suspirando también. Fat le sonrió—. En cuanto ahorre el impuesto de capitación para tres personas —añadió—, nos traemos a mi madre, a mi hermana y a una mujer para mí, ¿qué le parece?

Aquello hizo reír a Fat.

—Cuando tú tengas el importe de tres pasajes y tres impuestos de capitación, ¿para qué van a venir? Nos volvemos a Hoiping a disfrutar de la vida.

A Gam-ho le pareció que su padre tenía razón en aquello, aunque no del todo. Lo cierto era que, después de tanto tiempo en la Montaña del Oro, había acabado viéndole la parte buena. Pero eso no podía decírselo a su padre.

Aquella muchacha llamada Hei había llegado como caída del cielo. Vivían en el mismo lado del océano, lo cual facilitaba las cosas. Además, habiendo visto su rostro de antemano, se ahorraba la posibilidad de llevarse una sorpresa desagradable al descubrir el velo la noche de bodas. Asimismo, aquella muchacha no llegaba adornada por la boca zalamera de la casamentera, sino que la tenía ante sus ojos; y no había que costear ningún impuesto, lo único que debía reunir era el coraje para dar el paso y cogerla de la mano.

—De todas las casas salen mujeres a comprar. ¿En tu casa no hay ninguna? —le preguntó el padre mientras bajaba las verduras del carro.

Gam-ho vio que la muchacha, que estaba sacudiéndose tierra del busto, se había quedado quieta: quería oír la respuesta. Aquello le dio coraje.

—Yo estoy a cargo de la casa. Soy el mayordomo —dijo Gam-ho, con decisión. Aquello le había salido de dentro, sin pensar. Lo que siguió también lo dijo de corrido—: El señor de la casa es el dueño de los grandes almacenes más importantes de la ciudad, Hudson's Bay. Cuando viene el emperador de Inglaterra, siempre lo invita a tomar el té. Su esposa lo acompaña en los actos sociales y dejan la casa a mi cargo.

Gam-ho no había articulado tantas palabras seguidas en toda su vida. Al terminar de hablar se sorprendió, puesto que le había resultado mucho más fácil de lo que había imaginado.

—Vaya —exclamó apreciativamente el padre—, no me extraña, no hay más que ver la casa.

—Entonces, ¿has visto al emperador de Inglaterra? —preguntó ella, levantando la vista para mirarlo.

Su pregunta era difícil de contestar. Por valiente que fuera, decir

que lo había visto era demasiado osado. Pero descubrir cómo brillaba la curiosidad en sus ojos lo llenó de satisfacción, así que la lengua se le soltó y fue más rápida que su cerebro.

—¿Acaso nosotros, el pueblo llano, hemos visto al emperador de China? Sí he visto la foto que se hizo una vez el señor con él. El emperador es un joven muy apuesto de porte muy estiloso.

Gam-ho pensaba que sus palabras sonaban muy apropiadas, que no eran nada presuntuosas, pero que, al mismo tiempo, denotaban refinamiento.

—Jimmy. ¡Jimmy!

La señora Henderson lo llamaba.

Gam-ho no pensaba responder de inmediato, pero la llamada de la señora Henderson había interrumpido el hilo de su pensamiento y le costó recuperarlo. Cogió la cesta con las verduras y dijo:

—A ver si el próximo miércoles traéis habas.

Antes de que el padre contestara pudo ver que la muchacha asentía con la cabeza. Supo que volverían a verse el miércoles siguiente.

—Jimmy. ¡Jimmy!

La señora Henderson seguía llamándolo.

No tuvo más remedio que marcharse. Aquel día solo había sido el comienzo. Había hablado bastante, pero aún no había llegado al tema que le interesaba. Por suerte le quedaba el miércoles siguiente.

Al cruzar la verja se detuvo en seco. Dejó la cesta en el suelo y buscó una piedra afilada con la que cortó una rosa. Volvió corriendo al carro y metió la rosa dentro de un cesto.

—Huélela —le dijo a la muchacha—. ¡Su fragancia es magnífica!

Habría querido ponérsela en el pelo, pero no se atrevió. No por miedo a ella, sino al padre, de pie entre ambos. Gam-ho seguía buscando un atajo que lo condujera hasta ella esquivando al padre.

Cuando Gam-ho subía los escalones de la casa casi se dio de bruces con la señora Henderson. Al llegar del exterior, de la luz cegadora del sol, apenas pudo distinguirla en la penumbra del interior de la puerta.

—El señor Henderson dice que hoy terminará pronto de trabajar. Quiere que llevemos a Jenny a ver los veleros de Stanley Park, así que prepara el pícnic. Tú vendrás con nosotros, claro.

Gam-ho asintió sin saber a qué: no la escuchaba. Tanto su vista

como su oído seguían en la calle. Miraba cómo más mujeres salían de sus casas y se dirigían al carro de la muchacha y escuchaba su dulce voz cuando respondía a las preguntas que le hacían: «Fresquísimas, recién cosechadas», «Sí, las cultivamos nosotros», «No, señora, no tienen bichos».

—¿Te has pinchado, Jimmy? —preguntó la señora Henderson.

—¿Qué?

—Con aquella rosa —explicó la señora Henderson con una leve sonrisa.

«Me ha visto arrancarla», pensó

Gam-ho,

hundiendo la cabeza entre los hombros y la nariz en aquel pollo ya despojado de plumas. No respondió, sabía que si hablaba se ruborizaría. Aquel verano había contraído un mal: a la más mínima, la sangre le subía en torrente a la cara.

La señora Henderson dejó las verduras que

Gam-ho

había comprado en el fregadero, cogió la cesta y salió a la calle. Saludó a algunas de las vecinas que estaban comprando y le devolvió la cesta a la muchacha china del carro.

Le dijo algo al oído que endureció la mirada de la muchacha y que, a continuación, le petrificó primero el rostro, luego el cuello y finalmente todo el cuerpo. Se quedó completamente rígida.

—Mi criado —le había dicho—, aquel muchacho chino, se ha olvidado de devolveros la cesta. Al pobrecillo no le funciona muy bien la cabeza, siempre está olvidando cosas…

A la semana siguiente, el carro no apareció.

A la otra sí, pero lo ocupaban el padre y el hermano, de la muchacha no había ni rastro. Gam-ho estuvo dando muchos rodeos hasta que consiguió mencionarla de forma casual en la conversación:

—Mi Hei se ha ido a Edmonton. Su tía quiere que estudie porque dice que en la Montaña del Oro también las mujeres tienen que hacerlo —le explicó el padre.

Aquel día, después de pagar,

Gam-ho

olvidó las verduras. Cruzó el jardín, subió los escalones, entró en la casa y atravesó el recibidor. Jenny lo llamó, pero no la oyó. La

señora Henderson lo llamó, pero no la oyó. Fue directo hasta su habitación y se sentó en la cama.

Hei se había ido.

Como una estrella fugaz, Hei se había cruzado en su vida iluminando su camino con un breve destello para inmediatamente después desaparecer y volver a sumirlo en la oscuridad. Sin embargo, gracias a aquel destello, había podido ver su camino con claridad y la oscuridad que ahora lo acompañaba, comparada con la que había experimentado con anterioridad, era totalmente distinta. Gam-ho había podido soportar la primera, pero la de ahora, siendo consciente de la existencia de un camino, no.

Permaneció largo tiempo sentado en su habitación. Luego oyó que la señora Henderson estaba moviendo cacharros en la cocina, haciendo café, tostando pan, aliñando una ensalada: preparaba el pícnic. El señor Henderson no acostumbraba comer en casa a mediodía, y lo que almorzaban ellos tres era sencillo. Aquel no era trabajo de la señora Henderson, sino suyo, de un criado. Pero en aquellos momentos se encontraba exhausto, sin energía ni fuerzas para moverse. Pensaba quedarse allí sentado hasta que el mundo se derrumbara sobre su cabeza y lo sepultara.

Más tarde la señora Henderson abrió la puerta y entró. Gam-ho había oído sus pasos, pero no quiso volverse.

Hei lo había abandonado, su padre lo había abandonado, el cielo y la tierra lo habían abandonado. Él mismo se había abandonado al desear no seguir en el mundo.

Entonces unos brazos se le acercaron por detrás y lo abrazaron. Sintió un ardor que le trepaba por el cuello. Quiso resistirse, pero el calor lo rodeaba y no le quedaban fuerzas para luchar.

«Apriétame, apriétame —pensaba—. Apriétame hasta ahogarme».

—Pobrecito —susurraba la señora Henderson, pegada a su cuello—, pobrecito.

Gam-ho comenzó a llorar.

Aquella noche, tuvo un sueño. Soñó que tenía la boca llena de espinas de rosa. Empezó a escupir y a escupir, y entonces se dio cuenta de que no eran espinas sino dientes, uno detrás de otro, de un color entre blanco y rojo, como las semillas de una granada.

Se despertó empapado en sudor. De pronto, recordó algo que le

había dicho su madre cuando era pequeño. Le había dicho que si sueñas que se te caen los dientes, alguien de tu familia va a morir. Si es un diente de arriba, será un adulto. Si es un diente de abajo, un niño.

No conseguía recordar si había soñado que perdía los de arriba o los de abajo.

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Decimoprimer año de la República de China (1922)

A mediados de abril comenzó a descargar un gran aguacero que no amainó hasta la Fiesta de los Botes Dragón. La lluvia había dejado tras de sí un manto de setas tan grandes como huevos de ganso y había alborotado las hojas de los bananos. Por todos los rincones de la casa había caracoles que se arrastraban dejando un rastro de baba.

Coi estaba con la cocinera y otra sirvienta más calentando el agua para cocer los tamales de arroz propios de aquella festividad. La cocinera echó al agua ceniza de paja de arroz que habían elaborado con paja recogida durante el último otoño; cuando estuvo bien seca, la redujeron a cenizas y, ahora, usando un tamiz fino, la espolvoreaban en el agua hirviendo. Con ello los tamales adquirían un aroma extraordinario.

Los habían preparado la noche anterior. Había de cuatro sabores: de carne adobada, de pasta de alubias rojas, de huevo y de gambitas. Gam-sau, acuclillada en el suelo, ayudaba a la cocinera a atarlos en manojos de cinco, que luego sumergían de dos en dos.

La niña, que después del verano comenzaría el tercer curso, estudiaba en la escuela que estaba en el pueblo y que se financiaba con el dinero de los emigrantes de la Montaña del Oro. Los estudiantes comían y dormían allí y solo volvían a casa los domingos. Como aquel era un día festivo, no había escuela. La noche anterior

Mak-dau

había ido a recoger a
Gam-sau
y a su hijo Jyun, que iba a su misma clase, pues solo se llevaban cuatro meses. Cuando apuntó a su hija a la escuela,
Luk-zi
hizo lo propio con Jyun para que no estuviera sola.

Luk-zi quemaba artemisa para perfumar la casa. Cuando salió con ella al pasillo se encontró a
Mak-dau,
que estaba limpiando un revólver. Se hallaba sentado en el suelo, mientras que el arma reposaba sobre un taburete. Lo había comprado hacía apenas un mes. Luk-zi había recibido algo de dinero de
Gam-ho
y le había dado la mitad a
Mak-dau
para que lo comprara. Mak-dau le había explicado lo ligero que era, idóneo para llevarlo de la cintura, sin llamar la atención. Luk-zi intentaba estirar al máximo el dinero y ahorrar en todo, pero aun así accedió a comprarlo. Sabía que con el marido y los hijos ausentes estaba indefensa y que, sin armas, el dinero de la casa tenía los días contados. Las armas la protegían, suplían a sus hombres. Aquel revólver era la tercera arma de fuego que adquirían. Las dos primeras habían sido rifles.

—Cuando compres el revólver —le había dicho a
Mak-dau
—, envuélvelo en un pañuelo de seda rojo, mételo en una caja y cuando lo traigas lo entraremos en casa celebrándolo con petardos. —Luk-zi trataba de ser discreta y no llamar la atención de los bandidos sobre la familia… salvo en el caso de las armas.

—Fíjate bien en cómo lo desmontas —aleccionaba
Mak-dau
a su hijo Jyun—. Para volver a montarlo tendrás que hacer lo mismo a la inversa. Hasta un tonto sabe desmontar un revólver. La destreza se demuestra armándolo otra vez.

—¿No tienes nada mejor que enseñarle a un niño tan pequeño? —le reprendió
Luk-zi.

—Son tiempos difíciles —dijo
Mak-dau
riendo entre dientes—, no puede hacerle mal aprender a defenderse…

—Jyun —le dijo Luk-zi, acuclillándose—, pronto pasarás de curso. ¿Qué asignaturas nuevas tendrás?

El humo de la artemisa hizo toser al niño, que sacó un pañuelo del bolsillo, se sonó y contestó:

—El año pasado tenía lengua, matemáticas, inglés e historia; este año también ciencias naturales y música.

—¿Has visto a este hijo tuyo,
Mak-dau
—dijo
Luk-zi
—, que se suena la nariz con un pañuelo? No como el padre, que usa las mangas…

—También nos darán clase de modales —dijo Jyun—, nos pondrán nota en cómo vestimos, cómo comemos y cómo nos comportamos.

—Habrase visto el mocoso —le dijo
Mak-dau,
pegándole una colleja—, todo lo que sabe…

Luk-zi dejó la artemisa para agacharse junto a Jyun y empezó a peinarle el pelo con los dedos, absorta en sus pensamientos.

Mak-dau, que conocía la añoranza que su señora sentía por sus hijos, miró en todas las direcciones para cerciorarse de que no hubiera nadie y le preguntó en voz baja:

—¿Ha habido carta?

—Ni una línea desde principios del año pasado —respondió
Luk-zi
—. No sé qué puede haber pasado para que no quieran preocuparme.

—Aunque el señor no haya escrito, ¿tampoco los señoritos?

—¿Es que aún no conoces el genio de mi marido? Le tienen miedo. Si les ordena que no me digan algo, ellos jamás lo harán. Gam-ho me envió una carta, pero no fue más que para contarme que su hermano había vuelto a Vancouver, que volvía a vivir con su padre.

—No se preocupe, señora. Mientras vayan llegando cartas sabemos que al señor no le ha pasado nada grave. Lo que ocurre es que, claro,
Gam-san
y
Gam-ho
se marcharon uno hace doce años y el otro hace siete… No ya usted, hasta yo los echo de menos.

Luk-zi, que tenía la cabeza gacha con la vista fija en los zapatos, vio que sobre uno de los empeines había caído una lágrima. Ella nunca había llorado delante de los sirvientes. Sabía que debía llevar el peso de aquella casa enorme con mano dura y siendo estricta si no quería perder su autoridad ante ellos, por eso adoptaba un semblante severo cuando estaban presentes. De todas las personas de la casa solo podía bajar la guardia con
Mak-dau,
solo se permitía llorar delante de él. Mak-dau buscó un pañuelo, pero no tenía, por lo que hubo de coger el de Jyun. Lo dobló por una esquina limpia y se lo tendió a
Luk-zi,
que se enjugó con él las lágrimas y esbozó una sonrisa.

—En su última carta,
Gam-san
decía que la mujer con la que está se había quedado embarazada, que tanto si el bebé era niño como si era niña, iban a traerlo al pueblo para que yo lo conociera.

—Señora… Muchas felicidades, pronto podrá usted ejercer de abuela. Aunque yo a usted la sigo viendo tan joven como una novia el día de su boda…

—Anda, quita —rio Luk-zi—, no me seas zalamero… ¿o es que acaso te estás burlando de mí?

—En la vida me atrevería a burlarme de usted —replicó muy serio
Mak-dau,
al que se le hincharon dos grandes venas en la frente—. No miento cuando digo que usted no ha cambiado; es usted la misma que cuando entré a servir en esta casa.

—Me acuerdo como si fuera hoy del día que ayudé a Jyut a

coserte los zapatos para los regalos de boda. Ahora ya tienes un hijo así de grande, ¿cómo no voy a haber cambiado?

Su conversación fue interrumpida por una vibración en el techo. Era la señora Mak, dando golpes con el bastón. Comprendiendo que su suegra quería bajar,

Luk-zi

gritó:

—¡Madre, voy por usted!

La suegra, sin esperar, comenzó a sollozar como una niña:

—Ay, con la de dinero que manda mi hijo y a mí no me dan nada. Me tienen aquí encerrada sin darme nada de comer.

La señora Mak había olido los tamales.

Mak-dau no podía soportar aquellas palabras.

—La señora no debería decir esas cosas —le dijo a

Luk-zi

—, la deja a usted como lo que no es.

Pero Luk-zi le quitó importancia.

—Se pasa la mitad del día confundida, no sabe lo que dice. Eso sí, en cuanto recobra la lucidez está más aguda que una lezna…

—Usted no tiene fuerzas para cargar con ella. Déjeme a mí, por favor.

—Puedo perfectamente. Si está en los huesos…

—No. Demasiada carga lleva ya usted sobre los hombros. Yo soy un hombre tosco y solo puedo ayudar en estas tareas rudas. A menos que usted considere que soy indigno para el trabajo, déjeme hacerlo.

Luk-zi, conmovida, dudó un instante.

—No consiente que nadie más la lleve a cuestas…

—Usted déjeme a mí —dijo

Mak-dau,

sonriendo—, ya verá.

El ruido de sus pisadas se perdió escaleras arriba. Al cabo de un rato volvieron a sonar, esta vez más fuerte: efectivamente, bajaba con la señora Mak.

Luk-zi corrió a colocar una butaca para que su suegra se sentara. Cuando la acomodaron, los tamales ya estaban listos.

—Habéis echado poca ceniza al agua —dijo, olisqueando.

—Madre, qué buen olfato sigue teniendo —dijo

Luk-zi,
agarrando dos cuencos, uno grande y uno pequeño.

Mandó a Jyut que escogiera de entre aquellos que no se hubiesen espachurrado dos tamales de cada sabor y los colocara en el cuenco grande y que luego volviera a escoger uno de cada y los pusiera en el pequeño. Todos sabían que el grande era para ofrendarlo a los antepasados y el pequeño para subírselo a la tía de Fat. Su esposo había muerto el verano pasado y sus dos hijas se habían ido al contraer matrimonio, por lo que en la casa fortaleza solo quedaba la tía de Fat con su hijo y su nuera. La muerte del marido la hundió y llevaba una existencia miserable sin fuerzas para salir de su cuarto.

Jyut tenía las manos resbaladizas de aceite y no atinó a coger bien los cuencos. El grande, una antigüedad que había comprado el padre de Fat en un anticuario de Cantón y que llevaban varias décadas usando, se le cayó al suelo y se hizo añicos. Todos enmudecieron. Mak-dau le dio un bofetón.

—¡No he visto mujer más tonta que tú —le gritó—, tantos años al lado de la joven señora y no has aprendido nada!

Desde que se casaron,
Mak-dau
había discutido y le había puesto la mano encima antes, pero siempre a puerta cerrada. Aquella era la primera vez que lo hacía en público, y Jyut se sintió humillada. Sin embargo, no dijo nada. Se cubrió la mejilla con la mano mientras los labios le temblaban como hojas en el viento.

—¡Habrase visto qué descaro! Mira que ponerte a reñir delante de mi suegra… —dijo
Luk-zi,
haciéndole una señal con los ojos a
Mak-dau.
Entonces Jyut rompió a llorar—. Bueno, ya está bien, a qué viene tanto escándalo por un cuenco viejo… Venga, recoge este estropicio y trae otro.

Todos comprendieron que lo decía para la señora Mak, ya que su ceguera le impedía discernir qué cuenco se había roto.

Riendo fríamente, la anciana le hizo una señal a
Gam-sau

para que se acercara a ella. La nieta se aproximó.

—¿Sí, abuela?

La señora Mak la cogió de la mano.

—No te acerques mucho a esa, que te va a gafar la suerte con la que te bendicen tus antepasados. —Creyendo que se refería a Luk-zi,
nadie se atrevió a hablar. Sin embargo, la anciana añadió—: Con esa peca tan fea que tiene… ¡roja de sangre! Es de mal agüero.

Entonces comprendieron que se refería a Jyut, que tenía una mancha escarlata en el mentón.

—M… madre… —dijo Luk-zi, pasmada—, ¿le ha visto usted la peca a Jyut?

La señora Mak no habló. Se volvió hacia ella y dijo:

—Hoy es día de remembranza de los ancestros. ¿Por qué no te has puesto algo más festivo? ¡Será que mi hijo no te compra buenos vestidos!

Luk-zi aún no había tenido tiempo de cambiarse para la ocasión y llevaba una sencilla bata gris rematada con ribetes negros.

Todos se quedaron atónitos. Al poco alguien dijo:

—¡La señora ha recuperado la vista!

Gam-sau le pasó dos dedos por delante de los ojos.

—¿Cuántos dedos ve?

—¿Te estás burlando de tu abuela, niña? ¡Esto mío es el tercer ojo divino! ¡No podéis engañarme, no podéis esconderme nada!

Luk-zi le indicó a Mak-dau con la mirada que saliera con ella. Cuando estuvieron fuera de la habitación, tras asegurarse de que nadie los había seguido, le preguntó, secándose el sudor de la frente:

—La señora no tiene buen aspecto. ¿Fuiste a recoger los zapatos que encargamos para la mortaja?

La señora Mak murió aquella tarde. En el momento de fallecer aferraba entre las manos un tamal chino de pasta de alubias rojas a medio comer.

Había vivido setenta y cuatro años.

Los últimos veinte los pasó alternando períodos de confusión y de lucidez. La luz de su vida se apagó lentamente, agotando no solo su propio combustible, sino consumiendo también el de los demás hasta el último momento. Cuando

Luk-zi
terminó de presidir sus funerales, los más largos de toda la historia de Zimin, ya era una mujer de cuarenta y cinco años.

Aquella noche, después de despedir al último invitado y cerrar la puerta de la casa fortaleza,
Luk-zi
se sentó en la cama.

Limpió con la manga el polvo del espejo del tocador formando un abanico. En su interior vio una cara demacrada con los ojos hinchados por el llanto. La flor blanca que llevaba en la oreja estaba torcida. Se la quitó para colocársela bien. Sabía que la llevaría mucho tiempo, pero no le molestaba; al contrario, se alegraba de poder disimular sus incipientes canas.

«Fat —pensó—, por fin ha llegado el momento de que cumplas la promesa que me hiciste hace veintiocho años».

Provincia de Columbia Británica, Canadá

Decimosegundo año de la República de China (1923)

Cuando el señor Henderson entró en el jardín de su casa vio a Jenny alzada de puntillas debajo del manzano, hablando con un petirrojo.

—¿Duermes con los ojos abiertos o cerrados?

El pájaro pio lo que tanto podía ser un sí como un no y Jenny frunció el ceño.

—¿Es que tu mamá no te ha enseñado a hablar?

El señor Henderson se echó a reír. Se acercó a ella con la intención de darle un fuerte abrazo, pero se reprimió y en lugar de eso le acarició la cara. Jenny se había pasado la mayor parte del año enferma: primero por el sarampión, luego por un resfriado que se convirtió en pulmonía y finalmente por una infección causada por una simple herida. Su cuerpo era tan frágil como una cajita de papel que a la más mínima presión podía hundirse. La única buena noticia de aquel año era que había dejado de babear ella sola, sin ayuda, por eso llevaba el babero guardado en el bolsillo.

El señor Henderson la cogió de la mano y caminaron hasta la

puerta de la casa. Estaba cerrada, así que tuvo que sacar la llave para abrirla. Entretanto llegó
Gam-ho
corriendo de la cocina, visiblemente nervioso.

—¿Qué es eso que huele a rayos? —preguntó el señor Henderson arrugando la nariz—. ¿Estás hirviendo calcetines sucios?

—A lo mejor sí… —repuso secándose las manos en el delantal un sonriente
Gam-ho,
que no esperaba al señor Henderson tan pronto—. Es un remedio chino, para la señora.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el señor Hender-son—. ¿No se harta de beber esa agua de cloaca china? Un día acabará metiendo en casa a todos los brujos del barrio chino juntos…

El señor Henderson solía bromear con
Gam-ho.
No obstante, aquel comentario le había ofendido y su cara enrojeció como la tinta bermellón de un sello al extenderse sobre el papel de arroz. Gam-ho solía hablar poco. En ocasiones, cuando no le salían las palabras, su cara hablaba por él. El señor Henderson había visto aquel rostro arrebolado con frecuencia, en ocasiones por timidez, otras por confusión, otras por indecisión. Sin embargo, aquel día el motivo era el enfado, un enfado de rabia contenida.

—Jimmy, Jimmy… —dijo el señor Henderson entre grandes carcajadas, dándole palmadas en los hombros—. Cuando conocí a tu padre era más joven que tú, pero tenía mucho más aguante.

Al ver que Gam-ho seguía rojo como un tomate, el señor Henderson se sacó un billete del bolsillo y se lo puso en las manos.

—Esta semana, cuando vuelvas a casa, lleva a tu padre a comer al restaurante francés que han abierto en la bahía. Invito yo.

Gam-ho vio que era un billete nuevo de veinte dólares. Lo sintió crujir entre sus dedos cuando lo cogió. Era más de la mitad de lo que ganaba en un mes, con él podía comer varias veces en cualquier restaurante de Vancouver. Además de su sueldo mensual, los señores le daban propinas ocasionalmente, pero nunca tan generosas. A
Gam-ho
aquel billete le pesaba una tonelada en la mano. Quiso decir que era

demasiado, que no podía aceptarlo, pero su lengua no le respondió y en lugar de ello terminó diciendo un «gracias» que hubiera sido una respuesta razonable de no haber hecho el señor Henderson aquel comentario sobre el «agua de cloaca». Pero lo había hecho, y Gam-ho seguía molesto por ello. Por eso se sintió mezquino al aceptar el billete.

Pero no le importó. Antes siquiera de guardarse el billete ya sabía en qué lo emplearía. Por supuesto, no llevaría a su padre a comer a ningún restaurante francés, de hecho, ni siquiera le enseñaría el billete. Lo guardaría con el resto de sus ahorros para que acabasen convirtiéndose en un papel con el nombre de su madre estampado con el sello del gobierno: había estado ahorrando en secreto para su impuesto de capitación. Ansiaba que su padre tuviese cuanto antes aquella felicidad que él le había usurpado hacía tantos años.

Tomó la chaqueta y el maletín del señor Henderson y se fue a la cocina a prepararle un café. Lo primero que hacía el señor al volver a casa era tomarse uno; le gustaba solo, sin azúcar ni leche pero, aún más que beberlo le gustaba olerlo. Asía la taza con ambas manos, se la colocaba debajo de la nariz y aspiraba el aroma arqueando las cejas mientras le inundaba los pulmones. El señor Henderson estuvo oliendo el café durante tanto tiempo que Gam-ho pensó que se había dormido. Iba a cogérselo de las manos cuando de repente abrió los ojos y le dijo:

—Jimmy, dudo que el café del paraíso huela mejor que este. —Una vez se hubo terminado la taza, le preguntó—: ¿Y la señora?

—Le ha dolido la cabeza todo el día. Acaba de tomarse la medicina y está durmiendo.

En lugar de «medicina» había querido decir «agua de cloaca china». Aquel billete que llevaba junto al pecho separado por una fina capa de tela le infundía el valor necesario para no morderse la lengua, y resultaba que a él también se le ocurrían chistes. Pero no lo había dicho.

—Oh —murmuró el señor Henderson—. Cuando se despierte, ve al cuarto a preparar mi maleta. Mañana iré a Saskatoon.

—¿Es un lugar interesante? —preguntó

Gam-ho,
que sabía que el señor Henderson visitaba aquella ciudad varias veces al año porque tenía un proveedor allí.

—Depende de para quién. A las vacas o a los caballos les encanta; no hay más que hierba por todas partes. —Gam-ho, a su pesar, tuvo que reírle la ocurrencia—. Algo sí tiene bueno —añadió después—, y es que se pescan unos peces enormes. La próxima vez que deba ir, te llevaré a pescar.

—Yo sé pescar —dijo
Gam-ho
—. Cuando era pequeño iba al río con mi hermano. ¿La señora también vendrá?

—¿La señora? —repitió con tono irónico el señor Henderson, chasqueando la lengua—. No puede darle mucho el sol porque le entra jaqueca, y el viento hace que le duelan las rodillas. Además, si anda un poco, ya le duelen los pies. Cuando oscurece, hay peligro de que se caiga, cuando es de día, de que la ciegue el sol… Tú espera y verás cómo Jenny, de mayor, será como su madre, una muñeca de porcelana de las de mirar y no tocar…

Mientras hablaba, Gam-ho había percibido el leve crujir de las escaleras. Quiso avisarlo de que la señora se acercaba, pero el señor Henderson hablaba sin pausa y no tuvo ocasión de hacerlo. Cuando hubo terminado de hablar, la señora Henderson estaba a su espalda.

—¿Tan delicada te parezco, Rick? Yo creo que como mínimo más fuerte que Bridget sí debo de ser…

Bridget había sido la prometida del señor Henderson. Había muerto por complicaciones cardiacas antes de que se celebrara la boda.

—No dejéis la puerta cerrada cuando Jenny esté jugando fuera —dijo visiblemente azorado el señor Henderson, tratando de cambiar de tema.

La señora Henderson, haciendo caso omiso de su marido, le dijo a
Gam-ho
que se llevara a Jenny para que se lavara las manos antes de comer, al tiempo que le hacía una señal con los ojos. Gam-ho comprendió en el acto que la señora quería que sirviera el vino. A causa de los numerosos compromisos sociales a los que debía asistir, el señor

Henderson no cenaba en casa muy a menudo y, cuando lo hacía, la señora Henderson brindaba con él antes de empezar a comer.

Gam-ho hizo lo que le habían mandado y se llevó a Jenny a lavarse las manos. Luego sacó de la bodega un burdeos de diez años. Cuando vivía en Inglaterra, la señora Henderson había adquirido el gusto por el vino, y se lo había llevado consigo a Canadá. Gam-ho colocó en la mesa dos copas, una para ella y otra para el señor, que al verlas frunció el ceño. Gam-ho sabía que era porque no le gustaba el vino, porque pensaba que era cosa de mujeres. Él prefería beber *whisky*, a veces con algunos cubitos de hielo y otras veces solo. Decía que los demás licores no podían considerarse tales, sino más bien agua con cuatro gotas de alcohol.

Lo más importante que
Gam-ho
había aprendido en los ocho años que llevaba en casa de los señores Hender-son era a amoldarse a cada uno de sus deseos, por insignificantes que fuesen. Además de inglés, había aprendido también a interpretar sus distintas miradas. A veces la del señor chocaba contra la de la señora y mantenían un pulso. En aquellas ocasiones,
Gam-ho
era como un árbol a merced de dos vientos soplando en direcciones opuestas. Aunque sabía qué intenciones se escondían tras cada una de las miradas, se encontraba en medio de sus fuerzas cruzadas sin saber qué hacer. Al principio había terminado molido por las sacudidas, pero después comprendió que debía resistir, mantenerse impertérrito. En cuanto comenzó a hacerlo, su fuerza se contrapuso a la de los señores. Así aprendió a salir indemne de sus disputas.

Gam-ho se limitó a llenar de vino las copas de ambos.

—La señora quiere brindar con usted para desearle buen viaje —dijo cuando fue a coger la del señor Hender-son—. ¿Verdad, señora?

Ella se bebió la copa de un trago, sin contestar, y se la tendió para que volviera a llenársela. Gam-ho así lo hizo, y la señora Henderson volvió a vaciarla de un tirón. Durante casi todo el día había tenido dolores; acababa de beberse el opio líquido y se había retirado a su habitación, pero la llegada del señor Henderson la había alertado antes de que pudiera conciliar el sueño. Aún llevaba

el camisón, que era de seda y de estilo japonés, rojo con una miríada de mariposas multicolores bordadas: añiles, verdes, rosas. Le llegaba hasta los pies y tenía un escote generoso que dejaba entrever un busto pálido.

Gam-ho no se atrevía a mirarla, porque aquella blancura le quemaba los ojos. Pensaba que la señora Hender-son, antes de enfermar, debía de haber fascinado a su esposo, pero que ahora, siempre achacosa, ya no le gustaba. Sabía que para la señora Henderson su marido era su tabla de salvación. Abrazada a ella podía salir a flote de cualquier amenaza. Pero al señor Henderson no le gustaba que se le aferraran de aquella manera, mucho menos ser la tabla de salvación de alguien. Gam-ho lo había advertido desde el principio, pero la señora no. Seguía empeñada en atraparlo, aunque solo fuera por una esquina, por un minúsculo pedazo, y la tabla había terminado por ceder.

—Ah, qué bien debes de sentirte fuera de casa sin que Jenny ni yo te molestemos, ¿verdad, Rick? —preguntó la señora Henderson indicándole a

Gam-ho

con la mano que volviera a llenarle la copa. Esta vez

Gam-ho

dudó y miró al señor Henderson.

—Ya es suficiente —dijo este cogiendo la copa de la mano de su mujer—, estás asustando a Jenny.

Las mejillas encarnadas de la señora Henderson comenzaron a recobrar su habitual palidez.

—Pero óyete, qué buen padre… Jenny, ¿cuándo fue la última vez que tu padre se emborrachó? Ah, claro, se ha olvidado de que tú estabas presente…

El señor Henderson tiró la copa en la mesa y se marchó escaleras arriba. El vino corrió por el mantel blanco dejando un rastro que parecía una grieta por la que saliera sangre.

—¡Papá! —gritó Jenny, y empezó a llorar.

Al cabo de unos minutos las escaleras retumbaron con las pisadas del señor Henderson bajando. Sacó la gabardina del armario de la entrada y se agachó para atarse los cordones de los zapatos. Gam-ho corrió a obstruirle el paso. Cuando el señor Henderson se incorporó, lo miró y dijo:

—Me voy a dormir a un hotel. Cuida de Jenny.

Estaba furioso. Apartó a

Gam-ho

de un manotazo como quien espanta una mosca. Gam-ho se volvió y se quedó mirando cómo aquel hombre ya mayor y ligeramente obeso se perdía en la oscuridad de la noche con una pequeña maleta bajo el brazo. Se percató de que encorvaba la espalda al andar.

Cuando volvió al comedor, Jenny había dejado de llorar y estaba trenzándole el pelo a su muñeca de trapo. Recogió la copa y limpió los restos de vino del mantel. La casa estaba sumida en el más absoluto silencio, salvo por el burbujeo del estofado de ternera con patatas de la olla, sobre los fogones. Gam-ho sintió que la mirada de la señora Henderson lo agujereaba. Sabía que quería decirle algo, pero él no deseaba hablar en ese momento, se resistía, agrandando cada vez más el agujero.

—Jimmy, ¿cuánta paciencia crees que puede tener un hombre con su mujer? —le preguntó finalmente la señora Henderson.

La pregunta era sencilla, pero

Gam-ho

no sabía responderla. A sus veintitrés años, su vida sentimental era como un arroyo derecho y de cauce sereno sin serpenteos ni altibajos. Aparte de la agitación que había provocado la muchacha cantonesa llamada Hei, ningún otro movimiento había alterado sus aguas.

La señora Henderson soltó una gran risotada.

—De nada sirve preguntarte a ti, claro —dijo, divertida—. Tú aún no has conocido mujer, ¿verdad, Jimmy? Me refiero a conocer en el sentido bíblico del término.

Gam-ho notó un sudor ardiente en la nariz y en la frente, pudo incluso oírlo burbujear. Sabía que en aquel momento estaba ruborizándose y debía de parecer un tomate. Destapó nervioso la tapa de la olla, que se cayó al suelo provocando un gran estruendo que lo sacó del apuro.

—El señor se ha ido sin cenar —dijo

Gam-ho.

—Así es, pero olvidas que yo también estoy hambrienta —repuso la señora Henderson.

Aquella noche Gam-ho tuvo un sueño. Soñó que el perro de los Henderson se colaba por la ventana de su habitación y se metía en su cama, le rasgaba la ropa y le lamía el cuerpo con su lengua roja. Pesaba tanto como una montaña, y le aplastaba el pecho cortándole la respiración. Gam-ho empujó y empujó intentando zafarse de aquel peso hasta que se despertó.

Al abrir los ojos vio dos lucecillas brillantes que lo miraban. Esa noche había luna llena y la luz que se filtraba por las cortinas iluminaba aquellos ojos confiriéndoles un tétrico resplandor azulado. A
Gam-ho
se le erizó el vello del cuerpo y estuvo a punto de gritar, pero una mano le tapó la boca. Otra mano, cual serpiente, se paseó primero por su pecho y luego descendió por el vientre hasta detenerse en la entrepierna. Gam-ho sintió que aquella mano estaba prendiendo la mecha laxa que tenía entre las piernas. El fuego comenzó a extenderse por todo su cuerpo consumiendo la entrepierna cada vez más, hasta que topó con una dura roca. Por más que el fuego la rodeaba, no encontraba una salida.

«Explota, sí… vamos… explota».
Gam-ho
dejó escapar un jadeo y, sin poder aguantar más aquella rigidez, aquel dolor, explotó. La roca comenzó a expulsar lava a borbotones, cogiendo por sorpresa a
Gam-ho.

Tras la erupción, el fuego se extinguió dejando los alrededores cubiertos de lava y cenizas. Gam-ho se había vaciado por completo, solo le quedaba el pellejo junto con un sentido de culpabilidad que nunca había experimentado. Se sentía desorientado e ingrávido, como si fuera a atravesar el techo de la casa y flotar como una nube hasta subir al cielo. Pero no podía elevarse, pues algo le aplastaba el cuerpo. Sus ojos, que ya se habían acostumbrado a la penumbra de la luz de luna, distinguieron un camisón arrugado contra su pecho. Tenía mariposas. El pánico se apoderó de cada centímetro de su ser y oyó el castañeteo de sus dientes.

Entonces, un par de labios húmedos como sanguijuelas treparon por su cara.

—Jimmy, buscar el placer no es pecado. No tengas miedo —le

susurró al oído un aliento mentolado.

Aquella noche Gam-ho durmió profundamente. Al despertar, el sol le quemaba en la nariz. Se incorporó de un brinco y comenzó a buscar su ropa, esparcida por la cama.

«Mierda, se ha pasado la hora del desayuno de la señora».

Al pensar en ella le dio un vuelco el corazón: comenzaba a recordar la noche anterior. Quizá no había sido más que un sueño espantoso, otra de las estrambóticas pesadillas que no dejaba de tener en los últimos tiempos. Se tranquilizó con esas palabras y siguió buscando su ropa, que no lograba encontrar. Cuando retiró la colcha vio que en las sábanas había una mancha del tamaño de un puño. Al pasar los dedos por los bordes irregulares notó que estaba medio seca. Se sentó de golpe, con el corazón hecho jirones.

No había sido un sueño. Había sido real.

Estuvo sentado en el borde de la cama conmocionado un buen rato hasta que no pudo más; se disponía a levantarse cuando vio que de debajo de la almohada sobresalía una prenda negra que debían de ser sus pantalones. Al estirarlos, sacó con ellos un papel. Tenía impresa una cabeza coronada que le resultaba familiar: la reina de Inglaterra.

Era un billete de cinco dólares canadienses. Tenerlo en las manos lo despabiló por completo.

Se levantó de la cama, se vistió y comenzó a preparar su equipaje, que por fortuna era muy simple: tres o cuatro mudas de ropa, un par de zapatos y las cartas de su madre. Aún conservaba el hatillo con el que había llegado a aquella casa, aunque estaba muy viejo y había perdido la tonalidad oscura del añil original. Metió todas sus pertenencias, lo cerró con un nudo y se lo echó al hombro. Apenas abultaba.

No sabía quién sería su próximo patrón, ni si su próxima comida sería fría o caliente. Tampoco sabía cómo le explicaría lo sucedido a su padre. Sin embargo, todo eso podía decidirlo más tarde, cuando ya hubiera emprendido el camino. Lo más importante en ese momento era no perder ni un minuto más y marcharse. Cuando estaba a punto de salir oyó que Jenny daba un alarido.

—¡Mamiiii!

Gam-ho tiró el hatillo a un lado y corrió escaleras arriba. Encontró a la señora Henderson dentro de la bañera. Sus pálidos

brazos estaban extendidos, colgando por fuera, y por una de las muñecas le bajaba un gusano rojo. Gam-ho sintió como si una fuerza no le dejase despegar los zapatos del suelo, bajó la vista y vio que había un charco de espesa salsa de tomate.

Entonces cayó en la cuenta de que era sangre, sangre de la señora Henderson.

Gam-ho se rasgó la ropa y con un retal le vendó con fuerza la muñeca.

—¿Por qué?, ¿por qué?

La señora Henderson tenía los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo.

En el agua de la bañera, los bajos del camisón se habían hinchado en una burbuja abultada. Las mariposas se humedecían a medida que la burbuja se deshinchaba.

—¿Es que quiere matarme del susto? —lloraba
Gam-ho,
sin saber lo que hacía. Solo sentía cómo un agua salada le levantaba la piel de las mejillas.

La señora Henderson entreabrió los ojos pero los cerró enseguida.

—Ya sé que quieres irte —murmuraba, sollozando—; tú, Jenny y él también. Todos queréis iros y dejarme aquí sola.

Gam-ho, asiendo con fuerza el trapo anudado a la muñeca y sujetando con la otra mano a la señora del cuello, intentaba incorporarla, pero su cuerpo estaba rígido como el acero y el muchacho no podía mantenerlo en el aire más que unos segundos. Lo intentaba una y otra vez, y en cada tentativa se le mojaba más la ropa, formando un charco en el suelo.

—Levántese, por favor —suplicaba—, si se levanta y deja que llame al doctor Walsh, no me iré. ¡Le juro por Dios que no me iré!
En cuanto salió a la calle,
Gam-ho
se fijó en el cielo, que aquel día era de un azul radiante; hacía un mes que no veía un cielo así. Tras su intento de suicidio, la señora Hender-son se hallaba muy débil y no podía dar un paso sin ayuda, por lo que
Gam-ho
no había disfrutado hasta entonces de un día libre. Había pasado

tanto tiempo encerrado en la casa que no se había dado cuenta de que el verano ya había hecho acto de presencia. Las lilas estaban en flor, al igual que los cerezos, los manzanos y los perales que llenaban las calles. Comenzaban a verse minúsculos y verdes frutos y a

Gam-ho

se le hacía la boca agua. Los cuervos graznaban revoloteando por encima de las copas, pero ya no lo asustaban como antaño. Aunque abundaban en la Montaña del Oro, si de verdad eran una señal de mala suerte, era una mala suerte compartida con el resto de la ciudad, así que, de caerse el cielo, no lo haría únicamente sobre su cabeza. Nada podía abatir su ánimo aquel día.

Llevaba la mano en el bolsillo del pantalón, agarrando con fuerza un paquete. A través de la tela que los envolvía, sentía la caricia de los billetes en su mano. Los había contado innumerables veces. Recordaba incluso cómo había obtenido cada uno de ellos: el de diez dólares con un improperio escrito en el dorso provenía de su primer sueldo; el de cinco dólares con la esquina superior izquierda ligeramente despuntada era de la paga extraordinaria que le dieron los Henderson la segunda Navidad que pasó en su casa, y el de cinco dólares en que la reina tenía un orificio nasal pintado de negro era el que la señora Henderson le había dejado debajo de la almohada.

Exceptuando el dinero que enviaba a su madre y el que daba a su padre cada dos meses para los gastos del hogar, guardaba todas y cada una de las monedas. Fat sabía que su hijo tenía algo ahorrado, pero no se imaginaba la cifra que había logrado reunir. Fat solía decirle que estiraba el dinero en exceso, que no debía ser tan tacaño; le recriminaba que no le hubiera hecho un solo regalo a su sobrina recién nacida, pero

Gam-ho

aguantaba todo aquello sin replicar. Pensaba que aquel paquete era un pequeño barril que debía llenar gota a gota, y que el día que lo colmara por fin podría hablar. Aquel ansiado día acababa de llegar.

Cuando entró en la casa solo encontró a su padre y a su sobrina

Jin-ling,

que ya tenía cinco meses y dormitaba en una colcha extendida sobre la cama. Mau-ngan trabajaba de camarera en una casa de té

llamada Lai Zi Gok seis días a la semana, así que
Jin-ling
pasaba todo el día en casa, menos las dos veces al día que
Gam-san
se la llevaba a su madre al trabajo para que la amamantara.

Fat estaba moliendo una barra de tinta. El negocio de escribiente de cartas y poemas no iba bien: a menudo preparaba la tinta por la mañana y al llegar la tarde se había solidificado sin que nadie hubiera requerido sus servicios. Fat, que había vivido una vida intensa y había sido capaz de soportar los mayores sufrimientos imaginables, era incapaz de resistir una cosa: estar ocioso. Cuando no tenía nada que hacer, se le agriaba el carácter sobremanera.

—¡Hombre!, pero si te has dignado visitar a tu familia… —dijo irónicamente, arrugando la nariz al ver a su hijo.

—La señora Henderson se puso enferma y el señor no me dejaba librar —replicó
Gam-ho
con una sonrisa.

—Menuda mujer fue a elegir el señor Henderson… En su lugar, un hombre del pueblo ya se habría buscado otra.

—El señor Henderson tiene su parte de culpa —replicó
Gam-ho
—. Si tratara mejor a su esposa, ella no estaría así.

—¡Tú qué sabrás! —le gritó su padre, apartando la barra de tinta.

En lugar de molestarse,
Gam-ho
respondió con una sonrisa. Aquel día nada podía borrársela; estaba pletórico, rebosante de satisfacción, como de agua el río sin nombre de su pueblo tras un buen aguacero.

—¿Y mi hermano? ¿Está mejor de lo suyo? —preguntó.

Dos meses atrás, cuando se dirigía a Port Hope para una sesión de fotos,
Gam-san
se había caído del caballo y se había roto una pierna. Aunque le habían recolocado el hueso, aún no podía andar bien.

—¡Y un cuerno, mejor! —contestó su padre—. Le ha dolido la pierna toda la noche, y esta mañana se ha ido a visitar a un médico

chino para que le prepare un ungüento.

En ese momento Jin-ling se despertó y rompió a llorar, estirando los brazos en el aire. A esa edad los niños crecen muy rápido y a Gam-ho le pareció mucho más grande que la última vez que la había visto. La cogió, se sacó un billete de veinte dólares del bolsillo y se lo metió en la ropa.

—No llores, anda, no llores —decía—, que el tío te da dinero para caramelos…

—Uy, qué generoso… —exclamó Fat con tono irónico—. ¿Es que te has encontrado un saco de billetes?

Gam-ho dejó a Jin-ling sobre la cama, sacó el paquete del bolsillo y se lo mostró a su padre.

—Sí que he encontrado un saco, sí. Mire: quinientos veintinueve dólares con ochenta y cinco centavos. Cuéntelos.

Fat abrió el paquete y descubrió, sorprendido, una montaña de billetes de todos los tamaños, además de algunas monedas.

—Es el dinero para que venga mi madre. Escríbale usted mismo y dígale que se informe de cuándo zarpa el próximo barco.

Tembloroso, Fat fue encogiendo la figura hasta que terminó cayendo al suelo. Entonces comenzó a tirarse del pelo como si quisiera arrancárselo.

—¡Qué mal he hecho yo en esta vida para merecer semejante burla! —gimió, desolado.

Gam-ho pensó que su padre comenzaba a perder la cabeza y se disponía a ayudarlo a incorporarse, pero Fat lo rechazó con un empellón y le señaló la cama:

—¡Lee! Lee y verás.

Encima de la cama había un ejemplar del *Chinese Times*. Un círculo de tinta rodeaba un artículo.

> El Parlamento de Canadá ha aprobado una nueva ley en virtud de la cual a partir de hoy los ciudadanos chinos tienen prohibido inmigrar a Canadá, a excepción del personal consular, los comerciantes (excluyendo a los propietarios de negocios como restaurantes o lavanderías) y los estudiantes de la Universidad de Canadá. Tampoco podrán hacerlo las familias de los chinos que en la actualidad residen en el territorio nacional.

Los chinos que se hallan en territorio nacional tienen un año para inscribirse en un registro del gobierno; quienes no lo hagan serán deportados. Si desean abandonar temporalmente el país para regresar a China deberán volver antes de dos años si no quieren perder dicho derecho. Vancouver ha sido designada el único puerto de entrada, y los buques que arriben solo podrán llevar a bordo un chino por cada doscientas cincuenta toneladas de carga.

«Cuando se inició la construcción del país tal como lo conocemos, Canadá no era más que una extensión de terreno árido y desolado. Los inmigrantes chinos pusimos el pie en esta tierra extraña y, sin temer al calor ni al trabajo duro, nos rompimos la espalda abriendo boquetes y caminos. No puede decirse que nos falten motivos de honra. Sin embargo, tras haberse servido de nosotros, una vez finalizada la construcción del ferrocarril comenzaron a multiplicarse los impedimentos para que siguiésemos trabajando. El impuesto de capitación es algo inaudito en el mundo. La aprobación de la estricta Ley de Inmigración es un insulto a nuestro país y al carácter de nuestro pueblo que impide a los chinos de ultramar reunirse con sus familias. Cientos de miles de familias quedan desde ahora permanentemente separadas por un océano. La diplomacia de nuestro país ha corrido en nuestra ayuda pero, dada la débil posición de nuestra nación, la mediación va a servir de poco. ¡Qué gran escarnio se ve obligado a soportar el desdichado emigrante chino!».

(El presente artículo incluye pasajes tomados de un aviso de la Asociación China de Victoria con fecha del 6 de mayo de 1924).

Gam-ho tiró el periódico y también se derrumbó. Padre e hijo estaban de rodillas en el suelo sujetándose la cabeza con las manos, ajenos al berrinche de

Jin-ling.

Habían oído la expresión «cruel burla del destino», pero era la primera vez que la experimentaban en primera persona. Durante ocho años, el destino le había proporcionado a

Gam-ho

la posibilidad de ahorrar centavo tras centavo y ahora, cuando estaba a punto de lograr su ansiado objetivo, le ponía la zancadilla.

Gam-ho sintió que una extraña sensación le nacía en el pecho y

le subía por la garganta; pensó que se trataba de un suspiro pero, cuando llegó a la boca, se había convertido en un murmullo de risa que se hizo cada vez más grande, como una bola de nieve rodando montaña abajo, y acabó convertido en una incontrolable carcajada histérica. Su padre, asustado, pensó que había perdido la cordura e iba a golpearle la espalda, pero entonces

Gam-ho

echó un escupitajo, se serenó y se puso en pie.

—¿Y la Asociación China? —preguntó, limpiándose con la manga—. Bien que se hacen oír cuando hay que pagar la cuota… y ahora, ¿dónde se meten?

—Últimamente se han reunido a menudo para decidir qué hacer —repuso Fat—; tu hermano va siempre. Tanto la asociación de aquí como la de Victoria, la de Montreal y las de todas partes enviaron representantes al Parlamento para protestar, pero no sirvió de nada. Nosotros los chinos no tenemos fuerza para oponernos al gobierno; no la tenemos ni para oponernos al nuestro, así que menos aún contra el de aquí.

Gam-ho se fijó en que la cicatriz que atravesaba más de la mitad del rostro de su padre se había encogido. En lugar de un gusano, parecía una grieta leve en la porcelana; incluso su color era más claro. Su padre había envejecido mucho. En su juventud no se habría resignado, habría luchado con uñas y dientes, contra viento y marea, ya fuera oponiéndose a su propio gobierno o al de los blancos.

—Pues si mi madre no puede venir, vaya usted a su lado. Luego, en un par de años, si le apetece volver, vuelva —dijo

Gam-ho.

Fat no articuló palabra.

Alargó las manos para coger con fuerza el dinero del paquete. Lo asía como si estuviera abrazando su propia vida.

—Gam-ho, este dinero se lo prestas a tu padre —sentenció.

Aunque había hablado con su acostumbrado tono de severidad, el muchacho pudo distinguir en sus ojos un atisbo de ruego, de imploración. Nunca lo había visto así, y se compadeció de él.

—Es suyo, haga con él lo que quiera.

Los ojos de Fat, hasta entonces inertes como el cemento, cobraron vida.

—Podemos dividirlo en dos partes, una grande y una pequeña. La grande servirá para que tu hermano os lleve a ti y a la niña a ver a tu madre y para que busque un buen médico de medicina tradicional china que le cure la pierna. Aprovechando que él estará allí, que tu madre te case con alguna muchacha del pueblo. La parte más pequeña me la quedo yo en préstamo. Permaneced en Hoiping un par de años y yo aquí, en la Montaña del Oro, veré qué negocios puedo hacer para prosperar… la suerte no me dará la espalda toda la vida.

Habló con los mismos ojos ávidos de codicia con los que el apostador suplica una última ronda.

—Padre, a su edad debería dejar de trabajar… ¿Por qué no descansa de una vez?, entre mi hermano y yo podemos cuidar de usted perfectamente.

Fat tensó el cuello de repente.

—Dos años. Dos años te pido, nada más. Cuando volváis te reembolsaré hasta el último centavo. Ahora, así, con una mano atrás y otra delante, no puedo volver al pueblo.

Sobre la cama, Jin-ling se había quedado sin fuerzas para llorar y gimoteaba. Gam-ho fue a cogerla y vio que le había salido un chichón en la frente del tamaño de un huevo.

—Entonces, que se vuelva mi hermano solo —dijo
Gam-ho
con un suspiro—. Yo no puedo. Le prometí a la señora Henderson que me quedaría. Es una cuestión de vida o muerte.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Decimoséptimo año de la República de China (1928)

El opio líquido era cada vez más difícil de conseguir. La policía había registrado el colmado Gwong Coeng de arriba abajo en varias ocasiones, por lo que tuvieron que esconderlo mejor. Gam-ho, cliente habitual desde hacía más de una década, había desarrollado tal olfato que habría podido hallar opio en lo alto de una montaña o

en el fondo del mar. El problema era que su precio se había disparado, igualando el del oro. Cuando el señor Hender-son se enteró de la cifra astronómica que había alcanzado aquella medicina china, la dependencia de la señora Henderson era ya total. El hombre no discutió, pero comenzó a limitar el dinero. La señora Henderson debía hacer grandes esfuerzos para arrancarle unos centavos.

Se vio obligada a buscar otra clase de remedios para mitigar el dolor.

Un día, la señora Henderson acababa de acompañar a Jenny al coche que la llevaba a la escuela cuando comenzaron a dolerle las rodillas. Era como si tuviese un nido de ratas hambrientas aguardando el momento de morderla, y se encontrara indefensa ante ellas: la digitopresión que había estado practicándole

Gam-ho

había dejado de ser efectiva.

Quiso gritar, pero las ratas fueron más rápidas que ella y, de una sola dentellada, la hicieron enmudecer. Sus ojos vieron cómo el señor Henderson salía con su cavalier spaniel de la correa, pasaba junto a ella, abría la puerta de la verja y la cerraba tras de sí. El señor Henderson se había jubilado y ahora ostentaba un alto cargo como asesor en una asociación mercantil que se reunía una o dos veces por semana y en la que únicamente debía echar un vistazo a algunos documentos y firmarlos. De la noche a la mañana disponía de mucho tiempo libre, y una de las maneras de matarlo era pasear al perro. Lo sacaba después de cada comida. Eran los momentos estelares de su vida de jubilado, y solo renunciaba a ellos por causas extremas. Los ataques de artritis de la señora Henderson no se incluían en esa categoría.

Aquel era el tercer perro que tenían, los anteriores habían sido golden retriever. El primero murió, mientras que el segundo se extravió una vez que el señor Hender-son lo había sacado mal atado. Le había llamado la atención una perra callejera y salió tras ella para no volver jamás; el señor Henderson se había culpado durante mucho tiempo.

Después de jubilarse, la cabeza del señor Henderson comenzó a jugarle malas pasadas y poco a poco perdió de vista todo lo relacionado con las personas. Sin embargo, las cuestiones que

afectaban a los perros las tenía muy claras, de modo que los animales se convirtieron en una manera de registrar el paso del tiempo. Hablaba de «la primavera que llegó Chispas», «cuando Patilargo me destrozó aquel par de zapatos italianos» o «la vez que Rambo cogió tiña».

Cuando el señor Henderson se llevó a Rambo a pasear,

Gam-ho

estaba en la cocina fregando los cacharros del desayuno. Eran poca cosa, las tazas del café y los platos de los bollos, pero

Gam-ho

pasó mucho tiempo en el fregadero. El agua corría sobre cada pieza mientras él les daba vueltas y más vueltas, aclarándolas varias veces. Tenía los ojos puestos en los platos, pero la mente estaba en otro lugar: en la carta que le había escrito su madre y que llevaba en el bolsillo del pantalón. Se la había enviado a su padre, pero le pedía que se la hiciera llegar a

Gam-ho.

Dentro había una foto minúscula, no mayor que la yema del dedo pulgar, pero aun así se distinguía el rostro redondeado de una joven. Su aspecto era el de cualquier otra muchacha de pueblo. Tenía los pómulos pronunciados, los labios gruesos y una mirada perdida que tanto podía ser de tristeza como de alegría.

Se llamaba Keoi Jin-wan, era una pariente lejana de los Keoi de Zimin y vivía en Waijoeng, explicaba su madre en la carta. Tenía dieciocho años, sabía leer y escribir, había estudiado hasta primaria y sus ocho caracteres natales eran compatibles con los de él.

No era la primera vez que

Gam-ho

veía una fotografía como aquella. Cuando

Gam-san,

tres años atrás, había vuelto de visitar a su madre en Zimin, esta le había hecho llegar seis fotos parecidas. En realidad, la casamentera le había dado muchas más, pero

Luk-zi

se había encargado de cribarlas: había eliminado a todas las candidatas que no habían ido al colegio, porque le gustaban las mujeres que sabían leer y escribir. Durante los dos años que

Gam-san

había estado en el pueblo con
Mau-ngan
y
Jin-ling,
Luk-zi
no se había avenido con su nuera: la menospreciaba por no ser capaz de escribir ni su propio nombre.

Gam-ho conservaba todas aquellas fotos de desconocidas que su madre le había enviado a lo largo de los años. En ocasiones las sacaba y las colocaba sobre la cama, unas al lado de otras, sintiéndose el Emperador en la Ciudad Prohibida escogiendo concubina entre incontables bellezas.

Sin embargo, aunque a veces se permitiera fantasear de aquella manera, mantenía los pies firmemente anclados en el suelo. Gam-ho sabía que no podía elegir a ninguna de aquellas muchachas, pues de hacerlo estaría condenando a la escogida a vivir separada de él durante largos períodos, exactamente como sus padres. Él prefería llevar una vida de soltería a pasarla penando por no poder reunirse con su esposa.

En el barrio chino había muchos hombres en una situación similar. Como no sabían estar sin una mujer, buscaban una india con la que convivían y tenían hijos sin mediar papeles. Una vez le habían propuesto a su padre que eligiera una para
Gam-ho.

—Claro, ya puestos, ¿por qué no lo junto con una perra? —había respondido Fat, molesto.

—Padre, hay indias guapas y trabajadoras —le dijo
Gam-san,
riendo—, igual que chinas feas y holgazanas. No hay que generalizar.

—Y cuando naciera un varón —repuso Fat—, ¿a qué ancestros lo encomendaría? No sería ni dragón ni águila.

Gam-san no contaba con autoridad para responder, pues
Mau-ngan
aún no había dado un nieto varón a los Fong.

Gam-ho tenía sus propios planes. Estaba ahorrando en secreto a la espera de reunir el dinero suficiente para llevarse a su padre al pueblo definitivamente. Con el dinero que su hijo le había prestado,

Fat había abierto un pequeño restaurante. Había contratado a un cocinero porque él no sabía cocinar, pero el cocinero tenía las manos largas. Sin embargo, Fat no podía demostrarlo y no se atrevía a recriminarle nada. La recaudación mensual le permitía pagar su sueldo y poco más; llevaba así varios años. Gam-ho y Gam-san le pedían que lo dejara, pero él se negaba en redondo. Se escudaba en que aún no había saldado sus deudas, pero Gam-ho sabía que su padre aspiraba en secreto a presentarse ante su esposa con los bolsillos llenos. Fat había envejecido mucho y ya no tenía las energías de antaño, pero su amor propio le impedía volver junto a su mujer con el rabo entre las piernas. Podía aceptar andar con la cabeza gacha delante de cualquiera menos de ella.

En realidad, la actitud de Gam-ho hacia las mujeres era totalmente distinta de la de los jóvenes solteros del barrio chino, que se desvivían por estar con una. Su padre lo llamaba cobardica y su hermano le decía que se había alelado en casa de los Henderson. Ante esos comentarios, él reía por lo bajo y no contestaba, pues guardaba un secreto que ni su padre ni su hermano podían imaginar.

Cuando entró a servir en casa de los Henderson no era más que una semilla. La señora Henderson le proporcionó el agua y la luz que lo hicieron germinar y convertirse en una frondosa planta. Había entrado en aquella casa siendo un muchacho enclenque y se había convertido en un joven fornido y musculoso. Sin embargo, sentía que sus músculos no eran más que carne muerta si no estaba cerca de la señora. Y es que la señora Henderson había malacostumbrado a cada hueso y cada fibra de su cuerpo, lo había malcriado, lo había saciado. Por eso él no se contentaba con segundos platos.

Como en las ocasiones anteriores, podría haber guardado la foto e ignorado el tema, pero no aquel día. Aquel día la carta de su madre contenía una frase que se le clavaba en el alma. No le dolía, pero le escocía, no lo dejaba tranquilo.

Le había escrito: «A este paso, como sigas negándote, tu padre se morirá sin conocer un nieto varón».

Aquello le recordó que ese año su padre cumpliría los sesenta y cinco, según el cómputo occidental. A la manera de Zimin, que añadía un año por el nacimiento y otro por el primer Año Nuevo de la vida de una persona, su padre cumpliría sesenta y siete.

En el pueblo decían: «Desde antiguo es gran proeza el llegar a los setenta». Su padre estaba rozando esa edad mítica, le faltaban solo tres años para alcanzarla. La idea le produjo escalofríos. Se secó las manos en el delantal, sacó la foto del sobre, se la puso en un bolsillo interior y se dirigió al salón.

«No puedo esperar más, tengo que decírselo. De hoy no puede pasar».

Encontró a la señora Henderson hecha un ovillo en el suelo y con perlas de sudor en la frente: volvían a dolerle los huesos. Gam-ho se disponía a ayudarla, pero ella señaló la cocina: quería opio. Lo había comprado la semana anterior, pero ya solo quedaba el poso y no podía comprar más porque aún faltaban tres días para que el señor Henderson le diera dinero para los gastos de la casa. De modo que llenó la botella de agua, le añadió media cucharadita de azúcar moreno para darle color y le sirvió una taza a la señora Henderson.

Apenas dio un sorbo, golpeó la taza contra el suelo.

—Jimmy, también tú has aprendido a engañarme.

La taza se había roto en mil pedazos, salvo el asa, que se había desprendido y seguía en la mano de la mujer. El líquido había formado un río oscuro en el suelo. Gam-ho advirtió que el dedo que aferraba el asa estaba agarrotado y pensó que apenas quedaba nada que los bichos pudieran morder. El opio los exterminaba, pero enseguida surgían más. El dinero del señor Henderson, en cambio, iba menguando centavo a centavo.

Gam-ho se agachó y, mientras recogía los añicos, se preguntó si debía ir a comprar opio con su dinero. A continuación cargó con la señora Henderson y la depositó sobre la cama. Cogió una toalla y le secó el sudor de la frente. La mujer alargó la mano y le agarró la camisa; se aferraba a ella como minutos antes se había aferrado a la taza. Gam-ho se apartó y se arrancó un botón. Aquel día no se hallaba con ánimos, pero la señora Henderson no estaba dispuesta a dejarlo marchar: le introdujo las manos bajo la camisa y descendió hasta encontrar lo que buscaba. Sus manos seguían recordando dos

serpientes, ahora ásperas y rugosas, que rascaban la piel de Gam-ho a su paso.

Molesto, el muchacho se las apartó con brusquedad, le rasgó la falda, le separó las piernas y comenzó a embestirla con rabia. Habitualmente era ella quien llevaba la voz cantante y, por más ansias que él sintiese, la voluntad de la señora Henderson primaba sobre la suya. Sin embargo, aquel día fue muy rudo y la atacó sin miramientos, para sorpresa de ella, que se llevó la mano al pecho del susto. Enseguida advirtió que el dolor de huesos había desaparecido.

No era ninguna novedad. Sabía que los bichos que le roían los huesos no la temían y se burlaban de su cuerpo decrépito, pero que a él sí lo temían. Temían su vigor como el rocío la luz del sol. Él era su nuevo remedio contra el dolor, un remedio que, salvo a Dios, no podía confesarle a nadie.

Una vez aliviada la pulsión de su cuerpo, Gam-ho se sintió algo intranquilo. Cuando levantó la mirada y le vio las mejillas sonrosadas, el pelo húmedo en la frente y una sonrisa de satisfacción, se serenó.

Desde que comenzaron aquellos encuentros, el velo que los distanciaba había caído y Gam-ho había comenzado a ganar seguridad ante ella. Al principio, la señora Henderson se preguntó si debía darle dinero. La primera vez, Gam-ho había cogido el billete que le había dejado debajo de la almohada, pero después empezó a gustarle y lo echaba de menos si transcurrían varios días sin hacerlo, de modo que no quiso seguir aceptando dinero. En una ocasión, delante de ella, arrugó un billete de dos dólares y lo tiró a la papelera. Desde entonces, la mujer no había vuelto a ofrecerle dinero. Gam-ho dejó de sentirse a merced de sus caprichos e hizo que colaborara en satisfacer sus deseos. Cada Navidad, el señor Henderson le daba un sobre con una cuantiosa paga extraordinaria y, con unas palmadas en la espalda, le decía en voz baja:

—Contigo la señora ha aplacado su carácter, no te imaginas los

dolores de cabeza que me evitas.

Gam-ho aceptaba el pesado sobre con una mezcla de vergüenza y orgullo.

Mientras ayudaba a la señora Henderson a vestirse reparó en lo ligeros que se habían vuelto sus brazos, como si no tuvieran huesos, una languidez que no existía unos instantes antes. Aquel verano había adelgazado sobremanera y sus pequeños pero firmes senos parecían ahora dos peras arrugadas al sol. Pensó que les había sacado todo el jugo y se sintió culpable. Sin embargo, aquel día no habría culpabilidad que lo silenciara, aquel día debía hablar.

Sacó la foto del bolsillo de la camisa y se la enseñó.

—Señora, quiero volver a mi pueblo una temporada para casarme con esta mujer.

La señora Henderson no dijo nada. Ni siquiera miró la foto.

Gam-ho casi pudo oír cómo la mujer se hundía. Con la mirada fija en la pared, sus ojos eran dos pozos oscuros y secos, llenos de piedras.

No se atrevía a mirarla. Se observaba las palmas de las manos.

—T… tengo que ir… Mi padre… nietos… —se oyó decir a sí mismo.

Hubo un largo silencio. Al cabo,

Gam-ho

vio que las piedras se movían y percibió un susurro en el aire:

—Medio año. Te doy medio año —dijo la señora Henderson.

Mi querido esposo:

Gam-ho lleva con nosotros cinco días. A causa de lo apresurado de su viaje, ayer celebramos la boda deprisa y corriendo y de manera discreta. El ambiente en el que vivimos aquí es muy volátil, abundan los bandidos y no nos atrevemos a llamar la atención. Mandamos los regalos nupciales para los Keoi de noche y a escondidas, y ellos actuaron de la misma manera. Tenemos suerte de contar con

Mak-dau,

que custodia la casa armado; así me siento más tranquila. En un mundo tan caótico como este, las pistolas dan mucha seguridad, así que el año que viene quizá compremos más. El banquete de bodas fue sencillo, tan solo invitamos a la familia, apenas una decena de mesas. Gam-ho ya no es el muchacho endeble que se fue a la Montaña del Oro. Lo miro y

casi no lo reconozco.

Cuando te marchaste la última vez aún llevaba a

Gam-sau

en mi vientre. Ahora tiene dieciséis años y nunca ha visto a su padre. Va a graduarse y está preparando el examen de ingreso en la academia provincial de profesores. Como en estos tiempos no es bueno que una mujer esté sola, quiero casarla con Jyun, el hijo de

Mak-dau.

Sé que nuestras familias no pertenecen a la misma clase, pero Jyun es un joven con grandes aspiraciones y en la escuela siempre ha sido el primero. Quién sabe, tal vez tenga un futuro prometedor. Gam-sau y él se han criado juntos y me consta que los une un gran cariño. ¿Qué opinas? Si das tu consentimiento, organizaré los preparativos para que este otoño se prometan, y cuando ella se gradúe en la academia de profesores se casen. Entonces tendrás que venir a presidir la boda.

Gam-ho me ha dicho que te empeñas en retrasar tu vuelta porque quieres ganar más dinero. No te quepa duda de que con las rentas que dan las tierras tenemos la vida más que asegurada. Pasan los años y ya no eres un joven-cito. Además, no es bueno vivir tanto tiempo lejos de la patria. Espero que recapacites y te des cuenta de que incluso el árbol más alto se lo debe todo a sus raíces. Aquí, en el pueblo, hemos limpiado la hierba sobre la tumba de tu madre en numerosas ocasiones. Pero, aunque hagamos lo posible por cuidarla y honrarla puntualmente, nada puede compararse a que el hijo se postre ante ella.

¿Está mejor Gam-san de su pierna? Supongo que

Jin-ling

va ya a la escuela. Que aprenda la ciencia de Occidente, pero procurad que no descuide la gloria de nuestra cultura que es la lengua china. Sin otro particular, se despide, esperando que esta carta te encuentre bien de salud, la tonta de tu esposa,

Jin

Zimin, a día 9 de enero del decimoctavo año de la República de China

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Decimonoveno año de la República de China (1930)

Aquel día, el restaurante de Fat había hecho muy poca caja. Apenas había entrado un puñado de clientes y todos habían pedido lo más barato de la carta: una ración pequeña de arroz con cerdo. El cocinero acababa de despertarse de una larga siesta, recostado sobre la barra que daba a la cocina. Se tomó un buen cuenco de arroz con cerdo y, tras limpiarse el aceite de la boca, cortó un gran pedazo de carne de cerdo adobada que envolvió en hojas de loto para llevárselo a casa. Aquello no le gustó a Fat; pensaba conservar aquella carne en frío para venderla al día siguiente. Sin embargo, considerando que decírselo al cocinero resultaría muy brusco, se aguantó largo rato, fingiendo no haberlo visto, pero la rabia lo consumía por dentro.

Después de recoger la carne restante colgó una cinta amarilla en la puerta del restaurante. Era la víspera del Día Nacional de Canadá y del séptimo aniversario de la promulgación de la Ley de Inmigración de Chinos. En protesta a dicha ley, la Asociación China había enviado una circular instando a colgar, en lugar de la bandera canadiense, una cinta amarilla como símbolo del que rebautizaron como «Día de la Humillación». También se habían distribuido insignias con el carácter chino para «China» que todos debían lucir en esa fecha. Fat había seguido las consignas todos los años y había conminado a sus hijos a ponerse las insignias. Sin embargo, a pesar de que siempre había concentraciones y los periódicos las mencionaban, lo cierto era que la situación no mejoraba. Fat había perdido la esperanza.

Casi a la hora de cerrar entró una mujer, que pidió una ración de fideos fritos con pato y Fat tuvo que volver a sacar la carne de pato que había guardado para el día siguiente y cortar unas láminas. Cuando los fideos estuvieron listos, la mujer se sentó a una de las mesas. El restaurante de Fat era minúsculo, solo tenía dos mesas pequeñas y cuatro viejas sillas de madera, por lo que los

clientes solían pedir la comida para llevar. La mujer escogió la silla que le pareció más limpia y la limpió con un pañuelo. Solo entonces se sentó.

Vestía una blusa gris con las mangas algo desgastadas y una falda negra que había perdido color con los lavados, aunque su aspecto no era descuidado. Debía de rondar los cincuenta, tenía algunas canas y llevaba el pelo recogido en un moño con un jazmín encima. A pesar de su delgadez, estaba bien proporcionada y caminaba irguiendo la cabeza con aire de distinción. También ella llevaba prendida de la solapa una de las insignias que repartía la Asociación China. Sin embargo, a Fat no le resultaba familiar. En los últimos años se había restringido la llegada de inmigrantes, por lo que se veían muy pocas mujeres chinas en el barrio. Fat las conocía a todas, pero no a ella.

—¿Es usted de otra ciudad? —le preguntó mientras le servía los fideos con pato y un vaso de leche de soja.

La mujer asintió con la cabeza sin hablar, limpió los palillos con el pañuelo y empezó a comer. Lo hacía muy lentamente, cogiendo los fideos uno a uno como si desenrollara el hilo de una madeja. Tenía la mirada ausente y las orejas bien aguzadas, como las de un conejillo asustado.

Fat estaba deseando volver a casa, pero no quería acuciarla. Al ver que su vaso de leche de soja estaba casi vacío, se dispuso a rellenarlo, pero la mujer le indicó con la mano que no quería más.

—No se apure, que invita la casa. Es usted mi última cliente del día y, si no se la bebe usted, tendré que tirarla.

Entonces aceptó y siguió comiendo con parsimonia.

—¿De dónde es? —preguntó ella.

—De aquí al lado —respondió Fat, creyendo que se refería a la leche de soja—, la preparan todos los días.

—No —repuso, riendo—. Digo aquello, el disco.

Fat cayó en la cuenta de que la mujer había estado comiendo despacio para escuchar la música del gramófono que tenía en la barra de la cocina. Cuando no había clientes, solía escuchar ópera china. Tanto los discos como el aparato eran muy viejos y emitían un siseo constante que a veces interrumpía algún salto.

—Me lo regalaron hace muchos años. ¿Le gusta la ópera cantonesa?

La mujer cerró los ojos y tarareó varias estrofas. Su voz era tan melodiosa que Fat no pudo reprimir las ganas de sumarse a ella. Tanto ella, a cargo de la melodía, como él, tarareando el acompañamiento, seguían el ritmo a la perfección.

—¿Alguna vez vio actuar a Gam San Wan? —preguntó la mujer.

—Cuando vino a Vancouver no falté a ninguna de sus actuaciones. En primera fila, en el centro, la entrada no costaba más que dos centavos: una ganga.

—¿Cómo cantaba?

—Por aquel entonces aún no era famosa, pero ya interpretaba los papeles masculinos con una potencia vocal que no habrían podido igualar ni cien hombres juntos. Hacía temblar los cimientos. La primera vez que la oí supe que estaba destinada a ser una gran estrella.

—¿Tiene usted un cigarrillo? —preguntó la mujer, extendiendo con delicadeza sus finos dedos.

Fat encendió uno para ella y otro para él. Al verle los dientes cubiertos de un velo pajizo, dedujo que llevaba años fumando. Mostró una gran soltura al hacerlo, con las piernas cruzadas, el cuello estirado y el cigarrillo pinzado con los dedos. Soltó varios aros de humo que se alejaron lentamente de su boca y ascendieron cada vez más hasta toparse con el techo y desaparecer.

—¿De verdad piensa eso de Gam San Wan? —preguntó la mujer.

—Soy un ferviente admirador suyo —confesó Fat, riendo como un crío—. Caminé una hora todas las noches para verla, y al término de cada función la esperaba para hablar con ella. Pero entonces yo no era más que un trabajador de una planta envasadora de pescado y a ella la aguardaba un ricachón con un coche en la puerta para llevársela a cenar. Después de la última función me regaló un disco, precisamente el que suena en el gramófono.

La mujer se acercó a él y, mirándolo con fijeza, dijo:

—Con los años se le ha suavizado la cicatriz de la cara.

Fat abrió los ojos, lleno de asombro, y dijo:

—¿U… usted es… Gam San Wan?

—Ah… de aquello ha pasado una eternidad —respondió sin confirmar ni desmentir.

Tras saltar a la fama en San Francisco, Gam San Wan llamó la atención de un rico apellidado Huang. Se casó con él, dejó la ópera

y se marchó a vivir a Honolulú, donde pasó varios años. Sin embargo, los negocios de su marido se cruzaron con la mafia y fue asesinado en un fumadero. Gam San Wan se vio obligada a volver a San Francisco y retomar su carrera. No obstante, con el paso de los años Gam San Wan, que ya no era conocida, solo conseguía papeles secundarios. Al cabo de un tiempo, su voz perdió potencia y dejaron de ofrecerle papeles, por lo que tuvo que irse a vivir con su hermano, Gam San Jing, que había dejado los escenarios hacía años y había abierto un colmado en Montreal. Gam San Jing había muerto de tuberculosis un mes atrás y ella había decidido volver a Vancouver, pues no simpatizaba con su cuñada.

—¿Dónde vive ahora? ¿A qué se dedica? —preguntó Fat.

—Ayudo con el vestuario y la utilería de una compañía teatral —explicó—. Me han cedido un rincón en el sótano para que viva allí y me ahorre un alquiler.

—¿Cobra un sueldo?

—Lo bastante para un cuenco de fideos.

Fat suspiró apenado. Que una actriz de renombre como ella tuviese que verse en aquella situación… No tenía palabras.

Aquel sábado por la noche, después de servirles la cena a los Henderson,

Gam-ho

se dispuso a ir a casa. En cuanto salió vio a su padre esperándolo en una esquina. Se temió lo peor y corrió a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Sin contestar, Fat sacó dos cigarrillos y le ofreció uno. Le dio una sola calada al suyo y esperó a que el humo que había expulsado se disipara.

—Hijo, ¿llevas dinero encima?

Gam-ho lo pensó unos momentos; tras volver al pueblo y casarse, el dinero que había ahorrado todos aquellos años se había esfumado. Su esposa estaba a punto de dar a luz, así que su sueldo ya tenía un destino incluso antes de ganarlo.

—Veinte. Si no tienes veinte, entonces diez —dijo Fat, sin andarse con rodeos.

—¿Para qué los quiere? —preguntó

Gam-ho.

Fat no contestó, pero las arrugas de su rostro lo hicieron por él:

aparecían y desaparecían, evidenciando el apuro en que se encontraba. Tiró al suelo el cigarrillo, al que solo le había dado una calada, y tras escupir dijo:

—¿Tu padre te pide que le dejes dinero y tiene que presentarte una instancia por escrito?

—Ayer envié dinero al pueblo —explicó

Gam-ho

palpándose un bolsillo interior del que sacó un billete de cinco dólares.

Al cogerlo Fat notó que estaba impregnado de sudor.

—Padre, por favor —dijo

Gam-ho

—, ¿hasta cuándo va a seguir yendo al casino? ¿No se da usted cuenta de que ya no tiene edad para el juego?

Fat se ruborizó y deseó arrugar el billete y tirárselo a la cara, pero pensó en el brazalete de jade de Gam San Wan, aquel brazalete sin mácula que en la oscuridad brillaba como una luciérnaga. Esos cinco dólares, junto con los cinco que él había ahorrado, quizá permitirían que lo conservase un día más. Aunque solo fuese un día, habría valido la pena, así que se guardó el billete sin rechistar.

A partir de entonces, Fat siguió pidiendo dinero a

Gam-ho,

si no veinte, diez; si no diez, cinco; si cinco tampoco, entonces tres. Cuando no le daba tres, le pedía uno. Y si le negaba uno, Fat se conformaba con algunos centavos. Hasta que llegó un día en que

Gam-ho

no quiso darle nada.

—Jiu-kai va a cumplir un mes, en breve será el aniversario de mi madre y en casa necesitan comprar más armas; el dinero que precisan no cae del cielo —dijo

Gam-ho

—. ¿Se acuerda usted de la última vez que les envió dinero? ¿Quién ha estado manteniendo a la familia todos estos años? No comprendo que prefiera regalarle el dinero al casino a dárselo a su mujer y sus nietos…

A Fat se le hinchó una vena en la frente que amenazaba con explotar en cualquier momento. Sin embargo, al final se tranquilizó.

—El año que viene. El año que viene vendo el restaurante y

vuelvo —aseguró en tono conciliador—. No se me olvida todo el dinero que me has prestado, ¿eh?, lo tengo muy presente… Cuando venda el restaurante te lo devolveré con intereses.

—¿El restaurante? —rio Gam-ho—. Con lo bien que le va el negocio, que hasta a la carne le salen telarañas, ¿quién va a querer comprarlo? ¡Vamos, ni regalándolo!

Fat no chistó. No soportaba tener que tragarse las palabras que quería decir. Nunca habría imaginado que aquel hijo que de pequeño menospreciaba acabaría llevando la voz cantante en la familia. Desde el accidente, Gam-san no podía trabajar, por lo que ambas familias, la de China y la de la Montaña del Oro, dependían de Gam-ho y Mau-ngan.

A su edad, Fat había comprendido por fin dos cosas: primero, que quien paga las facturas en una casa es quien dice la última palabra; segundo, que los que ruegan tienen que hacerlo con humildad. Muchas veces había querido explicarle a Gam-ho el auténtico destino del dinero que le pedía, pero nunca encontraba las palabras adecuadas, daba mil rodeos que no lo conducían a ningún lado. Era más fácil mentir que confesar la verdad, de modo que Fat eligió callar una vez más.

«Tú espera, ya verás —pensaba con odio—. A tu padre aún le queda mucha vida… ¡O hago fortuna o no vuelvo al pueblo aunque me pongan un puñal en el pecho!».

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Vigesimoquinto año de la República de China (1936)

Jenny se observaba en un espejo que sostenía en la mano. Cuanto

más se miraba, más suspiraba, mortificada por su aspecto. Tenía la cara demasiado chata, los ojos demasiado separados y tan rasgados que siempre parecía adormilada. Sus mejillas estaban cubiertas de pecas, como excrementos de pájaro. Sin embargo, aquello no era lo más grave: su peor maldición era su figura. Sus compañeras de clase comenzaban a tener curvas, pero ella seguía más plana que una puerta.

Faltaban tres semanas para el baile de graduación. Su madre le había concertado hora en la peluquería y le había comprado el vestido. Su padre había hecho una reserva en el Vancouver Grand Hotel para celebrar una cena en su honor con cincuenta invitados. Su graduación era, sin embargo, una excusa. En Inglaterra las familias de categoría celebraban cenas como aquella para presentar a sus hijas en sociedad y su padre quería mantener aquella costumbre en Canadá. Tenía un objetivo: encontrarle un pretendiente rico. A Jenny ese asunto le resultaba lejano, lo único que ansiaba era encontrar a alguien con quien ir al baile.

Casi todas sus compañeras de clase tenían pareja. Mary desde el primer curso de bachillerato; a Susie la habían invitado tres chicos y aún no se había decidido por ninguno; Jennifer le había prometido a Billy que iría con él, pero luego cambió de idea y quiso ir con Vincent, y al final Billy y Vincent se pelearon en el patio del instituto. Vincent acabó perdiendo un diente, mientras que a Billy se le quedó la nariz torcida. Su tutora, la señorita Smith, se puso furiosa y los castigó de cara a la pared cinco días, además de tener que cargar con los diccionarios y las notas del profesor de francés durante toda una semana.

Pero todas esas cosas les pasaban a las demás: hasta la fecha, a Jenny no la había invitado ningún chico, ni siquiera había recibido la menor señal de que alguno se interesara por ella. En su clase, la única en su misma situación era aquella ojos rasgados, Linda Wang, pero ¿quién en su sano juicio querría acercarse a una china con la ropa y el pelo grasientos de la cocina? Verse en la misma categoría que Linda Wang, entrando sola en el baile, le producía escalofríos.

Se arrodilló, juntó las manos y comenzó a rezar. No era la primera vez que lo hacía, aunque en el pasado sus rezos se habían limitado a unas palabras de agradecimiento antes de comer y de dormir, no más de tres frases seguidas incluyendo el amén. Pero

aquel día estaba muy involucrada en la plegaria:

—Dios misericordioso, te ruego que no permitas que me pase como a Linda Wang, que nadie la invita al baile. Sé que en el pasado he cometido muchos errores: hace dos años, por Navidades, cuando mamá no me dejó usar carmín deseé que muriera; aquella vez que mis compañeros de clase se burlaron porque en casa tenemos un amarillo, le puse un laxante a Jimmy en la comida; cuando no quiero ir a clase de ciencias finjo estar enferma para que mi madre me escriba una nota de disculpa, y cada vez que voy a la iglesia con papá y mamá cuento con los dedos ansiando que llegue el momento en que el padre Carter termine el sermón. Dios, sé que tienes motivos de sobra para castigarme, pero ¿no podrías hacerlo una vez pasado el baile? Antes de que me condenes a ir sola prefiero que me hagas saltar a un lago de sulfuro, que, según nuestro profesor de catequesis, es el castigo que les espera a los herejes. Yo creo en ti, así que sé que no me desilusionarás. Ya no queda mucho tiempo, solo tres semanas. Te ruego que reciba una invitación lo antes posible, mejor si es mañana mismo. Me sirve la de cualquiera, excepto del mocoso de Jack. Incluso aquel que no elija Susie será mejor que nada. Por favor, si me estás escuchando, te ruego que me hagas una señal.

Justo al terminar de pronunciar esas palabras, el osito de peluche del cabezal de la cama se cayó al suelo. A Jenny le dio un vuelco el corazón. Sabía que aquella era la respuesta de Dios, que no iría sola al baile. Muy pronto, quizá incluso al día siguiente, recibiría una invitación. Ya no tendría que comenzar a recoger los libros y los lápices sigilosamente diez minutos antes de que sonara el timbre del instituto para ser la primera en salir y no participar en conversaciones sobre el baile con sus compañeros. Por fin podría comentar con Mary, Susie y Jennifer los detalles del vestido que iba a llevar.

El peso que había sentido en el pecho se esfumó de pronto. Sorprendida de aquella ligereza súbita, se llevaba las manos al pecho como si temiera salir volando.

Volvió a inspeccionarse en el espejo, esta vez con más atención. Como no era muy grande, tenía que moverlo lentamente para observar cada uno de sus rasgos. Se sorprendió al comprobar que bajo el rubor de las mejillas sus pecas perdían el color y se hacían

menos evidentes. Su busto seguía igual de plano, pero apretándolo entre las manos se dijo que quizá podría llenar un buen escote. Su cuello se veía demasiado largo porque llevaba el pelo recogido detrás de las orejas; si se lo dejaba suelto, aquel desastre podía tener solución. A medida que se reevaluaba descubría soluciones para cada uno de sus defectos. Giró la muñeca y el espejo reflejó esta vez una imagen más allá de la puerta, al otro lado del salón, en el rincón del ventanal, donde descubrió a dos personas: su madre y Jimmy Fong, su sirviente.

Jimmy estaba llenando un vaso con el contenido de una botella: era la medicina china que tomaba su madre. Llevaba casi veinte años bebiendo aquel remedio que su padre llamaba «agua de cloaca china». Nadie sabía qué contenía aquel líquido, pero en cuanto lo tomaba desaparecía el dolor. Sin embargo, el precio de aquel agua de cloaca había ido subiendo año tras año y sus padres peleaban a causa de ello cada vez con mayor frecuencia. Con la edad, su padre se había vuelto más tacaño, y su madre seguía jugando a sacarle una moneda por aquí, un dólar por allá.

En el espejo vio cómo, después de que su madre se terminara el agua de cloaca, Jimmy le tendía un trapo para que se limpiara la boca. En lugar de aceptarlo, cogió de la manga a Jimmy, que intentó resistirse, aunque acabó dejando que la señora se limpiara en su manga. Jenny no daba crédito a lo que veía.

Cuanto mayor se hacía su madre, más dependía de Jimmy. Aquel chino era el bastón en el que se apoyaba para caminar, la almohada sobre la que reposaba la cabeza al dormir, el pañuelo con el que enjugaba las lágrimas y la caja de mimbre donde encerraba los enfados. Algunos de sus compañeros de clase vivían en su misma calle y todo el mundo sabía que en casa tenían un criado chino; Jenny solo se llevaba bien con Susie y con Mary.

—Dicen que el chino ese le lava la espalda a tu madre. ¿Es verdad? —le había preguntado Susie una vez.

—Los chinos, en lugar de guardar el dinero en el banco, se lo meten en el zapato. ¿Vuestro Jimmy también? —había dicho Mary añadiéndose a la conversación.

A Jenny aquellas preguntas estúpidas la enfurecieron.

—Le lavará la espalda a las nuestras —les espetó.

Durante una semana no les dirigió la palabra a ninguna de las

dos.

Después de aquello, no volvieron a preguntarle nada relacionado con Jimmy. Jenny sabía que seguían sintiendo curiosidad, pero los comentarios se transformaron en miradas a medio camino entre el desdén y la compasión, como si pensaran: «Pobrecita, qué mala suerte tiene, con un sirviente chino en casa». Al principio ella respondía a aquellas miradas, como un escudo ante las lanzas, como la tierra ante las aguas, pero fue perdiendo las batallas y encogiendo la espalda, la cintura y hasta el orgullo.

Finalmente, un día pudieron con ella. A su vuelta de clase, Jimmy la recibió como siempre en el pasillo de la entrada, pero esta vez no dejó que tocara su cartera con los libros. Pasó de largo y subió directo al cuarto de su madre. Cuando estuvo delante de la puerta dudó: sabía que aquel era un tema peliagudo tan difícil de abordar como agujerear una pared de hierro sin más ayuda que las manos.

—Mami, ¿de verdad necesitamos tanto a Jimmy? —le preguntó, inocentemente, mirándose la punta de los zapatos.

Su madre, que no tenía ganas de ayudarla a iniciar la discusión que sabía se ocultaba tras aquella pregunta, se limitó a contestar, cogiéndola de la mano:

—Sí. Tu padre, yo y también tú. Todos lo necesitamos.

El tono de superioridad condescendiente de su madre la hizo enfadar.

—¡No, todos no, tú! —le espetó, soltándole la mano.

Su madre no se enfadó.

—Si no me crees, pregúntale a papá —añadió impasible—. ¿Crees que alguien más tiene la paciencia necesaria para reírle los mismos chistes de siempre como si fuera la primera vez que los escucha?

Aquel argumento aplacó la rabia de Jenny, que sabía que la dependencia de su padre de aquel chino no era menor que la de su madre.

—Y tú también lo necesitas —prosiguió la madre—. No lo recuerdas, claro, pero ¿quién crees que te bañaba y te cambiaba los pañales cuando eras pequeña? ¿Y tu desayuno? ¿No creerás que se prepara solo y que va volando hasta la mesa? Y tus faldas tampoco se lavan y planchan solas, al igual que el polvo de tu escritorio, que

no desaparece por arte de magia. Si hoy se marchara Jimmy, mañana tú tendrías que ser cocinera, doncella, jardinera y enfermera. Si te ves capaz, dímelo y le digo que se marche ahora mismo.

Jenny salió de la habitación de su madre en silencio. Comprendía que aquel chino que cuando llegó a su casa no era más que un brote insignificante se había transformado con los años en un árbol tan alto como una secuoya y había extendido sus ramas por cada rincón de la casa; de talarlo, su hogar se derrumbaría con él. Pensar que sus manos amarillas habían estado en contacto con las partes más íntimas de su cuerpo cuando no tenía edad para defenderse la estremeció de repugnancia.

Jenny pudo haber dejado de mirar el espejo en aquel momento. Pudo haber cerrado la puerta. Ver a su madre limpiarse con la manga de Jimmy la había perturbado y ya no tenía ganas de seguir inspeccionándose la cara. Sin embargo, cometió un error mortal. Como conducida por una fuerza invisible, la curiosidad por seguir mirando la tentó y no pudo resistirse.

Vio cómo su madre, tras limpiarse, en lugar de soltar a Jimmy le cogía la mano y se la colocaba en la mejilla. Vio cómo la mano de su madre, como una enorme boa, apresaba la de Jimmy, se la llevaba y la guiaba por su cuello haciéndola descender por el interior de la blusa hasta su pecho.

Jenny oyó un tremendo estruendo y por un instante temió que su cerebro hubiera explotado en mil pedazos. Luego reparó en que había sido el espejo. Caminaba descalza sobre los cristales rotos, sin sentir dolor alguno.

Al oír el estallido, la señora Henderson soltó la mano de Jimmy de inmediato, pero ya era demasiado tarde. Vio a su hija desaparecer como alma que lleva el diablo, dejando un rastro de huellas carmesí. Se levantó y salió a la calle tras ella. Aquellas rodillas que los bichos habían estado royendo durante diez años recuperaron de pronto la energía y parecían las de una persona joven, llenas de fuerza y agilidad. Aquel día sus rodillas corrieron como nunca, arrastrando al resto del cuerpo calle abajo, persiguiendo a su hija.

Al final de la calle alcanzó el borrón que eran las ropas de Jenny a la carrera. Estiró el brazo y consiguió atraparla, pero al hacerlo

las dos cayeron hacia delante. Jenny intentaba zafarse en vano dando sacudidas, por lo que se agachó y le propinó un fuerte codazo. La señora Henderson sintió un impacto en el pecho, como si le clavaran una estaca; levantó la mirada al cielo y vio que se le derrumbaba encima.

Cuando recobró la consciencia estaba rodeada de un grupo de personas. Oyó que una mujer con una sombrilla le decía al hombre que tenía al lado:

—Hoy están pasando cosas muy extrañas en esta calle. Hace un momento, delante de la escuela, han atropellado a una muchacha que corría como una loca. Dios la bendiga, pobre… la han dejado hecha papilla…

Aquellos ojos.

La señora Henderson pensó en la mirada de Jenny, dos dardos de fuego que se habían clavado en su cara.

Empezó a arañarse el rostro con fuerza desquiciada y enseguida se hizo sangre. Nadie podía imaginar que lo que intentaba era arrancarse aquellos ojos encendidos que tenía clavados.

Mi querido hijo:

He recibido los cincuenta dólares que le encargaste hacerme llegar a Dai Zi-lou, de la aldea de enfrente. Me contó que entre tu hermano y tú habéis convencido a vuestro padre para que por fin cierre el restaurante. Espero que compre el pasaje para volver de una vez por todas al pueblo a pasar el resto de sus días. Lleva toda la vida trabajando muy duro y debe de resultarle un trago muy amargo no poder cumplir su deseo de volver al pueblo habiendo hecho fortuna. Cuento con vosotros para persuadirlo.

Los japoneses han invadido la zona de Waijoeng. Un día de mercado la sobrevolaron unos aviones que dispararon contra gente inocente. De tu familia política, a excepción de tu suegro y tu cuñado mayor, que habían llevado un cerdo a una aldea vecina para aparearlo, tres murieron y dos quedaron heridos. El caso de tu otro cuñado fue especialmente terrible: se quedó con medio cuerpo colgando de un árbol y los intestinos desperdigados por el suelo. Los japoneses, además de bombardear, allá a donde van cometen innumerables bellacadas: incendian, matan, violan y saquean.

Dado este caos en el que estamos sumidos, lo mejor es que os mantengáis a la espera y, por el momento, no regreséis.

Tu padre se ha vuelto perezoso con los años y cada vez me escribe menos. Suerte tengo de tus cartas, que confortan la añoranza de mi corazón. Tu hermana

Gam-sau

y tu cuñado Jyun han abierto una escuela mixta. Cada vez tienen más alumnos y comienzan a gozar de prestigio. Tu hijo,

Jiu-kai,

ya estudia, es muy despierto y aplicado y a menudo recibe las alabanzas del profesor. Se ha hecho muy amigo de

Wai-gwok,

el hijo de

Gam-sau,

y no se separan en todo el día. El pobrecito sigue sin conocerte. Cuando te mencionamos no sabe de quién le hablan. Yo también me hago vieja y ansío el momento de ver a mi lado a mis hijos y a mis nietos. Ojalá cuando termine esta guerra, tu padre pueda traeros a ti, a tu hermano y a

Jin-ling

de vuelta y se cumpla mi deseo de tener a la familia reunida al completo.

Tu madre,

Jin

Zimin, a 8 de noviembre del año veintisiete

de la República de China **[60]**

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Vigesimonoveno año de la República de China (1940)

Gam-ho se levantó temprano y fue a la cocina a preparar el café. Al echar un vistazo por la ventana se fijó en unos puntos rosados en el cerezo del jardín, al que ya casi no le quedaban hojas. Sin pensarlo

dos veces, abrió la puerta y salió. Comprobó que, en efecto, le había brotado una nueva ramita salpicada de minúsculas flores. Sorprendido, fue a por unas tijeras, la cortó y la puso en una taza para llevársela a la señora Henderson.

En la escalera se cruzó con el señor Henderson, que se disponía a sacar el perro. Aunque tenía ochenta y dos años y llevaba veinte jubilado, aún estaba razonablemente ágil; debía de ser porque sacaba al perro.

—Buenos días. ¿Cómo ha dormido hoy la señora? —preguntó Gam-ho,
al tiempo que reparaba en lo estúpido de la pregunta: los señores dormían en habitaciones separadas desde hacía años.

El señor Henderson miró fijamente aquella ramita que llevaba en la taza.

—La semana que viene no vuelvas a casa de tu padre. Déjame llevarte a pescar a White Rock —repuso.

Gam-ho había ido con él de pesca varias veces y había descubierto lo mal que se le daba. No solo no entendía de pesca, sino que carecía de la paciencia necesaria. Gam-ho tenía la impresión de que, cada vez que el señor salía con la pesada caña al hombro, en realidad lo que pretendía era alejarse de casa y pasar un rato en medio de la naturaleza; le recordaba a un niño haciendo novillos.

—La casa no puede quedarse sola —contestó después de dudar un instante—. La señora…

—Claro… claro —murmuró el señor Henderson asintiendo con resignación.

Gam-ho lo observó mientras se marchaba con el perro y notó que sus piernas se movían temblorosas.

Cuando Gam-ho entró en la habitación, la señora Henderson ya se había despertado y estaba apoyada en el cabezal de la cama con la vista clavada en el techo. Gam-ho le levantó las manos del pecho y comenzó a desatarle las cuerdas de las muñecas. Eran unas manos sin fuerza, tan endebles como fideos recién hervidos, como si no hubiese ningún hueso bajo su piel. Aun así, a Gam-ho
le daban un sinfín de quebraderos de cabeza.

Llevaba en aquel estado desde que Jenny murió atropellada, a

veces lúcida, a veces confundida, aunque los momentos de lucidez disminuían y se habían vuelto tan breves como el resplandor de los relámpagos. Los momentos de confusión, en cambio, comenzaban a prolongarse sin fin. Cuando se producían, se clavaba las uñas en la cara hasta sangrar, pero no sentía ningún dolor; decía que quería sacarse de encima los ojos de Jenny, por eso

Gam-ho

la maniataba antes de acostarse y la desataba por la mañana.

Al liberarle las manos,

Gam-ho

vio que tenía unas pequeñas marcas circulares en las muñecas, que delataban que había pasado mala noche. Le acercó la ramita del cerezo para que la viera.

—Mire, a punto de nevar como está y aún brotan flores. ¿No es extraño?

Sin mirarlas, la señora Henderson hundió la cabeza en el regazo de

Gam-ho.

—Jimmy, estoy oyendo un silbido.

—Eso es que el café ya está listo —aseguró

Gam-ho.

—No —replicó la señora—, es tu pelo, que encanece.

Gam-ho no puedo evitar reír.

—Tiene usted razón. Ya tengo cuarenta años. A mi edad, los chinos ya son abuelos.

—Y tú no has tenido ocasión ni de ejercer de padre —dijo ella, acariciándole el rostro—. Tu hijo murió.

La familia le había ocultado la muerte de su hijo,

Jiu-kai,

hasta que unos paisanos regresaron de visitar el pueblo y la noticia llegó a sus oídos. Solo había visto a su hijo en las fotos que le enviaba su madre. Gam-ho tenía la impresión de que era más hijo de ella que de él. Lo había extrañado exactamente igual que a los otros familiares del pueblo, no más, no desde lo más hondo de su corazón. Cuando se enteró de su muerte, hacía un año del asunto. No sintió mucho la pérdida. Sin embargo, al recordárselo, las palabras de la mujer le desgarraron el corazón.

—Mi Jenny estará haciéndole compañía —añadió la señora

Henderson.

Gam-ho se sorprendió de la lucidez con que hablaba, puesto que desde hacía tiempo solo conseguía pronunciar frases coherentes en contadas ocasiones. La ayudó a incorporarse en la cama y le cambió el camisón. No solo tenía débiles las manos, también el cuerpo, que era como un pescado sin raspa y no conseguía mantenerse erguido. Lo intentó una y otra vez, pero fracasó en todas las ocasiones.

—¡Como no colabore un poco, me voy y ya no vuelvo! —le gritó Gam-ho,
enfadado y sudoroso.

Por lo general la señora solía obedecer ante amenazas como aquellas, pero aquel día permaneció lánguida, abatida.

Entonces Gam-ho le soltó la mano y se volvió para marcharse. Había alcanzado la puerta cuando de repente oyó que la señora gritaba:

—¡Jenny ha vuelto!

—Pero ¡qué dice! —exclamó Gam-ho,
con la piel de gallina.

—Es una señal de Jenny —dijo ella, señalando la ramita con las flores—. Me llama para que vaya con ella.

Gam-ho tuvo un terrible presentimiento. Recordó de pronto que, cuando era pequeño, su abuela le había dicho que si una flor brota o se abre a destiempo es porque hay fantasmas o porque se avecina una calamidad. Enseguida se llevó la ramita de la habitación, la despedazó con unas tijeras y la tiró a la basura. Cuando volvió al piso de arriba la señora Henderson volvía a dormir, apoyada en la almohada. La azuzó varias veces, pero no se despertaba. Entonces escurrió una toalla empapada en agua fría y se la puso en la frente para despertarla, pero apenas abrió los ojos. Su mirada era de confusión, pero no como de costumbre. Recordaba a un estanque con el agua revuelta por la lluvia cuyo fondo no se atisba.

La congoja se apoderó de él.

—Señora… —empezó, pero la voz se le truncó de la emoción.

La boca de la señora era como la de un pez fuera del agua: se abría y se cerraba, muda. Su mirada se nublaba cada vez más, perdiendo de vista todo lo que la rodeaba. Gam-ho la llamó varias veces pero, sabiéndolo inútil, se detuvo. Debía cambiarla de ropa: si

no lo hacía en ese momento, quizá luego no podría. Buscó en el armario, del que sacó un vestido que la señora había comprado la Navidad anterior a la muerte de Jenny, y corrió a desatarle los tirantes del camisón.

Entonces sintió que la mano de la señora le daba un ligero apretón. Acercó la oreja a sus labios, pero no logró distinguir más que un murmullo incoherente. Al cabo le pareció entender dos palabras: «No quiero».

Le preguntó qué era lo que no quería, pero la mujer ya no tenía fuerzas para contestarle.

Le preguntó si no quería que le pusiera aquel vestido, pero ella lo miraba fijamente, inmóvil.

Le preguntó si no quería que fuese el sacerdote, pero ella permanecía igual.

—¡Dios mío, por favor, dime qué es lo que no quiere! —dijo, golpeando la cama. Entonces sintió que ella volvía a apretarle la mano. Y, de pronto, lo comprendió—. Es él, ¿verdad? ¿No quiere que entre?

Los ojos de la señora Henderson parpadearon y

Gam-ho

sintió que la mano que tenía aferrada quedaba totalmente inerte.

Cuando volvió de pasear al perro, el señor Henderson escuchó una especie de rumor. Era parecido al zumbido de las abejas volando o la vibración del filamento de una bombilla.

—¿Jimmy? —llamó, pero nadie contestó—. ¿Phyllis? —Tampoco obtuvo respuesta.

Escuchó al pie de la escalera y le pareció que el murmullo provenía de la habitación de su mujer. Subió y llamó a la puerta con los nudillos. Lo hizo por mera formalidad, sin esperar respuesta, y empujó la puerta decidido a entrar.

Lo que vio al otro lado le quemó los ojos: su mujer con un vestido rojo brillante estirada sobre la cama. Hacía mucho tiempo que no vestía de un rojo tan chillón; aquel color parecía iluminar las paredes como si fuera el mismo sol. Su criado, Jimmy Fong, estaba arrodillado junto al cabezal de la cama y le secaba el sudor de la cara. Le frotaba el rostro de una forma muy extraña. Tenía los brazos separados, le temblaban las manos y los dedos y sus movimientos eran tan delicados que parecía limpiar la porcelana

antigua de un palacio.

Con los labios muy juntos, dejaba escapar una vocecilla tan débil como el sonido que emiten los gusanos al segregar la seda pero que lograba extenderse por toda la casa. El señor Henderson supuso que se trataba de alguna canción. No podía saber que la nana que Jimmy canturreaba la había aprendido en el regazo de una mujer apodada
Luk-zi,
de nombre Gwan
Suk-jin,
mientras le daba de mamar.

Una urraca, al pasar, feliz año me auguró.
Ya se fue mi papá, a hacer fortuna partió.
Ríos de plata verá en la Montaña del Oro.
Al volver comprará una casa y un pozo.

El señor Henderson, sin ningún interés por seguir escuchando, se rio.

—Jimmy, mira la que ha vuelto a armar la señora. ¡En la cama, con zapatos de tacón!

Gam-ho se volvió muy lentamente y, extendiendo un brazo para señalar en dirección a la puerta, dijo:

—Tú, fuera.

Dos días después del entierro, el abogado de la señora Henderson citó a
Gam-ho
en su oficina.

—Según recoge el testamento, la señora le dejó a usted la totalidad de su patrimonio, que asciende a cuatro mil dólares canadienses.

—P… pero eso… es imposible —balbuceó
Gam-ho,
aturdido—; la señora dependía por completo de su marido para subsistir, no tenía nada a su nombre.

El abogado extrajo de su maletín el testamento y le señaló una firma que comenzaba a estar borrosa.

—Esta última versión se firmó hace diez años. En aquel momento los beneficiarios eran la señorita Jenny y usted. Habiendo

fallecido ella, es usted el único beneficiario —explicó el abogado—. Este capital es un regalo privado que recibió la señora de su madre. Al ser un bien previo a la celebración de su matrimonio, tenía el derecho de disponer de él a discreción.

Cuando salió del despacho del abogado ya había oscurecido, y el viento que soplaba le congelaba los huesos. En la rama de un árbol desnudo se había posado un pájaro cuyo trinar estridente lo sobresaltó. Levantó la vista y descubrió que se trataba de un arrendajo moteado. Cogió una piedra del suelo y se la arrojó para espantarlo. El pájaro se azoró y se lanzó hacia él, pasando a ras de su cabeza antes de alejarse. Entonces

Gam-ho

recordó que, antes de morir, la señora Henderson le había dicho que Jenny le había enviado una señal por medio de las flores, y se preguntó si el pájaro sería una señal de la señora Henderson.

«¿Por qué te pasaste la vida dependiendo del par de centavos que te daba él —pensaba—, cuando poseías dinero a espuertas? ¿Qué necesidad tenías de sufrir, eh? ¿Acaso no podías comprarte todo el opio líquido que quisieras y aún más?». Comenzó a llorar.

Cuando volvió a la casa de los Henderson, aunque la encontró con las luces apagadas, supo que no estaba vacía. En la cocina y en el pasillo había un fuerte olor a alcohol. No quería encender las luces y no le apetecía hablar. Habría encontrado las escaleras con los ojos cerrados, por lo que en pocos pasos estuvo en su habitación. Tenía el equipaje listo desde el día anterior. No consistía más que en un hatillo: el mismo hatillo añil con el que había llegado y con el que se marcharía. Sin embargo, su contenido había cambiado.

Lo cogió y bajó las escaleras. De pronto, la luz del pasillo se encendió. Sus ojos tardaron unos instantes en recuperarse del destello.

—¿No podrías quedarte, Jimmy? —le suplicó una voz trémula procedente de la oscuridad más allá del perímetro de luz de la lámpara. Gam-ho se limitó a echarse el hatillo al hombro en silencio. A continuación, abrió la puerta y bajó los escalones desgastados por el paso del tiempo. Ya no tenía ninguna relación con aquella luz, con aquella persona ni con aquella casa. Pero la voz insistía una y otra vez, tratando de retenerlo—. Sé que estás enfadado conmigo por no haberla tratado mejor —dijo—. Pero

¿quieres saber por qué lo hice? —La voz dudó unos instantes y después de reunir valor en la oscuridad, dijo—: Por ti. La razón eras tú. —Atónito, a
Gam-ho
le tembló la mano y el hatillo cayó al suelo—. Me gustaste desde el día que pusiste el pie en esta casa. Pero ella se interponía como una montaña infranqueable, así que solo podía evitarla. Viajé mucho expresamente. Ella no tuvo la culpa de que nunca me gustara: a mí nunca me han gustado las mujeres.

La voz fue ganando intensidad a medida que de la oscuridad emergía una cara sonrosada. Se le iba acercando más y más, lo iba aplastando cada vez más.

Gam-ho salió corriendo y dio un traspié en el último escalón. Antes de llegar a la calle se volvió y comprobó que afortunadamente no lo seguía. Se sentó en la acera para frotarse el pie y entonces recordó el hatillo.

«¿Serás idiota? —pensó—. Has malgastado veinticinco años de tu vida en esta casa y aún te preocupas por un hatillo».

Avanzaba por la calle con la cabeza abrumada por infinidad de pensamientos; eran tantos y tan tupidos como la tela para suelas de zapatos que de pequeño veía a su madre tejer. Ante sus pies se abrían múltiples caminos. Nunca había contemplado tantos, puesto que hasta aquel momento siempre había recorrido sendas de una sola dirección que, por lejos que lo llevaran y por duras que fueran, solo agotaban sus piernas, no su cerebro, que no había de decidir nada. De pequeño, había sido su madre quien le había marcado el camino a seguir: cuando le dijo que se fuera a la Montaña del Oro, él se subió a un barco y para allí se fue. Después se lo había fijado su padre: cuando le ordenó que fuera a servir a la casa de los Henderson, él así lo hizo. Finalmente, la señora Henderson también le había marcado la ruta cuando le dijo que no se marchara. Él la obedeció y se quedó a su lado durante veinticinco años.

Ahora, en cambio, el cheque que llevaba en el bolsillo le abría numerosas opciones entre las cuales debía escoger por sí mismo por primera vez en su vida. Hasta que hubo traspasado el umbral de la casa de los Henderson no se dio cuenta de que él era incapaz de tomar ese tipo de decisiones. Envidiaba en secreto a su hermano,
Gam-san,

que siempre había sabido adónde ir y cómo abrirse paso. Los pies de su hermano eran un rastrillo que marcaba su senda allá a donde fuera. A pesar de que sus padres decían que su hermano era un mal hijo,

Gam-ho

sabía que en el fondo admiraban esa cualidad. Sin embargo, con el tiempo su hermano había terminado dependiendo del dinero de su esposa sin poder hacer nada por evitarlo.

Después de tanto tiempo a cargo de la casa de los Henderson,

Gam-ho

sabía en qué emplear el dinero del cheque de su bolsillo. Podía dividirlo en varias partes: una para comprarle una casa con jardín a su hermano, una para comprarle el pasaje de regreso al pueblo a su padre y otra para que su madre comprara tierras tan extensas que se perdieran en el horizonte. Su hermano y aquella mujer habían pasado mucho tiempo en la Montaña del Oro, por lo que no se acostumbrarían a la vida en Hoiping. No se habían casado. Hasta el momento,

Gam-ho

no sabía cómo referirse a

Mau-ngan.

Cuando se la mencionaba a su hermano o a su padre decía «ella», y cuando debía hablarle directamente la interpelaba con un «oye» o un «tú». Como ella nunca se había opuesto, después de tantos años seguía dudando cómo llamarla.

La principal razón para comprarle una casa a su hermano la constituía

Jin-ling.

Jin-ling

era una flor cuya semilla se había sembrado en la tierra de la Montaña del Oro y había crecido alimentada por su sol y su agua; si la arrancaban y la replantaban en Hoiping, quizá no arraigaría y se marchitaría. Si

Jin-ling

se negaba a ir, su hermano no aceptaría, y entonces la mujer con la que estaba su hermano tampoco. Temía que aquello que llevaba tantos años anhelando, que toda la familia se reuniera en Zimin, se quedaría en un sueño.

Cuando se aproximaba a la casa de su padre, reparó en que entre los usos del dinero del cheque no había incluido ni a su mujer, Jin-wan, ni a él. Tan solo había vivido con Keoi Jin-wan unos meses en la casa fortaleza, y desde entonces había transcurrido una eternidad. A pesar de que sabía leer y escribir, apenas le escribía y cuando lo hacía se trataba de simples posdatas a las cartas de su madre, como «Los zapatos que le enviaste a Jiu-kai son muy buenos», o «¿Qué le regalamos a mi padre por su cumpleaños?». Si no miraba su foto, a Gam-ho le costaba evocar su rostro, solo recordaba vagamente la peca que tenía justo a la izquierda del labio superior. En el rostro de otra persona le habría conferido carácter, pero en el suyo no conseguía mejorar su aspecto anodino.

En su noche de bodas, en el momento de entrar en la alcoba nupcial y levantarle el velo, la encontró durmiendo sentada y con la baba cayéndole. La despertó y ella lo miró adormilada, como quien mira algo extraño. Gam-ho apagó las velas e hizo lo que quiso con ella, que se mostró remisa, tan impasible como una piedra. Se dejaba zarandear por él y no gemía ni de dolor. Gam-ho supuso que se debía a la falta de experiencia entre las sábanas, pero después, con el día a día, constató que siempre se comportaba de aquella manera y llegó a la conclusión de que aquel era su carácter. Para él, que tras haber estado con la señora Henderson no era ningún muchacho inexperto, acostarse con ella era como beber agua después de haber probado el más dulce néctar: no le encontraba el sabor.

¿Qué opciones se le abrían a partir de ese momento? ¿Volver al pueblo con su padre, para pasar el resto de su vida al lado de aquel pasmarote de mujer? ¿Quedarse con su hermano, solo para el resto de sus días? Todos esos pensamientos empezaban a perforarle el cerebro y, al no encontrar ninguna solución, decidió postergar el asunto. Quería volver a casa de su padre y dormir un día entero en su cama del desván; luego ya lo decidiría. Por fin podría dormir despreocupado, sin tener que hacer las tareas del hogar de nadie,

sin tener que prepararle el opio líquido a nadie.

Cuando llegó, la puerta estaba entornada; la empujó y entró en la casa, donde parecía no haber nadie. Luego percibió a lo lejos música de ópera y supuso que su padre estaría otra vez escuchando el gramófono. Se agachó para descalzarse y advirtió que en la entrada había un par de zapatos de mujer que le resultaban desconocidos. Saltaba a la vista que no eran de

Mau-ngan,

que de ningún modo habría podido entrar en aquel minúsculo y delicado par de zapatos. Eran de suela blanca con empeine azul y tenían peonías rosas bordadas con una mariposa volando. Aquellos zapatos antiguos de tan fina confección apenas se encontraban ya en el barrio chino.

Se descalzó y le pareció tropezar con algo: la ropa y la cartera con los libros de

Jin-ling.

Los colgó en el perchero, atravesó el oscuro pasillo y cuando llegó a la cocina vio a una pareja cantando de pie frente al ventanal. La mujer parecía que cantaba en frío, sin haber calentado, con una voz indecisa y ronca. Sin embargo, ella sola se encargaba de interpretar a la vez el papel masculino y el femenino. El hombre se limitaba a tararear el acompañamiento:

(Emperador:)
Ya no quedan mariposas que aleteen por estos lares
y el jilguero cuando trina suena triste y alarmado.
Nunca he sido un gran guerrero, ni a la espada ni a caballo,
cultivar la poesía siempre fue mi único arte.
Enfrentado ante la idea de la caída del imperio
barajé yo suicidarme para así salvar mi honor,
mas al ver el sur del Yangzi en manos del invasor
vi muy claro que mi pueblo nada hizo por merecerlo.
¡Emplearé todas mis fuerzas en luchar por mis vasallos
aun así me vaya en ello perder y ser humillado!

(Emperatriz:)
Su Divina Majestad sangre y lágrimas derrama,
con pesar he de acatar lo que mi emperador manda.
En el sur espesan nubes que barruntan cruenta guerra,
pero a un pájaro enjaulado, ¿qué escapatoria le queda?

Gam-ho reconoció a los personajes de aquella ópera como Li Houzhu[61] y su consorte, la joven emperatriz Zhou. El hombre que tarareaba era su padre. A la mujer, que le daba la espalda, solo le veía un moño de pelo blanco. Pensó que debía de ser alguna de las amistades que su padre tenía en el mundo de la ópera. Desde que cerró el restaurante se pasaba los días en esos círculos y había formado un grupo de aficionados a la ópera que a veces llevaba a casa para fumar, beber y cantar. Gam-san había tenido más de una discusión con él al respecto.

Tosió con fuerza para hacerse notar y ambos callaron de repente.

—¿Qué haces aquí, si hoy no es sábado? —le preguntó Fat muy extrañado.

La reacción de su padre le sentó como un jarro de agua fría.

—Ah, ¿es que solo puedo venir a mi casa los sábados? —replicó al fin.

La mujer se dio la vuelta y, esbozando una sonrisa, le dijo con suavidad:

—Tú debes de ser Gam-ho. Tu padre no deja de decirme lo trabajador que eres.

Gam-ho se fijó en ella. Llevaba un *qipao* verde oscuro de seda, un broche de jade prendido en el cuello y, sobre el moño, un adorno de perlas. Todo en ella, desde la vestimenta hasta los accesorios e incluyendo la cara, era igual de rancio y decadente. No le gustó ni el tono ni la familiaridad con que se había dirigido a él.

—¿No será usted de las que se cree todo lo que dice mi padre? —dijo con frialdad.

La mujer, guardando la compostura, se limitó a sonreír sin añadir nada.

—Gam-ho, hijo, te presento a Gam San Wan. Es una gran artista. En su día no había nadie en San Francisco que no conociera su nombre, era la reina indiscutible de la ópera.

Gam-ho recordó que aquel viejo disco de ópera cantonesa que su padre solía poner también era de una cantante llamada Gam San Wan.

—Ah —repuso Gam-ho, sin hacer aprecio—. ¿Dónde está Jin-ling?

—Está ensayando. Mañana la escuela china hará un desfile

recaudatorio para sufragar la compra de varios aviones para luchar contra los japoneses.

—¿Y mi hermano?

—Han creado una asociación para promover el regreso a la patria de los chinos de ultramar para que participen en la guerra, y esta noche tienen asamblea.

Gam-ho tuvo ganas de decir: «¿Mi hermano, con esa pierna que tiene con la que no puede ganarse la vida, va a ponerse a matar japoneses?», pero se mordió la lengua. No quería decir algo así delante de una desconocida, así que se dio la vuelta y subió al piso de arriba.

Cuando entró en el desván se tumbó sobre la cama, que crujió bajo su peso. Abajo se reanudó la música, que para él era un cuchillo trepanándole los tímpanos. Se cubrió la cabeza con la colcha, pero el filo del cuchillo la traspasaba como si fuera una red de pescar. Entonces apartó la colcha y se dedicó a caminar por la habitación dando fuertes pisadas hasta que abajo se hizo el silencio. Unos instantes después volvió a escuchar algo: esta vez era ruido de platos. Su padre estaba cocinando.

Gam-ho pensó que cuando había llegado debía de ser la hora de comer y su padre no le había ofrecido nada. Ahora, en cambio, estaba cocinando para la tal Gam San Wan. Su padre no había cocinado en la vida para su madre, quien en cambio había criado a sus tres hijos y acompañado a la abuela hasta el último momento.

El ruido de ollas y platos del piso de abajo se mezclaba con el de risas, de ese tipo de risas disimuladas por lo bajo. A Gam-ho se le hizo un nudo en la garganta. Palpó la almohada y la colcha pero, por suerte, no encontró nada afilado. Habría sido capaz de bajar armado con cualquier cosa.

En realidad, la mujer llamada Gam San Wan no había hecho nada para ofenderlo. En realidad, tanto él como su hermano apreciaban la ópera cantonesa. En el pasado, cuando la compañía dramática Seng Kau Hung Juk estuvo de gira por Vancouver, habían ido a verlos actuar tres fines de semana seguidos, siempre en asientos centrales y en primera fila. En otro momento, en otro lugar, podría haber tomado el té con ella y departido placenteramente sobre el mundo de la ópera, pero aquel día no;

aquel día, la actitud impropia de su padre le había hecho pensar en su madre cuando lo metió en el barco. Su padre, año tras año, aseguraba que sí, que pronto iba a volver, y su madre, año tras año, lo esperaba. El regreso se eternizaba y su madre envejecía. ¿Cómo podía disfrutar su padre tan alegremente, sonreír siquiera, en especial con una mujer como Gam San Wan?

De pronto, Gam-ho sintió que no podía quedarse allí ni un minuto más. Se sentó en la cama dispuesto a calzarse los zapatos, pero al buscarlos con el pie dio con un periódico. Lo cogió y estuvo hojeándolo hasta que reparó en un artículo central con una letra enorme:

> La Guerra del Pacífico es cada vez más cruenta y los miembros de la comunidad china nos afanamos en comprar bonos de guerra para contribuir a mantener el ejército nacional. A pesar de que los jóvenes más entusiastas preferirían regresar a la patria para aniquilar a los bandidos japoneses **[62]** con sus propias manos, las opiniones a este respecto difieren. Si bien hay quien dice que es nuestra obligación defender la madre patria y a nuestras familias en este terrible momento, también hay quien piensa que aquellos de nosotros que llevamos tanto tiempo residiendo en Canadá debemos considerarla una segunda patria y que, ahora que carece de soldados, lo justo es que sean nuestros hijos los que sirvan en el ejército canadiense a fin de congraciarnos con la Columbia Británica, que a día de hoy aún no nos permite votar ni servir en el ejército. Recientemente se ha constituido una asociación patriótica con el objetivo de presionar al gobierno federal de la Columbia Británica para que acepte el alistamiento de chinos en las filas de su ejército para ir a la guerra como muestra de su lealtad y del hecho de que consideran Canadá su propio país.

De pronto, tuvo una idea. Ya sabía qué hacer con el cheque. ¿Tendría suficiente para comprar un avión? «Esta noche se lo preguntaré a
Gam-san»,
pensó.

7
Los obstáculos

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Decimotercer año de la República de China (1924)

Mau-ngan fue a lavar la ropa a la orilla del río sin nombre. Llevaba una cesta de bambú del brazo y a
Jin-ling
a la espalda, dormida como un angelito. A simple vista,
Mau-ngan
parecía una mujer más del pueblo: vestía una chaqueta añil de algodón de cierre diagonal y anchos pantalones negros, calzaba zuecos de madera que sonaban estrepitosamente al caminar sobre las baldosas de piedra, y detrás de la oreja llevaba una flor de jazmín. Incluso la tela con la que sujetaba a la niña, cruzada por delante sobre sus dos enormes pechos, tenía el típico bordado de peonías sobre fondo negro.

Sin embargo, solo alguien que no fuera del pueblo habría podido confundirla con una local. Los ojos de los forasteros no eran capaces de distinguir a una mujer del sur de otra; les parecían todas iguales. Los ojos de los lugareños, en cambio, eran capaces de atravesar aquel disfraz local y ver que había venido de la Montaña del Oro.

Lo primero que la delataba era el sostén. Las mujeres del pueblo

se habían enterado de que usaba uno al verla dar de mamar a Jin-ling.

Aunque ella siempre se ponía de espaldas para hacerlo, repararon en que después de levantarse la ropa aún se retiraba una cinta blanca con encajes. Otra cosa que fue tema de conversación entre las mujeres de Zimin fue su ropa interior. A excepción de Gam-san, nadie más se la había visto, pero una vez, al cambiarse, la dejó en un barreño y la vieron las criadas de la casa, quienes se lo contaron a sus amigas. Muy pronto el pueblo entero supo que las mujeres de la Montaña del Oro ahorraban tela y llevaban calzones que dejaban al descubierto la práctica totalidad de las nalgas.

Naturalmente, aquella ropa interior también despertó otro tipo de rumores. Como el viento, pasaban silbando a su lado sin que ella lo supiera: los comentarios se los hacían directamente a su suegra, en cuyos oídos dejaron un poso que fue endureciéndose, y Luk-zi se pasaba el día con expresión ceñuda.

Mau-ngan no tenía por qué lavar la ropa. En la casa había sirvientas de sobra, todas con un cometido específico, ya fuera ayudar en la cocina, bordar o lavar. Sin embargo, Mau-ngan no quería que nadie viera las manchas de su ropa interior y, además, ir al río era lo más relajante del día. El río sin nombre le recordaba a su pueblo natal, que también estaba a la orilla del agua. Allí el sustento provenía en parte de los campos y en parte del agua: ayudaba a su madre a faenar en el campo, y cuando su padre salía a pescar ella llevaba el timón de la barca. Había perdido el contacto con ellos desde que a su hermana y a ella las metieron engañadas en aquel barco rumbo a la Montaña del Oro. El año anterior, cuando volvieron a pisar tierra china, le pidió a Gam-san que la llevara a verlos. Entonces se enteró de la ruina de su familia: la tumba de sus padres estaba ya cubierta por un palmo de hierba.

Tras varios días de lluvia ininterrumpida, el río sin nombre estaba rebosante de agua y solo la mitad de los escalones para bajar quedaban al descubierto. Mau-ngan dejó la cesta y se sentó en uno, se arremangó los pantalones, se quitó los zuecos y metió las

pantorrillas en el agua; a continuación, se agachó para ver su reflejo. La superficie, movida por el viento, no estaba en calma, así que su cara pasaba de verse alargada como un pepino a achatada como un tomate. Le dieron ganas de reír, pero las reprimió al percibir que alguien le hablaba. El agua la conminaba suavemente:

—Baja… baja…

Enseguida volvió en sí y recordó lo que su padre les había dicho a su hermana y a ella de pequeñas: cuando el río crece tras la lluvia, los espíritus del agua salen en busca de la gente. En su pueblo natal se ahogaban varias personas todos los años. Pero

Mau-ngan

nadaba bien y no temía a los espíritus del agua.

—¡Oye! —se gritó a sí misma para despabilarse—, ¿estás soñando o qué? —Y escupió al agua, de la que no volvió a surgir ninguna palabra más.

Por supuesto, en aquel momento

Mau-ngan

no podía saber que, una década después, otro miembro de la familia Fong escucharía aquellos mismos ruegos de los espíritus del agua, se dejaría embaucar por ellos y acabaría entrando en el agua. Pero aquello sucedería más tarde.

Aun después de acallar el agua,

Mau-ngan

siguió sobresaltada. Entonces echó de menos tener a un hombre a su lado. Pero

Gam-san

no era de los que se quedaban junto a su mujer. El año que se escapó del burdel y se coló en su carro, tuvo que amenazarlo con suicidarse para que accediera a recogerla. Tras consentir, pasó muchos años sin ver a su padre. Sabía que lo había hecho llevado por la compasión, como quien se apiada de un caballo con la pata rota o de un perro con el rabo quebrado. Al principio pensó que la compasión le bastaba, que la pena que ella le inspiraba podía ser la cuerda a la que asirse para salir del barro. Pero más tarde, una vez a salvo, la compasión no fue suficiente y empezó a codiciar algo más.

Los primeros dos años que pasaron juntos nunca la tocó. Sabía que la menospreciaba por sucia, que tenía miedo de que le contagiara la sífilis. Aunque era ella la que se había escapado del

burdel, él se había convertido en su cómplice y ninguno de los dos podía aparecer por el barrio chino de Vancouver. No tuvieron más remedio que ocultarse en una ciudad tan remota que ni el mismo Dios del Trueno que todo lo ve desde los cielos los habría encontrado. No dieron con ningún médico y hubo de ser el sacerdote que los ayudó a fugarse, el padre Andrew, quien a escondidas le llevó inyecciones de arsfenamina, un remedio que consiguió curarla.

Después de aquello,

Gam-san

accedió a tocarla. Ella había querido darle un hijo desde el principio, pues él decía siempre que aunque su padre no le hablara y siguiera enfadado, había una manera de congraciarse con él: cumplir con su obligación filial de darle un nieto. Un nieto varón, claro está.

Por él, no hubo medicina que no probara para quedarse embarazada: chinas, occidentales, indias; remedios hervidos, en polvo, molidos, compactados, inyectados. Si echara a aquel río todos los remedios que había tomado en diez años, acabaría desbordándolo. Pero siguió sin concebir.

Una mujer que después de diez años tomando medicinas no se quedaba embarazada no tenía voz ni voto, así que

Mau-ngan

solo podía mirar impotente cómo aquellas indias con sombrero de vaquero y botas altas revoloteaban entre risas alrededor de

Gam-san.

A veces,

Gam-san

no regresaba en toda la noche. Cuando volvía, ella no le preguntaba nada; se limitaba a recalentar por enésima vez el plato de gachas que le había preparado para la cena.

Estaba a punto de perder la esperanza cuando se quedó encinta.

Un día empezó a vomitar y creyó que se debía a la medicina que había tomado. Hasta que no hubieron transcurrido tres meses sin menstruar no se le ocurrió pensar que podía estar embarazada. Esperó a sentir la primera patada para decírselo a

Gam-san.

Este, sin decir palabra, comenzó a desmontar los bártulos de

fotografiar para preparar las maletas. A
Mau-ngan
se le saltaron las lágrimas de la emoción. Sabía que por fin
Gam-san
podía volver a hablar con su padre. Y sabía que por fin se la tendría en cuenta en aquella familia.

A pesar de que había dado a luz a una niña,
Mau-ngan
estaba satisfecha. Era aún muy joven y si su cuerpo seguía siendo un campo bendecido por la lluvia, tarde o temprano acabaría naciendo un varón. Además, al haber tenido primero una niña, contaría con ayuda cuando nacieran sus hermanos. Mau-ngan ignoraba que
Jin-ling
no era más que una coincidencia fortuita de agua, sol y tierra, que en el futuro su vientre no volvería a dar fruto.

Aquel día Gam-san estaba en Cantón y no iba a volver al pueblo hasta el día nueve, que era el cumpleaños de
Jin-ling.
Lo celebrarían por todo lo alto, algo inaudito en el pueblo en el caso de una hija, pero
Luk-zi
había insistido. Quería a
Jin-ling
tanto como a su propia vida y se pasaba todo el día con ella en brazos. Cuando había que darle el pecho,
Mau-ngan
casi tenía que arrancársela.

—Jin-ling es la primera de los muchos nietos que tienen que venir —decía
Luk-zi
—. Esta cara redonda y estas orejas tan grandes son señal de que va a tener muchos hermanitos **[63]** .

Gam-san había ido a Cantón con la esperanza de encontrar una cura para su pierna. Cuando aún estaba en el barco de camino a casa, su madre había buscado por todas partes y había dado con un viejo médico herbolario que había servido en la corte imperial

curando fracturas y heridas a tres generaciones de emperadores. Aunque el médico había cerrado su consulta,
Luk-zi
empeñó dos *mu* de tierras para reunir la cifra que lo convenciera de ver a
Gam-san.

Desde el accidente,
Gam-san
no lograba andar bien ni estar mucho tiempo de pie, así que le resultaba imposible salir a fotografiar a la gente. Solo podía atender al puñado de clientes que iban a su casa. La granja de Fat había caído en bancarrota y sus acreedores lo acosaban día y noche como perros hambrientos, por lo que le daba miedo hasta volver a casa. Lo que
Gam-ho
ganaba en un mes no era suficiente para mantener a las dos familias, la de Hoiping y la de la Montaña del Oro, en vista de lo cual
Mau-ngan
se vio forzada a buscar trabajo. Por aquel entonces acababan de abrir una casa de té llamada Lai Zi Gok en el barrio chino y necesitaban camareras. Mau-ngan fue a entrevistarse con el jefe y, antes de que hubieran intercambiado tres palabras, ya estuvo contratada.

Mau-ngan sabía por qué.

Las mujeres escaseaban en el barrio chino y, de encontrar a una, lo más probable es que fuera la esposa o la madre de alguien. Muy pocas trabajaban fuera de casa, y las que lo hacían arrastraban consigo alguna historia turbia. En la casa de té,
Mau-ngan
tenía que soportar que los hombres la desnudaran con la mirada día tras día, pero ella no se inmutaba: qué no iba a aguantar una mujer que había pasado por un burdel. Lo mismo hacía con quienes la miraban por encima del hombro. A
Mau-ngan
lo único que le importaba era trabajar para ganarse la vida, especialmente porque se mantenía no solo a sí misma, sino también a su hombre y a la familia de este.

Sin embargo, también tenía que soportar malas miradas en casa. Cuando volvía de trabajar ya era medianoche y
Gam-san
siempre la esperaba despierto, agazapado tras las vetustas cortinas. La observaba meter la llave a oscuras para comprobar si volvía sola o acompañada. Al cabo de tantos años, se habían vuelto las tornas y era él quien la esperaba nervioso y vivía intranquilo. Por eso
Mau-ngan
fantaseaba con la idea de que a
Gam-san
no se le curase la pierna en cien años.

Sin encender la luz, recorría el negro pasillo y entraba en la cocina. Él, sin decir nada, la seguía con la mirada. Sus ojos la recorrían frenéticamente de arriba abajo comprobando que no hubiese ningún indicio sospechoso. Cansada tras haber pasado todo el día de pie,
Mau-ngan
se quitaba el maquillaje deprisa con la intención de irse a dormir lo antes posible. En cambio,
Gam-san,
cuyos días transcurrían en casa, rebosaba de energía, por lo que la echaba sobre la cama y la poseía con furia. Él, que durante largo tiempo se resistió a tocarla siquiera e incluso después la buscaba muy de tarde en tarde para hacer poco y mal, ahora sentía un hambre feroz en cuanto la veía y le aparecía un brillo ansioso en los ojos. Ella bromeaba diciendo que debía ser a él a quien llamaran
Mau-ngan,
«ojos de gato».

Después supo la auténtica razón de aquel nuevo ímpetu.

—¿Por qué los demás se te pueden trajinar y yo no? —le dijo una vez que había bebido más de la cuenta.

Ella comprendió de inmediato de qué la acusaba. Volvería a hacerlo, pero siempre estando borracho; sobrio no recordaba habérselo dicho, pero ella no lo olvidaba. Esas palabras se le clavaban en el corazón provocándole un dolor insoportable, pero sabía que debía aguantar. Porque aquel hombre, aun sin amarla, la había salvado del frío de la calle, de morir hambrienta. Porque debido a su causa había tenido que pasar toda una década sin ver a

sus padres. En comparación, lo que ella debía soportar ahora por él no eran más que palabras, una acusación a la que hacer oídos sordos.

Lo que realmente la hizo sentirse zozobrar fue enterarse de que Gam-san había comprado los pasajes para volver al pueblo. Gam-ho, que había estado ahorrando en secreto, quería pagarle el pasaje a su madre para que se reuniera con su esposo en la Montaña del Oro. Sin embargo, de la noche a la mañana el gobierno había prohibido la entrada a los chinos y Luk-zi se había quedado atrapada al otro lado del océano, así que Gam-ho le dio el dinero a Gam-san para que fuera a visitar a su madre. Gam-san se llevaba a Mau-ngan por Jin-ling. Sin duda, Luk-zi querría ver a la nieta que había nacido en la Montaña del Oro y, como aún había que amamantarla, Mau-ngan debía acompañarlos. No estaban casados, y sabía que no había mujer en Cantón que no estuviera dispuesta a casarse con uno de aquellos inmigrantes. Si tomaba a una mujer por legítima esposa en el pueblo, ella pasaría a ser un cero a la izquierda.

El día de su llegada a Zimin, tanto Gam-san como Mau-ngan fueron de rodillas desde la entrada del pueblo hasta la puerta de casa en penitencia delante de Luk-zi. Esta aceptó la humillación y le dijo a ella que se levantara.

—¿Cuál es tu nombre formal?

—¿El nombre formal? —repitió
Mau-ngan
—. ¿Qué quiere decir?
—El nombre que nos pone el profesor en la escuela.
—Madre —intervino Gam-san—,
Mau-ngan
la puerta de la escuela no lo ha visto ni de lejos.

El gentío que se agolpaba dentro de los muros de la casa fortaleza prorrumpió en carcajadas. Mau-ngan había oído que en la casa de los Fong hasta los animales sabían leer y escribir, que a todos les enseñaba la señora,
Luk-zi.
Sabía que aquella frase acababa de dejarla a la altura del polvo que pisaban. Sin embargo, el reproche había salido de la boca de su hombre, lo cual era bueno, porque así nadie más podía echárselo en cara, nadie más se atrevería a repetirlo. Entonces oyó que su suegra emitía un ligero mohín desdeñoso y tuvo ganas de darse cabezazos contra una pared hasta morir… Si no habían podido acabar con su vida en el burdel, lo haría ella misma en Hoiping.

Entonces Gam-san le cogió a
Jin-ling
de los brazos y se la dio a su madre; al hacerlo le dijo algo a la oreja pero que todos pudieron oír:
—Madre, aunque no sepa leer ni escribir,
Mau-ngan
es muy trabajadora. Del dinero que le he estado enviando estos años para comprar tierras, la mitad lo ha ganado ella.

Mau-ngan comprendió que
Gam-san
estaba tendiéndole una mano para sacarla del abismo. Le había reprochado algo que la hacía vulnerable, que cualquiera habría acabado recriminándole tarde o temprano, pero ahora le tendía una mano desde la oscuridad que solo podía haber llegado de él. En un instante la inquietud de los días previos desapareció por completo, los malos presentimientos que había albergado durante todo el camino se disiparon de golpe.

Jin-ling se despertó y comenzó a berrear y a patalear dentro de la tela apretando el nudo frontal contra

Mau-ngan,
que sintió una humedad caliente en el pecho y se apresuró a bajarse a la niña de la espalda. Después de varios meses en el pueblo, había aprendido a darle el pecho a su hija a plena luz del día, como hacían las mujeres de Zimin, aunque ella, a diferencia de las demás, alzaba mucho el brazo y se tapaba el pecho con la cabeza de
Jin-ling.

Era muy temprano y aún se oía el canto de los gallos. Las mujeres más madrugadoras soltaban a las gallinas, y los perros las seguían moviendo la cola y lamiendo del suelo las primeras mierdas de gallina de la mañana.

Inspirando el aire húmedo del río,
Mau-ngan
se felicitó de haberse levantado un cuarto de hora antes para poder disfrutar de aquella paz.

Justo entonces, antes de que pudiera bostezar siquiera, aparecieron dos figuras bordeando el río: la hija y la nuera de la costurera Keoi. El año anterior, cuando acababan de llegar de la Montaña del Oro,
Luk-zi
le había encargado a la costurera cuatro mudas para
Gam-san,
una para cada estación, y la hija y la nuera la habían acompañado para ayudarla, por lo que
Mau-ngan
las conocía a ambas. La costurera era una persona prominente dentro del clan de los Keoi, así que su estatus no estaba por debajo del de los Fong.

La hija era una niña de apenas doce años muy metida en carnes. Bajó al río con una cesta y una pala para lavar la ropa pero, en cuanto vio la pastilla de jabón de la cesta de
Mau-ngan,
la cogió y la restregó varias veces sobre sus prendas, formando enseguida una enorme capa de espuma. A
Mau-ngan
aquello la mortificaba: siempre que iba a lavar al río y se encontraba con mujeres de otras casas, el jabón occidental que llevaba pasaba de mano en mano hasta quedar reducido al tamaño

de un guisante. Después probó a cortar la pastilla de jabón antes de salir de casa, pero aprendió que si solo llevaba al río un trozo, luego a ella no le dejaban más que una pizca.

—Mau-ngan, ¿tienes los ojos de gato desde que naciste? —le preguntó la nuera de la costurera Keoi.

—No. Mi madre me dijo que una noche, cuando tenía cinco años, me desperté y los tenía así.

La nuera se le aproximó gateando para mirarlos de cerca.

—¿Es que en tu familia sois peludos?

—¿Peludos? —resopló
Mau-ngan
indignada—. Eso lo será tu madre.

La nuera, sin inmutarse, ahogó una risita. Al oírlo, la hija de la costurera también rio, pero con disimulo. Estaba en esa edad complicada que llaman adolescencia y no prestaba atención a la tarea de lavar la ropa, se limitaba a marearla con las manos metidas en una gruesa capa de espuma.

—Qué buenas son las cosas de la Montaña del Oro —observó la hija de la costurera con un triste suspiro de envidia—. El jabón de mi casa no hace esa espuma aunque una se deje las manos al frotar.

—Si tanto te gustan, dile a
Mau-ngan
que te deje ser concubina de su hombre y os vais todos a la Montaña del Oro —dijo la nuera.

La niña se sonrojó.

—Ni como esposa podrías entrar —puntualizó al rato
Mau-ngan,
a quien también le había mudado el semblante—; el gobierno ya no lo permite.

—Bueno, pues aquí, da lo mismo —dijo la nuera—. Las concubinas de los que van a la Montaña del Oro viven a lo grande en casas fortaleza, los que entran y salen son los criados. No como nosotras, que nos pasamos la vida enhebrando agujas hasta dejarnos la vista y estirando al máximo el dinero.

Mau-ngan quiso decirles que no todo era bueno en la Montaña del Oro pero, mientras pensaba que eran palabras demasiado suaves, perdió las ganas de hablar y acabó bajando la cabeza para amamantar a

Jin-ling
en silencio.

La nuera, que iba con su cesta del brazo, estaba a punto de bajar al río cuando reparó en la de
Mau-ngan.
Se agachó para revolver su contenido y miró una a una las prendas de
Mau-ngan.
Cuando llegó al fondo vio algo largo y fino, tan transparente como las alas de un insecto.

—Mau-ngan, ¿esto qué es? —preguntó, sosteniendo la prenda con un dedo estirado.

—Medias de seda —respondió ella, que había terminado de dar de mamar a
Jin-ling
y estaba abrochándose la pechera, mirándola de reojo.

—¿Medias, esta cosa tan fina? —exclamó asombrada la nuera de la costurera Keoi—. No pueden resguardar del aire ni del frío, ¿qué diferencia habrá en llevarlas puestas o no?

—Qué poco entiendes —rio
Mau-ngan
—. A los hombres de la Montaña del Oro les gusta que las mujeres las lleven. La gracia es esa: que aun llevando, parece que no.

La nuera extendió las medias y las puso a contraluz del sol. La luz se filtraba a través de ellas.

—Mau-ngan —dijo, haciéndolas una bola y encerrándolas en el puño—, déjame que me las ponga unos días.

—No puedo, son un regalo de
Gam-san.
Si se las presto a cualquiera, se enfadará —contestó
Mau-ngan
acercándose a ella y arrebatándole las medias.

La nuera de la costurera las sujetaba en el puño con tanta fuerza que se le marcaron dos venas azules.

—Anda ya, Mau-ngan —repuso la nuera de la costurera Keoi con tono de irritación—. No me creo que en la Montaña del Oro, dedicándote al oficio al que te dedicabas, nunca se te hubiera perdido una media.

Mau-ngan sintió que la tierra temblaba bajo sus pies y se agrietaba para tragársela. Intentó hacer pie, pero la grieta crecía más y más. De repente comprendió por qué ante ella la mirada de su suegra se tornaba sombría: era por su pasado, un pasado aún más grave que el hecho de no saber leer ni escribir, que la había seguido desde el otro lado del océano. La sombra de su pasado, más extensa que el mismo cielo, la acompañaría siempre allá a donde fuera y, por más que lo intentase, nunca conseguiría disiparla.

El cielo oscureció de pronto y el sol quedó sepultado por las nubes, antes de haber tenido ocasión de despuntar del todo. Mau-ngan cargó a
Jin-ling
con la tela, se colgó la cesta del brazo y, sin preocuparse de lavar la ropa, se alejó, presurosa.

«No puedo seguir así, no puedo quedarme en este sitio —se repetía—. Tengo que volver como sea a la Montaña del Oro».

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Decimonoveno año de la República de China (1930)

Luk-zi se despertó antes de que cantara el gallo. Se levantó tan temprano porque un asunto le rondaba la cabeza; era algo tan insignificante como una semilla, pero en los últimos años había tenido tan pocas preocupaciones que ahora hasta un asunto leve como una pluma era capaz de desvelarla.

Estaba pensando que los pies de cerdo con jengibre que había dejado estofando la noche anterior ya debían de estar listos. Solo tendría que calentarlos, añadir una cucharada de licor de arroz y ya se podrían comer. Sin embargo, aquel último paso era el más delicado, puesto que el fuego no podía ser ni muy vivo ni muy suave a fin de que la carne resultase consistente al masticar, pero no costara despegarla del hueso. En realidad la cocinera preparaba la comida de toda la familia, pero los pies de cerdo con jengibre no le quedaban como a

Luk-zi,
que había aprendido la receta de su madre observando cómo la preparaba su hermana. Le salían tan melosos que se deshacían en la boca sin necesidad de masticarlos. Gam-sau se tomaba un gran plato ella sola.

Desde el año anterior, y tras haberse graduado en la escuela a la que iban los hijos de los emigrados a la Montaña del Oro,
Gam-sau
estudiaba para maestra en Cantón. Había estudiado interna desde que empezó la secundaria, cuando solo volvía a casa una vez por semana. Ahora, al residir en Cantón, no podía visitarlos con tanta frecuencia, por lo que regresaba cada uno o dos meses y para las fiestas largas. A
Luk-zi
le resultaba duro tenerla tan lejos. Sus dos hijos varones se habían ido a la Montaña del Oro a los quince y dieciséis años y solo habían vuelto una vez. Hacía seis o siete años,
Gam-san
había llevado con él a una mujer con la que vivía sin haberse casado y a la hija que habían tenido juntos,
Jin-ling.
Los tres habían permanecido en el pueblo cerca de dos años. Se gastaron mucho dinero en intentar curar la pierna de
Gam-san
pero no tuvieron éxito y al final se marcharon. No sabía cuándo los vería de nuevo. Gam-ho, por su parte, había vuelto el año anterior para casarse. En cuanto dejó embarazada a su mujer tuvo que volverse, conminado por el señor Henderson.

Pensaba que los hombres de su vida eran carne en las fauces de un león. Se había esforzado al máximo por cuidarlos y engordarlos, todo para acabar entregándoselos al león, ese lugar que llamaban la Montaña del Oro, con el que ella se disputaba a su marido y a sus hijos y contra el que siempre salía perdiendo. Cuando su hija hubo crecido, el gobierno de la Montaña del Oro había promulgado la Ley de Inmigración de Chinos. Los hombres de la Montaña del Oro echaban chispas, pero ella no se molestó, al contrario, se sintió secretamente aliviada, pues pensó que por fin podría conservar a su lado a uno de sus hijos.

Gam-sau, que desde primaria había querido ser profesora, estudiaba en Cantón con Jyun, el hijo de
Mak-dau.
Tras graduarse, quería volver al pueblo y abrir una escuela con él. A diferencia de la escuela del pueblo, abierta por los emigrados a la Montaña del Oro y a la que solo asistían sus hijos, ella quería abrir una que admitiera a los hijos de cualquier persona, ya se ganaran la vida sembrando o pescando o fueran sirvientes, sin cobrar matrícula y dando una comida a mediodía. Desde pequeña, igual que a su madre, a
Gam-sau
le gustaba enseñar. Volvía de la escuela y reunía a los hijos de los sirvientes para enseñarles matemáticas o a escribir. Si alguno tenía un nombre demasiado rústico, se lo cambiaba por otro más culto. Cuando
Luk-zi
era joven no había sirviente en casa que no supiera escribir, y ahora, con
Gam-sau,
hasta los hijos de los sirvientes eran capaces de entender una cuenta.

La marcha de Gam-sau a Cantón fue un trago para su madre, aunque no demasiado amargo: sabía que ella, a diferencia de las hijas de las demás familias, se quedaría en la casa tras contraer nupcias. En cuanto se graduara volvería a tenerla en el pueblo. Gam-sau y Jyun se habían criado juntos y desde pequeños se habían entendido a las mil maravillas, solo con verlos se notaba que estaban hechos el uno para el otro. Cuando se graduaran en la academia provincial de profesores debían volver y casarse. Como la familia de Jyun no tenía casa propia sino que vivían con los Fong, sería él quien viviría en casa de su esposa y no al revés. Luk-zi no albergaba ya esperanzas en los varones que había parido, pero su hijo político era muy buena persona y le demostraba una piedad filial incluso mayor que
Gam-san
y
Gam-ho.
Saber que cuando casara a

Gam-sau
podría mantenerla a su lado y contar con ella en los años venideros la confortaba sobremanera.

Se levantó con sigilo de la cama para no despertar a
Gam-sau,
que dormía en el antiguo cuarto de su abuela, la señora Mak, pared con pared con la habitación de su madre. Cuando se disponía a bajar a la cocina vio que de la puerta entreabierta salía una luz tenue. Luk-zi la empujó con suavidad y vio a
Gam-sau
leyendo con el quinqué encendido.

Le encantaba leer. Se pasaba el día con la nariz pegada a los libros, como si los oliera.

—Pero, hija, ¿es que te has pasado la noche en vela leyendo? —le preguntó.

Absorta en la lectura,
Gam-sau
contestó que sí, pero entonces reparó en la pregunta que realmente le había hecho su madre.

—¡No, no! Acabo de levantarme —rectificó.

—Como sigas leyendo así, acabarás dejándote la vista. ¿Quién va a querer casarse contigo cuando no veas más allá de tus narices?

—Eso quisiera usted —rio
Gam-sau
—, así me tendría para cuidarla.

—Uy, Mak-dau me cosería a tiros —replicó
Luk-zi
también riendo—, con las ganas que tiene de tenerte de nuera…

Gam-sau se sonrojó.

—No sé qué te dan de comer en la academia, pero estás en los huesos —le dijo
Luk-zi,
sentándose en la cama para acariciarle los pies.

A sus diecisiete años,
Gam-sau
se parecía a su hermano
Gam-san
de pequeño. Fuerte y espigada, casi nunca enfermaba. Sin embargo,

a ojos de su madre seguía estando demasiado delgada.

Luk-zi se fijó en el periódico que tenía entre las manos, titulado *Guía*[64]. En la página que estaba leyendo se mencionaban palabras como «imperialistas», «feudalismo», «señores de la guerra», «supresión de las revueltas civiles». A

Luk-zi

todo aquello le resultaba incomprensible, y pensó que los libros que ella leía de joven eran muy diferentes. Aunque conocía el significado de todas las palabras, no lograba sacar en claro qué querían decir.

—Gam-sau, hija, ¿esto de «imperialismo» se refiere a los blancos?

—¿Usted se acuerda de cuando en Shamian, hace unos años, los franceses e ingleses de las concesiones abrieron fuego contra los chinos? —preguntó su hija en lugar de responder.

—Cómo no voy a acordarme, con la de gente que murió…

—Pero, madre, ¿sabe usted la causa por la que murieron? —Luk-zi negó con la cabeza—. Empezó cuando los japoneses mataron a un trabajador chino de una fábrica de algodón —explicó

Gam-sau

—. A raíz de aquello, los ciudadanos de Shanghái tomaron las calles de la ciudad a modo de protesta y entonces los soldados ingleses mataron a trece chinos. Cantoneses y hongkoneses fueron masacrados en Shamian por apoyar a aquellos ciudadanos de Shanghái[65]. Los japoneses y los blancos saben comportarse en su tierra, pero en la nuestra pierden de vista la humanidad y se convierten en bestias guiadas por las bajas pasiones.

—Ay —suspiró Luk-zi—, por qué tendrá que ser tan pobre nuestro país… Todos se atreven con un perro flaco.

—No es a la pobreza a la que hay que temer, sino a la ignorancia. Por eso abriré mi escuela, para que en el futuro todo el mundo estudie y despierte a la realidad y no deje que los extranjeros sigan poniéndonos la bota en el cuello.

—Pues tu padre bien que ha tenido que depender de ellos para ganarse la vida y para que nuestra familia pudiera tener tantas tierras y construir esta casa.

Gam-sau elevó las cejas indignada.

—¡Si no fuera por tantos como mi padre, que se dejaron la piel

en el ferrocarril, la Montaña del Oro aún seguiría siendo un desierto! —gritó, enervada—. ¿Es mi padre el que ha dependido de la Montaña del Oro o es la Montaña del Oro la que ha dependido de mi padre?

—Hay que ver las cosas que dice esta niña —dijo, mirándola con una sonrisa enternecida—. Pero ¿tú cómo sabes tanto?

—Por el señor Au-joeng.

El señor Au-joeng Juk-san, el profesor de chino de la escuela en la que estudiaban
Gam-sau
y Jyun, era erudito en todas las materias y, además, el profesor preferido de todos los estudiantes.

—De joven tu padre conocía a otro señor Au-joeng. Se llamaba Au-joeng Ming y también era muy sabio. Quizá sean familia…

Conforme madre e hija charlaban había empezado a clarear y comenzaban a sucederse los cantos de los gallos. Luk-zi le preguntó a
Gam-sau
si tenía hambre, pero esta negó con la cabeza.

—Tú espera a que los pies de cerdo estén listos, que entonces te vendrá el hambre de golpe —dijo, y se fue abajo.

Gam-sau no había tenido hambre de verdad hasta ese momento, pero en cuanto oyó las palabras «pies de cerdo» empezaron gruñirle las tripas. Se levantó de la cama y echó un vistazo por la ventana. En el patio ya había alguien, un hombre viejo y uno joven, sentados en un banco con la espalda apoyada en el pozo limpiando las pistolas: Jyun y
Mak-dau,
su padre.

Mak-dau era un apasionado de las armas y siempre insistía a
Luk-zi
para que compraran más. Ella, que ahorraba hasta el último centavo, no se lo pensaba dos veces a la hora de comprarlas. Primero habían tenido un rifle desvencijado, luego se hicieron con una carabina y después con un revólver. Dos meses atrás,
Mak-dau
había comprado otra pistola, esta vez una Browning, por lo que ya disponían de dos armas cortas y dos largas en la casa.

Cuando no tenía nada que hacer, a
Mak-dau
le gustaba limpiar las armas una a una. Apenas su hijo Jyun hubo aprendido a caminar, le enseñó a montar y a desmontar una pistola. Luk-zi lo había regañado por ello, pero
Mak-dau
había respondido que cuando él fuera viejo y no tuviera pulso para sostenerlas alguien debería empuñar aquellas armas para defender la casa. Luk-zi no había podido llevarle la contraria. Desde entonces lo había dejado adiestrar a Jyun en el manejo de las armas, pero nunca dentro de la casa, porque temía que se les dispararan y una bala perdida acabase matando a alguien.

Jyun había dado un estirón tan grande como los que da la hierba después de una gran lluvia. Sus fornidas espaldas de piedra hacían que su padre, sentado a su lado, se viera empequeñecido en comparación. Le encantaban las armas, igual que a él, y sabía nombrar los distintos tipos de cañón. Leía muchos libros que le prestaba el señor Au-joeng
Juk-san
sobre el tema. Este decía que China podía compararse con un león que tuviera una enorme úlcera infectada en el cuerpo. Si no se le curaba, no se podría levantar. Les preguntaba qué creían que podía hacerse y todos respondían al unísono: «Abrir escuelas para educar al pueblo y para que despierten a la realidad». Pero Jyun no opinaba lo mismo.

Abrir una escuela era un plan a largo plazo, como intentar cocer a fuego lento un remedio de medicina tradicional china para tratar una enfermedad apremiante; ello requería su tiempo y para cuando hiciera efecto quizá ya sería demasiado tarde para el león. Jyun pensaba que para curarle la úlcera infectada lo que había que hacer era, al modo de la medicina occidental, extirparla; es decir, usar la fuerza de un gran ejército para expulsar a los invasores blancos y japoneses. Siempre que le oía decir aquello,
Gam-sau
se asustaba. Jyun era una persona culta a la que se le daba muy bien el estudio y siempre era el primero en todas las asignaturas, pero hablaba como un guerrero que comandara tropas a la batalla. A

Gam-sau
su arrojo le gustaba y le daba pavor a partes iguales.

Mak-dau llevaba muchos años en casa de los Fong. Luk-zi le había contado a su hija que sus hermanos,
Gam-san
y
Gam-ho,
habían crecido en su compañía. Mak-dau estuvo llamándolos «señoritos» durante años y, solo cuando
Luk-zi
hubo insistido muchas veces, aceptó referirse a ellos por sus nombres. Sin embargo, seguía siendo un sirviente: vivía, como los demás, en la planta baja de la casa fortaleza, y comía y compartía el agua para lavar la ropa con ellos.

Como hijo de sirviente, Jyun también pertenecía a esa categoría y, de acuerdo con lo establecido tradicionalmente, Jyun no habría podido librarse de dicho estatus. Sin embargo,
Luk-zi
había colaborado para forjarle un camino distinto: lo había mandado a estudiar con
Gam-sau
a la misma escuela para hijos de emigrados que ella. De este modo, a Jyun se le ampliaron los horizontes y vio que había otro mundo más allá de Zimin. Pero el cerebro de Jyun era más rápido que el de
Gam-sau,
y sus ojos cubrían mayores distancias que los de ella. Cuando
Gam-sau
llegaba a algún sitio, Jyun ya estaba de vuelta. Así, aunque su cuerpo siguiese a
Gam-sau,
era el cerebro de Jyun el que la guiaba a ella.

Jyun le mostraba a Gam-sau un gran cariño y la trataba de igual a igual, no con el respeto humilde que
Mak-dau
le guardaba. Ella era consciente de que su madre quería que Jyun fuese su yerno desde hacía mucho tiempo y que por eso estaba facilitándole las cosas para que se situara al mismo nivel que su hija

y fuera un hombre digno para ella. Luk-zi quería que su yerno se quedara a vivir en la casa, pero se aseguró de que fuera un esposo que estuviera a la altura de su mujer. El plan de
Luk-zi
era, así, perfecto. Nadie podría decir nada en contra.

Cuando Gam-sau bajó las escaleras, su madre ya había encendido el fuego. Los pies de cerdo con jengibre chisporroteaban y desprendían un suave aroma. Mientras esperaba que el fuego fuera avivándose,
Luk-zi
sacó un peine y se lo dio a
Gam-sau;
a continuación, le deshizo la trenza y dejó caer sobre sus rodillas la larga cabellera de color negro brillante. Las púas eran afiladas y recorrían el pelo de
Gam-sau
como un rastrillo despertándole un agradable hormigueo en el cuero cabelludo que la estremeció.

Gam-sau apoyó dócilmente la cabeza en el regazo de su madre.

—¿Le llevamos un plato de pies de cerdo a mi cuñada? —dijo, ronroneando como un gato.

Se refería a la mujer de su hermano
Gam-ho,
Keoi
Jin-wan.

—Bah —exclamó Luk-zi—, ya bajará cuando los huela. Las ratas espabilan cuando aprieta el hambre.

—Madre, cómo se nota que no le gusta.

—No le quiero ningún mal, lleva en su vientre a mi nieto… Pero ¿dónde se ha visto mujer más parada? Hasta los árboles del patio tienen más vitalidad que ella. Y el día que fuimos todos a despedir a tu hermano a la entrada del pueblo, incluso Jyut le dijo:
«Gam-ho,
escribe en cuanto llegues para que tu madre deje de preocuparse», pero la muy pasmada ni chistó. No abrió la boca hasta el último momento, y fue para echar mierda.

—Madre, usted antes no decía esas cosas, se le ha pegado la mala lengua de los criados.

—No sabes lo que dijo, ¿verdad? Dijo: «Hay que preparar la dote de mi hermano, que se casa a finales de año», ya me dirás tú si no es una memez. Tu pobre hermano sudando la gota gorda en la Montaña del Oro para ahorrar cada centavo que envía a casa y esa va y lo toma por el banco de su familia.

—Bueno, pero es la nuera que usted le buscó, mi hermano la vio por primera vez el día de la boda. Si tiene que enfadarse con alguien, enfádese consigo misma…

Gam-sau era la única que podía hablarle así a Luk-zi, que sabía que aquello ya no tenía remedio.

—Con lo modosa que parecía en la foto —dijo Luk-zi, suspirando—, y cuando fui a verla con la casamentera no soltó ni tres palabras. Quién iba a decirme a mí que sería así. Estudió, sí, pero no se le quedó nada, se le pudrió todo en la cabeza.

—¿Ve usted por qué el señor Au-joeng propone el matrimonio por amor? Así mi hermano no tendría que cargar con ella toda la vida.

—Qué problema será ese para un hombre… Si la primera no es buena, se busca una segunda y listos. En el caso de las mujeres es diferente, toda la vida atadas al mismo hombre, malo o bueno, sin poder decir ni mu.

—Madre, eso era antes. Si hasta la consorte imperial Shu se atrevió a divorciarse del emperador Xuantong, ¿acaso nosotras no podemos? —Gam-sau irguió la cabeza para que le hiciera una trenza. Se volvió y vio cómo resplandecía la cara de su madre, desprovista ya de toda ofuscación. Riendo, preguntó—: ¿El de usted y mi padre fue un matrimonio por amor? La tía decía que mi padre se gastó diez años de ahorros en la Montaña del Oro para cancelar un compromiso y poder casarse con usted. ¿Es verdad?

Luk-zi no quería contestar pero, sabiendo que no podía eludir a Gam-sau, terminó diciendo:

—Él tuvo que renunciar al contenido de varios baúles y yo casi lo pago con mi vida. Estamos en paz.

—Madre —continuó una traviesa Gam-sau

—, usted misma está a favor del matrimonio por amor, pero aun así le buscó la mujer a mi hermano. Menuda tiranía la suya.

—¿Y de qué sirve el matrimonio por amor? —contestó Luk-zi, que no entendía qué era «tiranía», pero sí lo demás—. Cuando me casé con tu padre apenas tenía dieciocho años. Han pasado más de treinta y solo nos hemos visto en tres ocasiones. La última vez que se fue tú aún estabas en mi vientre. Él tiene ya sesenta y tantos años, pero se emperra en no volver hasta que haya hecho fortuna, cuando en realidad, aunque volviera mañana mismo, no cambiaría el hecho de que nuestra juventud ya pasó. ¿A ti qué te parece?

A Gam-sau se le borró la sonrisa de un plumazo. La pregunta de su madre la había cogido por sorpresa y no sabía qué responder. Nunca había visto a su padre, para ella solo existía en las fotos y en el dinero que enviaba. Era la primera vez que veía a su padre desde un ángulo distinto del de las fotos: por el rostro de su madre.

Entonces las escaleras comenzaron a retumbar y Gam-sau, sin volverse, supo que era Jin-wan. Su embarazo estaba ya muy avanzado y al andar parecía que arrastraba un tonel. El esfuerzo de bajar las escaleras la había empapado en sudor.

—¿Se han quemado los pies de cerdo? —preguntó cuando llegó abajo.

—¿A quién te diriges así? —repuso Luk-zi, dedicándole una mueca rígida—. ¿Tu madre no te enseñó modales?

Entonces Jin-wan terminó la frase:

—… madre.

Luk-zi observó a Jin-wan, con la cara sucia y despeinada, los ojos legañosos, la camisa mal abrochada y medio salida, las extremidades hinchadas como sacos de harina y embutida en unos zapatos de tela que parecían a punto de explotar.

—¿Es que no puedes peinarte y adecentarte un poco antes de bajar? —dijo sin poder reprimirse—. ¿Te vas a mostrar así delante de los criados?

Jin-wan no hablaba, solo se miraba los pies cabizbaja.

Al ver que Jin-wan jadeaba como una burra,
Gam-sau
le acercó un taburete para que se sentara. Esta lo hizo con tal ímpetu que se partió una de las patas. Intentó tenerse en pie, pero era demasiado tarde: cayó pesadamente al suelo como un saco de arroz.

Luk-zi y Gam-sau corrieron a ayudarla, pero aquel peso muerto de mujer, que no colaboraba para levantarse, las hizo caer también. Luk-zi se enfadó.

—¡No cabes en ningún lado y encima te sientas en el borde del taburete! ¿Acaso muerde?

Antes de que terminara de reprenderla oyó una exclamación de sobresalto de
Gam-sau,
que señalaba temblorosa los pantalones de
Jin-wan.

Por la pernera le descendía una serpiente ensangrentada que llegaba hasta el suelo formando un charco.

Aquella temprana mañana, Keoi
Jin-wan,
esposa de
Gam-ho,
dio a luz a un niño llamado
Jiu-kai,
«Esplendor Acerado», el primer nieto varón de la familia.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Vigesimotercer año de la República de China (1934)

Jin-ling se despertó sobresaltada por un gran estruendo Hasta aquel momento había estado soñando que se hallaba junto a Johnny en la clase de etiqueta de la señorita Watson.

La clase de etiqueta era una de las asignaturas obligatorias de los estudiantes de quinto curso. La señorita Watson, la profesora,

era una mujer estricta y meticulosa con una perenne mueca de disgusto bajo la punta de la nariz. Se encargaba de enseñarles a usar los cubiertos en un banquete formal y a elegir el atuendo adecuado para cada ocasión. También les enseñaba bailes de salón como el vals y el tango. A
Jin-ling
le interesaba tan poco el estudio, en especial las asignaturas de ciencias e historia, que solía dormirse a los cinco minutos de empezar una clase. Después de que la riñeran varias veces, ideó una manera de dormir con los ojos abiertos, y desde entonces no había vuelto a tener problemas.

Sí sentía, por el contrario, un enorme interés por la clase de etiqueta. Más exactamente, por una parte en concreto: los bailes de salón. La señorita Watson emparejaba a los chicos con las chicas, y cada semana cambiaba las parejas. Jin-ling llevaba semanas asistiendo, y la siguiente lección era el tango. Había cambiado de pareja varias veces, pero siempre le habían tocado niños consentidos que no le gustaban. Si
Jin-ling
aguantaba en esa clase era porque albergaba una esperanza. Una esperanza llamada Johnny.

Johnny era el chico más alto y apuesto de su clase. Tenía el pelo color avellana y ligeramente rizado, sobre todo los días de lluvia, cuando en la frente se le formaban algunos caracoles. Siempre vestía de forma desgarbada: cuando no le sobresalía el puño de la camisa, llevaba el cuello levantado. Tenía tantas agallas que, incluso en mitad de la clase de la señorita Watson, iba al baño a peinarse y a fumarse un cigarro. Cuando fumaba entornaba los ojos y levantaba mucho la cabeza, exhalando una gran bocanada en la que parecía caber el mundo entero.

También estaba su guitarra. La guitarra de Johnny, como una mano que pudiera atravesar la piel de la gente hasta meterse en sus entrañas, les había robado el corazón a un sinfín de muchachas. Jin-ling sabía que todas sus compañeras de clase soñaban con bailar el tango con Johnny. Imaginándose con la espalda arqueada suspendida en sus brazos y con las piernas entrecruzadas, se dijo que después de aquello ya no le importaría morir.

Durante el día no daba rienda suelta a su imaginación: no era

más que una china menuda como una nuez y con los ojos rasgados, así que seguramente Johnny ni siquiera sabría de su existencia. Sin embargo, de noche todo cambiaba. En sus sueños se desataba y era libre de hacer lo que quisiera. Aquella noche, por ejemplo, había soñado que, en clase de la señorita Watson, Johnny la cogía de la mano. Pero antes de poder levantar la vista para encontrarse sus ojos castaños, la había despertado un gran estruendo que le había acelerado el corazón, desbocado como un pura sangre. Se llevó las manos al pecho, sobresaltada. Luego se dio cuenta de que eran sus padres discutiendo.

Hacía mucho tiempo que

Jin-ling

no hablaba con su madre. Algunas semanas ni siquiera coincidían. Su madre trabajaba de camarera en una casa de té que cerraba a medianoche, por lo que no volvía hasta la madrugada. Por la mañana, cuando ella se levantaba para ir a la escuela, su madre aún dormía. Por la tarde, al regresar de las clases, su madre ya se había ido a trabajar. Jin-ling llevaba un mes queriendo que la acompañara a los grandes almacenes de la calle Dupont a comprar un abrigo nuevo. Vestía uno suyo, viejo, que le había ajustado para que le fuese bien, con las mangas desgastadas y agujeros: eran quemaduras de los cigarrillos de su padre. La casa de té en la que su madre trabajaba cerraba una vez a la semana, los lunes, y esa noche la familia se reunía para cenar. También era la única oportunidad que

Jin-ling

tenía de cruzar alguna palabra con su madre.

Aquel día era lunes.

Durante la cena, Jin-ling y su madre comían, absortas. El resto de la semana

Mau-ngan

desayunaba, comía y cenaba en la casa de té. Estaba tan acostumbrada a aquella comida, que la de casa le resultaba sosa. Durante las cenas de los lunes, el ambiente en la mesa estaba tan enrarecido como si una sombra se cerniera sobre sus cabezas. Jin-ling quería encender una luz en aquella oscuridad sacando algún tema de conversación, pero le costaba mucho, especialmente tratándose de dinero.

La pierna de su padre seguía sin mejorar. El único trabajo que

hacía era fotografiar a la gente que iba a la casa ocasionalmente. Lo que ganaba ni siquiera le permitía costearse el tabaco y la bebida de un mes. Su abuelo tenía un restaurante desde hacía algunos años pero, después de pagar el alquiler del local y el sueldo del cocinero, solo podía comprarse unas pocas entradas de ópera.

Jin-ling había oído a su madre quejarse:

—¿Cuándo llegará el día en que el restaurante de los demonios entre en números rojos? Así, lo quiera o no, tendrá que cerrarlo.

Cuando su padre la oía decir aquello siempre replicaba:

—Guárdate esa saliva, mujer, así no tendrás que beber tanto té.

Jin-ling sabía que en realidad su padre también ansiaba que el restaurante cerrara pero, a pesar de que ambos compartían ese deseo, sus razones eran distintas. Su padre quería que el abuelo cerrara para que se fuera al pueblo a pasar la vejez con la abuela. Su madre, en cambio, quería que se quedara en la casa para que ayudara más con las tareas del hogar.

La que realmente ganaba dinero en la familia era su madre. En cuanto entraba en la casa, su sueldo semanal se dividía en varias partes. Una se la enviaban a la abuela en Hoiping, que solía escribir cada pocos meses quejándose de lo mal que iban las cosas en el pueblo, diciendo que en casa eran muchos y que había numerosos gastos. Cuando llegaba la carta, como su madre no sabía leer, no la abría; era su padre quien lo hacía y se la leía al abuelo. Su madre sabía que leía la carta en voz muy alta para que ella lo escuchara. Delante del abuelo permanecía callada, pero en cuanto no estaba presente le decía a su padre:

—A tu familia hay que ponerle más dinero que para montarle un templo a Buda.

A su padre no le gustaba oír aquello, pero por mucho que lo disgustara tenía que callar, pues el dinero lo ganaba ella. Sin ese dinero él estaba perdido, así que no le quedaba más remedio que soportar sus quejas.

Sin embargo, aunque se quejaba, pasara lo que pasara, a finales de mes siempre hacía el envío a Hoiping. Lo que quedaba de los sueldos semanales lo destinaba a devolver las deudas del abuelo. La granja que había tenido cerró con grandes pérdidas y aún había acreedores que le pedían cuentas de vez en cuando.

También tenía que quedar dinero para llevar la casa. Todos los

días había mil asuntos que extendían unos ganchos que se clavaban en los billetes que ganaba su madre, que oponía resistencia, aunque solo conseguía recuperar una mínima parte, que usaba para comprarse cosas para estar guapa. Se aferraba a ellos con fuerza, negándose a soltarlos. Si
Jin-ling
quería un abrigo, tendría que salir de aquel dinero. Debía encontrar un momento en el que su madre estuviera tranquila y bajara la guardia para que aflojara el puño.

En cuanto se sentó a la mesa,
Jin-ling
la estudió con la mirada, pero no pudo adivinar de qué humor estaba. Los verdosos ojos de gata de su madre, tan grandes que parecían dibujados, apenas se movían. Jin-ling solo recordaba haber visto reír a su madre una vez, un día que el abuelo se llevó a su padre a Whitewater para visitar a un amigo de los tiempos del ferrocarril. Aquel día su madre libraba y aprovechó para invitar a comer en su casa a varias amigas de la casa de té.

Sin hombres en la casa, reinaba un ambiente distendido entre las mujeres, que se ventilaron de una vez dos botellas de licor de arroz y trigo.

A su madre se le habían subido los colores hasta las orejas y, con el delantal enrollado alrededor de la cabeza, había empezado a cantar la canción *Rojos capullitos de melocotonero* moviendo las manos sinuosamente con los dedos pulgar e índice en forma de pinza. Jin-ling nunca habría imaginado que su madre cantara tan bien pues, cuando el abuelo ponía algún disco de ópera china, ella no abría la boca. Pero aquel día cantó hasta perder la voz y después jugó al *mahjong* con sus amigas. Su madre tuvo una suerte inaudita, y todo el dinero que ganó desde la primera hasta la última partida se lo dio a
Jin-ling
para que fuera a comprarles un tentempié. Aquel día
Jin-ling
pensó que su madre era como una flor que, tras haber pasado mucho tiempo aplastada por una roca, había vuelto a ver el sol y se abría, imparable.

Nunca más volvió a verla reír de aquel modo.

Cuando se sentaba a descansar, el brillo de sus ojos dejaba ver lo guapa que era. Pero en la casa de té no paraba ni un minuto, siempre de pie, cansada, y por eso mostraba tan mal aspecto. En consecuencia, no cuidaba su postura, perennemente desmadejada, como si le faltaran huesos.

Jin-ling se fijó en que su madre llevaba ropa nueva, en lugar de la túnica gris que solía vestir en la casa. Tenía dos túnicas que iba alternando, pero aquel día lucía un vestido occidental verde claro con flores de color verde oscuro y el pelo recogido en un moño con una horquilla plateada, que le dejaba al descubierto las orejas. De aquel peinado se deducía que aquella noche iba a salir. Sus escapadas respondían siempre a uno de dos motivos: o bien estaba de buen humor o bien se sentía agobiada. Al ver que su madre apuraba los últimos granos de arroz del cuenco, se decidió a hablar.

—Madre… necesito un abrigo —murmuró sin levantar la nariz del cuenco. Su voz retumbó en las paredes del recipiente y acabó sonando hueca.

Su madre la miró como si le hubiera pedido la luna y Jin-ling se encogió hasta quedar reducida a nada, como la nieve derretida bajo el sol.

—Y yo una chaqueta —repuso la madre con frialdad al fin—. ¿Me das dinero?

—Cuando lleguen las rebajas de Navidad —respondió su padre sin dejar de comer. No quedó claro si hablaba del abrigo de la una o de la chaqueta de la otra.

—Ah, muy bien. ¿Has oído, Jin-ling? —dijo su madre bajando el cuenco de arroz—, por Navidad pídele dinero a tu padre y listos.

Jin-ling sabía que no había nada que hacer. Se pasaría el invierno yendo a la clase de etiqueta de la señorita Watson con aquel abrigo, sentada delante de Johnny, soportando su mirada mientras él la repasaría de la cabeza a los pies diciendo en voz baja:

—Mira, mira qué china es. Todos tienen la misma pinta…

Jin-ling notó un escozor en los ojos, presagio de que si seguía en la mesa no podría evitar llorar, de modo que dejó el cuenco y los palillos y se fue corriendo a su habitación.

Encendió la lámpara de la mesilla, con una bombilla de doce vatios que apenas aportaba una escasa aura amarillenta a la oscuridad de la habitación. Todas las bombillas de la casa eran como aquella, así ahorraban electricidad. Jin-ling se sentó en la cama iluminada por aquel aura que apenas cubría su cuerpo, pensando: «¿Voy a vivir en una familia así toda mi vida? ¿Cuánto va a durar esto? ¿Más tiempo del que se tarda en recorrer a nado el Fraser una vez? ¿Diez veces? ¿Cien veces? ¿Mil veces?». Sentía un peso muy fuerte en el corazón.

Dinero, dinero, siempre dinero. En su familia todos ansiaban aquellos billetes en manos de su madre. Todos se aferraban a la parte que les tocaba. Sin embargo, a ella no la incluían en ninguna de aquellas partes.

Entonces oyó que alguien subía las escaleras. Corrió a apagar la lámpara, se echó en la cama y se cubrió con la colcha hasta la cabeza. No quería ver a nadie en ese momento. Oyó un ruido, como si alguien hubiera tropezado y caído al suelo. Jin-ling se destapó, encendió la lámpara y vio a su abuelo frotándose la rodilla.

El abuelo sacó algo de la chaqueta y lo puso sobre el escritorio de

Jin-ling.

—Menos mal que no se ha roto —dijo. Se trataba de un cerdito de cerámica de cara larga y orejas grandes con una ranura sobre la cabeza: una hucha. Sacó unas monedas y las introdujo en ella provocando un tintineo—. Tu abuelo va a dejar el tabaco para que puedas comprarte un abrigo. Con lo de hoy tienes para un botón, pero en un par de días ya tendrás para una manga.

Jin-ling abrió la boca para hablar. Tenía que decir algo, pero no quería. Las palabras que se morían en su interior eran que no hacía falta, que era demasiado tarde, que cuando el cerdito hubiese engordado, la clase de etiqueta ya habría terminado.

«De ninguna manera voy a llevar mi viejo abrigo para bailar el tango con Johnny —pensó

Jin-ling

—. Diré que estoy enferma. Sí, eso. ¿Un mareo? ¿Dolor de estómago? ¿Qué parece más creíble?». Así planeaba excusarse de la clase si la señorita Watson la elegía como pareja de Johnny.

—Tu madre se esfuerza mucho para ganar dinero.

Quería levantarse y frotarle la rodilla a su abuelo, pero su cuerpo estaba anclado en la cama, tan pesado como un saco de virutas de hierro imposible de arrastrar. No se movió hasta que su abuelo se marchó cojeando escaleras abajo.

Más tarde oyó que la puerta de la calle se abría y enseguida se cerraba de un portazo: su madre se había ido. Solo quedaban los dos hombres y ella. No hablaban, así que la casa quedó sumida en el silencio. A continuación, le llegó un aroma acre que se le introdujo en la nariz y le escoció la garganta: el tabaco de su abuelo y su padre.

«"Voy a dejar el tabaco"… —pensó con rabia
Jin-ling
—. Y un cuerno, vas a dejar el tabaco».

Arrancó una hoja de su cuaderno y se tumbó en la penumbra de su cama a escribir una carta. Escribió «abuela» y se detuvo; dudaba no porque no tuviera nada que decir, sino porque le costaba expresarlo en chino. En casa siempre se había hablado chino cantonés pero, aunque lo entendía y lo hablaba bien, tenía serias dificultades a la hora de escribirlo.

Desde el tercer grado de la escuela primaria, su abuelo había insistido en que fuera a la escuela de hijos de inmigrantes los fines de semana para que aprendiera chino. Sin embargo, si llovía no iba, si soplaba viento no iba, si hacía calor o si hacía frío… Por supuesto, también había ocasiones en que le dolía la cabeza o tenía fiebre. Cuando se le agotaban las excusas y no tenía más remedio que ir, lo único que le interesaba era hacer farolillos o recortes de papel, y ni siquiera había aprendido los trazos básicos de los caracteres chinos. Tras dos años apenas sabía reconocer los caracteres del calendario.

Escribió dos caracteres: «yo» y «tú». En medio dejó un espacio para una palabra que no sabía escribir. El espacio era enorme, pues pensaba que el carácter que faltaba debía ser muy grande. Tras pensarlo mucho y no lograr recordar cómo se escribía, decidió escribirlo en inglés. La palabra era *hate*, «odio». «Te odio».

Jin-ling quería seguir escribiendo, tenía muchas más frases que aguardaban ansiosas para seguir a la primera. Quería decir: «Abuela, mi tía
Gam-sau

y tú, ¿es que no sabéis ganar dinero? Lleváis ropa muy bonita en las fotos, pero aquí yo no tengo ni un abrigo porque mi madre tiene que enviaros dinero todos los meses». También quería decir: «Mis compañeros se burlan de mí diciendo que a los chinos cada centavo nos cunde como diez, pero en casa de cada diez centavos solo uno es para nosotros, el resto os lo enviamos».

Quería decir mucho más. Hacía mucho tiempo que guardaba todos aquellos reproches y, como un río que recibe una tromba de agua, se estaban desbordando. Pero la punta de la estilográfica de Jin-ling era ínfima, y el torrentoso río de sus quejas no lograba fluir.

Comenzaron a dolerle las sienes, como si tuviera dos tambores retumbando en su cabeza. Arrugó el papel y lo tiró a la papelera. Tumbada en la cama con la vista fija en la humedad del techo, las aguas de la mancha se desdibujaron hasta que se durmió.

La despertó el sonido de un portazo, propinado por su padre después de que su madre entrara. Había cerrado la puerta con fuerza, como si quisiera pillarle los talones. En el silencio de la noche, en la que hasta los gatos dormían ya, aquel sonido retumbó alarmantemente por toda la calle.

Jin-ling se apresuró a calzarse y abrió la puerta de su habitación. Se asomó por el hueco de la escalera y vio que su madre se dirigía a la cocina con un pequeño bolso en la mano que colocó sobre el hogar. De la cuerda de tender descolgó una toalla e, inclinándose en el fregadero, empezó a lavarse la cara.

Su padre cogió el bolso y, agitándolo, preguntó en voz baja:

—¿Cuánto has perdido?

Ella se lo quitó de un golpe y, tras colgárselo de la muñeca, siguió lavándose en el fregadero como si su cara tuviera polvo acumulado durante siglos y ni el agua de un río ni la de un lago pudieran limpiarlo. Cuando se le hubo agotado la paciencia, su padre la cogió por el cuello de la blusa como el que saca a un pollito del agua.

—¿No tienes dinero para comprarle un abrigo a Jin-ling, pero sí para perderlo en la mesa de *mahjong*?

Ella se zafó y se secó los ojos con una esquina de la toalla.

—¿Comprarle un abrigo? Una mocosa como ella —dijo sin

levantar la cabeza de la toalla— no tiene edad para andar preocupándose de gustar a los chicos. ¿Acaso quieres que empiece a cometer indecencias? Además, tú puedes darle un montón de dinero a aquella panda de vagos, pero yo no puedo gastarme unas monedas en pasar un buen rato, ¿no? ¡El dinero lo gano yo!

Con lo de «panda de vagos» su madre se refería a la Asociación China. Como su padre no tenía nada que hacer en todo el día, se pasaba el rato con el secretario, Li, que era amigo suyo, así que estaba al corriente de todo lo que ocurría en la Asociación. El dinero no duraba mucho tiempo en su bolsillo. En cuanto oía hablar de reformar una escuela de chinos, de interponer demandas al gobierno, de ayudar tras algún desastre natural, de construir escuelas u hospitales, enseguida sacaba la cartera y hacía una donación. Cuando su madre se enteraba se enfurecía y le espetaba que un don nadie como él no tenía que preocuparse de esas cosas. Aun así, no podía controlarlo.

—A saber cómo lo ganas…

Mau-ngan se encolerizó, pero se serenó enseguida. Su rostro se enrojeció una vez más para luego recuperar la blancura. Entonces la emprendió a latigazos de toalla con él, gritándole muy alterada:

—¡Fong Gam-san! ¿Cómo lo he ganado, eh?, ¿cómo?

La toalla le acertó en la cara y el moflete de su padre se inyectó en sangre. Sudaba profusamente. Jin-ling vio cómo se erizaba el cabello de su padre, como si toda su cabeza estuviera cubierta de púas.

Le arrebató la toalla de las manos y la tiró al suelo, donde quedó enrollada, húmeda, como un pez sin raspa.

—¿Crees que no vi quién te trajo a casa el otro día?

Mau-ngan soltó una risa histérica.

—¡Conque era eso…! ¿Y qué tenía que haber hecho yo aquel día, con la nevada que cayó? ¿Esperarte? ¿Acaso ibas a ir corriendo a buscarme?

Aquello fue un golpe bajo para
Gam-san,
que calló de inmediato. La gente elegante de Vancouver tenía automóviles con los que recorrían las calles tocando el claxon. Pero
Gam-san
no solo no tenía, sino que apenas podía caminar, menos aún bajo

una nevada. Por mucho que lo hubiese querido, no habría podido ir a recogerla.

Gam-san enmudeció unos instantes, pero luego habló. Lo hizo desde el estómago, desgañitándose:

—Si lo que querías era uno con coche, haberte quedado esperándolo en el burdel, nadie te obligaba a venirte conmigo.

Jin-ling no sabía qué era aquello de «burdel», pero vio que, al oírlo, su madre reaccionaba como las hormigas cuando se les echa sal. Cuando su tamaño se había reducido al de una nuez, alargó la mano, cogió un vaso de la mesa y lo estrelló contra la pared. Se produjo tal estruendo que
Jin-ling
creyó que había hecho un boquete en la pared, pero luego comprendió que no era la pared la que se había roto, sino el vaso. Su madre estaba agachada frente al montón de añicos, cubriéndose la cara con las manos y llorando desconsoladamente.

—Quiero morirme —gritaba, sollozando—; quiero morirme…

No era la primera vez que
Jin-ling
veía a sus padres discutir ni a su madre llorar, pero nunca de aquel modo. Sus gemidos le martirizaban los oídos y amenazaban con trepanarle el cráneo.

«No estoy oyendo nada, no oigo nada, nada de nada», se repetía
Jin-ling
mientras se tapaba con fuerza las orejas.

Sabía que, al otro lado de la pared, había otra persona que, como ella, lo había escuchado todo sin decir nada: su abuelo.

«No puedo seguir en esta casa ni un día más». La desesperación sumía a
Jin-ling
en la más absoluta oscuridad.

Condado de Hoiping, provincia de Cantón, China
Año 2004

A mediodía el señor Au-joeng llevó a Amy a visitar al señor Ze Jyun

en el asilo de ancianos en que este residía.

El periplo de Amy por China se había alterado en dos ocasiones. Su plan inicial había sido permanecer en Cantón un día, firmar el contrato de fideicomiso de la casa fortaleza y dirigirse de inmediato a Hong Kong para coger un vuelo de regreso a Vancouver. Para Amy, Cantón, Hoiping, aquella casa fortaleza que se llamaba residencia

Dak-Jin

y también aquel anciano, el señor Ze Jyun, le resultaban lejanos, totalmente ajenos a ella. Estaba allí para cumplir una misión sin sentido que su madre le había encomendado, tan solo eso.

No imaginó que un día se convertiría en dos, y dos en tres. Sin proponérselo, ya llevaba cinco días en Hoiping. Aquel funcionario del gobierno apellidado Au-joeng había conseguido despertar su curiosidad, y empezaba a plantearse volver a aplazar su vuelo de regreso para quedarse otra semana. Ya había terminado el curso en la universidad en la que trabajaba, por lo que no tenía el apremio de dar clase a sus estudiantes, pero antes debía hablar con Mark de si aplazaban o no el viaje a Alaska que habían planeado.

Mark era el novio de Amy.

Cada vez que se lo presentaba a alguien usando aquel término le sonaba ridículo. «Novio» era una palabra que usaban los veinteañeros. Para una mujer que rondaba la cincuentena, hablar en esos términos para presentar a un hombre de casi sesenta años resultaba tan inapropiado como esas abuelas llenas de arrugas vestidas con minifalda. Sin embargo, Amy aún no había encontrado un término mejor. «Pareja» o «compañero sentimental» le sonaban aún peor.

Mark era profesor en la misma universidad que Amy, donde ella impartía clase de Sociología y él de Filosofía. Aunque no pertenecían al mismo departamento, sí compartían la facultad de Humanidades. Hasta que el responsable del departamento de Literatura se jubiló y le organizaron una fiesta de despedida en el campus, se conocían solo de vista. En la fiesta, Amy se cruzó con él con un martini en la mano y entonces empezaron a hablar. Aquel día fue ella, sin duda, quien lo abordó. Parapetada tras la excusa del alcohol, enseguida se le colgó del brazo. Amy acababa de salir de una relación y ansiaba con desesperación llenar ese vacío.

Por supuesto, no había escogido a Mark a ciegas. Antes de cruzarse deliberadamente con él se había fijado en el anular de su mano izquierda, que presentaba la marca blanquecina que había dejado un anillo. Pero a ella no le importaba, lo importante era que se lo hubiera quitado.

El ardid de Amy aquella noche resultó magistral, puesto que, después de tan solo tres martinis, ya tenía a Mark en su cama, y no se fue de su apartamento en todo el fin de semana. Sin embargo, no comenzaron a vivir juntos de inmediato. Al principio pasaron muchos fines de semana de enamorados, alternando entre el apartamento de Amy y el de Mark. Aquella simple pero efectiva manera de turnarse se prolongó un año, hasta que Mark le propuso vivir juntos. Si Amy aceptó que Mark se mudara a su apartamento fue porque había superado un año de prueba y estaba segura de que no albergaba esperanza alguna de que se casaran, lo cual era un alivio para ella.

Los dos se oponían con igual vehemencia al matrimonio, aunque por distintos motivos. Él había perdido mucho con su divorcio y debía pasarle a su exmujer una pensión alimenticia que equivalía casi a la mitad de su sueldo mensual. El resto, y ahorrando mucho en ropa y comida, solo le permitía mantenerse a sí mismo. Si aquella mitad restante volvía a reducirse al cincuenta por ciento en el futuro, tendría que dormir en un banco del parque. Amy, en cambio, nunca había estado casada. Su reticencia al matrimonio era, en sus propias palabras, hereditaria.

Las mujeres de su familia parecían destinadas a no casarse. Su abuela materna, aquella mujer sin nombre que todos conocían por su apodo,
Mau-ngan,
había convivido toda la vida con su abuelo sin casarse. A pesar de que, a su muerte, su lápida decía «Señora Zau, esposa de Fong-Gam-san», su abuelo no había decidido reconocerla como esposa hasta aquel último momento. Amy no la había conocido y sabía muy poco de ella, pues su madre, Fong
Jin-ling,
se había marchado de casa muy joven y, para cuando quiso regresar,
Mau-ngan

ya había fallecido.

La madre de Amy, Jin-ling, siempre había pasado de un hombre a otro sin tampoco casarse. Al principio transcurría mucho tiempo desde que acababa con uno hasta que empezaba con el siguiente; luego, la distancia entre aquellas relaciones se redujo, llegando a ser de apenas un par de días. Amy había sido concebida de manera accidental en una de aquellas historias fugaces. No sabía quién era su padre biológico; la única información, a partir del color de sus ojos y su pelo, era que aquel hombre que no había vuelto a aparecer en la vida de su madre era blanco. Jin-ling no había querido que su hija llevara un apellido chino, así que la inscribió en el registro como Smith, el apellido occidental más común.

Debía de ser genético. Así le explicaba a Mark su postura ante el matrimonio. El motivo de aquellas mujeres para no casarse al principio había sido la ignorancia, la inercia, la falta de otras opciones, como le había ocurrido a
Mau-ngan.
Después, poco a poco, se había transformado en una elección propia, como en el caso de Amy. El hecho era que, por una u otra razón, las mujeres de la familia Fong llevaban tres generaciones sin cruzar su camino con el matrimonio.

Mark la escuchó sin decir nada, pero la abrazó suspirando levemente. Amy esperaba que el suspiro de Mark fuera de alivio, pero parecía más bien ponderativo, contenido, como de desilusión, lo cual la desconcertó.

Amy había acordado con Mark que, al acabar el curso en la universidad, irían a Alaska, no solo por turismo, sino también para documentarse sobre la cultura esquimal. Tuvieron que posponerlo por el imprevisto viaje a China de ella y ahora debían volver a aplazarlo.

Cuando Mark la había llevado al aeropuerto le había dicho a Amy, resignada por tener que marcharse, que tal vez aquel viaje la devolvería a sus raíces.

—Qué raíces va a tener una mujer como yo, sin padre y prácticamente sin madre también —había negado entonces Amy con una irónica sonrisa. Pero cuando ella y el señor Au-joeng
Wan-on
descubrieron, al pie de las escaleras de la residencia

Dak-Jin,
aquella foto de su abuela sonriente cogiendo en brazos a su madre a la orilla del río sin nombre, la idea de las raíces la asaltó por sorpresa.

Escribía correos electrónicos a Mark relatándole todos y cada uno de sus descubrimientos en Hoiping. Él, que era muy vago salvo para sus investigaciones académicas, apenas contestaba a los correos, por no hablar de las llamadas telefónicas. Amy le escribía únicamente porque necesitaba desahogarse con alguien y él era la persona más cercana. Nunca había esperado que respondiera. Sin embargo, Mark contestaba a todos los correos, aunque fuera con una frase escueta: «Ya veo», «¿Y después?», «Ten paciencia, la verdad se hace esperar», «¡Increíble!», «Sigue investigando», «¿Por qué no?».

Aquellas frases de Mark azuzaban el corazón de Amy, cada vez más ilusionado a medida que descubría nuevos datos, conmoviéndolo: después de tres años viviendo juntos, era la primera vez que vislumbraba una grieta en la naturaleza pasiva de Mark, que parecía empezar a interesarse por su vida.

De camino al asilo, el señor Au-joeng volvió a aclararle el parentesco que la unía con el señor Ze Jyun:

—Se trata del marido de la hermana menor de su abuelo. Cuando ella murió, no volvió a casarse.

Amy no entendía la palabra china que designa al marido de la tía abuela; su chino aún distaba de ser excelente y aunque no salían a la luz con frecuencia, tenía lagunas. Si lo estudió no fue porque sintiera un especial apego o interés por esa lengua. Durante su doctorado en Berkeley, en Estados Unidos, había tenido que cursar una lengua extranjera. Aunque durante un tiempo se debatió entre el chino mandarín y el suajili, y su tesis doctoral versaba sobre la evolución social de las tribus africanas, al final renunció con pesar al suajili y eligió el chino mandarín porque, al tener ciertos conocimientos de este idioma, le resultaría más fácil obtener el crédito.

Aquellos conocimientos no se debían a su madre, que siempre le había hablado en inglés. Durante la secundaria, para ganar algún dinero, Amy había trabajado varios veranos de camarera a tiempo parcial en un restaurante chino. De hecho, había pasado muchas de

sus vacaciones sirviendo platos en aquel restaurante, y fue allí donde aprendió mandarín.

Si no conocía el término que el señor Au-joeng había utilizado era porque en el diccionario de su vida faltaban muchas entradas relacionadas con el parentesco, que para ella se limitaban a «abuelo» y «madre». Como no tenía padre, tampoco tenía familia paterna. Y puesto que su madre era hija única, aquella parte de la familia también estaba en blanco.

El señor Au-joeng se sacó lápiz y papel y le dibujó un esquema con multitud de ramificaciones sobre las que escribió unos nombres.

—Mire, esto es una versión simplificada del árbol familiar de los Fong. Los de más arriba quedan muy lejos, así que no los mencionaremos. Comencemos por su bisabuelo.

»Su bisabuelo, es decir, quien construyó la residencia
Dak-Jin,
tuvo dos hijos y una hija. El hijo mayor era su abuelo materno, Fong
Gam-san.
Ni él ni sus hermanos viven ya. El único superviviente de aquella generación es precisamente el señor Ze, marido de su tía abuela. De los hijos que tuvieron su abuelo y sus hermanos, la única que aún vive es su madre, Fong
Jin-ling.
Ella solo la tuvo a usted, así que de toda la familia de Fong
Dak-Fat,
únicamente sobreviven usted, su madre y el señor Ze.

Amy cogió el papel y lo leyó varias veces de arriba abajo.

—Luego haré una copia, quiero enseñárselo a mi madre. Es curioso, en inglés a esto lo llamamos *family tree*, usamos la misma imagen de «árbol» que para el término chino.

Cuando llegaron al asilo vieron al director, esperándolos en la puerta. Tras saludar a Amy con un apretón, el director tiró disimuladamente de la manga del señor Au-joeng. Al comprender que quería hablarle a solas, le pidió a Amy que esperara mientras iban al despacho del director.

En cuanto hubo cerrado la puerta, el director se mostró cariacontecido.

—Estamos más que dispuestos a colaborar con la Oficina de

Asuntos de Chinos de Ultramar, que ha llamado varias veces, pero el señor Ze se niega en redondo a verla. Dice: «Como venga esa mestiza por aquí la echo a patadas».

—Bueno, no se preocupe —dijo el señor Au-joeng en tono conciliador—. ¿Qué fuerza puede tener un anciano de noventa años?

—Me alivia que sea usted el que tome la decisión. Así, si pasa algo, la responsabilidad será suya. No se imagina el escándalo que ha formado el señor Ze esta mañana. Hemos tenido que administrarle un calmante a mediodía y después ha dormido toda la tarde. Ahora se encuentra mejor.

—Mi querido tío abuelo no tiene el menor interés en verme, ¿no es así? —preguntó Amy cuando el señor Au-joeng salió de la oficina.

—Ah, tiene usted una gran perspicacia. Se nota que es profesora de universidad —bromeó él para quitarle hierro al asunto.

—El otro día, en el vestíbulo del hotel, me habría hecho pedazos.

—En realidad su enfado es comprensible. Verá usted, todos los miembros de la familia del señor Ze murieron muy prematuramente. Su bisabuelo había prometido llevárselos a la Montaña del Oro, algo que nunca cumplió, y el señor Ze no puede evitar pensar que, de haber podido marcharse, no habrían corrido tan desdichada suerte. Si la culpa a usted de ello es solo a falta de alguien más indicado. Pero mire, si tiene miedo podemos irnos ahora mismo…

Amy, conminada de aquella manera, se armó de valor.

—¿Quién debe tenerle miedo a quién? —bromeó, haciendo chocar los puños como el púgil antes del combate—. Yo soy cinturón azul de taekwondo. Si no me cree, pruébeme, pruébeme.

—No, no me atrevo, no me atrevo —dijo con una sonrisa el señor Au-joeng mientras entraban en la habitación del señor Ze.

Acababa de despertarse de la siesta y seguía tumbado en la cama mirando el techo de la habitación con dos grandes ojos que parecían estanques embarrados tras la lluvia. El señor Au-joeng se sentó junto a la cama y, quitándole de la boca restos de arroz endurecido, le dijo:

—Jyun, ¿cuántos cuencos de arroz nos hemos comido hoy?

Los ojos del anciano se movieron, como recobrando las fuerzas.

—Cuenco que me tomo, piedra dura que cago luego —sentenció.

El señor Ze había perdido los dientes y llevaba una dentadura postiza que castañeteaba al hablar, como si tuviera la boca llena de canicas de cristal.

El señor Au-joeng se echó a reír.

—Ah —dijo, sacándose una botellita—, en la vejez el estreñimiento es cosa seria. Te he traído esto: es una medicina extranjera. Tómate una cucharada al día acompañada de agua caliente; sabe a zumo de naranja. Verás cómo te cura el estreñimiento.

Sin coger la botella, el señor Ze agarró al señor Au-joeng de la mano y le dijo:

—Wan-on, oyéndote, de verdad que se me aparece tu abuelo de joven.

—Bueno, yo paso ya de los cincuenta —contestó el señor Au-joeng—; de joven tengo poco.

El señor Ze le apretaba tanto la mano que empezaba a amoratársela.

—Tendría que haberme ido con él.

El señor Au-joeng ayudó a incorporarse al anciano, que reparó de inmediato en Amy, en la puerta.

—¿Otra vez me traes a esa mestiza? —le dijo el señor Ze soltándole la mano con brusquedad.

—Jyun, es la hija de la sobrina de

Gam-sau,

última descendiente de los Fong. Ha hecho un largo viaje desde Canadá para visitarte, no montes un escándalo.

—¡Bah! —espetó el señor Ze—. ¡Ese apellido ni me lo menciones! De lo que esos te cuenten, no te creas ni la mitad.

La furia hacía palpitar sus sienes.

—Jyun… has acabado creyendo las habladurías de la gente —dijo el señor Au-joeng dándole unas palmaditas en la espalda—. Antaño la Montaña del Oro bloqueó la entrada de chinos. ¿Qué culpa tuvieron ellos? ¿Verdad que después, levantado el bloqueo, tu cuñado escribió a

Gam-sau

preguntándole si quería irse allí? Pero en aquella época estabas

obsesionado con el triunfo de la revolución y de ninguna manera habrías accedido. No tienes derecho a enfadarte con nadie.

El señor Ze, que aún no había recuperado el aliento, respiraba fuertemente en la cama y poco a poco sus sienes recuperaron su estado normal.

—Que me devuelva a Gam-sau y a Wai-hoeng —dijo poco después con un suspiro.

—Pues mira, resulta que los ha traído consigo —le explicó el señor Au-joeng mientras le hacía señas a Amy para que se acercara.

Amy extrajo un paquete envuelto en tela de su maletín. Se arrodilló frente a la cama y habló respetuosamente:

—Tío abuelo, antes de que yo partiera, mi madre me encargó que le hiciera llegar esto. En realidad, es algo que mi abuelo le confió antes de morir. Le dijo que quien volviera a Hoiping debía traerlo de vuelta.

Amy abrió el paquete, que contenía dos cosas: varias fotografías que el paso del tiempo había amarilleado y una cajita de hojalata con una foto de una mujer occidental en la tapa y algunas palabras en inglés, «… & Co., chocolate con almendras». La pintura de la caja estaba desconchada, tanto que la cara de la mujer se veía cuarteada.

Amy la abrió y de su interior extrajo una tela. Cuando la desplegó dejó al descubierto un mechón de pelo atado con una cinta que debía de haber sido roja, pero con el paso del tiempo había perdido el color. Junto al mechón había una nota en la que podía leerse, a pesar de que la tinta se había difuminado, «Recuerdo del primer cumpleaños de
Wai-gwok».

En cuanto a las tres fotos, una era de la boda de
Gam-sau
y el señor Ze. En la esquina superior derecha un sello decía: «Estudio Fotográfico Hoi Wo, Cantón, año veintidós de la República de China»[66]. Otra era un retrato de Wai-hoeng con un vestido de seda en cuyo reverso podía leerse: «Fiesta de cumpleaños de Wai-hoeng». La tercera era un retrato de familia con
Luk-zi
en el centro,
Gam-sau
a la izquierda con Wai-hoeng en brazos, que no debía de tener más

que unos pocos meses, y el señor Ze de pie a la derecha, en primer término, con
Wai-gwok
de la mano. En el reverso no había nada escrito.

Al señor Ze comenzaron a temblarle las manos, y las fotos cayeron revoloteando sobre la colcha de la cama sin que él hiciese ademán de recogerlas. Hacía muchos años que no veía el rostro de su esposa y de su hija. La foto de
Gam-sau
con su hija y los recuerdos de las circunstancias que la rodearon se habían esfumado en el fuego de la tragedia. Cerca del final de sus días, contemplando su imagen de joven con su mujer y su hija bajo el sol de hacía sesenta o setenta años, se sintió como si, en medio de su último viaje, se volviera para ver a un fantasma. Se tapó la cara con una esquina de la colcha y empezó a gemir lastimeramente como un perro malherido.

Cuando salieron del asilo ya había oscurecido. El señor Au-joeng se disponía a llamar al chófer con el móvil, pero Amy lo interrumpió:

—¿Le importa pasear conmigo un rato?

El señor Au-joeng colgó y se guardó el teléfono.

Recorrieron lentamente la calle, que comenzaba a poblarse de puestos de venta. Sus luces de neón puntuaban con sus colores la negrura de la noche. No hablaron en todo el camino hasta que llegaron al hotel.

—Tiene usted mucha confianza con mi tío abuelo, ¿verdad? —le preguntó Amy, deteniéndose.

El señor Au-joeng asintió con la cabeza.

—En mi familia hemos sido profesores desde hace generaciones. Mi tatarabuelo dio clase a su bisabuelo y mi abuelo a su tía abuela y a su marido. Cuando el señor Ze era joven estuvo a punto de ir a la guerra con mi abuelo.

Aquella noche Amy le escribió a Mark un correo electrónico de apenas dos frases:

> Hoy he ido a ver a mi tío abuelo con el señor Au-joeng. Tengo la sensación de haber acabado con su vida.

La respuesta de Mark fue aún más breve:

Hay luz al final del túnel.

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Vigesimooctavo año de la República de China (1939)

Luk-zi estaba sentada peinándose en el patio interior de la casa.

Acababa de pasar la Fiesta del Medio Otoño. Para entonces, el brillo del sol había dejado de cortar y su filo de cuchillo romo no era más que una tibia caricia.

Se deshizo el moño con el que recogía su larga cabellera y llenó de agua una palangana. Aunque comenzaba a tener canas, su pelo seguía siendo recio y se le enredaba al lavarlo. Tenía que peinarlo con mucha fuerza, pero insistía en hacerlo ella misma. Una vez le había pedido ayuda a su nuera,
Jin-wan,
pero esta le había dado tantos estirones que el cuero cabelludo le dolió durante días y desde entonces no quiso que nadie la ayudara.

Cuando por fin hubo terminado de desenmarañarse el pelo, colocó la banqueta en una zona menos resguardada del aire y se sentó a esperar que se le secara. Ya había escogido el adorno que iba a ponerse: un pasador de ágata del que colgaba una flor esculpida. Se lo había hecho llegar Fat. Tras años adornándose con él la cabeza, el rojo se había desvanecido y ahora mostraba un color apropiado para una mujer de sesenta y dos años: actual, pero discreto. Tras colocárselo cogió un espejo para observarse. Coi le había limpiado el cutis y su cara resplandecía con marmórea palidez.

Luk-zi había engordado con la edad y la piel de sus llenas mejillas, tensa como una tela bien tirante, no tenía ni una arruga. Aunque no era el Año Nuevo chino ni ninguna otra fiesta, y no tenía que ir a ningún sitio ni esperaba a nadie,
Luk-zi
opinaba que debía estar siempre presentable, incluso para pasar el

día en casa. Se lo había repetido a su nuera muchas veces: aun en ausencia del marido, una mujer no debe descuidar su apariencia. Pero hablar con ella era como hablarle a una pared.

En un rincón del patio se sentaba Lin, una vecina, que bordaba una tela para zapatos. Su marido había muerto en la Montaña del Oro hacía ya muchos años. Cuando aún vivía, ella solía recibir dinero cada dos o tres meses pero, tras su muerte, la situación familiar empeoró. Al principio tuvieron que vender todas sus tierras, después empeñaron todo lo que encontraron y al final se vieron obligados a alquilar un terreno de unos pocos *mu* de superficie para poder subsistir. Luk-zi la llamaba de vez en cuando para que se ganara algún dinero ayudándola con la costura. Aunque Lin era algunos años mayor que ella, su vista y sus puntadas seguían siendo excelentes.

Con la tela que estaba trabajando confeccionaría un par de zapatos de niña. Había trazado ya el dibujo sobre el satén negro y estaba eligiendo el color del hilo con el que bordaría las peonías. Eran para Wai-hoeng, la hija de
Gam-sau.

Los tres hijos de Luk-zi le habían dado nietos. La mayor era
Jin-ling,
hija de
Gam-san,
que ya contaba dieciséis años; el siguiente era
Jiu-kai,
hijo de
Gam-ho,
de nueve; los hijos de
Gam-sau,
los más pequeños, eran un niño,
Wai-gwok,
de cinco años, y una niña, Wai-hoeng, que apenas empezaba a caminar. Luk-zi tenía, por tanto, todas las combinaciones posibles: un nieto de un hijo, un nieto de una hija, una nieta de un hijo y una nieta de una hija.

A excepción de Jin-ling, que vivía en la Montaña del Oro, los tenía a todos a su lado. Jiu-kai vivía en la casa fortaleza con su madre,

Jin-wan,
desde que nació. Como
Gam-sau
y Jyun vivían y trabajaban en la escuela que habían abierto en el pueblo,
Wai-gwok
y Wai-hoeng se habían quedado también con ella en Zimin. Jiu-kai ya tenía edad de estudiar, pero
Luk-zi
había insistido en que no fuera a la escuela de sus tíos. En su lugar, había contratado a un tutor que le daba clases particulares. Luk-zi decía que la escuela estaba demasiado lejos y que el camino no era seguro. Aunque en aquellos años los secuestros de familiares de inmigrantes de la Montaña del Oro eran menos frecuentes,
Luk-zi
decía que no se fiaba.

Por supuesto, se trataba de una excusa. La verdadera razón, que no le había confesado a nadie, era que se había acostumbrado a tener a tres niños correteando por la casa y, si
Jiu-kai
se iba interno a la escuela, su ausencia le robaría un pedazo del corazón.

—Señora Gwan —le dijo Lin a
Luk-zi
mientras enhebraba la aguja—, ¿cuántos años hace que no vuelve su marido?

Cuando Luk-zi cumplió los sesenta en el pueblo dejaron de llamarla por aquel mote. Ahora tanto hombres como mujeres, pequeños y mayores como si se hubieran puesto secretamente de acuerdo, coincidían en llamarla señora Gwan.

—Muchos. No me acuerdo ya —respondió
Luk-zi
con una escueta sonrisa.

Lo cierto era que se acordaba perfectamente: la última vez que estuvo en el pueblo la dejó embarazada de
Gam-sau,
que ya tenía veintiséis años. Fat llevaba ese mismo tiempo sin volver. Se había casado con él más de cuarenta años atrás, a la edad

de diecisiete. La promesa que Fat le hizo en su noche de bodas de llevarla con él a la Montaña del Oro, por unos motivos u otros, no se había cumplido.

Durante aquellos años Fat había previsto su regreso a la tierra natal en múltiples ocasiones, pero sus planes siempre quedaban reducidos a papel mojado. Ella le había creído a pies juntillas todas y cada una de las veces en las que le había expresado su intención de volver. Alrededor de la Fiesta de los Botes Dragón comenzaba a hacerse ilusiones que duraban hasta la Fiesta del Medio Otoño. Para cuando aquella fiesta llegaba y se tomaba los pastelillos de luna, ponía sus esperanzas en la siguiente, el Año Nuevo, y las mantenía hasta que comenzaba a descolgar las luces de la Fiesta de los Faroles. Era entonces cuando se daba cuenta de que había esperado otro año más en vano. Con el tiempo, sus esperanzas habían menguado;

Luk-zi

sabía que para su marido las apariencias tenían tanta importancia como la propia vida y que para él era inconcebible presentarse en el pueblo arruinado. Se pasaba los días pensando en cómo recuperar la buena racha que le permitiera volver con la cabeza bien alta. Así, obcecado en esa ambición, llevaba más de una década.

—Tantos años sin volver… ¿No tiene miedo de que se haya buscado a otra? —preguntó Lin.

Aquella pregunta puso en vilo a

Luk-zi.

Todo el mundo sabía que en la Montaña del Oro los hombres frecuentaban prostitutas; también era bastante común que se hicieran con una concubina. De joven había temido que se buscara una segunda mujer, ya fuera allí o en el pueblo. Lo había temido durante varias décadas, hasta que acabó olvidándolo. Aquella preocupación era como una llaga que con los años había cicatrizado, pero ese día Lin la había tocado y volvía a sangrar. Cayó en la cuenta de que, desde hacía algún tiempo, Fat le escribía con menos frecuencia.

—Tiene setenta y tantos años —repuso esbozando una sonrisa forzada—; además, él no es lo mujeriego que era el tuyo. El año pasado me dijo que quería volver para pasar aquí la vejez pero, viendo cómo está la situación con los japoneses, yo le pedí que

esperase a que acabe la guerra.

Lin cortó el hilo con los dientes, acercó el taburete a Luk-zi y, mirándola a los ojos, le dijo dudosa:

—Mire usted, señora Gwan, esto que voy a decirle lo sé yo solo de oídas, así que no se lo crea a pies juntillas, ¿de acuerdo? Resulta que el hijo de un primo materno mío, de Wingon, también está en Vancouver. El mes pasado volvió de visita y yo fui a su casa a verlo. Y, bueno, pues me dijo que Fat… que Fat…

—Mujer —bufó Luk-zi, sin poder soportar más su balbuceo—, di ya lo que tengas que decir. ¿Tiene una concubina? ¿Ha puesto huevos fuera del nido?

—No, no, qué va —respondió Lin, riendo azorada—, nada de eso. Solo dicen que… que suelen verlo acompañado de una mujer, una actriz venida a menos. Se ve que la mantiene.

Luk-zi sintió como si el sol se hubiera estrellado contra el suelo haciéndolo temblar. El impacto también había hecho añicos su corazón. Lin, al ver que Luk-zi apretaba el pasador con las manos intentando clavárselo en el moño infructuosamente, dejó la tela de los zapatos y, zarandeándole las rodillas, le dijo:

—Seguro que solo son habladurías de la gente. No sería raro que el asunto se hubiera tergiversado al pasar de boca en boca, no tiene que hacer ningún caso. Usted que sabe escribir, póngale una carta a Fat y así lo aclara, ¿no?

—Debe de ser por su afición a la ópera, nada más —contestó Luk-zi, apartándole las manos y levantándose.

Empezó a sentir un zumbido en la oreja, como si tuviera un enjambre de abejas en la cabeza. Se quitó el pasador y se hurgó con él el oído, introduciéndolo cada vez más profundamente. Cuando lo sacó y lo limpió en la ropa, dejó una mancha roja.

La pierna que se había malogrado por su suegra volvió a dolerle de repente. Se dirigió al interior de la casa cojeando hasta que no pudo continuar. Entonces, apoyándose en la pared, entró y vio que reinaba un silencio extraordinario. Solo se oía el péndulo del reloj de cuco colgado en la pared. Aturdida unos segundos hasta que sus

ojos se acostumbraron a la penumbra, tardó unos instantes en distinguir la figura de su nuera,
Jin-wan,
sentada al pie de la escalera durmiendo con la cabeza hundida entre las rodillas y roncando ruidosamente. La flor blanca que llevaba en el pelo quemaba los ojos de
Luk-zi:
el año anterior, la madre de
Jin-wan
había muerto ametrallada por un avión japonés un día de mercado y ella aún le seguía guardando luto.

—Jin-wan —le preguntó sin fuerzas—, ¿dónde anda
Jiu-kai?
Jiu-kai, el nieto de
Luk-zi,
iba con
Wai-gwok
de camino al río sin nombre.

A esa hora su tutor particular solía darle clase, pero el día anterior se había marchado a su pueblo natal para pasar la Fiesta del Medio Otoño con sus padres y le había dado a
Jiu-kai
tres días de asueto.

Nada más levantarse,
Luk-zi
había mandado a
Jin-wan
a casa de Cung, el barbero del pueblo, a pedirle que fuera a afeitar a todos los hombres que servían en la casa. La última vez que había ido había sido por la Fiesta de los Botes Dragón, hacía ya tres meses, y ahora mostraban un aspecto desaliñado. La noche anterior el barbero había estado bebiendo, así que tardó lo suyo en levantarse, por lo que le dijo a
Jin-wan
que iría más tarde. Jin-wan se había quedado dormida esperándolo.

Aprovechando su descuido,
Jiu-kai

se había llevado a
Wai-gwok
de la mano.

La sequía de la última primavera había dado paso a un otoño de fuertes lluvias. El barro de los caminos, secado por el sol, había formado una capa blanquecina bajo la que corría el agua en la que se quedaban marcadas las huellas. Luk-zi era muy estricta con los nietos, solo dejaban la casa en contadas ocasiones. Jiu-kai y
Wai-gwok
emprendieron un camino en el que todo les resultaba novedoso. No muy lejos, junto a los bananos, hallaron un corrillo de niños embarrados estirados boca abajo con el culo en pompa. Jiu-kai se acercó a ellos y vio que estaban mirando unas hormigas que intentaban transportar una mosca de cuerpo verde, ojos rojos y enorme cabezota. Las hormigas se arremolinaban en torno a la mosca como semillas de sésamo, unas delante de otras, formando un cordón negro alrededor de ella sin poder moverla. Después, la que parecía tener la iniciativa se metió debajo de la mosca y esta se levantó de golpe. Los niños emitieron al unísono un murmullo de asombro.

—¿De esto os sorprendéis? —dijo
Jiu-kai
—. No tiene nada de raro. Mi profesor dice que la unión hace la fuerza; trabajando juntas, las hormigas pueden llegar a mover hasta una montaña.

Los niños lo llamaron aguafiestas y empezaron a corear «blancucho, blancucho, niño de mamá» mientras se dispersaban en todas las direcciones dejando solo a
Jiu-kai,
humillado.

Jiu-kai nunca había pisado el campo para plantar o segar, ni había metido un remo en el agua para ir de pesca. El sol no había tostado su cara ni el agua la había curtido, y por eso tenía la tez mucho más blanca que los demás niños, que lucían el rostro tostado por el sol del sur de China. Que lo llamaran blancucho era lo que más rabia le daba en el mundo.

—Abuela, ¿qué puedo hacer para no ser un blancucho? —le había preguntado en una ocasión a

Luk-zi.

—Pero so bobo —le había contestado, riendo—, ¿no te das cuenta de que eso es la cosa más fácil que hay? Das cuatro volteretas en el río sin nombre, pescas un par de peces y ya está. Quien lo tendría difícil es uno de esos morenos; lo suyo sí que no sería cosa de un día o dos. Por mucho que se pasaran la vida intentándolo, nunca podrían ser como tú.

Jiu-kai no quedó muy convencido de lo que le dijo su abuela.

Él quería ser como los demás niños, moreno de la cabeza a los pies, correr descalzo y revolcarse por los campos, zambullirse de cabeza en el río y no salir a la superficie hasta pasado un buen rato, trepar hasta la orilla con el culo al aire, perseguir a los otros niños y llamarlos blancuchos.

Al ver que el sol estaba muy alto,
Wai-gwok
se sintió inquieto.

—Volvamos a casa —dijo—. La abuela nos va a reñir.

—Aún no —replicó Jiu-kai—. Ven, vamos a coger peces.

—¿Tú sabes coger peces?

—¡Toma, claro! Hasta los tontos saben.

Entonces se quitaron los zapatos y con ellos en las manos bordearon el río dejando huellas de barro.

Al ser temprano, el agua aún estaba bastante fría. Como la gente no iba al río hasta el mediodía, la orilla se hallaba tan tranquila que se podía oír a los peces nadando. El nivel del río había crecido por las recientes lluvias y solo quedaban al descubierto la mitad de los escalones. Bajaron y, conforme se adentraban en el río, el agua fue subiendo hasta que los cubrió hasta el cuello. Jiu-kai sintió que
Wai-gwok
le tiraba de la mano.

—Vámonos ya —suplicó
Wai-gwok,
tiritando.

—No —respondió Jiu-kai, también tiritando.

Se negaba por tozudez, porque en realidad también quería volver. En aquel momento el viento sopló contra el agua y esta cobró vida. Empezó a rodear los pies de
Jiu-kai

sigilosamente y se metió en sus oídos diciendo: «Baja… Ven…».

Jiu-kai, incapaz de resistirse a aquella invitación, soltó la mano de

Wai-gwok

y se adentró en las aguas.

Una hora más tarde entraban el cuerpo sin vida de

Jiu-kai

en la casa fortaleza.

Las personas que en aquel momento estaban dentro vieron que la gente del pueblo se aproximaba cargando un sucio bulto enlodado: el cuerpo de

Jiu-kai

se hallaba completamente cubierto por una gruesa capa de barro. Cuando lo depositaron en el suelo dejó un charco de agua negra.

Luk-zi corrió a abrazarlo. Lo sostenía sobre sus rodillas y pegaba su mejilla a la del niño balanceándose adelante y atrás, pero no lloraba.

Cuando Jin-wan, sollozante, se acercó para abrazarlo,

Luk-zi

se quitó el pasador del pelo e intentó clavárselo en la cara con todo su odio.

—¡Tú eres la que tenía que estar muerta, en vez de dormida! —le gritó, furiosa.

Al esquivarla, Jin-wan cayó al suelo cubriéndose la cara y empezó a gemir lastimeramente, como un perro con las orejas gachas. Mak-dau llamó a varios criados y se la llevaron a rastras.

Luk-zi llenó una palangana con agua para lavar a

Jiu-kai.

Empapó un trapo, lo escurrió y con una de sus puntas le quitó el barro de los ojos, las orejas, la nariz, la boca y las uñas con sumo cuidado. Cambió el agua una vez y luego otra y otra más hasta que quedó menos turbia. La cara de

Jiu-kai,

sin embargo, no recuperaba la blancura, era como si el barro se le hubiera introducido bajo la piel. Con aquella cara sucia y morada tenía el aspecto de haberse pasado la vida trabajando en el campo.

Pero Luk-zi no cesaba en su empeño. Finalmente,

Mak-dau

la detuvo.

—Jin-wan es aún muy joven —intervino—, le dará muchos nietos. Este niño no puede quedarse aquí desnudito como está. Si no lo vestimos ahora, después, con la rigidez, no habrá manera.

Mak-dau intentó coger el trapo. Luk-zi opuso resistencia un par de veces, pero luego se quedó inmóvil y dejó hacer a Mak-dau.

Después se apoyó bajo la sombra de un árbol.

—¿Qué haces ahí parada como un poste? ¡Ve a buscar la ropa! —gritó Mak-dau a su mujer.

Jyut regresó con el uniforme escolar de Jiu-kai. Era azul marino con el cuello caqui y estaba nuevo, porque no había llegado a estrenarlo. Jiu-kai había crecido mucho aquel año y el uniforme anterior le apretaba en el pecho y las mangas le quedaban cortas, así que Luk-zi le había encargado uno nuevo a la costurera del pueblo.

Entre Mak-dau y Jyut vistieron a Jiu-kai.

La piel de Jiu-kai, de tanto frotársela su abuela, había quedado tan fina como el ala de una cigarra. En un descuido, Jyut le arañó la cara al abrocharle los botones y de la mejilla derecha brotó un hilillo de sangre.

—¡Burra inútil! —le espetó Mak-dau, apartándola de una patada.

Terminó de vestirlo él. El uniforme nuevo aún no había encogido por el primer lavado y le quedaba ancho. Le arremangó mangas y perneras y luego lo peinó a conciencia con la raya en medio. A pesar del abotargamiento, su rostro quedó limpio y arreglado.

—Ya nadie… volverá a llamarlo… blancucho —dijo Luk-zi, y esta vez sí se derrumbó entre lágrimas.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, y Red Deer, provincia de Alberta, Canadá

Del trigésimo al trigesimoprimer año de la República de China
(1941-1942)

Jin-ling volvió a casa después de clase. Nada más entrar notó algo distinto en el ambiente. El viejo gramófono de su abuelo chirriaba dando vueltas, pero en lugar de una de las viejas óperas que acostumbraba poner sonaba un disco de canciones cantonesas que su abuelo había comprado en un acto de promoción de bonos de guerra.

La mesa estaba puesta: cuatro platos distintos, todos recién hechos, en lugar de las sobras que su madre solía llevar de la casa de té. Entre ellos había langosta con cebolla y jengibre, que era un plato que ni siquiera comían una vez al año, y una olla en la que aún burbujeaba algo. Jin-ling la destapó y vio que era sopa de tofu hecha con la carcasa de un pato. Aquel día, su madre no tenía que ir a la casa de té; sin embargo, ella nunca elaboraba platos tan exquisitos. Trabajando seis días a la semana, el séptimo no tenía energías que dedicar a la cocina.

—Tu tío ha escrito —le dijo el abuelo a Jin-ling, dándole un sobre repleto de matasellos.

Gam-ho se había marchado a la guerra a finales del año anterior. El gobierno provincial no permitía extranjeros en sus filas y había tenido que viajar hasta la provincia de Manitoba para alistarse. Desde entonces habían pasado muchos meses sin recibir noticias suyas. Gam-san no se atrevía a mencionar a su hermano delante de su padre; imaginaba que había sufrido todo tipo de calamidades, y había perdido toda esperanza de recibir carta.

Jin-ling abrió el sobre. Antes de tener tiempo de sacar la carta, su abuelo se la quitó de las manos.

—Con tu chino, ¿cómo vas a entender una carta de tu tío? Deja que yo te la lea.

Entonces sacó la carta, se puso las gafas y la leyó de principio a

fin.

Mi honorable padre:

Llevo casi medio año aquí, en Francia, y en todo ese tiempo no he tenido un estacionamiento fijo. Además, como todos nuestros movimientos están bajo secreto militar, no era libre de comunicar mi paradero. Ahora puedo viajar ocasionalmente a París, desde donde le escribo. Tengo suerte de estar sano y salvo, le ruego que no se preocupe. Al ver las penalidades por las que está pasando la gente en las zonas ocupadas por los alemanes, a menudo pienso cuánto deben de sufrir en el pueblo, asediados por los bandidos japoneses, y me enfurece no poder participar en esa guerra, en su nombre y en el de mi hermano. Cuentan que Hong Kong recibe ataques continuos y que cartas y transferencias son interceptadas; temo que mi madre y

Gam-sau

estén pasándolo muy mal en el plano económico. Por culpa de la partida de este mal hijo suyo todo el peso de la casa ha recaído en los hombros de mi cuñada. Me apena pensar lo duro que debe de ser para ella. Espero que mi hermano tenga en cuenta todo lo que se esfuerza y que no discutan, que la familia viva en armonía.

Jin-ling echó un vistazo a su madre, que estaba sirviendo la sopa de espaldas a ella. Por el temblor convulso de sus hombros supo que estaba llorando. «Mi cuñada». Era la primera vez que

Gam-ho

se refería a ella como un miembro más de la familia.

¿Cómo sigue mi hermano de la pierna? ¿Y tú, mi virtuosa sobrina

Jin-ling?,

¿te has graduado ya en el instituto?, ¿planeas ir a la universidad? Cuando tu tío llegó a la Montaña del Oro era aún muy joven y, al no haber dinero en casa, le fue imposible asistir a la escuela. Deseo que tú, la tercera generación de los Fong que pisa la Montaña del Oro, vayas a la universidad y des buen nombre y honra a la familia.

Cuando acabe esta carta regresaré al sur de Francia y volveré a carecer de dirección fija. No sé cuándo podré escribir de nuevo. Padre, no se preocupe usted por mí, iré con

mucho cuidado.

Se inclina respetuosamente ante usted su mal hijo,

Gam-ho

París, Francia, a diez de abril del trigésimo año de la República de China **[67]**

—¿Has oído, Jin-ling? Estudia y ve a la universidad. Aprende para que los blancos ya no puedan pisotearnos.

—Bah —exclamó su madre dándose la vuelta—. Una mujer, por mucho que estudie, ¿acaso no va a terminar casada y con hijos? Lo que urge es que empiece a ganar dinero cuanto antes; yo ya no puedo seguir soportando el peso de la familia sola. Moriré reventada un día de estos.

La cara de Gam-san esbozó una mueca de desaprobación.

—Las mujeres… —empezó, pero se tragó sus palabras y no acabó la frase.

Jin-ling sabía que su padre se había mordido la lengua para no discutir.

Por fin terminaron de cenar en paz. Su madre, en un acto sin precedentes, se sumó a los hombres y también bebió un sorbo de licor de arroz y trigo. No se le subieron los colores, pero sí empezó a toser. Cuanto más tosía, más fuerte era la tos. Al final se acercó al fregadero y vomitó. Desde hacía algún tiempo vomitaba aun sin haber comido nada. De un tirón, su padre descolgó una servilleta de la cuerda de tender y se la dio para que se limpiara.

—Mujer, si no sabes beber, no bebas. Nadie te obliga.

A Jin-ling le extrañó el comportamiento de su padre aquel día, extremadamente prudente con su madre.

La muchacha dejó el cuenco sobre la mesa. Se disponía a volver a su habitación cuando su madre la llamó:

—¿Te has encontrado la comida preparada y ahora no eres capaz de lavar ni tu cuenco? Tienes dieciocho años, ¿se puede saber qué sabes hacer además de contonearte delante de los hombres? No puedo creer lo vaga que eres. Yo con ocho años ya le tenía la comida a toda mi fam…

Las palabras de su madre retumbaban estruendosamente en los oídos de

Jin-ling,

provocándole heridas.

«Uno. Dos. Tres. Cuatro», empezó a contar. Si al llegar a diez no se había callado, estrellaría el plato que tenía en las manos contra el suelo. Por suerte, al llegar a ocho su madre se calló y se fue a su dormitorio.

Su abuelo y su padre se encendieron un cigarrillo y la cocina se llenó del áspero olor del tabaco barato.

Oyó la tos seca de su madre en el dormitorio. Cuando parecía estar a punto de expectorar, se detuvo. Salió con una bola de ropa en las manos; se había cambiado para salir.

—¿Vas a salir, con la que está cayendo? —preguntó Gam-san con cara malhumorada.

Mau-ngan asintió con un gruñido por toda respuesta. Cuando se sentó en la banqueta para calzarse los zapatos, parecía que a Gam-san le iba a explotar la cara de la rabia.

—No pararás hasta que lo pierdas todo en la mesa de *mahjong*, ¿verdad? —gritó, dando un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar la tapa de la tetera, de la que salió un hilillo de té.

—Claro… Tú puedes hartarte de fumar y de beber con lo que yo gano, pero yo no tengo derecho a echar unas partidas —respondió ella, saliendo de la casa sin mirarlo siquiera.

La cocina se sumió en un largo silencio.

—¿Dónde se ha visto que sea la mujer la que gane el dinero de una casa? —dijo Fat al cabo de un rato.

Este había cerrado el restaurante hacía ya tres años. Hasta entonces, en el bolsillo nunca le había faltado calderilla para tabaco, pero ahora que no trabajaba no tenía ni para ir a ver una ópera al teatro de la calle Gwongdung.

—Gam-san, hijo, tu negocio de fotografía va de mal en peor. En estos tiempos que corren nadie está para hacerse fotos… Y el que quiere se va a uno de esos estudios grandes que hay ahora. ¿Por qué no te buscas algo que puedas hacer sentado unas horas al día? Siempre será mejor que nada.

—Lo he buscado —dijo Gam-ho negando con la cabeza—, pero lo que necesitan son operarios para

las fábricas de armas, y yo ese trabajo, todo el día de pie, no puedo hacerlo.

—Entonces podríamos comprar soja. La cultivamos en casa y luego vamos a vender los brotes por los mercados de los blancos. Con un capital de tres o cinco dólares, si la vendemos pues la vendemos y, si no, pues nos la comemos. Tong, el del final de la calle, hace eso y se gana algún dinero.

—No es mala idea. Y después de la escuela que nos ayude Jin-ling,
que habla buen inglés.

La habitación volvió a quedarse en silencio.

—Qué mala estrella la mía, tener que verme así a mis años… —suspiró Fat con pesar—. ¡En su día mi granja en Segunda Ciudad fue la envidia de los blancos! No sé cómo estará pasándolo tu madre en el pueblo. Allí por lo menos tienen tierras que vender, y este año y quizá el que viene aún podrán ir tirando. Nosotros aquí, apretándonos el cinturón al máximo, de justos que vamos no tenemos dónde caernos muertos.

Jin-ling terminó de colocar el último plato en el aparador, se quitó el delantal y se fue volando a su habitación. Cerró la puerta, echó el pestillo y exhaló un largo suspiro. En aquella casa se sentía como en una lata de sardinas, asfixiada, sin un resquicio por el que entrever la luz del exterior. Se imaginó con una cesta húmeda repleta de brotes de soja yendo de mercado en mercado, vendiéndola y gritando «Si no un centavo, entonces ocho peniques. ¿Qué me dice?», y se estremeció.

Abajo, su abuelo seguía exhalando largos suspiros. Después oyó agua caer. Su padre debía de estar sirviendo más té.

—No puede parar quieta en casa; se le cae el techo encima —oyó a su padre decir con odio.

Sabía que se refería a su madre. Los lunes tenía el día libre y lloviera o tronara se iba a jugar al *mahjong* con sus amigas.

—Hijo, no estés siempre tan irritado con ella. ¿Quién sabe? A lo mejor lo que lleva en el vientre es un niño. Los cielos no deben de querer que me muera sin un nieto varón —dijo Fat, complacido.

El cerebro de Jin-ling se detuvo en el acto, quedándose totalmente en blanco. Luego, poco a poco, comenzó a atar cabos.

Su madre, que tenía ya edad de ser abuela, estaba embarazada.

Pronto serían cinco en la familia. En la casa, ocupada por ellos cuatro, habría que hacer espacio para una quinta persona. Pero no, el reparto no sería equitativo. Si lo que su madre llevaba dentro era un varón, lo que ocuparía sería la mitad de la casa, y el resto habría que repartirlo entre su abuelo, sus padres y ella. Y aquella mitad tampoco se dividiría de forma equitativa, porque su pedazo sería sin duda el más pequeño. Se le daban mal las matemáticas, pero esas cuentas sencillas podía hacerlas.

«Mierda», pensó, y comenzó a golpearse el pecho con el puño. Entonces notó algo rígido debajo de la ropa: su hoja de calificaciones. La llevaba encima desde hacía dos días y el papel empezaba a reblandecerse.

Lengua inglesa: 62 sobre 100.
Matemáticas: 58 sobre 100.
Ciencias naturales:
47 sobre 100.
Historia: 55 sobre 100.
Ciencias sociales: 62 sobre 100.
Educación física: 78 sobre 100.

Su tutora, la señora Sullivan, la había citado en su despacho para darle aquella hoja en persona.

—Tenemos que concertar una cita con tus progenitores para hablar de cómo ponerte al día y decidir cuál va a ser tu futuro académico —le había dicho la señorita Sullivan. Tenía la piel tan pálida que en el cuello y en la frente se le adivinaban las venas. Cuando hablaba, parecía que le trepasen por la piel como gusanos—. Si es que piensas graduarte.

¿Sus progenitores, decía? ¿Su padre, con la pierna lisiada, los dientes amarillos del tabaco y un inglés más tosco que una cesta de mimbre? ¿Su madre, con la ropa impregnada del humo y el olor a fritanga de la casa de té? ¿De verdad pensaba que iba a permitir que fueran al despacho de la señorita Sullivan, a la vista de todo el mundo?

Ya casi podía oír los murmullos.

«Mira, esos son los padres de
Jin-ling,
tienen pinta de chinos, chinos».

«Uy, pero esa mujer, a su edad, ¿cómo se deja preñar?».

Quería que la tierra se la tragara; necesitaba un agujero en el que esconderse y no volver a oír las quejas de su madre ni los suspiros de su padre y de su abuelo, ni ver cómo le trepaban las venas por el cuello a la señorita Sullivan, ni volver a tener pesadillas con la soja y los mercados.

Johnny. De pronto evocó su imagen. En realidad, la había llevado guardada en su corazón durante mucho tiempo y aquel día brotó de repente.

En la clase de etiqueta del quinto curso, varios años atrás, la señorita Watson había acabado emparejándola con él para bailar el tango. Johnny no debió de reparar en sus mangas deshilachadas y ella no se desmayó en sus brazos. Desde entonces habían empezado a hablar. Su padre era un borracho que apenas estaba en casa. Su madre había tenido tres hijos, de los cuales él era el mediano, y en casa nadie le hacía el menor caso. Cuando su madre quiso preocuparse por él ya era demasiado tarde. Johnny dejó la escuela a mitad del décimo curso para irse al este, a Montreal, a ganarse la vida cantando con los Bad Boys, un grupo que había formado con unos compañeros mayores.

Después de su marcha, las chicas de clase, entre ellas
Jin-ling,
se dedicaron a escribirle como locas. Sin embargo, con el paso del tiempo, la mayoría empezaron a tener nuevas distracciones y se olvidaron de Johnny. Solo
Jin-ling
siguió escribiéndole. Ella ponía más empeño que él: por cada dos o tres cartas que le mandaba, recibía una respuesta.

Después de tres meses en Montreal Johnny dejó la ciudad con el grupo, porque allí todo el mundo hablaba francés, así que nadie escuchaba canciones en inglés. Fueron bordeando el río Saint Lawrence y actuaron en varias ciudades de la costa atlántica. De allí pasaron a Lay Bay, en la provincia de Ontario, donde Johnny se peleó con los demás miembros y decidió marcharse solo a las praderas centrales. En su carta más reciente, le contaba que había dejado las praderas y había llegado a la zona de las Rocosas, en el oeste. Estaba en una ciudad llamada Red Deer, en la provincia de Alberta, donde cantaba en un club.

Johnny era aquel agujero que ella necesitaba para esconderse, en el que jamás tendría que volver a ver a sus padres ni a su abuelo ni a la señorita Sullivan ni los brotes de soja.

Se dedicaba a vagar de una ciudad a otra, sin saber el nombre de las calles que pisaba ni conocer a nadie. Antes de que se hubiera familiarizado con un lugar había llegado la hora de marcharse al siguiente. Cada día se despertaba bajo un cielo distinto. «Paso los días con los patines puestos». Así lo describía él. Sí, pasar los días patinando sobre el hielo, eso era lo que ella quería.

Una vez formada la idea, no pudo descansar hasta llevarla a cabo.

Jin-ling había averiguado que Red Deer estaba cerca de Calgary y que se podía llegar en tren. Si salía de Vancouver por la mañana, estaría allí por la tarde. Su equipaje era muy sencillo: solo algunas prendas, un par de botas impermeables y un paraguas. Tenía suerte de que no fuera invierno, porque entonces habría tenido que llevar la maleta y habría despertado demasiadas sospechas.

Lo más importante era el dinero. Cogió la hucha de cerámica y de la ranura sacó algunas monedas. Contó ocho dólares con noventa y siete centavos. Aquel era el dinero que había estado ahorrando su abuelo para ella. Le había dicho que era el dinero que se ahorraba del tabaco, pero el abuelo no había dejado de fumar. Por eso en seis o siete años el cerdo no había engordado. Sin embargo, aquel dinero le alcanzaba para el billete de tren y aún le sobraría algo para comida.

A la semana siguiente, cuando su madre cobró, le cogió un par de dólares del bolso y se marchó. Sabía dónde guardaba su madre el dinero. Había querido dar ese paso en múltiples ocasiones, pero aquella era la definitiva.

¿Y cuando se le acabara el dinero? Lo que sucediera después lo decidiría a su debido tiempo, aquel no era el momento de pensar en ello.

Sus padres aún dormían. Sabía que su abuelo ya se había levantado, porque al fondo del oscuro pasillo podía ver el destello rojo de su cigarro encendiéndose y apagándose. Se escabulló y al llegar a la puerta se agachó para ponerse los zapatos.

—Jin-ling —la llamó su abuelo—, tómate un vaso de leche de soja antes de irte, que es fresca.

Jin-ling no contestó. Se disponía a salir pero se detuvo, volvió rauda sobre sus pasos para coger el vaso de leche de soja de manos de su abuelo y se lo bebió sin dejar gota.

—Abuelo —dijo, con la voz quebrada.

Se preguntaba si volvería a verlo.

Red Deer estaba lejos del océano, al norte. Cuando el calor del verano conseguía trepar hasta aquel lugar ya no tenía la fuerza que le era propia.

Jin-ling bajó del tren mochila al hombro cuando ya había oscurecido. Las farolas, desperdigadas como los dientes en la boca de un anciano, comenzaron a iluminar la fría calle. El viento se le introducía por las mangas y le produjo un escalofrío. Enseguida notó la diferencia con la brisa de Vancouver; esta era la caricia de una mano suave que transportaba la humedad del océano. El viento de Red Deer, en cambio, tenía el tacto áspero de una mano callosa que le arañaba la cara. Sin embargo, aquel roce frío y rugoso solo la sorprendía, no la intimidaba; tiempo habría para el miedo. En aquel momento

Jin-ling

experimentaba una infinidad de sensaciones nuevas y nada podía alterar su buen humor.

Red Deer era una ciudad pequeña con muy pocas calles. Preguntó a un par de personas, torció cuatro

ve-ces

y al final de una calle enseguida encontró el local que buscaba. Estaba iluminado por un gran cartel que rezaba «El Buscador de Oro». Se acercó y se sentó en un banco que había enfrente, donde se sentaban las personas que paseaban a sus perros para descansar y leer el periódico. En aquella ciudad extraña, sentada en aquel banco, sintió que las miradas se le adherían al cuerpo y que cada fibra de su ser cobraba vida.

Por las ventanas del local vio gente envuelta en una neblina de humo de tabaco. El Buscador de Oro era un punto de reunión de mineros y jornaleros de los alrededores. Allí bebían, fumaban y jugaban al póquer. De vez en cuando, también entraba alguna mujer, de aquellas que a las primeras de cambio se colgaban del brazo de los hombres sudorosos para sacarles cuatro monedas. Jin-ling sabía que no debía entrar, así que se dispuso a quedarse en

aquel banco hasta que amaneciera. Ella, que nunca había pasado una noche sola, estaba tan ilusionada que no sentía temor alguno. Cuanto más tiempo pasaba, más la consumía el deseo.

De todos los hombres de aquel local, únicamente le interesaba uno. Lo reconoció sin necesidad de verlo, con solo oír su voz:

Marcha al oeste, donde el oro espera,
Marcha al oeste, a las vastas tierras.
Allá donde tu caballo se detenga,
buscador de oro,
allá dejarás tu huella.

El sonido que arrancaba a las cuerdas de su guitarra llegaba a la calle y cubría la oscuridad de la noche. La voz con que cantaba era desgarrada. En el interior del local, hombres sudorosos silbaban aferrados a vasos de alcohol y seguían el ritmo de la guitarra con las botas de suela gruesa manchadas de carbón. Los pies de
Jin-ling
no pudieron evitar moverse también al ritmo de aquellos acordes. Por un momento llegó a dudar que en otro rincón del mundo se estuviera librando una cruenta guerra. En la escuela, varios compañeros de clase tenían hermanos mayores luchando en las filas y aguardaban ansiosos que el cartero les llevara noticias suyas. Qué gran cosa eran las guitarras y el alcohol, que podían hacer olvidar las guerras, los carteros y hasta la muerte.

La vibración de las cuerdas de la guitarra fue adormeciéndola y terminó tumbándose en el banco para dormir. Al cabo de un rato, la despertó un barrendero.

—Señorita, ¿qué hace usted tan tarde en la calle?

Parecía buena persona. Precisamente el tipo de persona que más temía
Jin-ling,
porque podía llamar a la policía.

—Estoy esperando a mi hermano, vendrá enseguida a recogerme —respondió.

El barrendero, algo dubitativo, se marchó.

Jin-ling se frotó los ojos y vio un cielo gris, como si comenzara a amanecer. En cuanto se palpó el cuerpo notó la capa fría del rocío. Echó un vistazo a El Buscador de Oro, al otro lado de la calle, y vio

que en algún momento debían de haber apagado las luces, pues solo quedaba una pequeña que iluminaba a una persona que estaba cerrando la puerta. Jin-ling se apresuró a coger la mochila y cruzó la calle corriendo. Al llegar a la puerta chocó con un joven con un bulto a la espalda.

—¡Johnny! —gritó Jin-ling, con lágrimas en los ojos.

Había cambiado mucho durante aquel año. Ya no tenía el semblante aniñado de antes. Tras haber deambulado tanto tiempo, sus rasgos se habían endurecido y su cara se veía áspera, con más carácter. Aquel aspecto atraía a

Jin-ling

como la luz a una polilla.

Johnny la miró, aturdido.

—Pero… ¿tú qué haces aquí?

—He venido a verte —respondió ella, resuelta.

—¿Ya lo saben tus padres?

—¿Es que tú les pediste permiso a los tuyos cuando te escapaste? —replicó.

Johnny pasó de mirarla anonadado a echarse a reír. La adormilada calle de piedra vibró con su risa y la hizo resonar.

—No te pareces en nada a los demás chinos —dijo Johnny, enjugándole las lágrimas de las mejillas.

El atisbo de emotividad y agrado que percibió en sus ojos castaños estremeció el corazón de

Jin-ling.

En ese momento no podía imaginar que aquella emoción y aquel agrado serían tan fugaces como el resplandor de una luciérnaga en el cielo de estío, que nunca verá, no ya el invierno, sino ni siquiera el otoño. No lo sabía. Ni quería saberlo.

Johnny vivía a unos diez minutos del bar en el que actuaba, en una casa de tres plantas con jardín. Su habitación estaba en el sótano.

Los dueños de la casa eran un matrimonio holandés. El marido era abogado y la mujer se dedicaba a las tareas del hogar.

Ninguno de sus hijos vivía ya con ellos. Los dos mayores habían formado sus propias familias, mientras que el pequeño se había alistado en el ejército y se encontraba batallando en Europa. Al ver que la casa se había quedado vacía, decidieron alquilarle el sótano a Johnny, un recién llegado que lo necesitaba. Lo hicieron para tener

a alguien que les hiciese compañía, pero enseguida se dieron cuenta de que apenas lo veían: a mediodía salía con la guitarra y no volvía hasta bien entrada la madrugada. Cuando ellos se levantaban, Johnny acababa de acostarse.

El sótano tenía una puerta independiente cuya llave solo tenía él. Johnny entró, llevando a

Jin-ling

en volandas como quien lleva un gato en brazos, y se colaron por la puerta del sótano sin hacer ruido. A

Jin-ling

se le escapó la risa en la oscuridad y Johnny le tapó la boca enseguida.

—No hagas ruido —le susurró al oído mientras la dejaba en el suelo—, que los viejos de arriba tienen el oído más fino que los perros. Menos mal que viven en el ático…

Johnny despedía un olor a puro y a alcohol que, como una cálida brisa, hizo cosquillas a

Jin-ling

en el cuello y en el lóbulo. Empezó a notar una ligera humedad entre los muslos. Aquellas debían de ser las indecencias contra las que le había prevenido su madre. Pero su madre estaba muy lejos y no podía controlarla; de hecho, ni siquiera

Jin-ling

podía controlarse a sí misma. Levantó la cabeza y le entregó la boca a Johnny, que le dio un suave picotazo, como los de los patos cuando beben agua. Le pareció que le estuviera sorbiendo el alma; el corazón le retumbaba y se quedó sin respiración.

Entonces Johnny la estiró en la cama, un viejo armazón de madera que crujió bajo su peso. Haciendo caso omiso de los chirridos, alargó el brazo para quitarle la blusa. Sin paciencia para desabotonarla, se la subió de golpe tapándole la cara. Jin-ling no podía verlo, solo podía sentir sus ardientes manos palpando sus pechos, pequeños como nueces.

Después de tocarla un rato le quitó los pantalones. Jin-ling imaginó que también usaría las manos en su entrepierna, pero de pronto sintió que algo duro como el acero se introducía en su interior. Asustada, exhaló un suspiro de dolor pero pensó en los de arriba y cerró la boca de inmediato. Se esforzó al máximo para

tratar de sofocar sus quejidos.

Aquella vara clavada en su cuerpo la embistió varias veces, cada vez más rápido, hasta que se detuvo y se ablandó.

—La primera vez siempre es así. Después te gustará —le dijo Johnny retirándole la blusa de la cara y secándole el sudor de la frente.

El color del cielo comenzó a mudar a medida que la luz del sol entraba por la ventana inundando el sótano e iluminando los músculos de los brazos desnudos de Johnny. Pasándole un dedo lentamente por el brazo, le preguntó:

—¿Lo has hecho muchas veces?

Johnny no respondió.

—Siempre porque me habían buscado antes —contestó cuando ella insistió—. Mira, en esto a lo que yo me dedico es muy fácil que se te echen encima.

A Jin-ling el corazón le dio un vuelco al pensar si ella sería una más de aquellas muchachas que caían rendidas a los pies de los músicos. Pero no, aquellas mujeres que buscaban a Johnny lo harían una vez o dos, por la novedad. Ella no. Ella quería a Johnny para toda la vida. Ella había renunciado a un padre, a una madre y a un abuelo por él. En aquel mundo no le quedaba nadie más que Johnny.

Se dio la vuelta y lo abrazó con fuerza.

Desde aquella noche

Jin-ling

se alojó en el sótano que ocupaba Johnny.

En realidad, más que alojarse, la expresión adecuada hubiera sido esconderse. Como se esconde una rata. Todos los días,

Jin-ling

y Johnny dormían hasta la tarde, que era cuando él se marchaba a trabajar a El Buscador de Oro. Jin-ling vivía de apurar el pan que Johnny le compraba. Debía acallar cada uno de sus movimientos y sonidos para no ser descubierta por los inquilinos de arriba, cuyos pasos retumbaban sobre su cabeza como si se la pisotearan. En varias ocasiones había visto parte de una falda que pasaba arrastrándose por la ventana del sótano: era la dueña de la casa, cuidando del jardín. Vivía presa del pánico.

Cuando anochecía salía a escondidas y se dirigía a El Buscador

de Oro a por Johnny. Dejaba atrás la barra e iba directa al escenario donde él cantaba. Lo saludaba pero no se quedaba a charlar, pues pasaba de largo hasta la cocina. El dueño, que se llevaba bien con Johnny, le había dado a
Jin-ling
algo que hacer en El Buscador de Oro: preparar sándwiches y fregar platos.

—Es guapa mi amiga, ¿eh? Su padre es francés y su madre vietnamita.

Siempre decía eso al presentarla.

Jin-ling se había cortado el pelo y lo llevaba ondulado. También había aprendido a depilarse las cejas a conciencia, a ponerse sombra de ojos azul claro y a pintarse los labios de rojo. Cuando se miraba en el espejo comenzaba a imaginar que era cierto que corría sangre francesa por sus venas. Todo aquello lo copiaba de las chicas que salían en las revistas que leía en El Buscador de Oro. Cuando Johnny vio su nueva imagen le dijo que ya no parecía una estudiante. Ella lo interpretó como un halago.

Tras una temporada sin incidentes, fue relajándose cada vez más hasta que bajó la guardia y a la rata se le terminó viendo la cola.

Una madrugada, después de volver de El Buscador de Oro, Johnny sacó la llave, pero no hubo manera de abrir la puerta. Al final se abrió sola y por ella salieron los caseros.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —le preguntó la mujer a Johnny, señalando a
Jin-ling.
Johnny enmudeció de golpe—. Mi hijo en Europa luchando por la libertad y tú vas y metes esta escoria china en mi propia casa para beneficiártela.

—¡Largo de aquí! —espetó el marido, plantándole el dedo índice en la nariz a Johnny. Se oyó caer un bulto sobre la acera: las cosas de Johnny.

Los goznes de la puerta chirriaron antes de que este tuviera tiempo de terminar lo que iba a decir:

—S… su padre es franc…

Cuando amaneció, Johnny y
Jin-ling
comenzaron a buscar un sitio donde vivir. Llamaron a la puerta de

todas las casas de las que colgaban carteles de «Se alquila». Johnny cambió su frase inicial muchas veces, pasando de «¿Alquilan a matrimonios?» a «¿Tienen dos habitaciones separadas para alquilarnos?» y terminando por «¿Tiene usted una habitación libre para esta muchacha?». Cuando usaba la primera, los caseros los miraban de arriba abajo; cuando usaba la segunda o la tercera, las miradas se concentraban en
Jin-ling.
Las respuestas, sin mediar nada más, llegaban de forma clara y directa: «No, no tenemos», «No, no hay», «Nada».

Antes del mediodía ya sabían que no había en ese mundo una habitación libre para una pareja que no era matrimonio ni para una muchacha china.

Johnny andaba cabizbajo y apesadumbrado. Su estómago resonaba como un trueno. Tiró su equipaje al suelo, se sentó encima y encendió un cigarrillo. Jin-ling lo miró hasta que acabó de fumárselo.

—¿Quieres que vaya yo sola a preguntar ahí enfrente?

Jin-ling se refería a un colmado llamado Wan Ceon de cuyo segundo piso colgaba un cartel en chino en el que se leía: «Se alquilan habitaciones».

Johnny no le dijo nada, se limitó a sacar un segundo cigarrillo, lo encendió con la colilla del anterior y siguió fumando.

Jin-ling fue sola. En el mostrador había una mujer china de entre cuarenta y cincuenta años que bebía a sorbos un humeante cuenco de gachas de arroz.

—¿Cuánto cuesta una habitación? —preguntó.

La mujer levantó la cabeza del cuenco y, mirándola de arriba abajo, preguntó:

—¿De dónde eres? ¿Eres estudiante? Yo conozco a todos los chinos de la ciudad. ¿Cómo es que no te había visto nunca?

Jin-ling no contestó. En el periplo de aquel día había comprendido que ninguna respuesta le daría la llave de una habitación para los dos, por lo que prefirió guardar silencio.

—Treinta dólares al mes, comidas no incluidas.

La mujer hablaba a la ligera, pues era un precio exagerado. Esperaba que
Jin-ling

regatease, pero no lo hizo.

—De acuerdo, treinta. Si traigo a algún amigo, usted no se meta. —La mujer pareció dudar. Jin-ling sacó unos billetes y monedas que puso sobre el mostrador—. Le pagaré treinta y cinco. Aquí tiene la mitad; la semana que viene le daré el resto. No encontrará a nadie más que le pague este precio.

Sin decir nada, la mujer se metió en la trastienda. Jin-ling la oyó cuchichear y supuso que estaba comentándolo con su marido. A continuación, la mujer salió y cogió el dinero que la muchacha había dejado en el mostrador.

—En invierno no te quejes de que tengo la calefacción baja. —Jin-ling se dio la vuelta para irse cuando oyó que la mujer decía en voz baja—: Si tuviera una niña en casa, no te la alquilaba.

Pasó un instante antes de que

Jin-ling

entendiera que lo que la mujer había dicho en realidad era que si tuviera una hija no querría que fuese como ella.

Siguió andando con la mirada de aquella señora clavada en la espalda. Sabía que la tomaba por una cualquiera.

No era la primera persona que lo había pensado, ni tampoco la última. Jin-ling sabía que allá a donde fuera, si estaba junto a Johnny, todo el mundo tendría la misma impresión. Pero no le importaba. Aunque había vivido dieciocho años entre algodones, tras un verano en Red Deer se había endurecido. Lo único que le importaba era tener un techo bajo el que vivir con Johnny; lo que pensara la gente importaba menos que una semilla de mostaza.

A partir de aquel día,

Jin-ling

y Johnny vivieron en el piso de arriba del colmado Wan Ceon, aunque se habían vuelto las tornas: ahora era él el que debía entrar con sigilo y salir a escondidas. Tenían que reducir al máximo cada sonido y contener cada movimiento para pasar desapercibidos, porque esta vez no vivían bajo los pies del casero, sino sobre su cabeza.

El otoño en Red Deer fue tan breve que solo tuvo ocasión de llover una vez, mientras el verano y el invierno peleaban encarnizadamente. Cuando se produjo la primera nevada, a finales de septiembre,

Jin-ling
comprendió a qué se había referido la casera sobre la calefacción. En aquella casa, el radiador solo se encendía dos veces al día: antes de que la casera se fuese dormir y cuando se levantaba. El problema era que los horarios de
Jin-ling
no coincidían con los suyos.

Cuando Johnny y Jin-ling volvían a aquella gélida casa, se metían en la cama sin lavarse la cara siquiera. Las sábanas y la colcha eran como dos capas de hielo entre las que se metían, inmóviles como dos pescaditos congelados. Un día, Johnny se destapó bruscamente y comenzó a embestir a
Jin-ling
como un loco; acababa de idear una nueva manera de entrar en calor. Jin-ling no se opuso, pero le repetía una y otra vez que no hiciese ruido, que pensara en los de abajo. Sin embargo, Johnny era cada vez más ruidoso.

—Deja, que esa china se entere de que las monedas que le damos cunden el doble.

—Bueno —repuso ella, riendo divertida—, pero acuérdate de que en todo Red Deer esa china es la única persona dispuesta a alquilarnos una habitación.

De pronto Johnny perdió el vigor y se apartó de ella; por más que
Jin-ling
intentó estimularlo, no se recuperó. Jin-ling cogió la sábana para taparse y, estirando una pierna que enroscó como una serpiente alrededor de Johnny, le preguntó:

—¿Y si nos vamos a otra ciudad?

Él no dijo nada. Durante un buen rato sus ojos de pescado muerto brillaron en la oscuridad hasta apagarse. Jin-ling pensaba que se había dormido, pero en ese momento Johnny se dio vuelta.

—Vayamos a donde vayamos no dejarán de mirarnos con desprecio —dijo Johnny.

Aquel diciembre fue funesto.

La guerra agudizaba la escasez. La radio no cesaba de dar malas noticias: la marina estadounidense había sufrido un tremendo golpe en Pearl Harbor; Kiev había sido tomada tras su asedio; la situación

en Leningrado era acuciante; los japoneses habían ocupado Hong Kong. Cuando parecía que las noticias no podían ser peores, se levantaban y descubrían cómo se había agravado la situación con respecto al día anterior. A medida que los hombres de Red Deer se marchaban al frente, las mujeres tuvieron que sustituirlos en sus trabajos. Si en la vanguardia había escasez, también la había en la retaguardia. Escaseaban la comida, el agua, la electricidad y el combustible. Todos los precios estaban por las nubes. A excepción de las vidas. Eso era lo único barato.

La última lista de soldados fallecidos de aquel año llegó cuando apenas faltaban seis días para Navidad. A pesar de que era una ciudad pequeña, cinco familias de Red Deer habían perdido a un hijo en Europa. Fue una Navidad muy desdichada. Sobre los árboles de Navidad de las casas colgaban lazos amarillos en señal de apoyo a las tropas. Cuando el coro de la iglesia cantaba *Joy to the World*, sonaba como un lúgubre canto funerario. Incluso El Buscador de Oro había dispuesto que el día de Navidad no serviría alcohol en respeto a los caídos.

Observando a lo lejos las cintas amarillas en la puerta de El Buscador de Oro,

Jin-ling

pensó en su tío

Gam-ho,

que combatía en Francia. No sabía si había escrito desde que ella se había escapado, si su padre y su abuelo seguirían esperando al cartero con ansia y temor a partes iguales.

Sabía que, antes de marcharse a Europa, su tío había trabajado siempre como sirviente en casa de los Henderson. Solo estaba en casa los sábados y los domingos, y los lunes de buena mañana volvía a casa de sus patrones. Todos los sábados su abuelo le pedía a su padre que preparara buen licor y buenos platos para cuando llegara. Su tío

Gam-ho

era un hombre callado incluso cuando bebía, nada que ver con su padre, que no paraba de hablar y se volvía loco. En la mesa, el abuelo disfrutaba preguntándole cosas sobre la casa de los Henderson, pero de cada tres preguntas él respondía solo una y sin demasiado interés. De toda la familia, el tío era el que mejor se

portaba con ella. Una vez, por el Año Nuevo chino, la había subido a hombros y la había llevado a ver las celebraciones del barrio chino. Su padre, que había ido con ellos, había dicho:

—Bájala, que una mujer sobre la cabeza da mala suerte.

El tío, riendo, repuso que

Jin-ling

era un amuleto, que aunque se le orinase encima le quitaría el mal fario.

Seguido por Jin-ling, Johnny entró en El Buscador de Oro, donde estaban colocando las mesas y limpiando el suelo. Hacía tiempo que el número de clientes se había reducido drásticamente, y el negocio iba de mal en peor. Nada más entrar, Johnny sacó la guitarra de su funda y comenzó a tocar. Mientras

Jin-ling

se ponía el uniforme en el estrecho pasillo que daba a la cocina, vio de reojo que el jefe hablaba con él. Su risa, a diferencia de Johnny, que sonreía mostrando todos los dientes, parecía falsa. Jin-ling quiso aguzar el oído, pero de pronto sintió como si una pequeña mano le revolviese el estómago y subiese por la garganta. Antes de poder agacharse vomitó la pasta con gambas del mediodía. Habían comprado aquellas gambas deshidratadas en el colmado Wan Ceon, pero no sabía cuánto tiempo habían pasado allí.

Jin-ling corrió al baño y, mientras se limpiaba las manchas de la ropa y de los zapatos, notó cómo aquella minúscula mano le removía de nuevo el estómago. La segunda vez, solo vomitó un poco de líquido amarillento. Cuando por fin terminó, se sintió mejor.

«Johnny tiene razón —se dijo—, nada de lo que venden en las tiendas de chinos es fresco ni está limpio».

Se fue a la cocina a preparar los sándwiches. Aquel día, como había pocos clientes, no se atrevió a preparar muchos. Cuando hubo terminado, le rugieron las tripas. Cogió un sándwich y le dio un mordisco, pero le resultó insípido y lo dejó. Entonces escuchó los primeros acordes de la actuación de Johnny, que incluyó unas canciones melancólicas y sombrías, muy diferentes de las de su repertorio habitual.

A finales del año anterior, su padre había leído en el nuevo calendario que aquel sería un mal año y que no era propicio para

cambios en la familia. Desde entonces, efectivamente, habían sucedido muchas desgracias y se habían vertido demasiadas lágrimas. Aquel año le había arrebatado la energía y la jovialidad a Johnny. Por suerte, en tres días habría terminado, en tres días empezaría un año nuevo. Ojalá fuera diferente.

Cuando terminaron de trabajar estaba nevando. Caían copos gruesos y el fuerte viento los lanzaba con ímpetu contra su cara. Jin-ling estuvo luchando contra el viento durante todo el camino de vuelta, por lo que no se acordó de preguntarle a Johnny qué le había dicho su jefe. No se acordó hasta que estuvieron en la cama.

—¿Qué te ha dicho el jefe? —le preguntó
Jin-ling
sacudiéndolo. Johnny, en lugar de contestarle, se dio la vuelta, de manera que solo le veía la espalda. Se encaramó sobre él—. Oye, que te he hecho una pregunta.

Johnny se sentó de pronto y se la quitó de encima diciendo:

—No me molestes, ¿vale?

Jin-ling, que nunca lo había visto así, sintió miedo y no supo qué decir. Él hizo caso omiso de ella y buscó a tientas su paquete de tabaco en el abrigo. La nieve lo había humedecido y le costó mucho trabajo encender un cigarrillo. Cuando lo consiguió, se fumó tres sin parar, uno detrás de otro.

—¿Es que quieres pegarle fuego a la habitación? —le dijo
Jin-ling
cuando se terminaba el tercero.

Sin contestarle, Johnny sacó dos cigarrillos más. Uno lo encendió con la colilla del anterior y se lo puso en la boca. El otro lo encendió también y se lo puso en los labios a
Jin-ling.

—Prueba —le dijo él.

Ella intentó imitarlo y tragarse el humo. La primera bocanada le rasgó la garganta como si de un cuchillo se tratase. En la segunda, le pareció menos afilado. Llegada la tercera, la punta había quedado roma y solo le hacía cosquillas.

—Con todo lo que haces pasa lo mismo. Es la primera vez, pero se diría que lo has hecho cientos de veces —comentó Johnny, mirándola.

Jin-ling observó cómo un pequeño círculo de humo salía de sus

labios y se iba expandiendo a medida que ascendía hasta dar contra el techo y explotar como una pompa de jabón.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

—Por ejemplo, fumar. O escaparte de casa.

—¡Ja! —exclamó Jin-ling, irónica—. No te burles de mí, por favor.

Johnny la miró fijamente y le dijo con solemnidad:

—Fong Jin-ling, escúchame. Yo nunca me he burlado de ti. Eres la mujer más interesante que he conocido en mi vida.

—Será porque mi padre es francés —replicó ella, y se echaron a reír al unísono.

—Sé que echas de menos a tu familia —dijo él, cogiéndola del hombro.

Jin-ling negó con la cabeza, pero la sorprendieron unas lágrimas inesperadas. Al cabo de dos días terminaría el año, y al Año Nuevo occidental lo seguía el chino. Hasta entonces, los cinco miembros de la familia se habían reunido siempre alrededor de la mesa redonda de su casa. Aquel año habría dos sillas vacías. Por mucho que su madre intentase disimularlo con su falso entusiasmo, no conseguiría llenar aquel hueco, aunque tal vez sí lo lograra el hijo que esperaba.

Aquella noche Johnny no quiso hacer el amor con Jin-ling.

Simplemente la recostó sobre su pecho como si fuera una niña. Estuvieron mucho tiempo en aquella postura, tanto que a Johnny se le entumecieron los brazos. Jin-ling durmió profundamente sin soñar nada. Cuando despertó, la habitación estaba iluminada por un resplandor que podía deberse tanto al sol como a la nieve. Minúsculas motas de polvo volaban de aquí para allá con reflejos de oro y plata. Alargó el brazo para tocar a Johnny, pero no lo encontró. En su lugar palpó un sobre.

Dentro encontró un billete de diez dólares y una nota:

> El jefe me ha echado. Dice que a los clientes no les gusta vernos juntos, dicen que enrarecemos el ambiente de la comunidad. Yo tengo que seguir mi camino, y no sé cuál será mi próxima parada. Compra con este dinero un billete para volver a Vancouver. Si te das prisa, quizá llegues a tiempo para celebrar el Año Nuevo chino con tu familia. Vagar conmigo de ciudad en ciudad no es vida para ti. Espero que

me perdones.

Con la caída de Hong Kong habían dejado de llegar cartas. La noticia de que
Wai-gwok
había muerto bombardeado por aviones japoneses la trajeron de vuelta unos paisanos que se habían aventurado a ir al pueblo. En cuanto Fat se enteró, pasó en cama dos días, sin comer ni beber, por mucho que
Gam-san
o
Mau-ngan
insistieran.

El tercer día se levantó por su propio pie, se sirvió un cuenco rebosante de arroz, le añadió unas rodajas de pepino en conserva y se lo zampó sin dejar ni un grano. Cuando se lo hubo terminado le dijo a
Mau-ngan:

—Dale diez dólares a
Gam-san
para que los lleve a la Asociación China.

Mau-ngan torció el gesto.

—Ya hemos contribuido, y con diez dólares, precisamente.

A Fat se le desencajó el rostro.

—¿Esperas a que los japoneses nos maten a toda la familia en el pueblo para empezar a hacer sacrificios?

A Fat se le había suavizado el carácter con los años y hacía mucho que no lo veía así de alterado. Gam-san echó una mirada a
Mau-ngan,
pero esta se resistió a ceder. Se acercó a ella y la cogió de la manga, pero ella lo apartó.

—Ni vendiéndome podría sacar yo diez dólares. Lo poco que nos quedaba en casa ya sabe usted adónde se fue.

A Mau-ngan la habían destinado al segundo local que la casa de té había abierto, bastante lejos de su casa. En su estado, no podía andar tanto, así que habían comprado un destartalado coche por doce dólares.

—Si no comiéramos más que un cuenco de arroz todos los días

—dijo Fat, señalando la mesa—, podríamos ahorrar más, ¿no?

Por aquel entonces el barrio chino ya había enviado dos contingentes de hombres a la guerra. Desde China habían mandado una unidad de pilotos al barrio chino de San Francisco, en Estados Unidos, para adiestrar a más hombres, y la gente de Vancouver también quiso asistir. Necesitaban dinero para caballos, sillas de montar y víveres. La Asociación China había organizado ya varios actos recaudatorios, cada vez más infructuosos, hasta que alguien escribió un artículo en el periódico del barrio chino conminándolos a que ahorraran un cuenco de arroz al día para ayudar con ese dinero al país natal, caído en desgracia.

—Padre, la consigna es comer un bol de arroz menos al día, no comer solo un cuenco de arroz —dijo

Gam-san

—. Muertos de hambre, ¿de dónde íbamos a sacar las fuerzas para vencer a los demonios japoneses?

—«Cantad, cantad, no miréis al otro lado del río» —refunfuñó Fat antes de irse al piso de arriba airadamente.

Gam-san, que había estudiado los clásicos, identificó la referencia literaria: su padre se refería a la cantante del poema de Du Mu, embelesada en su cantar y ajena al aciago destino de cuanto la rodeaba. Entonces, mirando a

Mau-ngan

con odio, le dijo:

—¿Acaso tú mereces más que los demás?

Mau-ngan, entendiendo que se refería al coche que había comprado, quiso decir que no era por gusto, pero

Gam-san

ya se había marchado con un portazo.

Cuando volvió era la hora de la cena y

Mau-ngan

se había ido a trabajar. Todas las luces de la casa estaban encendidas, aportando una blancura tan cegadora como la nieve. Fat escribía sobre la mesa de la cocina. Hacía tiempo que no cogía el pincel y su pulso al escribir era tembloroso. La tinta sobre la punta dejaba un rastro carente de firmeza. Gam-san vio que su padre estaba llenando el papel de nombres:

Fong Jiu-mou, «Esplendor Marcial».
Fong Jiu-gwok, «Esplendor Patriótico».
Fong Jiu-koeng, «Esplendor Vigoroso».
Fong Jiu-bong, «Esplendor Nacional».
Fong Jiu-dung, «Esplendor Oriental».

Eran los nombres que estaba barajando para el hijo que Mau-ngan llevaba en su vientre. El carácter que correspondía a aquella generación era Jiu. El único nieto que hasta el momento lo había llevado era Jiu-kai, que había muerto dos años antes ahogado en el río sin nombre. Por eso tenía todas sus esperanzas puestas en el bebé de Mau-ngan.

Cuando Fat vio entrar a Gam-san dejó el pincel y encendió un cigarrillo. La mano con la que lo cogía temblaba sobremanera y gran parte de la ceniza cayó sobre el papel, agujereándolo con orificios pequeños como semillas de sésamo.

—¿Qué nombre te parece mejor? Yo creo que hay que dar prioridad a la fuerza si se quiere que la patria recupere el esplendor; mejor llamarlo Jiu-mou.

Gam-san dijo que tenía ganas de orinar y entró en el lavabo. Se sacó el pene y tardó lo suyo en soltar apenas cuatro gotas. Al oír que su padre lo llamaba una y otra vez, se tapó las orejas y tuvo un mal pensamiento: «Quizá para cuando Mau-ngan dé a luz, mi padre ya haya muer-to».

En el pueblo eran pocos los hombres que llegaban a los sesenta, y su padre, con setenta y ocho años, estaba en edad de morirse.

A medianoche, cuando Mau-ngan terminó de trabajar y volvió a casa en su destartalado Ford, descubrió que

Gam-san
no la esperaba en la puerta, como de costumbre, sino que se había acostado.

Lo encontró echado, pero no dormido. Cuando entró en la habitación,
Gam-san
se movió para dejarle sitio. Mau-ngan se metió en la cama y notó su calor. Era la primera vez en toda su vida en común que
Gam-san
tenía el gesto de calentarle la cama.

Mau-ngan se acomodó, pero enseguida dio un brinco y, cogiendo la mano de
Gam-san,
se la llevó a la barriga y le dijo:

—Toca, toca. Mira qué patadas da el granuja.

Con la mano sobre el pálido vientre de
Mau-ngan,
a
Gam-san
le pareció que dentro había una marioneta que daba patadas movida por cuerdas invisibles.

—Ayer fui a la farmacia Fat Gei para que me vieran y me dijeron que por la forma de mi barriga es casi seguro que será niño. —Gam-san no dijo nada, pero su mano tembló como si tuviera escalofríos. Ella pensó que era cierto aquel dicho de que los hijos que se tienen en la madurez traen el doble de felicidad. Acariciando la mano de
Gam-san,
añadió—: El día que vuelva
Jin-ling,
la familia estará completa.

Gam-san estuvo toda la noche dando vueltas en la cama, sin lograr conciliar el sueño. Por la mañana, cuando se vio en los cristales, se sorprendió al descubrir que su pelo había encanecido en el transcurso de una noche.

A mediodía Mau-ngan se dispuso a irse a trabajar. En cuanto encendió el motor del coche,
Gam-san

salió corriendo y llamó a la ventanilla. Ella la bajó y lo vio con una gorra bien calada.

—No salgas con eso en la cabeza —le dijo riendo—, te queda fatal.

Gam-san la miró con cara de tonto. Cuando

Mau-ngan

se disponía a arrancar, le dijo de pronto:

—¿Podrías no salir este lunes?

No era la primera vez que oía aquel ruego, por lo que no se sorprendió; sin embargo, esta vez el tono de la pregunta era distinto, y su corazón se enterneció en el acto.

—¿Quieres que me quede en casa contigo?

—No —respondió Gam-san—, es que quiero invitarte al restaurante irlandés de pescado que hay al lado del Vancouver Grand Hotel.

—Anda ya —rio Mau-ngan, incrédula—, ¿te ha tocado la lotería? Ese restaurante no es para gente como nosotros…

—Tengo dinero —alegó él.

Quiso añadir que tenía algo que decirle, pero ella arrancó el coche y se marchó a toda prisa.

Nunca fueron a aquel restaurante; antes de que llegara el siguiente lunes,

Mau-ngan

sufrió un aborto.

Empezó a sangrar en la casa de té. Se desmayó y se la llevaron al hospital. No pudieron salvar al feto de cinco meses. Era niño.

Cuando la noticia llegó a oídos de

Gam-san,

empezó a llorar agachado en el suelo. Fat nunca había visto llorar a su hijo, menos aún de aquella manera y pensaba que, de seguir así, partiría el cielo en dos y abriría un agujero sin fondo en la tierra. Pero también pensaba que el llanto de su hijo era extraño, pues no parecía únicamente de pena: adivinaba en él un ligero componente de alivio.

Al día siguiente Gam-san buscó un lugar en el que pudiera estar a solas para quemar un papel que llevaba junto al cuerpo: un contrato.

Yo, Fong Gam-san, oriundo del pueblo de Zimin, en Hoi-ping, Cantón, residente en Vancouver, Columbia Británica, vendo el hijo o hija que mi esposa, la señora Zau, dé a luz a Zeng Jyu-nam y a su esposa, oriundos de Toisan, Cantón, por setenta dólares que serán abonados en el fondo de auxilio para la causa antijaponesa.

Para que de ello quede constancia, lo firma a día 3 de agosto del año treinta de la República de China **[68]**.

Fong Gam-san

Aquel día Fat se sintió viejo por primera vez en su vida.

Su pelo se había vuelto blanco y su vista ya no era la de antes, aunque con gafas podía seguir leyendo el periódico. Algunos dientes le bailaban, pero aun así comía arroz y cacahuetes sin demasiados problemas. A pesar de que las rodillas se le habían arqueado, caminaba. El pulso le temblaba al coger el pincel, pero todavía era capaz de escribir. Gam-san le decía que estaba viejo. Gam-ho le decía que estaba viejo. Mau-ngan le decía que estaba viejo. Gam San Wan también le decía que estaba viejo. Él se limitaba a reír, como dándoles la razón, pero en su interior, no lo reconocía. Para él envejecer no dependía de lo que dijeran los demás, sino de cómo se sentía uno, pero le daba pereza enzarzarse con ellos en tales discusiones.

Sin embargo, su visita a Rick lo había impresionado sobremanera.

Desde que Gam-ho dejó de servir en su casa, lo había visto en algunas ocasiones. Unos días atrás pasó por casualidad por su calle y se sorprendió al ver un cartel en el césped de su jardín que anunciaba la puesta en venta de la casa. Estuvo llamando a la puerta, pero nadie contestaba. Al oírlo, un vecino salió y le explicó que Rick había fallecido. Le contó que había sucedido hacía un mes, aunque nadie sabía el día con exactitud. Rick llevaba mucho tiempo sin sacar a pasear al perro y los vecinos, oyéndolo aullar, empezaron a sospechar. Llamaron a la puerta, pero nadie contestaba, por lo que acudieron a la policía, que entró a la fuerza y lo descubrió en el suelo de la cocina. Llevaba muerto varios días y

las ratas le habían comido los ojos. El perro, también muerto, yacía recostado sobre el cuerpo de su dueño.

Al día siguiente Fat le llevó flores. No era la primera vez que subía aquella montaña. La primera fue cuando murió Jenny, la hija de Rick; la segunda, cuando murió Phyllis, la mujer de Rick; la visita a la tumba de Rick era ya la tercera. Depositó los crisantemos blancos congelados sobre su tumba y sacó un paquete de tabaco. Extrajo dos cigarrillos, puso uno junto a la lápida y encendió el otro para fumárselo acuclillado.

—Rick, qué mala suerte has tenido —murmuró—. Cuando compraste esta tumba era para que ellas se despidieran de ti, pero acabaste despidiéndolas tú, y al final te has ido solo. Ahora únicamente quedo yo.

Fat se refería a que, de los hombres del ferrocarril, él era el único que seguía con vida.

Durante los años de su construcción, aquel grupo de culis dirigido por Rick lo formaban treinta y un hombres. Varios murieron en las voladuras de las montañas,

Hung-mou

entre ellos. Después, cuando terminó la construcción, muchos perecieron de hambre en la travesía de vuelta a casa. En Victoria, otra tanda corrió igual suerte. Hubo quienes se volvieron a sus pueblos en Cantón, y en Vancouver no quedaron más que cuatro. Lam había fallecido de muerte natural treinta años atrás y otro había muerto hacía dos años. Ahora lo había hecho Rick. Solo quedaba, pues, Fat.

«Con la de cosas que pasaron en la época de la construcción del ferrocarril, por qué no me pararía yo a escribirlas en aquel momento… —se lamentó Fat—. Ahora, aunque me acordara de todo, no puedo ni sostener bien el pincel y voy a llevármelo todo a la tumba».

Al emprender el camino de vuelta, Fat sintió que las piernas le flaqueaban de repente, que no podían sostener su cuerpo como antes, que no lograba erguir la espalda.

«¿Me habré vuelto viejo de verdad?», comenzó a dudar. Cómo no iba a haber envejecido. Pasaba de los setenta. De hecho, iba camino de los ochenta. Lo raro hubiera sido lo contrario.

Cojeando y dando tumbos, continuó caminando en dirección a

su casa. Desde la lejanía pudo ver los faroles del barrio chino encendidos, repartiendo pizcas de felicidad en la sombría oscuridad del anochecer. Pensó que, por malos que fueran los tiempos, el Año Nuevo chino había que celebrarlo. Cuando volviera a casa aquella noche subiría al desván y sacaría los viejos faroles para desempolvarlos y colgarlos.

También pensó en su familia en Hoiping. Desde que los japoneses habían invadido Hong Kong, no había recibido ninguna carta. ¿Cómo debía de estar pasándolo

Luk-zi?

Llevaba más de veinte años sin verla. Si no miraba una foto suya, apenas recordaba su rostro.

Cuando alcanzó la puerta de la casa y se disponía a sacar la llave, sus pies toparon con algo.

—¡Pero bueno! ¡Esto es el colmo de la pereza! ¿Qué os cuesta sacar la basura?

Antes de que terminara de hablar vio que el bulto se movía, se ponía de pie y decía:

—Abuelo…

A Fat, que temía estar viendo un fantasma, le temblaron las piernas y estuvo a punto de perder el equilibrio. Después se fijó en que de los orificios nasales salía aire, así que no era un espectro. Olvidándose de la llave, empezó a aporrear la puerta.

—¡Jin… Jin-ling ha vuelto,

Jin-ling

ha vuelto! —gritaba.

Poco después Mau-ngan fue a abrir, seguida por

Gam-san.

Cuando encendieron la luz vieron que entraba un bulto gris con un abrigo largo. Estaba cubierto de polvo y no se distinguía color alguno. Quieta en la penumbra del vestíbulo, movió la boca polvorienta para revelar unas encías sonrosadas:

—Papá. Mamá.

Mau-ngan sintió que le fallaban las piernas y cayó al suelo sin fuerzas.

—Conque «papá» y «mamá»… ¿Aún te consideras hija nuestra? ¡Con lo que nos has hecho pasar todos estos meses, que no hay radio ni televisión ni periódico a los que no hayamos ido para

anunciar tu desaparición! Ahora que te has gastado el dinero vuelves, ¿no?

—Bueno, no malgastes tanta saliva —le dijo Gam-san mientras la ayudaba a incorporarse—. Ve a calentar agua para que la niña se lave.

El cuerpo de Jin-ling, que tras ducharse y vestirse con ropa limpia de su madre volvía a parecer una persona, aún desprendía vapor del agua caliente. Sobre la mesa ya estaba dispuesta la cena, que consistía, como de costumbre, en sobras que su madre había llevado del trabajo.

—¿Y el bebé, dónde está? —preguntó Jin-ling.

Cuando se marchó, su madre aún estaba embarazada y ahora, aunque no había ni rastro de un recién nacido, su vientre ya no estaba abultado.

Nadie dijo nada.

—Pero ¿dónde has estado? —le preguntó Fat un rato después—. Tus padres estaban tan preocupados que no podían ni dormir…

—En muchos sitios —se limitó a contestar con la cabeza hundida en el cuenco antes de empezar a comer, esperando respetuosamente a que se sirvieran los adultos.

«Bueno, al menos ha vuelto habiendo aprendido algo de modales», pensó Fat.

Mau-ngan miraba con frialdad a su hija. Su aspecto era distinto, no tenía el aire aniñado de antes. Cuando la vio levantarse para coger más arroz, notó algo extraño en su manera de andar y la asaltaron las dudas. Sin dejar que terminara el arroz, la cogió del brazo y se la llevó arriba. Cuando entraron en la habitación de Jin-ling, Mau-ngan, cerrando la puerta tras de sí, se abalanzó sobre ella y la agarró por el cuello.

—¿Cuándo fue tu último período? —bramó.

Jin-ling bajó la vista y se miró los pies sin responder.

Su madre insistió, tirando de su cuello con más fuerza. Jin-ling, balbuceando como un pez en la red, aguantaba mirando hacia abajo con los ojos enrojecidos.

—En no… no… viembre.

Mau-ngan la soltó en el acto. La miraba con los ojos como platos, como si no la reconociera.

—Lo sabía… Lo sabía… —no paraba de repetir
Mau-ngan.

A Jin-ling la asustó ver así a su madre.

—Mamá… mamá… —decía, angustiada, tirándole de la manga.

Mau-ngan la apartó de un empujón y se fue escaleras abajo tan rauda como si volara.

Los dos hombres acababan de terminar de comer y estaban fumando el primer cigarrillo. Como el precio del tabaco era muy caro y no eran capaces de dejarlo, compraban el tabaco de peor calidad.

Mau-ngan entró cortando la nube de humo como un cuchillo, le quitó el cigarrillo de la boca a
Gam-san
y lo echó al fregadero.

—¿A qué coño viene eso? —le gritó
Gam-san,
que recuperó el cigarro completamente húmedo. Lo abrió y lo echó sobre una hoja de periódico para secarlo.

Mau-ngan escupió con desprecio.

—Mira lo sinvergüenza que te ha salido tu hija por malcriarla… ¡Preñada de tres o cuatro meses! Y no sabe ni de quién. —Gam-san quedó tan estupefacto que el tabaco de la hoja de periódico que sostenía en las manos se le resbaló—. ¿Acaso me dejabas gobernarla? —lo acusó
Mau-ngan,
señalándole la frente con el dedo—. Ha salido así por tener un padre como tú. Yo ya no puedo más, me desentiendo de ella.

Gam-san agarró con fuerza el dedo con el que
Mau-ngan
lo señalaba y se lo apartó con suma brutalidad. Mau-ngan chilló como un cerdo en la matanza.

—¡De tal madre, tal hija! ¡Si es una sinvergüenza, lo habrá heredado de ti!

Mau-ngan sintió una puñalada en el corazón y se colocó las manos sobre el pecho, como si quisiera arrancarse un cuchillo.

—Yo estuve en un burdel, sí —dijo, apretando los dientes—, y la ciudad entera sabe de mi deshonra, pero no fue por gusto, sino a la fuerza. En cambio, tú te metiste allí por tu propio pie. ¡Si aquí hay alguien que no ha conocido la vergüenza, eres tú!

Fat, que no aguantaba más, dio un golpe en la mesa provocándose una herida entre los dedos de la que brotó un hilillo de sangre.

—¿Por qué no salís a la calle para que se entere todo el barrio? ¡Así sí que ya no habrá manera de casarla!

Devueltos a la realidad por aquel golpe, callaron.

—Corre y junta unos cuantos pastelillos de almendra y de frijoles —le dijo Fat a

Mau-ngan

— y llévalos a la farmacia Fat Gei. Habla directamente con la madre del farmacéutico y pídele algo para parar la cosa. Échate las culpas tú diciendo que estás muy mayor para tener más criaturas. El farmacéutico no se negará si se lo dice la madre.

Cuando Mau-ngan, tras unos momentos, entendió a qué se refería, lo miró indecisa.

—¡Venga, que no es momento de dudas! —exclamó Fat—. ¿No ves que cuanto antes actuemos, mejor?

Mau-ngan puso la casa patas arriba buscando papel de estraza para envolver los pastelillos.

La medicina de la farmacia Fat Gei demostró ser efectiva pues, con solo dos tomas,

Jin-ling

comenzó a sangrar. Las pérdidas duraron varias semanas.

Cuando por fin recobró la normalidad,

Gam-san

quiso que volviera a estudiar, pero ella, tajante, se negó:

—Si vuelves a llevarme a esa escuela, me mato. Hazlo y verás.

Gam-san no quiso contrariarla, así que no tuvo más remedio que dejar que trabajara de camarera en la misma casa de té que su madre.

El trabajo no le duró mucho. Apenas se hubo aprendido los platos y las bebidas del menú, se marchó de nuevo. Esta vez se fue con un blanco llamado John, cliente habitual de Lai Zi Gok, que se había encaprichado de ella desde la primera vez que la vio. Jin-ling

estaba bajo la supervisión de su madre, pero ni esta pudo controlarla. Cuatro meses después de su vuelta, volvió a dejarlos.

Esta vez pasó diez años fuera. Cuando regresó, su abuelo y su madre habían fallecido. Solo halló a su padre.

Llevó consigo a una niña llamada Amy Smith.

A principios del verano de 2004, una mujer canadiense llamada Amy Smith, acompañada de un funcionario chino llamado Au-joeng Wan-on,
fue a visitar el templo ancestral [69] del clan de los Fong. En los registros de la familia de Fong
Dak-fat,
halló el siguiente escrito:

> Fong Gam-ho, segundo hijo de Fong
> Dak-fat.
> Contrajo nupcias con Keoi
> Jin-wan,
> oriunda de Waijoeng, en el año dieciocho de la República de China [70] . Con ella tuvo un hijo, Fong
> Jiu-kai,
> que falleció a la edad de nueve años. En el año veintinueve de la República de China [71] donó al gobierno de Cantón cuatro mil dólares canadienses para la adquisición de un avión para la resistencia antijaponesa, por lo cual obtuvo una medalla al patriotismo. Ese mismo año se alistó en el ejército canadiense. Trabajó en un pueblo del sur de Francia, en calidad de agente especial, recabando información y entrenando a la resistencia. En el año treinta y cuatro de la República de China [72] , justo en la víspera de la victoria de los aliados, su identidad fue desvelada y perdió la vida por el país. En conmemoración de su muerte, el gobierno francés bautizó un puente con el nombre de Jimmy Fong (el nombre inglés de Fong
> Gam-ho).

8
El resentimiento

Hoiping, provincia de Cantón, China
Trigésimo año de la República de China (1941)

Luk-zi y Mak-dau habían ido a recoger a
Wai-gwok
y volvían a casa cuando vieron los aviones.

El día anterior, Gam-sau les había enviado una carta a Zimin diciendo que
Wai-gwok
se había acatarrado y que, aunque había ido a un médico occidental y ya no tenía fiebre, aún se encontraba débil. Les pedía que se lo llevaran a casa unos días para que descansara hasta que se hubiera recuperado por completo. Wai-gwok había comenzado a estudiar aquel año y solía dormir en la escuela.

Antes de salir, Luk-zi preparó un hatillo con rollos de primavera rellenos de brotes de soja que había elaborado aquella misma mañana y que aún estaban calientes. La mitad era para
Gam-sau
y Jyun y el resto para el camino.

El mundo entero estaba en guerra por aquel entonces. La situación era tal que, de cinco envíos procedentes de la Montaña del Oro, cuatro se extraviaban por el camino. Al no poder contar con el

dinero que le enviaban,
Luk-zi
no tuvo más remedio que vender tierras. Por suerte, los años anteriores habían sido prósperos y le habían permitido comprar muchas tierras a buen precio. Así, en aquellos tiempos de extrema necesidad, podía vender ahora un *mu*, ahora otro, y tendrían para comer, aunque lo cierto es que cada vez quedaban menos.

A excepción de Mak-dau y Jyut, los demás criados de la casa fortaleza se habían ido. Incluso Coi, después de tantos años en casa de los Fong, había vuelto a su hogar a pasar la vejez. En la casa quedaba muy poca gente. Los tíos de Fat habían muerto hacía ya mucho, la hija de ambos se había casado y el hijo también se había marchado. En la residencia
Dak-Jin
solo quedaban
Gam-sau,
Jyun,
Mak-dau,
Jyut y la mujer de
Gam-ho,
Jin-wan,
a quien
Luk-zi
despreciaba, porque no valía para nada. Así que era
Luk-zi
quien solía encargarse de la comida.

Durante todo el camino
Mak-dau
fue con las manos vacías; el revólver estaba sobre su cadera. Lo llevaba encima tanto de día, por la calle, como de noche, para dormir. Decía que, en aquellos tiempos revueltos, las armas significaban la vida. Llevaba al cinto, pues, no solo su vida, sino las de toda la casa fortaleza.

En un principio, Mak-dau iba a ir solo, pero
Luk-zi
se moría de ganas de ver a
Wai-gwok

y se había empeñado en acompañarlo. Mak-dau buscó una vieja bata de Jyut y se la dio para que se la pusiera. También le pidió que se quitara el pasador del pelo, que se despeinara y se hiciera un moño descuidado. Luego cogió ceniza de la cocina para que se untara cara y cuello con ella. Mientras lo hacía,
Luk-zi
le dijo:

—Mak-dau, ¿tú te crees que aún estoy lozana?, ¿que alguien se va a fijar en mí?

—Mire —dijo Mak-dau, riendo jocoso—, para mí usted llegará a los cien años y seguirá estando igual de joven que siempre.

—Bah, y cuando tú llegues a los cien, seguirás siendo igual de lisonjero —repuso
Luk-zi,
veladamente complacida.

Antes de salir Luk-zi se detuvo.

—Mak-dau, prométeme una cosa —le dijo.

—¿Qué?

—Primero prométemela y luego te la digo.

—Si no me lo dice, ¿cómo se la voy a prometer?

—Si no me la prometes, no te la digo.

Estuvieron así hasta que
Luk-zi
terminó cediendo.

—Mak-dau, si nos pasara algo por el camino y estuviera en tu mano salvarme, hazlo. Si no, pégame un tiro.

Mak-dau enmudeció sorprendido.

—No se preocupe —dijo al cabo—, que el primer tiro sería para usted y el segundo para mí. Pase lo que pase, no la abandonaré a su suerte.

A Luk-zi se le humedecieron los ojos. Pensó que, en aquel vasto mundo, la persona que aceptaba seguirla hasta la muerte no era a la que se había entregado en matrimonio.

Cuando recogieron a
Wai-gwok,
Luk-zi
comenzó su retahíla habitual. «Qué delgado estás», «Qué mal color tienes»…

A los pocos pasos, Wai-gwok ya no podía caminar más, por lo que pararon a descansar y a comer los rollos de primavera. Luego
Mak-dau
cargó con
Wai-gwok
a la espalda y prosiguieron; el niño se quedó dormido enseguida con el traqueteo. Se escurría hacia abajo y le pesaba como un muerto, por lo que
Mak-dau
se inclinaba hacia delante.

—Mak-dau, has envejecido —observó
Luk-zi.

—Con lo grande que es mi nieto, lo raro sería que aún no lo hubiera hecho.

Había perdido varios dientes y, al hablar, el aire se le escapaba por las mellas. Luk-zi pensó en el año en el que
Mak-dau
había llegado a casa de los Fong y en aquella blanca sonrisa suya que alumbraba la casa entera, diciéndose que hasta el más fuerte acaba dejando atrás la juventud.

—Suerte la tuya, que tienes un nieto de un hijo. En cambio yo, pobre de mí, perdí al único que tenía por esa…

Mak-dau sabía que se refería al malogrado
Jiu-kai.
Siempre que pensaba en él le dedicaba algún improperio a su nuera.

—¿Aún sigue con eso? ¿Todavía no se ha hartado? Lleva ya tres años despotricando contra
Jin-wan.
Menos mal que con lo parada que es, no rechista. Mire, yo creo que en su vida anterior el niño era de su familia de usted, y en esta reencarnación ocupó un lugar en su familia como tránsito a la siguiente. Déjelo marchar en paz y en la próxima vida le traerá cosas buenas. ¿Acaso no tiene aún a
Wai-gwok?
También es nieto suyo. En el futuro nos cuidará y nos enterrará a los dos. Como se niegue, le pego un tiro.

Las nubes que había albergado el corazón de
Luk-zi

se disiparon con las palabras de
Mak-dau
y comenzó a notar un resplandeciente sol en su lugar.

Mientras andaban se levantó viento. Era un día de mercado cualquiera, y un hombre recorría el camino junto a ellos portando cestas colgadas en su pértiga. El viento le quitó el sombrero cónico de un golpe y tuvo que dejar la pértiga en el suelo para ir tras él. Aunque corría rápido, el sombrero, siempre unos pasos por delante, no se dejaba atrapar. Sudando, se dio por vencido y se sentó en una roca espetando:

—¡Me cago en su madre!

Luk-zi y Mak-dau no pudieron contenerse y se echaron a reír.

En ese momento el viento cambió y comenzó a ulular como si alguien hubiera cogido un gran paipái en el cielo y estuviera agitándolo. Mak-dau levantó la mirada y vio que en el punto en el que confluían tierra y cielo dos objetos volaban como pájaros.

—¡Aviones! ¡Los japoneses! —gritó alguien.

El hombre que se dirigía al mercado dejó las cestas y echó a correr despavorido.

Algunos años antes, los japoneses habían bombardeado la zona de Waijoeng, también un día de mercado. Aquella vez, muchos miembros de la familia de
Jin-wan
habían muerto. Se lo había contado
Jin-wan.
Luk-zi,
que nunca había corrido perseguida por un avión, se quedó inmóvil sin saber qué hacer.

Era primavera y los cultivos de los campos apenas habían comenzado a asomar; abarcaban una vasta extensión en la que no había nada bajo lo que ocultarse. Cuando volvieron a mirar el cielo, los pájaros de acero estaban tan cerca que casi se les podía ver la mancha roja. Mak-dau corrió a dejar a
Wai-gwok
bajo el único árbol que había junto al camino y le dijo que se agachara y no se moviera de allí. A continuación, fue corriendo a decirle a
Luk-zi

que colocase la cabeza junto al suelo y a cubrirla con su cuerpo.

En el lugar en el que
Luk-zi
cayó había una hez de perro tan apestosa que casi se queda sin respiración. Aguantó hasta que no pudo más, aunque siguió con los ojos muy apretados encomendándose en silencio a Buda. Entonces oyó el sonido sordo de los motores de los aviones y de pronto la tierra se abrió, estremeciéndose. Los estruendos se sucedieron sin cesar. Notó que la alcanzaban unos proyectiles en la espalda y pensó que eran salpicaduras de barro. Su cuerpo se hundía cada vez más hasta que toda luz desapareció. Estaba enterrada.

Después, los sonidos cesaron. El suelo se cansó de temblar y recuperó la calma. Aún sin poder respirar, pensó que el corazón se le escaparía del pecho y que los ojos se le saldrían de sus cuencas. Quiso gritar el nombre de
Mak-dau,
pero no podía articular palabra. En sus oídos escuchaba un siseo continuo, como si una serpiente hubiera entrado en aquel agujero de tierra.

«No tengo escapatoria. Voy a morir en este sitio», pensó.

Luk-zi notó una luz sobre sus párpados y, al abrir los ojos, vio una bola de barro con manos. Solo los ojos de la bola de barro eran blancos. De sus manos caían gotas rojas.

—Mak-dau, ¿estás herido? —preguntó
Luk-zi
con un hilo de voz.

—No es nada —respondió la bola de barro dejando entrever una sonrisa de rosadas encías—, me lo he hecho al echarme al suelo.

Wai-gwok. A ambos les vino a la mente en el mismo instante. Buscaron el árbol, que seguía en su sitio, pero se había partido por la mitad; la copa había desaparecido y solo quedaba el tronco, de la altura de una persona. Una de sus caras seguía verde, mientras que la otra se había carbonizado y humeaba.

Los dos corrieron como locos a buscar al niño, rodearon el árbol y no lo encontraron. Volvieron a rodearlo y tampoco hallaron ni rastro. En la tercera ocasión,
Luk-zi
descubrió un zapato sobre un montón de escombros.

Era añil con suelas blancas y tenía la cabeza de un tigre bordada en el empeine. Los había cosido con sus propias manos para que Wai-gwok los llevara su primer día de clase.

Mak-dau lo levantó con delicadeza y al zapato le siguió un pedazo de pierna, hasta la rodilla. De la rodilla colgaba un muñón del que sobresalía un hueso del tamaño de un pulgar.

Al verlo, Luk-zi cayó al suelo, inconsciente.

La escuela de Gam-sau y Jyun tenía por nombre Escuela de Todos. La habían construido en un pequeño pueblo llamado Samho ubicado en la confluencia de varias aldeas. La residencia y la escuela, dos edificios de arcilla, uno con las aulas y otro con los dormitorios de los estudiantes, se hallaban en unos terrenos propiedad de un hombre acaudalado. Se impartía clase de primaria y de secundaria. Jyun, que era el director, y Gam-sau, la jefa de estudios, también daban clase: ella de lengua y manualidades y él de matemáticas y educación física. Otros dos profesores enseñaban historia, geografía, arte y ciencias naturales.

La matrícula de la escuela no estaba establecida, sino que se fijaba en función de la situación económica de cada familia. Las que se encontraban en peor coyuntura estaban eximidas del pago. Los niños que se quedaban a dormir solo tenían que pagar las comidas. En la escuela se incentivaba especialmente que las niñas estudiaran: no pagaban matrícula y, si asistían a clase durante un mes sin faltar ni un solo día, les regalaban cinco *jin*[73] de arroz. Al principio tenían una decena de niños, pero con los años el número de alumnos fue aumentando y ya superaban los doscientos niños y las treinta niñas.

Para poder abrir la escuela, Gam-sau había vendido las joyas que su madre le había regalado con motivo de su boda. Sin embargo, la mayor parte del dinero lo había donado el hombre rico cuyos terrenos arrendaban. Su hijo había sido compañero de Gam-sau y de Jyun en la academia de profesores; los tres eran los preferidos del profesor Au-joeng

Juk-san.

La situación económica del hombre era muy buena, ya que su familia tenía múltiples negocios. Tras la graduación en la academia de profesores, su hijo había colgado los libros para ir a la guerra. Como no podía abrir una escuela él mismo, le había pedido a su padre que aportara fondos para que lo hicieran

Gam-sau

y Jyun. El día de la inauguración, el señor Au-joeng ofició una ceremonia en la que colgó una caligrafía sobre la puerta que decía «La escuela de todos ilumina nuestro futuro».

Gam-sau y Jyun sabían que, para las familias humildes, que un hijo estudiara a tiempo completo suponía no solo el gasto de la matrícula, sino también el hecho de perder ayuda en el campo; y que lo hacían con la esperanza de que sus hijos tuvieran un futuro mejor. Por eso

Gam-sau

y Jyun se esforzaban en impartir sus clases con el mayor de los ahíncos. Todos los días,

Gam-sau

veía aquellas niñas cuyas familias ansiaban los cinco *jin* de arroz de finales de mes y se emocionaba pensando en lo mal que lo pasaban las mujeres en este mundo. Además, solía guardar la comida que le daba su madre para repartirla entre las niñas hambrientas.

Tras la muerte de Wai-gwok,

Gam-sau

dejó de enseñar. En cuanto veía a sus estudiantes, recordaba al hijo fallecido y estallaba en llanto en medio de la clase. Aunque estaba embarazada de tres meses, no comía ni dormía, y se pasaba las noches mirando el techo hasta que el sol asomaba por las cortinas. Había adelgazado hasta quedarse en los huesos. Jyun, impotente, la mandó a Zimin para que descansara y se recuperara.

En cuanto se enteró, el señor Au-joeng le hizo una visita. Lo primero que le dijo al verla, en lugar de consolarla, fue:

—¿Cómo puede crecer una semilla sin tierra? Cuando un vendaval acecha, no hay que proteger los huevos, sino el nido. ¡Si lloraras por tu país con la fuerza con la que lloras por tu familia, los chinos tendríamos salvación!

—¿Y por qué abrí yo una escuela si no es por mi país?

—protestó
Gam-sau
—. De no haberlo hecho,
Wai-gwok
habría estudiado en la escuela de los hijos de los emigrantes y se habría librado de su desgracia.

Al ver la furia con la que
Gam-sau
respondía, el señor Au-joeng le guiñó un ojo a Jyun.

—Aún corre sangre por sus venas; tiene remedio —dijo—. Ah,
Wai-gwok
podría haberse librado de aquella desgracia —prosiguió—, en efecto, pero otros habrían perecido en su lugar. Y haberse librado aquel día no significa que no hubiera caído en desgracia al siguiente. Los japoneses han dejado un reguero de sangre desde el paso de Shanghái hasta Cantón. Un país débil como el nuestro no tiene un ejército poderoso que defienda sus fronteras; tarde o temprano, su gente morirá.

—A mí no me importa la gente, me importa Wai… —comenzó a decir
Gam-sau,
atragantándose a media frase con los ojos llenos de lágrimas. Tras ahogar un sollozo, dijo—: Sé lo que quiere decir, pero yo no soy soldado ni general; no puedo proteger las fronteras del país. No soy más que una maestra inútil.

—¿Quién ha dicho eso? —replicó el señor Au-joeng dando un puñetazo en la mesa—. Tus estudiantes son los que mañana las defenderán. Esta generación no tiene arreglo ya, y el país debe poner sus esperanzas en la siguiente. Debes ser fuerte, enseñar con esmero a héroes de gran fortaleza; eso sí honraría la memoria de
Wai-gwok.

Gam-sau no replicó, pero su semblante recobró la serenidad.

Luk-zi les llevó sopa de semillas de loto con azúcar y el señor Au-joeng, sin atender a modales, se bebió la suya de golpe.

—Ah —dijo, satisfecho—, quién sabe cuándo será la próxima vez que pruebe una sopa tan dulce.

—¿Es que se va usted lejos?

—He venido a despedirme de vosotros —contestó el señor Au-

joeng.

—¿Adónde se marcha? —preguntó Jyun.

Sin responder, sacó el hatillo que había llevado.

—He leído estos libros y me han parecido de interés —explicó—; os los dejo. Cuando me haya instalado, me pondré en contacto con vosotros.

—En la academia de profesores se decía que era usted del Partido Comunista. ¿Se va con ellos? —no pudo evitar preguntar Jyun.

—Qué más dará eso. Pero, dime, ¿cuánto sabes tú del líder?

—He leído el *Manifiesto comunista* de principio a fin. Lo que ocurre es que contiene ideas de hombres europeos y me pregunto si serán válidas para Asia…

—Las ideas para lograr una sociedad mejor no conocen fronteras —dijo riendo el señor Au-joeng—, igual que el mal tampoco. No podemos quedarnos de brazos cruzados a esperar que lleguen tiempos mejores. Siempre debe haber quien se sacrifique para que las ideas se hagan realidad.

Jyun acompañó a la puerta al señor Au-joeng pensando que estaba más delgado que nunca. Sus ojos, como faroles incandescentes, brillaban con gran intensidad bajo el cielo del atardecer. Su pelo alborotado saltaba arriba y abajo mientras caminaba y de su boca escapaba un aliento de vigilia. Los bajos de su túnica añil se arrastraban por el suelo con un suave murmullo.

—Profesor… —murmuró, comenzando a sollozar. Lloraba no solo por la despedida, sino también porque no sabía si continuar o no.

«Profesor, lléveme con usted».

Pero nunca llegó a pronunciar aquella frase. Había pensado en Gam-sau, en Wai-gwok y en el hijo que Gam-sau llevaba en su vientre. Se hallaba atrapado entre su familia, por un lado, y su país, por el otro. Perder tanto la una como el otro le dolería. Se encontraba ante una difícil encrucijada.

A partir de aquel día recibiría muy pocas noticias del señor Au-

joeng. No volvería a verlo hasta transcurridos diez años. Un día, de visita con sus alumnos el Museo en Memoria de la Guerra Antijaponesa del Pueblo Chino, se toparía con una foto del señor Au-joeng a caballo portando una pistola.

Durante el resto de sus días, Jyun iba a preguntarse una y otra vez si su vida, preñada de posibilidades entonces, habría seguido otros derroteros de haberlo dejado todo aquella noche de primavera de 1941 para marcharse con el señor Au-joeng. Si podría haber evitado las desgracias que cayeron sobre su familia.

Pero no lo sabía.

No tenía la menor idea.

Cuando llamaron a la puerta,

Gam-sau

estaba dando clase de manualidades a las niñas de primaria. Aquel día estaban haciendo farolillos de papel.

En la escuela de Gam-sau había más niñas en primaria que en secundaria. Sabía que la mayoría de las familias que enviaban a sus hijas lo hacían por los cinco *jin* de arroz y porque querían que aprendieran a contar para administrar en el futuro el dinero en la casa de la familia del marido. Aquellas niñas no llegarían al primer año de secundaria, pues a esa edad sus familias las necesitaban para trabajar en el campo. Al planificar su clase de manualidades,

Gam-sau

lo hacía pensando en ello y por eso enseñaba cosas que en el futuro las ayudarían en la vida cotidiana. La costura no, porque las hermanas o las madres se encargaban de enseñarla en casa. Gam-sau explicaba cómo hacer cosas como recortes de papel, faroles, pareados de Año Nuevo o cajas de regalo.

En la clase anterior habían construido la carcasa de bambú y ese día tocaba aplicar el papel. Habían comprado un rollo enorme de brillante color rojo en la ciudad. Gam-sau mandó a dos niñas que lo extendieran sobre la mesa, una a cada extremo. Se disponía a cortarlo cuando llamaron a la puerta.

Llamaban con suavidad, distanciando cada golpe, como si dudaran o por timidez. Aquellos golpes no vaticinaban ningún desastre. Gam-sau le dijo a la niña que estaba más cerca de la puerta que abriera. Cuando esta lo hizo,

Gam-sau,

ocupada cortando el papel con las tijeras, no levantó la vista para ver quién era. No hasta que oyó a la niña tragando saliva.

Aquel día hacía mucho sol y, cuando por fin fue a mirar, sus ojos quedaron cegados por el resplandor. Vio varias siluetas recortadas sobre el cielo azul, que portaban una especie de palos cuyas puntas resplandecían. Al rato reconoció las bayonetas de los rifles.

—¿Hay comida? —dijo una de las siluetas. Hablaba chino con acento extranjero, sonaba como si estuviera masticando arroz.

A medida que los ojos de
Gam-sau
se acostumbraban a la luz del sol, fue distinguiendo los uniformes amarillentos de polvo y la munición a ambos lados de las caderas, además de manchas sospechosas en las bayonetas.

Gam-sau se quedó sin respiración.

Las niñas.

Sobre el montículo del patio, en el exterior, había varios estudiantes en clase de gimnasia. Aquel día el profesor debería haber sido Jyun, pero asistía a una asamblea titulada «La Contribución de los Camaradas Profesores a la Guerra», por lo que tenían un sustituto.

¿Cómo podía enviarles una señal?

—V… voy a la cocina, a ver qué hay —dijo, tartamudeando.

Pero fue demasiado tarde, las siluetas ya habían entrado. Estaban justo frente a ella, muy erguidas, formando una sólida pared sin un solo resquicio.

—Ella, va ella —dijo una de las siluetas señalando a la niña que había detrás de
Gam-sau.

—En la alacena de la cocina queda una olla de arroz —dijo
Gam-sau,
y pellizcó a la niña dejando que fuera su mano la que hablara. La mano tembló por el pellizco de
Gam-sau
en señal de asentimiento.

Las siluetas correspondían a tres soldados japoneses: Sasaki, Kameta y Kobayashi. Se habían separado de su unidad a medio camino desde Danseoihau y se habían perdido. Finalmente habían llegado a Samho. Llevaban medio día vagando por bosques y ríos

desconocidos y el hambre los había conducido hasta aquel edificio sobre el montículo. A pesar de que portaban armas y munición suficientes para matar a un pueblo entero, sabían que tres hombres armados hasta los dientes podían ser reducidos por una multitud aunque estuviera desarmada, pues el odio es el arma más mortífera. Ellos no buscaban problemas. Al llamar a la puerta solo ansiaban poder comer un plato de arroz en paz y, de tener suerte, fumar un cigarrillo antes de reemprender la marcha con la esperanza de reencontrarse con su unidad antes de que anocheciera.

Sin embargo, aquella intención cambió después de entrar en el edificio.

Mejor dicho, después de ver a la muchacha que había dentro.

Habían entrado en Hoiping y Toisan a principios de primavera siguiendo el paso que los bombardeos les habían abierto. Por el camino habían visto muchas mujeres, todas con el aspecto típico del sur, con la piel tostada por el sol, facciones angulosas y labios gruesos; eran pueblerinas con el pelo lleno de polvo y paja. Se servían de ellas brutalmente con sus cuerpos o sus bayonetas. Lo hacían como quien quiere orinar: de forma directa, sencilla, para saciar una necesidad. No las consideraban mujeres.

Pero aquella muchacha era distinta de las que habían visto hasta el momento.

Tenía el rostro pálido y limpio, la cara redonda, como si nunca hubiera sufrido las inclemencias del tiempo. Su piel de seda invitaba a acariciarla por el mero placer de comprobar si se deshilachaba. Sus ojos, profundos como el mar, brillaban como la superficie del agua bajo el sol. Llevaba una sencilla blusa añil de cierre diagonal que sus formas prietas llenaban magníficamente. Su vientre, algo abultado, dejaba entrever algo de piel por los huecos entre los botones. Aquella muchacha les había recordado que, además de soldados, eran hombres.

Se aproximaron a ella. Muda, los seguía con los ojos. Su mirada no era hiriente, pero tenía el miedo escrito en los ojos. Había algo en ella que los atraía, como si una cuerda tirase de ellos.

Sasaki era el que iba al frente. Su mirada estuvo midiendo fuerzas con la de la muchacha hasta que sintió que si la mantenía perdería aquel pulso. Entonces, rehuyéndola, posó la vista en la pared que la joven tenía a la espalda. Era una vieja pared agrietada

cubierta de cal con restos de sangre. Serían de mosquitos del verano. Quizá incluso de antes.

Sasaki le abrió la blusa de un tirón y le subió la camisa interior revelando una prenda blanca de gasa que le cubría el pecho. La niña que seguía aguantando el papel gritó y Sasaki la apuntó con el dedo:

—Tú, calla.

Pero la niña no solo no se calló, sino que empezó a berrear con estridencia. Sasaki temió que alertara a alguien, por lo que le hizo una señal a Kobayashi. Este, con el rifle que cargaba al hombro, abrió de un solo golpe el vientre de la niña y de su interior comenzó a brotar una masa blanquecina parecida a los huevos que deja un pez.

«Qué fácil ha sido», pensó Kobayashi.

Gam-sau, que podía oír cómo le castañeteaban los dientes, se forzó a hablar:

—Cerrad los ojos —dijo, dirigiéndose a las niñas.

Estas, guardando un silencio sepulcral, obedecieron. En toda la habitación solo se oyó la orina de las niñas resbalando por las perneras de sus pantalones.

Gam-sau también cerró los ojos. La puerta se cerró de golpe, pero no sintió que el sol se apagase de repente; sus ojos aún retenían parte de la claridad que habían recibido. Notó que sus pies se separaban del suelo y que la subían a la tarima. Le quitaron la prenda de gasa y le bajaron los pantalones. El viento primaveral se colaba por las grietas de la pared acariciando su cuerpo desnudo. Varias manos empezaron a manosearla, manos callosas del frío y las heridas, que arañaban su cuerpo provocándole un dolor agudo.

Pero algo más lastimaba su cuerpo, concretamente su espalda. Notaba algo frío y duro: se le estaban clavando las tijeras que había en la mesa.

Gam-sau abrió los ojos. Tenía la cara de Sasaki muy cerca, tanto que alcanzó a verle una leve sombra de bigote sobre los labios y puntos negros a ambos lados de la nariz.

«No es más que un niño», pensó.

Gam-sau midió mentalmente la distancia que la separaba de Sasaki. Esperaba la oportunidad de liberar su mano izquierda para coger las tijeras bajo su espalda y clavárselas en el cuello a Sasaki.

Acto seguido las sacaría y se las clavaría a sí misma. Requeriría cinco segundos, diez a lo sumo, y sus vidas enseguida finalizarían. Las de ambos.

Pero aquella oportunidad que

Gam-sau

aguardaba nunca llegó.

La asaltó un agudo dolor que le nacía entre las piernas. Notó cómo algo pesado aplastaba su pecho haciendo añicos su corazón y la oscuridad la envolvió hasta que perdió la consciencia.

Para cuando la gente del pueblo, alertada por la niña, llegó, empuñando palos y cuchillos, los japoneses ya se habían marchado. El primer hombre que entró pisó algo con lo que resbaló y cayó al suelo. Frotándose la rodilla, se levantó y reparó en que se trataba de restos de un intestino humano. En un rincón de la habitación había un grupo de niñas agazapadas apretando los ojos con fuerza. Por más que se lo pedían, no accedían a abrirlos.

Sobre la mesa yacía su profesora, Fong

Gam-sau.

Su ropa estaba perfectamente abotonada, su cuerpo estirado, y tenía la cara gris como la ceniza. Parecía un cadáver a la espera de ser amortajado. Una mujer avanzó hacia ella para tocarla, pero retiró la mano de inmediato cuando

Gam-sau

abrió los ojos. Eran como dos canicas transparentes que miraban el techo, inmóviles. Cuando la mujer se hubo recuperado de la impresión, se atrevió a acercarle la mano a la nariz para comprobar que respiraba.

Las perneras de sus pantalones estaban acartonadas por la sangre seca. En el suelo había un sucio y hediondo bulto de carne.

—¡Su bebé, ay, su bebé! —comenzó a gritar la mujer, aterrada.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Del vigesimotercero al vigesimocuarto año de la República de China
(1944-1945)

Sundance:

Hace treinta años un joven chino apellidado Fong se alojó una temporada en tu casa. Disculpa por favor la impetuosidad con la que actuó. Ese mismo joven lleva muchos años buscándote. Si por un casual este anuncio llegara a tus manos, debes saber que podrás encontrarlo cualquier sábado por la tarde en el mercado de Burnaby.

Sección de clasificados de *The Vancouver Sun*,
5 de junio de 1944

Gam-san había vuelto a tener el mismo sueño.

Era tan intenso que podía percibir los colores, las texturas e incluso los olores.

Se veía en una pradera cubierta de una hierba que le llegaba a la cintura; era frondosa y puntiaguda, con reflejos plateados bajo el intenso sol. Un perro con el pelaje alborotado se abría camino en la espesura por delante de él. Seguían a una persona. No le veía la cara, pero sí las piernas por debajo de la falda de piel. Era ágil como un ciervo. Su larga melena castaña flotaba con la ligereza de una flor de diente de león llevada por el viento. Por mucho que corriera, ella siempre iba dos pasos por delante de él. Hubo una ocasión en la que pudo tocarle el pelo, pero sus cabellos se le escurrieron entre los dedos.

Se despertó gritando y se incorporó en la cama, sudoroso.

—Qué escándalo montas. Te mueves más que un chinche —masculló

Mau-ngan.

El cielo fue iluminándose y el color al otro lado de la ventana se aclaró; en la calle comenzaban a oírse los primeros sonidos del día. Aquella era la hora del día en que

Mau-ngan

tenía más sueño, pues prácticamente acababa de acostarse.

—¿Quién es ese tal Sun… lo que sea que has mencionado? —preguntó

Mau-ngan.

No esperaba respuesta. Se dio la vuelta y siguió durmiendo.

«¿Estaba llamando a Sundance?», se preguntó él.

Hacía meses que tenía aquel sueño. La misma pradera. El mismo

cielo. El mismo sol. El mismo perro. La misma persona. Y siempre se interrumpía en el mismo momento. A veces se levantaba en mitad de la noche para orinar y, cuando volvía a la cama, el sueño empezaba de nuevo.

¿Estaría llamándolo el espíritu de Sundance?

En aquella época Gam-san y su padre cultivaban soja y la vendían en el mercado. En ocasiones también la vendían a los supermercados y a vendedores ambulantes, algunos de ellos pieles rojas. Cada vez que veía a una india, especialmente si era joven, se fijaba por si era Sundance. Después se reía de sí mismo por su ingenuidad: Sundance era un par de años menor que él, a lo sumo, por lo que ya debía de ser una mujer de mediana edad. Se reía, pero cuando volvía a acordarse de ella seguía viéndola joven, tal como la había conocido.

En aquellos años, aunque se relacionaba con muchos pieles rojas, nunca la había visto, ni a ella, ni a ninguno de sus familiares. Antes de que estallara la guerra le había escrito una carta que, tras un largo periplo, terminó siéndole devuelta. Sabía que la mayoría de los indios que habían vivido en poblados se habían mudado a las ciudades para ganarse la vida. Quizá estaría en Vancouver. Aunque se cruzaran, lo más probable era que no lo reconociese. ¿Quién iba a ver en aquel hombre encorvado y cojo la sombra del fornido joven que había sido?

Se enjugó la frente y volvió a echarse. Los ronquidos de
Mau-ngan,
que le recordaban a un acordeón, acabaron de desvelarlo del todo.

Mau-ngan había engordado con los años y sus ronquidos eran cada vez más estridentes. Por el contrario, el sueño de
Gam-san
era cada vez más ligero. A veces, cuando no conseguía dormir, se quedaba mirando a
Mau-ngan
y su boca entreabierta, de la que brotaban aquellos gruñidos incesantes, y le entraban ganas de estrangularla. Al principio, se iba a dormir a la habitación de
Jin-ling,
pero luego su hija volvió. Después,
Jin-ling

se marchó de nuevo. Llevaba ya casi tres años sin dar señales de vida. Durante un tiempo le guardaron la habitación con la esperanza de que regresara, pero después

Mau-ngan

dijo que no tenía sentido y, para ganar un poco de dinero, se la alquilaron a un pinche de cocina de un restaurante cercano. Por eso ahora, cuando

Gam-san

no podía dormir, ya no tenía dónde refugiarse y se pasaba la noche en vela.

Mau-ngan le quitaba el sueño no solo con los ronquidos.

Su menstruación se había vuelto muy irregular, se le interrumpía tres días y le duraba cinco, y poco a poco su cuerpo comenzó a desprender un olor rancio. De día llevaba más ropa y podía camuflarlo, pero de noche, cuando se desvestía, a

Gam-san

le daban arcadas. Mau-ngan había ido a la farmacia de la calle Gwongdung a que la vieran, pero le habían dicho que se debía al cansancio, al hecho de trabajar tanto, y que mejoraría tomando sopa de capón negro con hierbas medicinales. Compró varios capones, pero no notó ninguna mejoría. Gam-san le aconsejó que fuera a ver a un médico occidental, pero ella contestó que no quería desnudarse delante de un blanco. Así estuvieron, dándole vueltas al asunto, hasta que llegó el día en que ya no hubo remedio.

Nadie hubiera imaginado que

Mau-ngan

moriría prácticamente de un día para otro. Era la que más duro trabajaba de la familia, seis días a la semana, corriendo sin descanso de la barra a las mesas y de las mesas a la barra. El día que descansaba no se levantaba de la mesa de *mahjong* mientras le quedasen fuerzas. Pero

Mau-ngan

fue la primera en morir.

Por aquella menstruación irregular primero y un dolor en las piernas después, llegó un momento en que no pudo trabajar. Gam-san la acusó de buscar excusas para quedarse en casa, pero ella solo le respondió con una sonrisa de resignación; desde que enfermó, había perdido la fuerza que la había caracterizado. Cuando, más

tarde,
Gam-san
notó que hasta darse la vuelta en la cama le provocaba sudores, reparo en la gravedad de su situación, pero ya era tarde.

Mau-ngan pasó varios días inconsciente hasta que un día despertó de pronto y le pidió a
Gam-san
que llamara a Ceoi,
Sam-do
y
Luk-ze,
sus compañeras de *mahjong*.

—¿Aún te quedan fuerzas para jugar? —le había dicho
Gam-san.

Pero Fat, haciéndole una señal con los ojos, le había susurrado:

—Mira cómo está, no durará mucho… Haz lo que te dice.

Gam-san las llamó. Jugaron las cuatro en su cama toda la noche. Sus amigas sabían que no iba a mejorar, así que la dejaron ganar y, aquella noche, con el dineral que amasó, se sintió la mar de feliz.

Al alba el rostro de
Mau-ngan
comenzó a adquirir peor color. Le pidió a
Gam-san
un cigarrillo con mano temblorosa. En los últimos años también se había aficionado y, naturalmente, fumaba el tabaco más barato. Gam-san sacó un cigarrillo, pero volvió a guardarlo y salió a comprar un paquete de la mejor marca. Apenas lo encendió y se lo puso en los labios, su mirada se volvió perdida, confusa.

Señalando el desván,
Mau-ngan
pronunció el nombre de
Jin-ling,
y acto seguido expiró su último aliento.

Gam-san subió al desván y tras mucho rebuscar encontró en un rincón una carta y un viejo hatillo. La carta era del hospital Saint Joseph y contenía un diagnóstico médico escrito en inglés. Gam-san tuvo que buscar a alguien que entendiera de medicina para que se

la tradujera. Al parecer, le habían diagnosticado un tumor maligno de cuello de útero en fase terminal, causado por unas lesiones crónicas en el cuello del útero, que se había extendido al hígado y a los huesos. La hoja tenía fecha de varios meses atrás.

Resultó que Mau-ngan sí había ido a ver a un médico occidental. Conocía su estado, pero había decidido mantenerlo en secreto; reconocer aquella enfermedad suponía admitir la indecencia de un período de su juventud. Había preferido morir en silencio a admitir abiertamente aquel escarnio.

Dentro del hatillo había un fajo de billetes enrollados con olor a moho, algunos con las esquinas roídas por los ratones. Gam-san imaginó que
Mau-ngan
había ahorrado aquel dinero para la dote de
Jin-ling.
Pensó que había trabajado como una burra para la familia, pero ninguno de sus miembros había dejado de mirarla por encima del hombro. Incluso su propia hija le había fallado no acompañándola en el último momento.

Con aquel hatillo en las manos, lo asaltó una amarga pena.

Al día siguiente fue a la funeraria a elegir una lápida. Cuando le preguntaron por la inscripción, cayó en la cuenta de que solo sabía su apellido, Zau, pero no su nombre. Al final decidió poner: «Señora Zau, esposa de Fong
Gam-san».
Quién le hubiera dicho a
Mau-ngan
que, finalmente, después de tantos años acabaría siendo reconocida como su esposa después de muerta, y que así constaría en su lápida para siempre.

Fat y su hijo Gam-san iban al mercado a vender brotes de soja una o dos veces por semana.

Cuando los habían vendido todos, se acercaban a algún local de la calle Soenghoi o de la calle Gwongdung y pedían un humeante plato de pudin de tofu y una ración de panecillos rellenos a la plancha que saboreaban mientras hojeaban los periódicos del local, en ocasiones el *New Republic*, en otras el *Chinese Times*. Los días que iban al mercado debían levantarse muy temprano y no tenían

tiempo de desayunar, así que aquella comida hacía las veces de desayuno y almuerzo. Comían sin prisas hasta bien entrada la tarde.

Aquel día, Fat y Gam-san fueron a la casa de té
Lai-Zing
de la calle Soenghoi y pidieron un vaso de leche de soja cada uno. Luego Fat le pidió al camarero una ración de bollos rellenos de pasta de loto, otra de bollos rellenos de cerdo asado, cuatro rollos de primavera, dos raciones de panecillos rellenos a la plancha, una de rollos de gamba y una de pies de cerdo con jengibre.

—Pero, padre, ¿ya le va a caber a usted todo eso en el estómago? —preguntó
Gam-san
extrañado.

—Si no me lo termino, nos lo llevamos a casa.

Aunque se encontraban a finales de verano, aún hacía mucho calor y después de tomar unos pocos sorbos de leche de soja ambos sudaban profusamente. Fat buscó un pañuelo en el bolsillo, pero sacó una carta. Era de
Luk-zi.
Desde que Hong Kong había sido tomada por los japoneses, el servicio de correo había quedado interrumpido y muy pocas cartas conseguían llegar a su destino. En aquellos años había recibido solo un par más.

Iba dirigida a Gam-san y no tenía más que algunas líneas.

> Querido hijo:
>
> Conforme la sombra de la guerra se va extendiendo, las pocas cartas que recibo adquieren cada vez más valor. De tu última, hace ya un año. Aquí en el pueblo no paran de suceder calamidades que te contaré en detalle cuando al fin podamos estar el uno frente al otro. Afortunadamente tu hermana
> Gam-sau
> ha logrado salir con vida de un horrible suceso. Ojalá el destino no le depare más que felicidad. ¿Cómo estás tú, hijo mío? ¿Hay noticias de tu hermano
> Gam-ho?
> Jin-ling
> debe de estar ya muy grande; me temo que no la reconocería.

> Cada día quemo incienso y le ruego al Buda que os dé salud y os mantenga a salvo para que la familia entera pueda reunirse cuando termine esta pesadilla.

Fat llevaba aquella carta en el bolsillo desde hacía días. De tanto sacarla y leerla tenía los pliegues desgastados. La releía tanto no solo porque hacía mucho tiempo que no había recibido carta de su mujer, sino porque era distinta. A pesar de su brevedad,
Luk-zi
los mencionaba a todos salvo a
Mau-ngan
y a él. A
Mau-ngan
nunca la nombraba, como si no tuviera nada que ver con la familia Fong; además, no le habían comunicado su muerte, ni la fuga de
Jin-ling.
Pero en aquella carta
Luk-zi
tampoco lo mencionaba a él ni una sola vez, y aquello lo preocupaba. Uno de esos días tenía que sentarse y escribirle preguntando qué significaba aquello, aunque no estaba seguro de que su carta le llegase.

Gam-san, que tenía un hambre canina, engulló con ansia un panecillo y el aceite le resbaló por el mentón. Al verlo comer de aquella manera con los puños de la camisa deshilachados, Fat pensó que, sin una mujer en casa, las cosas eran muy diferentes. Mientras
Mau-ngan
vivía, independientemente de lo mala que fuera la situación económica, los hombres siempre salían de casa bien adecentados. Ahora, sin embargo, muy poco después del deceso,
Gam-san
presentaba un aspecto desastrado.

—Gam-san, hijo —dijo Fat con un suspiro de pesar—, cuando vuelva a haber paz, te buscaré una mujer en Hoiping.

—¿Para qué va a buscarme una mujer, si no puedo traerla? —respondió
Gam-san
pasando la hoja del periódico. Se hurgó la nariz con las manos

manchadas de tinta y se dejó un cerco negro—. Mejor estar solo y ahorrarme preocupaciones.

—¿Es que no quieres volver al pueblo? —le preguntó Fat extrañado.

—Conmigo aquí, Jin-ling tiene adónde volver.

—Hace años que no tenemos noticias suyas. Quién sabe si aún está viva —dijo Fat, frunciendo el ceño.

Gam-san se enjuagó la boca con el té y escupió al suelo.

—Es ley de vida que nos sobreviva. Mi hija es fuerte como yo: tiene mucho aguante. Cuando se harte de dar tumbos, volverá.

Fat se terminó la leche de soja, escogió un poco de cada cosa, pidió que se lo envolvieran para llevar y dejó a

Gam-san

solo en el restaurante con la cuenta.

Al salir, en lugar de volver a casa, fue a ver a Gam San Wan a la calle Gwongdung.

Gam San Wan seguía viviendo en el sótano de un teatro. La única luz natural que entraba en aquel lugar lo hacía a través de un ventanuco de escasos centímetros cuadrados, por lo que, aun a plena luz del día, tenía que encender la luz para ver algo. Fat se internó con familiaridad en un oscuro pasillo, empujó una puerta y la encontró con un montón de lana entre las manos. Había deshecho un jersey y, tras lavar y secar la lana, estaba enrollándola alrededor del respaldo de una silla. El jersey, que había comprado el año que estuvo de gira en Australia, era de angora y, a pesar del tiempo transcurrido, como no se lo había puesto, seguía estando nuevo.

Al meterse en aquel agujero gélido procedente del cálido sol, Fat sintió que el sudor del cuello se le congelaba al instante y que los dientes comenzaban a castañetearle.

—Este cuchitril no es digno ni para una rata. ¿Cómo puede vivir así una persona? —dijo, molesto.

—¿Entras ya despotricando? —lo reprendió Gam San Wan.

—Bueno, bueno… que conste que no hay ratoncita más hermosa que tú —bromeó Fat, recobrando la compostura—. Si la hubiera, me casaba enseguida con ella y sería el roedor más feliz del mundo…

—Ah, ¿sí? —le dijo Gam San Wan, mirándolo de reojo con incredulidad—. Otro día a ver si dices lo mismo, pero con tu hijo

delante…

Fat sonrió como quitándole importancia al asunto pero no dijo nada.

Gam San Wan dejó a un lado el paquete que Fat llevaba en las manos, cogió una cinta métrica y, concentrada, comenzó a tomarle medidas de la cintura.

—¿Qué haces? —le dijo Fat.

—Voy a tejerte un chaleco, que últimamente el tiempo cambia sin avisar. El que llevas está lleno de agujeros, aunque a ti, como están todos en la espalda, te da igual…

Aquel día Gam San Wan vestía una vieja blusa gris perla que, aunque tenía un remiendo en el cuello, estaba inmaculada. Llevaba la melena, canosa pero abundante, recogida en un moño con una flor de jazmín prendida. Las arrugas del rostro le dibujaban un semblante sonriente.

—Qué detalles tienes —le dijo Fat, sin apartar la vista de ella.

—¿Yo? ¡Qué va!

—Una persona famosa como tú, dedicándose a alegrarle los días a alguien como yo…

—Famosa, dice —replicó Gam San Wan, riendo—. ¿Quién soy yo? Una muerta de hambre sin techo propio bajo el que resguardarse del frío.

—De eso quería hablarte. Mañana te compraré una estufa de carbón, no puedes pasar el invierno con este radiador.

Entonces cogió la comida, que aún estaba caliente, y le dijo a Gam San Wan que fuera a por los cuencos y los palillos. Apenas estuvieron sentados a la mesa, oyeron varias explosiones.

—Disparos —susurró ella. Fat se levantó para escuchar mejor y dijo que eran petardos—. ¿A esta hora? ¿Y hoy, que no se celebra nada? ¿Quién está para tirar petardos?

Fat se puso de puntillas para echar un vistazo por el ventanuco, pero solo se veía un pedazo de acera. De pronto alguien pasó asiendo una caña de la que colgaban cientos de petardos que provocaban espectaculares explosiones y dejó un rastro de papelillos rojos. De todas partes comenzaron a acudir personas, animando repentinamente la hasta entonces serena calle.

Descalzo, Fat salió a la calle para ver qué ocurría.

—¡Tan viejo y aún hay que irte detrás como a un niño! —dijo

Gam San Wan, a su espalda, lanzándole los zapatos.

Al cabo de un rato, Fat volvió a entrar y se apoyó en la pared, jadeante, sin habla. Gam San Wan vio cómo se le humedecían los ojos y le caían las lágrimas por las mejillas, confluyendo en aquella cicatriz suya, que ya había perdido profundidad. Nunca había visto llorar a Fat y sintió miedo.

—¿Qué ocurre?, ¿qué pasa? —preguntó.

—¡Se han… rendido… los japoneses! —articuló por fin cuando recuperó el aliento.

Volvieron a sentarse a la mesa para terminar de comer. Fat cogió un bollo relleno de pasta de loto, y le dio un mordisco, pero lo dejó en el plato. Había perdido el apetito.

—Wan, por fin puedo volver al pueblo. No conozco a mi hija Gam-sau y tampoco a mi yerno ni a mis nietos. Temo que Luk-zi no quiera verme, porque cuando escribe ya ni me menciona. Imagino que está muy molesta.

Gam San Wan escuchó la perorata de Fat en silencio y con la vista fija en el cuenco, en cuyo fondo removía con los palillos, distraída, unos pocos brotes de soja que quedaban de los rollos de primavera. Los atrapaba, pero no se los llevaba a la boca. Fat cayó en la cuenta de que, muerto su hermano Gam San Jing, a Gam San Wan no le quedaban parientes, ni siquiera en Cantón.

—Wan, ¿quieres que te lleve conmigo? —aventuró.

Ella dejó de mover los palillos y el brote de soja que había cogido cayó en el cuenco.

—¿Y qué soy yo tuyo, para que volvamos juntos, si puede saberse? —le preguntó.

A Fat se le atragantó el bocado de rollo de primavera que tenía en la boca; le pasó trabajosamente por la garganta, como si fuera de piedra, hasta que cayó en su estómago.

—Luk-zi es buena persona, seguro que te aceptará. Lo que no sé es si a ti te molestaría la situación.

—¡A mis años —dijo Gam San Wan después de resoplar con ironía—, con un pie en la tumba, haciendo de concubina! No estoy para esos trotes, la verdad.

Fat calló y se encendió un cigarrillo. El humo ocultaba un

semblante que había palidecido de repente, y dejaba al descubierto, al mismo tiempo, su alteración; en ambas expresiones podía leerse su incomodidad.

Cuando acabó el cigarrillo, lo apagó en un cuenco y se puso de pie.

—Eres tres años menor que
Luk-zi;
puede aceptarte como a una hermana. Si yo, Fong
Dak-fat,
llevo a mi hermana al pueblo a pasar la vejez, quién va a atreverse a decir nada. Tú ve haciendo las maletas; yo voy a decirle a
Gam-san
que vaya a preguntar cuándo sale el próximo barco.

Dicho esto se dio la vuelta y se marchó. Unos instantes después, Gam San Wan fue tras él, pero Fat había recorrido ya un buen trecho. El sol apenas se veía, pero la intensidad que aún no había perdido hacía extender una alargada sombra que parecía morderle los pies a Fat.

—¡Eh! ¡Espera! —gritó Gam San Wan. Cuando Fat se volvió la vio juntando las manos formando un canuto alrededor de la boca y oyó que decía—: ¡Pregúntaselo primero a ella!

Fat asintió distraído y se fue corriendo a casa a buscar papel. Hacía mucho tiempo que no escribía; además, tras la muerte de
Mau-ngan,
había guardado en el desván todos los enseres de escritura que había empleado para trabajar en su negocio de escribiente. Subió, sacó los bártulos, les quitó el polvo y vio que la piedra tintero estaba resquebrajada y que el papel había amarilleado, pero aún podía usarlos.

Cuando tuvo la tinta preparada, extendió una hoja de papel en la que escribió:

Mi querida esposa:

Después, se detuvo. Por más que se esforzaba, no sabía qué poner. Al final se le ocurrió citar a Du Fu:

«La buena nueva de la reconquista de Jibei se extendió al sur
del paso de Jianmen.

»En cuanto llegó a mis oídos, las lágrimas mojaron mis ropas.
»Me di la vuelta, vi a mi esposa y mi hijo con la pena borrada del semblante
»y, con incontenible euforia, comencé a empacar mis poemas»[74].

Con aquellas líneas su mano entró en calor, la mente se le despejó y pudo terminar la carta de corrido. Después de repasarla varias veces, satisfecho, añadió una posdata:

Aun en la vejez, Lian Po siempre tuvo qué comer. ¿Y yo, querida Jin? ¿Crees que aún podría vivir de la caligrafía?

Al terminar la carta, la cerró, fue al colmado de la esquina a comprar un sello y la echó a un buzón. Cuando volvió llamó a Gam-san por toda la casa. No respondió nadie y entró en su habitación, pero tampoco estaba allí. Se sentó sobre su cama sintiéndose liberado de un gran peso. Se hallaba exhausto, así que se recostó. Un olor mezcla de aceite y tabaco le inundó la nariz y lo hizo estornudar. Se disponía a darle la vuelta a la almohada, pensando «Un hombre sin una mujer se vuelve…», pero antes de terminar la frase cayó en un sueño muy profundo.

Cuando despertó, ya había oscurecido. Gam-san aún no había llegado, y en toda la casa no se oía más que el tictac del viejo reloj de pared. Fat se dio la vuelta y de repente sintió algo duro bajo el cuello. Se incorporó y palpó la almohada, en cuyo interior había algo rígido. Metió la mano y sacó un sobre con un sello cuadrangular en cuya esquina superior izquierda había una especie de aspa; la parte derecha tenía un escudo. Reconoció la bandera de Canadá. El destinatario era Frank Fong, el nombre inglés de Fat, y el matasellos databa de un mes atrás. «Demonio, Gam-san —pensó—, dónde tienes la cabeza, mira que olvidarte de darme esta carta…».

Estaba mecanografiada íntegramente en inglés. Como el inglés de Fat dejaba mucho que desear, no la entendía muy bien. Tuvo que releerla varias veces, pero aun así seguía sin comprender algunos pasajes. Un rato después, llenando las lagunas, entendió:

Estimado Frank Fong:

Sentimos tener que comunicarle… su hijo, el señor Jimmy Fong, ha fallecido en combate en Francia… Siempre… por la libertad… coraje… honor.

En la quinta relectura, las letras comenzaron a flotar en el papel como si fueran pececillos y terminaron escurriéndose entre sus manos e internándose en un oscuro mar de tinta negra.

—La luz, ¡la luz! —murmuró, mientras el mundo que lo rodeaba se sumía en la oscuridad.

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Trigesimocuarto año de la República de China (1945)

Lo primero que Luk-zi vio al despertar fue una araña. Era de color verdusco y panza abultada, trepaba por su hilo y se paraba, volvía a trepar y se paraba. Al final se posó sobre una foto en la que aparecía Fat con un traje blanco occidental y una pipa en la boca.

«¿Será una araña de buen agüero? —pensó—. Araña que por su hilo hacia ti cae, bienes te trae».

La foto era de la última vez que Fat había estado en China. Se la había hecho en el estudio fotográfico Zyu Hoi de Cantón cuando nació

Gam-sau,

que ya contaba treinta y dos. Fat debía de tener entonces…

La intensidad del sol matutino pesaba sobre sus párpados, que no pudo mantener abiertos, y volvió a dormirse antes de terminar aquel pensamiento.

Cuando volvió a despertar, la araña seguía allí, sobre la nariz de Fat, a la que de lejos parecía que le faltara un trozo. De pronto tuvo el impulso de palpar la mitad de la cama donde dormía Wai-hoeng.

Wai-hoeng estaba ya en edad de estudiar, pero

Luk-zi

se había negado en redondo a oír hablar siquiera de que fuese a la escuela. No solo no quería dejarla ir, sino que tampoco le había

buscado un tutor. Con tal de tenerla cerca, prefirió enseñarle ella misma. Luk-zi decía que hasta que fuera a primaria no necesitaba estudiar en un aula. Gam-sau y Jyun no habían podido convencerla de lo contrario y habían tenido que plegarse a sus deseos.

Jiu-kai y Wai-gwok habían muerto a muy corta edad y
Jin-ling
vivía en la Montaña del Oro. Gam-san era demasiado mayor para darle más nietos y no sabía cuándo
Gam-ho
podría reunirse con
Jin-wan.
Después de que
Gam-sau
fuera violada por los japoneses, no lograba quedarse embarazada. La única nieta que
Luk-zi
tenía a su lado era Wai-hoeng. Esa niña era su vida y por eso, de haber podido, se la habría guardado en el pecho; incluso cuando dormía necesitaba tenerla a su lado.

Wai-hoeng se había despertado ya y estaba sentada en la cama trenzándose el pelo. Tenía una melena lacia y abundante y se hizo dos trenzas gruesas como cañas de azúcar. Al no tener espejo, una había quedado más alta que la otra. Luk-zi, riendo, le cogió el peine de las manos y le dijo:

—Pero mira lo que te has hecho. ¿Quién va a querer casarse contigo con ese aspecto? —Wai-hoeng le respondió con una sonrisa traviesa. Era una niña muy noble y por más que la mimaba no perdía su sencillez. Luk-zi le arregló las trenzas. Después se colgó una cesta del brazo y se la llevó—. Ven con la abuela, que vamos a recoger calabazas y, de paso, te buscaremos una flor para el pelo.

La mayoría de las tierras de los Fong estaban arrendadas, y solo quedaba un pequeño campo con tubérculos para la familia. En cuanto salieron de la casa fortaleza,
Luk-zi
oyó un graznido agudo que le pareció el de un cuervo, pero cuando levantó la vista vio una urraca moteada sobre una rama que la miraba fijamente. Luk-zi, sorprendida, sonrió. Primero una araña auspiciosa, ahora una urraca. Quizá aquel día ocurriría algo

realmente bueno.

Después de la lluvia de la víspera, el aire era frío y vigorizante. A ambos lados del camino se abrían enormes flores de hibisco. Las ranas de las acequias croaban con energía. Luk-zi cogió una flor, le sacudió el rocío y se la colocó a Wai-hoeng sobre la oreja.

—¿Cuándo se casará mi niña?

—«Luna, luna, que te miras sobre las aguas del río, en la Montaña del Oro mamá me encontró un marido» —recitó Wai-hoeng, sonriendo.

—¿Quién te ha enseñado esa rima estúpida? —le preguntó su abuela, visiblemente contrariada.

—Me… me la enseñó Jin-wan —titubeó la niña, temerosa al reparar en la expresión de su abuela.

—Vaya —replicó Luk-zi, molesta—, las cosas que te enseña esa inútil… Nadie irá a ninguna parte, ¿me oyes? Tú te quedarás aquí, con la abuela.

Al ver que Wai-hoeng asentía repetidamente con la cabeza,
Luk-zi
se tranquilizó y recuperó la sonrisa.

Entonces llegaron a los campos. Como ya había pasado la segunda cosecha del año, estaban prácticamente yermos. Solo quedaban algunas mujeres con niños, las esposas y los hijos de los arrendatarios, buscando algo en buen estado que recoger. Aunque su carácter no podía ser más diferente del de su difunta suegra,
Luk-zi
coincidía con ella en la obsesión por reunir tierras y más tierras. Pensaba que no se podía confiar en el oro, ni en la plata ni en el dinero, que en la vida lo único seguro eran las tierras, pues no se lo podían arrebatar ni los ratones ni las águilas. Su mente albergaba un mapa con todas las tierras de la familia, que conocía de memoria. Pero a aquel mapa le faltaban algunos trozos: los terrenos que
Luk-zi
había tenido que vender durante la ocupación japonesa. Cada vez que pensaba en ellos, sentía una punzada en el corazón.

«Llegará el día en que yo, Gwan
Suk-jin,
recuperaré hasta el último *mu*», masculló entre dientes.

Como era el final de la temporada de tubérculos, solo quedaba una montaña de enormes hojas sin frutos. Luk-zi y Wai-hoeng rebuscaron entre las hojas húmedas, pero la lluvia de la noche anterior había malogrado los pocos que quedaban. Luk-zi se agachó para coger de la tierra embarrada el que tenía mejor aspecto y lo colocó en la cesta. A lo lejos oyó que alguien gritaba.

—¿Hola? ¿Dónde estáis?

—¡El abuelo, es el abuelo! —exclamó Wai-hoeng al oírlo.

Luk-zi se incorporó y vio a
Mak-dau
corriendo hacia ellas, renqueando y sin resuello, con unos sobres en las manos.

—¡Carta de la Montaña del Oro! Hay dos: una de mi consuegro y otra de
Gam-san.

Luk-zi se llevó una gran sorpresa, pues en los últimos años Fat le escribía muy raramente y, cuando tenía algo que decirle, lo hacía por medio de
Gam-san.

—Léemelas tú, por favor, que tengo las manos llenas de barro.

—¿Cuál abro primero, la del señor o la de
Gam-san?
—bromeó
Mak-dau
mirando a
Luk-zi
con una sonrisa traviesa.

—Ay, qué ganas tienes de gastar saliva. ¡La que sea!

—Ya, ya… la que sea, sí… —replicó
Mak-dau,
manteniendo la sonrisa. Abrió la carta de Fat e intentó leerla. De joven,
Mak-dau
había estudiado una temporada junto a
Gam-san
y
Gam-ho,

pero solo había llegado a aprender los caracteres básicos, y las primeras líneas de la carta le resultaban muy farragosas—: La buena nueva de la… la reconquista de no sé qué… se… se extendió al sur del paso de Jianmen. En cuanto llegó a mis oídos… las lágrimas… mojaron mis ropas. Me di la vuelta, vi a mi esposa y mi hijo con la pena borrada del… montante y, con inconcebible… euforia, comencé a… a enrollar… mis poemas.

Al oírlo, Luk-zi se echó a reír con la cesta sobre la barriga.

—No, hombre, no —le dijo cuando pudo hablar—, las poesías rimbombantes sáltatelas; tú léeme lo que sigue.

Lo que proseguía estaba escrito en un lenguaje más comprensible, así que
Mak-dau
pudo leerlo de corrido:

> Acabo de enterarme de nuestra victoria frente a los japoneses. Mañana, a lo más tardar, iré a enterarme de cuándo sale el próximo barco para poder volver a reunirme contigo. Después de tanto tiempo separados, ardo en deseos de que volvamos a estar juntos. Sin embargo, hay algo que debo contarte. En la Montaña del Oro he conocido a una mujer llamada Gam San Wan que ha sido muy buena conmigo todos estos años. Ella no tiene hijos y no quisiera abandonarla a su suerte aquí, por eso la llevaré conmigo al pueblo. Espero que la trates como a una hermana y que podamos convivir en armonía.

Cuando Mak-dau terminó de leer,
Luk-zi
permaneció callada y con el rostro rígido, tenso como la tela del bordado sobre un bastidor. No se le adivinaba una sola arruga. Mak-dau quería decir algo, pero no sabía qué, así que optó por abrir la carta de
Gam-san.

Cuando la leyó, la mano comenzó a temblarle; la carta se le escurrió de los dedos y cayó al suelo planeando como una paloma con el ala rota.

—¿Qué dice? —preguntó
Luk-zi.
Mak-dau

la miraba con labios temblorosos—. Vamos, di lo que sea ya —lo conminó, ansiosa—. Me estás poniendo nerviosa con esa cara de espanto…

—Mi consuegro ha fallecido. Tuvo un derrame cerebral; no se pudo hacer nada. —El rostro de
Luk-zi
volvió a tensarse, como si lo estiraran unas cuerdas. Mak-dau pensó que rompería a llorar, pero no fue así. Las cuerdas se aflojaron gradualmente y su rostro recuperó la serenidad del agua en ausencia de viento—. Llore, si quiere usted llorar —le dijo tirándole de la manga con preocupación—, se desahogará…

Luk-zi lo miró sin verlo. Sus ojos lo traspasaban, perdidos en algún lugar lejano. Transcurrió un largo rato antes de que volviera a hablar.

—El hombre estaba muy viejo ya —murmuró—. Le tocaba morirse.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Trigesimoquinto año de la República de China (1946)

> Treinta soldados agotados y visiblemente emocionados bajaron del barco e inmediatamente fueron aclamados con los vítores del público y la música de una banda militar. Se trata de uno de los numerosos grupos de soldados que están regresando a casa para reunirse con sus familias tras el final de la guerra, pero con una particularidad que los distingue del resto: este grupo está formado íntegramente por soldados de origen chino. Estos jóvenes con uniformes manchados de polvo de tierra extraña y las caras bronceadas por el sol tropical a cuyos padres se llamó en su día «celestes» de manera despectiva, fueron destinados a infiltrarse en las junglas de Birmania y Malasia para llevar a cabo misiones especiales de resistencia antijaponesa. Al alistarse sabían que las posibilidades de volver con vida eran pocas. Sin embargo, antes de que tuvieran ocasión de pisar el campo de batalla, la bomba atómica de Estados Unidos precipitó el final de la

> guerra, circunstancia que en absoluto ha impedido que en este día de júbilo patriótico fueran recibidos con los mismos honores que los héroes de guerra que regresan de Europa. Se trata de la primera vez en la historia que los ciudadanos de Vancouver tratan a sus conciudadanos de origen chino de igual a igual. Muchos no son conscientes del murmullo subyacente al jolgorio que poco a poco comienza a formarse: a día de hoy, estos soldados de origen chino que se presentaron voluntariamente para luchar en Asia y Europa en nombre de Canadá siguen sin tener derecho a adquirir la nacionalidad canadiense. Tarde o temprano estas personas, que han cumplido de sobra su obligación como ciudadanos, reclamarán a Ottawa ese derecho. Se trata de una situación que deja en evidencia a quienes promovieron y aprobaron la Ley de Inmigración de Chinos de 1923.
>
> *The Vancouver Sun*, 15 de diciembre de 1945

Después de comer, Gam-san puso la casa patas arriba buscando un traje, el único de estilo occidental que tenía. Lo había comprado treinta años atrás en Port Hope cuando aún se dedicaba a la fotografía.

Al fin lo encontró en el fondo de un baúl. Cuando lo cogió, el olor a naftalina casi lo hizo estornudar. Intentó quitarle las arrugas con un paño caliente, pero estaban demasiado marcadas y cuanto más frotaba más se decoloraba el tejido, así que cesó en el empeño. Treinta años después, volvía a meter el brazo en aquella manga; traje y cuerpo libraron una batalla contra el tiempo que acabó perdiendo el traje, herido con un desgarrón. Por suerte estaba en la axila, donde nadie podía verlo. A los botones, en cambio, no hubo manera de imponerse en su negativa a dejarse abotonar. Tuvo que dejarse la chaqueta desabrochada.

Cuando vio su imagen en el espejo oxidado, no pudo evitar sonreír: aunque no le quedaba a la perfección, no dejaba de ser un traje. Enseguida se percató de que su peinado desentonaba. Fue a la cocina y, con varias gotas de aceite de cacahuete, se humedeció las manos y se las pasó por el pelo; luego continuó con el peine. Cuando volvió a mirarse, su pelo brillaba y tenía marcados los surcos de las púas. Ahora era el traje el que desentonaba con el peinado, pero no tenía tiempo de cambiar ni una cosa ni la otra.

—Tendrá que quedarse así —se dijo
Gam-san
con serena resignación.

Echó un vistazo al viejo reloj de pared y vio que marcaba las cinco y media. La película no empezaba hasta las ocho en punto, así que aún tenía tiempo. Antes de ir al cine debía pasar por la Asociación China, donde había quedado a las siete y cuarto; aunque aún era pronto, no podía esperar más. En sus zapatos albergaba un nido de hormigas que lo acuciaban para que fuera corriendo a la calle. Así, cargó con el bulto que había preparado la noche anterior y salió de casa.

Aquella tarde de primavera de 1946, Fong
Gam-san
recorría las calles repletas de cerezos en flor de Vancouver llamando la atención de todos. No era por su persona ni por su ropa, tampoco por el bulto envuelto en tela que llevaba en las manos, sino porque no dejó de hablar solo durante todo el camino:

—En la próxima calle se gira al este. Después de cruzar esta, a unos seis o siete pasos, está la escuela de
Jin-ling.
Esta calle diagonal hay que seguirla hasta Correos y entonces se gira a la izquierda. El camino de vuelta es el mismo; volviendo por las mismas calles, no tiene pérdida.

Llegó a la sede de la Asociación China cuando faltaba un cuarto de hora para las seis. Desde la acera de enfrente vio al grupo de soldados canadienses de origen chino.

Uno. Dos. Tres… Diez. Once. Contándolo a él, doce. Ya estaban todos.

A excepción de Gam-san, eran soldados retirados vestidos con uniformes y gorras militares. Se admiró de lo que podía llegar a favorecer un uniforme, de cómo lograba que una persona pareciera más alta, más erguida, de cómo incluso iluminaba su rostro. Los ojos de aquellos hombres traslucían una satisfacción irreprimible que se contagiaba al resto de sus cuerpos.

Nunca había visto a
Gam-ho
con el uniforme puesto, ni siquiera en fotos. Su hermano se había ido a la guerra con cuarenta años, así que podría haber sido el

padre o el tío de aquellos soldados de origen chino. ¿Habría tenido el mismo efecto en él aquel uniforme? ¿Lo habría hecho parecer más alto, más erguido? ¿Le habría conferido el porte de sus compañeros?

La vuelta de aquellos soldados se había convertido en todo un acontecimiento en Vancouver. Sus fotos aparecían en los periódicos a diario y sus voces sonaban en las ondas radiofónicas a todas horas. Daban un discurso tras otro y una entrevista tras otra. Desde que habían puesto el pie en la orilla, vivían en las nubes y aún no habían pasado un día con los pies en la tierra.

«Me cago en su madre —se decía
Gam-san
—. ¿Acaso volver vivo no es suficiente?».

Frente a aquellos hombres se sentía un despojo, un perdedor.

Aquel día iban al famoso cine Orpheum de la calle Granville a ver una película. La entrada costaba treinta centavos en las filas traseras. Por lo general,
Gam-san
no se gastaba ni los veinte que costaba ver una ópera cantonesa en el teatro de la calle Gwongdung, pero aquel día era especial y habría pagado hasta tres dólares. Claro que estaba gastando el dinero de
Gam-ho.

La mayor parte de la pensión de guerra de su hermano la había mandado a Hoiping, ocultando su procedencia, por supuesto. Hasta la fecha,
Luk-zi
no sabía que estaba gastando el dinero recibido por el fallecimiento de su hijo. Muertos
Gam-ho
y
Mau-ngan,
quienes más ganaban en la casa, en el futuro su madre lo pasaría mal sin un flujo constante de dinero procedente de la Montaña del Oro.

Él se quedó una parte pequeña. Tras la muerte de su padre, alquilaba su cuarto y, sumando al dinero que le daban los inquilinos el que ganaba vendiendo soja, tenía lo suficiente para subsistir. Asía

con fuerza el dinero de
Gam-ho
reservándolo para un momento de auténtica necesidad. En el fondo también albergaba una esperanza que no se atrevía a reconocer ni ante sí mismo: el deseo de que
Jin-ling
volviera. Ya tenía veintitrés años. Si aún vivía, cuando se cansara de deambular por el mundo regresaría. A esa edad, una mujer, tenga las ambiciones que tenga, también debe preocuparse por casarse. Quizá con aquel dinero podría darle a su hija una boda sencilla.

Cuando se hallaban cerca del cine, los doce hombres formaron una fila y del primero a
Gam-san,
el último, seguían el paso en perfecta sincronía. La calle era un mar que surcaban como si fueran barcos, transformándolo por completo con la agitación que despertaban al pasar: los conductores bajaban las ventanillas de sus coches y tocaban el claxon y los peatones los aclamaban con aplausos.

Gam-san sabía que aquellos bocinazos y aquellos aplausos eran para los once hombres que marchaban delante, que él no era más que una sombra que tenía la suerte de seguirlos.

Comenzó a anochecer y las farolas de la calle Granville fueron iluminándose. A lo lejos vieron el rótulo de neón del Orpheum Theatre, que restaba protagonismo a las demás luces, destacando entre ellas como la luna en un cielo estrellado. El rótulo presentaba, además del nombre del cine, el programa de aquella noche. Iban a ver la película *Lady Luck*. No sabía de qué trataba ni quién la interpretaba. Si se lo habían dicho, no lo recordaba, porque aquella noche lo único que le importaba era entrar y sentarse.

Aún faltaba mucho para que comenzara la película, pero en los aledaños del teatro se había formado una extensa cola para comprar las entradas. La guerra había hecho pedazos el mundo y deshecho a numerosas familias pero, a pesar de ello, nada consiguió acallar a Hollywood, que seguía produciendo incansablemente triviales divertimentos con canciones y bailes que hacían creer que en el mundo no había ningún problema. Mientras no bombardeasen Hollywood, el negocio del Orpheum seguiría prosperando.

Gam-san había oído hablar a su hermano de aquel cine en la

calle Granville.

Muchos años atrás, cuando Gam-ho aún servía en su casa, los Henderson lo habían llevado al Orpheum, que por entonces aún no se había convertido en cine, y en lugar de proyectar películas acogía actuaciones musicales de primer nivel. Gam-ho no recordaba qué tipo de música había escuchado; quizá los Henderson se lo habían dicho, pero su mente no había podido retenerlo porque se había pasado toda la velada molesto.

Aquel día, cuando el matrimonio Henderson entraba en el Orpheum con Gam-ho, un empleado con uniforme granate les había impedido el paso.

—Los chinos solo pueden sentarse en la parte de atrás —les había explicado en voz baja a los señores Henderson sin dedicar ni una mirada a Gam-ho, como si los que tuvieran que cambiar de asiento fueran ellos en lugar de él.

Los doce hombres llegaron por fin a la cola de las entradas. Entonces el gentío empezó a cederles los puestos entre exclamaciones de sorpresa. «Pasen», les decían. «Por favor». «Adelante, adelante». Un sinfín de manos les daban golpecitos en las espaldas conforme avanzaban. Antes de que se dieran cuenta, eran los primeros de la cola.

Gam-san, sin embargo, se había quedado atrás. La gente hizo caso omiso de él, como una cáscara que se desecha una vez extraído el fruto. Sabía que era porque no vestía de uniforme.

Hasta que aquellos once hombres hubieron comprado sus entradas, no repararon en que no los acompañaba. Gam-san aún estaba en medio de la cola, larga como una serpiente, esperando su turno. Cuando llegó, sacó un billete de un dólar y se lo dio a la taquillera, diciendo:

—El asiento más caro y más al centro. —Ella lo miró de reojo mientras le daba la entrada y le devolvía treinta centavos. Gam-san cogió la entrada, pero no el dinero—. De propina, para usted.

Al ver la cara de sorpresa de la mujer, Gam-san

no pudo reprimir una sonrisa que le duró hasta que llegó a la entrada principal del teatro. Allí, un hombre de negro con pajarita le impidió el paso. Gam-san lo vio extender una mano, pero no para estrechársela, sino para indicarle algo.

—Por aquí. —Señalaba la puerta lateral.

Gam-san se estrujó la cabeza en busca de la palabra en inglés que necesitaba. En lugar de pronunciar su tan socorrido «perdón» habitual, al final, casi sin darse cuenta, lo que dijo fue:

—Nunca. —Era la primera vez que utilizaba aquella palabra. Por falta de práctica, le imprimió un tono severo y sonó como un grito; cogió por sorpresa tanto al acomodador como al propio
Gam-san
—. Pe… perdón —tartamudeó, intentando explicarse.

A pesar de que llevaba más de treinta años en la Montaña del Oro, su inglés seguía siendo muy deficiente, especialmente cuando estaba nervioso. Al final tuvo que descubrir la caja de madera que llevaba en las manos. Entonces el acomodador, a pesar de no entender el inglés de
Gam-san,
comprendió de qué se trataba, pues llevaba inscritas las palabras:

> Jimmy Fong (1900-1945), soldado raso.
> Caído en Francia luchando por la libertad.

El gesto del hombre se transformó por completo.

—Acompáñeme —le dijo, sonriendo cortés.

Cuando Gam-san estuvo en su asiento con la caja de madera sobre las rodillas, las luces se atenuaron para dar comienzo a la película. En aquellos últimos instantes de penumbra
Gam-san
tuvo la oportunidad de echar un vistazo a la gigante bóveda del techo del cine, con niños alados desnudos y una lujosa lámpara en el centro, más resplandeciente que las estrellas.

—Gam-ho, hermano, por fin tienes el mejor asiento —le susurró a la caja.

Dentro había un uniforme y una gorra.

Hoiping, provincia de Cantón, China

Vigesimoctavo año de la República de China (1949)

Jyun llegó a Samho de madrugada. Lo había acercado hasta la entrada en bicicleta un camarada de la Liga.

La noche era negra y no se oía ni un perro. El único sonido era el de su caña de bambú rastreando la hierba: cuando se caminaba por la espesura de la noche, no era extraño ser mordido por una serpiente. El bastón también le servía para seguir el ritmo, pues iba tarareando:

> *¡Adelante, adelante, adelante!*
> *Nuestras tropas marchan hacia el sol*
> *pisando el suelo de la madre patria,*
> *portando en hombros las esperanzas del pueblo.*
> *Somos una fuerza imbatible.* [75]

Era una nueva canción que Jyun había aprendido en la Liga de Profesores por el Progreso. Había estado varios días en Cantón viendo, oyendo y aprendiendo más cosas que en toda su vida. Posteriormente sabría que varios de los líderes de la Liga eran en realidad miembros del Partido Comunista.

La ciudad de Cantón era como un gran océano comparado con pueblos como Samho o Zimin, minúsculos riachuelos. Él, Ze Jyun, era una insignificante rana croando en la orilla. Cuanto más veía, oía y aprendía, más ganas tenía de seguir viendo, oyendo y aprendiendo. No quería volver a casa, pero debía pasar la noche allí para cumplir la misión que le habían encomendado en la Liga.

Aquella noche había estado a punto de perder la vida.

La Liga había reunido en Cantón a miembros procedentes de muchas ciudades cercanas para prepararse para la llegada de la Liberación [76]. Le habían encomendado que comprara arroz con caracoles para la cena junto con un profesor de Baksa, pero cuando se disponían a cruzar el río Perla se produjo una enorme explosión que lo dejó inconsciente. Cuando volvió en sí, se palpó la frente y la notó pegajosa de sangre. Al levantar la mirada vio que solo quedaba a flote la mitad del puente y que la otra estaba sumergida en el agua, también teñida de sangre por los reflejos del ocaso. Bajo las

ruinas pudo ver los restos de numerosas barcas. De los árboles pendían colgajos que, cuando se acercó, reconoció como piernas, brazos y ropa. A lo largo del río se oían gritos y llantos de desesperación.

Alguien le dijo que el ejército nacionalista, incapaz de vencer al comunista, se estaba batiendo en retirada y había volado el puente para impedir que los siguieran. Al oírlo su corazón se aceleró y el dolor de las heridas de su cabeza se agudizó. Aquello significaba que el Ejército Popular de Liberación andaba ya muy cerca. Todos los días oía noticias sobre su proximidad, cada vez mayor, pero nunca pensó que llegarían con tal celeridad. Sin perder tiempo en ocuparse de sus heridas, comprar el arroz con caracoles ni buscar a su compañero de viaje, al que había perdido de vista, corrió a dar la noticia a los miembros de la Liga. No reparó en que iba descalzo hasta que estuvo en la puerta: no tenía la menor idea de cuándo ni cómo había perdido los zapatos.

Una vez se hubo curado las heridas y cenado, ya era medianoche. Se acostó, pero no lograba conciliar el sueño. Encendió la radio y oyó que las tropas comunistas habían proclamado la Liberación de Cantón. Salió de la cama y corrió a la calle, repleta de soldados del Ejército Popular de Liberación: habían llegado y cubierto la ciudad tan silenciosamente como el polvo que lleva el viento, sin que nadie se percatara de su presencia.

Jyun se aproximó a un grupo de soldados que dormían apoyados contra una pared para verlos de cerca. La luz de las farolas confería a sus caras un aura amarilla que los hacía parecer de cera; sus rostros eran enjutos, tenían aspecto de no haber comido en mucho tiempo. Todos llevaban cinturones diferentes, algunos nuevos, otros viejos, unos de colores claros, otros oscuros, como si se hubieran alistado impulsivamente, sin pensarlo. Si algo tenían en común era la sonrisa, la sonrisa de quien tiene dulces sueños. Al acercarse, Jyun reparó en uno de los soldados al que se le caía la baba y vio que apenas comenzaba a salirle la barba: no era más que un muchacho. Si su

Wai-gwok

hubiera estado vivo, habría tenido su edad.

Jyun siguió observándolos a la luz de las farolas, sin cansarse. Se preguntaba si, de haberse marchado aquel año con su profesor, el

señor Au-joeng, él podría haber sido uno más. Como ellos, habría dormido plácidamente aun estando apoyado contra aquel muro al que llegaba la hediondez de las cloacas. Al día siguiente, con las energías renovadas, habría gritado a todo Cantón:

—¡Camaradas, os traemos tiempos mejores!

La Liga decidió con carácter de urgencia que todos sus miembros volvieran a sus respectivas escuelas de inmediato y reunieran a todos los profesores para confeccionar banderas e izarlas en ceremonia por la mañana.

Aquel era el motivo de que se encontrara en Samho.

La puerta de la Escuela de Todos estaba cerrada. Jyun no quería despertar al viejo conserje, así que saltó el muro. Cuando llegó a la ventana de

Gam-sau,

llamó con suavidad:

—¡Gam-sau! ¡Soy yo! —susurró.

Enseguida se encendió la luz de la habitación. Como aquellos días

Gam-sau

estaba preocupada porque no había recibido noticias suyas, su sueño era ligero y la habría despertado incluso una hoja contra el cristal.

Cuando abrió la ventana y vio a su marido con la cabeza vendada, estuvo a punto de desmayarse.

—Pe… pero… pero qué te… —balbuceó, sin terminar.

—Una pedrada, no es nada —mintió Jyun, una vez dentro, mientras abría el baúl de mimbre a los pies de la cama de

Gam-sau

y comenzaba a revolverlo todo, frenético—. ¿Tenemos tela roja?

—¿Tela? ¿Para qué buscas tela a estas horas?

—Para hacer una bandera, ¡la bandera de la nueva China! Cantón ha sido liberado.

—¡¿Tan rápido?! —exclamó

Gam-sau,

con los ojos muy abiertos, como dos faroles que empezaron a iluminarse de felicidad—. No sigas buscando. ¿Cómo voy a tener tela roja aquí? Mi madre sí tendrá en casa, la que usamos en nuestra boda. Sé que la guardó.

—No tenemos tiempo de ir al pueblo; hay que izar la bandera a las ocho en punto, como en muchas otras escuelas, todas al mismo tiempo. —Gam-sau se sentó en la cama dudando si despertar a los demás profesores para preguntarles si tenían tela roja. Jyun se fijó de pronto en la cama y le dijo—: Corre, tráeme unas tijeras. La colcha valdrá; tiene un bordado, pero no se nota; desde lejos parecerá lisa.

Gam-sau le dio unas tijeras. Mientras recortaban la colcha le dijo:

—Mi hermano ha escrito preguntándome si nos estamos planteando huir a Hong Kong o a Canadá, donde vuelven a permitir la entrada de chinos. Por lo visto, los periódicos de allí no paran de informar de grandes matanzas.

—Propaganda imperialista —replicó Jyun—. Dile a tu hermano que no crea ni una palabra.

Cuando por fin hubieron terminado de cortar la tela, tenían un gran rectángulo rojo que pusieron encima del escritorio. Su color iluminaba la estancia inundándola de calidez. Jyun cogió un recorte de periódico del *Chinese Business* en el que se veía el diseño de una nueva bandera para China. Un profesor de la Liga se lo había llevado hacía un mes de Hong Kong. Para que fuese igual que en el dibujo necesitaban tela amarilla para las estrellas, que no tenían, pero en la clase de manualidades encontraron papel amarillo. Estuvieron cortando y pegando de acuerdo con el diseño hasta que, al primer canto del gallo, la bandera estuvo terminada.

A las ocho menos cinco de la mañana, Jyun cogió su silbato y lo hizo sonar tres veces: era la señal para reunirse en la escuela. El patio estaba abarrotado de personas, no solo de profesores y estudiantes, sino también de campesinos. Cuando Jyun y Gam-sau, a las ocho en punto, aflojaron el nudo de la cuerda de la bandera, el viento la elevó enseguida y la tela ondeó con fuerza. El día empezó a despuntar, con un enorme sol incandescente que cubrió con su luz el montículo y la bandera, y tiñó a la gente de un fulguroso rojo.

De pie sobre una tarima, Jyun gritó:

—¡Estudiantes! —La emoción hizo que la voz se le quebrara y solo pudo añadir—: ¡Ya están aquí… los tiempos mejores!

El patio estalló en aplausos estrepitosos como petardos. Jyun se

volvió a mirar a
Gam-sau,
que era la única que no aplaudía. Se tapaba la cara con las manos, sollozando desconsoladamente.

—Qué pena que mi padre… no llegara a ver… este día…

Al día siguiente era domingo. Gam-sau y Jyun llevaron a su hija Wai-hoeng a Zimin. Wai-hoeng estudiaba y dormía en la Escuela de Todos, por eso
Luk-zi,
que la echaba terriblemente de menos, se empeñaba en verla todos los domingos. Si Jyun y
Gam-sau
no podían llevársela, era ella quien iba a Samho a buscarla. A
Gam-sau
no le gustaba que su madre, que no tenía la agilidad de antes, recorriera aquel largo camino, así que cada domingo sin falta le llevaba a su nieta.

Ya en casa, cuando Luk-zi y
Mak-dau
vieron la herida en la cabeza de Jyun, se alarmaron mucho. Él les contó muy por encima lo ocurrido para no preocuparlos, y a continuación se sentaron a comer.

Luk-zi tenía abrazada a Wai-hoeng y no paraba de hacerle mimos.

—¿Qué estáis aprendiendo en la escuela? —le preguntó.

—Bailes.

—Pero ¿cómo? ¿No os enseñan nada de provecho?

—Papá nos está enseñando bailes regionales para el desfile.

—¿Desfile? —preguntó
Luk-zi,
cada vez más confundida—. ¿Qué desfile?

Gam-sau y Jyun se miraron con complicidad, sonrientes:

—Madre, ¿no ha oído usted que Cantón ha sido liberado? En unos días, el Ejército Popular de Liberación escenificará su entrada oficial. Los estudiantes de nuestra escuela también van a participar.

—¿Tan rápido, otro cambio de dinastía? —dijo
Luk-zi,
asombrada.

—Madre, no hable en esos términos tan anticuados —dijo Gam-sau—. El Partido Comunista quiere un gobierno del pueblo para el pueblo en que la gente tenga el poder, sin emperador.

—Bah —dijo Luk-zi—, lo mismo decían de la República y mira, ¿tú te lo crees?

—¡Cómo puede usted decir eso! —dijo Gam-sau, subiendo el tono—. El Partido Comunista es diferente; espere y verá.

—Eso aún está por demostrarse. Mi nieta no puede participar en ningún desfile, con tanta gente puede perderse o pueden llevársela.

Wai-hoeng, que llevaba dos días ensayando concienzudamente para el desfile, al oír que no iría palideció de inmediato.

—Abuela —dijo, tirándole de la manga—, iré con mi madre y no me separaré de ella. No me pasará nada.

—Déjela ir —intercedió Mak-dau, conmovido por la cara de pena de su nieta—, que no irá sola. No le puede pasar nada malo…

—En esta casa ya nadie me hace caso —protestó Luk-zi con cara de disgusto.

Jyun le dio un discreto puntapié a Wai-hoeng por debajo de la mesa mirándola con intención. Esta soltó el cuenco de arroz de golpe y se encerró a llorar desconsoladamente en su habitación. Gam-sau la siguió e intentó calmarla de todas las maneras sin éxito.

—Tu padre solo te estaba advirtiendo de que no dijeras más para no seguir atormentando a la abuela. Cuando llegue el día del desfile irás, claro que sí, pero a ella es mejor no decírselo.

Al oír aquello, Wai-hoeng cambió las lágrimas por una sonrisa.

Aquella noche Jyun y Gam-sau se quedaron a dormir en la casa fortaleza, pero eran incapaces de conciliar el sueño. A Jyun le entraron ganas de hacer el amor con su mujer. Desde que fue asaltada por los soldados japoneses Gam-sau ni siquiera dejaba que la mirara. Ese día, sin embargo, cuando él se

subió encima de ella, aunque intentó apartarlo con suavidad un par de veces, al final desistió.

—Apaga la luz.

Con la habitación a oscuras, la pálida luz de la luna proyectaba la alargada sombra de los árboles en el suelo. Jyun acarició el cuerpo de su mujer y cuando llegó a su entrepierna halló una protuberancia del tamaño de un guisante que, al tocarla, hizo estremecerse a
Gam-sau,
que se entregó a él como no había hecho en mucho tiempo.

—Ya está amaneciendo —dijo él, abrazándola—, no tienes nada que temer.

Cuando finalizaron, seguían sin poder dormir.

—Mañana ponle carta a tu hermano —dijo Jyun—. Dile que se han vuelto las tornas, que ahora la prosperidad ha llegado aquí y que se vuelva a pasar la vejez.

—El gobierno ha instaurado una nueva moneda y los dólares que nos manda mi hermano ya no tienen ningún valor.

—¿Cómo que no? —dijo Jyun—, tienen un verde muy bonito. Vamos a empapelar las paredes con ellos para verlos todos los días; así no nos olvidaremos de los compatriotas que siguen sufriendo en la Montaña del Oro.

Zimin, condado de Hoiping, provincia de Cantón, China

Año 1952

Al término de la asamblea provincial del partido,
Gam-sau
fue a recoger a su hija Wai-hoeng al instituto para llevarla a Zimin a visitar a
Luk-zi.

Hacía varias semanas que no volvían a casa, cada una por un motivo distinto:
Gam-sau
porque su Escuela de Todos iba a fusionarse con una pública, por lo

que tenía que asistir a numerosas asambleas; Jyun se había quedado en la ciudad por la misma razón. Wai-hoeng, por su parte, había empezado la secundaria aquel verano y su instituto estaba muy lejos, así que no podía regresan cada semana.

En el tiempo que no la había visto, Wai-hoeng había dado un estirón. A sus quince años era tan alta como ella. Aunque estaba delgada, comenzaba a tener curvas. Con aquella camisa blanca y pantalones añiles, impoluta, parecía una flor a punto de abrirse.

—¿Os ponen más deberes en secundaria? —le preguntó Gam-sau, alegre por verla con aquel aspecto.

—Sí, pero no son difíciles —respondió Wai-hoeng—. Lo difícil son todos los textos que tenemos que memorizar. La semana que viene iremos por los pueblos con un grupo de trabajo promoviendo la Reforma Agraria.

—¿La Reforma Agraria? —preguntó Gam-sau, sorprendida—. ¿Tú ya sabes lo que es eso?

—Sí. El presidente Mao dice que debemos librarnos de los bandidos y de los señores de la guerra y confiscar las tierras a los terratenientes para distribuirlas entre los campesinos.

—¿Estás recitándomelo de memoria o de verdad entiendes lo que dices? —le preguntó su madre, sonriendo al ver a su hija hablar con la convicción propia de una persona de más edad.

—Claro que lo entiendo, es la supresión de la explotación de clases. —Como andaban deprisa, enseguida comenzaron a sudar e hicieron un alto en el camino para beber agua de una tetera militar que llevaban—. Madre —preguntó con tiento, mientras se secaba el sudor un pañuelo—, ¿nuestra familia está en contra de la explotación de clases?

—Claro que sí —repuso de inmediato la madre.

—Pero tenemos tierras. Y gente que trabaja para nosotros.

—No es lo mismo. Tu abuelo y tus tíos se fueron a la Montaña del Oro a sudar sangre para poder comprarlas; nuestras tierras se han ganado legítimamente con el trabajo duro. —Wai-hoeng soltó un suspiro que parecía de alivio. En cambio, Gam-sau se inquietó—. ¿A ti quién te mete esas ideas en la cabeza?

—La tía Jin-wan.

—Con razón…

Aquellos días, su hasta entonces exánime cuñada, Keoi Jin-wan, había empezado a despabilarse, a hablar más, y para todo tenía una opinión.

Por ejemplo, si Luk-zi le decía que usara más agua para hervir el arroz, ella le respondía que aquello era la manera antigua que tenían los pobres de sacarle más partido a unos pocos granos de arroz, pero que después de la Liberación todas las familias tenían comida y no hacía falta preocuparse tanto de ahorrar. O, por ejemplo, en la fiesta del patrón Tam Kung, si Luk-zi le mandaba ofrendar frutas y quemar incienso ante su imagen, lo hacía, pero no sin antes soltar una charla. Decía que los ricos no tenían que hacerse a la mar y por tanto no requerían la protección de Tam Kung; que, si acaso, eran los pobres quienes debían adorarlo, pero como Tam Kung no hacía caso de los pobres daba lo mismo adorarlo o no.

Incluso su vestimenta había cambiado. Jin-wan seguía llevando un vestido chino a la vieja usanza, pero con un añadido: un viejo cinturón que le había pedido a la señora Wong, del grupo de trabajo. Cada día al levantarse, Jin-wan se vestía y se colocaba aquel cinturón viejo ciñéndose con fuerza la cintura. Al verla, Luk-zi le había dicho que, ya puesta, por qué no se ataba una cuerda y se dedicaba a pedir limosna. Jin-wan no había contestado y siguió llevándolo. Luk-zi ya solo podía resignarse.

Aquel cambio radical en la actitud de Jin-wan comenzó, según decía Luk-zi, un mes atrás, en la primera asamblea que celebró el grupo de trabajo en Zimin. El comité provincial había enviado a tres hombres y a una mujer que convocaron a todo el pueblo. Luk-zi no se sentía tan fuerte como antaño y en su lugar envió a

Jin-wan
y a Jyut. Aquella primera asamblea se alargó hasta altas horas de la noche. Cuando regresaron,
Luk-zi
le preguntó a
Jin-wan
de qué habían hablado y esta le dijo que la habían asignado a la comisión para los pobres y a la de las mujeres. Luk-zi no la oyó bien y, como la palabra en chino para decir «mujer» suena como «rico», creyó que hablaba de pobres y ricos.

—¿Pobres de un lado y ricos del otro? ¿No es una contradicción?

—Ricos no, ¡mujeres! La comisión para las mujeres ayudará a emanciparse a las mujeres explotadas.

Desde entonces Jin-wan se pasaba los días de asamblea en asamblea. Cuando volvía se juntaba con Jyut y ambas se iban a un rincón a cuchichear. Solían imitar a la señora Wong y cambiaban el cantonés por el mandarín. La señora Wong era cuadro del Partido en Namha y hablaba un mandarín perfecto, pero a
Jin-wan
le costaba horrores y su acento era muy forzado. Todos se reían, pero ella hacía caso omiso. Tampoco ayudaba en ninguna de las tareas domésticas de la casa. Luk-zi la había dejado por imposible.

Gam-sau y Wai-hoeng llegaron a Zimin a mediodía. Desde lejos vieron una multitud arremolinada junto a los bananos, como si hubiera sucedido algo. Cuando
Gam-sau
se abrió paso entre el gentío vio que rodeaban un montón de muebles: mesillas y sillones de madera de peral, un tocador, una cama de madera de palisandro, esterillas, una mesa. Todo estaba apelotonado formando una pequeña montaña, y todo procedía de su casa. En aquella cama había pasado su noche de bodas.

También había un grupo de personas que, como hormigas transportando moscas, sacaban objetos de la casa fortaleza. Al frente estaba Keoi
Dai-tau,
el sobrino de la costurera Keoi. Tras su nacimiento, sus padres habían pagado a un profesor para que le pusiera un nombre formal: Keoi

Seon-fung,
«Viento Propicio». Sin embargo, como era un nombre tan grandilocuente que ni siquiera la madre que lo había parido conseguía pronunciarlo, habían seguido llamándolo por su apodo,
Dai-tau
(«El Cabezón»). Keoi
Dai-tau
cargaba la mitad de un cesto enorme del que sobresalía un gramófono que Fat había traído de la Montaña del Oro. La bocina del gramófono era muy pesada y Keoi
Dai-tau
exclamó:

—¡Me cago en su madre! ¿Qué será esto? No sirve de cazo ni de cuenco, y es tan grande que a quien se lo demos no tendrá donde ponerlo…

Quien acompañaba a Keoi
Dai-tau
portando el cesto del otro lado no era otra que la cuñada de
Gam-sau,
Keoi
Jin-wan.

En Zimin el clan mayoritario era el de los Fong, que habían sido los fundadores del pueblo, mientras que el de los Keoi, que llegaron más tarde, era menos numeroso. El apellido Fong siempre había sido una gran raíz fuertemente hundida en la tierra, y los Keoi una brizna de hierba que crecía entre sus recovecos. Todos eran campesinos, pero los Fong cultivaban los mejores terrenos, los más céntricos, mientras que los Keoi habían tenido que conformarse con los peores, más retirados. Cuando casaban a sus hijas, si una Fong debía hacerlo con un Keoi, lo más probable era que la mujer llevara las riendas de la casa. Por el contrario, si una Keoi se casaba con un Fong, hasta los perros y las gallinas de la casa estaban por encima de ella.

La llegada del grupo de trabajo puso fin aquella situación, que había perdurado cerca de dos siglos, y en el pueblo las cosas comenzaron a cambiar. Los Keoi eran mayoría en mano de obra agrícola, y cuando se constituyó la comisión para los pobres gran parte de los delegados eran Keoi, entre ellos Keoi

Dai-tau,
que fue nombrado su presidente. Por eso, ahora Keoi
Dai-tau
hacía lo que le venía en gana: había pasado de ser una brizna de hierba aprisionada entre la raíz de los Fong a un árbol que alcanzaba el cielo. La raíz de los Fong era insignificante a su lado.

Gam-sau corrió a cerrarle el paso.

—¿Quién te ha dado permiso para llevarte lo que hay en mi casa? ¿Ha dado orden el líder del grupo de trabajo?

Keoi Dai-tau titubeó, no por las palabras de
Gam-sau,
sino porque vestía un traje estilo Lenin. Aunque no supiera leer, tenía ojos en la cara: como presidente de la comisión de los pobres, había asistido a varias asambleas provinciales con el grupo de trabajo y allí había visto que los cuadros del Partido llevaban ese mismo atuendo.

La gente a su espalda comenzó a impacientarse.

—Dai-tau, ¿te vas a dejar amedrentar por esa? ¡Es de familia de terratenientes!

El semblante de Keoi
Dai-tau
se endureció y la apartó de su camino de un manotazo.

—¡Tenemos que repartir la riqueza de los terratenientes!

Gam-sau tropezó y estuvo a punto de caer. Cuando recuperó el equilibrio, cogió a
Jin-wan
de la ropa y le dijo:

—Cuñada, tú mejor que nadie sabes de dónde vienen las propiedades de la familia. Eres de la comisión de mujeres, díselo. ¿En qué circunstancias se fue mi padre a la Montaña del Oro? ¿No ganó mi hermano
Gam-ho
una medalla al patriotismo?

De todas las personas de casa de los Fong, a quien más temía
Jin-wan
era a
Gam-sau,
pues era la que más había estudiado y quien, siempre sin dejar de

sonreír, era capaz de encontrar argumentos para rebatir todas sus ideas en cualquier tema que discutieran. Por eso, si a
Jin-wan
su suegra
Luk-zi
le infundía respeto, lo que le daba la hija era pánico.

Aquel día, sin embargo, con tanta gente a su lado, a
Jin-wan
los argumentos de
Gam-sau
no le parecieron tan incontestables.

—Yo no soy tu cuñada —le dijo, airada—. A mí me comprasteis para que os hiciera de criada. ¿Qué habéis hecho por mí? ¿Cuántas líneas me dedica tu hermano en sus cartas?

La gente empezó a murmurar:

—Jin-wan, déjala, no le hagas caso a esa hija de terratenientes —decían—. ¡Mándala a paseo!

Gam-sau y Wai-hoeng entraron en la casa a trompicones y fueron directas a la habitación de
Luk-zi.
La encontraron sentada en un taburete, apoyada contra la pared con la cabeza inclinada hacia arriba y un rastro de sangre seca en la comisura de los labios. Mak-dau le aplicaba un paño húmedo sobre la frente. Wai-hoeng corrió a abrazarla. A
Luk-zi
le caían lágrimas de los ojos cerrados, que le resbalaban hasta las orejas. La casa estaba prácticamente vacía, solo quedaban la cama del dormitorio de
Luk-zi,
su tocador con el espejo resquebrajado y el taburete sobre el que
Luk-zi
estaba sentada.

—Madre, ¿quién le ha hecho esto? —preguntó
Gam-sau.

Luk-zi no dijo nada. Fue
Mak-dau
quien contestó a regañadientes.

—La mala bestia de mi mujer.

Entonces oyeron voces que bajaban del piso de arriba. Acto seguido aparecieron dos hombres empuñando sendos rifles y haciendo ver que disparaban. Al verlos,

Mak-dau

se quedó lívido.

—¡No apretéis el gatillo, que están cargados!

—Tranquilo —le dijeron—, que antes de dispararte tenemos que darte una buena tunda de palos, ¡sirviente del yugo de los terratenientes!

Detrás bajaba Jin-wan. Había reunido en un hatillo todas sus pertenencias.

—Jin, espera —la llamó

Luk-zi

—. Tenemos que hablar.

Jin-wan se quedó allí plantada, temerosa, mirando de aquí para allá, pero evitando los ojos de

Luk-zi,

mientras

Mak-dau

cerraba la puerta.

—Para bien o para mal, tú sigues siendo mi nuera y no tienes a nadie más. Que sepas que aunque les caiga todo el dinero del mundo, a ti no te darán nada; no te engañes.

Aquello fue como poner el dedo en la llaga.

—Aunque a mí no me den nada, con que usted se quede con las manos vacías ya estaremos en paz.

—Keoi Dai-tau está casado. Si acaso te quisiera, sería de concubina, y eso ya sabes que no se acepta en la nueva sociedad [77] … Pierdes el tiempo. —El rostro de

Jin-wan

palideció—. Sé que me odias, y reconozco que desde que entraste en esta casa yo, como suegra, nunca te lo puse fácil. Debo reconocerte el mérito de que nunca has dejado de esperar a mi hijo en todos estos años. —Entonces

Luk-zi

se deshizo el moño y de la cinta negra con la que lo llevaba sujeto extrajo dos anillos de oro y se los entregó—. No le digas nada de

esto a nadie. En el futuro encuentra un buen hombre, cásate con él y sé feliz.

A Jin-wan se le humedecieron los ojos al coger los anillos. Quiso hablar, pero no sabía qué decir. Al final se limitó a asentir con la cabeza y se fue.

En cuanto Jin-wan se hubo marchado,

Luk-zi

se derrumbó sobre el taburete.

—No he sido capaz de conservar nada de todo lo que consiguió en vida mi marido… —se lamentó. Su voz retumbaba en las paredes de la casa vacía—. En el futuro, cuando vuelvan mis hijos, no tendrán más que cartas y fotos para el recuerdo.

Aquellas palabras de

Luk-zi

hablando del legado que iba a dejar hicieron que

Gam-sau

temiera por su madre.

—No se preocupe, madre —le dijo, cogiéndola con fuerza de las manos—, Jyun y yo conocemos al señor Lau, el secretario de la asamblea provincial. Es un hombre bueno y razonable; mañana iremos a pedirle que interceda. Teniéndolo de nuestra parte, seguro que todo se arregla.

—El mundo está cambiando —repuso

Luk-zi,

negando con la cabeza—, esto no hay quien lo pare. No esperes a mañana y llévate de aquí a Wai-hoeng. No os metáis en más problemas.

Luk-zi tenía un plan. Los anillos que le había dado a

Jin-wan

no eran el único oro que le quedaba. Tenía varios objetos más ocultos en el zapato, que esperaba usar cuando

Gam-sau

y Wai-hoeng se hubieran marchado. Le habían llegado comentarios sobre el suicidio de dos mujeres del pueblo que también habían sido tachadas de terratenientes. Una se había arrojado a un pozo y cuando la sacaron tenía la barriga hinchada como una bota. Al presionársela, expulsaba agua amarilla. La otra se había cortado el cuello con un cuchillo de cocina y quienes recogieron el cuerpo se

estropearon los zapatos al empaparse de sangre. Luk-zi no quería una muerte así. En cambio, recordaba que de pequeña, en casa de Hung-mou, el tutor de su sobrino Lung les había contado la historia de Segunda Hermana You en «Sueño en el Pabellón Rojo», de cómo se había suicidado ingiriendo oro. Le gustaba la idea de aquella muerte limpia.

—Wai-hoeng es aún muy joven —le dijo Mak-dau a Gam-sau, apremiándola con un gesto para que se marcharan—, puede asustarse.

—Usted tranquila, madre —dijo Gam-sau, pensando aún en ir a ver al señor Lau—, déjeme a mí. —Y cogió de la mano a Wai-hoeng, dispuesta a salir.

Justo entonces, llamaron a la puerta.

—Abre, Gam-sau. —Era la voz temblorosa de Jin-wan.

Gam-sau abrió la puerta y se encontró a Jin-wan rodeada de una muchedumbre rabiosa. Gam-sau y Wai-hoeng les obstaculizaban el paso y las empujaron hacia dentro siguiendo a Jin-wan.

—¡Vieja zorra —gritó Keoi Dai-tau señalando a Luk-zi con el dedo—, aún tienes cosas de valor escondidas!

—Y… yo no se lo he dicho —tartamudeó Jin-wan—, m… me los han visto.

Luk-zi se puso lívida al saberse descubierta.

—¿Qué oro queda? —preguntó el líder del clan de los Keoi en tono amenazador—. ¡Habla!

—Ya os he dado los últimos dos anillos —aseguró

Luk-zi
—, no queda nada más.

La gente comenzó a alborotarse y alguien dijo:

—¿Cómo va a tener solo dos anillos alguien que empapela las paredes de la casa con dólares?

—Si se defienden con pistolas será porque hay algo más —se oyó también.

—Tú —ordenó Keoi Dai-tau a
Jin-wan
—, ve a registrarla, a ver si encontramos algo.

Jin-wan comenzó a avanzar con cierto recelo. Alguien a sus espaldas dijo:

—A esta, a la hora de enfrentarse al opresor, le tiembla la mano.

—Le temblará a tu madre —espetó
Jin-wan,
que esta vez sí fue decidida hacia
Luk-zi
y empezó a desabotonarle la túnica—. Si aún tiene algo, déselo —le susurró al oído—, no la dejarán en paz.

Entonces Luk-zi, tras dudar unos instantes, se sacó el zapato con el pie.

Alguien acercó unas tijeras, despedazaron el zapato y encontraron cuatro anillos de oro y un par de pendientes también de oro en una falsa suela. Lo celebraron vitoreando.

—¿Qué más? —gritó Keoi
Dai-tau
—. ¡O lo dices, o seguimos buscando!

En esta ocasión Luk-zi, apretando los dientes, afirmó:

—Solo queda la casa. Haced lo que queráis con ella, podéis echarla abajo si os place.

—Bueno, pues como no confiesas yo sigo buscando. Empieza por las jóvenes —ordenó Keoi
Dai-tau
a
Jin-wan,
señalando a Wai-hoeng.

—Ella estudia fuera. Ni siquiera vive en la casa. ¡Qué va a saber!

—Si no lo haces tú, lo haré yo. —Keoi

Dai-tau
apartó a
Jin-wan
de un manotazo—. Se lo voy a sacar aunque se lo haya metido en el culo…

—¡Pero si no es más que una niña, animal!

Sin hacerle caso, Keoi
Dai-tau
comenzó a desabrocharle la blusa a Wai-hoeng, que quiso gritar pero no pudo articular palabra. El cuerpo le temblaba como las hojas de los bananos a merced de una tormenta, pero se resistió con todas sus fuerzas arañando a Keoi
Dai-tau
en la cara. Furioso y exasperado, se emperraba en no soltarla y le rasgó la blusa, dejando al descubierto sus huesudos hombros.

—¡Déjala! —gritó Mak-dau, con el rostro desencajado—. El oro lo tengo yo aquí.

Lo rodearon al instante. Mak-dau se metió la mano en el bolsillo y, mientras sacaba algo de su interior, le dijo a
Luk-zi:

—Lo siento. No he podido serle de ayuda en esta vida. La compensaré en la siguiente.

No fue un anillo lo que sacó, sino una pistola. Apuntó a Keoi
Dai-tau
en la cabeza y con un leve movimiento le hizo brotar una flor de sangre. La gente gritó asustada y se apartó de un salto, pero la sangre ya los había salpicado. Entonces,
Mak-dau
abrazó con fuerza a Wai-hoeng, que temblaba aterrorizada.

—No tengas miedo, cariño —le dijo—. Cierra los ojos y enseguida habrá pasado todo.

Le colocó la pistola sobre la cabeza y accionó el gatillo. El cuerpo de Wai-hoeng dio una fuerte sacudida y acto seguido se derrumbó en sus brazos.

La tercera bala fue para
Gam-sau.

La cuarta, para Luk-zi.

La última era para él. Había hecho las cuentas y sabía que a

aquella pistola aún le quedaba un disparo, pero no había contado con un imprevisto: la quinta bala se encasquilló. Tiró la pistola al suelo, dio un empujón a los que lo rodeaban y echó a correr escaleras arriba.

Los demás, asustados, se quedaron pasmados unos instantes y luego comenzaron a perseguirlo. Mak-dau estaba viejo y por más que corriera no habría podido burlarlos. Estaban cada vez más cerca, ya casi le pisaban los talones. Se dio la vuelta y propinó una violenta patada a sus perseguidores para, acto seguido, lanzarse al vacío por una ventana.

Durante muchos años, tanto los descendientes del clan de los Fong como los del clan de los Keoi evitaron mencionar aquel aciago día de 1952, un día en el que un hombre incapaz de matar a una mosca acabó con la vida de cinco personas, la suya incluida, y en el que otras dos personas perdieron la cordura para el resto de sus días:

Jin-wan

y Jyut.

Después de que sacaran los cuerpos y los enterraran de cualquier manera, nadie volvió a entrar en la casa fortaleza. Y es que, en días de viento o de lluvia, la gente del pueblo decía que se oían quejidos y, en la serenidad de la noche, habían visto luces que de repente se encendían en su interior.

—La casa de los fantasmas —susurraban.

En Zimin empezaron a referirse a ella de aquel modo.

No solo nadie se atrevía a poner un pie en la casa, tampoco querían arrendar los terrenos colindantes. Con el paso de los años, la casa de los fantasmas y sus tierras vecinas se convirtieron en un páramo desolado.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Año 1961

Amy viajaba en el asiento trasero del destartalado Ford azul de su madre. Se dirigían a toda velocidad de camino a la casa del tío Bill.

Como era un coche viejo, no paraba de dar tumbos y, con tanto salto, se le había dormido el trasero.

El coche era un regalo que le había hecho a su madre el tío Bill. O, quizá, había sido el tío Sam, que era el de antes del tío Bill. O el tío Joseph, el de antes del de antes del tío Bill. Le había presentado a tantos tíos en tan poco tiempo que había perdido la cuenta.

Amy tenía cinco años. Era una niña de nariz fina, grandes ojos profundos y pelo castaño. La blancura de su piel recordaba a la de un niño anémico. Resultaba difícil encontrar en ella algún rasgo oriental sin fijarse con atención: así lo quería su madre, Jin-ling.

A veces la miraba fijamente y, sonriendo, le decía:

—No cambies nunca.

Cuando la miraba mucho Amy se sentía incómoda y le entraban ganas de llorar.

—No es nada, mujer —la consolaba riendo—, a mamá le gusta cómo eres, eso es todo.

Jin-ling había vuelto a Vancouver tres años antes y nunca le había mencionado a nadie dónde había pasado los años anteriores. Tras su vuelta tuvo muchos trabajos distintos, y en aquellos momentos era crupier en un casino. Alternaba el turno de día con el de noche y el tercer día descansaba. Cuando tenía turno de día, Amy se quedaba en la guardería del casino, pero cuando le tocaba el de noche la dejaba en casa del tío de turno y al día siguiente la recogía para llevársela a casa. Amy había dormido en tantas casas que a veces, por la mañana, se despertaba y llamaba al tío Sam pero el que acudía era el tío Bill. Otras veces, aunque sabía que el desayuno se lo había preparado el tío Joseph, sin darse cuenta le daba las gracias al tío Luke. En cualquier caso, el tío Bill era el que más estaba durándole a su madre.

Cuantos más tumbos daba el coche, más le molestaba a Amy el hormigueo del trasero. Vio que su madre estaba concentrada pintándose los labios en el asiento delantero y no pudo evitar la tentación de meterse la mano dentro de la falda para rascarse. Una vez, dos, tres. A la tercera, su madre la descubrió.

—¡Amy Smith! —Cuando la llamaba por su nombre y apellido sabía que había hecho algo malo. Efectivamente, la tapa del pintalabios voló y le dio justo en la mano—. ¿Es que ya no te

acuerdas de lo que te dije? ¿Qué cosas no debe hacer una señorita bien educada?

Como siempre que se alteraba, su madre habló inglés con acento chino. Con el tiempo, Amy asociaría aquel acento con recuerdos de infancia que preferiría olvidar para siempre.

—S… sí —tartamudeó Amy.

—Ah, ¿sí? Pues venga, dilo —dijo
Jin-ling.

—No hay que hurgarse la nariz ni rascarse delante de los demás. Tampoco podemos soltar gases y cuando estornudamos tenemos que taparnos la boca.

—Pues, si lo sabes, ¿por qué lo haces?

—Pe… pero si yo no he…

—¡Cállate! —la interrumpió con brusquedad—. Hay cosas que se tienen que hacer en privado.

Amy calló, aunque quería seguir hablando. Quería preguntarle a su madre qué hacían las señoritas bien educadas cuando algo les picaba mucho, pero no se atrevía. Sabía que aquel día su madre estaba de muy mal humor y, en esos casos, cualquier cosa hacía que se pusiera a llorar.

Estaba de mal humor por culpa del tío Bill. Le había dicho a su madre que el Día de la Reina Victoria la llevaría a Ottawa a ver los tulipanes que habían llegado desde Holanda, pero en el último momento había cambiado de opinión y hacía tres días que no sabía nada de él.

—El tío Bill debe de estar enfermo. La última vez que lo vimos no paraba de estornudar, ¿verdad? —repetía su madre una y otra vez.

Amy había empezado contestando que no, que el tío Bill no había estornudado ni una sola vez, pero su madre se había enfadado. Después Amy lo hizo bien y cuando le preguntaba contestaba que sí, que seguro que estaba enfermo, y entonces la cara de su madre se iluminaba como un gran sol. Ignoraba por qué su madre se alegraba tanto de que el tío Bill estuviera enfermo.

Aquel día era su cumpleaños. Jin-ling iba a regalarle un encendedor con forma de águila que escupía una llama por la boca cuando le juntabas las patas. El tío Bill fumaba puros habanos y siempre olía tanto a tabaco que Amy casi se asfixiaba. Su madre

había colocado el encendedor en una cajita plateada que había envuelto con sumo cuidado con papel dorado.

—No podemos decírselo, ¿eh? Tiene que ser una sorpresa —le había dicho, pero a Amy le parecía que su madre no tenía cara de querer dar una sorpresa. La tenía más bien de estar muy preocupada.

—Bueno, bueno, ya vale… Te regaño un poco y ya me pones esa cara de pena —le dijo desde el asiento del conductor—. Luego, cuando veas al tío Bill, ¿te acuerdas de lo que tienes que decirle?

—Feliz… cumpleaños —dijo Amy, intentando contener las lágrimas.

—¿Qué más?

—Te… echamos mucho de menos.

—¿Y qué más?

—Estás muy guapo con esa ropa.

Jin-ling calló de repente. Entonces aparcó el coche en la cuneta y sacó un cigarrillo. Las manos le temblaban tanto que tardó una eternidad en encenderlo. Cuando lo terminó, empezó a usar un cortaúñas. Clic. Clic. Clic. Las uñas salían volando disparadas, como saltamontes.

Desde el asiento de atrás, Amy observaba el cuerpo delgado de su madre, agachada sobre el volante. Los huesos de la espalda se le marcaban a través del fino vestido de verano como si fuesen dos pequeños montes.

—Amy —le preguntó su madre—. ¿A ti te gusta el tío Bill?

Aquella pregunta cogió a Amy tan desprevenida como si le hubieran lanzado una pedrada. Intentaba adivinar cuál era la respuesta que su madre querría oír, y quiso decir «sí», pero la palabra se le atascó en la garganta y tardaba en salir. Por suerte su madre, sin esperar a que contestara, puso en marcha el coche y al ritmo del traqueteo del motor reemprendieron la marcha.

Cuando la cogió de la mano para que bajara del coche, notó que aún temblaba. La empujó hasta la puerta, mientras que ella se quedó atrás, apoyada en la del coche, encendiendo otro cigarrillo. A la primera calada comenzó a toser tanto que parecía un pájaro carpintero picando la corteza de un árbol.

«Mamá no se ha acordado de taparse la boca», pensó.

Amy subió las escaleras y llamó. Un buen rato después, por fin

se abrió la puerta, pero quien apareció tras ella no era el tío Bill, sino una mujer joven, rubia y de ojos verdes, ataviada con un fino camisón. Tenía el pelo mojado, como si acabase de salir de la ducha.

—Cariño, preguntan por ti —gritó la mujer en dirección al interior de la casa.

Jin-ling no esperó a que el tío Bill saliera. Cogió a Amy del brazo y la metió de malos modos en el coche. Mientras su madre sacaba de aquel lugar el vehículo, avanzando como un tanque, Amy vio por el retrovisor que el tío Bill corría detrás de ellas en calzoncillos. Agitaba las manos gritando algo, pero el viento se llevó sus palabras antes de que llegaran a oídos de su madre.

—Estás muy guapo con… esa r… —Antes de terminar la frase Amy vio cómo algo brillante salía disparado por la ventanilla y chocaba contra el buzón de la casa: la caja con el encendedor.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Su madre tenía el vello de punta. Apretaba los puños y golpeaba el volante. El coche hacía eses y los demás conductores tocaban el claxon—. Lo sabía, es que lo sabía. ¡Lo que él quiere es una blanca!

Amy quería decir algo para consolarla, pero no se le ocurría nada.

—Mamá… —susurró Amy acercándose a ella por la espalda después de pensarlo mucho—. Nosotras… no necesitamos ningún papá.

Su madre abrió mucho los ojos y estalló en carcajadas soltando unos gritos muy agudos que a Amy le pusieron la piel de gallina. Poco después vio que estaba llorando. Se sonaba con la mano y al sacudírsela los mocos daban contra el cristal de la ventana.

«A mamá se le han olvidado los modales de señorita», pensó Amy.

Por fin dejó de llorar y se tranquilizó. Siguió conduciendo unos minutos más y al final torció por una callejuela. Amy sabía que por aquella calle se llegaba a la casa del abuelo. Cuando su madre se peleaba con algún tío, siempre la llevaba a casa del abuelo.

El coche se detuvo, efectivamente, en la entrada de la casa.

Hacía calor y podían oírse los chirridos de las cigarras. Vio al abuelo en camiseta y pantalones cortos, una pierna sobre la otra, dándose aire con un abanico. Estaba tomando el fresco en la puerta

de la casa bajo el alero de la fachada.

—Por el amor de Dios, ¿no puede usted bajar esa pierna? —le dijo su madre al abuelo.

Entonces le acercó a Amy aliviada, como quien se desprende de un peso que lleva mucho tiempo arrastrando.

—Mañana por la mañana vendré a por ella.

Sin haber pisado el vano de la casa siquiera, se fue al casino. Aunque empezaba a trabajar más tarde, no tenía ganas de que su padre comenzara a preguntarle lo mismo de siempre.

—Amy, tesoro, ¿qué quieres que te haga el abuelo para cenar?

El acento del abuelo era terrible, aún peor que el de su madre cuando se enfadaba. Cuando lo conoció, al principio no le entendía ni una palabra. Con el tiempo se había acostumbrado y lo que no comprendía intentaba adivinarlo.

—Alitas de pollo —contestó.

Amy sabía que, si no respondía de inmediato, el abuelo le prepararía gachas de arroz con huevo. No entendía cómo podía comer siempre esos huevos negros con aspecto de llevar podridos mucho tiempo. La primera vez que lo vio meterse uno en la boca pensó que se caería redondo en el acto, pero no fue así. No solo no se murió, sino que le dedicó una sonrisa negra.

—Muy bien. El abuelo te preparará unas alitas —dijo, entrando en la casa.

Amy deseaba que el abuelo entrara rápido, porque en la silla en la que había estado sentado solía encontrar monedas sueltas que se le caían del bolsillo del pantalón. Pero Amy no tuvo suerte y solo encontró dos centavos. Aun así, se guardó en el bolsillo aquel par de moneditas de cobre.

El sol, todavía fuerte, iluminaba los árboles dotándolos de un dorado resplandor. A lo lejos podía oír la cantinela del camión de los helados circulando por otra calle. Faltaba mucho para que fuese la hora de dormir. ¿Cómo podría dar cuenta del paso del tiempo? Ah… ¿por qué no tendría una hermana o un hermano, aunque fuese más pequeño que ella, para pasar juntos aquellos ratos de aburrimiento? ¿Por qué no podía vivir siempre en el mismo sitio, como los demás, conocer a los hijos de los vecinos? Bajo aquel sol, antes de que se pusiera, podrían montar en bici, saltar a la comba o corretear por el barrio.

—Amy, cariño, ven a comer primero unos bollos rellenos —la llamó el abuelo desde dentro.

Otra vez bollos rellenos de cerdo asado; el abuelo siempre le hacía lo mismo. Antes de que aquellos pegajosos trozos de carne le llegaran a la tripa, ya le habían sentado mal.

—¿Por qué el abuelo come cosas tan raras? —le había preguntado una vez a su madre.

—Porque el abuelo es chino.

—Si el abuelo es chino —había observado Amy—, ¿entonces nosotras también lo somos?

Amy no entendió por qué una pregunta tan sencilla podía dejar perpleja a su madre durante tanto tiempo.

—Tú no eres china —respondió al fin.

Amy tuvo ganas de preguntar «¿Y tú, mamá? ¿Tú eres china?», pero al ver su expresión de disgusto no se atrevió.

Entró en la casa. Su abuelo estaba cortando el pollo con tanta energía que parecía que iba a partir la tabla de cortar. A Amy le saltó algo pegajoso a la cara; se lo quitó y vio que era un pedacito de hueso ensangrentado.

—Toma, cómete esto primero, que la comida estará enseguida —le dijo su abuelo limpiándose la sangre en la camiseta y partiéndole un bollo por la mitad con las manos.

Amy se aguantó las ganas de vomitar y, negando con la cabeza, dijo que no tenía hambre. El abuelo, no queriendo obligarla, se metió medio bollo en la boca y agitando la mano le dijo:

—Ve a jugar, anda. Ya te llamaré cuando estén las alitas.

Jugar. ¿Con qué?, ¿dónde?, era lo que Amy se preguntaba al ver por la ventana que al otro lado el sol seguía quemando.

Su osito de peluche. Amy se acordó de él de repente. Aquel juguete, el único que tenía, se lo había regalado uno de los novios de su madre una Navidad. La última vez que lo había visto se le había perdido en la casa del abuelo y aún no lo habían encontrado.

Buscó por todos los rincones de la planta baja y después fue al piso de arriba. Los dos inquilinos que vivían allí estaban trabajando y las puertas de sus habitaciones estaban cerradas, por lo que la única abierta era la del abuelo. Entró y levantó la colcha y las almohadas de la cama, pero no lo encontró. Entonces vio en una esquina las escaleras que conducían al desván. Pensó que quizá su

abuelo hubiera puesto allí a su osito, y subió.

Por el tragaluz del desván entraba el sol iluminando todos los rincones con más fuerza de lo que ella había imaginado. Debía de hacer mucho tiempo que nadie subía, porque había un intenso olor a moho que se le metió en la nariz y le hizo estornudar. Se había olvidado de taparse la boca.

«Menos mal que mamá no está», pensó.

Se abrió camino retirando varias telarañas hasta llegar al fondo de la habitación. En realidad no había gran cosa. En el rincón más cercano al tragaluz había un gran rollo de papel y un hatillo a su lado. Cuando abrió el hatillo, una multitud de motas de polvo doradas comenzó a flotar en la luz del sol. Dentro había muchas fotografías antiguas, algunas de ellas amarillentas. Cuando separó las que estaban pegadas entre sí, rompió gran parte de los rostros.

La primera foto se había tomado en un estudio. En ella aparecían un hombre y una mujer de mediana edad; ella llevaba un vestido de cierre diagonal con flores bordadas y él algo que parecía un camisón de mujer largo, un sombrero que sostenía con la mano izquierda a la altura del pecho y un bastón en la mano derecha. La siguiente fotografía era de dos niños, de diferentes edades, montando en bicicletas muy raras. La tercera fotografía era de una muchacha joven con un bebé en brazos a la orilla de un río y lo que parecía una selva de fondo. El reflejo del sol le impedía ver bien la cara, muy blanca; forzó la vista y descubrió que sonreía.

Amy nunca había visto a aquellas personas, aquellas ropas, aquellos paisajes. Empezó a mirar las fotografías detenidamente, una a una, y poco a poco se olvidó de su osito de peluche. Cuando iba por la mitad, reconoció a dos personas: su abuelo y su madre.

El abuelo tuvo que llamarla varias veces para cenar hasta que por fin bajó.

—¿Dónde te has metido, niña? —dijo al verla con la cara llena de polvo.

Le dio un trapo para que se limpiara y sirvió la cena. Amy no dio más que un bocado a una alita de pollo y se quedó pensativa.

—Abuelo, ¿quiénes son esas personas? —dijo al cabo—. ¿Qué personas?

—Las de las fotos del desván.

Al oír aquello, el abuelo rio.

—¡Conque es allí donde has estado trasteando! Son tu familia: tus bisabuelos, tu abuela y tus tíos abuelos.

—¿Bisabuelos qué es? —preguntó Amy.

—Son los padres del abuelo. Para ti, mis padres.

—¿Y los tíos abuelos? —siguió inquiriendo Amy.

—Los tíos abuelos son los hermanos de los abuelos.

Como a Amy le costaba asimilar tanta información, sacó una hoja de papel sobre la que trazó un árbol. Al pie escribió «Cantón (China)» y, señalando el tronco, dijo:

—Estos son mis padres. —Entonces le dibujó tres ramas al árbol—. Este soy yo, y estos mi hermano y mi hermana: tus tíos abuelos. —A continuación trazó una rama más pequeña que salía de la primera que había dibujado—. Esta es mi hija, es decir, tu madre.

Amy le cogió la estilográfica y trazó sobre la ramita otra aún más pequeña.

—Y esta soy yo, Amy.

La cara de su abuelo se iluminó.

—Ah… qué lista es mi niña.

Satisfecha, a Amy le surgió una nueva duda.

—Abuelo, ¿y dónde viven? —dijo.

—Algunos murieron y otros viven en China. Hace mucho tiempo que perdimos el contacto.

—¿Dónde está China? —preguntó Amy.

—Muy lejos, al otro lado de un océano enorme.

—¿El Queen Victory puede cruzarlo?

El Queen Victory era un *ferry* que iba de Vancouver a la isla de Victoria. Amy había montado en él una vez con su madre.

—Ni diez Queen Victory podrían llegar —dijo el abuelo riendo divertido.

Amy exhaló un suspiro de decepción y dio otro mordisco a la alita. Antes de terminársela, volvió a preguntar.

—Abuelo, ¿por qué tú eres chino y yo no?

—¿Y a ti quién te ha dicho eso? Tú de china tienes, como poco, la mitad.

—¿Por qué tú me dices que soy china y mamá que no? ¿Por qué solo tengo una mitad china? ¿Y la otra?

Antes de que Gam-san pudiera contestar, la puerta se abrió y entró

Jin-ling
con varias bolsas de comida.

—Se ha ido la luz en el trabajo y han tenido que cerrar. Nos han mandado a todos a casa —explicó.

—Siéntate, siéntate —le dijo
Gam-san
corriendo a por un par de palillos y un cuenco limpios y sirviéndole un cuenco de sopa a su hija—. Come algo con Amy, que apenas ha empezado.

La madre se sentó a comer y se acercó el papel que había encima para poner los huesos de la sopa. Entonces reparó en lo que había en él. Su cara se puso lívida y dejó caer el cuenco de arroz, desperdigando granos de arroz por doquier.

—Le tengo dicho que no quiero que le cuente eso a Amy.

—¿Cuánto tiempo más crees que vas a poder engañarla? —le recriminó
Gam-san,
dejándole otro cuenco delante de mala manera—. Tarde o temprano se enterará de quiénes son sus antepasados. Si reniegas de ellos, ¿quién te protegerá cuando lo necesites?

Jin-ling cogió a Amy del brazo y se la llevó, la metió en el coche y arrancó.

—¿Cuándo me han protegido a mí mis antepasados? Es por ser china que todo me ha ido mal en la vida. No voy a dejar que Amy corra la misma suerte —le espetó con odio a su padre por la ventanilla.

Vancouver, provincia de Columbia Británica, Canadá

Año 1971

—Menudo aguacero… Esta lluvia no va a dejar nada en pie…

Gam-san miraba cómo llovía al otro lado de la ventana. Era la segunda vez que llovía en lo que llevaban de primavera. En el suelo se oía un chapoteo que no se debía tanto al agua que caía como a la hierba, que, endiablada, no paraba de crecer. Llevaba diluviando

una semana. Alimentada por tamaña cantidad de agua, la hierba había crecido sobremanera, aunque los dientes de león aún eran más altos y levantaban orgullosos sus cabezas sobre ella.

«A mí, ahí fuera, no se me ha perdido nada», pensó.

Hacía mucho tiempo que no cortaba la hierba del jardín. En todo el año anterior ni siquiera la había tocado y había llegado a la altura de la ventana. Alguien lo denunció al ayuntamiento y unos hombres provistos de una segadora fueron a cortarla. Luego le enviaron una enorme factura.

Aunque el césped sea de buena calidad, siempre necesita cuidados. Sin embargo, en su casa, tanto él como sus dos inquilinos eran ya muy mayores y el jardín llevaba mucho tiempo sin que lo atendieran unas manos jóvenes. Jin-ling había internado a Amy en una escuela católica privada y al cabo del año solo visitaba a su abuelo en Pascua, el Día de Acción de Gracias o por Navidad. Su hija lo visitaba aún menos que la nieta, y siempre tenía que insistir mucho para convencerla:

«Jin-ling,
hija, he hecho sopa de capón negro, ven a llevarte un poco».

«Jin-ling,
hija, ayer te compré un abrigo en las rebajas de
Hudson's
Bay, ven a probártelo».

«Jin-ling,
hija, este mes he ahorrado un poquito de dinero, pídemelo si te hace falta».

A veces le frustraba tener que tentarla para que fuera a visitarlo. Se decía a sí mismo que debía probar a no llamarla para ver si iba igualmente, pero antes de poner en práctica su idea ya la había llamado.

Toc, toc. Llamaban a la puerta.

No creía que fuera el cartero, hacía mucho tiempo que había dejado de llamar a la puerta de su casa. Desde los terribles sucesos al otro lado del océano, no recibía noticias de su familia. Sí le habían llegado por los periódicos del barrio chino historias tremebundas que año tras año cambiaban de nombre: primero la Reforma Agraria; luego el Movimiento Contrarrevolucionario; después el Movimiento Antiderechista. En los últimos tiempos había

cambiado otra vez y ahora era la Revolución Cultural. Aunque cambiara de nombre, en realidad se trataba siempre de lo mismo: unos estaban por encima de otros. De los de abajo, unos sobrevivían y otros no. Los que sobrevivían lo hacían con muchas penalidades, y los que no, morían de una forma u otra. Unos años atrás, unos paisanos de Zimin le contaron que su madre, su hermana y el resto de su familia habían tenido una muerte horrible. Él se negó a creerlo. No lo creería a menos que recibiera noticia del puño y letra de su cuñado, Jyun. Y mientras no lo creyese, tenía una familia a la que echar de menos.

Toc, toc. Volvían a llamar de nuevo.

Quizá sí era el cartero. Gam-san se puso las zapatillas y fue a abrir.

No era el cartero, sino una mujer cubierta por un chubasquero de plástico amarillo.

—¡Pero bueno, qué viejo estás! ¡Y además, cojo! —exclamó al verlo.

—¿M… me conoce usted? —preguntó
Gam-san,
atónito.

—¿Vas a dejar a una invitada en la puerta? ¿Así tratáis los chinos a las visitas? —dijo la mujer, empujándolo para entrar y sacudiéndose las gotas de lluvia.

Se quitó el chubasquero. Debajo llevaba un abrigo negro ceñido y viejo que le marcaba las carnes. Era muy mayor, tenía el pelo blanco y estaba arrugada como una nuez, pero la espalda la mantenía recta y pisaba con decisión.

—¿Nos conocemos de algo? —preguntó
Gam-san,
encogiendo los hombros.

—¡Pero bueno! —rio la mujer—. ¿Es que no me reconoces? Soy Sundance.

Gam-san sintió cómo algo estallaba en pedazos dentro de su corazón. Lo que se había roto era una imagen, la imagen de una muchacha alegre persiguiendo mariposas en la pradera, con el pelo y la cara bañados por la melosa luz del sol. Una imagen que había permanecido grabada en su corazón durante muchos años y que creía imborrable. Con una sola frase, aquella mujer la había hecho

añicos y, aunque intentara recogerlos del suelo, ya nunca podría recomponerla.

—Sundance, te he estado buscando todos estos años —dijo Gam-san, agarrándola con sus toscas manos—. ¿Por qué has esperado a venir ahora, que tengo un pie en la tumba?

—Bueno —contestó ella—, algo es algo. Por lo menos me has visto una vez antes de bajar al infierno.

—¿Tan segura estás de que será al infierno adonde vaya?

Sundance se echó a reír.

—Si bajáramos juntos, entonces sería el paraíso —dijo ella.

Al verla reír de aquella manera, Gam-san pensó que, aunque sus ojos no la encontraran, sus oídos sí la reconocían. Seguía siendo la misma.

—¿Esta es tu hija? —le preguntó Sundance, acercándose a la chimenea y señalando una foto que había encima.

—Sí, la única que tengo.

—¿Y esta tu nieta?

—Sí —volvió a asentir Gam-san—, la única que tengo —repitió—. ¿Y tú?

—Yo tengo tres hijos, dos hijas, ocho nietos y un bisnieto.

—¡Vaya, sí que te ha cundido el tiempo! —exclamó Gam-san.

Sundance sacó una foto de su monedero y se la dio.

—Este es mi hijo mayor, Paulo, y su nieto. Se llama Ian.

El niño de la foto contaría cuatro o cinco años. Tenía los ojos negros, el cabello moreno y la cara plana.

—¡Anda! —rio Gam-san—. ¡Este niño parece chino!

—No es que lo parezca, es que en parte lo es. La madre de Ian es china. Se llama Mui —le dijo Sundance—. ¿No tienes fotos de tu mujer?

—Murió hace años. Y tú, ¿no tienes fotos de tu marido?

Sundance sacó del monedero un recorte de periódico con una pequeña esquela.

—Murió hace poco. Hace apenas un mes.

—Lo siento —dijo Gam-san.

—Bueno, le llegó su hora —afirmó Sundance, sin perder la sonrisa—. Llevaba mucho tiempo enfermo.

Gam-san quería preguntarle si aquella era la razón por la que no había ido en su busca en todo aquel tiempo, pero no lo hizo. De pronto se quedaron sin palabras. Habían agotado los temas de conversación triviales y comenzaba a quedar al descubierto el abismo de sesenta años que los separaba.

—En fin, debería irme ya —dijo Sundance, levantándose—. Tengo que ir a la escuela a recoger a mi bisnieto.

—¿Dónde vives? —le preguntó
Gam-san.

Ella le dijo el nombre de una calle a escasos minutos de allí. Quizá en las últimas décadas habían tenido mil y una oportunidades de cruzarse, de coincidir, pero no había sido así.

«El destino —se dijo
Gam-san
—, ha sido cosa del destino».

—Hasta pronto —dijo Sundance visiblemente entusiasmada cuando la acompañó a la puerta.

Gam-san sospechaba a qué se debía su entusiasmo, pero no podía darle ninguna esperanza en ese sentido. Había pasado muchos años esperando aquel reencuentro pero, ahora que había tenido lugar, deseaba que no se hubiera producido.

Cuando cerró la puerta y volvió al salón se dio cuenta de que Sundance se había olvidado la foto que le había enseñado. Le dio la vuelta y descubrió una frase en el reverso:

> 22 de marzo de 1970. Paulo en su cincuenta y siete cumpleaños con Ian.

Gam-san contó con los dedos pensativo, como si algo le rondara la cabeza. Si Paulo había cumplido los cincuenta y siete un año atrás, entonces nació en 1913.
Gam-san
había abandonado la tribu india el otoño anterior, así que Paulo nació en la primavera siguiente a su marcha…

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos,
Gam-san
ató cabos. Salió corriendo a la calle.

—¡Sundance! —gritó.

La mujer, que ya había arrancado el coche, vio por el espejo retrovisor que

Gam-san

corría como un loco hacia ella.

—¿Por fin te has decidido a pedirme una cita? —le dijo, bajando la ventanilla.

Gam-san alcanzó la ventanilla y le puso la foto delante de los ojos.

—¿De… de quién es hijo Paulo? —le preguntó, jadeante.

Sundance perdió la sonrisa.

—Mío —dijo, tras unos instantes.

Aquella noche, después de ducharse,

Gam-san

cayó desvanecido. Sucedió a cámara lenta, como en una película de Hollywood: salió de la bañera, se puso la ropa, se sentó a calzarse las zapatillas y, lentamente, se resbaló de la silla.

No fue a causa de ninguna enfermedad. Probablemente el cansancio físico y mental acumulados lo habían ido debilitando poco a poco.

Esa fue la explicación que el médico le dio a una

Jin-ling

que había llegado apresurada al hospital. Jin-ling no se atrevía a levantar la vista para mirarlo.

Si el esfuerzo físico pudiera medirse, seguro que su padre sobrepasaba cualquier escala.

Ese día, Jin-ling tenía turno de noche en el casino; para entonces había ascendido a encargada. Cuando la llamaron del hospital por primera vez, estaba cenando y le había dicho al compañero que le había dado el recado que no se preocupara, que qué no inventaría el viejo para que fuera a hacerle compañía. Hasta que la llamaron por tercera vez no se le ocurrió que podía tratarse de algo grave. Cuando llegó al hospital, el ritmo cardiaco de su padre estaba a punto de detenerse.

—Padre, aguante, aguante, por favor, que Amy está en camino —le rogaba

Jin-ling

entre sollozos.

Vio que los labios de su padre temblaban y la línea del monitor caía en picado dibujando un valle muy profundo. Jin-ling acercó el oído, pero solo entendió unas pocas palabras sueltas:

—Flores… de… de algodonero… rojo… Extrañaba la tierra que lo vio nacer.

11:27 del 1 de febrero de 1971

Fue la hora que el médico escribió en el certificado de defunción.

Jin-ling vio cómo el enfermero cubría la cara de su padre con una sábana blanca. Le escocían los ojos, pero las lágrimas no conseguían abrirse camino hasta el exterior. Un desierto, pensó que su corazón era un desierto sin una gota de agua que derramar. Llevaba apretado en el puño un recorte de periódico que había querido enseñarle a su padre. Decía:

> En el día de hoy, los vagones de la Compañía Nacional de Ferrocarriles de Canadá se han teñido de rojo, pues un grupo de nueve hombres procedentes de la China comunista viajaron de Montreal a Ottawa en primera clase. Las gélidas temperaturas del exterior no consiguieron hacer mella en su ánimo porque, tras una travesía de más de veinte años de gélida guerra fría, por fin van a poder establecer una embajada china en Ottawa. El presidente de Toronto y su gabinete han sorteado todas las críticas al establecimiento de relaciones diplomáticas con China y han persistido en su empeño. Los ciudadanos de Ottawa se darán cuenta muy pronto de que este grupo de comunistas, gracias a la simpatía por Canadá que despertó en ellos un médico de nombre Norman Bethune **[78]**, lejos de estar de paso, vienen para quedarse y convertirse en una estampa habitual de la ciudad.

Epílogo

Hoiping, provincia de Cantón, China
Año 2004

Un gran bloque plastificado. Una cesta de frutas. Un azadón. Una barra de incienso.

—¿Cavamos el hoyo? —le preguntó el señor Au-joeng Wan-on
a Amy.

—Todavía no. No puedo comunicarme con el alma de mi bisabuela con un material artificial interponiéndose.

Amy retiró el plástico y se arrodilló sobre la tierra. El sol matutino aún no había evaporado del todo el rocío y la piel de sus rodillas notó la humedad.

Pasó largo tiempo meditando en silencio con gran solemnidad.

La lápida conmemorativa había sido colocada el día anterior. Era una sólida roca de mármol blanco con una inscripción:

> Fong Dak-fat (1863-1945)
> Gwan Suk-jin (1877-1952)
> Fong Gam-sau (1913-1952)
> Fong Jiu-kai (1930-1939)
> Ze Wai-gwok (1934-1941)
> Ze Wai-hoeng (1937-1952)
>
> Erigida en su memoria por sus descendientes de la Montaña del Oro en el año 2004.

La tumba se hallaba en lo alto de una pequeña colina a la que habían accedido por un estrecho y sinuoso camino flanqueado por un tupido bosque de bambú. El terreno era escarpado, soplaba un fuerte viento y por el camino habían encontrado muchas flores blancas esparcidas por el suelo. Apenas había pasado un mes de la Fiesta de la Claridad Pura [79], por lo que debían de ser las nuevas flores en señal de luto que las familias habían puesto sobre las tumbas, llevadas hasta allí por el viento. Más que una colina era un pequeño montículo en cuya falda había tumbas desperdigadas sin orden ni concierto.

—¿Todas estas tumbas son de los hombres que emigraron a la Montaña del Oro y de sus familiares? —había preguntado Amy al señor Au-joeng.

—En este pueblo casi todo el mundo tiene familia fuera, así que podríamos decir que sí.

El señor Au-joeng la había ayudado a elegir tanto la lápida como la inscripción. Amy aún tenía en sus manos un pañuelo rojo que contenía varias uñas de Fong
Dak-fat.
Su hijo
Gam-san
se las había cortado el año que lo enterraron. Aquel pañuelo había pasado de
Gam-san
a
Jin-ling,
que, aunque se había mudado en numerosas ocasiones, lo había conservado. Antes de que Amy partiera para China, su madre se lo había entregado.

Amy usó el azadón para cavar un agujero. El color de la tierra le pareció algo extraño y sintió un ligero escalofrío. Introdujo el pañuelo rojo en el agujero, lo cubrió de tierra y con varias pequeñas palmadas la compactó. De este modo, incontables secretos de toda una vida quedaron sepultados bajo la tierra muda.

—Es una pena —lamentó el señor Au-joeng con un hondo suspiro—. Nunca pudo mantener su promesa de llevarse a su esposa a la Montaña del Oro.

—No crea. Aún hay otras promesas incumplidas que son más…

más… —el chino de Amy se había topado con un escollo. Intentó hallar la palabra que necesitaba, pero al final se rindió y recurrió al inglés— *profound* («profundas»).

El señor Au-joeng entendía el inglés de Amy, pero tampoco encontraba una palabra china que se correspondiera con ella.

—En la historia de la familia Fong queda aún una gran laguna que espero usted pueda disipar —dijo el señor Au-joeng—. Como única integrante de la tercera generación de descendientes de Fong Dak-fat,
sé muy poco de usted y de cómo ha transcurrido su vida. ¿Podría ser tan amable de saciar mi curiosidad?

—Ya ha vuelto a salir el investigador que tiene usted dentro —dijo Amy sonriendo—. En realidad, llegada mi generación la historia de la familia Fong no podría haberse vuelto más anodina. Quizá podría verse como la historia de la hija de una madre soltera china que, habiendo recibido no pocos desaires de los blancos, quiso que su hija llegase a lo más alto. Una madre que trabajó toda su vida en un casino hasta jubilarse y que empleó su nimio sueldo en dotar a su hija de todo lo que necesitara para llegar a ser alguien en la sociedad de los blancos: clases de piano, arte, *ballet*; su hija recibió la misma educación que los hijos de los blancos. Asistió a la mejor escuela católica de la ciudad. Su madre esperaba de ella que llegara a ser médico, abogada o como mínimo contable. No imaginaba que, después de haberse gastado tanto dinero, su hija acabaría estudiando Sociología en la Universidad de Berkeley por el simple hecho de que no le interesaba ninguna otra materia.

»El camino que siguió aquella joven fue justo el contrario del que había anhelado la madre. La madre quería que se concentrara en sus estudios, pero ella asistía a todos los movimientos estudiantiles de los que tenía noticia: no hubo manifestación de la que no formase parte. Su madre esperaba que encontrara un hombre decente con el que casarse; blanco, por supuesto, pero ella iba de canalla en canalla. Su madre deseaba que viviera siempre apartada de los círculos chinos, pero en la universidad escogió el mandarín como asignatura optativa. Ahora, gracias a un sabio hombre chino, se han despertado en ella las ganas de reconocer ante el mundo la mitad china de la sangre que corre por sus venas.

El señor Au-joeng sonrió al oírla.

—Yo no he hecho más que despertar algo que usted llevaba dentro.

—Espere, mi historia aún no ha terminado —le dijo Amy—. Finalmente la muchacha, ya toda una mujer, a fin de complacer a su madre, se convirtió en profesora de una prestigiosa universidad.

—Muchas gracias —le dijo el señor Au-joeng—. Ahora la historia de la familia está completa.

—Ah, ¿sí? —exclamó Amy—. Bueno, quizá su curiosidad esté satisfecha, pero no la mía. ¿Quién es usted? ¿Por qué sabe más de la historia de mi familia que sus propios miembros?

—Sabía que terminaría haciéndome esta pregunta tarde o temprano —repuso el señor Au-joeng—. En realidad, la respuesta no puede ser más simple. Por cosas del destino, tanto mi bisabuelo como mi abuelo enseñaron a su bisabuelo y a los hijos de este. Sin embargo, esa no es la razón por la que me interesa la historia de su familia. Hay algo más. Hace treinta años, al leer acerca de su abuelo, un hombre de ferviente espíritu revolucionario llamado Au-joeng
Wan-on
dio por casualidad con la historia familiar de un tal Fong
Dak-fat.
De ese modo, durante la década de los setenta, aprovechando una visita a un pariente lejano en Zimin, aprovechó para colarse en la residencia
Dak-Jin
y, sin que nadie se percatara de su presencia, comenzó a desentrañar los secretos que albergaba la casa fortaleza. Es lo que más tarde acabaría llamándose «trabajo de investigación». Pero en aquel momento no era consciente de ser más que un joven ocioso siguiendo sus instintos para satisfacer su curiosidad. Sus estancias en la casa contribuyeron a alimentar la creencia de la gente del pueblo de que allí sucedían hechos sobrenaturales.

El señor Au-joeng le entregó a Amy el gran sobre marrón que llevaba en las manos.

—Esto es para que lo queme en ofrenda para ellos.

Amy extrajo unos billetes moneda de los espíritus y los encendió sobre la tumba con el mechero que le prestó el señor Au-joeng. Observó cómo los consumían las llamas hasta quedar reducidos a

cenizas, que flotaron arrastradas por el viento. Entonces reparó en que había algo más dentro del sobre, también hecho de papel. Eran libros miniaturizados en cuyas portadas podían leerse diferentes títulos escritos con pincel: *Manual de pintura del jardín de las semillas de mostaza, Modelos caligráficos de escritura regular, Antología poética de la dinastía Tang, Cancionero del Departamento de Música…*

—Su bisabuela era una mujer de letras. No dejó de cultivarlas en toda su vida.

Amy terminó de vaciar el sobre. Lo último que encontró fue un barquito de cartón aplanado. Cuando lo desplegó le sorprendió lo grande que era. Estaba cuidado al detalle: tenía la cubierta, las velas y sus cabos. A ambos lados de la proa había pintados sendos ojos de dragón.

—En barcos así zarpaba la gente hacia la Montaña del Oro —observó el señor Au-joeng—. En el pueblo los llamaban «ojos grandes».

Tras observar con detenimiento el barco, Amy lo colocó sobre la tumba. Al ser de cartón tardó más en quemarse. El pegamento de las velas del barco chisporroteó al entrar en contacto con las llamas. Cuando se consumió el casco del barco, aún quedaba parte de las velas, que aparecían y desaparecían entre los destellos del fuego.

—Bisabuela, aquí está su barco, para que por fin pueda ir a la Montaña del Oro al encuentro del bisabuelo —susurró Amy.

Sintió un picor en las mejillas. Pensó que se trataba de algún insecto, pero al tocárselas vio que eran lágrimas.

Cuando bajaron la colina, el señor Au-joeng le pidió al chófer que llevara a Amy de vuelta al hotel para asearse y descansar antes de asistir al banquete que aquella noche se celebraba en su honor. Entonces Amy recibió un mensaje de texto internacional en su teléfono móvil. Cuando lo leyó, sonrió. Después recuperó la compostura.

—Señor Au-joeng, no voy a asistir al banquete.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¿A qué se debe este repentino cambio de opinión?

—En primer lugar, porque no me iré mañana, así que no hace falta que me despidan. En segundo lugar, porque si fuera al banquete estaría comprometiéndome a firmar el contrato de

fideicomiso. Gracias a usted sé cómo debe comportarse una buena invitada y, dado que he cambiado de idea y de momento no pienso firmarlo, soy consciente de lo impropio que sería aceptar el agasajo.

—Pe… pero… pero… —balbuceó el señor Au-joeng, aturdido.

—Estoy creándole un problema con sus superiores, ¿verdad? —dijo Amy—. Me ha acompañado usted de aquí para allá, ha gastado saliva y energías, y todo para nada… Mire, usted luego alegue lo que quiera ante quien haga falta, pero déjeme que le diga por qué no voy a firmar el contrato de momento: necesito que la casa fortaleza siga perteneciendo íntegramente a la familia Fong para celebrar en ella una boda.

—¿Una boda? ¿Qué boda? —preguntó desconcertado el señor Au-joeng.

—La mía —dijo Amy—. Y quiero que sea usted mi testigo.

—Pe… pe… pero ¿cuándo…? —preguntó el señor Au-joeng, apabullado por tantas noticias.

—Mark viene de camino en un vuelo chárter. Llegará mañana a mediodía.

—¡Cielos! A las personas hay que darles un margen de tiempo para… para prepararse…

—Eso es cosa suya —dijo Amy con una sonrisa—, a mí me trae sin cuidado.

Nota de la autora

La idea no se me ocurrió el año pasado. Tampoco el anterior.

La idea para esta novela surgió el primer otoño que pasé en la ciudad canadiense de Calgary, recién llegada de Pekín. Concretamente, en septiembre de 1986.

Era una tarde soleada. Las hojas de los árboles exhibían una miríada de colores en una última y desesperada muestra de vida antes de que el invierno terminara con ellas. Mis amigos y yo íbamos en coche de excursión por las afueras de la ciudad para despedir el otoño cuando se nos pinchó una rueda. Mientras esperábamos a que viniesen a ayudarnos me dediqué a explorar los alrededores. Entonces reparé en unas lápidas de piedra diseminadas entre la alta hierba cubiertas de musgo y excrementos de pájaro. La mayoría tenía grabados nombres chinos y algunas mostraban fotografías desdibujadas en las que se adivinaban caras jóvenes pero castigadas, con facciones severas y apenas unas cuantas sonrisas leves. Por las fechas, que iban desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera del XX, deduje que todas aquellas personas habían muerto muy jóvenes, probablemente por causas no naturales. Rápidamente caí en la cuenta de que pertenecían a la primera generación de emigrantes chinos, a quienes, en la época, junto con el resto de los inmigrantes contratados como mano de obra barata, llamaban culis, del inglés *coolie*.

¿Cómo era su vida en las zonas rurales del sur de China de las que procedían? ¿A quién dejaron atrás para venir a la Montaña del Oro, término general con el que se referían a la tierra prometida conformada por aquellas zonas del norte de América donde se

descubrieron yacimientos de oro? ¿Qué sueños tenían al embarcarse en la dura travesía por el Pacífico sin saber si volverían algún día? ¿Qué fue lo primero que vieron cuando pisaron por primera vez las montañas Rocosas?

Mi mente comenzó a poblarse de estas trascendentes e insondables preguntas. Evidentemente, en aquel momento ignoraba que me perseguirían durante años.

Un libro. Podría escribir un libro sobre esas personas. Debía hacerlo. Es lo que me dije aquel día durante el camino de vuelta.

Pasé los siguientes diecisiete años jugando con la idea del libro y fracasando una y otra vez a la hora de materializarlo. Estaba demasiado ocupada. Había demasiadas cosas que requerían mi atención inmediata: dos títulos académicos, mi carrera como audióloga, el hombre ideal con el que casarme y la casa ideal en la que vivir, lograr llevar una vida desahogada en Canadá… por nombrar solo algunas. La idea de un libro sobre la Montaña del Oro quedó relegada al final de mi lista de tareas. De vez en cuando resurgía, en especial cuando leía noticias sobre el aniversario de los disturbios de Vancouver de 1907 o sobre el debate en el Parlamento acerca de la compensación del impuesto de capitación, pero la acallaba tan rápidamente como aparecía.

Más tarde, en otoño de 2003, se me presentó una oportunidad inesperada. Formé parte de un grupo de escritores chinos residentes en el extranjero que fue invitado al condado de Hoiping, en Cantón, China, conocido por unas curiosas viviendas llamadas en cantonés *diulau*, literalmente «casas fortaleza». Estas casas se construyeron con el dinero que los culis enviaban a sus familias desde el extranjero con el objeto de proteger a las mujeres y los niños que habían dejado atrás tanto de las inclemencias del tiempo como de la acción del hombre, ya que en aquellos días la zona era propensa a las inundaciones y abundaban los bandoleros. Los culis se encontraban dispersos por todo el mundo, y el estilo de cada casa fortaleza daba claras pistas de la procedencia del dinero con que se habían financiado. A simple vista se podía identificar motivos barrocos, románicos o Victorianos extrañamente incorporados en expresiones arquitectónicas chinas. No eran precisamente un regalo para la vista.

Con la ayuda de un residente local accedimos a una casa

fortaleza sin restaurar que aún no se había abierto al público. En el tercer piso de la vivienda había un viejo armario de madera. No esperábamos encontrar nada dentro, pues la casa llevaba décadas abandonada. Sin embargo, para mi sorpresa, hallé una chaqueta apolillada y de un tono descolorido remotamente parecido al rosa con peonías bordadas en color oro. Una de las mangas estaba metida en un bolsillo y cuando la saqué descubrí otra sorpresa: un par de medias escondidas. Se habían vuelto extremadamente finas a fuerza de lavarlas y tenían una carrera que empezaba en el talón y subía hasta la ingle. Cuando la recorrí con los dedos sentí una súbita descarga de energía, casi eléctrica. Petrificada, temblorosa y sobrecogida, podía oír mi corazón retumbando en el pecho.

¿Qué clase de mujer había sido propietaria de esas medias hacía casi un siglo? ¿Habría sido la señora de la casa? ¿En qué ocasiones se había puesto aquel vestido tan elaborado? ¿Se sentiría sola, con su marido trabajando en la Montaña del Oro, tratando de ganar dinero para que ella pudiera permitirse aquellos lujos?

De nuevo experimenté la urgencia de encontrar respuesta a mis preguntas.

Pasaron otros dos años antes de que me comprometiera a escribir este libro, un intervalo de tiempo que me permitió finalizar mi tercera novela, *Mail-Order Bride*, además de varias narraciones cortas.

Indagar en las capas más impenetrables de la historia fue un viaje tan fascinante como agotador. Viajé a Victoria, a Vancouver y a los pueblos de Hoiping, China, intentando encontrar a personas que conocieran directa o indirectamente la época en la que transcurre la historia de mi libro. Frecuenté archivos públicos y privados, en persona y telemáticamente, así como universidades y bibliotecas públicas. Cada vez que hallaba material relacionado con el tema u oía a un amigo mencionar que alguien era descendiente de uno de los constructores del Ferrocarril del Pacífico, me embargaba la expectación. Pasé innumerables noches en blanco pensando en la mejor manera de encontrar respuesta a las preguntas que me asediaban. Por desgracia, nunca la encontré. Lo que hallé fueron historias. De la interminable cantidad de páginas que leí y de las muchas conversaciones que mantuve con descendientes de los culis chinos comenzaron a surgir historias:

historias de personas que atravesaron un océano para llegar a una inhóspita tierra llamada Columbia Británica, dejando atrás a sus ancianos padres, a sus recientes esposas o a sus hijos pequeños para perseguir el sueño de la riqueza y la prosperidad que rápidamente los eludía; historias de fiestas bañadas en champán y vítores por haber completado el ferrocarril mientras los que lo construyeron, los culis chinos, ni siquiera se mencionaban; historias de parejas separadas por el impuesto de capitación, la Ley de Inmigración de Chinos y el vasto océano, pero que mantuvieron vivo su matrimonio durante décadas por el deseo común de construir un futuro para sus hijos, y también historias de un largo viaje en el que dos razas se reconcilian finalmente tras un siglo de desconfianza y rechazo.

Escribir este libro no ha sido fácil. El hilo de mi pensamiento se veía constantemente interrumpido o distraído por mi obsesión por el detalle y la fidelidad histórica. Por ejemplo, durante noches enteras navegué por Internet en busca de un modelo particular de cámara típico de principios de la primera década del siglo XX que en la novela acabó siendo mencionado en apenas dos frases. Cuando quise informarme sobre cuáles eran las armas de fuego más usuales a finales del siglo XIX recurrí a aquellos amigos míos con experiencia militar y me enzarcé con ellos en discusiones interminables, hasta el punto de que llegaron a aborrecer mis llamadas. Finalmente llegué a la conclusión de que soy una perfeccionista irremediable; algo que todos mis amigos llevaban tiempo diciéndome.

Una fría tarde de diciembre de 2008, a tan solo una semana de Navidad, pude levantarme por fin del teclado, estirar mi tullido cuerpo y suspirar aliviada: había terminado mi libro, *El sueño de la Montaña del Oro*, Empezó a nevar. Los villancicos inundaban el ambiente y húmedos copos de nieve besaban con delicadeza mi ventana. Sentí una paz que llevaba tiempo sin experimentar. Supe que había cumplido mi misión, que había dado voz a un grupo de personas enterradas en el oscuro abismo del anonimato, mudas y olvidadas durante más de un siglo.

Quiero aprovechar esta ocasión para dar las gracias al profesor David Lai, de la Universidad de Victoria, miembro de la Orden de Canadá, por sus extraordinarios logros en la investigación de la historia de los barrios chinos del mundo y que tuvo la generosidad de compartir conmigo su material relacionado con los primeros

inmigrantes chinos de Canadá; al doctor James Gwan, cuyas fascinantes historias de infancia en su pueblo de Hoiping satisficieron mi curiosidad —espero no haberlo aburrido demasiado con mi interminable caudal de preguntas—; a la profesora Xueqing Xu, de la Universidad de York, y a la doctora Helen Wu, de la Universidad de Toronto, por facilitarme el acceso a sus bibliotecas universitarias, lo cual me ayudó a construir el marco de mi investigación; al profesor Lieyao Wang, de la Universidad de Jinan, y a sus encantadores estudiantes de posgrado por llevarme de visita a los pueblos de Hoiping y por ocuparse de mi alojamiento; a mi amigo, el escritor Shao Jun, por tener la caballerosidad de acompañarme en dicho viaje; al profesor Guoxiong Zhang y a la profesora Selia Tan, de la Universidad de Wuyi, por compartir conmigo el vasto conocimiento albergado en el Museo de Chinos de Ultramar; a mi vieja amiga Yan Zhang y a su conocido periódico *The Global Chinese Press*, así como a la Asociación de Escritores Sino-canadienses, por facilitar mis investigaciones en Vancouver y Victoria; al profesor Henry Yu, de la Universidad de Columbia Británica, por compartir sus conocimientos en todo lo relacionado con los indios nativos; al señor Ian Zeng y a la señorita Jinghua Huang, por revisar mi primer borrador; a la señorita Lily Liu, escritora, por compartir conmigo historias de sus antepasados culis, y a muchos otros amigos míos que tuvieron la gentileza de ofrecerme fotos e información sobre temas relacionados. Además, casi tres años después de la publicación de *El sueño de la Montaña del Oro* en chino, me complace ser testigo del lanzamiento de la edición española. Deseo expresar mi gratitud a mi agente, Gray Tan, así como a las personas con las que trabaja, por depositar su fe en mí como artista; a mi traductor, Javier Altayó, por su constante afán de perfección durante el largo periplo que supuso traducir esta extensa novela al español, una de las lenguas más importantes del mundo; y a Silvia Sesé, Ana Camallonga y todo el equipo de Destino, que han hecho de la edición española una realidad gracias a su gran dedicación y no menor pasión por ese sueño llamado literatura. Por último, pero no por ello menos importante, quiero agradecer a mi familia su constante apoyo moral, sin el que no habría podido soportar la difícil y a veces desesperante odisea de escribir un libro de tanta envergadura como este.

Que Dios os bendiga a todos.

Cronología

1848: La isla de Vancouver se convierte en colonia británica bajo el nombre de Columbia Británica.

1858: Tras la fiebre del oro de California se descubre oro en el valle del río Fraser y comienzan a llegar a Columbia Británica un gran número de buscadores de oro procedentes de San Francisco.

1860: Coincidiendo con la afluencia de buscadores de oro chinos que acceden a Columbia Británica vía Hong Kong, se propone un impuesto de capitación de 10 dólares canadienses. La propuesta es rechazada.

1865: Las colonias vuelven a plantearse imponer un impuesto de capitación.

1867: El Alto Canadá (Ontario), el Bajo Canadá (Quebec), Nueva Escocia y New Brunswick se unen en confederación bajo el nombre de Dominio de Canadá.

1871: Columbia Británica entra a formar parte de la confederación, de la cual se convierte en provincia.

1872: Se deniega la propuesta de cobrar un impuesto de capitación por un importe de cincuenta dólares a los inmigrantes chinos.

1873: Se establece la Sociedad Antichinos (Anti Chinese Society) en la ciudad de Victoria, capital de la provincia de Columbia Británica.

1880: Da comienzo la construcción de la línea de ferrocarril del Pacífico. Numerosos trabajadores chinos procedentes de San Francisco y de Hong Kong llegan a la provincia de Columbia Británica para trabajar en ella.

1883: Vuelve a rechazarse la propuesta de cobrar un impuesto de capitación por un importe de cincuenta dólares.

1884: Con la construcción del ferrocarril cercana a su fin, los trabajadores chinos quedan en el paro. El gobierno de Columbia Británica promulga una ley para limitar los empleos a los que pueden acceder. Más tarde, el gobierno federal la deroga.

1885: Finaliza la construcción de la línea de ferrocarriles del Pacífico. Se aprueba por primera vez un impuesto de capitación de cincuenta dólares, y además se priva del derecho a voto a los ciudadanos chinos.

1886: Se establece la ciudad de Vancouver.

1888: La súbita aprobación por parte del Parlamento estadounidense de la Ley de Exclusión de Chinos (Chinese Exclusion Act) provoca la entrada masiva de chinos en la provincia de Columbia Británica.

1890: El Parlamento de la provincia de Columbia Británica propone elevar a 100 dólares el importe del impuesto de capitación. La propuesta es rechazada.

1892: Se rechaza en el Parlamento una propuesta para elevar a 500 dólares canadienses el impuesto de capitación.

1893: Se rechaza por segunda vez en el Parlamento una propuesta para elevar a 500 dólares canadienses el

impuesto de capitación.

1896: Li Hongzhang visita Vancouver de regreso a China tras su gira europea y estadounidense.

1897: Sun Yat-sen hace una gira por las grandes ciudades de Canadá en la que promueve el republicanismo entre la comunidad de inmigrantes chinos.

1900: El Parlamento aprueba elevar a 100 dólares canadienses el impuesto de capitación.

1903: Liang Qichao visita Vancouver y da varios discursos para impulsar la Sociedad para la Protección del Emperador.

1903: El Parlamento aprueba elevar a 500 dólares canadienses el impuesto de capitación.

1904: Kang Youwei visita la provincia de Columbia Británica.

1907: Se producen en Vancouver disturbios de signo antiasiático durante los cuales se infligen daños sustanciales a numerosos negocios de los barrios chino y japonés.

1908: El gobierno federal aprueba la Ley del Opio (Opium Act), que prohíbe la importación, manufactura y venta de opiáceos con propósito no medicinal.

1910: Sun Yat-sen llega a Vancouver vía San Francisco y comienza una gira canadiense en la que promueve la revolución y recauda fondos para la causa.

1911: Sun Yat-sen efectúa una segunda visita a Canadá.

1912: Cae la dinastía Qing y se instaura la República de China.

1916: Miles de trabajadores chinos participan en la primera guerra mundial batallando en suelo francés en nombre de Canadá.

1923: Se aprueba la Ley de Inmigración de Chinos (Chinese Immigration Act), que prohíbe la entrada de chinos en el país; numerosas familias quedan separadas.

1924-1947: Durante un período de veintitrés años solo se concede la entrada como inmigrantes a ocho ciudadanos chinos.

1939: Los chinos manifiestan su deseo de alistarse en filas canadienses para participar en la segunda guerra mundial.

1944: El ejército canadiense comienza a reclutar a chinos entre sus filas.

1947: En reconocimiento a la contribución que los chinos habían hecho al país en la segunda guerra mundial, el gobierno federal deroga la Ley de Inmigración de Chinos. Vuelve a permitirse la libre entrada en el país y miles de familias pueden reunirse.

1949: La provincia de Columbia Británica reconoce el derecho a voto de los ciudadanos canadienses de origen chino.

1956: Douglas Jung se convierte en el primer miembro del Parlamento canadiense de ascendencia china de la historia.

1970: Canadá y China establecen relaciones diplomáticas.

Bibliografía

BROWN, JENNIFER S. H., *Strangers in Blood: Fur Trade Company Families in Indian Country*, University of British Columbia Press, Vancouver, 1980.

CHAN, ANTHONY B., *Gold Mountain: the Chinese in the New World*, New Star Books, Vancouver, 1983.

CHONG, DENISE, *The Concubine's Children: Portrait of a Family Divided*, Viking, Toronto, 1994.

CON, HARRY, et al., *From China to Canada: A History of Chinese Communities in Canada*, McClelland & Stewart, Toronto, 1982.

FISHER, ROBIN, *Contact and Conflict: Indian-European Relations in British Columbia*, 1774-1890, University of British Columbia Press, Vancouver, 1992.

HUANG, EVELYN, *Chinese Canadians: Voices from a Community*, Douglas & McIntyre, Vancouver, 1996.

LAI, CHUEN-YAN DAVID, «A Prison For Chinese Immigrants», en *The Asiandian*, vol. 2, n.º

4, primavera de 1980.
— *Chinatowns: Towns within Cities in Canada*, University of British Columbia Press, Vancouver, 1988.
— «The Chinese Cemetery in Victoria», en *Studies*
B. C.
,
n.º
75, otoño de 1987.
LI, HUPING, *Surviving on the Gold Mountain*, State University of New York Press, Nueva York, 1988.
LI, PETER
S.
, *The Chinese in Canada*, Oxford University Press, Toronto, 1988.
MCLAUGHLIN, DENNIS, et al., *Fighting for Canada: Chinese and Japanese Canadians in Military Service*, Ministry of National Defence of Canada, Ottawa, 2003.
MOLYNEUX, GEOFFREY, *British Columbia: an Illustrated History*, Raincoat Books, Vancouver, 2002.
MOONSANG, FAITH, *First Son: Portraits by Hoy*
C. D.
, Arsenal Pulp Press, Vancouver, 1999.
MORTON, JAMES, *In the Sea of Sterile Mountains*,
J. J.
Douglas
Ltd.
, Vancouver, 1974.
STEINER, STAN, *Fusang: The Chinese Who Built America*, Harper & Row Publishers, Nueva York, 1979.
WELLDON, CHRISTINE, *Canadian Pacific Railway: Pon Git-Cheng* (Heritage Series), Grolier Limited, 1991.
WORRALL, BRANDY LIEN (editora), *Finding memories, Tracing Routes: Chinese Canadian Family Stories*, Chinese Canadian Society of British Columbia, 2006.
YEE, PAUL, *Ghost Train*, Groundwood Books, Toronto, 1996.
ZHU, LIPING, *A Chinamans Chance: the Chinese on the Rocky*

Mountain Mining Frontier, University Press of Colorado, Niwot, 1997.

Videografía

CHA, EUNHEE, *A Tribe of One*, National Film Board of Canada, 2003.

CHO, KAREN, *In the Shadow of Gold Mountain*, National Film Board of Canada, 2004.

OSBORNE, JARI, et al., *Unwanted Soldiers*, National Film Board of Canada, 1999.

Notas del traductor

[1] Del año 1735 al año 1796. < <

[2] Del año 1861 al año 1875. < <

[3] Unidad de longitud que equivale a 500 metros. < <

[4] El emperador Guangxu estaba bajo la tutela de su tía, la emperatriz viuda Cixi, que era la gobernante *de facto*. < <

[5] Unidad de medida para superficie agraria que equivale a unos 667 metros cuadrados. < <

[6] Año 1878. < <

[7] Formados por los dígitos del año, el mes, el día y la hora de nacimiento, información de vital importancia a la hora de determinar la compatibilidad de la pareja. < <

[8] El día de la boda, es tradición someter a los novios a todo tipo de humillaciones jocosas. < <

[9] Apodo que significa, literalmente, «seis dedos». Era habitual poner sobrenombres despreciativos a los niños como señal de modestia y también con objeto de desviar la atención de los espíritus malignos. < <

[10] Era tradición que las mujeres observaran un mes de confinamiento con posterioridad al parto durante el que guardaban reposo total y evitaban todo contacto con el agua y con las corrientes de aire. Al no poder lavarse el pelo, se envolvían la cabeza con un pañuelo. < <

[11] En la cultura china la posición en la jerarquía familiar tiene prioridad sobre la edad. < <

[12] Especie de violín chino de dos cuerdas que se toca en posición vertical. < <

[13] Año 1880. < <

[14] Li Hongzhang (1823-1901), alto funcionario imperial de la dinastía Qing que, en calidad de representante plenipotenciario del emperador, se encargó de la mediación con Occidente en numerosos conflictos. < <

[15] Papel impreso que imita al dinero y que se quema en la creencia de que los difuntos podrán utilizarlo como moneda en el más allá. <<

[16] Literalmente, «demonio extranjero». <<

[17] Epíteto de China. < <

[18] Fiesta tradicional china celebrada el quinto día del quinto mes del calendario lunar que marca el comienzo del verano. El nombre alude a las regatas que suelen celebrarse por esas fechas en las que compiten botes tallados en forma de dragón. < <

[19] Año 1887. < <

[20] Una de las llamadas cuatro bellezas de la China antigua (junto a Wang Zhaojun, Diao Chan y Yang Yuhuan). Según la leyenda, un día fue a lavar ropa a un arroyo y los peces, avergonzados de no poder competir con su hermosura, se fundieron. < <

[21] Laúd chino. < <

[22] Fragmento del poema «Anclar en Qinhuai» de Du Mu (803-852),
poeta de la dinastía Tang. < <

[23] Criatura mitológica con cabeza de dragón, cuernos de ciervo, pezuñas de buey, cola de león y el cuerpo cubierto de escamas, asociada a la prosperidad. < <

[24] La estructura antitética de los versos pareados chinos es tan importante o más que su rima; lo ideal es que cada carácter del primer verso tenga su correspondencia en el segundo. < <

[25] Seudónimo de Xin Qiji (1140-1207), poeta lírico de la dinastía Song del Sur. Se lo considera un gran patriota por su posicionamiento a favor de que China recuperara las tierras del norte perdidas a manos de los Jin. < <

[26] Conocidos como *chao du* (literalmente, «el traspaso de la frontera»), los ritos celebrados en los días previos al funeral aseguran que el alma errante del difunto logre un tránsito sereno hacia la otra vida y no quede atrapada en el mundo de los vivos. <<

[27] Año 1894. < <

[28] La novia aguardaba a solas en el interior de la alcoba nupcial hasta el término de la celebración. < <

[29] En chino, la palabra «loto» es homófona de «sucesión», por lo que la imagen de un bebé entre lotos simboliza el deseo de que el matrimonio dé como fruto un vástago detrás de otro. < <

[30] Año 1895. < <

[31] Respectivamente, la primera guerra sino-japonesa (1894-1895), conocida en chino por el nombre que recibe el año en el que tuvo lugar dentro del ciclo sexagesimal del calendario lunar tradicional, y el tratado de Shimonoseki, firmado en la ciudad japonesa del mismo nombre (*Maguan* en chino), que le puso punto final. < <

[32] Este incidente, conocido en chino como *Gongche Shangshu* («Apelación del vehículo público»), fracasaría en sus objetivos, pero fue precursor de la llamada Reforma de los Cien Días del emperador Guangxu. < <

[33] Existe la costumbre de poner a los hijos nombres bisílabos, escritos por tanto con dos caracteres chinos, uno de los cuales —por lo general el primero— será idéntico en todos los hermanos, fijándolo así como el carácter en común para la generación en cuestión. Es el otro carácter del nombre el que cumple la función diferenciadora del individuo. < <

[34] Palabras que Yue Fei (1103 - 1142), general y también poeta de la dinastía Song del Sur, dirigió contra los invasores de la dinastía Jin y que desde entonces suelen citarse al reclamar como propia la soberanía de un territorio. < <

[35] 1895. < <

[36] Describe la bandera del Imperio Qing. < <

[37] Fiesta tradicional china que se celebra el decimoquinto día del octavo mes lunar, coincidiendo con el final de la temporada de cosecha. Es tradición que la familia se reúna para cenar al aire libre y admirar la luna llena, cuya forma circular simboliza la unidad de la familia, e intentar entre todos descubrir en ella a los tres habitantes que según las leyendas la pueblan: la princesa
Chang'E,
el conejo de jade y el leñador. < <

[38] Año 1900. < <

[39] Liang Qichao (1873-1929) y su mentor Kang Youwei (1858-1927)
fueron los dos intelectuales impulsores de la Reforma de los Cien Días emprendida en 1898 por el emperador Guangxu. El golpe de estado perpetrado por la emperatriz viuda Cixi con el apoyo de los grupos conservadores de la corte Qing puso punto final a la reforma y los obligó a huir del país. < <

[40] Asociación creada en el exilio por Kang Youwei y Liang Qichao con el objetivo de restituir en el poder al emperador Guangxu, prisionero de su tía, la emperatriz viuda. < <

[41] Máxima divinidad taoísta que gobierna sobre cielo y tierra. <<

[42] Antiguo género local de ópera china, predecesor de la actual ópera de Pekín. < <

[43] Respectivamente *sheng, jing, dan* y *chou*, categorías generales en las que se clasifican los personajes de las óperas chinas, cada una de ellas con su particular vestimenta, movimientos y modulación de la voz. <<

[44] Nombre con el que los primeros inmigrantes chinos se referían a la ciudad canadiense de New Westminster. < <

[45] Año 1907. < <

[46] Año 1909. < <

[47] Instrumento de percusión que se hace sonar con un pequeño martillo como acompañamiento de los cánticos budistas. < <

[48] Año 1910. < <

[49] Ouyang Xiu (1007-1072), poeta y ensayista de la dinastía Song. <<

[50] Era costumbre añadir un año a la edad de un niño cuando pasaba el primer Año Nuevo chino de su vida. < <

[51] El edificio más alto de toda la ciudad imperial de Pekín. < <

[52] Tradicionalmente los chinos consideraban la carne humana un remedio eficaz para enfermedades de otro modo incurables. Abundan las historias en las que hijos devotos se cortaban pedazos de carne a fin de conmover a los cielos y lograr su intervención milagrosa. < <

[53] Xuantong, conocido como último emperador de China, ascendió al trono con apenas tres años de edad. < <

[54] La dinastía Qing, en el poder desde 1644, era de etnia manchú. <<

[55] Una de las muchas sociedades clandestinas originarias del sur de China que se oponían al régimen manchú de los Qing. También conocida por su nombre cantonés, Hung Mun, encontró refugio y se expandió en las comunidades chinas de ultramar, donde hoy en día ha perdido su carácter político y se dedica a la beneficencia. < <

[56] Suen Yih-shian (1866-1925), revolucionario y líder político chino más conocido en Occidente como Suen Yat-sen, fundador del Partido Nacionalista Chino (*Kuomintang*) y considerado Padre de la Nación. Desempeñó un papel fundamental en la revolución de 1911 que destronaría al emperador Qing e instauraría la República de China. < <

[57] Año 1913. < <

[58] Año 1916. < <

[59] Año 1929. < <

[60] Año 1938. < <

[61] También conocido como Li Yu
(937-978),
último soberano de la dinastía Tang del Sur, que acabaría capitulando ante la poderosa ofensiva de los Song. < <

[62] La segunda guerra sino-japonesa, iniciada en 1937 con la invasión por parte de Japón del norte y el este de China, estaba transcurriendo en aquel momento de forma paralela a la segunda guerra mundial. < <

[63] Según los preceptos del *mian xiang* o lectura facial china, antigua forma de fisiognomía. < <

[64] *Xiangdao*, «Guía», también conocido por su nombre inglés, *The Guide Weekly*, era un semanario propagandístico publicado por el Comité Ejecutivo Central del por entonces incipiente Partido Comunista Chino. < <

[65] El llamado Incidente del 30 de Mayo se considera un punto de inflexión en la historia moderna de China: la tragedia originó 130 huelgas a nivel nacional en contra de las potencias extranjeras que, desde sus posiciones de privilegio en una situación de semicolonialismo, tenían un creciente control sobre el comercio y la economía. < <

[66] Año 1933. < <

[67] Año 1941. < <

[68] Año 1941. < <

[69] Templos en los que se depositan las genealogías de cada clan y se conservan las tablillas de los antepasados. < <

[70] Año 1929. < <

[71] Año 1940. < <

[72] Año 1945. < <

[73] Unidad de medida china equivalente a quinientos gramos. < <

[74] Versos iniciales del poema «Al saber del triunfo de las Tropas Imperiales en Henan y Hebei» de Du Fu
(712-770),
en el que Lian Po
(327-243
a. C.
), reputado general del reino de Zhao, relata su reacción ante la noticia de la reconquista de las mencionadas regiones del norte. < <

[75] Primera estrofa de la marcha del Ejército Popular de Liberación, milicia del Partido Comunista Chino. < <

[76] Término referido a las victorias de las fuerzas comunistas sobre las nacionalistas. < <

[77] La nueva Ley de Matrimonios promulgada en 1950 abolió el matrimonio entre menores de edad, las bodas concertadas, el pago (en moneda o en especie) por una esposa y también la poligamia. <<

[78] Henry Norman Bethune
(1890-1939),
cirujano canadiense que vivió en China, donde aún se le recuerda con extraordinario aprecio por la asistencia médica prestada a la población durante la segunda guerra sino-japonesa. < <

[79] Festividad tradicional china celebrada el quinto día del cuarto mes del calendario lunar, en la que se visitan las tumbas familiares para limpiarlas y honrar la memoria de los difuntos. < <